MICHAEL SANTOS

GANARSE LA LIBERTAD



SUPERANDO UNA PENA DE 45 AÑOS DE CÁRCEL

RESPALDO

Millamo Changpeng Zhao, más conocido como «CZ», y soy el fundador de Binance. Es un honor para mí contribuir con este prólogo a los libros y cursos de Michael Santos, ya que creo firmemente en su misión. El trabajo que Michael y su organización sin ánimo de lucro, Prison Professors Charitable, están realizando para mejorar los resultados de las personas afectadas por el sistema de justicia penal es crucial, no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo.



Conocí a Michael en un momento difícil, cuando me enfrentaba a la posibilidad de cumplir una condena en prisión en Estados Unidos. Como muchos, ya había contratado a varios abogados y asesores, pero no podía confiar en los consejos que recibía, que a veces eran erróneos.

Cuando un conocido mutuo me presentó a Michael y a su socio, no esperaba mucho, dadas mis experiencias anteriores. Desde nuestra primera llamada, quedó claro que Michael adoptaría un enfoque diferente. Como director de Prison Professors, se comprometió a ser siempre sincero y directo. Percibí su integridad y lo invité a unirse a mi equipo para las llamadas diarias.

Después de leer su libro Earning Freedom: Conquering a 45-Year Prison Term (Ganarse la libertad: superando una condena de 45 años de prisión) y mantener varias conversaciones, empecé a admirar el camino que Michael había forjado. Nos reunimos varias veces en persona antes de que me entregara para cumplir mi condena de

cuatro meses y seguir hablando. Cuando nos vimos, le dije que me recordaba a la versión real de Cadena perpetua.

A pesar de haber cumplido 26 años en una prisión federal, no se quejaba. Al contrario, no solo reconstruyó su vida, sino que también alcanzó el éxito financiero de forma independiente. Cuando nos conocimos, me dijo que había dado un giro a su vida y que dedicaría el resto de su carrera y sus recursos a una causa más grande que él mismo: ayudar a otros a navegar por el sistema de justicia penal y crear un futuro mejor, independientemente de la capacidad de pago de cada uno.

Siempre he creído que la pasión y el propósito, más que la búsqueda de beneficios, son los que impulsan los proyectos más impactantes. Eso es exactamente lo que encontré en Michael. Vi que su compromiso de ayudar a otros con el empoderamiento personal, la superación de crisis y la reforma penitenciaria era genuino. Dado que él mismo financiaba la iniciativa, estaba claro que no trabajaba por dinero, sino para tener un impacto significativo en la vida de millones de personas, esforzándose por marcar la diferencia en un sistema quebrado.

Antes de mi propia condena, Michael me ayudó a prepararme. Mientras que otros me ofrecían consejos que al final resultaban ineficaces, la orientación de Michael, basada en décadas de experiencia personal, fue invaluable. No prometió milagros, pero me ofreció estrategias prácticas para superar los retos a los que me enfrentaría, y funcionaron.

Durante toda mi condena, Michael se mantuvo en contacto constante, brindándome apoyo que me ayudó a adaptarme más fácilmente. Cuando surgían obstáculos o problemas, trabajaba con los miembros de nuestro equipo legal para superar los desafíos.

Durante mi estancia en la comunidad, fui voluntario en su organización sin ánimo de lucro. Mientras cumplía mi condena, y después de salir, vi de primera mano el impacto que Prison Professors tenía en las personas encarceladas y sus familiares, ofreciéndoles esperanza y un camino hacia el éxito cuando el sistema ofrecía muy poco.

Michael se ha convertido no solo en un amigo de confianza, sino también en un defensor dedicado de un cambio significativo. Me en-

orgullece respaldar su trabajo y apoyar a Prison Professors Charitable en su labor para mejorar los resultados de las personas en prisión y remodelar la forma en que la sociedad ve el encarcelamiento.

Animo a las personas con ideas afines que quieran tener un impacto en la vida de millones de personas a que se unan a estos esfuerzos, aunque la contribución sea tan pequeña como pedir los libros y cursos autodidácticos que Amazon envía a las personas sin recursos que se encuentran en prisión.

La organización benéfica Prison Professors Charitable Corporation recibe el 100 % de los ingresos por la venta de libros para apoyar su misión.

Para obtener más información sobre los libros y la causa, visite PrisonProfessors.org/Books o escanee el código QR.

CZ,

Fundador de Binance

SITIOS WEB

www.PrisonProfessors.org

PODCASTS

Prison Professors

CANALES SOCIALES:

Prison Professors

CORREO ELECTRÓNICO:

Impact@PrisonProfessors.org

PEDIDOS DE LIBROS

www.PrisonProfessors.org/Books

A MI QUERIDA ESPOSA

CAROLE SANTOS

GANARSE LA LIBERTAD

Superando una condena de 45 años de prisión

Michael G. Santos

Copyright 2024 por Michael G. Santos.
Todos los derechos reservados. Impreso por Amazon.

ISBN: 9798250917520

Para obtener más información o realizar pedidos, visite
PrisonProfessors.org/Books

Para contactar:
Books@PrisonProfessors.org

ÍNDICE

SECCIÓN I—VENI

Mes 1-12 / 1987-1988 9
Mes 13 / 1988 55
Meses 14-36 / 1988-1990 91
Meses 37-57 / 1990-1992 137
Meses 58-62 / 1992 167

SECCIÓN II — VIDI

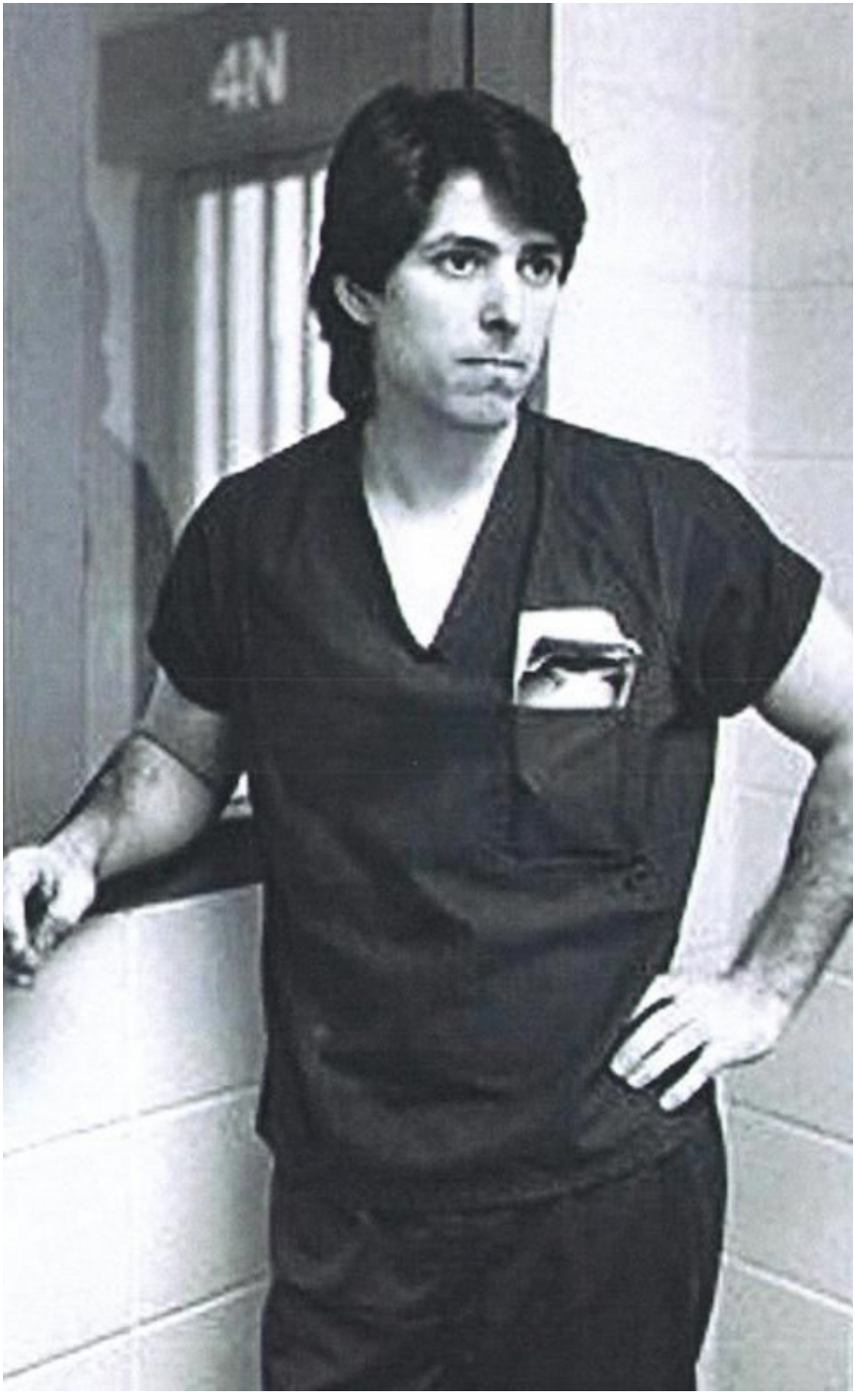
Meses 62-84 / 1992-1995 183
Mes 93-95 / 1995 205
Meses 103-127 / 1996-1998 239
Mes 127-180 / 1998=2002 279
Mes 180-190 / 2002-2003 317

SECCIÓN III — VICI

Mes 190-209 / 2003-2005 363
Meses 209-231 / 2005-2007 399
Mes 232-233 / 2007 435
Meses 233-266 / 2007-2009 457
Mes 260-300 / 2009-2012 485
2012-2024 513

SECCIÓN IV—DESPUÉS

¡Saludos! 525
Perfiles en PrisonProfessors.org 526
Reflexiones finales 528


4N

CAPÍTULO UNO

Mes 1-12 / 1987-1988

Siento que los agentes de la DEA están esperando. No sé dónde ni cuándo atacarán, pero sé que están cerca. Nunca me han arrestado antes y tengo miedo. Mi esposa, Lisa, está sentada a mi lado en nuestro Porsche descapotable, agarrándome la mano. Solo llevamos cinco meses casados. Es una glamurosa rubia sudamericana que luce espectacular con su ropa de diseño ajustada, y aún mejor en bikini. Con ella a mi lado, me siento poderoso. He construido mi vida sobre la extravagancia y las apariencias, y Lisa completa la imagen que quiero proyectar. Ella es cinco años mayor que yo y siempre trato de parecer fuerte ante ella, lo suficientemente hombre para ella. No quiero que vea mi miedo, pero por dentro estoy temblando.

Siento que fuerzas oscuras se están acercando, pero no tengo ni idea de lo que se avecina. El instinto, la intuición y una sensación de fatalidad inminente no dejan de invadir mi conciencia. Esta vida de lujo está a punto de cambiar. Lo presiento.

Lisa y yo acabamos de salir de Miami, donde Raymond, un conocido abogado penalista al que tengo contratado, me ha informado de que un gran jurado de Seattle acaba de acusarme de tráfico de drogas. Raymond me dijo que mi detención era inminente y que los cargos penales a los que me enfrento podrían suponer décadas de prisión. Tras escuchar esa inquietante noticia, seguí sus instrucciones y le entregué mi Rolex con esfera de diamantes para que lo guardara. Luego le dije a Lisa cómo hacer los trámites para pagar sus honorarios de 200 000 dólares.

Después de salir de la oficina de Raymond, conduje hacia la calzada Rickenbacker que lleva a Key Biscayne. A pesar de la advertencia de mi abogado, me voy a casa. Él me convenció de que existe una gran diferencia entre una acusación y una condena. Al pagarle a Raymond todo el dinero que tengo para defender el caso, espero poder empezar

de nuevo después del desastre en que he convertido mi vida. He sido infeliz durante meses, sabiendo que necesitaba un cambio.

****

Llegamos a la entrada de Key Colony, la comunidad privada frente al mar en Key Biscayne donde Lisa y yo vivimos. El guardia de seguridad levanta la barrera y yo conduzco el Porsche hacia adelante. Hacemos contacto visual y percibo resentimiento en su sonrisa falsa mientras nos deja pasar. Tengo la mitad de su edad y, durante el último año, he atravesado esta puerta todos los días en mi llamativo coche deportivo con Lisa a mi lado, llevando un reloj de oro que cuesta más de lo que él ganaría en un año. Hoy luce una sonrisa de satisfacción. Quizás sea paranoico. No, sacudo la cabeza mientras acelero al atravesar la puerta y giro a la derecha. Mi instinto se revuelve con la conciencia subconsciente de que nunca volveré a atravesar este paraíso tropical.

Aparco en el garaje debajo de Botanica, el edificio donde vivimos. Lisa y yo caminamos del brazo hacia el ascensor, sin hablar. Estoy alerta, atento, esperando que los federales se abalancen sobre mí en cualquier momento. Con los sentidos agudizados, soy muy consciente del aire salado del océano que llena mis fosas nasales. Se me revuelve el estómago mientras pulso el botón del ascensor y ascendemos.

La puerta del ascensor se abre y salimos en la última planta. Un pasillo abierto con palmeras y exuberante vegetación tropical a ambos lados conduce a nuestro apartamento.

Ahí están, frente a nosotros. Los tres hombres con chaquetas azul oscuro esperan, mirándome mientras me acerco.

«¿Es usted Michael Santos?».

«Sí».

En un instante, veo tres pistolas apuntando a mi cabeza.

«¡Quieto! ¡Levante las manos para que podamos verlas!». Uno de los agentes comienza a recitar mis derechos Miranda.

Obedezco sus órdenes. Lisa se aleja de mí, jadeando. Uno de los agentes me sujeta las manos detrás de la nuca mientras me registra en busca de armas, aunque nunca he llevado un arma. Luego me baja los brazos y me los coloca detrás de la espalda. Oigo un clic y siento el frío metal cuando me pone las esposas en las muñecas. Cuando los agentes ven que no opongo resistencia, su tono se vuelve menos hostil. Empiezan a interrogarme y, siguiendo las instrucciones de Raymond, me niego a responder.

«Quiero que mi abogado esté presente antes de decir nada». Me avergüenza que Lisa me vea tan indefenso, tan impotente ante el poder de la autoridad.

«¿Quieres despedirte de Lisa?».

Me estremezco al oír cómo el agente pronuncia su nombre con familiaridad y me doy cuenta de que realmente me están llevando.

«¡Michael!», grita Lisa con angustia, y su grito resuena por todo el pasillo. «¡Michael! ¿Qué debo hacer?».

No me doy la vuelta. Ver su rostro solo prolongaría la agonía del momento. Un agente está delante de mí. Estoy atrapado entre los otros dos y siento unas manos agarrándome las cadenas de las esposas. Sigo caminando con la cabeza gacha, humillado.

****

Era 1987 y yo tenía 23 años. Durante casi dos años había sido el líder de un pequeño grupo que distribuía cocaína en Seattle. El plan no era muy sofisticado. Los miembros principales de nuestra pequeña empresa eran mis compañeros de clase del instituto Shorecrest, en el barrio residencial de Lake Forest Park, al norte de Seattle. Intuyendo que había un gran mercado para la cocaína entre los jóvenes profesionales de Seattle, me asocié con mi amigo Alex para sacar provecho de ello.

Encontré proveedores en Miami. Mi amigo John y su novia, Lori, transportaban las drogas por todo el país y se las entregaban a Tony en Seattle, quien las almacenaba en su apartamento. Alex coordinaba

las entregas a los clientes utilizando a Loren y Rico como conductores locales.

Las escasas personas que me separaban de la cocaína alimentaban mi ilusión de que yo no era realmente un traficante de drogas. En cambio, me gustaba pensar que era un empresario. En la medida en que lo pensaba, yo proporcionaba un servicio sencillo. Sin armas. Sin violencia. Mis amigos y yo solo vendíamos a adultos que daban su consentimiento, así que equiparaba nuestras acciones a las de quienes abastecían a los bares clandestinos durante la prohibición. Era mi forma de idealizar el plan para camuflar la gravedad de las posibles consecuencias.

El gobierno, por supuesto, veía las cosas de otra manera. Ronald Reagan ocupaba la Casa Blanca y estaba intensificando la «guerra contra las drogas». Puede que antes me viera a mí mismo como un hombre de negocios, pero recorrer las calles de Miami en el asiento trasero de un Ford LTD negro con las manos esposadas a la espalda, bajo la custodia de los agentes de la DEA, no dejaba lugar a dudas de que estaba en un gran aprieto. Pensé en Lisa. Pensé en mis padres. Me pregunté si mi abogado, Raymond, realmente podría sacarme de este lío.

****

«¿Qué pasa? ¿Creías que podrías huir de nosotros para siempre?». Los dos agentes del asiento delantero adoptan un tono más amistoso. El conductor tiene el pelo rojo zanahoria, peinado con un corte militar. Su compañero tiene un aspecto moderno, con el pelo castaño con mechas que se sujeta con unas elegantes gafas de sol. Intentan entablar conversación conmigo, pero yo permanezco en silencio, sumido en mis pensamientos mientras contemplo a través de las ventanas tintadas los rascacielos acristalados del centro de Miami.

«Háblenos», interviene el conductor. «Esta puede ser su última oportunidad de salvarse».

Me quedo mudo, asustado, sintiendo que he llegado a un momento crucial.

«Alex y Tony ya nos han dado mucha información. ¿A quién intentas proteger? Ha llegado el momento», dice el conductor con autoridad. «Nadie sabe que te han pillado, excepto nosotros. Tus amigos han hecho tratos ventajosos y te han dejado colgado. Llévanos a tus proveedores y daré la vuelta con este coche ahora mismo».

«No tienes mucho tiempo». El otro agente me mira fijamente, tentándome, tratando de persuadirme. Me doy cuenta de que no es mucho mayor que yo. «Una vez que sigamos adelante, estarás detenido, se acabó el juego. Habla ahora y podrás volver a casa con tu preciosa mujercita».

No digo ni una palabra. No es que me sienta leal a ningún código criminal. Por muy loco que parezca, ni siquiera me considero un criminal. Simplemente, escapar de los problemas traicionando a otros no me atrae tanto como la posibilidad de una reivindicación total. Raymond sugiere que podemos ganar en un juicio, y yo me arriesgo, voy a por ello. Me aferro a esas esperanzas, pero también estoy en conflicto porque me invade una profunda vergüenza. Durante años he estado mintiendo, aunque todavía no estoy preparado para afrontar la realidad de quién soy, de lo que soy. Deseo desesperadamente volver a una vida normal y ahorrarme la humillación de tener que admitir que soy traficante de drogas.

Mientras los agentes de la DEAme instan a confesarlo todo, pienso en Lisa. He llegado a definirme a través de las posesiones materiales, y ella es mi trofeo. Vivo una vida de fantasía con ella, atrapado en una lucha constante por ocultar mi superficialidad. Cooperar con la DEA e informar sobre otros para salvarme a mí mismo sería mostrar debilidad, lo que implicaría que carezco del ingenio y el poder suficientes para resolver la situación. No sería la imagen de fuerza que tanto me he esforzado en proyectar. Permanezco en silencio, sellando mi destino.

****

Nunca he estado en la cárcel, ni he estado bajo custodia, pero sí he tenido problemas con la ley. En el instituto, organicé una quiniela deportiva. Cuando un estudiante no pudo pagar, se ofreció a saldar

la deuda con un equipo de música que había robado. Acepté. Unos meses más tarde, cuando la policía lo detuvo por otro robo, les dijo que me había dado el equipo de música. Eso me llevó a ser condenado por receptación. Cuando le conté a mi padre el problema del equipo de música robado, él me apoyó. Como sanción, el juez me condenó a pagar 900 dólares en concepto de indemnización y a rellenar un formulario para el agente de libertad condicional cada mes durante nueve meses. Ocultamos el incidente a mi madre y a mis hermanas para no preocuparlas.

****

En la parte trasera del coche de la DEA, pienso en cómo mi detención va a devastar a mi familia. Ahora me encuentro en una situación difícil que va a dejar al descubierto la vida engañosa que he estado llevando y me siento humillado, pero sigo sin atreverme a confesarlo todo porque he invertido demasiado en las mentiras que ya he contado. Al elegir este camino, con Raymond luchando por mí, tengo que llegar hasta el final.

****

Mi padre era un inmigrante cubano. Junto con mi madre estadounidense, creó una empresa constructora en Seattle y nos proporcionó una buena vida a nuestra familia. Vivíamos en una preciosa casa de cinco dormitorios situada en un terreno de varias hectáreas en Lake Forest Park. Un arroyo con cascadas atravesaba nuestro jardín delantero y detrás de la casa había un frondoso bosque. Mis padres trabajaron duro para proporcionarnos a mis dos hermanas y a mí todas las ventajas posibles, prepararnos para el éxito y formarme para dirigir la empresa familiar.

Mi padre se enorgullecía de manejar maquinaria pesada, verter hormigón y crear obras de valor duradero. Su empresa se especializaba en obras públicas, instalando sistemas de iluminación y semáforos en autopistas. Mi padre era un hombre de la vieja escuela y aspiraba a inculcarme una sólida ética de trabajo. Pero a mí me molestaba tirar

de cables y cargar tuberías. Me daba especial pereza trabajar los fines de semana o durante los veranos, cuando mis amigos practicaban esquí acuático en el lago Washington. Aunque trabajé al lado de mi padre desde los seis años, no me veía haciendo trabajo físico, al menos no a largo plazo. Quería disfrutar de los buenos momentos que vivían mis amigos.

Después de graduarme en el instituto con notas mediocres, me las ingenié para salir del campo y entrar en la oficina, con el deseo de llevar ropa limpia y estar cerca del dinero. Con grandes expectativas, mis padres me dieron el puesto de vicepresidente, a pesar de que carecía de la madurez necesaria para asumir la responsabilidad que implicaba ese título. Confiaron en mí y yo aproveché su confianza en mis capacidades.

Siempre me ha impulsado la búsqueda del dinero y las posesiones, con un sentido de derecho, queriendo más de lo que mis padres me daban. Sus amigos eran profesionales y empresarios, personas cuya influencia y estilo me impresionaban.

El negocio familiar era pequeño cuando me incorporé a tiempo completo después de graduarme en el instituto, y solo empleaba a unos pocos electricistas. Mi padre trabajaba con ellos en la instalación de sistemas de iluminación y eléctricos, mientras que mi madre se encargaba de la contabilidad. La empresa no tenía deudas y nos proporcionaba una vida cómoda, aunque no era suficiente para mi gusto. Para mí, cuanto más grande, mejor.

En lugar de estudiar y trabajar durante un programa de aprendizaje de cuatro años para obtener las licencias estatales que necesitaría para asumir el control del negocio, pensé en formas de expandirme sin tener que ensuciarme las manos. Siempre podía contratar a personas con las licencias necesarias y razoné que era mejor dedicar mis energías a aumentar los ingresos.

Me uní a organizaciones comerciales y socialicé con otros contratistas. Esas relaciones dieron lugar a colusión, manipulación de licitaciones y otras violaciones de las leyes estatales sobre contratos. Mis

padres no se opusieron con demasiada vehemencia, ya que los ingresos anuales de la empresa pasaron de cientos de miles a millones de dólares. Para financiar el crecimiento, convencí a mis padres de que firmaran acuerdos que les obligaban a pignorar su casa y sus activos como garantía para obtener líneas de crédito más altas con bancos, proveedores y compañías de fianzas. En tres años convencí a mis padres de que ampliaran la empresa, pasando de una estabilidad aburrida a un negocio apalancado con más de 50 empleados. Mi padre podía supervisar los trabajos en todo el estado, mientras yo actuaba como el hombre importante, charlando con la gente y trabajando con cifras que me impresionaban.

****

La codicia era una tentación siniestra que nublaba mi juicio. Mi amigo Alex había estado complementando sus ingresos vendiendo cocaína. Como yo tenía acceso ilimitado al dinero del negocio familiar, le propuse a Alex un plan para financiar operaciones de cocaína más grandes y permitirnos trabajar juntos. Tenía 21 años y la perspectiva de ganar dinero rápido parecía inofensiva, demasiado buena para dejarla pasar.

Taylor, un conocido mutuo, accedió a suministrarnos varios kilos de cocaína. Para nuestra primera transacción, saqué dinero en efectivo de la cuenta de la empresa para pagarle a Taylor la mañana de la entrega, y Alex se puso en contacto con los clientes para vender la cocaína durante el mismo día. A última hora de la tarde, Alex me devolvió el dinero para reembolsar la cuenta de la empresa. El negocio nos dejó a Alex y a mí con decenas de miles de dólares en ganancias.

Todo salió según lo previsto hasta el día siguiente, cuando una camarera descubrió más de 100 000 dólares en la suite del hotel de Taylor y lo denunció. La dirección del hotel se puso en contacto con la policía de Seattle, que confiscó el dinero. Cuando Taylor intentó reclamarlo, la policía le pidió una explicación. «Solo tiene que darnos un recibo que demuestre cómo recibió el dinero y se lo devolveremos», le dijeron los agentes.

Taylor me llamó al trabajo para explicarme lo sucedido y me pidió ayuda. «Te daré el 20 % si puedes proporcionarme un recibo que me permita recuperar el dinero».

«El treinta por ciento», le respondí.

Como había retirado una cantidad considerable de dinero en efectivo para financiar la transacción, tenía una explicación plausible, o eso creía. Inventamos una historia según la cual íbamos a utilizar el dinero para crear una empresa de arrendamiento financiero. Luego llevé a Taylor a la torre de oficinas de nuestro abogado y tramé un plan para engañarlo y que nos ayudara a recuperar el dinero. Tenía una excelente relación con Geoff, que era socio del bufete. Como ya había trabajado con el abogado anteriormente, supuse que con unas cuantas llamadas telefónicas resolvería el problema.

Taylor y yo nos sentamos frente a Geoff, al otro lado de su pulido escritorio de madera de cerezo. Su oficina tenía vistas a los edificios de mediana altura del sur de Seattle y Puget Sound.

«Le di el dinero a Taylor para que pudiera hacer una oferta en efectivo para comprar equipo de construcción a un contratista que estaba cerrando su negocio». Geoff escuchó pacientemente mi historia, pero en sus ojos vi escepticismo.

Mentí y me inventé una historia, diciéndole que Taylor y yo íbamos a alquilar la maquinaria a la empresa de mi padre. Supuestamente, utilizaríamos los contratos de alquiler como garantía para obtener un préstamo bancario con el que reembolsar a la empresa.

«¿Tu padre forma parte de esta nueva empresa que estás poniendo en marcha?».

Todavía recuerdo la duda en la voz de Geoff en su primera pregunta.

Cuando le dije que había hecho este trato por mi cuenta, Geoff asintió con la cabeza y luego dirigió su interrogatorio a Taylor, que estaba sentado al otro lado del pulido escritorio como si fuera un exitoso

hombre de negocios allí para asesorar sobre una fusión corporativa en lugar de buscar ayuda para recuperar una bolsa de viaje llena de dinero en efectivo.

«¿Y dónde vives?», preguntó Geoff sin rodeos.

«Tengo un apartamento en The Grosvenor House», respondió Taylor.

«Eso está en Queen Anne, ¿no?».

«Así es». Taylor aún no se había dado cuenta de que estaba fuera de su ámbito.

«¿A unos cinco minutos al norte del centro?», insistió Geoff.

«Sí».

«Así que tienes un apartamento en la ciudad». Geoff asintió con la cabeza, llevándose un dedo a la sien mientras se balanceaba en su silla.

«Así es».

«Entonces ayúdame a entender por qué te alojaste en un hotel a pocas manzanas de donde vives. Más concretamente, ¿por qué dejaste tanto dinero en efectivo en una habitación de hotel mientras ibas al gimnasio a hacer ejercicio por la mañana?».

Taylor titubeó ante las penetrantes preguntas de Geoff. Recuerdo que me retorcía en mi silla, sabiendo que la reunión era un desastre. Cuanto más tiempo permanecíamos allí sentados, más me daba cuenta de lo tonto que había sido al pensar que podía manipular a un hábil abogado con mentiras.

Geoff dijo que haría algunas averiguaciones con la policía y que me llamaría más tarde con un plan. Salí de la oficina sintiéndome mal, sabiendo que había destruido mi reputación para siempre. No tendría el valor de volver a enfrentarme a Geoff.

«¿Estás solo?», me preguntó Geoff cuando me llamó al coche esa misma tarde.

«Sí». Conducía hacia el norte por la Interestatal 5, en dirección a la oficina de la empresa. La lluvia caía sobre el Bronco negro que conducía.

«¿Taylor no está contigo?», preguntó, preocupado por mi bienestar.

«No, estoy sola».

«Voy a hacerte algunas preguntas y quiero que respondas con sinceridad. ¿De acuerdo?».

«Por supuesto». Sabía lo que se avecinaba.

«¿Tu padre sabe lo de este dinero?».

«No».

«¿Le diste ese dinero a Taylor?».

«No».

«¿Ese dinero realmente te pertenece?»

«No».

«No lo creía. Michael, quiero que me escuches con mucha atención. Te hablo como amigo y como tu abogado. Tienes un futuro brillante en la empresa de tu padre en esta ciudad. Pero me huele a drogas con Taylor. Quiero que te alejes de él todo lo que puedas. Es un cáncer y te destruirá. ¿Lo entiendes?».

«Sí. Tienes razón. Siento haberlo traído a tu oficina».

«No pasa nada. Nuestra reunión de hoy quedará entre nosotros».

A pesar de su tono amable, sentí que había perdido irremediablemente su respeto. Colgué, humillado. Taylor se había creado su propio problema al dejar su dinero en una suite de hotel mientras hacía ejercicio. Al intervenir, convertí los problemas de Taylor en los míos; no había forma de borrar lo que había hecho ni de restablecer la confianza con Geoff.

En lugar de huir de Taylor, como me aconsejó Geoff, hice lo contrario. Abandoné mis responsabilidades y obligaciones con el negocio familiar. Mi mal juicio me había obligado a hacerlo, pensé. Con el daño irreparable que había causado a mi reputación, me fui de Seattle a Miami, con la intención de ganar unos cuantos millones convirtiéndome en traficante de cocaína.

****

Y así comenzó el plan que me llevó a donde estoy ahora, encerrado. Soy prisionero de la Administración para el Control de Drogas, de camino a lugares desconocidos.

****

El conductor gira hacia un complejo de oficinas y aparca. El tercer agente, el que me registró y me esposó durante la detención, aparca otro coche idéntico junto al nuestro. Salgo del coche con un agente sujetándome la cadena de las esposas a la espalda. Soy como un perro con correa, al que llevan a lo que supongo que es una oficina local.

Una vez dentro, los agentes comienzan a procesarme. Me quitan las esposas para que pueda sostener una placa con mi nombre debajo de la barbilla mientras uno de los agentes me fotografía la cabeza. Otro me lleva a una estación para tomarme las huellas dactilares. Me invitan a cooperar de nuevo, a hablar con ellos a cambio de un indulto de la cárcel. Última oportunidad. El barco está zarpando, desvaneciéndose en el horizonte, pero yo no estoy a bordo.

Disgustado por mi negativa a revelar la información que intentan sacarme por la fuerza, un agente me lleva a una habitación del tamaño de un armario de limpieza y me encierra dentro.

«Acostúmbrate», me advierte, lanzándome esas palabras por encima del hombro mientras se aleja.

Estoy solo en la pequeña habitación. Hay un banco que ocupa toda la longitud de una de las paredes. Me siento, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Llevo casi dos años inmerso en un

plan para vender cocaína y ahora he llegado a esta situación. Aunque ahora no estoy preparado, pronto tendré que responder ante el mundo por las mentiras que he estado viviendo.

Sabía que mis padres sospechaban algo. Mi madre incluso me acusó una vez, llorando porque no quería perder a su hijo en la cárcel. Intenté consolarla mientras evitaba responder a sus preguntas sobre por qué me había mudado a Miami, por qué no le daba un número de teléfono o una dirección. Mis decisiones irresponsables le rompieron el corazón hace mucho tiempo.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, miro al suelo, apoyando la espalda contra la fría pared de ladrillo. Me gustaría pedir perdón, aceptar mi castigo y empezar de nuevo, pero en cambio me aferro a las garantías de Raymond de que prevaleceré si simplemente aguanto.

El estrés y las luces brillantes me agotan, pierdo la noción del tiempo, aunque estoy segura de que ha pasado más de una hora. Me duele la cabeza y me mareo.

Por fin, un agente abre la puerta. «¡Póngase las esposas!».

Me pone las esposas en las muñecas y me las cierra a la espalda otra vez. Los agentes me llevan fuera, a su coche. Abren la puerta trasera y me empujan dentro. No sé adónde voy, pero supongo que voy a ver el interior de una cárcel.

Conducimos una corta distancia y giramos hacia el estacionamiento de un complejo rodeado por dos filas de vallas metálicas. Bobinas de alambre de púas brillante se enrollan en la parte superior de las altas puertas y muchas más bobinas de alambre yacen apiladas unas sobre otras en el suelo, en el amplio espacio de tierra de nadie entre las vallas. Nadie podría escapar sin cortarse en pedazos.

Afuera hace calor y hay humedad. El sudor se acumula bajo mis brazos, en mi pecho y en mi espalda cuando salgo del coche con aire acondicionado. Los agentes me llevan hacia la entrada del Centro Correccional Metropolitano de Miami. Los guardias de la prisión, desde un centro de control, pulsan un botón para abrir electrónicamente

la pesada puerta de acero y oigo el clic del cerrojo. Un guardia de la Oficina Federal de Prisiones, vestido con pantalones grises, camisa blanca y corbata granate, acepta las carpetas de manila que le entregan los agentes que me escoltan. Intercambian algunas palabras, pero mi mente se queda en blanco y no puedo comprender su conversación. Cuando el guardia me registra, me mira la boca, me mira dentro de las orejas y tira de las esposas para asegurarse de que están bien sujetas, queda claro que ya no comparto una humanidad común con ellos.

El guardia me conduce a través de una serie de puertas que se cierran detrás de nosotros, encerrándome más profundamente en la prisión. Paso horas interminables en celdas de detención, a veces solo, a veces con otros presos. Relleno formularios en los que declaro que no padezco ningún problema de salud ni necesito medicación. Luego me pongo de pie para que me tomen fotografías y más huellas dactilares: mi vida como preso federal ha comenzado

Cambio mis mocasines marrones de piel de cocodrilo y mi cinturón a juego, mis pantalones de lino y mi camisa de vestir de seda, ahora apestando a sudor, por unos pantalones caqui con cintura elástica, una camiseta blanca y unos zapatos náuticos azules de lona. Sin mi ropa, siento que mi identidad se desvanece. Son las diez de la noche cuando recibo un rollo de sábanas, una manta y una toalla. Luego desciendo a mi primera unidad de alojamiento.

El edificio rectangular es una estructura de dos pisos de hormigón y acero con cientos de presos hoscos merodeando por las zonas comunes. Algunos de los hombres me miran fijamente. Mientras camino entre la chusma del interior, me sorprende el nivel de ruido.

Mis pensamientos divagan. ¿Quiénes son estas personas? ¿Qué han hecho? ¿Podría defenderme en una pelea con ellos? Veo una cola para los teléfonos y me abro paso entre la multitud. Cuando llega mi turno, llamo a Lisa.

Los presos se agolpan a mi alrededor mientras aprieto el teléfono contra una oreja y tapo la otra con el dedo para silenciar el ruido. La voz de Lisa me recuerda todo lo que me estoy perdiendo. Oculto mis

emociones, tratando de parecer estoico. Entre sollozos, me dice que Raymond le ha dicho que tengo una cita en el juzgado por la mañana. «Estaré allí», promete Lisa. «Tu madre vendrá conmigo».

«¿Se lo has contado a mis padres?». Mi pregunta suena más bien como una acusación. He perdido el control sobre el momento de la verdad y me molesta tener que enfrentarme a ellos.

«Tenía que hacerlo. Raymond dijo que quería queque tuvieras el apoyo de tu familia. Tu madre quiere hablar contigo».

Durante mis 18 meses como traficante de drogas en Miami, el negocio familiar se derrumbó, devastando a mis padres económica y emocionalmente. He reprimido la culpa de que mi ambición imprudente causara el fracaso del negocio, pero resurge con mi confinamiento, y es muy pesada. Mis padres rescataron los activos que pudieron y se trasladaron a Miami, donde vivía la familia de mi padre. Su matrimonio no sobrevivió a la crisis y mi madre ahora vive con mi hermana menor en un apartamento en Miami Beach. La familia y el hogar estables en los que mis dos hermanas y yo habíamos crecido estaban en ruinas, solo eran un recuerdo.

«No te preocupes, mamá», le digo para intentar aliviar su angustia después de que Lisa nos conecte. «No he hecho nada y tengo al mejor abogado de Miami. Ya lo verás. Él va a limpiar mi nombre de todas estas tonterías».

«Oh, Michael... tu padre y yo estamos muy preocupados», dice mi madre entre sollozos y susurros. «¿Qué has hecho?».

«Nada, mamá. Te lo juro. No he hecho nada. Ya lo verás. Mi abogado va a aclarar todo esto. Dale tiempo. Solo tenemos que confiar en él».

«¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Qué se supone que debemos decir? ¡No puedo creer que esto esté pasando!».

Mi conversación telefónica termina, no con un adiós, sino cuando un guardia pulsa un interruptor para desconectar la llamada. Me lleva a mi habitación y me encierra dentro.

****

«¿Qué onda?». Hay otro hombre encerrado en la misma celda. Por su acento, supongo que es cubano. Está de pie junto a una taquilla metálica a la altura de la cintura, en calzoncillos, mirándome fijamente. Parece un matón. Somos de la misma estatura, aunque él es más corpulento, con más grasa que músculo. Tiene unos tatuajes toscos, que parecen garabatos, en los brazos y el torso.

Asiento con la cabeza.

«¿De dónde eres?». Quiere entablar conversación conmigo.

«No hablo español».

«¿Qué eres, blanco?». Esta vez habla en inglés.

La pregunta del hombre me molesta. Me considero estadounidense, sin ningún apellido étnico. «Soy lo que soy».

«Pensaba que eras cubano».

«Mi padre es cubano».

«Entonces, ¿por qué coño no hablas español?».

«Hablo inglés». Estoy listo para el desafío de este tipo, si eso es lo que quiere.

«¿De dónde eres?».

«Soy de Seattle».

«¿Eres policía?».

Lo miro fijamente, preguntándome por qué me hace una pregunta tan ridícula cuando estoy encerrado en una celda, vestido con ropa de preso. «Oye, tío, ¿qué es lo que quieres?».

«Te digo que un hijo de puta se presenta en mi casa, parece cubano pero cree que es blanco, y tengo que preguntarte si eres policía».

«No soy policía. Me han detenido hoy. Mañana voy a juicio».

«¿Te han arrestado?», se burla de mí. «¿Dónde te han pillado?».

«En Key Biscayne».

«Ah, entonces tienes papeles».

«¿Papeles? ¿De qué estás hablando?».

«¡Dinero, cabrón, tienes dinero!».

«¿Por qué te interesa tanto quién soy? ¿Quién eres tú?».

«Estás en mi celda, zorra. No me hagas preguntas, joder».

«¿Qué hacemos aquí? ¿Buscas pelea o qué? Es tarde, estoy cansado y mañana tengo que ir al juzgado. Pero te voy a dar todo lo que puedas aguantar, si es eso lo que quieres».

Me evalúa con la mirada. «No serás un chivato, ¿verdad?».

«No voy a hablar más contigo».

«Vale. Está bien. No hables. Esa es tu litera, chico blanco».

La hostilidad en la celda me sorprende. ¿A qué viene esto? Camino hacia la estantería de acero contra la pared, desenrollo la colchoneta y extiendo la sábana sobre ella. Me subo sin usar el lavabo ni el inodoro, demasiado agotado para más confrontaciones. Me giro hacia un lado y miro por una estrecha ventana vertical. No mide más de quince centímetros de ancho, pero puedo ver el exterior. Los focos iluminan la hierba, las vallas de acero y el alambre de púas. Observo cómo un guardia conduce lentamente una camioneta blanca alrededor del perímetro de la prisión y me quedo dormido.

Es un sueño inquieto y, cuando me despierto, miro por la ventana con los ojos llenos de lágrimas. El hombre que está debajo de mí huele mal. Echo de menos la piel perfumada de Lisa, su cabello, su cuerpo.

Esto nos va a destruir. Mi única esperanza es Raymond. Tiene que liberarme de esta pesadilla. Me seco los ojos llorosos y vuelvo a quedarme dormido.

Un guardia abre la puerta y grita mi nombre dentro de la celda. Su voz rebota en las paredes de hormigón y me despierta sobresaltado. Salto de la litera y me ordena que me vista para ir al tribunal. Sigo llevando mis pantalones caqui y la camiseta. Me siento derrotado y agotado, me pongo las zapatillas de lona y acompaño al guardia fuera de la celda. Cierra de un portazo la puerta de acero detrás de nosotros y utiliza una llave formidable para cerrar el cerrojo.

Camino con otros presos por la misma puerta por la que entré anoche. Nos unimos a una multitud de más de 100 hombres y los guardias nos conducen a unos corrales enjaulados. El ruido me hace palpitar la cabeza mientras estoy hombro con hombro con decenas de presos enfadados. Un reloj en la pared indica que aún no son las tres, lo que explica por qué me siento agotado. No puedo creer que el juicio comience tan temprano.

Uno por uno, los guardias nos sacan de la jaula para que nos cambiemos de ropa. Cuando recibo la bolsa de malla con mi nombre, veo mi ropa amontonada en el fondo de la bolsa, arruinada, con los zapatos encima de la camisa.

«Falta el cinturón», le digo al guardia.

«¿Qué?», gruñe.

«Me falta el cinturón», repito.

«Veamos». El guardia saca un formulario de la bolsa y lo examina. «No pongas que no llevabas cinturón cuando te registraron».

«¿Qué quieres decir? Por supuesto que llevaba cinturón. Era marrón, de piel de cocodrilo, a juego con mis zapatos».

«El formulario no dice nada sobre ningún cinturón. Ahora vístete de una puta vez y deja de andar con rodeos. Lo siguiente que me vas a decir es que no llevas bragas».

Sé que apesto y que mi ropa está húmeda, lo que se sumará al desastre de este día, mi primer día como prisionera.

En cuanto me visto, un guardia me lleva de vuelta al calabozo. Me duelen las piernas de estar de pie. Pasan las horas. A las seis, los guardias empiezan a llamarnos en grupos de dos. Me esposan los tobillos, me envuelven la cintura con una cadena, pasan las esposas por la parte delantera de la cadena y luego me inmovilizan las muñecas. Las cadenas pesan mucho sobre mi cuerpo. Una vez asegurados, marchamos torpemente hacia los autobuses que nos esperan.

«No te gustan las cadenas», se burla un guardia mientras fuma un cigarrillo, «deja de vender drogas».

Tengo un asiento junto a la ventana en uno de los tres autobuses abarrotados que se abren paso entre el tráfico de la hora punta matutina en Miami. Miro a través de los espacios entre las barras de acero verticales y la ventana tintada, observando los rostros de los demás conductores, personas que llevan una vida responsable. No he tenido un trabajo legítimo desde que le di la espalda a mis responsabilidades en la empresa de mi padre.

Pasamos por las cabinas de peaje que cruzan la bahía hacia Key Biscayne. Veo el cartel que promociona Key Biscayne como «La isla paradisíaca» y me invade la tristeza. Me duele el cuello al intentar secarme las lágrimas en el hombro. Puede que tenga una cita en el juzgado, pero mi instinto me dice que esta noche no dormiré en mi cama.

El conductor maniobra nuestro autobús hasta un garaje subterráneo debajo del Edificio Federal. Los guardias nos hacen pasar por unas puertas que conducen a una serie de jaulas adyacentes. Aún encadenados, nos apretujamos como animales en un canal que se dirige al matadero. No entiendo este sistema y odio todo lo que está pasando. Estoy atrapado. Peor aún, me siento extrañamente incómodo al entregar mi destino a Raymond.

Paco, uno de mis proveedores de cocaína, me presentó a Raymond. Paco lo elogió como uno de los mejores abogados de Miami, y cuando

visité su oficina, me impresionó su opulencia. Admiré las fotografías de Raymond sonriendo victorioso junto a conocidos personajes del crimen organizado. Posaban triunfantes frente a un juzgado tras haber ganado un juicio por cargos federales de crimen organizado. Los recortes de prensa me convencieron de que tenía que contar con Raymond en mi equipo. Aunque no esperaba tener ningún problema legal, tenía sentido contar con un abogado de primera categoría. Acordé pagarle decenas de miles de dólares en efectivo por si acaso.

****

«Santos. Santos. Necesito a Michael Santos». Oigo a un guardia gritar mi nombre.

«Estoy aquí». Me abro paso entre la multitud hasta llegar al frente de la jaula.

«Vamos». Abre la puerta para que salga. Después de cerrar la jaula detrás de nosotros, me acompaña a una pequeña sala de conferencias donde los acusados se reúnen con sus abogados. Veo a Raymond sentado en un taburete esperándome. Me doy cuenta inmediatamente de que lleva mi Rolex.sala de conferencias donde los acusados se reúnen con sus abogados. Veo a Raymond sentado en un taburete esperándome. Me doy cuenta inmediatamente de que lleva mi Rolex.

«¿Cómo estás, amigo?». Me saluda como si fuéramos compañeros en un partido de tenis.

«Estoy bien. Un poco cansado». Me avergüenza que Raymond me vea sin afeitar y con la ropa arrugada y manchada de sudor.

«¿Te han tratado bien ahí dentro?».

«No lo sé. Hay mucho ruido, mucha gente. No he podido pensar en nada más que en salir de esta pesadilla».

«¿Has comido?».

«No puedo comer». Me encojo de hombros. «Nos han dado mortadela y pan blanco. El mío todavía está en la bolsa».

«Tienes que comer», dice, tratando de animarme. «Necesito que estés fuerte para superar esto».

«Necesito que tú estés fuerte», le respondo, sintiéndome más débil de lo que espero aparentar. «¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?».

«Estamos intentando sacarte bajo fianza esta mañana. Lisa y tu madre se reunirán conmigo aquí a las nueve. He traído tu reloj para Lisa. Si lo llevabas puesto cuando te arrestaron, se lo habrían quitado».

«¿Por qué tiene que estar aquí mi madre?».

«Esta es la primera comparecencia. Vamos a declarar que no eres culpable de los cargos. Luego le pediré al juez que te deje salir bajo fianza. Necesito que tu madre y Lisa estén aquí para demostrar que tienes vínculos con la comunidad».

«¿Quieres decir que me van a dejar salir?». Por primera vez, una sensación de esperanza comienza a aflorar en mi desesperación.

«Voy a intentarlo».

Raymond se da cuenta de que necesito algo que me anime. Es como un entrenador de béisbol que intenta animar a un jugador de la liga infantil que está pasando por una mala racha. «Tienes que ser fuerte. Presentaremos un buen caso. No tienes antecedentes penales. No hay acusaciones de violencia ni de posesión de armas. Cuentas con el apoyo de tu familia».

«¿Cuánto costará?».

«Tenemos que hablar de eso, Sport», dice Raymond mientras se recuesta contra la pared. «Te han acusado de dirigir una organización criminal continuada. Se castiga con cadena perpetua. Si el juez acepta la fianza, será muy alta. ¿Qué podemos ofrecer al tribunal?».

«¿Cómo que cadena perpetua?», me invade el miedo. «¿Por qué? ¿Qué significa eso?».

Raymond me sujeta la muñeca, tratando de calmar mis nervios. «No te preocupes. Ya lo hemos hablado. Esto es solo el principio. El Gobierno siempre exagera los cargos». Desestima mi preocupación con un gesto de la mano. «Tienes que confiar en mí, déjame esto a mí. Por ahora, tenemos que preparar un plan para la solicitud de fianza y poder sacarte de aquí. ¿Qué tipo de activos puedes aportar?».

«No tengo nada». Me avergüenza admitir que toda mi vida es una farsa. «Le dije a Lisa que reuniera todo lo que tenemos para ti».

«¿Qué quieres decir?». Raymond me mira con los ojos entrecerrados, incrédulo. «¿No has guardado nada?».

Me rasco la cabeza y luego me froto la cara avergonzado. «Le compré una propiedad en España a Paco. Todavía no me ha dado el título de propiedad. Lisa debía hablar ayer con él para recuperar el dinero y poder terminarle de pagar. Eso es todo lo que tengo».

Noto la incredulidad y la pérdida de respeto de Raymond mientras se rasca la cabeza.

«¿Y tus padres? ¿Qué pueden aportar?».

«No tengo nada, Raymond. Pensemos solo en ganar este juicio, no en la fianza».

«¿Cuánto me va a traer Lisa hoy? Necesitamos dinero para ganar este caso, amigo».

«Tiene unos cien mil. Paco le dará el resto y ella te pagará».

«Háblame de esta propiedad. ¿Cuánto vale?».

«Unos doscientos mil. Paco me la debe por un trato que hicimos y que nunca se llevó a cabo. Hemos estado esperando a que transfiera la titularidad, pero después de salir ayer de tu oficina, le dije a Lisa que se pusiera en contacto con él y reuniera todo el dinero en efectivo que pudiera devolver inmediatamente».

Raymond niega con la cabeza, incrédulo. «No puedo creer que no tengas nada ahorrado. ¿Cómo puedes tener un reloj como este sin dinero?».

Me siento como si tuviera ocho años. Totalmente desanimado, me hundo más en mi silla.

«No te preocupes». Raymond comienza a recuperarse. Se da cuenta de que sus preguntas sobre mis finanzas me están empujando a un agujero oscuro. «Estaremos bien. Hablaré con Paco sobre esta propiedad. Tengo que entrar en la sala del tribunal».

El guardia deja salir a Raymond y me lleva de vuelta a la jaula. No entiendo lo de la cadena perpetua. ¿Por qué cadena perpetua? Además, me preocupa el desdén ligeramente velado de Raymond por mi situación financiera. No estoy preparado para nada de esto, ni emocionalmente, ni físicamente, y desde luego tampoco intelectualmente. Estoy totalmente en manos de Raymond. Siento náuseas, inquietud, pero descarto el instinto de declararme culpable y reducir mis pérdidas. Tengo que confiar en Raymond.

****

Cuando el guardia me lleva a la sala del tribunal, veo a Lisa y a mi madre. Apenas se conocen y mi madre nunca ha aceptado a Lisa como parte de mi vida. Sin embargo, en esa sala del tribunal se abrazan, apoyándose mutuamente, mientras yo me siento en la mesa de los acusados junto a Raymond. No podemos hablar, pero asiento con la cabeza antes de darme la vuelta para mirar al tribunal.

Para tranquilizarme, estudio la ornamentada sala del tribunal: los elaborados paneles, las tallas en madera maciza, el alto techo y el estrado. La sala evoca una sensación de majestuosidad y solemnidad. Los fiscales se sientan en una mesa a mi izquierda. Para ellos, soy un don nadie, un delincuente más. El juez considera argumentos que no puedo comprender. Me siento tonto, incapaz de comprender el significado de todo lo que está sucediendo. Las únicas palabras que registro

son «posible cadena perpetua». Resuenan en mi mente. ¿Por qué? Veo cómo el juez frunce el ceño cuando me mira.

«No habrá fianza para este acusado». El juez golpea con fuerza el mazo de madera sobre el estrado tras dictar sentencia.

Este debe ser el día más largo de mi vida. Los alguaciles federales me llevan de vuelta a la abarrotada celda. Estoy abatido, pensando en mi madre y Lisa abrazándose entre lágrimas. La jaula abarrotada no me perturba mientras me abro paso hasta una esquina trasera y me desplomo sobre el sucio suelo de hormigón. Apoyo la espalda contra los barrotes de acero espaciados uniformemente y dejo caer la cabeza sobre las rodillas.

Estas amenazas de cadena perpetua parecen reales, mucho más reales de lo que Raymond me había preparado mentalmente para afrontar. No tengo suficiente dinero para librar esta batalla ni para mantener a Lisa. Tengo que salir de aquí, pero no sé cómo.

Cuando regreso a la prisión, los guardias me asignan una unidad de alojamiento diferente a la que dormí anoche. Había estado en una unidad de clasificación, aunque no sabía que alguien me estaba evaluando. Este es un entorno extraño, donde los guardias me ordenan que vaya a lugares específicos, esperando que obedezca sin preguntar. Ahora estoy en la Unidad Coral y debo dormir en una habitación con otros seis presos de los que no sé nada. Todos roncan mientras me subo a mi litera, todavía vestido. Esta vez no tengo ventana.

****

Es mi tercer día en prisión y un consejero me autoriza a recibir visitas. Llamo a Lisa y le pido que venga. «¿Raymond te ha dado mi reloj?», le pregunto, con toda mi identidad envuelta en mis posesiones. Cuando me dice que sí, le pido que lo traiga.

«¿Puedes llevar un reloj como el tuyo ahí dentro?».

«No quiero guardarlo aquí. Solo quiero volver a sentirlo en mi muñeca». Necesito algún recuerdo físico de la vida que llevaba hace

solo 72 horas. Todos llevamos camisetas blancas y pantalones caqui. Por mucho que quiera abrazar a Lisa, también quiero que los demás presos la vean a mi lado.

A los pocos minutos de su llegada, los guardias me reprenden por besarla. Citan las normas que permiten un breve beso al comienzo y al final de cada visita. Si la vuelvo a besar, me advierten, me suspenderán el privilegio de las visitas durante un mes. Nos sentamos en sillas metálicas alrededor de una mesa redonda blanca con superficie de formica. Escucho a Lisa describir las consecuencias de mi detención. Su madre la insta a que me deje, aunque ella le jura amor eterno. La idea de que me abandone supone otro golpe para mi menguante confianza.

«¿Y Raymond?», le pregunto, y le pido que me diga si le ha pagado.

«Le di el dinero. Está tramitando el acuerdo inmobiliario con Paco. Ya han hablado».

«¿Quieres decir que quiere el dinero y la propiedad? ¡Eso vale mucho más que los 200 000 dólares que quería!».

"No me importa. Siempre se puede ganar más dinero. Solo quiero que vuelvas a casa».

Le cuento a Lisa mi estancia en prisión. Tenemos una biblioteca jurídica y he leído decenas de casos legales durante los pocos días que he pasado aquí. Puede que solo tenga estudios secundarios, pero entiendo lo que leo. El Gobierno me ha acusado de dirigir una organización criminal continuada. Esos libros de derecho describen los cargos como la «ley del capo». Para condenarme, el Gobierno tiene que demostrar que dirigía a cinco personas que participaban en transacciones de drogas por importes significativos. Sé que soy culpable.

«Quizá debería declararme culpable», le sugiero. Si me declaro culpable al principio del proceso, entiendo que el gobierno podría reducir los cargos o aceptar una sentencia más leve. Los casos que he leído sugieren que, si un jurado me declara culpable, recibiré una sentencia larga, quizá cadena perpetua.

«¿Estás loco?», Lisa no quiere escuchar mi razonamiento. «¡No nos declararemos culpables de nada! No te han pillado con nada. Raymond me dijo que esto pasaría, que querrías derrumbarte. Me dijo que te mantuviera fuerte aquí».

«Si me declaro culpable, probablemente me condenarán a 10 años».

«¿Y qué se supone que voy a hacer yo durante 10 años? Eres mi marido y te necesito en casa».

«No cumpliría 10 años. Hay libertad condicional y buena conducta. Probablemente estaría en casa en tres años o algo así».

«Michael, no te han pillado con nada».

«No, pero Alex y Tony están testificando en mi contra».

«Nadie les va a creer. Los pillaron in fraganti, con cocaína».

«Cariño, solo digo que deberíamos pensar en declararnos culpables y reducir nuestras pérdidas. Este cargo me acusa de ser el jefe. El gobierno no tiene que pillarme con nada. Los fiscales solo tienen que demostrar que supervisaba a otros que vendían cocaína».

«¿Quién te crees que eres, Al Capone?», se ríe Lisa, burlándose de mí. «Este lugar solo está jugando con tu mente. ¿Dónde está mi marido fuerte?». Se acerca para cogerme la mano y miro al guardia para ver si está mirando. «Tenemos que confiar en Raymond. Él dice que podemos ganar y eso es lo que vamos a hacer».

Sigo inquieto cuando termina nuestra visita y regreso a la unidad de alojamiento. Más tarde, oigo la voz de un guardia llamándome por megafonía para que me presente de nuevo en la sala de visitas. Raymond ha venido a verme. Nos sentamos en una pequeña sala de conferencias reservada para las visitas entre abogados y clientes. Raymond me dice que Lisa le ha descrito mis temores sobre el juicio y me pregunta cómo lo estoy llevando. Quiero parecer inquebrantable, como si pudiera manejar esta lucha, aunque sé que estoy en un lío, muy por encima de mis posibilidades. Le cuento lo que he leído en los libros de

derecho, sobre todas las personas que cumplen cadena perpetua por los mismos cargos que yo.

«No quiero que leas esos libros», me advierte Raymond. «Solo te van a confundir y nublar tu pensamiento. Esos tipos no me tenían a mí como representante. Por lo que sabemos, es posible que tuvieran abogados mediocres. Además, esos libros solo muestran a los perdedores. No publican los casos de los acusados que le ganaron al gobierno. Eso es lo que vamos a hacer nosotros».

Necesito esa expresión de confianza en que podemos ganar. «¿Qué se supone que debo decir cuando la gente me pregunte por mi caso?».

«Si tienes que decir algo, diles que te han acusado injustamente de un delito y que vas a limpiar tu nombre en un juicio. Necesito que te mantengas fuerte», repite, con una autoridad que me anima. «Este es mi trabajo y soy el mejor del mundo en lo que hago. Déjame llevar este caso».

Raymond me advierte que los alguaciles federales me trasladarán de Miami a Seattle. Me promete enviarme copias de los informes que presentará ante el tribunal y dice que volará a Seattle varias veces antes de que comience el juicio para preparar el caso.

«¿Cuándo vamos a ir a juicio?».

«Iremos a juicio cuando estemos listos, amigo». Raymond me transmite el mensaje de que tenemos el control y que tiene una estrategia para conseguir mi absolución. Me insta a mantenerme fuerte mientras determina el momento más ventajoso para juzgar el caso. Raymond insiste en que no le haga preguntas sobre lo que está planeando e insinúa que tiene tácticas que no puede compartir conmigo. Salgo de nuestra reunión sintiéndome optimista, preguntándome si Raymond está sobornando al juez. Esa debe ser la razón por la que necesita tanto dinero.

****

Gracias al aviso de Raymond, no me sorprende que a la mañana siguiente los alguaciles me trasladen esposado en las furgonetas, autobuses y aviones que reservan para el transporte de presos. Me retienen en prisiones de Oklahoma y Arizona antes de llegar a Seattle. Cuando los alguaciles me ingresan en la cárcel, me encuentro entre varios otros hombres, la mayoría de los cuales son amigos y ahora mis coacusados. Serán juzgados conmigo por haber participado en la distribución de la cocaína que envié desde Miami.

Desde que me mudé a Miami hace más de un año, me aislé de las actividades cotidianas del plan de tráfico. Desde la distancia, podía limitar mi papel a la logística, coordinándome con los proveedores para garantizar que los distribuidores locales tuvieran suficiente cocaína para satisfacer la demanda. Me convencí a mí mismo de que esta estrategia garantizaría que nunca tuviera problemas con la ley. Sin embargo, aquí estoy, encerrado en la misma cárcel que muchos de los que trabajaban conmigo.

En la prisión de Miami me sentía solo, totalmente ajeno al confinamiento. El impacto, junto con la ominosa posibilidad de una cadena perpetua, causó estragos en mi estado mental. Pero en Seattle mi tensión disminuye, aunque esté encerrado en la cárcel. Echo de menos a Lisa, por supuesto. Mi padre regresó a Seattle cuando me trasladaron aquí, y mi hermana Julie vive cerca. Pasan unas horas conmigo cada día de visita. También aceptan mis llamadas telefónicas a cobro revertido, lo que me permite seguir creyendo en mi inocencia y en mi liberación.

Me adapto al ritmo de esta cárcel en particular y disfruto del tiempo que paso con mis coacusados y otras personas que tienen una relación indirecta con mi caso. Mientras esperamos el proceso judicial, me enseñan a jugar a las cartas y al ajedrez. Un día, mi ánimo se levanta cuando veo a David, un colombiano con el que he trabajado antes, pero al que no veía desde hacía casi un año.

Incluso cuando nos veíamos en el pasado, no nos comunicábamos mucho porque David no habla inglés. Su función en mi organización era almacenar la cocaína que Rico distribuía en Seattle. Cuando Rico

comenzó a cooperar con la DEA, llevó a los agentes hasta David y su almacén.

David me lleva a un rincón de la cárcel e intenta comunicarme un mensaje con urgencia. Susurra y toma precauciones para asegurarse de que los demás no nos oigan. No le entiendo y nuestra incapacidad para comunicarnos le frustra. Intento traer a un preso bilingüe para que traduzca, pero David me detiene. Insiste en que es un asunto privado. Pide prestado un diccionario español-inglés. Finalmente, entiendo el mensaje que ha estado tratando de transmitirme.

Cuando los agentes de la DEA arrestaron a David, no encontraron los ocho kilogramos de cocaína que había escondido. Yo no estaba al tanto, no sabía que existían esos ocho kilogramos hasta que David me lo dijo. Yo creía que el gobierno lo había incautado todo cuando Rico comenzó a cooperar con ellos. David explica que él guardaba esa cocaína para los proveedores colombianos que habían huido tras los arrestos. Quiere que alguien la recupere y la venda, aunque no conoce a nadie en Seattle.

David me propone una solución a mi problema inmediato. Si consigo coordinar esta transacción, me ofrece repartir las ganancias. Al precio actual, ocho kilos de cocaína reportarán más de 200 000 dólares. Mi parte cubrirá los gastos de Lisa mientras espero a que Raymond me libere. Desde mi punto de vista, ni siquiera es un riesgo, ya que de todos modos me voy a enfrentar a un juicio.

Llamo a Tom, el hermano de Lisa, y lo invito a visitarnos. En el pasado, confié en Tom como mensajero para transportar cocaína. Como ambos queremos lo mejor para Lisa, confío en él. El gobierno acusó a Tom en mi auto de procesamiento, pero el papel secundario que desempeñó en la conspiración le permitió permanecer en libertad bajo fianza durante el proceso judicial en Seattle. Durante nuestra visita, le explico lo que he averiguado gracias a David.

Nos reunimos en una pequeña cabina con un cristal que nos separa. Le enseño un mapa que David ha dibujado para mí. Me siento como si estuviera coordinando una búsqueda del tesoro desde la cárcel.

La posible cadena perpetua ya no me preocupa, ya que me he resignado a dejar que Raymond se encargue del juicio. Mi atención se ha centrado en proporcionar a Lisa más recursos económicos.

«No hay nada que hacer», le explico a Tom. Puede que esté en libertad bajo fianza por cargos federales, pero él también ve la oportunidad. Le doy instrucciones a Tom para que le entregue la cocaína a Walt, uno de mis clientes que no estaba implicado en la acusación.

«Solo tienes que recoger los ocho kilos. Una vez que los tengas, llama a Walt y él los venderá. Dile a Walt que yo le financiaré. Puede pagar a plazos, sin presión. Todo el asunto no debería llevar más de una hora y ganaremos cien mil dólares».

Vuelvo a mi celda, completamente ajeno al nuevo delito que acabo de cometer. Durante una conversación telefónica a la mañana siguiente, Tom me dice que todo va bien. En pocos días, Tom recibe decenas de miles de dólares y le envía a Lisa lo que necesita. Alquila una casa cerca de la cárcel y paga el traslado de Lisa a Seattle para que pueda visitarme mientras esperamos mi victoria y mi liberación.

«Sabía que podrías manejar esto». Ella coloca su mano contra el cristal que nos separa en la sala de visitas y me sonríe como si fuera un héroe.

Visito a Lisa siempre que nos lo permiten, y hay algo en el hecho de mantenerla que me da fuerzas, aunque a mi familia no le guste. No lo entienden, sobre todo ahora que estoy en la cárcel y sigo excluyéndolos al negarme a hablar de mi caso. Arreglaré las cosas cuando Raymond me libere de estos cargos. Por ahora, tengo que cuidar de Lisa. Es lo único que puedo hacer.

****

A mis 23 años, soy más joven que la mayoría de los presos que me rodean. Raymond, mi abogado, vuela a Seattle siempre que es necesario. Los días de visita, los demás presos me ven con mi llamativa esposa. Camino con aire arrogante, lleno de la ilusión de que soy el hombre

más importante del bloque de celdas. Me lo tomo en serio y disfruto del papel de líder durante esos primeros meses en la cárcel de Seattle, pensando que pronto saldré victorioso, venciendo a los federales.

Paso mi primera Navidad entre rejas y luego celebro mi 24.º cumpleaños en enero de 1988 con una fiesta con barritas Snickers para todos los presos de mi unidad. El tiempo en la cárcel no ha sido malo, pero solo porque estoy seguro de que mi libertad está al caer. Mi madre me pregunta continuamente qué haré cuando salga. Le cuesta defenderme ante los familiares y amigos que le preguntan por mi situación. Pero no tengo una respuesta para ella, ya que no he pensado en nada más que en ganar el caso. Le digo que pensaré en el futuro más adelante y le sugiero que ignore lo que digan los demás.

Después de cinco meses de prisión preventiva, estoy impaciente, listo para que comience la acción. El gobierno no tiene ninguna grabación mía haciendo negocios. Además, los agentes de la DEA no me pillaron con drogas ni dinero, y las personas que han aceptado testificar en mi contra tienen intereses personales en culparme, a pesar de que fueron ellos los que fueron pillados con cocaína. Estoy deseando que Raymond convenza al jurado de que no debería estar en la cárcel.

Antes de que comience el juicio, Raymond me prepara para el testimonio que voy a dar. Nos sentamos durante horas en una pequeña sala de conferencias adyacente a mi unidad de alojamiento mientras él me lanza preguntas como si fuera el fiscal tratando de ponerme nervioso.

«Cuando respondas», me aconseja, «mira al jurado. Busca a una jurado que te guste y háblale directamente. Habla con claridad, sin precipitarte. Necesitamos que confíen en ti, que crean que eres como ellos».

Me estoy emocionando. Siento como si se acercara la noche del estreno y yo fuera la estrella.

«¿El jurado sabrá a cuánto tiempo me enfrento?». Estoy seguro de que los miembros del jurado no me condenarían si supieran que me enfrento a una cadena perpetua.

«No se nos permite hablar de la posible sentencia. El juicio trata de determinar la culpabilidad o la inocencia».

«¿Puedo mencionar la posible sentencia en alguna de mis respuestas cuando esté en el estrado?».

Raymond se detiene para considerar mi pregunta. «Bueno, no puedo decir nada sobre la sentencia, pero si ves una oportunidad, aprovéchala rápidamente porque el fiscal se opondrá enseguida».

Estoy listo a la mañana siguiente, cuando los alguaciles me trasladan de la cárcel al juzgado.

****

Los alguaciles nos escoltan a los cuatro, encadenados, a través de las áreas de trabajo de la oficina de correos. Veo a los empleados mirándonos con recelo mientras clasifican el correo en grandes bolsas, mientras esperamos el ascensor que nos llevará al juzgado. Entramos en una sala. Los alguaciles nos quitan las esposas y las cadenas antes de encerrarnos.

Unos minutos más tarde, los alguaciles traen a Alex, mi antiguo compañero. Reconozco su voz cuando lo encierran en una jaula adyacente. No podemos vernos, pero una vez que los alguaciles se marchan, me agarro a los barrotes de la puerta principal y hablo con Alex, sin prestar atención a la sólida pared que nos separa.

«¿Cómo puedes testificar en mi contra?», le pregunto. «Hemos sido como hermanos». Alex se graduó en el instituto dos años antes que yo, pero a pesar de nuestra diferencia de edad, nos hicimos muy amigos. Después de que me enseñara el dinero que podíamos ganar vendiendo cocaína, nos hicimos socios.

«Lo siento». Podía oír la humillación en su voz. «Fue demasiado rápido. Cuando me atraparon, me asusté. No sabía que esto iba a pasar».

Alex comenzó a cooperar con los fiscales un año antes de mi detención, cuando los agentes de la DEA lo detuvieron con un kilo de cocaína. En una negociación de culpabilidad que lo limitaría a dos años de prisión, aceptó testificar contra mí.

«¿Sabes que me enfrentan a una cadena perpetua?».

«Lo he oído». Su voz se apaga y sé que la gravedad de la sanción a la que me enfrento le pesa mucho.

«El caso del Gobierno se basa en tu testimonio». Intento manipular no tanto lo que Alex dirá, sino cómo lo dirá. «Todo depende de ti. Puedes presentarte como una especie de testigo estrella o puedes presentarte de una manera que te haga parecer un mentiroso a los ojos del jurado. Solo recuerda que ya tienes tu acuerdo. Si te derrumbas bajo el interrogatorio de mi abogado, el jurado no me condenará».

«Lo entiendo».

La semilla que planté da sus frutos. Cuando Alex testifica ante el jurado, tanto en el interrogatorio directo del fiscal como en el contrainterrogatorio de Raymond, parece totalmente poco fiable. Su testimonio me anima, ya que sé que el tartamudeo y el balbuceo de Alex lo retratan como un testigo poco creíble, dispuesto a salvar su pellejo a cualquier precio.

Más tarde esa noche, vuelvo eufórico a la cárcel, pensando que mi amigo ha cumplido. El gobierno ha estado contando con su testimonio, pero ahora los fiscales tendrán que presentar pruebas más convincentes si quieren conseguir una condena. En los días siguientes, tenemos altibajos, obteniendo buenos resultados con algunos testigos y no tan buenos con otros. En general, siento que mi absolución está cerca.

****

Mis esperanzas de ser liberado se desvanecen durante la segunda semana del juicio. Cuando regreso a la cárcel después del juicio una tarde, llamo a Lisa para nuestra conversación nocturna. Mientras hablamos, oigo voces masculinas agresivas gritando de fondo. Entonces, la línea se corta. Vuelvo a marcar el número. Alguien descuelga el teléfono sin responder. Oigo un clic seguido de silencio. Ahora frenético, marco por tercera vez. No he desmentido los rumores que circulan por la cárcel de que soy un hombre adinerado, y me preocupa que algún líder de una banda de la cárcel haya organizado un allanamiento de morada o un secuestro. Finalmente, una voz masculina responde. Cuando la operadora anuncia mi llamada a cobro revertido, la llamada se conecta.

«Hola, Michael». El hombre que responde adopta un tono familiar y se ríe entre dientes.

«¿Quién es usted y qué hace en mi casa?». Aprieto el auricular del teléfono con rabia.

«Soy un agente especial de la DEA», se burla. «Pronto descubrirás por qué estamos aquí».

«Estás acosando a mi familia porque estás perdiendo el juicio».

El agente se ríe de mí. «No creo que sea así», dice. Luego, justo antes de colgar, añade que han arrestado a Tom, el hermano de Lisa.

Minutomás tarde, llegan los funcionarios de la cárcel para sacarme de la unidad de alojamiento. Me encierran entre las jaulas de la puerta de salida que separan la unidad de los pasillos de la cárcel y me agacho desesperado. Mi mente se llena de preguntas. La preocupación me atormenta. ¿Por qué los agentes invadirían la casa de Lisa? ¿Por qué el agente me diría que tienen a Tom? Mi corazón late más rápido que nunca. Entonces veo a un equipo de agentes de la DEA entrar en la unidad de vivienda. Pasan junto a mí y entran en mi celda para realizar un registro aparente.

Después de que los agentes terminan su registro, los guardias me llevan de vuelta a la unidad de alojamiento y me encierran dentro. La

adrenalina recorre mi cuerpo, no puedo dormir. Cuando los guardias vienen a buscarme por la mañana, estoy dando vueltas. Me escoltan al bullpen para llevarme al tribunal y me sorprende ver a Tom, el hermano de Lisa.

«¿Qué haces aquí?» No puedo creer que Tom esté en la cárcel. Ha estado en libertad bajo fianza desde nuestro arresto inicial, sentado a mi lado en el juicio cada día. No puedo entender lo que ha pasado.

«La he fastidiado». No me mira cuando responde.

«¿De qué estás hablando? ¿Estabas en casa anoche cuando la DEA irrumpió en casa de Lisa?».

Tom ni siquiera sabía que la DEA había estado en la casa. Me dice que la DEA lo arrestó ayer por la tarde después de la vista judicial.

«¿Por qué te arrestaron? ¿Y por qué irrumpió la DEA en casa de Lisa?».

«La he fastidiado», repite Tom. No me mira a los ojos. Sentado en el banco, frotándose la cara y mirando al suelo de la jaula, me cuenta lo que pasó. Hace varios meses, pocos días después de mi detención, cuando le di instrucciones a Tom para que recuperara esos ocho kilos de cocaína y se los entregara a Walt, Tom decidió venderlos por su cuenta. Resulta que uno de sus clientes es un agente de la DEA.

«¿Quieres decir que has estado vendiendo esa cocaína por tu cuenta todo este tiempo?». Me enfada saber que Tom desobedeció mis instrucciones específicas de entregarle la cocaína a Walt.

Tom asiente con la cabeza. «Pensé que así podría ganar más dinero».

Cierro los ojos y sacudo la cabeza. «Por favor, dime que no guardabas la cocaína en casa de Lisa».

«No la guardaba allí, pero escondía dinero debajo del colchón. También le di a Lisa algo de dinero que me había pagado el tipo que resultó ser el agente encubierto de la DEA».

Lo único en lo que puedo pensar es en la posibilidad de que Lisa haya sido arrestada. Unas horas más tarde, Raymond me da una aclaración. Me dice que los agentes podrían acusar a Lisa del delito de mentir a un agente federal. Cuando los agentes estaban en la casa, ella les dijo que el dinero de su bolso era suyo, cuando en realidad Tom le había dado billetes marcados por la DEA. Al menos no estaba detenida.

Raymond me insta a salir de mi desesperación y centrarme en las últimas horas de mi juicio, que es mi problema inmediato. Ya no me importa el juicio ni su resultado. La verdadera gravedad de mis problemas finalmente se ha abatido sobre mí. No solo he arruinado mi propia vida, sino también la de todos los demás. Quiero rendirme, morir.

****

El jurado emite su veredicto y me declara culpable de todos los cargos. Las mentiras sobre mi inocencia ceden ante la realidad de mi culpabilidad. Tengo que aceptar que me enfrentaré a una cadena perpetua. ¿A quién le importa? No sé lo que me espera. Nada importa. El gobierno puede acusar a Lisa de un delito grave y la idea de verla esposada me destroza.

Le pido a Raymond que llegue a algún tipo de acuerdo con los fiscales, que les diga que aceptaré una cadena perpetua, una pena de muerte, que renunciaré a mi derecho a apelar, cualquier cosa, si el gobierno deja en paz a Lisa. Me dice que el gobierno ni siquiera me ha acusado en el caso.

«Entonces diles que confesaré. Yo organicé que Tom recibiera esos ocho kilos. Formaban parte del mismo delito por el que acabo de ser condenado, pero si no hubiera enviado a Tom, la cocaína habría permanecido enterrada».

«No voy a hacer eso. Estás bajo coacción. No quiero que cooperes. Ni siquiera has sido condenado y tienes excelentes perspectivas en la apelación».

«No me importa la apelación, no me importa nada más que hacer lo que pueda para salvar a Lisa. Ella no se merece esto. Llama al fiscal. Dile que confesaré».

«No lo haré».

Raymond no quiere involucrarse en mi conversación con los fiscales. No entiendo su reticencia, quizá sea porque no quiere que revele el asesoramiento que me ha dado durante todo este calvario, o porque le preocupa que pueda divulgar información sobre la propiedad que recibió de Paco como parte de sus honorarios. No me importa. Raymond no es mi prioridad. Queriendo hacer todo lo posible por Lisa, despido a Raymond y le digo que no quiero que me represente más.

Yo mismo llamo al fiscal, Jerry Diskin.

«¿Es usted el mismo Michael Santos que testificó que no sabía nada sobre el tráfico de drogas?». El fiscal se burla de mí.

«Mira, Jerry», le digo, «yo solo hice lo que mi abogado me dijo que tenía que hacer. Lo siento. Confesaré lo que quieras, renunciaré a mi derecho a apelar, aceptaré cualquier sentencia que quieras imponerme. Por favor, no le hagas pasar esto a Lisa».

«Tengo algunos problemas con lo que me ofrece», me pone en mi sitio el fiscal. «Déjeme empezar por el principio. En primer lugar, no me llame Jerry nunca más. Soy fiscal federal, para usted soy el Sr. Diskin. ¿Lo ha entendido?».

«Sí. Lo siento».

«Segundo, no quiero, repito, no quiero hablar con usted a menos que sea a través de un abogado. ¿Por qué se pone en contacto conmigo en lugar de con Raymond?».

«Raymond no quiere que hable con usted. No quiero que me represente más».

«Entonces haré que el defensor público envíe a alguien. No vuelva a ponerse en contacto conmigo. Y, para que conste, déjeme responder

a la oferta que me ha hecho. No necesito su confesión. Está condenado y se enfrenta a una pena de cadena perpetua. Su apelación no me concierne. No sé por qué cree que querría hablar con usted».

El Sr. Diskin tiene razón, me doy cuenta. Respiro profundamente y exhalo, tratando de aliviar la presión y la ansiedad que me oprimen el pecho.

****

Mientras estoy tumbado en mi litera, pienso en todas las formas en que he decepcionado y humillado a mis padres. Nunca quisieron la expansión empresarial que yo ansiaba. Durante mi infancia y adolescencia, mis padres trabajaron duro con la esperanza de darnos a mis hermanas y a mí privilegios que ellos no habían disfrutado al crecer. No tenían estudios universitarios, pero nos querían y construyeron una vida que proporcionó a nuestra familia una hermosa casa, coches nuevos y vacaciones regulares. Abusé de su confianza y los empujé a tomar decisiones que nunca hubieran tomado sin mi influencia. Al final, mi codicia llevó a la destrucción de nuestra familia y su negocio. Luego, cuando vi una mejor oportunidad de enriquecerme traficando con cocaína, los abandoné. Mis decisiones destruyeron la prosperidad de mis padres, contribuyeron a su divorcio y avergonzaron a mis hermanas.

Mis decisiones delictivas también humillaron a mis abuelos. Eran católicos devotos que esperaban que llevara una vida moral y tomara buenas decisiones. Las cartas que he recibido de mi madre describen su disgusto por mis acciones. No he tenido el valor de hablar con ellos desde mi detención. En cambio, he cargado a mi madre con la imposible tarea de defenderme ante ellos.

Mi angustia mental es implacable. Llevo la foto de Lisa en la mano y trato frenéticamente de pensar en cualquier cosa que pueda salvarla. ¿Cómo puedo persuadir al gobierno para que no la procese?

El suicidio me parece muy tentador. Pienso en otro preso que lo hizo utilizando las cuchillas de una de las maquinillas de afeitar de plástico que se nos permite tener en la cárcel. Sentado en el retrete, se

cortó las venas y se desangró hasta morir. Esa opción me atrae. Podría ser una forma de llegar al Sr. Diskin. Si estoy muerto, quizá sienta algo de compasión por Lisa.

Pero suicidarme destrozaría a mis padres y a mis hermanas. Aunque no quiero afrontar las consecuencias de mis actos, sé que no puedo permitir que estos pensamientos suicidas continúen. Mi padre me anima a ser fuerte y, a través de largas cartas que me escribe mi madre, ella me muestra que su apoyo no flaqueará. Lisa, por su parte, se preocupa sobre todo por las consecuencias que mis problemas puedan tener para ella. Durante nuestras llamadas diarias, atormentada por la posibilidadposibilidad de ir a la cárcel, me suplica que la salve.

Me salen forúnculos en los brazos y las piernas, ya que el estrés que siento se manifiesta en todo mi cuerpo. Los volcanes de pus del tamaño de un huevo arden como ácido caliente bajo mi piel, ejerciendo una presión insoportable. Solo una visita a la enfermería para una extirpación alivia el dolor, aunque a las pocas horas de haberlo drenado, más comienzan a supurar e hincharse.

****

Llevo seis meses en la cárcel y tendré que pasar varios más antes de que se dicte sentencia. No sé qué pena me impondrá el juez, aunque acepto que la posibilidad de cadena perpetua es real. No me interesan los juegos de cartas ni los juegos de mesa. Me quedo en mi celda leyendo la Biblia con la esperanza de encontrar consuelo, un ancla. Las Escrituras me ayudan a resistir el creciente impulso de acabar con mi vida y me dan fuerzas para aguantar un día más. Aunque quiero identificarme con las agonías y pérdidas descritas en el Libro de Job, las comparaciones terminan ahí. Job, al menos, no se veía acosado por la autoculpabilidad por haber actuado de forma estúpida y deshonesta. Saber que las decisiones que tomé provocaron mis tribulaciones agrava el continuo tormento de mi mente.

Los alguaciles vienen a buscarme de nuevo y me llevan al juzgado. Me encuentro con Justin, mi abogado de oficio, que está allí para mi sesión informativa con el Sr. Diskin. Justin no ha tenido oportuni-

dad de revisar ningún expediente judicial ni archivo relacionado con mi situación, aunque sabe que un jurado me condenó por numerosos delitos graves relacionados con drogas solo unos días antes. No se me han imputado más delitos y él no entiende mi motivación para querer hablar con los fiscales.

«Mira, tío», le digo en la sala privada, «yo soy el responsable de todo. Yo fui quien le dijo a Tom que recogiera las ocho llaves. Puede que él se las vendiera al tipo que resultó ser de la DEA, pero yo soy el responsable».

«Pero no te han acusado», señala Justin. «¿Qué esperas conseguir con esta confesión?».

«El Gobierno puede hacer lo que quiera conmigo. Pero los fiscales amenazan con acusar a Lisa de un delito grave. Lo único que quiero es asumir yo mismo el castigo, sea cual sea. Dígales que me condenen a lo que sea, pero que la dejen a ella en paz».

El abogado de oficio niega con la cabeza, resignado, sabiendo que no estoy preparado para recibir asesoramiento. Caminamos hacia una sala contigua para reunirnos con el fiscal. Justin se sienta a mi lado mientras respondo a las preguntas del Sr. Diskin. Su primera pregunta es si mentí cuando subí al estrado durante mi juicio. Respondo que sí, y él me pregunta si entiendo que admitir tales mentiras me expone a cargos penales adicionales por perjurio. Me ofrezco a aceptar cualquier cargo o sanción que el gobierno quiera imponerme y luego le suplico al fiscal que no acuse a Lisa. El Sr. Diskin sonríe, impasible.

La sesión de interrogatorio dura una hora. Al final, el Sr. Diskin me dice que no he revelado nada que él no supiera ya.

«Vas a tener que afrontar todo el castigo por tus delitos». El fiscal entrecierra los ojos mientras me reprende. «Y puede que te encuentres de nuevo sentado en la mesa de los acusados, esta vez junto a tu esposa».

Los alguaciles me llevan de vuelta a la cárcel. Estoy completamente agotado, sabiendo que soy incapaz de proteger a Lisa. Durante se-

manas permanezco tumbado en mi celda, aferrándome a la almohada, mirando fijamente a la pared, catatónico por el dolor.

****

Mientras espero durante los largos meses que preceden a la fecha de mi sentencia, busco cualquier cosa que despierte mi interés. En el carrito de libros de la cárcel me topé con una antología de dos volúmenes titulada A Treasury of Philosophy (Un tesoro de filosofía). Con la esperanza de que me ayudara, comencé a leerla. Aunque nunca he sido un gran lector, los ensayos me intrigaron. Desde que terminé la secundaria no había leído ni un solo libro. Sin embargo, ahora aquí estoy, atormentado por pensamientos que me torturan la mente mientras intento leer filosofía en una celda.

La filosofía no es una materia con la que haya tenido contacto antes. Encuentro un diccionario y doy un paso tentativo hacia otro mundo, descubriendo que los ensayos de esta antología me ayudan a disminuir mi sensación de desesperanza. Me dan una nueva comprensión de la relación del individuo con la sociedad. Empiezo a creer que tal vez, con el tiempo, pueda reconciliarme con mis conciudadanos. Esta idea de redención me viene al leer al filósofo francés Jean Jacques Rousseau, que define el «contrato social» y describe el pacto y la responsabilidad de cada ciudadano con la sociedad. Al infringir la ley, no he sido fiel al contrato social que describe Rousseau, pero al leer su obra, empiezo a creer que puedo enmendar mi error.

Leo a John Locke, cuyos ensayos sobre el entendimiento humano me introducen en el concepto de la tabula rasa, o pizarra en blanco. Locke creía que todo el mundo viene a este mundo sin conocimientos previos ni ideas innatas. Más bien, todo lo que una persona ve, siente, saborea y huele le causa una impresión que influye en quién y en qué se convierte. Como sugiere Locke, aprendo de mis experiencias en la sociedad. A su vez, esas experiencias generan los valores que guían mis pensamientos, mis decisiones y mis acciones.

Pensando en la filosofía de Locke, apoyo el libro abierto sobre mi pecho y miro fijamente el techo de mi celda mientras entrelazo las

manos detrás de la cabeza. ¿Qué fue lo que dejó una huella duradera en mi pizarra en blanco? ¿Qué me llevó a pensar que ganar dinero vendiendo cocaína sería una elección de vida adecuada? Las preguntas profundizan mi introspección.

****

A diferencia de muchos de los hombres que estaban encerrados conmigo, yo tenía opciones. Si hubiera elegido la universidad, mis padres habrían apoyado mi decisión. Pero sin preocuparme por recibir un sueldo, tomé el camino fácil. A los 20 años, convencí a mi padre para que me pagara un sueldo más alto del que merecía. También me alquiló un Bronco negro nuevo que podía conducir sin preocuparme por los gastos de gasolina, seguro o mantenimiento.

Si no fue la necesidad económica lo que me llevó al crimen, ¿qué fue? Quizás la inseguridad. Quería que los demás me vieran como algo más de lo que era. La codicia y el sentido de superioridad impulsaron mis decisiones. Pero, bajo esa apariencia, no era más que un chico inseguro.

¿Dónde comenzó mi obsesión por el dinero?

Mis abuelos llevaban una vida moral como estadounidenses trabajadores y nos colmaban de amor a mis hermanas y a mí desde que éramos niños. Debería haber aprendido más de ellos. Sin embargo, yo equiparaba quién era con lo que poseía materialmente, y siempre quería más.

En nuestra casa nunca hablábamos con franqueza sobre las drogas. Aunque nuestros padres insistían en lo pernicioso que era consumirlas, sus advertencias no se aplicaban al consumo de alcohol. Recibían invitados en nuestra casa con regularidad y la bebida era siempre un elemento importante de cualquier reunión. Cuando mis hermanas y yo descubrimos que dos amigos íntimos de nuestros padres —uno era un destacado abogado y el otro un neurólogo— habían consumido cocaína, nos enfrentamos a ellos. Pusieron excusas. Todavía recuerdo

vívidamente cómo mi madre intentó explicarnos a mis hermanas y a mí que sus amigos esnifaban cocaína por motivos de salud.

Las inconsistencias entre lo que mis padres decían sobre las drogas y el alcohol y lo que yo veía pueden haber contribuido a mi percepción de la moralidad. Del mismo modo, la tolerancia de mis padres hacia la manipulación de licitaciones y la colusión en la búsqueda de contratos para impulsar nuestro negocio de construcción no pudo evitar influir en mi sensibilidad hacia la importancia relativa de la ley para la sociedad.

Las charlas de mis padres sobre la honestidad, la integridad, la templanza y otras virtudes de la buena ciudadanía no me causaron una impresión tan profunda como la hipocresía que veía. En lo que a mí respecta, ciertas actividades podían ser ilegales, pero si se cometían sin dañar a víctimas reconocibles, entonces estaba bien ignorar o despreciar esas leyes. El razonamiento de mis padres difería drásticamente del enfoque basado en principios que Rousseau enseñaba en su ensayo sobre el contrato social, un pacto que vinculaba a todos los ciudadanos.

****

A medida que se acerca la fecha de mi sentencia, empiezo a sentirme responsable de los delitos que he cometido. Al reflexionar sobre los escritos de John Locke, empiezo a apreciar las influencias que me han convertido enel joven en el que me he convertido, y acepto que tengo que cambiar. Debo «desaprender» las influencias corruptoras que me llevaron a cometer mis malas acciones y, finalmente, a mi encarcelamiento.

Cuando vuelvo a coger el Tesoro de la Filosofía, leo un ensayo que describe el juicio de Sócrates y poco a poco me ayuda a aceptar la situación en la que me he metido. Sócrates fue condenado por infringir una ley absurda que prohibía a las clases aristocráticas enseñar a los plebeyos. El tribunal ateniense condenó a Sócrates a una muerte autoinducida por envenenamiento por su delito. Esperó pacientemente en la cárcel la fecha de su ejecución.

Muchos líderes de Atenas amaban y respetaban a Sócrates. Indignados por su sentencia, coordinaron un plan que le permitiría escapar del castigo y vivir el resto de su vida en el exilio. Sócrates rechazó la oferta, explicando que su conciencia no le permitiría escapar, evitando el castigo por sus acciones. Leer sobre Sócrates me inspira. Como amante de la ley y la democracia, Sócrates afirmó que su honor le exigía cumplir la sentencia bebiendo el veneno que lo mataría. A mi modo de ver, esa postura basada en principios revela a Sócrates como un hombre fuerte y valiente. Mientras espero que se dicte mi sentencia, lo considero un modelo a seguir para el tipo de hombre reflexivo en el que me gustaría convertirme.

Con mi Biblia y mis libros de filosofía, vivo como un monje en mi celda. La lectura me transporta a nuevos mundos de pensamiento y contemplación. Siento que una madurez desconocida se apodera de mí, trayéndome esperanza. Escribo cartas a mis padres, a mis hermanas y, cada día, le escribo a Lisa, prometiéndole que redimiré mis crímenes educándome y utilizando el tiempo en prisión para prepararme para una vida productiva tras mi liberación.

****

Siete meses después de mi detención inicial, el gobierno me acusa de varios nuevos delitos. Acepto estos nuevos cargos y no discuto el papel protagonista que desempeñé en la distribución de ocho kilogramos de cocaína ni mi perjurio durante el juicio. Lisa no aparece en la acusación, aunque los abogados especulan que más adelante se enfrentará a cargos penales por mentir a un agente federal.

Mis esfuerzos por proteger a Lisa han fracasado, pero la oración y la filosofía me inspiran optimismo. En lugar de permitir que fuerzas que no puedo controlar, como la sentencia que impondrá el juez, dicten mi actitud, empiezo a sentir cómo se acumula en mi interior una fuerza espiritual.

La prisión no me destruirá ni me definirá. Más bien, me comprometo a definirme a mí mismo a través de mi respuesta a las sanciones a las que me enfrento.

****

Quiero expiar mis crímenes. Para hacer pública mi declaración, le escribo a Stuart Eskenazi, un periodista que cubrió mi juicio para The Tacoma News Tribune. En la carta, expreso mi arrepentimiento por mis crímenes y por mi comportamiento tras el arresto. Me comprometo a encontrar formas de reparar mis errores durante las próximas décadas.

Unos días más tarde, Eskenazi viene a entrevistarme a la cárcel. Entiendo que el público se mostrará escéptico sobre mi compromiso de formarme y crear oportunidades para contribuir positivamente a la sociedad. Aun así, estoy decidido a empezar de nuevo. Siento que estoy pasando página a las decisiones que me llevaron al encarcelamiento.

La noticia de portada que el Sr. Eskenazi escribe para el periódico local no influye en el juez que dicta mi sentencia. Tras dos audiencias separadas, me impone penas consecutivas. En total, el juez ordena que cumpla una condena de 45 años y me multa con 500 000 dólares por mis delitos.

«Serás un anciano cuando salgas de prisión», afirma el juez sin rodeos. «Pero te lo has ganado».

CAPÍTULO DOS

Mes 13 / 1988

El tribunal pagó a mi abogado de oficio, Justin, para que me representara después de que rompiera relaciones con Raymond. Sin embargo, ahora que me han condenado, no tengo mucho acceso a asesoramiento legal. Justin preparará una apelación directa, pero no estará disponible para ayudarme a entender cómo afrontar los 45 años que debo cumplir. Ni siquiera sé lo que eso significa y me pregunto si el juez realmente pretende que languidezca en prisión durante más tiempo del que he vivido.

A diferencia de la condena federal que estoy cumpliendo, la mayoría de los demás presos de mi unidad de alojamiento en la cárcel del condado se enfrentan a problemas con el sistema de justicia penal del estado de Washington. De esos hombres aprendo que los 50 estados mantienen sus propios sistemas de justicia penal y penitenciario, con diferentes normas y códigos legales. Como preso federal, tengo poco en común con ellos. Sin embargo, al escuchar a los presos más experimentados que me rodean, me familiarizo con conceptos como «libertad condicional» y «buena conducta».

El sistema penitenciario federal está en transición, aboliendo la libertad condicional y reduciendo significativamente la cantidad de tiempo de buena conducta posible. Dado que mis condenas se derivan de delitos que cometí antes de la fecha de promulgación de la nueva ley, formo parte del sistema de la antigua ley, en el que todavía existe la libertad condicional. Aun así, el estatuto en virtud del cual he sido condenado, el «estatuto del cabecilla», es uno de los pocos delitos de la antigua ley que no da derecho a la libertad condicional. De la condena de 45 años que me impuso el juez, he sabido que solo podré optar a la libertad condicional durante los dos últimos años de mi condena, la parte impuesta como consecuencia de mi condena por perjurio. Aun

así, todo esto me resulta muy confuso y no sé cuántos años voy a pasar realmente en prisión.

Para pasar el tiempo, leo libros jurídicos en la biblioteca de la cárcel. Por esos libros, entiendo que una disposición de la antigua ley autoriza a los administradores de la prisión a reducir mi condena si no cometo ninguna infracción disciplinaria. Sin embargo, según los cálculos que hago en una hoja de papel rayado, independientemente de lo que consiga en prisión, cumpliré más de 26 años. No le veo mucho sentido, ya que no se me acusó de violencia ni de posesión de armas, y en mi delito solo participaron adultos que dieron su consentimiento.

La duración de mi condena no me preocupa tanto como los problemas legales de Lisa. Ahora está en Miami, donde recibe más apoyo familiar mientras su abogado trabaja para conseguir el mejor acuerdo posible. Toda esta situación es un desastre que yo he creado. Intento consolarla durante nuestras llamadas telefónicas nocturnas, aunque soy incapaz de protegerla. Nuestra única conexión es por teléfono, pero las conversaciones que mantenemos no parecen ser suficientes.

Le pido que rece conmigo, pero ella siempre me responde bruscamente: «No quiero rezar, Michael». Me duele como si me abofeteara cuando utiliza mi nombre en lugar de un término más cariñoso. «Se supone que tú debes sacarme de este lío», dice.

«Lo estoy intentando, Lisa. Lo estoy intentando. Pase lo que pase, seguimos teniéndonos el uno al otro y, con la ayuda de Dios, vamos a superar esto». Nunca he sido religioso, pero en estos momentos traumáticos encuentro fuerza en la oración y quiero que ella se una a mí.

«¿Cómo?», se lamenta. «¿Cómo crees que vamos a superar esto si tú estás en la cárcel y yo estoy en la cárcel? ¿Cómo nos va a ayudar Dios o la oración a superar eso?».

«No vas a ir a la cárcel, cariño. Dios no va a permitir que eso suceda. Lo siento. El juez me ha condenado a una pena mucho más larga que a los demás, y estoy seguro de que me ha impuesto toda la pena que tenía intención de imponer en este caso. Se ha acabado».

«Eso no es lo que dice mi abogado», argumenta entre lágrimas. «Me dijo que me podrían caer cinco años. ¡Cinco años, Michael! No puedo soportarlo. ¡No puedo ir a la cárcel!».

«No te preocupes, cariño. Eso no va a pasar. Sé que no va a pasar. En el peor de los casos, te condenará a libertad condicional. Necesito que reces, que tengas fe en Dios».

Lisa hace una pausa en el teléfono, como si estuviera pensando en lo que quiere decir. «Raymond no deja de llamarme».

«¿Por qué te llama?».

«Me llama porque es un cerdo, por eso. Anoche me pidió que fuera a su casa para darme un baño en su jacuzzi. Dijo que un hombre de verdad no me habría puesto en la situación en la que tú me pusiste».

La noticia me repugna. Mi antiguo abogado me ha quitado todo lo que tenía y ahora está intentando seducir a mi mujer. Mis pérdidas continúan. Con un único lugar donde relajarme, vuelvo a mi celda, mi refugio contra la locura, y me tumbo en mi litera, dándome cuentaque la sentencia es solo el comienzo. Aún me queda más dolor por sufrir, más caídas por sufrir.

Quiero paz, pero no puedo escapar del ruido que retumba en el bloque de celdas. Las canciones de rap suenan a todo volumen en las cadenas de televisión musicales. También hay una charla continua de los numerosos presos que deambulan deliberadamente y se pavonean en la zona común, junto con exclamaciones y palabrotas de cada uno de los juegos de mesa. Desde mi litera puedo ver una neblina de humo de tabaco que se queda debajo del techo. Me siento al límite, sin saber si podré salir adelante sin atarme una soga al cuello o cortarme una arteria. El suicidio parece tan fácil, tan tentador.

Mi madre y Christina, mi hermana menor, están en Florida. La distancia geográfica que nos separa es un alivio. Después de todas las mentiras que he dicho sobre mi inocencia, no me atrevo a enfrentarme a mi familia, especialmente a mi madre.

A través de una llamada telefónica me entero de que mi juicio ha unido a mi madre y al padre de Lisa. Se llama Hank. Aunque nunca lo he conocido, sé que comparte un dolor mutuo con mi madre, y ese dolor ha dado lugar a un romance entre ellos. Mi vida se ha convertido en una telenovela absurda.

«Esto es una locura», le digo a Christina por teléfono. «¿Cómo puede mamá estar con este tipo? Solo lleva un año divorciada de papá».

«Déjala en paz, Michael. Se siente sola y triste. Me alegro de que haya encontrado el amor. Nadie quiere estar solo y tú no eres quién para juzgar».

Christina tiene razón. No debería juzgar a mi madre, ni a nadie. Estoy en la cárcel y ni siquiera conozco a mi propia familia, al igual que las decisiones que tomé en los últimos tres años hicieron que mi familia no me conociera. «Lo siento», le digo. «Yo también quiero que mamá sea feliz. Es solo que la noticia me ha sorprendido, eso es todo».

«No pasa nada. Es bastante gracioso si lo piensas bien. Quiero decir, para empezar, Hank no se parece en nada a papá. Además, cuando mamá y Hank se casen, eso significará que tú estarás casado con tu propia hermanastra y Hank será tanto tu suegro como tu padrastro. Al igual que tú no conoces a Hank, ninguno de nosotros conoce realmente a Lisa».

****

Mi padre y mi hermana Julie esperan en largas colas para visitarme en la cárcel. Julie es un año mayor que yo. Es totalmente independiente y fuerte, y mantiene unida a nuestra familia destrozada mientras se avecina mi condena y sentencia. Cada fin de semana nos visitamos a través de mamparas de cristal, agarrados a los auriculares del teléfono mientras lloramos en la cabina.

«Dímelo otra vez, hijo. ¿Por qué sentiste que tenías que hacer esto?».

Los funcionarios de la cárcel solo me permiten pasar 15 minutos en la cabina, y cuando mi padre me hace estas preguntas, aprieto mi mano contra el cristal para igualar la suya y lloro.

«Lo siento, papá. Lo siento».

«No pasa nada, hijo. No llores. Estamos aquí para ayudarte». Él también está llorando, al igual que Julie. La tristeza es difícil de soportar y, en este momento, no sé cómo terminará todo esto.

«Estamos aquí para ayudarte», repite Julie. «Lo que necesites, estamos aquí para ayudarte. Solo necesitamos que seas fuerte ahí dentro y que sepas que las cosas mejorarán».

«¡Santos!», grita el carcelero desde la cabina. «¡Vamos! ¡Se acabó el tiempo! No te lo voy a repetir. ¡Muévete!».

Retiro la mano del cristal. No quiero que los demás vean mi debilidad, así que me seco las lágrimas mientras me alejo. Voy a pedirle a mi familia que no me visite más. Cada vez que me alejo de la cabina de visitas, la devastación que he causado se repite en mi mente. Esas imágenes vienen acompañadas de un sentimiento de culpa que perdura como una nube oscura.

Cuando dejé a mi familia, mi padre era una fuerza de la naturaleza. Era un hombre rudo y trabajador que llegó a este país sin nada más que la ambición de construir una vida mejor. En la obra, rodeado de maquinaria pesada, siempre podía encontrarlo gritando órdenes a los hombres que trabajaban para él. Él y mi madre querían tanto para mí. Me asalta la idea de lo que mi condena y mi larga pena han supuesto para mis padres. Mi padre cruzó 90 millas del Atlántico en una pequeña embarcación, desafiando las aguas del Caribe y lo desconocido para escapar del comunismo de Castro. Pero cuando miro sus ojos color avellana llenos de lágrimas, veo las nuevas arrugas de preocupación grabadas en su frente o la forma en que su cabello, antes negro, se está volviendo blanco, sé que teme que no sobreviva a la cárcel. Me ha dicho que por la noche se despierta presa del pánico y se ahoga con la ansiedad de que le lleguen noticias de que me he quitado la vida.

«Prométeme que serás lo suficientemente fuerte para superar esto», me suplica con frecuencia por teléfono.

«Sí, papá. Lo voy a conseguir. Te lo prometo».

«¡Repítelo!», insiste.

«Lo prometo». Mi padre ha perdido el trabajo de su vida, su matrimonio y ahora a su hijo. Solo tiene 53 años, pero está atormentado y se culpa a sí mismo por la pena de prisión a la que me enfrento. La culpa me aplasta.

****

Me cuesta entender las filosofías de Friedrich Nietzsche, Jean Paul Sartre y Albert Camus. El existencialismo se centra en la responsabilidad personal y yo defiendo este concepto, aunque estos escritores rechacen la idea de Dios. Vivo hora a hora, y a veces me parecen interminables. Las oraciones me reconfortan, lo que me deja en conflicto con los existencialistas. Estoy dividido entre aceptarlos y rechazarlos. Aunque me opongo a su ateísmo, encuentro empoderador su mensaje sobre la voluntad personal. Independientemente de las influencias sociales que hayan moldeado mis juicios, valores y acciones, mi ego, mi codicia y mi miopía han causado mis problemas. Ni la oración ni la religión van a solucionar mis problemas, pero siento que una fuerza espiritual me mueve. Tanto la oración como las enseñanzas de los existencialistas me convencen de que puedo convertirme en el hombre que aspiro a ser.

****

Es finales del verano de 1988 cuando un carcelero abre la puerta de mi celda temprano un sábado por la mañana. «¡Santos! ¡Levántate!». Tira dos bolsas de plástico al suelo de cemento. «Mete tus pertenencias personales en una bolsa y apila tus sábanas y mantas en la otra. ¡Muévete! ¡Ya!».

Con las manos y las piernas esposadas, llevo la bolsa llena de cartas de Lisa, sus fotografías y algunos libros mientras sigo al carcelero por

un laberinto de pasillos. Me encierra en una celda con otros presos. No esperamos mucho antes de que los alguaciles federales tomen el control y nos conduzcan como ganado a una furgoneta de transporte aparcada en el garaje subterráneo de la cárcel.

Mi estancia en la cárcel del condado ha llegado a su fin.

«¿Me puede decir adónde voy?», le pregunto al conductor de la furgoneta.

«¿No lo sabe?».

Niego con la cabeza mientras me encojo de hombros.

«Lo descubrirás cuando llegues allí».

Conducimos hacia el sur por la Interestatal 5 y no paramos durante varias horas hasta llegar a una pista de aterrizaje en el aeropuerto de Portland. Después de otra hora en la furgoneta, veo que las ruedas del avión tocan el asfalto y el aterrizaje precipita el movimiento. Los alguaciles y otros agentes del orden salen de vehículos separados con chalecos antibalas negros y empuñando firmemente sus rifles de asalto mientras toman posiciones para proteger el avión.

Recuerdo haber pasado por esto antes, cuando algunos de estos mismos agentes me transportaron de Miami a Seattle para mis primeras comparecencias ante el tribunal. Me encogí en mi asiento, observando cómo se desarrollaba el drama y esperando las inspecciones obligatorias, pero deshumanizantes, antes de subir al avión con destino desconocido.

Miro a través de la ventana tintada de la furgoneta de transporte y veo a los presos salir del avión, bajando las escaleras cojeando y encadenados, con los alguaciles inspeccionándolos como si fueran una especie inferior. Pienso en lo diferente que podrían haber sido los acontecimientos si hubiera tomado mejores decisiones después de bajar de ese avión el año pasado.

No puedo culpar a nadie más que a mí mismo por la situación en la que me encuentro. Mis amigos no testificaron en mi contra por

malicia y no les guardo rencor por las pruebas que aportaron en mi contra. Los echo de menos. Crecimos como hermanos y, aunque no hemos hablado, siento que empatizan con mi situación. Sin ilusiones de ser absuelto, yo también podría haber aceptado la responsabilidad de mis delitos. Sabía que era culpable, pero en lugar de aceptar la responsabilidad y dejar atrás el pasado, me engañé a mí mismo creyendo que, como no había tocado la cocaína, los fiscales no podrían probar nada y el jurado no me condenaría. A los pocos díasde bajarme de ese avión el año pasado, incluso organicé una transacción de cocaína desde dentro de la cárcel.

Las cadenas en mis muñecas, alrededor de mi cintura y en mis tobillos se sienten pesadas, pero no tan pesadas como mi culpa. Según tengo entendido, las llevaré durante al menos 26 años. Como no he vivido tanto tiempo, me parece una eternidad.

«¿A dónde vas?», me pregunta un preso mientras me acomodo en el asiento junto a él en el avión. Es mayor, unos 35 años, pero es solo una suposición. Lleva perilla y me fijo en los tatuajes de llamas que tiene en los antebrazos.

«A la cárcel», respondo encogiéndome de hombros.

«¿A cuál?».

«No me lo han dicho. El alguacil me ha dicho que lo sabré cuando llegue allí».

«Cabrón. Estoy harto de vivir así, odio a todos estos hijos de puta».

«¿Adónde vas?».

«A Lompoc».

«¿Qué es eso?».

«¿Eh?».

«Lompoc, ¿qué es eso?».

«¿Qué quieres decir con "¿qué es eso?" Es una puta cárcel, eso es lo que es. ¿Eres nuevo, acabas de llegar o qué?»

«Llevo un año en la cárcel. Ahora voy de camino a la prisión».

«¿Vas a juicio?». Sus ojos sugieren que me está poniendo a prueba.

Asiento con la cabeza. «Culpable de todos los cargos».

«¿Drogas?».

«Cocaína», respondo.

«¿A qué te condenaron?».

«¿Te refieres a mi sentencia? Cuarenta y cinco años».

Silba. «Eso es muy duro. ¿Eres de la antigua ley o de la nueva?».

«La antigua».

«Al menos tienes eso a tu favor. Podrás solicitar la libertad condicional después de 10 años».

«No, no puedo. Tengo una condena por organización criminal continuada, sin libertad condicional».

Mi vecino vuelve a silbar. «Qué mala suerte, chico. ¿Has estado antes en la cárcel?».

Niego con la cabeza.

Vuelve a silbar. «Al menos sabrán que no eres un chivato. ¿Cuántos años tienes?».

«Tengo 24».

«¿Tienes novia?».

«Estoy casado».

«Déjala. No puedes estar pendiente de una mujer cuando te caen 45 años. Tienes que estar preparado para cumplir la condena, y no puedes hacerlo con una mujer en la cabeza».

«¿Cuánto tiempo llevas en la cárcel?».

«Ocho putos años. Me quedan dos más antes de que la junta me deje en libertad».

«¿Qué vas a hacer cuando salgas?».

«Ni puta idea. No pienso en la calle. Una cosa que aprendes en la cárcel es que nadie está fuera hasta que está fuera. Puede pasar cualquier cosa. Mejor olvidarse de la calle».

Este tipo me pinta un panorama sombrío. Ni siquiera hemos intercambiado nombres y ya me ha aconsejado que renuncie al mundo que antes daba por sentado. Suena tan amargado, tan desprovisto de esperanza.

«¿Cómo es cumplir ocho años en prisión?».

«Una putada», admite mientras apoya la cabeza en el reposacabezas y cierra los ojos. «Tienes a alguien respirando en tu nuca todos los días. Tu maldita familia y tus amigos de la calle te abandonan. La junta de libertad condicional te trata como mierda. La junta podría haberme dejado salir hace un año. Dijeron que no estaba listo. Como si supieran lo que es vivir en la cárcel. Me dieron una fecha y me tienen caminando sobre cáscaras de huevo, tratando de no meter la pata hasta entonces».

«¿Te refieres a una multa?», le pregunto si se refiere a infracciones disciplinarias.

«Estás en la federal, chico. Mejor que aprendas la jerga. Las multas son en las cárceles estatales. En la federal las llamamos castigos y te pueden dar uno por cualquier puta cosa».

«¿Como qué?».

«Cualquier cosa. Mira el culo de una zorra, te pongan una multa por mirar sin permiso y pierdas tu fecha de libertad condicional. Llegues tarde al trabajo, te pongan una multa por estar fuera de los límites. Pierdas tu fecha. Te pillen con comida de la cocina en tu taquilla, te pongan una multa por robar. Todo es una mierda. Los cabrones te pondrán una multa por masturbarte. No quieren que nadie salga».

Él duerme mientras yo digiero lo que me ha dicho.

****

El avión aterriza en Oklahoma. Después de bajar, cambio mi asiento del avión por uno en el autobús y emprendo un viaje por carretera hacia El Reno. Reconozco las altas vallas, las bobinas de alambre de púas, los guardias que conducen continuamente en vehículos blancos alrededor del perímetro de la prisión de seguridad media para disuadir las fugas. Pasé por las mismas puertas durante una escala el año anterior, cuando me trasladaban de Miami a Seattle para el juicio. Esto no es nuevo y sé lo que me espera: jaulas abarrotadas, formularios de tramitación, toma de huellas dactilares, fotos policiales y horas de espera antes de que me encierren en una pequeña celda con un desconocido.

El edificio de celdas es de diseño antiguo, con largas filas de barras de acero deslizantes, del tipo que se ve en las películas clásicas de prisiones, que traquetean al cerrarse. Ya ha pasado la medianoche cuando me subo a la litera superior. El preso de la litera de acero debajo de mí ronca, ajeno al hedor pútrido que impregna la celda y al calor opresivo de finales de verano en Oklahoma que me asfixia. La luz de la luna se mezcla con los focos de la prisión para iluminar las paredes de hormigón agrietadas, lo justo para iluminar las cucarachas que se dispersan por los bordes de la luz.

A pesar de la noche inquieta, estoy ansioso por explorar los alrededores de la prisión cuando oigo al guardia abrir las puertas de la celda a las seis de la mañana. Me bajo y miro al preso de la litera inferior, que duerme con su barriga pálida y su pecho expuestos, con la mano dentro de los pantalones cortos. Como no conozco el protocolo de este nuevo entorno, lo pienso, pero finalmente resisto la tentación de usar

el inodoro de acero inoxidable o el pequeño lavabo que hay junto a la litera.

Sin lavarme, me pongo unos zapatos náuticos azules de lona y sigo al rebaño de presos que caminan hacia las escaleras del piso. Cuando pasé por esta prisión el año pasado, los guardias me procesaron. Luego, horas más tarde, en medio de la noche, me esposaron y me procesaron para continuar mi viaje hacia el oeste. No tuve oportunidad de dar un paseo. Durante el año que pasé encerrado en la cárcel del condado, mi libertad de movimiento no se extendió más allá de los estrechos confines de la unidad de alojamiento. Lo absorbo todo: la hierba, las flores y el diseño de los edificios. Me siento bien al pasear.

El comedor es una gran cafetería tipo bufé. Avanzo por la fila, acepto un pastelito que un preso vestido de blanco coloca en mi bandeja y lleno un vaso de plástico con leche. Me recuerda a mi época en el instituto, excepto que aquí todos somos chicos y estamos bajo la atenta mirada de guardias sospechosos en lugar de profesores aburridos. Como solo y luego salgo a explorar. Es temprano un domingo por la mañana, pero el sol abrasador y la alta humedad provocan un sudor pegajoso que moja instantáneamente mis axilas y resbala por la parte delantera y trasera de mi torso.

Me pongo detrás de un grupo de presos que hablan con jerga y caminan con cinturones de pesas y bolsas de ejercicio, que se dirigen al patio de la prisión. Después de pasar por varias puertas y un detector de metales sin vigilancia, veo la gran pista. Decenas de presos hacen ejercicio en una enorme pila de pesas al aire libre. Tres pistas de tenis a la izquierda me llaman la atención; jugaba regularmente cuando vivía en Key Colony y desarrollé un juego decente. Camino alrededor de la gran pista ovalada que rodea los campos de fútbol y sóftbol. Justo cuando la prisión empieza a parecer un parque, veo los crudos y sombríos recordatorios de que no es un parque en absoluto: altas vallas dobles con interminables bobinas de alambre de púas brillante que las separan me rodean en todas direcciones.

La zona de recreo incluye un gimnasio con una cancha de baloncesto completa. Los espejos del suelo al techo cubren las paredes de

una sala de pesas cubierta adyacente. Observo cómo un preso musculoso hace repeticiones en el banco con cuatro discos en cada extremo de la barra. Levanta 183 kilos como si fuera el mango de una escoba. Me he mantenido en forma haciendo miles de flexiones cada semana en la cárcel del condado y me pregunto si desarrollaré una fuerza tan hercúlea durante el tiempo que cumpla mi condena. Quiero empezar de inmediato.

«Te gustan esos músculos, ¿verdad?». Otro preso se acerca sigilosamente a mí, flexionando sus músculos en camiseta sin mangas y sonriendo con una sonrisa lasciva que deja al descubierto una boca llena de dientes de oro. «Eso es lo que necesitas aquí, un hombre de verdad».

Esa es mi señal para irme. Superado en número y fuera de lugar, salgo, sin el valor para enfrentarme a él por la insinuación que ha hecho. No estoy preparado para plantarle cara.

«No finjas que no te gusta», se ríe detrás de mí. «Papá te verá más tarde, créelo».

Soy más joven que la mayoría de los demás hombres. Mientras cruzo las puertas hacia la biblioteca, soy consciente de que mi ausencia de tatuajes y barba destaca. El Encuentro en el gimnasio me pone en alerta máxima y me doy cuenta de que para sobrevivir aquí quizá tenga que luchar contra algo más que la larga condena. Para algunos presos, probablemente parezco el proverbial conejo entre lobos. Mantente alerta, me recuerdo a mí mismo, mientras abro las puertas de la biblioteca jurídica.

No sé muy bien qué estoy buscando, así que cojo un libro de derecho al azar de una estantería y empiezo a hojearlo. El incidente del gimnasio me molesta y no consigo concentrarme. Fingo leer, aunque solo miro fijamente las líneas de palabras que no absorbo de la página. Estos encuentros volverán a producirse, y más vale que me prepare para ellos. Mi respuesta no puede dejar lugar a dudas de que sé lo que hay y que soy capaz de defenderme.

¿Pero lo soy? ¿Es esto en lo que me voy a convertir? ¿Qué opciones tengo cuando me enfrento a depredadores? No llevo ni dos horas en el patio de la prisión y alguien ya me ha confundido con un delincuente. No me he peleado a puñetazos desde la secundaria. De alguna manera, la prisión no parece el tipo de entorno en el que las peleas a puñetazos resuelven los enfrentamientos y no me imagino a mí mismo empuñando un arma.

Es imposible leer con estas preocupaciones nublando mi concentración. Cierro el libro de derecho y salgo. Otros presos en el pasillo llevan Biblias en las manos mientras entran en una capilla. En la cárcel me sentía cómodo rezando solo, pero ahora necesito algo que me distraiga del tipo del gimnasio.

Me siento en la última fila y observo a varios presos que colaboran para dirigir el servicio. Me impresiona su nivel de preparación. Está claro que la religión desempeña un papel central en sus vidas y que la congregación los respeta, dirigiéndose a ellos como hermano Tom y hermano Frank. Cuando llega el momento de cantar, los hombres no muestran ninguna incomodidad ni vergüenza. Algunos me sorprenden por su forma de cantar: con los ojos cerrados, los brazos y las manos abiertas extendidas hacia el cielo. Con todos sus tatuajes y perillas, me parecen un poco exagerados, a la vez dramáticos y cómicos.

Yo soy más tímido. Aunque puedo aceptar la presencia de Dios en mi vida cuando estoy solo y rezo en silencio pidiendo orientación, la oración en grupo no me funciona. Cuando termina el servicio y varios de los líderes se acercan con sincera cordialidad y me invitan a participar en programas de estudio de la Biblia, les doy las gracias, pero declino la invitación y les pido una Biblia para leerla por mi cuenta.

Después del servicio en la capilla, regreso a mi celda, donde me encuentro con el chico asignado a la litera de abajo. Tiene unos 40 años y no es particularmente intimidante, está descalzo, en calzoncillos, echándose agua bajo los brazos; es un lavabo pequeño. Aun así, me siento incómodo mientras estoy de pie fuera de las puertas abiertas de la celda.

«¿Eres el nuevo?», me pregunta, percibiendo mi aprensión por interrumpir su rutina personal.

«Sí, llegué anoche».

«Bueno, será mejor que entres. El recuento está a punto de empezar y no querrás estar fuera cuando se cierren las puertas».

«Michael», me presento y le tiendo la mano para estrechársela.

«Buck», responde él y cierra la mano en un puño. Me doy cuenta de que prefiere chocar los nudillos para saludar. «¿A dónde vas?».

«¿Qué quieres decir?».

«¿A dónde vas? ¿Cuál es tu próximo destino?».

«No lo sé, aquí supongo. Acabo de empezar».

«Puede que estés empezando, pero no será aquí. Esto es la unidad de Oklahoma. Todos los que están aquí están en tránsito, de camino a la siguiente prisión. Si te quedaras aquí, estarías en uno de los bloques permanentes».

«Bueno, entonces no sé adónde voy».

Dejo mi Biblia en la litera superior mientras la puerta de la celda se cierra y nos encierra. Apenas tenemos espacio en el suelo. Buck se sienta en la litera inferior.

«Siéntate», me indica el inodoro. «El recuento tardará un rato. ¿De dónde vienes?».

«De Seattle». Los temblores en mi estómago se calman cuando me doy cuenta de que es amistoso. «He estado en la cárcel esperando el juicio durante el último año», añado.

«Sí, se nota que tienes la piel del color de la cárcel. Sin luz solar».

«Es la primera vez que salgo a la calle desde el verano pasado».

«Puede que esta mañana te haya gustado, pero por la tarde desearás seguir en Seattle. Aquí hace más de 37 grados y hay tanta humedad como en un pantano».

«Lo noté anoche».

«Las noches no están mal. Son las tardes las que te achicharran».

Buck y yo pasamos el día juntos intercambiando historias. Está cumpliendo una condena de 20 años por robo a mano armada en un banco. Es un delito que me sorprende, ya que asocio los robos a bancos con las viejas películas del oeste, más que con los delitos que comete la gente hoy en día. Ha pasado los últimos cuatro años en la Penitenciaría Federal de Leavenworth. La junta de libertad condicional ha tenido en cuenta su buen comportamiento y ha acordado ponerlo en libertad dentro de dos años. Buck va a ser trasladado a una prisión de seguridad media en Memphis, donde espera cumplir el resto de su condena.

«Mañana podrás saber adónde vas», me dice Buck. «Habrá un consejero en la oficina de abajo que te recibirá. Dile que eres nuevo y que quieres saber adónde te han destinado».

«¿Cuál es la mejor prisión para cumplir la condena?».

«El mejor sitio son los campos de prisioneros, pero con 45 años no vas a ir a ningún campo. Olvídate de eso. Puede que vayas a una FCI, ya que nunca has estado encerrado antes, pero es muy probable que, con una condena como la tuya, acabes en una USP».

Mientras estoy tumbado en la litera de arriba escuchando a Buck hablar en la noche, me siento como un niño escuchando historias de fantasmas alrededor de una fogata. Las luces están apagadas y un gran ventilador al final de la grada hace un ruido chirriante mientras agita el aire. «¿Cuál es la diferencia entre un FCI y un USP?».

«En la USP verás mucha más sangre. Muchos de los que están dentro de esas paredes nunca saldrán, así que hay presión, siempre hay algo en marcha. No pasa una semana sin que alguien se meta en líos o

le rompan la cabeza a alguien con un tubo. En una USP siempre corre la sangre. Las FCI son más tranquilas, como esta».

«A mí este lugar no me parece tan tranquilo».

«¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no te gusta de este lugar?».

Le cuento a Buck el encuentro de esta mañana con el tipo del gimnasio. Aunque me alejé, el recuerdo de lo que insinuó todavía me inquieta. Me consume intentar averiguar qué hacer si un depredador se me acerca de nuevo. No quiero un altercado violento, pero las circunstancias pueden obligarme a ello.

«Yo no me preocuparía por nada aquí». Buck bosteza y se da la vuelta en la litera de abajo. «Probablemente no estarás aquí más que un minuto. Cuando llegues a tu próxima parada, ahí es cuando tendrás que actuar».

«¿Cómo es eso?».

«No puedes dejar que los polis te atrapen. A menos que quieras empezar a chupársela a todos los cabrones de la cárcel». Se ríe como si fuera una broma. «Tienes que plantar cara. Lo primero que vas a querer conseguir es un arma. Si alguien te ataca, hazle unos agujeros y mándalo a freír espárragos. Hazlo una vez y los demás entenderán que no eres ningún cobarde».

Sé que haré lo que sea necesario para sobrevivir, pero la sabiduría carcelaria que Buck me imparte no me convence. «¿Tuviste que apuñalar a gente cuando estuviste en Leavenworth?».

«Tenía que ganarme el respeto, pero las cosas son diferentes entre tú y yo. Apenas tienes 20 años. Solo digo que eso no es más que un bebé en la cárcel. Los chicos te pondrán a prueba más fácilmente que a un tipo mayor. Los matones intentarán aprovecharse de cualquiera que se lo permita, pero los chicos más jóvenes que no tienen apoyo tienen que darse a conocer rápidamente. Las pandillas se están volviendo muy feroces por estos lares».

«¿Cómo intentaron aprovecharse de ti?».

«Un par de jóvenes se me acercaron pensando que iban a conseguir que les pagara el alquiler por vivir en el piso. No estaba dispuesto a hacerlo. No llevaba mi arma conmigo en ese momento, así que fingí que iba a pagar. Cuando vinieron a cobrar el día de la tienda, estaba preparado. Después de noquear a uno de ellos golpeándole en la cara con un escurridor de fregonas, ambos entendieron que era mejor que buscaran a otra persona con quien jugar. No tuve más problemas después de eso».

«¿No pensabas en la fecha de tu libertad condicional o en lo que pasaría si te pillaban?».

«Mierda. Cuando estás en la cárcel, vives el día a día. Es mejor no pensar en la fecha de liberación, en la junta de libertad condicional o en lo que pensará el jefe. Lo único en lo que pienso es en vivir un día tras otro, en salir adelante. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer. Ya lo verás».

Antes de quedarme dormido, pienso en el consejo de Buck. Espero que el consejero me diga que voy a cumplir mi condena en una institución correccional federal, una FCI, pero mi intuición me dice que voy a ir a una USP, una prisión de alta seguridad de los Estados Unidos.

Unas horas más tarde, me despierto cuando un guardia abre la puerta de la celda. Espero que haya venido a llevarme a la siguiente fase de este viaje por la prisión. No hay tanta suerte. El guardia llama a Buck. Nos deseamos suerte mutuamente y luego él se marcha. Después de que el guardia cierre de golpe y bloquee la puerta, me quedo despierto un rato más, intrigado por las cucarachas que corren por la pared sin ningún propósito aparente.

El consejo de Buck me preocupa porque no me veo cumpliendo mi condena día a día. Vivir el momento puede ser el patrón de adaptación convencional, pero no quiero olvidarme del mundo exterior. Tiene que haber una manera de cumplir mi condena sin violencia. ¿Unirme a un grupo religioso? Al menos así no tendría que luchar contra la soledad y la vulnerabilidad. Odio esta debilidad que se apodera de mí y tengo que hacer algo al respecto, pero no sé qué.

En lugar de levantarme cuando se abren las puertas por la mañana, me quedo dormido en mi litera. La soledad de la celda me da espacio para pensar. Leo la Biblia mientras espero a que llegue el consejero.

La Biblia me anima, aunque algunas de las cosas que leo no tienen sentido con lo que he llegado a creer sobre un Dios misericordioso. Los conceptos de la condenación eterna y el único camino hacia Dios no son creencias que pueda aceptar, así que rezo pidiendo orientación, reconociendo que ni los grupos bíblicos ni los programas religiosos me van a ayudar a superar esta condena.

Veo al consejero y recibo la confirmación que esperaba. Me dirijo a la Penitenciaría Federal de Atlanta. Lo aceptaré porque tengo que hacerlo, porque no tengo otra opción.

«¿Puedo hacer una llamada telefónica?».

«Tres minutos», dice el consejero sin mirarme. «¿Cuál es el número?».

El consejero marca el número que le doy de Lisa. Cuando ella responde, el consejero le dice que tiene una llamada de un recluso federal. Luego me pasa el auricular y me mira fijamente. Quiero limpiar el teléfono, como si pudiera quitarme la suciedad de la prisión.

«Hola, cariño».

Me siento incómodo hablando con ella mientras el consejero me mira sentado al otro lado del escritorio. Para él, no soy un ser humano.

«¡Michael! Me he preocupado mucho porque no has llamado. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?».

Le digo que voy de camino a una prisión en Atlanta y que podré usar el teléfono una vez que llegue allí. Cuando el consejero da una palmada en su reloj, le digo a Lisa que la quiero y le prometo que la volveré a llamar cuando pueda.

La tristeza me hace sentir apático mientras camino sin rumbo fijo desde la oficina del consejero, pensando en la voz de Lisa y recordando

lo maravilloso que era tenerla en mis brazos. Estoy perdido, sin saber cómo voy a mantener nuestro matrimonio. No queriendo pensar en mi hogar, me dirijo a la biblioteca jurídica. Sentir lástima por mí mismo me hace vulnerable en una población depredadora, lo cual no es bueno. Necesito un punto de apoyo y la fuerza para salir de este agujero.

****

Los libros de derecho tienen una finalidad. Aunque deseo que se me reduzca la pena, he empezado a aceptar la realidad de que pasaré mucho tiempo en prisión. Ya ha pasado un año desde mi detención, así que no soy un novato y sé que pasarán muchos años más antes de que algo cambie. Necesito un plan para salir adelante. Los libros de derecho me ayudan a comprender mejor el sistema que me atrapa. Como un acertijo o un rompecabezas sin fin, cada párrafo que leo me lleva a otros libros en busca de aclaraciones.

Estudiar derecho me distrae de la miseria. Al igual que los libros de filosofía que me ayudaron a superar los meses en la cárcel del condado, la principal lección que aprendo de estos estudios es la profundidad de mi ignorancia. Me reprocho no haber continuado mi educación después de la secundaria.

«¿Busca algo en particular?».

No sé si el hombre que está junto a mi mesa es un preso o un miembro del personal. Tiene unos treinta años, está en forma, tiene el pelo rubio y ralo, y noto que se ha dejado una zona sin afeitar. Lleva los pantalones caqui y la camiseta blanca que llevan todos los presos, pero tiene un aire de autoridad que me confunde en cuanto a su posición o estatus.

«Solo estoy leyendo», respondo.

«¿Está destinado aquí o está en tránsito?».

«Estoy en tránsito, de camino a la USP de Atlanta».

«Me llamo Brett». Extiende el brazo con el puño cerrado.

Me presento y le cuento a Brett mi sentencia. Estoy tratando de aprender más sobre el sistema y sobre el cargo de organización criminal continuada.

«¿Ya ha presentado su apelación?».

«Tengo un abogado de oficio en Seattle que está preparando la apelación».

«Si te han condenado a 45 años, más te vale conseguir algo más que un abogado de oficio para redactar tu apelación».

«¿Por qué? ¿Qué tiene de malo el abogado de oficio?».

Brett se encoge de hombros. «No es que haya nada malo, es solo que están sobrecargados de trabajo. Tienen tantos clientes de los que ocuparse que no pueden prestar demasiada atención a una sola apelación. Necesitas a alguien que se especialice en condenas como la tuya».

«Lo que necesito y lo que tengo son dos cosas diferentes. No tengo dinero para contratar a especialistas. Además, el último especialista que contraté me llevó a los juicios que me valieron la condena».

«Conozco a alguien con quien deberías ponerte en contacto. Es profesor de Derecho en Indiana y redacta apelaciones para este tipo de casos. Cuando te instales en Atlanta, deberías escribirle. Cuéntale tu caso y que estás en proceso de apelación. Quizá pueda ayudarte».

La preocupación de Brett por mi situación parece sincera, pero estoy agotado de los procedimientos legales. Ni siquiera me importa la apelación. Los libros de filosofía que leí me ayudaron a aceptar mi culpa. Pensar en una apelación podría sumirme en una montaña rusa emocional. No quiero seguir viviendo en la negación. Mi objetivo es vivir las lecciones que he aprendido de esos grandes filósofos. Quiero reconocer que soy responsable de lo que hice, de lo que soy y de dónde estoy, y quiero empezar a tomar decisiones que mejoren mi carácter y mi vida.

«¿Qué hay de la Regla 35? ¿Sabes algo al respecto?», le pregunto.

Brett se ríe cuando le pregunto por una moción legal que quiero presentar para que el juez reconsidere mi sentencia. He leído sobre la moción en los libros de derecho. Según la antigua ley, los acusados pueden presentar la moción después de que concluyan todas las apelaciones.

«La Regla 35 es una broma», me dice Brett. «Con una sentencia como la tuya, más te vale tener algo más bajo la manga que un Hail Mary».

«¿Entonces estás diciendo que nadie se beneficia nunca de la Regla 35?».

«La moción de la regla 35 se presenta ante el mismo juez que te ha condenado a 45 años, Bud. ¿Crees que va a reconsiderar la sentencia? Mejor piénsalo dos veces. Si hubiera querido darte menos, lo habría hecho. Esa moción no tiene ningún peso. Este sistema se basa en la irrevocabilidad, y la única forma de cambiar una sentencia es a través del tribunal de apelación, donde tres o más jueces independientes revisan el proceso del juicio».

La reunión con Brett es desalentadora, pero salgo de ella con mi determinación intacta. Estoy bien. Voy a pasar décadas en prisión, me digo a mí mismo, así que más vale que acepte la realidad y prepare mi mente para lo que me espera. Ya he superado el primer año desde mi detención.

La Regla 35, la moción legal que solicitará al juez que reconsidere mi sentencia, puede ser un «Hail Mary», como se burló Brett, pero una oración puede ser lo único que me queda. Antes de poder presentar la moción, debo agotar todas mis apelaciones. No estoy pensando en revocar mi condena. De hecho, mi experiencia con el sistema judicial ha sido errónea y me siento un poco sucio por ello. No voy a seguir discutiendo mi culpabilidad. Lo que quiero es una segunda oportunidad, una oportunidad para aceptar mi responsabilidad y expresar mi arrepentimiento. Olvídate de ganar la apelación, me digo a mí mismo. La única manera depurgar esta abrumadora culpa es expiarla.

Dado que el procedimiento dicta que no puedo presentar la moción para que el juez reconsidere mi sentencia hasta que mi abogado agote todas las apelaciones, le escribo una carta a Justin, el abogado asignado a mi caso por la defensa pública. Le insto a que se centre en retrasar el proceso tanto como sea posible. Le explico que mi objetivo no es ganar a través de alguna laguna legal. En cambio, quiero tiempo para distinguirme en la cárcel. No sé cómo voy a hacerlo, pero si Justin consigue retrasar el proceso unos años, espero encontrar oportunidades para demostrar mi arrepentimiento y mi merecimiento de una reconsideración.

Por lo que he leído sobre la ley, el tiempo es un factor crítico. El procedimiento establecido requiere que presente la Regla 35 en un plazo de 120 días a partir de la fecha en que la apelación final confirme mi condena y sentencia. Pasados 120 días, la ley impide al juez modificar mi sentencia. Antes de que expire ese plazo, tengo que demostrar un progreso significativo hacia la redención de mis delitos. Aún no sé cómo me reconciliaré con la sociedad, pero sé que el reloj comenzará a correr cuando el tribunal de apelación tome su decisión. Será mejor que esté listo para entonces.

Al regresar a mi unidad de vivienda, veo un horario de clases universitarias publicado en un tablón de anuncios. Los carteles anuncian cursos de inglés, matemáticas, historia y otras materias que podrían conducir a un título universitario. Obtener un título universitario proporcionaría una prueba clara y convincente de mi compromiso con el cambio, y con la noticia de su posibilidad, encuentro esperanza.

El juez Tanner probablemente se opondría a una moción para reconsiderar mi sentencia si nada cambia. Sin embargo, obtener un título universitario proporcionaría una prueba tangible, que demostraría disciplina, carácter y compromiso. Las decisiones que tomé y que me llevaron a mi condena sugieren que esas virtudes estaban ausentes en mi vida, pero obtener un título universitario podría alterar y suavizar el juicio del sistema en mi contra. No sé si la penitenciaría de Atlanta ofrece oportunidades para estudiar en la universidad, pero la posibilidad me anima.

****

Tengo muchas cosas en la cabeza y me cuesta conciliar el sueño. La prisión alberga a más de 1500 hombres y aún no me he cruzado con el depredador que me puso a prueba en el gimnasio. Sin embargo, sé que las confrontaciones serán una constante en la cárcel. ¿Cómo voy a manejarlas? Si quiero dedicarme por completo a acumular una serie de logros que convenzan al juez de que merezco una reconsideración, no puedo permitir ni una sola mancha en mi expediente penitenciario. Ni una sola.

El problema no está en mí. Puedo controlar mis acciones y mi comportamiento. Independientemente de cómo decida cumplir mi condena, la verdadera amenaza proviene de cómo otros eligen vivir en una prisión de alta seguridad. No podré controlar la forma en que otros cumplen su condena, pero, como experimenté en el gimnasio, las decisiones de los demás podrían tener un impacto inmediato en mi vida. Tendré que aprender a manejarme en este entorno tan retorcido.

Pero no es solo mi adaptación inicial y la evaluación de mi entorno lo que me preocupa, ya que la difícil situación de Lisa sigue sin resolverse, lo que me inquieta. Su sentencia no está prevista hasta el otoño, pero la posibilidad de que sea encarcelada no es algo que pueda descartar por completo. Todo el mundo tiene un punto de ruptura y su encarcelamiento podría ser el mío. Tengo que sacarme esto de la cabeza, al menos hasta que se acerque la fecha de su sentencia. Es demasiado por lo que preocuparse por ahora.

La puerta de mi celda se abre. «¡Santos!».

«Sí», me incorporo al instante de mi litera.

«¡Levántate!», ordena el guardia.

Me pongo en marcha, con nuevas inquietudes. Mientras estoy encerrado en la cárcel del condado, leo la epopeya de Homero La Odisea, que describe el viaje de 20 años de Odiseo de regreso a casa. Mi odisea

podría durar más. No lo sé. Seguir adelante ayuda, aunque mi miedo a lo desconocido me acompañe a cada paso.

No es la preocupación por los conflictos con otros presos lo que me causa ansiedad. Tengo 24 años y soy fuerte, estoy seguro de que puedo dar tanto como recibo si se trata de pelear. Pero no quiero un altercado. Quiero pasar esta página de mi vida y empezar a escribir un nuevo capítulo. Tengo que pensar en cómo me juzgarán los demás por lo que escriba a partir de ahora. Cada decisión que tome tendrá consecuencias más allá de lo inmediato, pero esas decisiones también dictarán dónde estaré en los próximos meses, años y décadas.

Después de que los alguaciles me echen de las cadenas y las esposas, me pongo en fila con los demás y subo cojeando las escaleras del avión. Ya está lleno y, cuando despegamos, todos los asientos están ocupados por cientos de presos que afrontan la crisis del encarcelamiento a su manera. Dudando de que alguno de ellos tenga una condena tan larga como la mía, cierro los ojos y descanso, preguntándome cuántos asesinos de verdad hay a bordo.

****

Mis oídos se taponan cuando el avión desciende y aterriza en Nueva Orleans. Pasamos junto a cientos de aviones privados y me doy cuenta de que el aeropuerto está muy concurrido porque la Convención Nacional Republicana se celebra en la ciudad. El segundo mandato del presidente Reagan está llegando a su fin y las noticias que he leído sugieren que el vicepresidente Bush se impondrá a Michael Dukakis en las elecciones de otoño.

Un enorme avión oscuro me llama la atención. Las palabras «Forbes Capitalist Tool» decoran la cola del avión en letras grandes y llamativas, distinguiéndolo de otros modelos más pequeños, blancos y elegantes. Los centros del poder y la riqueza corporativos se han reunido en Nueva Orleans para celebrar el esperado nuevo liderazgo de George H. W. Bush.

Hace solo unos años alcancé la mayoría de edad y voté por primera vez en las urnas. Me consideraba un prometedor hombre de negocios, orgulloso de votar a los republicanos, al partido de los negocios, a Ronald Reagan. Eso fue antes de plantearme vender cocaína, antes de la serie de televisión Corrupción en Miami o del éxito cinematográfico Scarface. Ahora me doy cuenta de que esos programas ostentosos me influyeron. Las lanchas rápidas, los coches deportivos exóticos, la ropa de diseño y las mujeres increíblemente seductoras presentaban una imagen emocionante del tráfico de cocaína.

Mientras los alguaciles llaman a los presos para que desembarquen, sigo observando la flota de aviones corporativos. Los conservadores ganaron la campaña de marketing de la década de 1980, convenciéndome de que eran el partido de las élites, la clase dominante y el grupo al que quería unirme. Sin comprender ni preocuparme por las implicaciones más amplias de la gobernanza, me creí la propaganda de la campaña que pintaba a los «liberales» como un término peyorativo, como un partido de perdedores.

Aunque no soy un erudito en absoluto, los conceptos de liberalismo y conservadurismo tienen ahora un significado diferente para mí, después de haber leído los ensayos de John Locke y Thomas Hobbes. Esos ensayos me convencieron de que los partidos políticos y el pensamiento político dictan la dirección de la sociedad. Cuando acepté la teoría republicana del conservadurismo, sin siquiera saber lo que era, rechacé la filosofía liberal de John Locke, que ahora me parece tan lógica. Sin embargo, mientras miro por la ventana y contemplo esos símbolos de poder, queda claro que la filosofía conservadora de Thomas Hobbes prevalece en la década de 1980. Soy un forastero, ya no soy un hombre ni un ciudadano. Soy un prisionero, despojado de las ilusiones y pretensiones que tenía de tomar un atajo hacia una vida cómoda.

****

Una vez completado el intercambio de prisioneros, dejamos atrás los aviones corporativos y volamos hacia el este. Finalmente, desem-

barco y subo a un autobús con otros prisioneros. Atravesamos las concurridas calles de Atlanta y, mientras contemplo los rascacielos acristalados, los centros comerciales y la gente, intento empaparme de todo, sabiendo que no volveré a ver una gran ciudad en mucho tiempo.

Mi estómago se revuelve cuando el autobús pasa a toda velocidad por un bache en la carretera. Y entonces lo veo. Por primera vez, miro por la ventana la fortaleza que me va a retener, un monstruo con una fachada intimidante y un muro de hormigón de 12 metros de altura que rodea el perímetro de la penitenciaría. Bobinas de alambre de púas coronan las altas vallas metálicas que rodean el muro exterior como protección adicional contra las fugas. Las torres de vigilancia están espaciadas uniformemente cada 50 metros, erigiéndose amenazadoramente alrededor del muro.. Veo a los guardias dentro, alertas, firmes, con rifles automáticos en las manos, observando como si nuestro autobús llevara combatientes enemigos. Quizás esa sea la percepción que los guardias tienen de nosotros.

Cruzamos un cruce y giramos por una carretera semicircular. El autobús se detiene lentamente frente a los escalones dramáticamente anchos que ascienden a una entrada majestuosa. Los arquitectos que diseñaron este impresionante edificio de bloques de granito y acero pretendían transmitir un mensaje de permanencia, de finalidad. La penitenciaría simboliza algo, pero no sé qué. Podría ser justicia, podría ser venganza o podría ser poder. No lo sé. Mientras estoy sentado en el autobús mirando la penitenciaría desde fuera, también percibo una ausencia de humanidad. Los guardias visten trajes a juego con pantalones grises, camisas blancas de manga larga con botones y corbatas granates. Los que tienen aire de autoridad llevan blazers azul oscuro y llevan portapapeles. Otros rodean el autobús con chaquetas azul marino con grandes iniciales doradas «BOP» en la espalda. En lugar de portapapeles, llevan rifles de asalto.

Cuando los guardias terminan sus preparativos, uno de ellos nos llama al frente del autobús, uno por uno. «¡Escuchen! Cuando oigan su nombre, levántense y caminen hacia la parte delantera del autobús. Denme su número de registro. Luego bajen y suban directamente las

escaleras para entrar en la penitenciaría. Miren al frente y ni se les ocurra intentar huir. Dispararemos».

Nos atan las tobillos con cadenas, nos envuelven la cintura con más cadenas y nos esposan las muñecas con unas esposas que se entrelazan con las cadenas delanteras. ¿Quién podría huir?

«¡Santos! ¡Michael!».

Cuando oigo mi nombre, me levanto y me abro paso a trompicones por el estrecho pasillo hacia la parte delantera del autobús.

«¡Número!», exige el guardia mientras compara mi rostro con la foto policial de su carpeta.

«Número 16377-004».

«¿Fecha de nacimiento?».

«15 de enero de 1964».

«¡Adelante!».

Tras pasar la inspección, salgo del autobús y mantengo la mirada fija al frente. No sé cómo voy a subir todos esos escalones, pero empiezo a hacerlo, avanzando lentamente mientras paso entre una fila de guardias armados. Me miran fijamente a través de sus gafas de sol de espejo y sé que me están evaluando. Llego a la cima y sigo la procesión de prisioneros a través de una serie de puertas metálicas. Estoy dentro de los muros, caminando por el pasillo principal de la penitenciaría, las entrañas de la bestia, como lo llamó una vez otro preso. Es un tramo más largo que un campo de fútbol, con 20 yardas de ancho. El suelo de mármol está muy pulido y abrillantado, de color beige, rodeado de paredes de hormigón blanco y puertas laterales de acero. Este lugar es sólido y extrañamente silencioso. Nuestros pesados pasos con las cadenas arrastrándose son los únicos sonidos que oigo. Aparte de los que nos movemos por allí, no veo a ningún preso.

Giramos a la derecha y bajamos las escaleras hasta un sótano. Nos espera la familiar serie de jaulas. Entro en el corral, como parte del

rebaño. Los guardias nos quitan las cadenas y comenzamos la interminable espera hasta que comience el proceso. Las puertas finalmente se cierran con 42 de nosotros dentro. Me siento en un banco fijo que recorre la pared, hombro con hombro con desconocidos en la estrecha jaula. Intentando comprender este nuevo entorno, finjo indiferencia mientras escucho atentamente las conversaciones a mi alrededor.

«Oye, ¿estuviste en Lewisburg, allá por el 74?».

El preso corpulento a mi derecha no me está hablando a mí, sino que inicia una conversación con otro preso que está delante de nosotros. Calculo los años mientras escucho; él le pregunta por otra prisión hace 14 años, cuando yo solo tenía 10.

«Así es», responde el hombre. Suena receloso, como si intentara averiguar si el hombre que le pregunta es amigo o enemigo. Ninguno de los dos parece conocer el concepto del miedo. Las marcas y cicatrices en su piel me dicen que la prisión, la confrontación y la violencia se han convertido en una extensión de la vida de cada uno de ellos.

«¿Solías andar con Big Smoke y los demás?».

«¡Smoke es mi perro, tío! ¿De dónde conoces a Smoke?».

Una vez establecido un conocimiento mutuo, el entusiasmo genuino parece reemplazar la sospecha.

«¡Joder, tío! Estuve en la cárcel contigo, en el bloque D, tío. Yo soy el que le abrió la cabeza a Tone Loke y le dejó las tripas cayéndose por las manos fuera del gimnasio y toda esa mierda». Este tipo está claramente orgulloso de su reputación.

«Ah, sí, sí, claro. Solía andar con Big-O y toda esa mierda». Se reconocen mutuamente.

«Así es, tío». Los dos hombres musculosos, ambos calvos y con perilla, chocan los puños.

«¿De dónde vienes, primo?».

«Tío, he estado de gira, tío. Encerrado en Marion, un poco en Leavenworth, ahora mismo salgo de Terry Haute. ¿Y tú? ¿Dónde has estado, de dónde vienes?».

«Joder, he estado en Lompoc, tío, pasando el rato y esas mierdas». Luego se vuelve hacia mí. «Oye, chaval, ¿por qué no te apartas un momento? Deja que los peces gordos hablen».

En realidad no es una pregunta. Me está diciendo que me vaya, que no tengo nada que ver en este mundo. Soy un insecto, un don nadie, a menos que decida, en un momento como este, definirme como algo diferente.

El preso no habría considerado desafiar de esa manera a un hombre al que respetaba. Pero en mi rostro, en mis ojos y en mis movimientos, lee que aún no me he ganado el respeto en este mundo que me es tan desconocido.

En una fracción de segundo tengo que decidir si me mantengo firme y asumo las consecuencias hasta el final, dondequiera que me lleven. Calculo a la velocidad de la luz, seguro de que mi respuesta puede influir en dónde estaré dentro de 10 segundos y dentro de 10 años. La penitenciaría exige una fuerza agresiva, instantánea y sin vacilaciones, para ganarse el respeto. Pero yo no aspiro a que la penitenciaría me defina. Para mí es mucho más importante ganarme el respeto fuera de los muros de la prisión. Así que me levanto para ceder el espacio que tenía en el banco. No es el momento de imponerme. Soy mi propio general en mi guerra y tengo que elegir qué batallas vale la pena librar.

Estoy aprendiendo, absorbiendo todo lo que sucede en esta jaula. La supervivencia significa más que adaptarse a la penitenciaría. Quiero salir, pero cada paso cuenta. Instintivamente, estoy dando los primeros pasos, pero estoy caminando por una cuerda floja, una cuerda tensada. Cada decisión que tomo determina si tendré el privilegio de dar otro paso o si comenzaré una caída libre hacia mi perdición. Los pasos deliberados, cuidadosos y calculados me llevarán al otro lado.

Me reprocho haberme sentado en primer lugar. Esto no es un juego, es la vida, y no puedo permitir que mis sentidos se embotalen. Debo permanecer alerta. Como un antílope que cruza las llanuras del Serengeti, debo utilizar toda mi inteligencia innata para evitar sucumbir a los peligros que acechan aquí. Y hay muchos. No puedo olvidar que cada movimiento, cada elección, cada palabra influirá en lo que suceda a continuación. Si no me hubiera sentado en el banco, el otro preso no me habría hablado, no me habría desafiado. Tengo que pensar, asegurarme de que cada movimiento tiene un propósito. Tengo que recordarme a mí mismo que no quiero ser «el hombre» de la penitenciaría. Quiero irme a casa, y cuando lo haga, quiero irme preparado para triunfar.

Me quedo de pie entre la multitud, utilizando mi visión periférica, escuchando. Los otros presos son más robustos. No sé si los cráneos, los demonios y los signos de las bandas tatuados de forma indeleble en sus brazos, cuellos y rostros nublan mi juicio, pero estos presos parecen tallados en un material más calloso que la carne. Por lo que deduzco de sus conversaciones, algunos cumplen condenas de cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Aceptan la prisión como su última parada.

****

Paso por el proceso de admisión. Los guardias reparten formularios administrativos con una serie de preguntas que debo responder. Cuando llega mi turno, me siento con varios miembros del personal que evalúan mis respuestas.

Me siento frente a un psicólogo al otro lado de un escritorio. «¿Nunca ha estado encarcelado antes?», me pregunta. Se muestra escéptico sobre la veracidad de mi respuesta, dada la duración de mi condena.

«He estado en la cárcel durante el último año, pero nunca había estado encarcelado antes de este arresto».

«¿Y no tiene antecedentes de violencia?».

«No».

«¿No tienes armas, pistolas, cuchillos ni perteneces a ninguna banda?».

Niego con la cabeza y le digo que no.

Él Apoya el codo en el escritorio y se sostiene la barbilla con el dorso de la mano mientras me evalúa. Parece desconcertado por el hecho de que esté cumpliendo una condena de 45 años por un primer delito sin antecedentes de violencia ni armas. Después de un minuto, me da un consejo. «Quizás deberías plantearte dejarte crecer la barba».

Puede que el psicólogo tenga buenas intenciones, pero sigo considerando su consejo no solicitado como un insulto. Sabiendo que estoy fuera de mi elemento, asiento con la cabeza y me trago mi orgullo. Mis esfuerzos por proyectar una actitud severa y sensata han fracasado. Interpreto su comentario tal y como fue dicho, como una insinuación de que mi rostro bien afeitado podría atraer la atención no deseada de los depredadores de la prisión.

Mi siguiente parada en el circuito de entrevistas con el personal es la oficina de un administrador de casos. El escritorio de metal gris parece tan pesado como un tanque y abarrota la habitación. Mientras hojea las páginas de un expediente en su escritorio, percibo que al administrador de casos no le preocupa especialmente mi ansiedad durante estas primeras horas en la penitenciaría.

«¡Siéntese!», ordena sin levantar la vista. «¿Cuál es usted? ¿Santos?». Manosea el expediente que tiene en la mano.

«Sí, señor».

«¿Habla inglés?».

Hace hincapié en su acento americano. El tono burlón de su voz sugiere que está tratando de establecer una actitud de superioridad. La pregunta me molesta porque está leyendo una página de respuestas que yo escribí en inglés. No me gusta la insinuación de que somos dife-

rentes, de que solo por mi nombre no soy estadounidense. Pero cuando me mira, solo asiento con la cabeza en respuesta.

«Nunca ha estado encarcelado antes. Cuarenta y cinco años. Fecha de salida: 2013». Silba después de leer los datos personales de mi expediente. «Te veo, te siento, no querría estar en tu lugar», canta. «¿Hay alguna razón por la que no pueda ponerlo en la población general?».

«¿Qué?». No sé qué me está preguntando.

«¿Podrás sobrevivir entre la población general?».

«¿Qué quieres decir? ¿Por qué no podría?».

«¡Te lo estoy preguntando! ¿Has trabajado alguna vez para las fuerzas del orden?».

«No».

«¿Alguna vez has testificado contra alguien en un tribunal?».

«No».

Hojea más páginas de mi expediente, considerando mis respuestas. «¿Por qué dejaste esto en blanco? ¿No hay nadie que te quiera?».

Me pregunta por qué no respondí a la pregunta sobre a quién debería notificar la prisión en caso de mi muerte.

«Solo tengo 24 años. No voy a morir aquí».

«La verdad es que nadie entra en la cárcel pensando que va a morir. Hace unos meses tuvimos un gran disturbio dentro de estas paredes. Los presos tomaron como rehenes a 90 funcionarios. Nadie se lo esperaba. Estas cosas pasan. Ahora, ¿a quién quieres que llame si te pasa algo?».

La animosidad en la interacción me sacude. Su uso de la palabra «recluso» suena despectivo, como si sospechara que yo pudiera haber estado aliado con aquellos que sacudieron la penitenciaría con violencia durante los disturbios. La tensión difiere de la naturaleza transitoria de

las cárceles y los centros de detención. Existe una línea entre nosotros y yo estoy en el lado equivocado. Le doy el nombre de Lisa, pero estoy demasiado conmocionado en este momento para recordar su dirección y número de teléfono. Le daré esos detalles más tarde, le digo.

Después de terminar el proceso de admisión, cojo mi rollo de sábanas, mantas y una almohada, y luego camino con seis presos hacia las unidades de alojamiento. Esperamos detrás de una puerta cerrada que nos separa del pasillo principal. Por el tono agresivo y hostil que dos de los otros presos utilizan hacia los miembros del personal, puedo deducir que ni la autoridad ni la amenaza de castigo les intimidan. Uno insulta a un oficial al otro lado de la puerta de tal manera que los roles de poder parecen invertirse, ya que el oficial simplemente ignora al preso enfurecido que agarra y sacude la puerta, gritando para que lo dejen salir. Me siento intimidado y dudo que mi actitud de indiferencia convenza a nadie.

Cuando un altavoz institucional emite un anuncio sobre un «movimiento controlado» programado, el guardia finalmente abre la puerta. Con las piernas temblorosas y manchas de sudor cada vez más grandes bajo los brazos, camino con mi saco de dormir hacia el bloque A, justo cuando los otros guardias abren las puertas de todas las unidades de alojamiento de la penitenciaría. Cientos de presos convergen en el pasillo a la vez. El movimiento frenético me recuerda al Kingdome después de un partido de los Seahawks, con todos los aficionados corriendo hacia las puertas del estadio a la vez.

Puede que el anuncio haya calificado el movimiento de «controlado», pero la locura no se parece en nada al control. Cientos de presos corren en ambas direcciones, apresurándose, chocando hombros con hombros. Me siento como una bola de pinball mientras reboto hacia adelante con el fuerte impulso. Mientras yo intento llegar a mi unidad de alojamiento por primera vez, todos los demás utilizan el pasillo principal para desplazarse hacia o desde las zonas recreativas de la penitenciaría.

«¡Hombre caído, hombre caído!», oigo gritar a los guardias delante de mí. «Hagan un hueco».

«¡Dejad que el hijo de puta muera!», grita una voz entre la multitud.

«Acabad con su sufrimiento».

Justo antes de llegar a la entrada del bloque A, veo el motivo del alboroto. Dos guardias se inclinan para ayudar a un preso que sangra en el suelo. Es evidente que intentan ayudarlo, mientras que los demás presos, aparentemente indiferentes, siguen caminando hacia sus destinos. Reprimiendo el instinto humano natural de mirar y ayudar, yo también paso por encima del charco de sangre y giro a la derecha hacia el bloque de celdas.

El guardia de la unidad de alojamiento está sentado en su puesto, a la izquierda. Le paso mi tarjeta de identificación.

«Santos», dice con voz monótona mientras se recuesta en su silla. «Te he asignado la celda 517».

Subo solo las escaleras hasta el quinto piso.

CAPÍTULO TRES

Meses 14-36 / 1988-1990

Me han asignado al bloque A. Es un edificio largo, rectangular y hueco, con techos altos, similar a la unidad de alojamiento de Oklahoma que acabo de dejar en El Reno. Las palomas vuelan por el espacio abierto de arriba. Es finales de verano y el calor sofocante, sin aire acondicionado, me hace sudar. El suelo está cubierto de baldosas de color burdeos. Las paredes de ladrillo esmaltado de color beige se han manchado de amarillo por el humo de la nicotina que se ha acumulado durante décadas.

En el centro de la estructura, una construcción independiente de metal y hormigón alcanza cinco pisos de altura. Cada nivel sostiene una pasarela de cuatro pies de ancho que rodea la torre enjaulada. Barras de acero espaciadas uniformemente a cuatro pulgadas de distancia encierran las celdas contiguas en el núcleo del edificio, y una malla metálica cubre la pasarela. Por lo que parece, sospecho que los administradores encargaron las pantallas a posteriori para evitar que los presos se tiraran desde las pasarelas. Va a ser un lugar difícil para vivir, pero mentalmente me estoy preparando para todos los retos que espero encontrar.

Mientras subo las escaleras, me pregunto cuánta sangre se habrá derramado en ese suelo de baldosas. Solo llevo un saco de dormir —dos sábanas y una funda de almohada envueltas en una manta de lana verde—, pero la aprensión me agobia.

Después de llegar al nivel superior, camino hacia mi celda. A través de los barrotes de las celdas veo que cuatro literas de acero acomodan a ocho prisioneros en cada celda. Un inodoro abierto está montado contra la pared al fondo de la celda. No hay privacidad, solo un retrete. Mientras sigo por el largo pasillo, paso por una zona de duchas abierta. Es solo un enorme espacio vacío distribuido igual que una celda, pero

en lugar de literas tiene cinco grifos que brotan de la pared del fondo. Veo a cuatro hombres enjabonándose bajo el chorro de agua.

«¿Ves algo que te guste, jovencito?», me burla uno de los presos y oigo reír a los demás. Sigo caminando, ignorando la burla, con la mirada al frente y el saco de dormir en los brazos como si fuera un fardo de leña.

Cerca del final del pasillo encuentro la celda 517. Atravieso la puerta abierta y veo una pequeña mesa a mi izquierda. Un preso yace sobre su litera, absorto en la sección de deportes del periódico. Me quedo inmóvil y miro a mi alrededor, preguntándome qué litera debería elegir. Las tres literas superiores están vacías.

«¿Qué pasa?». El otro preso finalmente se fija en mí. Tiene unos 50 años, está en forma, es calvo y luce una perilla.

Asiento con la cabeza. «Me llamo Michael Santos. Soy nuevo, me han asignado aquí».

«¿Ah, sí? ¿De dónde eres?». Comienza su interrogatorio.

«Crecí en Seattle, pero llevo viviendo en Miamien los últimos dos años».

«¿Cuánto tiempo te queda?».

«Cuarenta y cinco años». La duración de mi condena lo dice todo. Aquí no tengo por qué avergonzarme de ello. «La antigua ley», aclaro.

El preso se incorpora en su litera y deja a un lado el periódico. «¿Cuántos años tienes?».

«Veinticuatro».

Niega con la cabeza. «Bueno, jovencito, tienes problemas. Bienvenido a la cárcel. ¿Has estado encerrado antes?».

«He estado en la cárcel durante un año, he pasado por tránsito. Esta es mi primera prisión. ¿Cómo es?».

«A mí me va bien, pero para mí todos los sitios son iguales. La pregunta es, y tengo que hacértela ya que estás en mi casa, ¿cómo vas a salir adelante? ¿A qué te dedicas?».

«No lo sé». Me encojo de hombros. «Me gustaría ir a la universidad si es posible, estudiar, hacer ejercicio, eso es todo».

«¿Eres drogadicto?».

«¿Qué quieres decir? Estoy aquí por delitos relacionados con las drogas».

«Como todos los demás. Lo que quiero saber es si te colocas».

«No».

«¿Juegas?».

«No tengo dinero para jugar».

«Eso solo empeoraría las cosas, pero no responde a mi pregunta. Lo que te pregunté es si apuestas».

Niego con la cabeza.

«No con punks, ¿verdad?».

«Estoy casado. Nada de gamberros».

«Bueno, eso no va a durar, me refiero al matrimonio».

Se levanta y me tiende la mano. «Me llamo McFadden. Me llaman Check. Mientras no te dediques a las drogas, al juego o a los delincuentes, puedes dejar tus cosas aquí». Da un golpecito en la estantería que hay encima de la suya. «Este será tu armario y esta tu silla. Hay otros cuatro hombres que viven aquí y todos ponemos de nuestra parte para mantener la casa limpia. Este es el horario». Señala un calendario dibujado a mano en la pared con los nombres de las personas en los días de limpieza programados. «O limpias en tu día o pagas para que alguien barra y friegue; Pancho, el de al lado, tiene un negocio de limpieza. La mayoría de los chicos pagan un paquete de cigarrillos a la

semana. Aquí mantenemos el silencio. Si tienes visitas, llévalas fuera de la celda. No traigas tus problemas a la casa, o tendrás nuevos problemas. Conmigo. Las luces se apagan a las nueve. ¿Puedes vivir con esas reglas?

«Claro. Me parecen bien».

«De acuerdo. ¿Qué más?». Se rasca la barbilla mientras piensa en qué más debería decirme. «Has tenido suerte con la celda. Aquí todo el mundo sabe a qué viene. No hay chivatos, nadie se mete en los asuntos de los demás y nos gusta mantener el silencio. Todos llevamos aquí bastante tiempo y no queremos tonterías por aquí. Si tienes alguna pregunta, pregúntame. Si tienes algún problema, como te he dicho, no lo traigas a la casa».

Dejo mi saco de dormir en la litera y le doy las gracias por la bienvenida mientras empiezo a atar las sábanas alrededor de la esterilla. «¿Por qué te llaman Check?».

«Te voy a enseñar la primera regla de la cárcel. No le preguntes a nadie por sus asuntos personales, a menos que tengas una razón, como que se vaya a mudar a tu casa».

«Entendido».

«¿Juegas al ajedrez?».

«Un poco. Aprendí en la cárcel del condado mientras esperaba el juicio».

«¿Eres bueno?».

«Como he dicho, solo juego un poco».

«Bueno, cuando termines de hacer tu estante, siéntate y haz tu mejor jugada. Te mostraré por qué me llaman Check».

Mientras Check demuestra su maestría en el tablero de ajedrez, me da más detalles sobre la penitenciaría y sus experiencias en prisión. Lleva allí desde 1972, 16 años, y espera salir en libertad condicional

de una cadena perpetua dentro de un año. Check me cuenta que la penitenciaría está en transición. Tras los disturbios, los administradores trasladaron a todos los presos para evaluar los daños y preparar la reconstrucción. Los primeros presos en repoblar la penitenciaría fueron trasladados desde instituciones de menor seguridad como equipo de limpieza. Esos presos de menor seguridad ahora están siendo trasladados para dejar espacio a los presos de alta seguridad para los que están diseñadas las penitenciarías. Los hombres llegan cada semana en autobuses desde Lewisburg, Leavenworth, Lompoc y otras cárceles o prisiones.

«Este lugar solo está a medio funcionar ahora, pero dale unos meses y estará tan animado como cualquier otra prisión».

Ya he oído suficiente sobre la violencia, las bandas y todas las tonterías de la vida en prisión. No me interesa. Pregunto por las rutinas, la vida cotidiana en el interior. Check me cuenta que todos los presos reciben un trabajo a tiempo completo. Puedo intentar encontrar mi propio trabajo o los consejeros me asignarán uno. Los presos, según estoy aprendiendo, proporcionan la mano de obra para el funcionamiento de la penitenciaría. Algunos trabajos, explica Check, no requieren mucho más que la asistencia, mientras que otros requieren un servicio a tiempo completo y horas extras para aquellos que quieren ganar unos dólares extra.

«Cuando estuve en El Reno, oí hablar de un programa universitario. ¿Ofrecen aquí algún curso universitario?».

«No he oído nada sobre la escuela, pero eso no es lo mío. Si te interesa la escuela, tienes que ir a ver cómo es. Quizá haya algo que puedas hacer».

****

En un esfuerzo por controlar a los 2500 presos de la USP Atlanta, los guardias aplican normas que solo permiten «moverse» de una zona de la penitenciaría a otra dentro de un margen de diez minutos al comienzo de cada hora. Check me explica que si quiero informar-

me sobre las oportunidades educativas, tengo que solicitar un pase de movimiento al oficial de la unidad y luego esperar en la fila a que los guardias del pasillo abran las puertas y las verjas de la unidad de alojamiento. Me dibuja un mapa que me indica cómo llegar a la biblioteca y me sugiere que vaya a explorarla.

Me abro paso entre la multitud con bastante facilidad y encuentro la biblioteca, aunque en comparación con la que vi en El Reno, es decepcionante. Durante los disturbios que estallaron hace varios meses, varios edificios quedaron destruidos. Uno de ellos fue la biblioteca principal de la penitenciaría. Se está construyendo un nuevo edificio educativo, pero, por el momento, la biblioteca y todo el departamento de educación ocupan el sótano del antiguo edificio de servicios sanitarios de la prisión.

Mientras camino, veo a un hombre con corte de pelo militar y gafas negras de montura de plástico, del tipo que usa el gobierno. Lleva el mismo uniforme caqui de preso que yo, pero está sentado en un escritorio situado a la entrada de una de las salas y supongo que tiene algún tipo de autoridad. Las estanterías cubren las paredes, pero, por lo que sé, pueden estar prohibidas. El preso del escritorio lee su libro de derecho, indiferente a mi curiosidad. No quiero interrumpirlo, pero como no quiero parecer irrespetuoso ignorando su posición y simplemente pasando de largo, me presento.

«Disculpe, Bud. Me llamo Michael Santos. Acabo de llegar y no conozco muy bien el lugar. ¿Puedo entrar para ver qué tipo de libros hay disponibles?».

«Como quieras», murmura sin levantar la vista.

Al hojear las estanterías, veo filas y filas de novelas del oeste, novelas románticas y de ciencia ficción, pero yo busco libros de no ficción y no hay muchos. Me anima ver dos juegos de enciclopedias. Aunque nunca he dedicado mucho tiempo a leer libros de referencia, sé que estos dos juegos contienen una gran cantidad de información. Mientras recorro las estanterías, solo pienso en cómo y qué voy a estudiar mientras cumplo mi condena. Estoy ansioso por empezar a progresar aquí.

La sala en la que estoy es tranquila, aunque oigo a gente hablando en las salas contiguas. «¿Qué le gustaría leer?». El empleado gira su silla, interesándose de repente por mí.

«Solo estoy echando un vistazo, intentando familiarizarme con el lugar».

«No habrá mucho aquí hasta que abra la nueva biblioteca, y eso será dentro de un año. Puedes sacar cualquier cosa de estas estanterías o pedir libros del programa de préstamo interbibliotecario. Esos libros tardan unas dos semanas en llegar. Además, Chandler tiene una colección de best sellers, pero tienes que pedírselos directamente a él».

«¿Quién es Chandler?».

«El supervisor de Educación. Su oficina está al fondo, al final del pasillo y a la izquierda».

«¿Es él con quien hay que hablar para conseguir un trabajo en la biblioteca?».

«Es él, el jefe».

«¿Qué es eso?».

«El jefe mandamás. ¿De dónde eres?».

«De Seattle. Acabo de llegar».

«Estás muy lejos de casa. ¿Qué pasa? ¿Por qué te han traído hasta aquí?».

«Vivía en Miami cuando me arrestaron. Supongo que eso me clasifica como de la costa este.

«¿Cuánto tiempotienes?»

«Cuarenta y cinco años».

«Con todo ese tiempo, lo único que deberías leer son los libros de derecho. Están al final del pasillo. Necesitas tomarte un descanso, hermano».

«No sé mucho de leyes, pero sé que estoy cansado de luchar por este caso. Necesito algo más que apelaciones para seguir adelante».

«¿Qué eres, un cobarde? ¿Te rindes? ¿Piensas cumplir toda la condena?».

Me encojo de hombros. «Sé que voy a cumplir parte de la condena. Estoy pensando en la Regla 35, en pedirle al juez que reconsidere la sentencia. ¿Has oído hablar de alguien a quien le hayan rebajado la pena por eso?».

«Solo los chivatos. Ningún juez va a reconsiderar la sentencia que ha impuesto a menos que un tío empiece a delatar a otros cabrones. Este sistema se basa en la firmeza. Tienes que luchar si quieres alivio».

«¿Eso es lo que estás haciendo?». Señalo los libros de derecho abiertos sobre su escritorio.

«Por supuesto. Llevo luchando todos los días desde que entré. Siempre tengo algo entre manos en los tribunales».

«¿Ha cambiado algo para ti?».

«Mira, hermano, esa no es la forma de verlo. Este sistema es corrupto, se alimenta de mentiras y corrupción. ¿Entiendes lo que digo? Estamos en guerra y nuestro trabajo es seguir presentando documentos, atacando este sistema hasta que cambie. No podemos rendirnos. Si todos los que están en la cárcel siguieran presentando documentos en los tribunales, podríamos desenmascarar este sistema. Es la única forma de cambiarlo».

«Probablemente tengas razón». El tono de su voz y la forma en que aprieta el bolígrafo con el puño revelan su pasión. Aunque el argumento no tiene mucho sentido para mí, lo último que quiero es una confrontación. «Como he dicho, acabo de llegar y estoy tratando de orientarme en este lugar. Es obvio que tú sabes mucho más que yo».

El empleado acepta mi deferencia hacia su sabiduría. «¿Buscas trabajo en la biblioteca?». Se recuesta en su silla.

«Creo que sí. Me gusta la tranquilidad, el tiempo para estudiar. ¿Hay universidad aquí?».

«Las únicas clases que hay aquí son para el GED y no son gran cosa. El año que viene, cuando se inaugure el nuevo edificio, es posible que empiecen a ofrecer cursos universitarios, pero ahora no hay sitio. Esto es una especie de prisión de autoservicio. Si quieres encontrar cursos universitarios, tendrás que buscarlos tú mismo. Esto te puede ayudar», dice mientras coge un libro de referencia sobre cursos por correspondencia de la estantería que tiene al lado y me lo entrega.

«Muchas gracias, Bud», le digo mientras acepto el libro. «Esto me será de ayuda. ¿Puedo preguntarte tu nombre?».

«Keith, hermano».

Me siento en una de las sillas duras de una mesa y leo todas las páginas de la guía de programas por correspondencia. Esta investigación me lleva a una descripción de la Universidad de Ohio que me parece perfecta. Aunque nunca he estudiado a nivel universitario, estoy motivado para invertir toda la energía posible en mi educación. Por la descripción, aprendo que, aunque quizá nunca pise un campus universitario, puedo obtener un título de cuatro años de una escuela reconocida a nivel nacional.

El libro explica que la Universidad de Ohio acepta becas Pell y, como preso, tengo derecho a una ayuda económica que cubrirá casi todos los gastos de matrícula. Estoy seguro de que mis padres pagarán lo que no cubra la beca Pell, ya que sé que quieren que aproveche al máximo mi tiempo y no se me ocurre nada mejor que formarme. A mis 24 años, me siento un poco humillado por necesitar la ayuda económica de mis padres, sobre todo después de la vida extravagante que llevaba antes de ir a la cárcel y de la ruina en la que sumí a mi familia. Sin embargo, sé que necesitaré ayuda y voy a pedirla.

Después de anotar toda la información sobre cómo matricularme, camino por el pasillo hacia la zona donde Keith me ha dicho que tiene su oficina el supervisor de educación. Por el camino, miro dentro de

una sala con estanterías llenas de libros jurídicos sobre jurisprudencia, códigos legales y manuales de procedimiento para presentar ante los tribunales. Veo a varios hombres de aspecto rudo trabajando en mesas con libros de derecho abiertos delante de ellos, tal y como hacía Keith, y me pregunto qué nivel de competencia tienen estos hombres en lo que respecta a los procedimientos judiciales. Con todos esos odiosos diseños tatuados en la piel, no me parecen precisamente unos eruditos.

Paso por otra sala donde varios hombres están sentados ante unas mesas escribiendo en máquinas de escribir eléctricas. Puede que sean obsoletas en el mundo real, pero las máquinas de escribir son lo más parecido a la alta tecnología que tenemos aquí. En el instituto destacaba en la clase de mecanografía y estoy deseando perfeccionar mis habilidades. Con libros, una biblioteca jurídica, máquinas de escribir y rincones de silencio, la biblioteca parece el lugar ideal para empezar mi adaptación. Tengo la esperanza de que el Sr. Chandler me contrate. La puerta de su oficina está abierta, así que llamo al marco metálico.

La oficina improvisada en la que trabaja el Sr. Chandler sugiere que se encuentra en una etapa de transición. Tiene el pelo gris, los ojos inyectados en sangre, un traje marrón arrugado y una corbata naranja anudada sin apretar alrededor de su cuello carnoso. Las arrugas grabadas en su rostro y los poros del tamaño de un punto que puedo ver desde tres metros de distancia sugieren que podría necesitar unas cuantas copas para superar el día. Hay papeles sueltos y cajas rebosantes de archivos por el suelo, el sofá e incluso el alféizar de la ventana. No hay un camino claro desde la puerta hasta su escritorio metálico, así que me detengo antes de entrar en la abarrotada zona de trabajo. Las carpetas desiguales apiladas de forma desordenada dominan su escritorio desorganizado. En las paredes de bloques de hormigón de color beige sucio que lo rodean, el Sr. Chandler ha pegado varios papeles con cinta adhesiva, como si fueran recordatorios o referencias. No son pequeñas notas adhesivas, sino páginas de tamaño completo con texto mecanografiado o escrito a mano con rotulador, y se mueven contra la pared debido a la brisa del ventilador de mesa. Al parecer, el Sr. Chandler no es un administrador que crea que el orden de su área de trabajo

refleja la agudeza de su mente. Quizás no le importe. Cuando llamo a la puerta, no levanta la vista.

En cambio, me hace entrar con la mano. Me quedo en la puerta, aprensivo e incómodo, observando el entorno mientras espero su señal para hablar. Hay un periódico extendido sobre su escritorio. El Sr. Chandler está absorto en las tiras cómicas.

Cambio el peso de una pierna a otra. ¿Por qué me ha hecho señas para que entre si no quiere que le molesten? Quizás no lo ha hecho, me pregunto mientras sigo de pie. No, le he visto claramente levantar el brazo y hacerme señas con la mano para que entre. Después de varios minutos, empiezo a sentirme muy tonto, como si fuera un objeto inanimado allí de pie.

«¿Sería mejor que volviera más tarde?», me atrevo a preguntar finalmente.

Levanta la mano, en señal de que pare, aunque sigue sin levantar la vista. Suena el teléfono de su escritorio y él contesta. «Chandler», dice. «Ajá, ajá, vale». Cuelga, sigue leyendo y yo sigo de pie.

«¿Qué pasa?», pregunta por fin, sin levantar la vista.

«Sr. Chandler, me llamo Michael Santos y...».

«De acuerdo, señor Santiago», me interrumpe, confundiendo mi nombre. «¿Qué pasa? Vaya al grano».

«Soy nuevo aquí y me gustaría trabajar en la biblioteca, si considera contratarme».

«¿Tienes una excusa?», pregunta, y me pide el formulario estándar de solicitud de los reclusos al personal, el mismo que me ha dado el empleado.

«Sí, señor». Me abro paso entre las pilas de libros y cajas apiladas para entregarle mi formulario de solicitud de empleo.

El Sr. Chandler escribe que estoy autorizado para trabajar en la biblioteca y firma con su nombre. «Devuélveselo a tu consejero», me dice, devolviéndome mi excusa. Evidentemente, me despiden.

Vuelvo a la recepción de la biblioteca, agradecido por haber superado el obstáculo de la búsqueda de empleo, sabiendo que he resuelto un problema importante de mi adaptación. «El Sr. Chandler me ha contratado», le digo a Keith, tratando de reprimir mi orgullo y satisfacción por haber superado un obstáculo de la vida en prisión. «Voy a trabajar aquí, en la biblioteca».

«No te emociones demasiado. Sigues estando en prisión, hermano».

«Quizás sea así. Pero al menos tendré todo el tiempo que necesito para leer, escribir y estudiar una vez que me matricule en la universidad. ¿Has oído hablar de alguien que haya completado el programa en la Universidad de Ohio?».

«Mira, chico, como te dije antes, la escuela no es lo mío. En mi opinión, lo único que hace la escuela es hacer quedar bien a "los poderosos". No me interesa mejorar nada en este sistema, ni ayudar aque los capullos parezcan que están educando a los tontos aquí dentro. Yo estoy en guerra, intentando derribar este sistema. La única forma de hacerlo es ganándoles en su propio terreno, con esto», dice mientras señala los libros de derecho. «Ya lo aprenderás pronto».

****

Durante mis primeras semanas en la penitenciaría conozco a cientos de hombres. Escucharlos me convence de que es mejor mantener un perfil bajo, al menos hasta que comprenda mejor mi entorno. Ni siquiera hablo mucho con los otros hombres asignados a mi celda.

Tal y como me dijo Check el primer día, los hombres se ocupan de sus propios asuntos y no muestran mucho interés en entablar nuevas amistades. Trabajan en la fábrica de la prisión, fabricando o reparando bolsas de correo para el Servicio Postal de los Estados Unidos. Cap-

to el ambiente: más apatía que hostilidad. Estos hombres no tienen ningún interés en hablar con un joven preso que muestra entusiasmo por haber sido contratado para trabajar en la biblioteca. Sospecho que el entusiasmo muere mucho antes de que la mayoría de los hombres entren en estas paredes. Podría revelar ingenuidad, lo que expone la vulnerabilidad.

Por las noches, me tumbo en mi litera pensando en cómo voy a salir adelante y me doy cuenta de que estoy al comienzo de un largo viaje. Bloqueo el ruido que llega en oleadas interminables desde fuera de la celda. Más de 600 de los 2500 presos de la penitenciaría viven en el bloque A, aunque sus actividades no me preocupan tanto como las ideas sobre cómo saldré de la cárcel cuando me liberen.

Pero no consigo concentrarme. Los documentos que he recibido de los administradores confirman que mi condena de 45 años me da la posibilidad de salir en libertad en 2013. Solo estamos en 1988 y, después de un año como preso, sigo sin poder comprender lo que significa vivir otros 25 aquí. Según el consejero, el administrador del caso y los administradores de la unidad, un grupo de administradores conocido colectivamente como el «equipo de la unidad», 25 años más es lo mejor que puedo esperar, y eso depende de que no cometa ninguna infracción disciplinaria que pueda dar lugar a la pérdida de mi buena conducta. El equipo de la unidad me asegura que ningún esfuerzo o logro adelantará mi fecha de liberación.

Aunque no hablo de mis creencias espirituales, leo la Biblia todas las noches. Mi resistencia a los servicios religiosos y a los grupos de oración organizados irrita a los fanáticos, o «fanáticos de la Biblia», como se les conoce. A la larga, eso tiene poca importancia, porque mi relación con la Biblia me reconforta, me guía y me proporciona un alivio ocasional del profundo dolor que me embarga. La leo tumbado en mi litera o sentado en una silla de madera en un rincón que he reclamado para mí entre las estanterías de la biblioteca.

A veces encuentro parábolas que parecen estar escritas directamente para mí. Debo prepararme: ese es el mensaje que recibo de mis lecturas. El mensaje me llega de versículos tanto del Antiguo como del

Nuevo Testamento. Encuentro el mensaje en la historia de Noé y el Arca; lo leo en las parábolas de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias, así como en las parábolas de los talentos descritas en el Libro de Mateo. Debo prepararme.

Aprendo de mis lecturas diarias de la Biblia que todos tenemos la responsabilidad de vivir el plan de Dios, y que ese plan requiere que aprovechemos al máximo los dones que recibimos. No estoy convencido de que deba ayunar, llevar cierta ropa, usar aceites de oración, mirar al sol a horas específicas o proclamar públicamente que soy salvo para acercarme a Dios. La creencia que empiezo a formar es que necesito vivir como un buen hombre, desarrollar los dones con los que Dios me ha bendecido y trabajar para crear un mundo mejor.

Mi creencia fortalece mi espíritu, mejora mi actitud y me da una perspectiva positiva. En lugar de ver mi condena como una carga, empiezo a verla como un reto, una oportunidad para crecer de una manera que nunca habría hecho sin una adversidad extrema. Aceptar que mi condena puede tener un propósito aún no revelado requiere que tenga fe en que Dios tiene un plan, uno que abrirá oportunidades, y confiar en el plan de Dios me da la sensación de que puedo seguir adelante.

Quiero transmitirle estos pensamientos a Lisa, pero ella se está alejando. Se acerca la fecha de su sentencia, así que entiendo su falta de entusiasmo cuando le expreso mi emoción por comenzar los estudios por correspondencia en la Universidad de Ohio. Cuando se burla de mi creciente fe en Dios, me doy cuenta de cómo el tiempo y el espacio de mi sentencia nos separan. A pesar de mi amor por ella, nos estamos distanciando.

Las restricciones telefónicas me impiden hablar con ella más de una vez cada pocos días. Solo puedo usar el teléfono los días en que el bloque A tiene acceso programado. En los días de teléfono, un guardia nos lleva a 15 de nosotros a la vez a una sala con teléfonos de marcación rotatoria montados en la pared, y yo espero en fila para usar uno de ellos. Cuando llega mi turno, se me autoriza a hacer una llamada telefónica de 10 minutos.

Para evitar la frustración de las breves llamadas telefónicas, le escribo largas cartas a Lisa todos los días, expresándole mi amor y enviándole promesas que no sé cómo voy a cumplir. Sea cual sea la sentencia que reciba, le aseguro que es parte del plan de Dios, uno que nos unirá más. Justo antes de la fecha de su sentencia, viaja a Atlanta para visitarme.

Estoy en mi segundo mes en Atlanta y hace seis meses que no veo a mi esposa, más de un año desde que nos abrazamos o incluso nos tocamos. La extraño, la añoro. Los pensamientos sobre Lisa, en diferentes momentos, me han fortalecido y debilitado, me han inspirado y deprimido. Ahora voy a verla, a abrazarla, a besarla.

Plancho mis pantalones caqui y mi camisa con pliegues tan marcados como los del uniforme de un oficial militar y, para mostrar lo mucho que han crecido mis bíceps gracias al ejercicio, me remango las mangas cortas de la camisa. Estoy listo y ansioso. Hoy Lisa se volverá a enamorar de mí, tal y como me amaba antes.

«Oye, joven, ¿quién viene a verte?», me preguntan otros presos mientras me observan asomarme a la ventana para ver quién camina por el pasillo de la prisión.

«Mi mujer viene a visitarme hoy». Estoy entusiasmado y me niego a utilizar la expresión habitual en la cárcel de «mi vieja».

«Que tengas un buen día».

Poco después de oír mi nombre por megafonía, llega un guardia para acompañarme fuera de la unidad de alojamiento. Caminamos por el amplio, silencioso y vacío pasillo de suelos de mármol pulido rodeado de altas paredes blancas. El guardia no me habla. Los únicos sonidos que se oyen durante el lúgubre trayecto son nuestros pasos, el sonido de las esposas que cuelgan del grueso cinturón de cuero del guardia y las ocasionales interferencias de su radio. Es un largo camino.

En lugar de entrar en la sala de visitas, el guardia abre la puerta de una habitación adyacente, donde otro guardia espera sentado en un escritorio.

«El recluso Santos para una visita», informa el guardia que me acompaña a su colega antes de encerrarme en la sala del tamaño de un armario.

El guardia sentado en el escritorio me pide mi identificación y comienza a escribir la información en su libro de registro: mi nombre, número de registro, la hora a la que llegué y el nombre de mi visitante. «¿A qué esperas?», me pregunta mientras yo me quedo allí de pie, mirando.

«Oh, ¿puedo entrar?». Me siento deshumanizada, condicionada a pedir permiso para cualquier movimiento, como si hubiera sido prisionera toda mi vida.

«Ya sabes cómo va esto».

«¿Qué ejercicio? Es mi primera visita».

«¡Desnúdate!».

La orden me sorprende, pero la sigo sin preguntar. Mi principal preocupación es llegar hasta Lisa, aunque tengo cuidado de mantener mi ropa impecable, así que me tomo un tiempo extra para doblar mis pantalones y mi camisa antes de dejarlos en el suelo mugriento.

«Todo», dice el guardia mientras yo estoy en calzoncillos y calcetines.

He pasado por cientos de registros corporales, pero a veces los guardias me dejan quedarme en ropa interior mientras me inspeccionan. Este no. Es muy meticuloso e insiste en verme desnudo. Me ordena que levante mis partes íntimas, me incline y abra las piernas. Obedezco sus órdenes, dándole la vista completa que quiere, y luego me visto. Finalmente, me autoriza a entrar en la sala de visitas.

Bajo unos escalones hasta una plataforma donde hay dos guardias sentados en un escritorio. La sala es grande, como el comedor de un instituto, con luces brillantes. Hay máquinas expendedoras alineadas contra las paredes. Está llena de gente que mantiene cientos de conversaciones simultáneas y ruidosas. No veo a Lisa.veo a Lisa. Uno de

los guardias me pide mi identificación. Luego me trata con condescendencia y me pregunta si entiendo las reglas. Esas reglas pueden estar diseñadas por razones de seguridad, pero despojan a las personas de su dignidad y contribuyen a la pérdida de los lazos comunitarios. Recuerdo las reglas de cuando vi a Lisa por primera vez en la prisión de Miami hace más de un año. No nos permiten abrazarnos durante la visita y limitan los besos al principio y al final. El guardia me dice dónde sentarme y me indica la dirección.

Por fin la veo. Está sentada en una fila de sillas de plástico junto a la pared y me observa mientras camino hacia ella a través de la sala iluminada. Mis ojos se fijan en los suyos y me vienen recuerdos de tiempos mejores. Recuerdo cómo la multitud se apartaba mientras ella me cogía del brazo mientras caminábamos por los casinos de Las Vegas; recuerdo beber champán y comer trufas de chocolate con ella en una cafetería con vistas a Central Park; recuerdo surcar las profundas y azules olas del Atlántico en mi lancha, con ella en un bikini de lentejuelas, aferrada a mí. Esos días se han ido, para no volver jamás. He reprimido los pensamientos sobre la seducción de Lisa, su magnético atractivo sexual, pero a medida que me acerco a ella, esos sentimientos resurgen, inflamando todos mis sentidos.

El año me ha pasado factura. Con la ausencia total del contacto femenino, del afecto, del calor físico y la liberación, surge en mí un enorme impulso. No me doy cuenta de los cientos de personas que visitan la sala. Es como si estuviera viendo a Lisa en la terminal de un aeropuerto por primera vez después de un largo viaje al extranjero. Solo que ella no está aquí para darme la bienvenida a casa. Cuando se pone de pie, quiero devorarla. Como solo tenemos esta oportunidad, me conformo con un beso deliciosamente largo y maravilloso.

«Todavía te amo, Michael», dice Lisa, abrazándome antes de sentarnos.

«Y yo te quiero», respondo mientras la atraigo hacia mí. «Estamos hechos para amarnos. Te lo he dicho desde el principio. Nuestro amor es lo suficientemente fuerte como para superarlo todo, incluso el en-

carcelamiento». Estoy ansioso por decir todo lo que se me ocurre con la desesperada esperanza de retenerla.

Nos sentamos uno al lado del otro, tan cerca como nos permiten las sillas fijas de plástico duro. Estamos tan cerca que siento la suave piel de sus brazos tocando los míos, tan cerca que puedo oler su perfume. Sin embargo, la euforia romántica de nuestra primera hora juntos no dura mucho, ya que no podemos evitar hablar de la fealdad en la que se han convertido nuestras vidas.

«¿Cómo es realmente estar aquí? ¿Estás a salvo?».

«Ya te lo he dicho, no tienes que preocuparte por mí. Mientras estemos juntos, estoy bien. Mi padre ha enviado el dinero a la universidad, así que pronto recibiré mis libros y mis planes de estudio. Tengo un trabajo estupendo en la biblioteca. Hago ejercicio todos los días. Tengo muchos libros para leer. Verás cómo le doy la vuelta a esta situación. Saldré de aquí mucho mejor de lo que estoy ahora, más fuerte y más sabia. Te haré sentir orgulloso».

«¿Pero qué hay de mí? ¿Qué crees que va a pasar en mi sentencia y después? ¡No puedo vivir en un lugar como este!».

«Cariño, no va a pasar nada». Le peino el pelo rubio con los dedos. «No has hecho nada tan malo. Has dicho una pequeña mentira sobre el dinero. ¿Qué más da? El juez no te va a meter en la cárcel por eso. La gente miente constantemente. Cada vez que paran a alguien por exceso de velocidad, miente diciendo que respetaba el límite. No meten a la gente en la cárcel por eso».

«Pero, ¿y si lo hacen? ¿Qué pasará entonces?». Me agarra las manos con fuerza. «No quiero vivir en un lugar como este».

«Eso no va a pasar», la tranquilizo. «¿Por qué no rezas conmigo? Cuando rezo, Dios me da fuerzas».

«¡Vamos, no empieces con eso! ¿Qué estás haciendo? ¿Convertirte en sacerdote aquí? ¡Rezar no me va a ayudar!». Lisa me suelta bruscamente y cruza los brazos sobre el pecho con frustración.

«Sí que te ayudará, a mí me ayuda a superar cada día».

«¡Tú tienes 45 años! ¿Te ayudaron las oraciones con eso?».

«Cariño, no hables así. Tienes que confiar en mí, confiar en Dios. Las cosas van a mejorar».

«A veces creo que ya no te conozco. Solo hablas de la universidad, de Dios, de cómo todo irá mejor cuando termines. ¿No lo entiendes? ¡Para entonces ya seremos viejos!».

«No va a ser tanto tiempo». Me recuesto en la silla, tragándome la dureza de su valoración.

«¿Y yo qué? ¿Cómo se supone que voy a vivir? Se nos está acabando el dinero».

«¿Por qué no te buscas un trabajo?».

«¿Haciendo qué? ¿Qué puedo hacer? ¿Quieres que sirva mesas o algo así?».

«No te preocupes, cariño. Pasemos por tu sentencia la semana que viene y dejemos atrás este lío. Se me ocurrirá algo».

Puede que nuestra visita haya comenzado con pasión, pero termina con la fría realidad de que no tenemos lo suficiente para mantenernos. No tenemos suficiente dinero, suficiente madurez ni suficiente compromiso. Cuando termina el horario de visitas, ella se levanta y nos abrazamos, pero sé que no va a volver. Nuestro beso de despedida sabe a adiós. Mientras se aleja, me siento más solo que nunca.

A la semana siguiente, Lisa es condenada. Después de la hora prevista para la vista, llamo a mi padre, que la acompañó para apoyarla. Me dice que el juez la ha condenado a cinco años de libertad condicional por su delito grave de mentir a un agente federal. Me siento aliviada. Pensar en Lisa soportando las esposas, las cadenas, los registros corporales habituales, las órdenes y las humillaciones diarias del encarcelamiento me habría destrozado. Yo puedo soportar la cárcel, pero no estaba seguro de que ella pudiera, y si la hubieran encarcelado,

mi nivel de estrés habría aumentado exponencialmente. Al menos ya he superado esa complicación. Ahora me esperan nuevos retos y complicaciones que espero que fluyan durante los próximos 10 000 días.

****

Dado que la biblioteca es un espacio abierto donde todos los presos pueden reunirse libremente, sirve como una especie de mercado para los estafadores, y los presos la utilizan para algo más que consultar libros o escribir a máquina. La aprovechan para esconder armas, drogas y otros objetos prohibidos que ocultan en el falso techo o dentro de libros ahuecados. Los guardias confiscan los objetos prohibidos que encuentran, pero como la biblioteca es una zona común, no pueden castigar a nadie sin más información, como la denuncia de un chivato.

Nunca seré una fuente de ese tipo de información, ya que no voy a intentar facilitarme la vida a costa de dificultársela a otra persona. Dentro de estas paredes se derrama sangre. Sobreviviré tomando decisiones que garanticen que no tenga que esconderme de nadie y que nadie tenga que esconderse de mí. Quiero vivir de forma invisible, estar «en» la penitenciaría, pero no «de» la penitenciaría. Me concentro intensamente en los pasos que puedo dar para acercarme a mi hogar, que me prepararán para una vida productiva fuera.

Mis propias investigaciones y las consultas que hago a otros presos me convencen de que solo existen dos mecanismos a través de los cuales puedo ganarme la salida. Uno es pedirle a mi juez que reconsidere mi sentencia utilizando el procedimiento legal formal conocido como la moción de la Regla 35, pero los estrictos parámetros de tiempo de esa regla me limitan. Una vez que el tribunal de apelación confirme mi condena y mi sentencia, como estoy seguro de que lo hará, comenzará a correr el plazo de 120 días. Una vez transcurrido ese tiempo, mi sentencia quedará grabada en piedra. El único otro mecanismo, salvo una futura reforma legislativa, es pedir al presidente que me conceda un indulto ejecutivo.

El Tribunal de Apelación del Noveno Circuito confirmará mi condena y sentencia en el plazo de un año. ¿Qué puedo lograr en otro año

de prisión para convencer al juez que dictó mi sentencia de que soy un candidato digno de indulto, de que me he ganado la libertad? No es tiempo suficiente y, sin embargo, tengo que hacer que algo suceda. Cada minuto que pasa sin que tenga un plan o haga progresos significa que estoy perdiendo terreno. Me siento como un personaje de dibujos animados, tumbado en una mesa con una sierra giratoria que va bajando poco a poco desde el techo hacia mi cuello expuesto y extendido.

Para mejorar mi situación necesitaré el apoyo de personas del exterior. Sin embargo, los muros de 12 metros de altura me impiden conectar con la sociedad, lo que me frustra. Miro las paredes de la biblioteca y me pregunto cómo puedo distinguirme de todos los demás presos que quieren una reducción de la pena. No puedo limitarme a expresar mi pesar o mi arrepentimiento. Estoy profundamente arrepentido, aunque entiendo el cinismo del sistema. Cuando presente mi solicitud según la Regla 35, espero que los fiscales argumenten de forma persuasiva que no estoy arrepentido en absoluto, sino que solo quiero salir.

Lucho contra la oposición a la que espero enfrentarme. ¿Por qué los demás piensan que está tan mal que quiera adelantar mi fecha de liberación? Quiero salir, pero también quiero expiar mi culpa, reconciliarme de alguna manera con la sociedad. Aspiro a demostrar a los demás que me estoy ganando mi libertad. Mientras miro fijamente los libros que me rodean, de repente veo la solución que me ayudará a atravesar estos muros y conectar con la sociedad: ¡escribiré un libro!

Puede que no sepa lo que estoy haciendo, pero el hecho de estar haciendo algo, de progresar, me da fuerzas. Por primera vez, no estoy sentado esperando a que fuerzas externas dicten mi destino. En cambio, tengo un plan y eso me aporta nueva energía, motivación e inspiración. Escribiré sobre cómo las imágenes románticas y aventureras que tenía de los traficantes de cocaína me sedujeron para entrar en el negocio. Leer mi historia proporcionará razones convincentes para que otros eviten tomar las mismas decisiones. Expresaré mi arrepentimiento abiertamente y tal vez otros jóvenes se vean disuadidos de infringir

la ley. El libro debería ayudar a las fuerzas del orden a detener el crimen antes de que comience.

Nunca he tomado un curso de escritura ni he escrito nada más sustancial que cartas cortas, pero si empiezo ahora y trabajo en ello todos los días, puedo terminar un libro a tiempo para generar apoyo para mi Regla 35. Este proyecto se convierte en mi último esfuerzo para comenzar un registro de expiación.

Julie y su prometido, Tim, son mis mayores apoyos. Les escribo y acuerdan crear una corporación sin ánimo de lucro para publicar el libro, al que titulo Drugs and Money (Drogas y dinero). De esa forma, en lugar de vender el libro, podemos donarlo. Una rama de financiación del estado de Washington ofrece recursos financieros para programas diseñados para mejorar la seguridad de la comunidad, y yo redacto una propuesta de subvención para financiar nuestro proyecto. Mi hermana presenta la propuesta de subvención a través de la organización sin ánimo de lucro y luego convence a los miembros de la junta del comité de subvenciones para que financien la producción de Drugs and Money con 20 000 dólares. Es una cantidad suficiente para producir y distribuir 2000 libros a escuelas, cárceles y otras organizaciones para adolescentes en situación de riesgo. Esta iniciativa de servicio comunitario me ayuda a salir de la prisión, conseguir apoyo y empezar a contribuir a la sociedad.

****

Oigo mi nombre por el altavoz con la orden de presentarme en el edificio de Educación. Me siento en el escritorio donde escribo cada día y se acerca el Sr. Chandler, el supervisor de Educación.

«Sánchez, ¿por qué he recibido un paquete de la Universidad de Ohio con tu nombre escrito por todas partes?». No está contento.

Levanto la vista, sorprendido por su enfado y preguntándome qué he hecho mal. «Me he matriculado en un programa a distancia, señor», respondo, sin querer enfadarle más corrigiendo su pronunciación

errónea de mi nombre. «Quería estudiar para obtener un título universitario».

«Chico, ¿no sabes que estoy a punto de encerrarte? Aquí no se pueden solicitar cursos sin pasar por mí. ¿Quién te autorizó a matricularte en la universidad?».

«No sabía que necesitaba autorización».

«¡No sabes que estás en la cárcel! ¡Será mejor que preguntes a alguien! No se pueden enviar paquetes aquí sin autorización. Interfiere con la seguridad de la institución».

«Lo siento, señor. No sabía que un paquete de una universidad pudiera interferir con la seguridad. Pero no volveré a cometer ese error».

El Sr. Chandler se suaviza un poco ante mi respuesta contrita. «¿Qué haces aquí todo el día, chico?». Extiende las páginas escritas a mano sobre mi escritorio.

«Escribiendo, señor, solo intento mantenerme alejado de los problemas».

«Pues has encontrado problemas, y los tienes delante de ti. Ahora ven a mi oficina y recoge estos libros antes de que los devuelva y te meta en el calabozo».

Me levanto y lo sigo por el pasillo central, emocionado como un niño en la mañana de Navidad, extasiado porque han llegado mis libros de texto. No sé por qué estaba tan enfadado, pero ahora que ha accedido a dejarme continuar, realmente no importa. Cuando entramos en su oficina, veo la caja de la Universidad de Ohio abierta sobre su escritorio.

«Esto no es más que un montón de trabajo extra para mí».

«Gracias por su ayuda, señor. Le pido disculpas por causarle tantas molestias».

Abre cada libro, inspecciona la encuadernación, hojea las páginas y luego me pasa el libro. Tengo cursos de inglés, filosofía, álgebra y psicología. Le doy las gracias al Sr. Chandler de nuevo y vuelvo a mi escritorio, donde puedo empezar a trabajar con un nuevo sentido de propósito.

En mi mente, ya no soy un prisionero. Tengo 24 años y estoy a punto de pasar mi segunda temporada navideña en prisión, pero también estoy en camino de lograr un progreso real y medible. Ahora soy estudiante universitario y aspirante a escritor. Pronto habrá resultados tangibles que permitirán evaluar mi compromiso de expiar mis culpas.

****

Es 1988 y el vicepresidente George H. W. Bush está a punto de convertirse en el 41.º presidente de Estados Unidos. Habla de mil puntos de luz y me inspira con su llamamiento a una América más amable y gentil. ¡Sí! Más compasión y comprensión es exactamente lo que necesito, y estoy trabajando frenéticamente para demostrar que soy digno de reconsideración.

Con cada mes que pasa, siento la presión. Pero me gusta tener una razón para seguir adelante cada día. Mis estudios y mis objetivos de escritura requieren un horario estricto y me entreno para funcionar con menos horas de sueño. El bloque de celdas vibra con un ruido constante y disturbios incesantes, pero con objetivos claramente definidos bloqueo todas las distracciones y me vuelvo más hábil para crear nichos de tiempo y espacio para estudiar.

El horario estricto me ayuda enormemente, sobre todo porque mi conexión con Lisa es cada vez más débil. Estoy orgulloso de lo que estoy produciendo y, por Navidad, le envío copias de los trabajos que estoy completando. También le cuento los avances de mi manuscrito y le envío fotografías del físico que estoy desarrollando gracias al extenuante levantamiento de pesas.

A ella no le interesa.

Cuando le escribo para anunciarle la noticia de la subvención que Julie ha recibido para producir y distribuir Drugs and Money, me pregunta cuánto dinero podré enviarle de esos ingresos.

«Cariño, no estoy escribiendo este libro por dinero», intento explicarle por teléfono. «Ya te he contado el plan. Estoy trabajando para volver a casa. Tengo que demostrar que puedo aportar algo al mundo, y para eso sirve este libro. Estamos utilizando el dinero para producirlo y distribuirlo, para que pueda conseguir apoyo y así poder volver a casa».

«Soy tu esposa, Michael. Vivir cuesta dinero, y no me dejaste lo suficiente como para regalar libros».

«Lo sé, cariño. Escucha, pensaba que ibas a buscar trabajo. ¿Por qué no vendes ropa? Tiene que haber alguna forma de que ganes dinero. Tienes que mantenerte hasta que vuelva a casa».

«¿Cuándo? ¿Dentro de 25 años? Michael, esto no funciona».

«¡No digas eso! Estamos casados. Por supuesto que podemos hacer que funcione. Y no van a ser 25 años. Eso es ridículo. El juez no va a mantener esta sentencia, no con todo lo que estoy haciendo. Estaré en casa en unos ocho años, quizá menos». Siento que se aleja. «¿Cuándo vas a venir a verme?».

«Ya te lo he dicho. Mi agente de libertad condicional no me deja visitarte».

«¿Pero por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo hasta que te deje venir a visitarme?».

«¡Cinco años, Michael! Me dijo que nunca podría visitarte mientras esté en libertad condicional y que debería divorciarme de ti».

«Eso va a cambiar. No pueden separarnos así. Estamos casados. Tú todavía me quieres, ¿verdad?».

Esto va a acabar mal. Intuyo hacia dónde se dirige, aunque intento sacar el afecto que debería fluir libremente. Para sobrellevarlo, trabajo más duro.

****

Es principios de 1989 y acabo de cumplir 25 años. La presión del tiempo se intensifica cada día, lo que me obliga a privarme del sueño y de las actividades que otros utilizan como distracción del dolor que supone el encarcelamiento. Los juegos de mesa no me ayudan a sobrellevarlo.

Cuando leo que el presidente Bush va a ofrecer su primera rueda de prensa en horario de máxima audiencia desde el Despacho Oval, me dirijo a la sala de televisión y veo la retransmisión desde la parte trasera del auditorio.

El presidente parece adusto. Sentado en su sillón de respaldo alto detrás de su escritorio ejecutivo, el presidente Bush sostiene una bolsa de plástico transparente llena de cocaína. Mi ánimo decae cuando le oigo decir a millones de espectadores que la guerra contra las drogas es de suma importancia. El abuso de drogas ilegales, advierte, amenaza a los Estados Unidos tal y como los conocemos.

Al parecer, la América más amable y gentil de la que hablaba el presidente no incluye la compasión por los presos, especialmente por los que vendían drogas. Su mensaje sugiere que los estadounidenses necesitan un objeto al que odiar. El objeto de ese odio son las drogas y todos los que tienen algo que ver con ellas. Pide vigilancia, insta a los niños a delatar a sus padres y anuncia que, bajo su administración, las fuerzas del orden estadounidenses tendrán tolerancia cero con las drogas. Nombra a William Bennett «zar de las drogas», sea lo que sea que eso signifique.

Mientras yazgo en mi litera, bloqueando el ruido que rebota en el bloque de celdas de hormigón y acero, reflexiono sobre lo que ha dicho nuestro nuevo presidente. En realidad, aclara la enormidad de mi desafío. Soy un delincuente condenado por drogas con una larga pena.

Por mucho que quiera ganarme el apoyo de mis conciudadanos, del fiscal y del juez, el presidente acaba de decirle a la sociedad que no soy digno de consideración. No deben mirar más allá de mi condena y mi pena. Tengo que afrontar la realidad de que es posible que los demás nunca acepten los esfuerzos que estoy haciendo para expiar mi culpa. Tolerancia cero. Eso es lo que pide el presidente Bush.

****

Me despierto con la determinación de trabajar más duro. Otro preso me habla de un trabajo en la oficina comercial de la fábrica de la prisión que podría facilitarme la escritura.

«Es un trabajo administrativo», dice el preso. «Si lo consigues, tendrás tu propio escritorio y acceso a un ordenador».

«¿Me dejarían escribir mis tareas escolares en el ordenador?».

«¿Cómo coño voy a saberlo? Ve a comprobarlo tú mismo, joder».

El Sr. Chandler firma mi pase y cruzo el recinto hacia la oficina administrativa. Se está llevando a cabo un control matutino y una fila de hombres espera su turno para pasar por el detector de metales. Un preso delante de mí pasa por el detector y la máquina empieza a pitar.

«Quítatelas», ordena el guardia.

«Vamos, jefe, ya sabe que llevo botas con puntera de acero. Eso es lo único que está haciendo saltar la alarma».

«Entonces no debería haber ningún problema. Quítatelas y vuelve a pasar. Si no, puedes desnudarte. A mí me da igual».

El guardia no deja pasar a nadie hasta que deja pasar al hombre que está delante de mí. Rara vez salgo de la biblioteca debido a esta obsesión por la seguridad. Pero la perspectiva de un nuevo trabajo que me proporcionaría acceso a un procesador de textos y a mi propio escritorio hace que hoy la incomodidad sea soportable.

Cuando llega mi turno, paso por el detector de metales sin problemas. Atravieso dos puertas más y subo en el ascensor hasta la oficina administrativa. El ambiente es diferente al de cualquier otro lugar en el que haya estado en la penitenciaría. En lugar de hormigón y acero, hay paredes de yeso, puertas de madera con molduras y suelos alfombrados que suavizan la gran sala diáfana. Los escritorios están alineados ordenadamente en pasillos y filas. Los presos, vestidos con pantalones caqui impecablemente planchados, están sentados detrás de ellos, absortos en su trabajo. Cada escritorio tiene su propio monitor y teclado. Oigo el zumbido de las máquinas de oficina, las fotocopiadoras, las impresoras y las calculadoras.

Anhelando mi pasado irrecuperable, atravieso la zona abierta hacia las oficinas más pequeñas que hay al fondo. Veo la puerta con el letrero «Transporte» y llamo. Una mujer levanta la vista de su escritorio y me saluda con una sonrisa amistosa.

«Buenos días. Me llamo Michael Santos». Le muestro el pase que me ha dado el Sr. Chandler. «Me han dicho que hay una vacante para un empleado en la oficina de Transporte. Me gustaría solicitarla».

«¿Cuánto tiempo tiene? Espero que treinta años».

«Tengo 45 años, señora».

«Oh», se estremece. «Lo siento, no era mi intención. Solo lo preguntaba porque formar a un empleado lleva mucho tiempo y no quería a alguien con poco tiempo que estuviera a punto de ser trasladado».

«No pasa nada. Estoy matriculado en la universidad y espero quedarme aquí mucho tiempo».

«¿Ha trabajado antes en una oficina?».

«Sí, señora. Mi padre tenía una empresa de construcción y yo trabajaba en sus oficinas».

«¿Entonces sabes mecanografiar?».

«Mecanografío muy bien, al menos 50 palabras por minuto».

«¿Dónde trabajas ahora?».

«Trabajo en la biblioteca. El señor Chandler es mi supervisor».

«¿Cómo está tu expediente disciplinario? ¿Tienes alguna sanción? ¿Alguna vez has estado en la SHU?»

«No, señora, mi expediente disciplinario está limpio. Soy reservado y no me meto en líos».

«¿Por qué estás en prisión?».

«Vendí cocaína», respondo, sabiendo que responderé a esta pregunta durante el resto de mi vida.

«¿Y te han condenado a 45 años por eso?».

«Sí, señora».

«¿Ha estado antes en prisión?».

«Esta es la primera vez, y la última».

Ella asiente con la cabeza y, por primera vez desde que estoy en prisión, siento una compasión genuina por parte de un miembro del personal. «Me llamo Lynn Stephens. Esté atento a la convocatoria para el cambio de trabajo. El puesto es suyo». Ella sonríe y, por un instante, me siento una persona en lugar de un preso.

Al regresar a la biblioteca, me doy cuenta de que olvidé preguntarle a la Sra. Stephens sobre el tiempo para hacer las tareas escolares y si podría usar el procesador de textos para escribir mis tareas una vez que completara mis responsabilidades en la oficina. No importa. Encontraré la manera de que todo salga bien. El ambiente de la oficina ha limpiado la suciedad del encarcelamiento y quiero pasar mi tiempo allí, en compañía de la Sra. Stephens. Siento que es el lugar adecuado para mí, lejos de las pandillas, las confrontaciones y las presiones del bloque de celdas; lejos del ajetreo y las intrigas continuas que tienen lugar en la biblioteca y otros espacios comunes.

****

Cuando se abren las puertas de la celda a las 6:00 a. m., corro al gimnasio para hacer mi entrenamiento matutino. Un entrenamiento cruzado rápido me permite hacer todos mis ejercicios antes de las 7:00. Luego regreso al bloque de celdas, me ducho, me afeito y me pongo mis pantalones caqui planchados. Optimista sobre mi nuevo trabajo, traigo un sobre con fotografías por si surge la oportunidad de compartir fotos de mi familia con la Sra. Stephens; quiero que sepa que tengo una vida fuera de estas paredes.

«Buenos días», me saluda cuando entro. Curiosamente, me siento un poco incómodo al estar tan cerca de una mujer. La oficina que compartimos es pequeña, del tamaño de un dormitorio en una casa suburbana. Su escritorio está justo a la derecha de la puerta, en la esquina delantera de la oficina. Como su asistente, me siento en una estación de trabajo en forma de U en la parte trasera, en diagonal frente a ella. Cinco pasos nos separan. Soy consciente de su perfume e intento evitar que mis rodillas reboten debajo del escritorio.

«Lo que hacemos aquí es coordinar todo el papeleo de los envíos que salen de la fábrica», explica la Sra. Stephens, describiendo mis funciones. «Cada día, el director de la fábrica nos envía una hoja con el número y el tipo de bolsas de correo que están listas para su procesamiento. A partir de esa hoja, tú rellenarás los formularios que llamamos «transportistas» y harás cinco copias de los documentos para distribuirlos a facturación, control de calidad, servicio postal, empresa de transporte, fábrica y nuestros archivos.

Manejo la muestra de documentos que ella me proporciona y sé que soy capaz de mantener en orden este trabajo tan ajetreado. «¿Cuántos pedidos recibimos cada día?».

«Son más bien 15 a la semana. Algunos días recibirás uno o dos pedidos; otros días puede que no recibas ninguno. Luego puede que recibas cuatro, cinco o seis a la vez. Puede que te lleve unas semanas acostumbrarte al sistema, pero le cogerás el truco. Mientras te mantengas al día y no dejes que el trabajo se acumule, todo irá bien».

«¿Qué se supone que debo hacer cuando esté al día? No parece que estas tareas requieran más de un par de horas al día, si acaso».

«Ya veremos cómo va. Siempre tenemos archivos que organizar, sobres que llenar y copias que hacer. Si quieres escuchar la radio, sintoniza la emisora que quieras».

Me pongo rápidamente a mis tareas: escribir a máquina, fotocopiar, distribuir y archivar. La pequeña radio que hay detrás de mí solo sintoniza la banda AM. Mientras cambio de emisora, me quedo en una de tertulias y escucho a un audaz comentarista político llamado Rush Limbaugh. He leído que el programa está ganando popularidad a nivel nacional. Los artículos de las revistas describen a Limbaugh como un obeso autoindulgente que abandonó la universidad y se divorció, pero que se presenta a sí mismo como un conservador social. A pesar de la hipocresía entre su vida personal y su vida pública, me hace reír.

****

Lisa no responde a las cartas que le envío a diario, y cada vez que por fin consigo llamarla, me voy frustrado porque no contesta. Hace más de dos semanas que no sé nada de ella. Las premoniciones me corroen. Me duele el vacío y la soledad perturba mi sueño.

El sistema telefónico automatizado de la prisión solo permite llamadas a cobro revertido. Una desventaja importante es que, una vez que marco, no puedo oír lo que ocurre al otro lado de la línea hasta que alguien pulsa un número para aceptar la llamada. Cuando marco el número de Lisa, no sé si la línea está ocupada, si no hay nadie en casa o si la llamada simplemente no se conecta.

Me pregunto qué está pasando, por qué no me escribe y dónde está. Me muero de ganas de contarle mi nuevo trabajo, mis progresos en la escuela, el manuscrito que estoy escribiendo y lo mucho que la echo de menos. Quiero saber cómo le va la vida, cómo le va la búsqueda de trabajo. Debe de haber encontrado trabajo. Probablemente esté trabajando cuando la llamo, pero me pregunto por qué no responde a

mis cartas. Sueño con la suavidad de sus labios, pero las pesadillas me persiguen con imágenes de ella besando a otra persona.

****

«¡Hola! ¿Por qué no me has llamado? Estaba preocupada por ti». Es Julie, que me anima con su cariñoso entusiasmo cuando acepta mi llamada.

«Lo siento. Aquí no es tan fácil usar el teléfono. Tengo que esperar en largas colas y solo puedo marcar un número cuando llega mi turno. ¿Has recibido las cartas que te he enviado?».

«¡Estoy muy orgullosa de ti! Lo estás haciendo muy bien allí, con tus estudios y escribiendo. Me alegro de que tengas un trabajo que te gusta».

«Todo va bien, pero no he podido hablar con Lisa y estoy preocupada. ¿Te ha llamado?».

«Sabes que ella no me llamaría. ¿Quieres que te pase la llamada en una conferencia?»

«¿Lo harías? Cuando llamo a su número, no consigo comunicarme. No puedo dejar un mensaje ni nada».

«¿Cuál es su número de teléfono?».

Le doy el número a Julie y espero a que marque. Ella se une a la llamada cuando el teléfono de Lisa empieza a sonar.

«Voy a esperar a que conteste. Luego colgaré el teléfono y podrás hablar todo lo que quieras».

«Gracias, Julie. Te agradezco tu ayuda».

Mi corazón late con fuerza y oscilo entre la emoción de escuchar la voz de mi esposa y la aprensión por lo que pueda decirme. Pero no es Lisa quien responde. Es la voz de un hombre la que contesta.

«Lo siento», digo. «Debo de haber marcado un número equivocado».

«¿Cuál es el número?», pregunta Julie, después de colgar la llamada desconocida.

Le doy el número de Lisa por segunda vez. «Ese es el número que creía haber marcado. Déjeme intentarlo de nuevo».

El teléfono suena y oigo la misma voz al otro lado. «¿Quién es?», pregunto.

«¿Quién es?», el hombre no responde a mi pregunta.

«Soy Michael Santos. Llamo por mi esposa, Lisa».

«Oh. Bueno, Lisa no está aquí. Soy el novio de Lisa y ahora vivo aquí. Lamento decirle esto, pero probablemente sea mejor que no vuelva a llamar. Ella no está preparada para hablar con usted».

Me siento humillado por haberme enterado así de que mi matrimonio ha terminado, y de que mi hermana lo haya escuchado conmigo. Sin palabras, cuelgo el teléfono, sin siquiera dar las gracias a Julie por haber llamado.

A ciegas, me abro paso entre la multitud de presos y encuentro el camino hacia las escaleras, sin importarme a quién empujo en mi dolor: un cuchillo en el estómago sería un alivio bienvenido del dolor que retuerce mi corazón.

De alguna manera encuentro mi celda y me derrumbo sobre mi litera, hundiendo la cara en la almohada. Con el espíritu de perseverancia abandonándome, aprieto los ojos para evitar que las lágrimas caigan. Todo mi interior se siente destrozado. Oigo mi pulso retumbando en mis oídos, lo siento latir en mi cabeza. Me cuesta mucho aceptar que se ha ido, que la he perdido. Es como un doloroso tornillo que se aprieta cada vez más, asfixiándome y haciéndome dudar de si podré soportar otros 24 años de este dolor.

El sueño no me devuelve la confianza. Me arrastro fuera de mi litera y me siento en la silla metálica para atarme las zapatillas sucias. Consumido por la tristeza, bajo las escaleras y camino de un lado a otro, preguntándome por qué debería seguir adelante. No soy capaz de encontrar la voluntad ni una razón para vivir. Puede que Lisa y yo nos estuviéramos distanciando, pero al menos tenía la ilusión del amor. Eso se ha hecho añicos y no sé qué haré aquí durante décadas.

Camino hacia la biblioteca, insensible a todo excepto a mi dolor, buscando consuelo en las historias de otras personas que sufrieron. Busco libros sobre Viktor Frankl, Elie Weisel y otras personas inocentes que se enfrentaron a terribles adversidades en campos de concentración como Auschwitz y Buchenwald. Necesito sumergirme en sus historias. Aunque he tocado fondo, la inspiradora literatura sobre la supervivencia y el coraje judíos ilumina mi pozo psicológico y comienza a aliviar la opresión en mi pecho.

****

Cuando llamo a casa el 27 de mayo de 1989, Julie me da la noticia de que Christina ha dado a luz a una niña, Isabella. Hace tiempo que sé que Christina estaba embarazada, pero he estado demasiado absorto en lidiar con la pérdida de Lisa y los retos de mi adaptación a la prisión como para comprender lo que eso significa. Me resulta surrealista pensar en mi hermana menor como madre y en mí mismo como tío.

Christina y yo crecimos muy unidos de niños. Guardo muy buenos recuerdos de nuestros años de primaria y de cuando la llevaba a pescar conmigo al arroyo del barrio. Pero no la he visto desde que estoy en prisión. Ahora es madre, y tratar de imaginarla como una mujer adulta con su propia familia me resulta casi incomprensible. La vida está cambiando sin que yo forme parte de ella. Cuelgo el teléfono llorando, incapaz de reprimir mis emociones encontradas. Me alegro por Christina, pero también me invade la tristeza por haberme perdido el nacimiento de Isabella.

Necesito dar una vuelta por la pista, pero eso significa esperar en la cola para conseguir un pase y luego esperar entre la multitud a que lle-

gue el siguiente turno para salir de la unidad de alojamiento. En lugar de eso, me dirijo a mi celda. No hay ningún lugar donde pueda consolar en privado el dolor que siento por dentro. Mientras yazgo en mi litera con la cabeza apoyada en la almohada, sigo oyendo a Check y a su amigo jugando al ajedrez en la mesa. Sumido en la autocompasión, solo puedo pensar en el aislamiento de mi familia. Soy un extraño, aislado de los lazos familiares que hacen que la vida merezca la pena.

¿Cómo me verá la sociedad? Si hoy fuera un ciudadano libre y me encontrara con un hombre que hubiera cumplido más de un cuarto de siglo en prisión, tendría grandes prejuicios sobre él. Me costaría aceptarlo como vecino, como compañero de trabajo y, desde luego, como igual. Supongo que las mujeres se lo pensarían dos veces antes de salir con un hombre que ha cumplido condena en prisión. Y si no me liberan hasta finales de los cuarenta, sin historial laboral, sin ahorros y sin casa, es muy probable que nunca llegue a ser padre y a tener hijos propios. ¿Cómo podría?

Es demasiado. Tengo que dividir esto en mi mente, tomarlo en pequeños incrementos, un trozo a la vez. De lo contrario, me abruma y me derrota.

¿Dónde estaré dentro de 10 años? Eso es en lo que debería pensar. ¿Qué es lo mejor que puedo llegar a ser durante la primera década de mi encarcelamiento? Mis estudios van bien y casi he terminado el manuscrito de Drugs and Money. No sé qué pasará con la moción de la Regla 35 cuando llegue el momento de presentar la solicitud de reconsideración de mi sentencia. Pero en 1997, después de una década en prisión, si me ciño a este plan, seré un hombre culto. Si mantengo mi concentración, tendré un título universitario y posiblemente una licenciatura en Derecho. Esas credenciales me distinguiránde los presos que se alimentan del odio y que dependen de las armas y las bandas para empoderarse.

Aun así, vivo entre las armas, las pandillas y las luchas de poder dentro de mi comunidad de delincuentes. Con dos años a mis espaldas, entiendo la política de la raza, el origen geográfico y la anarquía. A simple vista, parece que los blancos se mezclan con los blancos, los

negros con los negros y los hispanos con los hispanos. Pero esa no es la realidad, ya que esta cultura está impulsada por influencias mucho más complejas.

Vivo en una sociedad de privaciones, donde las políticas extinguen la esperanza. Con años por cumplir, abandonados por sus familias y separados de sus identidades anteriores, la mayoría de los presos renuncian a intentar mejorar. En cambio, maduran para la rebelión. Forman una cultura antisocial con su propia economía sumergida, valores y estructura social. Los capos de la mafia y los líderes de las bandas ocupan los primeros puestos, con los soplones y los pederastas en los últimos. Se forman facciones disruptivas que conspiran juntas o luchan entre sí por el poder. En esta sociedad, donde los presos matan sin remordimientos en un esfuerzo por aumentar su parte de la riqueza de la prisión y proteger su territorio, mis esfuerzos por evitar la «prisionización» me hacen vulnerable. No puedo escapar de ellos, pero, al pasar desapercibido, puedo evadirlos. Soy el capitán de mi propio submarino metafórico, deslizándome sigilosamente bajo las olas y las corrientes. Mi periscopio está levantado, pero mi estrategia es permanecer invisible, en lo profundo de la agitación. Está funcionando.

Al despertarme a las 5:00 a. m., cuando los demás hombres de mi celda aún duermen, puedo usar el baño y lavarme en privado. Utilizo una pequeña luz de lectura para leer hasta las 6:00, cuando un guardia recorre el pasillo abriendo las puertas. Soy el primero en salir de la celda y uno de los pocos que evita el comedor para aprovechar el ejercicio matutino. A las 7:30 estoy en el trabajo, lo que supone un respiro de las tensiones del bloque de celdas y el patio.

Mi supervisora, la Sra. Stephens, fomenta mis actividades académicas. Me autoriza a estudiar y a escribir mis trabajos una vez que termino mi trabajo diario. Cuando salgo de la oficina, me presento en el hospital de la prisión como voluntario. Los presos que se consideran en riesgo de autolesionarse están bajo vigilancia las 24 horas del día, y yo soy uno de los que los vigilan. Este horario me permite evitar a los demás presos y estudiar. Cuando regreso al bloque de celdas a medianoche, la prisión está en silencio. Me ducho, subo a mi litera sobre

Check y duermo profundamente durante cinco horas. Es una rutina que quiero mantener durante los incomprensibles 24 años que aún me quedan por cumplir.

Los momentos de soledad que me he labrado me dan paz y me han hecho extremadamente productivo. Tengo una agenda muy apretada y siempre estoy compitiendo por superar mis expectativas. He completado mi primer trimestre en la Universidad de Ohio y me he matriculado en otra carga completa de cursos para el segundo trimestre.

Además de tomar clases por correspondencia a través de la Universidad de Ohio, la Universidad Mercer ha comenzado a ofrecer cursos dentro de la USP Atlanta, y ahora estoy inscrito como estudiante de tiempo completo en su programa. Uno de los profesores de Mercer, Colin Harris, se toma el tiempo para ser mi mentor. Estoy muy ocupado, trabajando duro para demostrar que soy digno de la confianza que han depositado en mí. Según el calendario que he establecido, debería obtener mi título universitario en 1992, y tengo la intención de hacerlo con honores.

****

«¿Adivina con quién me he encontrado en Safeway?», pregunta Julie, mi hermana, con un tono cuidadosamente mesurado.

«¿A quién?».

«Judy Murphy». Se refiere a la madre de una de mis amigas del instituto.

«Ah, ¿cómo está Sean?».

Julie duda y luego me dice que Sean murió de leucemia.

Es una noticia difícil de asimilar para mí, ya que Sean me caía bien y lo admiraba. Le pregunto a mi hermana cuándo murió.

«Hace solo unos meses. Le sobrevino de repente. Estaba estudiando ingeniería en la Universidad de Washington. Murió durante la operación».

Cuando Julie cuelga, vuelvo a mi celda y pienso en Sean. Era amigo mío desde la secundaria. Con la noticia de su muerte, me siento y pienso más en lo que estoy haciendo aquí. Me siento frente a la pared de mi celda, incapaz de amortiguar los gritos, las risas y los golpes de los dominós sobre las mesas de acero del bloque de celdas. Las malas noticias desde fuera de los muros de la prisión siguen llegando, y seguirán llegando, y debo aprender a aceptarlas solo.

Sean y yo no habíamos hablado desde que nos graduamos en el instituto. Él vivía de forma responsable, era un estudiante y deportista, disciplinado y respetuoso con los demás, mientras que yo vivía de forma imprudente. Recuerdo nuestra amistad cuando éramos niños y compañeros de equipo en el fútbol y el béisbol. Me cuesta creer que ahora estoy en la cárcel y que su vida ha terminado. Muchas más vidas terminarán mientras cumplo esta condena, tal vez incluso la mía.

Apoyo un bloc de notas en mi rodilla para poder escribir a sus padres y expresarles mi pésame. Luego prometo que los recuerdos de Sean me inspirarán a aprovechar mejor mi vida, a dedicar cada día a convertirme en una persona mejor. No sé cómo responderán los padres de Sean a mi carta, pero me siento obligado a escribirla. Por alguna razón, la noticia de su muerte me hace sentir aún más culpable. Me trae recuerdos nostálgicos del instituto, de aquellos días anteriores a cuando se me ocurrió vender cocaína. Me arrepiento de las decisiones que tomé y siento una enorme decepción por lo que he hecho con mi vida.

****

Quiero salir de estas paredes y mi oportunidad llega cuando Julie recibe la subvención para imprimir 2000 copias de Drugs and Money. Viaja desde Seattle para visitarme y poder planear nuestra estrategia para distribuir los libros.

«Has crecido mucho», exclama Julie mientras nos abrazamos por primera vez desde mi detención, hace casi tres años.

«Te dije que he estado haciendo ejercicio todas las mañanas desde que llegué aquí. Mira esto». Flexiono los brazos, presumiendo.

Ella admira mi forma física, pero luego mira a su alrededor, desorientada por la experiencia de la prisión. «¿Qué hizo ese tipo para acabar aquí?».

«Vamos, no perdamos el tiempo hablando de otros. Probablemente vendía drogas, como todos los demás. Te dije que aquí soy un solitario, me mantengo al margen».

«No puedo creer que no tengas amigos. ¿Cómo puedes pasar todo el tiempo solo?».

«Estoy bien. Hablo con algunos chicos de clase, pero mi vida es diferente. Estoy tan ocupado con los estudios que no tengo tiempo para ver la televisión, ir al cine ni ninguna de las locuras que se hacen por aquí». Le cuento a mi hermana lo ajetreado que es elaborar alcohol con fruta, azúcar y levadura, y cómo algunos presos superan la monotonía del encierro sumergiéndose en un estupor alcohólico. «Otros se dedican a las bandas, el juego y las drogas. Me siento más seguro y productivo manteniéndome al margen».

«¿Cómo consiguen drogas los presos aquí dentro?». A pesar de mis esfuerzos por hablar del libro, mi hermana insiste en preguntarme sobre la vida en la cárcel.

«Supongo que a través de las visitas, y algunos guardias corruptos los introducen de contrabando. Yo me mantengo al margen de todo. Esa es una de las razones por las que tengo una agenda tan apretada, para evitar problemas».

Mientras estoy sentado frente a mi hermana, no siento ninguna vergüenza. No es lo mismo cuando mi madre o mi padre me visitan. Con ellos me siento vacío por dentro y avergonzado de que me vean en un lugar como este. Tanto mi madre como mi padre quieren cogerme de la mano, acariciarme la cabeza o tranquilizarme con palabras diciéndome que todo va a salir bien. Pero tienen miedo por mí. Sus gestos nerviosos me hacen sentir culpable por haberles hecho pasar por tanta miseria. Les he pedido que se vayan antes de tiempo, fingiendo

estar agotada. En realidad, la tristeza me abruma y lo único que quiero es desaparecer.

Con Julie, en cambio, sonrío y me río, feliz de escucharla hablar de nuestra hermana menor, Christina, de nuestros padres, de nuestra sobrina y de su propio compromiso con Tim. La vida continúa a pesar de mi terrible experiencia. Miro el reloj, consciente de que los minutos pasan muy rápido, y deseo que la visita no termine. Con cientos de familiares de otros presos de visita, hay mucho ruido en la sala. Comemos sándwiches de las máquinas expendedoras y bebemos refrescos. La vida parece casi normal. Aunque ella rompe a llorar de vez en cuando, cuando estoy con mi hermana no me siento en prisión. Es tan dulce, me dice que cambiaría su lugar por el mío si pudiera.

Hablamos de las muchas formas en que vamos a aprovechartodas nuestras relaciones en Seattle para atraer la atención de los medios de comunicación hacia el libro. Las drogas se están convirtiendo en un problema cada vez más grave en la sociedad con los programas de tolerancia cero del presidente Bush, y creo firmemente que el libro que he escrito podría contribuir a la solución. A través de una historia que describe lo que nos sucedió a mis amigos y a mí, el libro transmite un mensaje sobre las trágicas consecuencias del tráfico de drogas.

Aunque yo tengo muchas restricciones para promocionar el libro, Julie puede hablar libremente en mi nombre. Ella regresa a Seattle y comienza a ponerse en contacto con cárceles, escuelas y otras instituciones donde el mensaje de Drugs and Money puede aportar algo valioso. Con libros para donar, Julie se pone en contacto con programas de radio locales para promocionar el libro y conseguir invitaciones para que yo participe en entrevistas telefónicas.

Consciente de la reprimenda que me dio el Sr. Chandler por matricularme en la universidad sin pedirle permiso primero, pido consejo a mi supervisora, la Sra. Stephens. Quiero saber qué miembro del personal puede autorizarme a interactuar con los medios de comunicación. Ella me remite a la Sra. Sheffer, la asistente ejecutiva del alcaide, y la Sra. Sheffer me dice que si los representantes de los medios de comu-

nicación quieren hablar conmigo por teléfono, entonces estoy en mi derecho de conversar.

****

«Te voy a encerrar», me reprende un teniente después de llamarme a su oficina.

«¿Por qué? ¿Qué he hecho?».

«Escucha esto». El teniente reproduce una grabación de parte de una entrevista que concedí por teléfono a una emisora de radio de Seattle. «No puedes conceder entrevistas en la radio desde mi institución. ¿Dónde te crees que estás? ¡Esto es una prisión federal! Se supone que estás cumpliendo condena, no escribiendo libros y hablando con los medios de comunicación».

«Pero solo hablaba de las razones por las que la gente no debería involucrarse en la venta de drogas. Estoy tratando de enviar un mensaje positivo».

«Pues yo te voy a enviar al agujero para que pienses en tu mensaje positivo. La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de decir lo que dices por mi sistema telefónico y con quién hablas».

«Pero le pedí permiso a la Sra. Sheffer antes de hacer la llamada. Ella dijo que podía hablar con los medios de comunicación por teléfono».

El teniente me mira con escepticismo. «¿Qué? ¿La Sra. Sheffer dijo eso? ¿Cuándo?».

«Hace tres semanas. Mi supervisor me dijo que ella era la persona con la que tenía que hablar para pedir permiso, y ella dijo que no había problema».

«Vuelve a tu trabajo», ordena el teniente. «Voy a llegar al fondo de esto. Si me estás mintiendo, lo vas a lamentar».

Vuelvo a la oficina, intimidado por mi encuentro con el teniente. Como tenía permiso, no creo que esté en problemas, pero la amenaza del teniente sobre el agujero me perturba. Desde una celda de aislamiento no podré asistir a mis clases en la Universidad Mercer, y si no puedo completar mis estudios, mi plan de graduarme en 1992 se viene abajo. Me frustra que las decisiones de otros tengan tanta influencia en mi vida.

La Sra. Sheffer me está esperando cuando vuelvo a mi escritorio. Con su melena rubia hasta los hombros y su ropa ajustada de diseño, parece más una chica guapa que una funcionaria de prisiones. A pesar de su atractivo y de la fragancia de su perfume, habla con dureza, al menos conmigo.

«A partir de ahora, si vas a hablar con los medios de comunicación, lo coordinarás a través de mi oficina». La Sra. Sheffer me regaña mientras me señala con el dedo, arruinando las fantasías que tenía sobre ella, del tipo que mantienen vivo a un joven. Mi confusión se convierte rápidamente en vergüenza.

«Lo siento. Creía que había dicho que podía hablar por teléfono».

«Solo lo dije porque no creía que un miembro de los medios de comunicación aceptara tus llamadas telefónicas. Fue un error por mi parte, por eso no estás en el agujero. Pero dejemos las cosas claras: a partir de ahora, todas las comunicaciones con los medios de comunicación deben coordinarse a través de mi oficina».

Cuando la Sra. Sheffer se marcha, me quedo solo en la oficina con mi supervisor. «Realmente estás creando problemas por aquí».

«No es mi intención. Solo intento conseguir apoyo fuera».

La Sra. Stephens niega con la cabeza, dubitativa. «Cuando empezaste aquí, dijiste que querías mantener un perfil bajo, evitar problemas. Escribir libros y hablar en la radio te pone en primera línea, no es precisamente mantener un perfil bajo».

«Me refería a que quería mantener un perfil bajo en la prisión. Aún así, tengo que intentar conseguir apoyo fuera. No puedo rendirme, ya sabes, tengo que intentar hacer algo más con mi vida que esto».

«Solo espero que sepas lo que estás haciendo. La mayoría de los reclusos quieren evitar llamar la atención, pero tú estás atrayendo todos los focos hacia ti. Si haces algo mal, toda esta atención te va a salir por la culata».

La Sra. Stephens deja claro que cree que lo mejor es centrarse en los estudios y olvidarse de los contactos con los medios de comunicación. «Recuerda», me advierte con frialdad, «no puedo protegerte si el teniente decide encerrarte para investigarte».

La Sra. Stephens tiene buenas intenciones. Sé que se preocupa por mí, pero forma parte del sistema y sabe que un teniente puede encerrar fácilmente a un preso en una celda disciplinaria durante meses. Si eso me ocurriera, no tendría acceso a la escuela, a las llamadas telefónicas ni al ejercicio. Ella no quiere que me encierren en una caja.

Lo que la Sra. Stephens no entiende es que ya estoy encerrado en una caja.

****

Cuando un guardia me pasa un sobre a través de los barrotes de mi celda, me sorprende ver la letra de una mujer. La carta es de Susan, una chica que conozco del instituto. Ella salía con mi buen amigo Rich, y en su carta me expresa su apoyo y me dice que me ha escuchado hablar en una entrevista en la radio local.

Leo la carta de Susan cien veces. La carta no es sugerente ni tiene ninguna insinuación romántica, pero es la única carta que he recibido de una mujer desde que Lisa me dejó hace seis meses. Me gusta sostener el papel que salió de las manos de Susan, deseando que esta conexión dure. Me hace preguntarme cuántos años pasarán antes de que vuelva a besar a una mujer.

Le escribo a Susan una larga carta en la que le cuento todo sobre mis estudios, mi rutina en la cárcel y los retos a los que me enfrento para promocionar mi libro. Aunque probablemente sea demasiado esperar un romance, le dejo claro que valoro mucho su correspondencia. Me siento solo y anhelo establecer vínculos con alguien fuera de los muros de la cárcel, especialmente con una mujer.

****

La siguiente carta que recibo no es de Susan y no es tan agradable. Es de mi abogado, Justin, quien me informa que el Tribunal de Apelaciones ha confirmado mi condena. La decisión del tribunal no me sorprende, pero esperaba que el tribunal no emitiera su fallo hasta dentro de un año, o mejor aún, hasta que obtuviera mi título en 1992. Sin embargo, mis esperanzas no importan. Es 1990 y sé lo que significa esta decisión de apelación. El reloj del plazo de 120 días de la Regla 35 ha comenzado a correr.

Redacto la moción judicial para la Regla 35 desde mi escritorio en el trabajo. A través de la solicitud para que mi juez reconsidere la sentencia que me impuso, expreso mi arrepentimiento por los delitos que cometí y acepto que cumpliré varios años de prisión como consecuencia de mis condenas. Sin embargo, le imploro al juez que reserve su juicio final sobre mí, explicándole que estoy trabajando para formarme, para contribuir a la sociedad y para construir un historial que demuestre mi compromiso de expiar mis culpas y prepararme para una vida respetuosa con la ley. Como prueba, incluyo copias de mis expedientes académicos universitarios, mis excelentes informes de progreso de los administradores de la prisión, copias de Drugs and Money, recortes de prensa y cartas de agradecimiento que mi trabajo ya ha generado. Todo el paquete cabe en un sobre grande y lo presento al tribunal sin la ayuda de un abogado.

No tengo que esperar mucho para recibir la respuesta del gobierno a mi moción. Cuando abro el sobre, se me encoge el corazón al leer el apasionado argumento del fiscal para que el juez mantenga mi sentencia. Cierra la refutación de tres páginas con un sentimiento tan

poderoso en su denuncia contra mí como individuo, como ser humano, que me deja sin aliento.

Si Michael Santos cumpliera todos los días de su vida en un esfuerzo incansableesfuerzo por compensar a la sociedad, y si viviera hasta los 300 años, nuestra comunidad seguiría teniendo una pérdida neta significativa.

Leí la respuesta del fiscal una y otra vez. Me corroe, me despierta por la noche. Él preparó el caso contra mí para el juicio. Sabe que nunca he tenido un arma y que no tengo antecedentes ni propensión a la violencia. Aquí, en la prisión, vivo rodeado de hombres peligrosos que realmente amenazan a la sociedad, pero que cumplen condenas que son una fracción de la mía. No entiendo por qué el fiscal se opone con tanta vehemencia a mi indulto, ni por qué su respuesta rezuma tanto rencor. Me estoy hundiendo de nuevo, necesito recurrir a algún tipo de fuerza interior antes de volver a caer en el abismo.

Cuando el guardia desliza el siguiente sobre, procedente del tribunal de distrito, de la sala de mi juez, a través de los barrotes de mi celda, necesito tumbarme. Llega el viernes. El juez Tanner no ha necesitado mucho tiempo para desestimar mi moción. Está de acuerdo con el fiscal y, con su fallo, la sentencia que cumplo es ahora definitiva.

CAPÍTULO CUATRO

Meses 37-57 / 1990-1992

Los contratistas terminan la remodelación del bloque B y me uno a los 600 presos que estaban recluidos conmigo en el bloque A para nuestro traslado. No hay mucha distancia entre el antiguo bloque y el nuevo, solo hay que cruzar el pasillo pulido. Subo por la escalera metálica en zigzag hasta la unidad superior, B-3, llevando todas mis pertenencias. Tengo zapatillas, camisetas, sudaderas, pantalones caqui y artículos de aseo empaquetados y atados dentro de mis mantas y sábanas, que llevo al hombro, como un vagabundo. La mudanza me anima. Es un nuevo comienzo en un entorno limpio y nuevo. Aunque sigo en la misma prisión, la remodelación sustituye el edificio centenario y en ruinas por fontanería moderna, luces que funcionan y aire acondicionado. El bloque de celdas B remodelado aporta una mejor calidad de vida, mucho mejor que la que he conocido durante varios años, y estoy aprendiendo a apreciar estas mejoras graduales.

En lugar de las jaulas antiguas, la nueva unidad de alojamiento presenta un diseño diferente. Las puertas de acero macizo encierran las habitaciones, una al lado de la otra, a lo largo de las paredes exteriores del edificio. Las zonas comunes incluyen una zona rectangular abierta del tamaño de una cancha de baloncesto que los presos llaman «los pisos», situada en el centro, y un segundo nivel, un entresuelo. Huelo paredes recién pintadas, pero teniendo en cuenta los costes y la utilidad, los constructores dejaron los suelos de hormigón sin terminar. Seis duchas individuales en el extremo más alejado de la unidad ofrecen una ilusión de privacidad. Una molesta alarma de incendios suena repetidamente, lo que sugiere que los contratistas aún no han terminado su trabajo. Aun así, ya me gusta más el bloque B, lo cual es bueno porque espero permanecer aquí varios años más.

Los consejeros de la prisión pueden tener otras funciones, pero, desde el punto de vista de los presos, su ámbito de responsabilidad se

limita principalmente a asignar tareas, aprobar listas de visitas y asignar alojamientos. No espero ningún tipo de asesoramiento sobre cómo afrontar la inevitabilidad de vivir varias décadas en prisión. Tengo que adaptarme por mi cuenta y, según la lista del consejero, veo que mi próxima adaptación tendrá lugar en la celda 616, en el nivel superior. Me han asignado compartir esa celda con un hombre de unos 30 años al que llaman Windward. El término adecuado es «habitación» en lugar de celda, ya que tiene una puerta de acero en lugar de barrotes. Pero como estamos encerrados, para mí sigue siendo una celda.

Windward es originario de Georgia y su forma de hablar tiene ese lento acento sureño, salpicado de muchos «y'all's», con el que me he familiarizado en los últimos dos años. A Windward le gusta decir que es estadounidense de nacimiento, pero sureño por la gracia de Dios. Se enorgullece de su aspecto, lleva el pelo al estilo mullet —largo por detrás, con flequillo por arriba y corto por encima de las orejas— y largas patillas inclinadas que él llama «Georgia slant». Su bigote se curva hacia abajo alrededor de la boca y tiene la costumbre de retorcer los extremos largos con los dedos cuando habla.

Windward cumplió una condena anterior por tráfico de drogas en una prisión estatal de Georgia. Con esa condena penal en su expediente, no pudo encontrar trabajo, por lo que volvió al contrabando de drogas. La Guardia Costera interceptó su barco, que transportaba 300 kilogramos de cocaína, mientras navegaba por un canal en algún lugar del Caribe conocido como el Paso de Windward. Se declaró culpable de un delito de importación y el juez le impuso una pena de 20 años. El nombre Windward se convirtió en su apodo. No me importa compartir la celda con él, ya que no es peligroso y es entretenido con sus exageradas historias sobre miles de conquistas femeninas.

Coordinar los horarios en nuestra celda para dos personas es más fácil que en la celda más grande que compartía anteriormente con cinco hombres en el bloque A. Sigo trabajando en la oficina comercial de la fábrica, asistiendo a la escuela, colaborando como voluntario en la vigilancia de suicidios siempre que puedo y haciendo ejercicio. El horario de Windward es más relajado. Es ordenanza de la unidad y

trabaja en el turno de noche, barriendo y fregando los suelos mientras todos los demás presos del bloque están encerrados en sus celdas. Excepto durante los periodos de confinamiento, Windward y yo no nos molestamos mutuamente en el reducido espacio de nuestra celda, del tamaño de un armario. Tengo tiempo para pensar a solas, que es como me gusta. Pero no todo el mundo piensa lo mismo.

Cada vez que estalla la violencia en la penitenciaría, el alcaide ordena un cierre y la claustrofobia vuelve loco a Windward. A veces los cierres duran un día, a veces semanas. Aunque echo de menos el patio, alivio el estrés haciendo flexiones o corriendo en el sitio cuando no estoy trabajando en mis estudios independientes. No tenemos suficiente espacio para que los dos estemos en el suelo al mismo tiempo, así que mientras yo leo en mi litera, Windward da cuatro pasos hacia la puerta, mira por la ventana, se da la vuelta, da cuatro pasos hacia la litera, se da la vuelta y repite este patrón una y otra vez.

«¿No puedes relajarte?», le pregunto.

«Odio estar encerrado aquí», espeta Windward mientras sigue caminando.

«¿Sabes lo que necesitas? Un objetivo. Un poco de autodisciplina, algo por lo que luchar, para ocupar tu tiempo».

«Lo que necesito es una mujer, una botella de Jack Daniels y un poco de buena hierba».

«Eso es lo que quieres», le señalo, «no lo que necesitas. Hay una diferencia».

«Por supuesto, y sé lo que quiero», me dice. «Quiero una mujer, buen alcohol y una onza de buena hierba».

«Es mejor centrarse en algo por lo que luchar, algo que no te puedan quitar ni detener». Ya no soy un novato en cumplir condenas, pero aún no he aprendido a contenerme y no dar consejos no solicitados.

«No vuelvas con esa mierda de psicología barata», Windward me hace un gesto con la mano, rechazando mi sugerencia como si fuera

una mosca molesta. «Te lo dije una vez y te lo voy a decir otra vez. Toda esa educación no te va a servir de nada. Una vez convicto, Michael, convicto para siempre».

«Eso es rendirse».

«Es la realidad, hijo. Aquí lo único que importa es el tiempo. Podéis leer todos los libros que queráis, pero al final nada importará. Yo ya he pasado por eso. No me estás diciendo nada que no sepa».

Windward solo ve dos posibilidades para su futuro. O bien seduce y se casa con una mujer rica, o bien vuelve a ganarse la vida con las drogas tras su puesta en libertad. Piensa que me engaño a mí mismo con mis aspiraciones de integrarme en la sociedad. Está convencido de que los antecedentes penales acaban con cualquier posibilidad de llevar una vida legítima. Es como un eco, este mensaje recurrente de desesperanza, que resuena en toda la penitenciaría. Me niego a creerlo, me niego a aceptar que no puedo crear nuevas oportunidades y nuevos rumbos para mi vida. Cada día renuevo mi compromiso de trabajar por algo mejor. Estoy plantando semillas, sabiendo que tardarán muchos años en echar raíces y florecer. Sin embargo, cuando lo hagan, me proporcionarán una vida mejor que la que he conocido y mejor que la que otros me dicen que puedo esperar.

Prefiero no tener contrabando en la celda, pero no vivo aquí solo. Lo mejor que puedo hacer es conseguir que Windward me prometa que si los guardias encuentran su alijo durante un registro, él asumirá la responsabilidad. Aun así, no me engaño sobre el valor de tales promesas y me preocupa. Me asegura que nunca guardará vino casero en la celda, ni drogas, pero sé que esconde una navaja de plástico dentro de un agujero que ha hecho en su colchón y que, según él, es necesaria para protegerse. Tengo una percepción diferente sobre cómo protegerme: me mantengo al margen de los demás y me ocupo de mis propios asuntos. Puedo controlar mis decisiones, pero no puedo decirle a nadie cómo vivir y no voy a ir lloriqueando al consejero para pedirle que me cambie de celda porque no me gusta lo que Windward guarda en la suya. Tengo que aceptar la realidad de vivir en una prisión de alta seguridad.

Sin embargo, «aceptarlo» es estresante debido a los compromisos personales que he adquirido. Visualizo constantemente cómo volveré al mundo exterior, y no estoy convencido de que la sociedad en su conjunto esté de acuerdo con la declaración de mi fiscal de que 300 años de buenas acciones no bastarían para expiar mis dos años de tráfico de cocaína. La redención puede ser tan esquiva como la Fuente de la Juventud, pero estoy decidido a minimizar mi exposición a los problemas que pueden bloquear mis esfuerzos por encontrarla.

Estoy familiarizado con el indulto ejecutivo, un poder que la Constitución confiere a la presidencia. Con un simple trazo de pluma, un presidente puede conmutar una pena de prisión federal. Es algo poco habitual, ya que los presidentes construyen su legado firmando tratados internacionales o persiguiendo la paz mundial, no liberando a presos. Aun así, esforzarme por construir un historial que demuestre que soy digno de consideración para el indulto me da un propósito, algo por lo que luchar.

«¿Qué vas a hacer, andar con pies de plomo durante toda tu condena?», se burla Windward, riéndose de mis aspiraciones. «¿No lo entiendes? A nadie le importa lo que hagas o lo que pase aquí».

«Quizás no. Pero ¿qué tengo que perder por intentarlo? Aunque el presidente no conmute mi condena, si consigo credenciales reales, ¿no crees que tendré más posibilidades de éxito cuando salga?».

«No es forma de cumplir la condena. Ya lo verás».

Windward tiene razón. Por eso nunca pienso que estoy cumpliendo condena. Estoy en un agujero, un pozo profundo y oscuro, y hago lo que puedo para construir una escalera que me permita salir. No sé cuánto tiempo me llevará, pero sé que cada peldaño que suba marcará la diferencia en mi futuro.

Por eso presto mucha atención a Mark cuando estoy en las clases de la Universidad Mercer. Tiene unos treinta y cinco años y un físico atlético, ideal para el tenis, el deporte que ha elegido practicar; nunca lo veo haciendo ejercicio en la sala de pesas donde yo entreno cada

mañana. No tiene tatuajes y es uno de los pocos presos aquí que se afeita a diario.

Mark puede sentarse en los pequeños pupitres de las mismas aulas que los demás presos y yo, pero su vocabulario, su elocuencia y sus conocimientos lo distinguen del resto. No importa qué asignatura estemos estudiando, ya sea literatura, historia o economía, Mark expresa sus ideas con confianza. Es obvio que nuestros estudios en Mercer no son su primera experiencia universitaria.

«¿De qué manera utiliza Jane Austen la ironía en Orgullo y prejuicio?», pregunta el profesor Higgins a la clase, pero solo Mark tiene la respuesta. Yo ni siquiera sé lo que significa «ironía».

«¿Quién puede ayudarnos a entender la conexión entre el Tratado de Versalles y la Segunda Guerra Mundial?», pregunta el Dr. Davis, nuestro profesor de historia, buscando un debate en clase. Mark es el único estudiante capaz de discutir la influencia del tratado en la moral del pueblo alemán y el posterior ascenso al poder de Adolf Hitler.

«¿En qué se diferencia el sistema económico del marxismo del capitalismo?». Mientras los demás presos y yo nos movemos en nuestros asientos y miramos fijamente al Dr. Watkins, nuestro profesor de economía, Mark levanta la mano. Ofrece un elaborado contraste entre las teorías de Adam Smith y Karl Marx, haciendo hincapié en las influencias esenciales que la propiedad privada, la competencia y los mercados libres han tenido en el avance de la civilización occidental, en particular la de los Estados Unidos.

Quiero expresarme como Mark, de forma inteligente y con un estilo que demuestre que soy un hombre que entiende el mundo y cómo funciona. Sabiendo que puedo aprender de él, un día me presento después de clase.

«Debes de haber ido a la universidad antes», le comento.

«No, solo en la cárcel. He estado tomando clases aquí y allá durante los últimos siete años», responde Mark.

«¿Siete años? ¿Y no te has graduado?».

«Casi nunca termino. No ha pasado un año sin que me hayan metido en el agujero por una cosa u otra. A veces simplemente abandono las clases, aburrido de todo».

«¿No quieres obtener un título?». Me desconcierta ver a un tipo tan inteligente con tan poca ambición.

«No es que no quiera uno. Es solo que me veo envuelto en el día a día. No puedo hacer mucho al respecto cuando me pillan por una muestra de orina sucia o me descubren con una taza de pruno».

«¿Por qué no dejas de consumir drogas?».

«Suenas como mi vieja», se ríe.

«Sí, no lo entiendo», le digo. «Me parece que alguien tan inteligente como tú debería comprender la importancia de tener un título universitario».

«Si lo consigo, bien. Si no, tampoco cambia mucho».

«¿Cómo es que en clase pareces un abogado, pero aquí fuera parece que no te importa nada?».

«Cuando estés en Roma, haz como los romanos», se ríe. «La verdad es que no me importa. Pero en clase me canso de que todos esos profesores vengan aquí pensando que no valemos nada».

«No es así como nos ven. Probablemente, la mayoría de nosotros no somos tan avanzados como los estudiantes a los que enseñan en el campus».

«Me gusta hacerles saber que hablo su idioma».

«Me he dado cuenta. Espero llegar a saber algún día tanto como tú».

«Nada de esto es nuevo. Me lo inculcaron noche tras noche en la mesa durante mi infancia. Me desanimé con la educación cuando mis

padres me machacaban con ello, diciéndome lo crucial que era la escuela para mi futuro. A la mierda. Empecé a colocarme, a rockear con Led Zeppelin, Hendrix y los Stones».

«Ojalá supiera tanto como para poder activar y desactivar mi nivel educativo a voluntad. Me cuesta mucho mantenerme al día en clase». Le explico a Mark que considero que la educación es esencial para mi futuro y le describo cómo he organizado mi tiempo dentro de la cárcel para evitar los obstáculos que bloquean a tantos otros.

«¿No te cansas de eso?», me pregunta.

«¿Qué?».

«Toda esa mierda de ser un santurrón, la rigidez, esa estructura. Quiero decir, tío, ya tenemos a suficiente gente diciéndonos cómo vivir aquí dentro. No entiendo por qué quieres imponer ese tipo de exigencias a tu tiempo. Seamos realistas. Tienes tiempo de sobra. No te haría ningún daño relajarte un poco».

«Sí, pero yo no lo veo así. Ahora tengo la oportunidad de obtener un título. ¿Quién sabe si mañana la tendré? Tengo que aprovechar el momento y crear algo a partir de él».

«No es para tanto. Supongamos que terminas todas tus clases y obtienes tu título. ¿Y después qué? Todavía te quedan más de 20 años por delante».

«Paso a paso. Con un título, sé que podré abrir nuevas oportunidades. Quizás pueda ir a la facultad de derecho. Encontraré algo y sé que el título me ayudará, especialmente si puedo aprender a expresarme tan bien como tú. ¿Cómo has construido un vocabulario tan extenso?».

Mark se ríe. «¿Te refieres a mi "lenguaje de adulto"? Lo único que necesitas saber aquí es "hijo de puta". Aprende a usar esa palabra como adjetivo, sustantivo y verbo. Pon tantos hijos de puta como puedas en cada frase, ponlos en medio de las palabras y encajarás perfectamente. Como dije, joder, cuando estés en Roma, que le den a todos los demás. Haz como los jodidos romanos». Se ríe.

«No estoy tratando de encajar aquí. Esta no es mi vida y nunca lo será. Lo digo en serio. ¿Cómo desarrollaste un vocabulario tan impresionante?».

«No lo sé. ¿Cómo aprendiste la palabra ventana?».

«De verdad, lo digo en serio».

«Yo también lo digo en serio. Aprendí el idioma que se hablaba en mi casa. Cuando escribo a mi familia o a otras personas, me comunico de una manera. Cuando estoy aquí, utilizo el lenguaje de la pluma».

De mi bolsillo saco una pila de fichas que llevo conmigo. En una cara he escrito una palabra que encontré en un libro y en la otra, la definición, la categoría gramatical y un ejemplo de la palabra en una frase. «Así es como me entreno para aprender palabras nuevas», le digo. «Es una estrategia que aprendí después de leer La autobiografía de Malcolm X. Siempre que estoy esperando en una cola o tengo un rato libre, repaso las fichas. Ponme a prueba». Le lanzo el montón a Mark.

«Estás de broma. Tío, ¡estás obsesionado, eres muy intenso!». Empieza a barajar las tarjetas, mirando las palabras. «¿Inmutable?».

«Inmutable». Lo deletreo. «Que no se puede mover ni cambiar».

«Vale, eso está bastante cerca. ¿Y truculento?».

«Malvado, de mala actitud, una persona truculenta es aquella que siempre quiere pelear o luchar».

«Hay mucho de eso aquí. Ni siquiera conozco esta. Tenebroso».

«Oscuro y lúgubre».

«¿Ves? Tu vocabulario es bueno, tan bueno como el mío». Me devuelve la pila. «Sigue leyendo».

«No es lo mismo. Estoy aprendiendo las palabras y soy capaz de usarlas al escribir cuando me concentro, pero no me salen con facilidad ni me salen de forma natural cuando intento expresarme. Eso es lo que quiero aprender».

«Bueno, tienes que salir, comunicarte con más gente. Solo trabajar y no divertirse te convierte en un tipo aburrido. No puedes vivir aquí como un ermitaño. Hay una palabra para eso, ermita».

«Ya sé hablar el idioma de este lugar. Estoy intentando trascender este lugar, marcharme de aquí sin que todos los que conozco sepan que he pasado toda mi vida en prisión».

Mark me mira durante un segundo y luego me hace una sugerencia. «Tengo un amigo al que deberías escribirle. Es profesor. Mi hermana siempre está intentando enderezar mi vida y me lo presentó».

«¡No me digas! ¿Tienes un amigo que es profesor?». No puedo creer la suerte que Mark me ofrece con tanta naturalidad. Llevo tres años viviendo en prisión, pero los libros y el aprendizaje me han transportado fuera de aquí, al menos en mi mente. Un campus universitario es como un escenario mítico para mí. Aunque he estado estudiando, acumulando créditos y construyendo mi expediente académico, no puedo imaginar una conexión más personal con la universidad que comunicarme con un profesor de verdad.

«Es de Chicago, pero ahora está en Chapel Hill, en la Universidad de Carolina del Norte. Nos escribimos todas las semanas».

«¿Tu hermana es profesora?».

«No es profesora, pero está afiliada a la universidad. Bruce, mi amigo, dirige el programa en el que ella participa, una especie de centro de renovación para educadores. ¿Quieres escribirle?».

«¡Por supuesto! Es la mejor noticia que he recibido desde que llegué. Le escribiré esta noche».

«Bien. Dame la carta mañana y la enviaré con una presentación».

A la mañana siguiente le entrego a Mark la extensa carta que quiero que le haga llegar al Dr. R. Bruce McPherson. En ella describo quién soy, qué hago en la cárcel y lo mucho que me esfuerzo por formarme. Intento expresar lo agradecido que estaría por poder aprender de él a través de la correspondencia.

****

Una semana después, estoy sentado en la litera inferior cuando un guardia desliza un sobre por debajo de mi puerta. Me inclino para recogerlo y leo «Universidad de Carolina del Norte» en la dirección del remitente. Durante un momento, lo sostengo en la mano, recorriendo con los dedos las letras en relieve y el logotipo de la universidad. La corona simboliza el mundo académico, y una oleada de emoción recorre mi cuerpo. Soy un hombre de 26 años, pero abro el sobre con la misma expectación que un niño que espera el dinero de su cumpleaños de sus abuelos.

La carta del Dr. McPherson expresa su entusiasmo por ser mi mentor durante mi estancia y me pide que le envíe por correo el formulario de autorización de visita. También escribe que pronto recibiré un libro que me ha enviado por separado, desde la librería de la universidad. Queriendo compartir mi buena suerte, le paso la carta a Windward para que la lea.

«¿Y qué tiene de especial?».

«¿Qué quieres decir?», me desconcierta la indiferencia de Windward. «Es un profesor y quiere ayudarme».

«¡Vaya cosa! ¿Qué puede hacer? Probablemente sea maricón».

«¿Cómo puedes decir eso? Es un educador, tiene su propia vida y se ofrece a ayudarme. ¿Por qué lo insultas?».

«No llores, pequeño», se burla cuando nota mi ofensa por su respuesta despectiva. «Solo digo, ¿qué coño puede hacer él por ti? Tienes que pensar en lo que la gente quiere, tío. ¿Por qué querría escribir a alguien que no conoce? No tiene sentido».

Windward encaja perfectamente en la cultura penitenciaria. No solo acepta la derrota para sí mismo, sino que espera que los que le rodean hagan lo mismo. Nada bueno sale de la experiencia carcelaria. Por lo tanto, cualquier indicio de que alguien pueda superar el pesimismo y la desesperación amenaza su creencia en el fracaso como algo

inevitable. El fracaso le resulta cómodo, es un concepto real. Trabajar para conseguir algo diferente o mejor altera su equilibrio.

«Devuélveme mi carta». Estoy aprendiendo que, en este entorno tenebroso, mi entusiasmo debe ser interno. Compartir las victorias, por pequeñas que sean, solo genera más sarcasmo.

Con la noticia del interés de Bruce por mi vida, asciendo instantáneamente diez peldaños en mi escalera virtual hacia la libertad. Como mínimo, su amistad me ayudará a salir de las cavernas de la ignorancia en las que habito.

****

Cuando mi consejero, el Sr. Skinner, recibe el formulario de visita completado por Bruce, llama a mi supervisora de oficina, la Sra. Stephens, y me cita para que me presente en su oficina.

«¿Conoce a Bruce McPherson?». El consejero está sentado en su escritorio metálico, en su pequeña oficina, leyendo el formulario de visita que tiene en la mano. Con el pelo gris y grasiento y una camisa blanca manchada, su aspecto, al igual que su oficina, es un desastre desorganizado. La oficina apesta a tabaco rancio y a su olor corporal.

«Sí. Es profesor y me está ayudando con mis tareas escolares».

«¿Así que le enviaste este formulario de visita?». Da un golpecito al formulario con los dedos.

«Así es».

«Pues no va a entrar. No autorizo su visita».

La deshumanización continúa. Los presos tienen que pedir permiso para todo, y estoy acostumbrado a la aparente satisfacción malévola que algunos miembros del personal obtienen al denegar las solicitudes. Aun así, esta denegación es más una bofetada a mi dignidad que la mayoría, porque estoy convencido de que puedo crecer gracias a la tutoría de Bruce.

«¿Me puede decir el motivo?» No entiendo por qué el consejero no autoriza la solicitud de visita de Bruce.

«No lo conocías antes de empezar a cumplir tu condena. Esa es la única razón que necesito para denegársela».

«Pero es profesor y se ofrece a ayudarme, a enseñarme».

«No me importa si es el Papa. ¡Aquí tenemos normas! No sabemos por qué viene a verte, qué relación tienes con él. ¡La seguridad de la institución, hijo! Para poder recibir visitas, las normas establecen que la relación debe existir desde antes de tu encarcelamiento».

«Consejero Skinner, soy de Seattle. Nadie me visita. Bruce McPherson es alguien que puede guiarme durante mi condena. ¿No puede hacer una excepción?».

«Vuelva al trabajo. Déme su pase para firmarlo». No está dispuesto a escuchar más.

Abatido, vuelvo a la oficina administrativa. Me hundo en mi silla y me llevo las manos a la cabeza. Nuestro país entra en guerra por supuestas violaciones de los derechos humanos, pero a mí me parece que esas violaciones se producen dentro del sistema penitenciario federal todos los días del año.

«¿Qué te pasa?», pregunta la Sra. Stephens mientras ordena una pila de papeles en su escritorio al percibir mi desesperación. «Parece que te acaban de condenar a 45 años».

Intenta aliviar el ambiente con su amabilidad, pero en este momento solo quiero lamentarme por todas las indignidades de ser un preso, de tener que pedir permiso para tener amigos y que luego me lo denieguen.

«Por favor. Hoy no».

«¿Qué ha pasado?», me pregunta de nuevo, prestándome toda su atención. Sé que en momentos como este se debate entre el incómodo equilibrio de ser miembro del personal, parte de la maquinaria peni-

tenciaria, y su tendencia natural a empatizar con otros seres humanos. Nos sentamos en la misma oficina todos los días. Nos relacionamos comodos personas «normales», no como un preso y una empleada separados por una ética ridícula que divide nuestra humanidad.

La Sra. Stephens sabe lo de Bruce y ha apoyado totalmente mis esfuerzos por avanzar en mi educación. Las normas de la fábrica prohíben a los presos trabajar en tareas escolares, leer o incluso escribir cartas personales durante la jornada laboral, a pesar de que un trabajador eficiente con buenas habilidades organizativas puede completar las responsabilidades diarias en dos horas. Ella ha intervenido en numerosas ocasiones para protegerme de sus colegas, que se resienten de que estudie en el trabajo y utilice la oficina como mi refugio. Asiente con la cabeza cuando le cuento que el consejero Skinner le ha negado a Bruce los privilegios de visita.

«Necesito que salgas un momento para que pueda hacer una llamada».

Salgo y me pongo a dar vueltas por la oficina exterior. Una docena de presos están sentados en sus escritorios, bebiendo de tazas de café manchadas y pasando el rato discutiendo la noticia que domina los titulares. Lo vi durante el fin de semana. Un líder enloquecido de Irak, Sadam Husein, ordenó a su ejército invadir un país vecino, Kuwait. Los oyentes de la radio no se cansan de hablar de la noticia, aunque todo el episodio me parece extraño.

Crecí en una época en la que Estados Unidos estaba en paz. La idea de que un país invada a otro me parece algo propio de la Edad Media. Sin embargo, los programas de entrevistas están llenos de conversaciones sobre la amenaza que supone la agresión de Hussein para nuestra seguridad nacional. Algunos comentaristas sugieren que nuestro país podría entrar en guerra.

A mí no me parece muy lógico, pero muchos de los presos se han animado con esta acción militar. Especulan con que, si Estados Unidos entra en guerra, podrían surgir oportunidades para que los presos en libertad condicional se alisten en el ejército. Este escenario parece plau-

sible. He leído que durante guerras anteriores, como la de Vietnam, los jueces solían ofrecer a los delincuentes la opción de alistarse en el ejército o enfrentarse a la cárcel. No tengo muchas esperanzas de que haya cambios para mí, aunque este repentino cambio en los acontecimientos mundiales me hace pensar en qué más podría ocurrir en el mundo durante los 23 años que me quedan por cumplir.

Poco antes de ingresar, el presidente Reagan le dijo a Gorbachov que «derribara el Muro de Berlín». En aquel entonces no sabía mucho de política internacional, pero una Alemania unificada me parecía absurda, ya que había crecido aprendiendo sobre dos Alemanias completamente separadas, una oriental y otra occidental. Entonces, justo el año pasado, el Muro de Berlín cayó y, así, Alemania se unificó. Poco después, la Unión Soviética se desmoronó, poniendo fin a la Guerra Fría. Cuando ocurrió, recuerdo que pensé que tal vez la ridícula guerra contra las drogas de Estados Unidos también terminaría.

Sin embargo, según los rumores que circulan por la oficina, nos estamos acercando peligrosamente a una guerra muy caliente en Oriente Medio. No lo entiendo, pero debo admitir que no me interesa tanto lo que está pasando en Oriente Medio como a los demás presos. Hablan de la posibilidad de una guerra con mucha más pasión y entusiasmo del que yo puedo reunir. A diferencia de la mayoría de ellos, no siento una animadversión ardiente hacia Estados Unidos. De hecho, estoy deseando salir de la cárcel y volver a la sociedad, porque el lugar donde vivo ahora mismo me parece lo más alejado de Estados Unidos que se puede estar.

Doy la vuelta hacia mi oficina. El paseo me ha mejorado el humor. He respirado, he dejado que mi frustración se disipe y, con todas las especulaciones sobre la guerra, me he recordado a mí mismo que debo tener en cuenta el panorama general. La amistad y la orientación de Bruce no dependen de que nos visitemos, y tanto si me permiten visitarlo como si no, voy a hacerlo. Aunque siento constantemente la cultura deshumanizadora de las correccionales, mi actitud y mis acciones deliberadas para redimirme restauran mi dignidad.

Entro en la oficina y veo a la Sra. Stephens ocupada en su escritorio. No está hablando por teléfono, así que supongo que no pasa nada por entrar. Por si acaso, le pregunto.

Ella sonríe y asiente con la cabeza. «Cuando vuelvas a la unidad de alojamiento, verás una nueva lista de visitas. He hablado con el consejero Skinner y me ha dicho que pondrá la lista en tu litera. El Dr. Bruce McPherson ha sido autorizado para visitarte».

Me sonrojo mientras le agradezco su amabilidad, pero me siento incómodo. Me preocupa tener que postrarme con peticiones de intervenciones especiales para encontrar un amigo, alguien que pueda ayudarme a guiar estos esfuerzos que estoy haciendo para crecer. Es condescendiente, deshumanizante. La Sra. Stephens vio que Skinner me había afectado, y eso me molesta. Después de años en prisión, este tipo de indignidades no deberían molestarme, o al menos no debería dejar que mi enfado se notara. «Siento haberle causado molestias», le digo.

«No se preocupe. A veces me avergüenzo de la organización para la que trabajo».

Me encojo de hombros. «Es lo que hay, y a estas alturas debería ser capaz de aceptarlo. Pero a veces la presión me afecta. Por mucho que trabaje, siempre seré un preso, indistinguible de cualquier otro aquí dentro».

La Sra. Stephens apoya los codos en el escritorio con las manos entrelazadas bajo la barbilla mientras me escucha con franqueza y simpatía. «Mire. No puedo imaginar por lo que está pasando dentro, y no hay mucho que pueda hacer para ayudarle. Llevo 12 años en este trabajo y veo lo duro que trabajas. Puede que otros no lo vean, pero no me esforzaría por ayudarte si no estuviera convencida de que eres sincera. Eso es lo que le dije a tu consejero y se lo diré a cualquiera que me pregunte. No es justo que lleves aquí tanto tiempo».

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras ella me consuela. Sé que la Sra. Stephens está adoptando una postura que el sistema desalien-

ta. Como miembro del personal, no debe tener una relación personal con un recluso. El lema de la BOP para los miembros del personal es ser «firmes pero justos», lo que significa que ella debe considerar ante todo mi condición de prisionero. La equidad exige un estricto cumplimiento de la política penitenciaria. Si la política establece que los presos no pueden recibir visitas de personas que no conocían antes de su encarcelamiento, entonces la equidad exige que los consejeros apliquen la política de manera uniforme. Esa es la postura de la consejera Skinner. Es el tipo de rigidez opresiva que amenaza con asfixiar a los presos, todos los días, y yo he soportado mil días de eso. Me pregunto cómo voy a soportar nueve mil más.

A pesar de todo, quiero acercarme y abrazar a la Sra. Stephens. Su preocupación me valida, me devuelve el ánimo y la energía que el encarcelamiento aplasta tan eficazmente. Aprecio este momento y lo recordaré como una prueba más de que Dios está conmigo, fortaleciéndome siempre con lo que necesito en el camino.

****

Mi horario me mantiene en la oficina comercial todo el día, en clases aprendiendo de los profesores por la tarde y en la planta de vigilancia de suicidios hasta altas horas de la noche. Soy más productivo de lo que creía posible. Disfruto desafiándome a mí mismo estableciendo metas, escribiéndolas y enviándolas a mi familia y amigos con ánimos para que me hagan responsable. Alcanzar mis metas es una cosa, pero empoderarme para superarlas es otra muy distinta. Estoy obsesionado con mis registros personales y con mi diario, pero solo porque los encuentro muy eficaces para motivarme a alcanzar hitos que otros insisten en que están fuera del alcance de un preso.

No solo estoy acumulando créditos universitarios, sino que también estoy trabajando en una formidable lista de lecturas. Mi comprensión y disfrute de los clásicos, como La República de Platón, La Divina Comedia de Dante y Los hermanos Karamázov de Dostoievski, son claras señales de que realmente estoy aprendiendo. Resumo lo que aprendo en informes de libros que escribo y envío a Bruce para que los

evalúe y comente. Él me los devuelve, llenos de tinta roja, ampliando al mismo tiempo mi educación y mi conciencia a través de su enseñanza y su tutoría.

No crecí en un hogar como el de Mark, donde ambos padres tenían títulos superiores y enfatizaban la importancia de la educación superior, pero mis padres me enseñaron la importancia de trabajar duro. En un esfuerzo por demostrar mi compromiso de aprovechar bien mi tiempo aquí dentro, estoy haciendo un esfuerzo adicional. Cuanto más conocimiento y habilidades de escritura pueda desarrollar, mejor preparado estarépara tener éxito cuando salga, para demostrar que he vencido al encarcelamiento, porque este sistema parece estar diseñado para perpetuar el fracaso.

Mi vocabulario está mejorando. Las fichas que guardo en pilas de 50 ya suman 1000. Al dominar las palabras y sus definiciones, también ha mejorado mi ortografía, y cuando respondo en clase, me expreso con el lenguaje de la universidad en lugar del de la penitenciaría. Cuando escucho la NPR o leo The Wall Street Journal, mi confianza aumenta al comprender palabras y conceptos que antes me desconcertaban. Y siempre que tengo preguntas, tengo las habilidades para encontrar las respuestas.

Como he trazado el progreso que quiero alcanzar para 1997, al final de mi primera década, sé exactamente dónde debería estar en 1992, a mitad de camino. También sé dónde se supone que debo estar ahora, en 1991, a solo un año de obtener mi título universitario.

Estoy superando mis expectativas con un calendario que me mantiene corriendo para cumplir mis plazos. Mientras que la penitenciaría se ve sacudida por la violencia y los escándalos de corrupción, yo estoy tan absorto en mi trabajo que las noticias sobre apuñalamientos, palizas e investigaciones sobre la corrupción del personal me preocupan muy poco. Sé cómo pasar desapercibido.

He decidido que una licenciatura no será suficiente para llegar a donde quiero llegar. La negativa del juez a reconsiderar mi sentencia y la declaración del fiscal de que 300 años de prisión no serían suficientes

para mi castigo siguen siendo un feo recordatorio de una mentalidad judicial que no está dispuesta a ceder. Tengo que labrarme un historial que justifique la consideración de una conmutación de la pena, y el presidente es la única persona que tiene el poder de conmutarla. Debo trabajar más duro y lograr más cosas.

Cuando termino mi turno en la planta de vigilancia de suicidios del hospital, paso por los detectores de metales, las puertas y los pasillos que conducen de vuelta al bloque de celdas. El guardia abre la puerta y entro. Windward sigue roncando imperturbable mientras el cerrojo se cierra detrás de mí, encerrándome dentro.

Cojo mi almohada de la litera y la coloco sobre la silla de acero para usarla como cojín mientras me siento y miro fijamente el suelo de hormigón. Mientras intento pensar, me distraigo y empiezo a contar los bloques de hormigón beige que forman las paredes de mi celda. Antes de salir de mi ensimismamiento, fantaseo con atravesar estas paredes inmutables.

****

Estoy emocionado por ver a Bruce, mi mentor. Es un hombre enorme, grande en todos los sentidos, y a través de nuestra correspondencia hemos construido una amistad que se ha profundizado. Espero con ansias nuestro intercambio semanal de correo y nuestras visitas trimestrales. Ahora vive en Chicago, tras haberse jubilado recientemente como profesor. Sigue utilizando su inmenso talento y comparte generosamente su sabiduría con la esperanza de contribuir a la sociedad a través de sus enseñanzas.

Bruce me presentó a su esposa, Carolyn, que a veces le acompaña en sus visitas, y a través de la correspondencia he conocido a su hija y a sus hijos. Las malas decisiones de mi pasado no le importan. Mis esfuerzos por convertirme en un buen ciudadano me definen a sus ojos. Se esfuerza por completar mi educación cultural exponiéndome al arte, la ópera y el teatro, y a menudo destaca la importancia de involucrarse plenamente en la comunidad. Aunque Windward y otros presos de aquí no entienden las motivaciones de un hombre como Bruce, veo

alegría en sus expresiones cuando describe la experiencia de ayudar a otros a alcanzar su potencial.

Después de que los guardias de la recepción me dejan pasar, bajo las escaleras y atravieso los pasillos hacia donde está sentado Bruce. Es un atleta ya entrado en años, se levanta para darme un abrazo y noto que su cabello blanco está un poco más ralo que la última vez que nos vimos, aunque sus ojos siguen brillando con un azul intenso. Jugó como liniero ofensivo en el fútbol americano universitario y es fácil ver cómo su tamaño y fuerza habrían abierto enormes huecos para sus corredores.

«¿Cómo has estado?», le pregunto.

«Bien», me responde, y luego me dice que ha hablado con Mark. «Me ha dicho que te envíe sus saludos», dice Bruce, abrazándome.

«¿Qué está haciendo?».

Mark salió de prisión en libertad condicional. Debido a las restricciones que prohíben a los delincuentes comunicarse entre sí, estoy perdiendo el contacto con él, salvo por las noticias periódicas que me da Bruce.

«Trabaja para un amigo que tiene tiendas de ropa al por menor, le va bien. Un tipo con su energía siempre tiene un lugar en las ventas».

«¿Entonces ya no va a seguir estudiando? ¿No va a terminar la carrera?».

«No lo creo. Está recomponiendo su vida y probablemente sus planes no incluyan pasar mucho más tiempo en las aulas».

«Eso es lo único que hago yo, pasar tiempo en las aulas, y estoy agradecido por cada minuto que paso allí».

Bruce se inclina sobre la mesa y me da un golpecito en el brazo. «Veo que sigues yendo al gimnasio. ¿Cuánto levantas ahora?».

Sonrío con orgullo. «Estoy haciendo 315 repeticiones triples, me siento más fuerte». Le cuento a Bruce mi horario, que ahora entreno dos veces al día, una antes del desayuno y otra durante la hora del almuerzo.

«¿Cuándo comes?».

«Como en el trabajo», le explico. «Evitar el comedor sigue siendo una prioridad para mí. Ahí es donde empieza el caos, con la segregación racial y la política, es decir, qué grupo de poder se sienta en qué sección. Mis padres y mis hermanas me envían dinero para la cantina, así que compro latas de atún, sopas y otros alimentos que como en el trabajo. Además, puedo intercambiar mis habilidades para escribir o mecanografiar por sándwiches de los chicos que trabajan en la cocina. Las grandes experiencias culinarias no son mi prioridad ahora».

Bruce asiente con la cabeza y sonríe. «¿Qué te parecieron las láminas de Monet?».

Para enseñarme sobre arte, Bruce me envía postales y artículos de revistas. Me describe los grandes museos del mundo y me escribe que está deseando pasear conmigo por el Prado en Madrid, el Louvre en París y el Instituto de Arte de Chicago. Me compra suscripciones a The New Yorker y Smithsonian.

«Cuando salgas, tengo todo un mundo que mostrarte. Puedes visitar el Festival de Stratford con Carolyn y conmigo en Canadá. Vamos allí dos veces al año para celebrar las representaciones de las obras de Shakespeare».

«Eso es precisamente de lo que necesito hablar contigo. De salir». Mi tiempo en la sala de visitas es limitado, así que me veo obligado a desviar la conversación hacia algo más urgente. «Tengo que pensar en lo que voy a hacer después de graduarme el año que viene».

«¿Cómo puedo ayudarte?».

«Bueno, he estado pensando en muchas cosas, pero necesito a otras personas para que todo salga bien. No puedo tener éxito sin tu ayuda».

«¿Qué tienes en mente?».

Le explico a Bruce por qué y cómo necesito crear una coalición de apoyo.

«¿Quieres ayuda para recaudar fondos para contratar a un abogado?».

Bruce no entiende lo que quiero decir, así que intento explicármelo con más detalle. «Las personas que formen parte de mi red deben unirse a mí porque creen en mí, como tú. No me interesa comprar apoyo contratando abogados. Lo que tengo que pensar es en ganarme el apoyo, forjar nuevas amistades y relaciones con personas que respalden mis esfuerzos por conseguir la libertad. No estoy tratando de salir ahora, sino de posicionarme para 1997, cuando habré cumplido 10 años».

«¿Cómo deberíamos empezar?».

«Bueno, una cosa que necesito es el apoyo de alguien dentro de la Oficina de Prisiones».

Le explico mi relación con la Sra. Stephens y las formas en que ella ha intervenido a nivel local para suavizar las complicaciones con sus colegas que me impiden recibir libros de la biblioteca y otros recursos que necesito para mi educación.

«Lo que necesito es el mismo tipo de ayuda de personas que tienen influencia nacional en el sistema. El obstáculo es que no tengo ningún contacto directo con ellos. Los líderes de la BOP están todos en Washington y para ellos solo soy otro preso, un número. A la Sra. Stephens le importa porque ve lo duro que trabajo y hace un esfuerzo adicional para ayudarme a tener éxito. Ella cree en mí, al igual que tú».

«¿Cómo puede ayudarte alguien de la BOP?».

«No voy a poder progresar lo que necesito desde esta prisión. Aquí hay demasiada violencia y cada vez es peor. Nos encierran al menos una vez a la semana. Quiero quedarme aquí hasta obtener mi título, pero en algún momento después de graduarme tendré que trasladarme, y necesito trasladarme al mejor lugar de la BOP para continuar

mi educación. Necesitaré ayuda para identificar dónde está ese lugar y luego necesitaré ayuda para que me trasladen allí cuando sea el momento adecuado».

«¿Qué piensas hacer?».

«He leído un artículo en una revista académica de Sylvia McCollum», le explico a Bruce. «Es la directora de Educación de toda la Oficina de Prisiones. En su artículo describe cómo creó una nueva política que obliga a todos los presos federales que no tienen un título equivalente al de secundaria a participar en clases de GED. Quiero establecer una relación con ella para conseguir su apoyo. Pero no puedo limitarme a escribirle una carta, porque para ella no soy más que otro traficante de drogas en prisión».

«Eso no es cierto», replica Bruce. Él siempre ve lo bueno en las personas y le disgusta mi cinismo. «Ella verá el expediente que has estado construyendo, tu progreso en la universidad».

Niego con la cabeza, en desacuerdo. «No es suficiente. La cultura de esta organización enseña al personal a considerar a los presos como algo menos que seres humanos. Ella solo me verá como un preso, un traficante de drogas, escoria. Tengo que hacer algo más, algo que me distinga. Estaba pensando que podríamos escribir un artículo, una respuesta a su artículo desde la perspectiva de un preso y su mentor. Debería describir cómo el GED es un paso hacia la preparación para la puesta en libertad, pero no es suficiente. Los hombres que salen de prisión deben salir con valores, habilidades y recursos que realmente se traduzcan en éxito, y un GED no es suficiente. La Oficina de Prisiones debería utilizar incentivos que animen a más presos a continuar su educación con estudios universitarios o formación profesional».

«¿Y qué vamos a hacer con el artículo? ¿Se lo enviamos?».

«Ahí es donde necesito tu ayuda. No solo tendremos que escribir el artículo, sino que necesito que organices su publicación. Una cosa sería que yo, como preso, escribiera un artículo y se lo enviara. No es gran cosa. Por otro lado, si escribiera un artículo junto con usted y se

lo enviara, eso tendría más peso, más influencia, porque no muchos presos cultivan mentorías con profesores distinguidos. Pero creo que el mejor enfoque sería escribir un artículo que publiquemos juntos, como profesor y preso. Esa es una forma en la que destacaría, una forma en la que ella recordaría mi nombre, vería que soy diferente».

Bruce asiente con la cabeza y accede a ayudar. Cuando regrese a Chicago, promete informarse en varias revistas académicas revisadas por pares para ver qué pasos debemos seguir para enviar un artículo para su publicación. Es un proceso que llevará varios meses, lo que se adapta bien a mi calendario, ya que necesito ese tiempo para terminar mis estudios universitarios.

«Lo que también necesito», le digo a Bruce antes de que se vaya, «es una lista de todas las facultades de Derecho de Estados Unidos. Tengo que empezar a escribir cartas para ver si alguna de ellas me permite obtener un título de Derecho a distancia».

«¿Así que sigues decidido a estudiar Derecho?».

«Estoy decidido a obtener un título superior, algo más que una licenciatura. Voy a necesitar credenciales impecables que la gente respete, como las tuyas».

Bruce es un modelo a seguir y estoy ansioso por seguir su liderazgo, por emular su compromiso con la sociedad. Me contó cómo él y Carolyn dedicaban sus fines de semana a ayudar a personas sin hogar en un refugio de Chicago a redactar currículos que les facilitaran sus perspectivas de empleo. Bruce y Carolyn se entregan sin esperar nada a cambio ni desear reconocimiento. Para Bruce, el éxito llega cuando sus esfuerzos conducen a la independencia o la felicidad de otra persona. Estoy decidido a demostrar que soy digno de su generosidad, de la confianza y la inversión que está haciendo en mí.

****

Esta dura plancha de acero sobre la que estoy tumbado influye en mi proceso mental. Estoy encerrado en esta pequeña habitación con

otro hombre que utiliza el inodoro y tira de la cadena a pocos metros a la derecha de mi cabeza. Lo que Bruce y Carolyn hacen para mejorar la vida de tanta gente me da una perspectiva diferente de la humanidad. Sé que mis motivaciones carecen de la pureza de las de Bruce, ya que soy mucho más pragmático. Quiero salir, por lo que siempre hay un componente egoísta en mis acciones, y eso de alguna manera las devalúa en mi mente. Contemplo la jerarquía de necesidades de Maslow, un concepto que aprendí en sociología. Hasta que un hombre no satisface sus necesidades más básicas, no puede evolucionar. Mi necesidad principal es la libertad, y pueden pasar décadas antes de que salga de estas paredes. Todo lo que haga hasta entonces debe prepararme para la libertad. Quizás cuando me libere del hormigón y el acero pueda emular a Bruce más completamente. Quiero vivir como ese tipo de hombre bueno y amable. Pero no sé cómo conciliar este deseo de vivir con la amabilidad y la generosidad de espíritu que Bruce ejemplifica con la necesidad de sobrevivir en un entorno depredador.

Mis cursos de filosofía han ampliado mis percepciones, explicándome el propósito del hombre, su relación con la sociedad, su búsqueda de la realización personal y la iluminación. He adoptado las lecciones de Aristóteles y Sun Tzu, entre otros. Aristóteles aconseja a quienes le siguen «conócete a ti mismo», mientras que Sun Tzu hace hincapié en que es igualmente importante «conocer a tu enemigo».

Conócete a ti mismo y conoce a tu enemigo. Lucho con estos pensamientos. Sé que debo comprender a fondo mis fortalezas y debilidades. Debo utilizar todos los recursos que Dios me ha dado para hacerme más fuerte y crecer. Del mismo modo, debo comprender a mis enemigos. En mi caso, los enemigos son un entorno corrupto, percepciones degradantes y prejuicios desagradables con los que me encontraré en las próximas décadas, quizás durante el resto de mi vida. La responsabilidad de triunfar sobre un sistema diseñado para extinguir la esperanza y perpetuar los ciclos de fracaso recae sobre mí. Únicamente sobre mí.

****

Agradezco que Bruce se haya tomado el tiempo de visitar la Asociación Americana de Abogados (ABA) en Chicago. Me envía un paquete con información que incluye las direcciones de todas las facultades de derecho acreditadas por la ABA en el país. Todas las facultades a las que he escrito me han respondido con la decepcionante noticia de que la ABA prohíbe a las facultades de derecho permitir que los estudiantes obtengan títulos de derecho a distancia. Pero hay un atisbo de esperanza en una carta del Dr. Al Cohn, profesor de la escuela de posgrado de la Universidad de Hofstra.

El Dr. Cohn escribió que mi carta había impresionado al decano de la facultad de derecho de Hofstra, y que este le había reenviado la carta. Aunque Hofstra no puede permitirme obtener un título de derecho sin asistir a la facultad, la carta del Dr. Cohn indica que podría considerar la posibilidad de eximirme del requisito de residencia si cursara un posgrado. Hofstra nunca ha admitido a un preso, admite, pero admira mi determinación por formarme. Si obtengo mi título universitario con una nota media aceptable, propongo un área de estudio aceptable en la que pueda especializarme y completo un período de prueba de admisión condicional, me eximirá de los requisitos de realizar el examen de admisión a posgrado y de residir en el campus. ¡Vaya! El Dr. Cohn me dice que Hofstra me permitirá obtener un título de máster si cumplo esos requisitos.

He leído que aproximadamente el 30 % de los adultos estadounidenses tienen títulos universitarios, pero menos del 15 % tienen títulos de posgrado o profesionales. Mis aspiraciones no son necesariamente convertirme en abogado, sino obtener credenciales que otros respeten. Estoy seguro de que cuanto mayor sea mi nivel de logros, más podré construir una red de apoyo que me ayude a pasar de ser un preso a ser un ciudadano.

Al reflexionar sobre la carta del Dr. Cohn, no puedo evitar pensar en Mick Jagger, la leyenda del rock and roll. Él canta que no siempre se puede conseguir lo que se quiere, pero que si se intenta a veces, es posible que se encuentre lo que se necesita. Puede que no obtenga un

título en Derecho, pero con la oportunidad que me brinda la Universidad de Hofstra, sé que nada me impedirá obtener un título de máster.

****

Estoy pasando mi quinta Navidad en la cárcel. Ahora estamos en 1992, tengo 28 años y en solo unos meses la Universidad Mercer me otorgará mi título universitario. Esto es muy importante para mí. De los más de 2500 hombres encerrados entre los muros de la USP de Atlanta, soy el único que va a recibir un título. De hecho, Mercer no ha otorgado ningún título a ningún preso desde que estoy en Atlanta.

Me inspiran otros hombres que utilizaron sus conocimientos y su experiencia en prisión para hacer contribuciones significativas, como Alexander Solzhenitsyn, cuyos ocho años en una prisión rusa fueron seguidos por tres años en el exilio. Sus penurias despertaron su musa, lo que dio lugar a clásicos como Un día en la vida de Iván Denisovich y su obra maestra, Archipiélago Gulag, que expuso a lectores de todo el mundo la opresiva vida carcelaria de Rusia.

Ocho años, ya sea en campos de prisioneros rusos o en penitenciarías estadounidenses, es mucho tiempo. A través de su literatura, Solzhenitsyn hizo contribuciones monumentales a la sociedad y ganó un Premio Nobel, y él me inspira. Por muy descabellado que parezca, una semilla está echando raíces y siento brotar la idea de que tal vez, con mucho trabajo, pueda transformar las décadas que voy a pasar aquí en algo positivo. He empezado a aceptar que quizá cumpla toda mi condena y necesito más ejemplos como el de Solzhenitsyn. Sin saber qué puedo hacer durante 21 años más, sigo leyendo sobre otros hombres que cumplieron largas condenas.

Uno de ellos fue Nelson Mandela, el activista negro sudafricano encarcelado durante 27 años por las autoridades blancas entre 1962 y 1990. Ese tiempo es comparable al que yo voy a cumplir, y me anima saber que varias décadas no destruyeron a Mandela. Al contrario, fortaleció su determinación, como lo demuestra su influencia en el fin de las políticas opresivas del apartheid y la posición que ahora ocupa como líder mundial, venerado por toda la comunidad internacional.

****

No sé lo que significa ser un intelectual como Solzhenitsyn o un líder como Mandela, pero sé lo que significa pasar décadas en prisión. También sé lo que significa ser un hombre, y recientemente he conocido a una mujer que me ha recordado todo lo que me he estado perdiendo.

Se llama Sarah y es abogada. Nos conocimos por casualidad hace dos meses, cuando coincidimos en la sala de visitas. Mi padre había venido en avión justo antes de Navidad para pasar el fin de semana conmigo. Sarah estaba visitando a otro preso que yo conocía. Con el pretexto de que podría necesitar asesoramiento legal, le pedí a Sarah su tarjeta de visita. Sin embargo, después de haber vivido tanto tiempo en una comunidad anómala formada solo por hombres, lo que más deseaba era tener una mujer en mi vida, más que saber nada sobre la ley.

El baile de la seducción comienza cuando le escribo, iniciando un intercambio de cartas. Ella me responde. Al principio, la correspondencia es insulsa, insulsa, inofensiva. Pronto, las cartas entre nosotros aumentan en frecuencia y complejidad. Ahora son manuscritas, no mecanografiadas. Me entero de que se licenció en la Universidad de Nueva York, que está pensando en montar su propio bufete de abogados y que tiene 30 años. También sé que ha llamado a su gato Snuggles, que patina, le encanta el aerobic y se está recuperando de un desengaño amoroso. Es vulnerable. A través de nuestro intercambio de cartas, voy conociendo a Sarah como mujer y, en mi mundo, cualquier conexión con una mujer es un regalo.

El deseo se apodera de mí, me amenaza. He logrado reprimir o ignorar estos impulsos que han estado latentes durante tanto tiempo, pero ahora me mantienen despierto. Me recuerdo a mí mismo dónde estoy, lo que pasé con Lisa y los objetivos por los que estoy trabajando tan fervientemente para alcanzar.

Pero otra fiebre se apodera de mí. Cada día ansío una carta suya, algo, cualquier señal que me permita saber hacia dónde va esto, hasta dónde puedo llevar la tensión. No recuerdo lo que escribí en la carta

que debería haber recibido hoy y, como un adolescente, me pregunto si fui demasiado lejos, si revelé demasiado. Ella debe saber lo que está pasando con este intercambio de cartas, que la deseo.

It's mail call and the guard just flicked her letter beneath my door. I see her stationary, her handwriting, and I pick up the envelope. She wrote her words yesterday, making it an exchange of three letters this week. I'm on her mind. In the words she chooses I catch some suggestive double meanings. My confidence grows. We're flirting and we both know it, and I want to see her again. I'm a man in the desert and she's my oasis.

I graduate next month. Mercer University is honoring me with a ceremony. I can't travel to the campus, so my commencement will take place inside USP Atlanta, in the chapel. A hundred other prisoners will participate, receiving GED certificates or certificates for completion of basic education classes. Even though I'm a class of one, I'm invited to speak as valedictorian. Mr. Chandler authorized me to invite two visitors, and I'm choosing my sister Julie and Sarah. If Sarah accepts it may be the sign I'm looking for, confirmation that the desire I'm feeling is mutual.

CHAPTER FIVE

Meses 58-62 / 1992

Desde que recibí los papeles del divorcio de Lisa, mis interacciones con mujeres se han limitado a la Sra. Stephens, mi supervisora en el trabajo, y a Susan, mi amiga del instituto con la que mantengo una correspondencia amistosa. Pero esas relaciones no tienen ninguna posibilidad de intimidad. Lo que pasa con Sarah es diferente. Ella vive en Atlanta, y su proximidad me hace fantasear con que podría seducirla, convertirla en mi mujer. Sin embargo, dadas las reglas de este lugar, iniciar una relación íntima será un gran desafío. Aun así, la abstinencia forzada no disminuye mi sed de amor ni mi deseo sexual.

Los pensamientos sobre el amor han estado en mi mente durante años. Otro preso, Eugene Fischer, alimentó mis esperanzas con una historia sobre Orianna Fallaci, una periodista de fama mundial que amaba a un hombre que cumplía condena en una prisión griega por un intento de asesinato. Me pregunto si podría encontrar a una mujer que me viera como un hombre y me amara a pesar de mi encarcelamiento. Tengo 28 años y me niego a renunciar a las posibilidades.

Al recibir la invitación para asistir a mi graduación, Sarah me sorprende conduciendo hasta la penitenciaría. Estoy de guardia voluntario para vigilar a un suicida en el hospital, cuidando de un preso abatido, cuando recibo la llamada. Mientras estudio para los exámenes finales, el guardia grita mi nombre desde el otro lado de las puertas cerradas.

«¡Santos!», grita. «¡Vamos!». Lo veo de pie fuera de la puerta, buscando a tientas el llavero que cuelga de una cadena sujeta a su cinturón.

«¿Qué?», no tengo ni idea de lo que está hablando.

«Llevamos 30 minutos llamándote por megafonía. Tienes que presentarte en la sala de visitas».

«No he oído la llamada». Cierro los libros y me acerco al guardia.

«Deja los libros. Llegas tarde. Tengo que llevarte directamente a la sala de visitas».

«¿Por qué?».

«Tu abogada está aquí y te está esperando. ¿No sabías que iba a venir?».

«No tenía ni idea». El trayecto de quince minutos me lleva a través de un laberinto de puertas, patios, detectores de metales y pasillos. Con cada paso que doy, pienso en Sarah. No está en mi lista de visitas, así que me pregunto cómo ha entrado. Si sentía tanta urgencia por verme, quizá sea para decirme cara a cara que mi invitación fue demasiado lejos y para aclarar nuestra relación. O quizá sea otra cosa.

****

Las familias de algunos presos viven cerca de Atlanta y oigo cómo el altavoz de la institución llama a esos hombres para que reciban visitas con regularidad. Hasta que comenzó este tira y afloja con Sarah, mi concentración en los estudios había extinguido cualquier deseo de sentarme en la sala de visitas. La visita sorpresa de Sarah rompe mi rutina. Ni siquiera me molesta el cacheo al desnudo que me hace un guardia curioso.

Después de la inspección completa, me pongo los calzoncillos y los calcetines, me vuelvo a poner los pantalones caqui, me meto la camisa por dentro y me ato bien las zapatillas antes de entrar en la sala de visitas.

Como Sarah viene como abogada, me indican que pase por las escaleras que bajan a la sala de visitas general, donde cientos de personas se sientan unas junto a otras bajo la mirada atenta de los guardias y las

cámaras de vigilancia. El guardia me indica que cruce el pasillo hasta una de las salas de conferencias privadas.

«Está en dos», dice él.

A través de la estrecha ventana verticalventana vertical de la puerta de madera veo a Sarah por primera vez en tres meses, desde aquel día en que me entregó su tarjeta de visita. Me detengo un segundo para observarla. Está sentada a una pequeña mesa, absorta en una pila de papeles. Unas gafas de sol negras de diseño le apartan el largo cabello color miel de la cara mientras trabaja. Está más guapa de lo que recordaba. Llamo a la puerta, sobresaltándola. Me mira, sonríe y me hace señas para que entre.

Cuando abro la puerta, se levanta y se arregla rápidamente la falda azul marino. De repente, nos encontramos cara a cara en una habitación que es la mitad del tamaño de mi celda.

«¡Sorpresa!», me saluda mientras cierro la puerta. Su perfume permanece en el aire y yo inhalo la sutil y dulce fragancia.

«¡Vaya! Qué sorpresa. ¿Cómo has entrado sin estar en mi lista?».

«Privilegios de abogado. Solo tengo que mostrar mi carné. ¿Por qué has tardado tanto en llegar?».

Sonrío. «No sabía que ibas a venir».

«No pasa nada. Me he traído trabajo. ¿Qué tal un abrazo?». Abre los brazos.

Sus brazos me rodean en un gesto amistoso. He estado privado del contacto femenino durante casi tres años y le doy a ese gesto un significado mucho mayor. Me siento incómodo, sin saber si debo rodearle la esbelta cintura o mantener las manos en la parte alta de su espalda. El abrazo dura un segundo, pero en ese segundo, a través de su blusa de seda, siento el calor de su espalda en mis manos y sus pechos presionando contra mi pecho.

«Es acogedor», dice, mirando alrededor de la pequeña habitación. Algún diseñador de prisiones se ha gastado un dineral en pintar las paredes de hormigón con dos tonos: beige oscuro hasta la altura de los hombros y beige más claro hasta el techo a juego. Su tristeza contrasta con el resplandor de Sarah. Mueve la chaqueta del traje que ha doblado sobre el respaldo de la silla extra y nos sentamos.

Cuando me pregunta si he estado alguna vez en esta parte de la sala de visitas, niego con la cabeza y le digo que casi nunca vengo a la sala de visitas. Ella asiente con la cabeza, creo que con empatía. «Así que te gradúas el mes que viene. ¡Enhorabuena!». Sus ojos brillan mientras se recuesta y se pasa los dedos por el pelo.

«Estoy deseando que llegue la ceremonia de graduación. ¿Recibiste mi carta invitándote a venir?».

«Sí. Por eso estoy aquí».

«Oh, oh».

«¿Qué quieres decir?».

«Si te has tomado la molestia de venir hasta aquí solo para darme una respuesta, probablemente significa que no puedes venir o que no vas a venir».

«No, en absoluto. Me encantaría verte recibir tu título. Es solo que has expresado tanta admiración por Bruce y has escrito que solo te permiten tener dos invitados. Quizás deberías invitarlo a él y a tu hermana. Yo puedo visitarte cuando quieras».

«Bueno, Bruce estará de vacaciones, pero te lo he pedido a ti porque quiero que estés aquí. ¿Vendrás?».

Nuestras miradas se cruzan mientras ella sonríe y asiente con la cabeza.

«Bien, quiero que conozcas a mi hermana, Julie. Le he escrito sobre ti».

«¿En serio? ¿De qué se trata?».

«Solo que he hecho una nueva amiga y que nos escribimos. Mi hermana y yo estamos muy unidas. Ella se preocupa por mí, quiere que sea feliz».

«Lo entiendo. Parece que tienes una hermana estupenda».

«Dos hermanas estupendas», digo. «Las mejores».

Sarah y yo hablamos durante tres horas, comentando los retos a los que me he enfrentado, los planes que estoy haciendo y los pasos que ella está dando para abrir su propia consulta. Sin duda, estoy disfrutando de la electricidad que hay entre nosotras, sintiendo una conexión que no ha formado parte de mi existencia durante años. Cuando me levanto para marcharme, nos damos un abrazo más largo y ella me promete volver antes de mi graduación. Guardaré este recuerdo de sus pechos presionando contra mi pecho. Ha sido el mejor día desde que comenzó mi confinamiento.

****

Vuelvo a mi celda y me pongo a leer. Mi cuñado, Tim, me suscribió el año pasado al Wall Street Journal. Está desarrollando su carrera como agente inmobiliario de inversiones y me aconseja que me familiarice con las finanzas. Agradeciendo su consejo, me propongo leer atentamente cada número. Aprender más sobre el mercado de valores me ayuda a comprender cómo valorar las empresas públicas y leer el Journal amplía mi formación empresarial. En lugar de seguir los deportes, dedico tiempo al comercio todos los días, convencido de que la formación me hará más capaz de contribuir a cualquier negocio que me contrate una vez que sea liberado.

Leo un editorial en el Journal que me molesta. John DiIulio, profesor de Princeton, escribió un artículo mordaz en el que pedía a la sociedad que construyera más prisiones e instaba a los administradores a gestionarlas con controles más estrictos y menos privilegios. Con el fin de ofrecerle una perspectiva diferente, le escribo directamente.

En mi carta expreso mi desacuerdo con su premisa y explico por qué no necesitamos más prisiones en Estados Unidos con controles más estrictos. Más bien, necesitamos un liderazgo fuerte e inteligente para hacer un mejor uso de los recursos penitenciarios que tenemos. En lugar de encerrar a tantas personas no violentas y erradicar la esperanza, sugiero que los administradores implementen políticas que animen a los presos a esforzarse por educarse, reconciliarse con la sociedad y ganarse la libertad.

Le explico al profesor DiIulio lo que he visto durante los cinco años que he prestado servicio. La mayoría de los presos se rinden mientras cumplen condena. Muchos se unen a bandas, trafican con drogas y armas o incitan a los disturbios. Las políticas opresivas provocan ajustes negativos. En cambio, necesitamos políticas similares a las de las empresas, que animen a las personas a contribuir con incentivos significativos. Le explico al académico de Princeton que me esfuerzo por vivir como un modelo para esas reformas, que estoy a punto de graduarme en la Universidad Mercer y que en otoño comenzaré mis estudios de posgrado en la Universidad Hofstra. Concluyo mi carta reiterando que, al inspirar a más presos a centrarse en prepararse para su puesta en libertad, los responsables de las prisiones podrían servir mejor a los intereses de la sociedad, entre otras cosas, reduciendo las tasas de reincidencia.

El Dr. DiIulio me sorprende al responder a mi carta. Aunque nunca he pisado un campus, las universidades se han convertido en una parte importante de mi vida. Sostener el pesado sobre y el papel con membrete me llena de energía. ¡Vaya! La Universidad de Princeton. Una cosa es escribir una carta no solicitada y otra muy distinta es recibir una respuesta. A través de su carta, me valida y me honra como ciudadano contribuyente, como hombre, no como preso. Son momentos como estos los que me inspiran a seguir trabajando en la construcción de mi red de apoyo. Estoy en el camino correcto.

El Dr. DiIulio está de acuerdo con todo lo que expresé en mi carta, pero dice que las limitaciones de un artículo de opinión no le permiten espacio suficiente para desarrollar todas sus ideas. Después de infor-

marme de que ha publicado extensamente sobre el tema de la gestión penitenciaria, se ofrece a enviarme libros que puedo leer y comentar. Es el comienzo de otra fascinante correspondencia.

****

Para ampliar mi formación, Bruce insiste en que lea literatura clásica, especialmente las obras de William Shakespeare. Me envió una antología completa. Aunque no soy lo suficientemente inteligente como para apreciar el valor de la poesía, he leído todas las obras y he disfrutado mucho con muchas de ellas. De Julio César, hay una frase que se me ha quedado grabada:

Hay una marea en los asuntos humanos que, tomada en su pleamar, conduce a la fortuna; omitida, todo el viaje de su vida queda atrapado en los bajíos y en las miserias.

En la oferta del Dr. DiIulio de mantener correspondencia conmigo, encuentro una nueva oportunidad para leer de forma crítica y cuestionar opiniones con confianza. Es como si mi marea hubiera llegado y la pleamar me llevara a la fortuna. Lo siento. Si un profesor de la Ivy League me considera digno de su energía como mentor, tendré un recurso increíble, otra referencia académica sólida que me distinguirá de otros presos.

****

El 12 de mayo de 1992 es un día por el que he estado trabajando desde que los guardias me ingresaron en la USP Atlanta. Estoy muy emocionado. Siento como si me estuvieran liberando y, en cierto modo, así es. Estoy saliendo de una vida insignificante y distinguiéndome como graduado universitario. Es una credencial que llevaré conmigo el resto de mi vida. Este logro me da una sensación de libertad, porque, independientemente de cómo intente dirigirme el sistema penitenciario, sé adónde voy. Aprovecharé mi títulopara abrir nuevas oportunidades y, al menos en este día, soy más que un simple preso.

Escribí y reescribí un discurso para la ceremonia de graduación, cuatro páginas a espacio sencillo. Durante las últimas seis semanas he practicado mi discurso en cada oportunidad y, después de cientos de ensayos, he memorizado cada palabra, frase y párrafo. Sabía que este día sería importante. Ahora que ha llegado, me alegro de haberme tomado el tiempo para prepararme. Cuando llegue mi turno de hablar, creo que podré subirme al escenario con una confianza que la penitenciaría no podrá reprimir.

Inmediatamente después de que los guardias terminen el recuento de la tarde, camino con otros cien presos hacia el edificio de educación. La ceremonia, cuidadosamente preparada, comenzará a las cinco en la capilla. El Sr. Chandler y sus subordinados se han encargado de preparar y honrar a los dignatarios de la Universidad Mercer que compartirán el escenario con el alcaide Stock y los miembros de su equipo ejecutivo. Aunque quiero impresionar a esos líderes de la comunidad, sobre todo estoy ansioso por que Julie y Sarah me vean.

Los presos que han obtenido su GED (Diploma de Educación General) aplauden. Durante mi discurso, quiero animarlos a continuar su educación, tal y como yo mismo pretendo hacer. Tenemos la responsabilidad de cambiar este sistema. La mejor manera de lograr el cambio es desarrollar habilidades y credenciales que nos garanticen una integración exitosa en la sociedad, como ciudadanos bien formados y preparados para contribuir. Como prisionero, también quiero que los administradores de Mercer se vayan con una idea clara de la necesidad de más oportunidades educativas en la prisión. Y quiero que mi discurso inspire a todos los presentes en el auditorio, especialmente a mi hermana y a Sarah.

Julie tiene ahora 29 años y trabaja como joven ejecutiva en una empresa internacional de cosméticos. Solo nos hemos visto unas pocas veces desde que llegué a Atlanta. Sus responsabilidades profesionales, su activa vida social y la distancia geográfica entre nosotros hacen que viajar a Atlanta sea difícil. Durante años ha aceptado mis llamadas a cobro revertido, me ha enviado dinero para comprar productos en la tienda de la prisión y ha pagado mis gastos educativos. Ella se invo-

lucra en cada decisión que tomo y estoy decidido a demostrarle que su confianza y su apoyo están bien depositados. Con Sarah, tengo motivaciones diferentes. Soy un hombre y quiero una mujer en mi vida.

Comienza la música que da inicio a nuestra ceremonia de graduación y yo camino al frente de la procesión, liderando a todos los graduados que ahora visten togas y birretes negros a juego con borlas. Entre el público veo a una docena de personas que supongo que vienen de Mercer; Julie y Sarah están sentadas en la primera fila. El Dr. Colin Harris, uno de mis profesores favoritos, está en el escenario con Jean Owens, coordinadora del programa de divulgación de Mercer. El Sr. Chandler está sentado junto a ellos con el alcaide y varios otros miembros del personal. No puedo dejar de sonreír, agradecido por el reconocimiento. Camino hacia la primera fila para tomar mi asiento.

Mientras el Sr. Chandler inaugura la ceremonia con las expresiones de agradecimiento obligatorias al alcaide y a otros miembros del personal, intercambio miradas con Julie y Sarah. A continuación, todos inclinamos la cabeza mientras el Dr. Harris, profesor de Religión, pronuncia la invocación. A continuación, Jean Owens pronuncia el discurso principal, haciéndome sonrojar cuando habla al público sobre mi ética de trabajo y mi determinación. Describe el brillante futuro que se abre con la educación. Utilizando el pegadizo eslogan para promocionar las zapatillas de baloncesto de Michael Jordan, la Sra. Owens anima a los asistentes a «ser como Mike», refiriéndose no a la leyenda del baloncesto, sino a mí, e insta al público a continuar sus estudios.

Creo que voy a tener que excusarme y buscar un baño, pero cuando llega mi turno de hablar, camino con seguridad hacia el escenario para pronunciar el discurso de despedida, olvidándome de todo lo demás. Me siento muy alto en el atril, como si hubiera crecido quince centímetros. Me giro a mi izquierda y doy las gracias a los representantes de la Universidad Mercer, luego a mi derecha para dar las gracias al personal de la prisión, y luego a mi público de graduados, personal e invitados en los asientos acolchados, agradeciéndoles su asistencia.

Sin notas, pronuncio el discurso que he ensayado cuidadosamente cientos de veces. Julie sonríe orgullosa en la primera fila y veo a Sarah

cogerle la mano. Acaban de conocerse, pero su apoyo hacia mí las ha unido. Esos 12 minutos en el escenario me parecen los más energizantes de toda mi vida.

El público me ovaciona de pie. Incluso el alcaide Stock se levanta y me hace un gesto de asentimiento con la cabeza cuando miro en su dirección. Eufórico, vuelvo a mi asiento y le aprieto la mano a mi hermana al pasar por delante de ella. A continuación, los demás presos y yo recibimos nuestros diplomas. El Sr. Chandler pronuncia unas palabras de clausura y da por terminada la ceremonia para cumplir con el horario. No hay tiempo para una recepción. Al fin y al cabo, esto es una penitenciaría. Soy el único preso con invitados y no se permite más visitas. Al menos les han dejado venir para este momento memorable y estoy muy animado.

«¡Estuviste increíble!».

«Envíanos una copia de tu discurso».

«Estoy muy orgullosa de ti».

Aunque es involuntario, una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras camino entre mi hermana y Sarah por el pasillo. Me detengo en la entrada del bloque B y, bajo la atenta mirada del alcaide, abrazo a cada uno de mis invitados para despedirme.

****

Me llaman a la sala de correo y, cuando llego, el Sr. Chandler está de pie en la puerta. «Chico, ¿todos estos años que has estado encerrado y aún no has aprendido nada?».

Conozco esta rutina y me quedo esperando a que el jefe del departamento de educación continúe con su reprimenda, aunque no tengo ni idea de qué está hablando ni por qué me ha llamado a la sala de correo.

«Ya te he dicho antes que no pidas a tus familiares que envíen paquetes a mi departamento sin consultarme primero».

«Sí, lo recuerdo. Nadie me ha enviado ninguna caja».

«Si nadie te ha enviado ninguna caja, ¿por qué tengo que pasar por este lío de revisar libros que han venido de la Universidad de Princeton?».

Ha pasado un mes desde mi correspondencia con el profesor DiIulio, y cuando le escribí que aceptaría los libros, no pensé en las normas de la sala de correo. Si los libros provienen de una editorial o una librería en un sobre, se nos permite recibirlos. Para que un preso reciba cajas, un miembro del personal debe proporcionar una autorización previa.

«No te quedes ahí parado con la boca abierta como si no supieras que iban a llegar. Las cartas están dirigidas a ti».

«Pensaba que los libros vendrían en un sobre de la librería», digo a modo de disculpa y explicación. «No sabía que serían tantos».

«¿Quién es este Professa D'oolioo? ¿Lo conoces?».

«La verdad es que no. Solo le escribí. Da clases en Princeton y escribe libros. Me dijo que me enviaría algunos libros, pero no sabía que vendrían así».

«Chico, eres increíble». Maneja los libros uno por uno y entrecierra los ojos mientras lee los títulos y hojea las páginas. «Guv'nin' Prisons, No 'xcape. ¿Este profesor ha escrito estos libros?».

«Supongo que sí».

«¿Qué te lleva a leer todos estos libros sobre la cárcel? ¿No sabes ya lo suficiente sobre las cárceles?».

«Sigo aprendiendo, señor».

«Espero que hayas aprendido lo suficiente como para no volver». Siento que le caigo bien al Sr. Chandler. Mi graduación en Mercer y el discurso que pronuncié durante la ceremonia pusieron a su departa-

mento en el punto de mira de forma positiva. Su actitud brusca ya no me intimida porque sé que es su forma de ser.

«Pues adelante. La próxima vez, asegúrate de venir a verme para que te autorice».

Jubiloso, llevo la caja de libros a la oficina donde trabajo. El Dr. DiIulio me ha enviado 17 libros, dos de los cuales son de su autoría. Me siento en mi escritorio y despejo un espacio en la estantería que hay detrás de mí. Leer los libros me ayudará a establecer una relación con él. Tengo la intención de escribirle sobre lo que aprenda de cada uno de ellos, y tengo especial interés en leer los libros que él ha escrito. Mi pequeña biblioteca personal me proporcionará abundante material de investigación cuando comience mis estudios en Hofstra.

****

Como no puedo obtener un título acreditado en Derecho desde la cárcel, he tenido que pensar en qué puedo estudiar. Aunque me interesa leer el Wall Street Journal y estudiar el mercado de valoresy las finanzas me interesan, no quiero cursar un MBA. En su lugar, tras consultar con Bruce, propongo a Hofstra estudiar las prisiones y las personas que allí se encuentran recluidas. Mi asesor en Hofstra es el Dr. Al Cohn, profesor de Psicología, y él aprueba mi plan. Establecemos un plan de estudios interdisciplinario, con estudios de sociología, antropología cultural y psicología. Para completar el programa, el Dr. Cohn y otros profesores de Hofstra evaluarán mis informes de investigación y la extensa tesis que debo escribir para obtener un título de Máster en Artes.

Los libros del Dr. DiIulio me proporcionan una comprensión teórica de las funciones que deben cumplir las prisiones en la sociedad:

Las prisiones deben disuadir a los ciudadanos de cometer actos delictivos.

Deben castigar a quienes han sido condenados por haber cometido delitos.

Las penas de prisión deben incapacitar a quienes las cumplen para que no cometan más delitos, al menos durante el período de reclusión.

Y las prisiones deben rehabilitar a los delincuentes con el fin de ayudarles a reintegrarse en la sociedad como ciudadanos respetuosos con la ley.

Después de leer Governing Prisons, el estudio comparativo del Dr. DiIulio sobre la gestión de tres sistemas penitenciarios distintos, empiezo a recopilar información para escribir mi primer trabajo de fin de semestre sobre la adaptación de los presos. El libro me lleva a otros libros e inspira a desarrollar un cuestionario para llevar a cabo una investigación etnográfica original que se pondrá a prueba con mis compañeros reclusos. El trabajo resultante, que titulo «El recluso crusoniano», es aceptado para su presentación en una conferencia anual de la Academia de Ciencias de la Justicia Penal en Chicago, lo que aumenta mi confianza en mí mismo como estudiante.

Quizás no sea sorprendente que mi investigación llegue a conclusiones diferentes a las del distinguido profesor de Princeton. Él aboga por controles más estrictos en las prisiones estadounidenses, mientras que mis observaciones y mi experiencia me convencen de que los administradores deberían gestionar las prisiones como los líderes gestionan las empresas. Deberían gobernar mediante el uso de incentivos en lugar de la amenaza de castigos adicionales. En una carta que le envié, le expongo las razones que respaldan mis conclusiones y le envío una copia de mi artículo académico en el que describo al preso crusoniano.

****

«Quiero besarte». Sarah ha venido a visitarme cinco veces desde mi ceremonia de graduación el mes pasado y nuestras cartas se han vuelto mucho más personales. Sus privilegios como abogada le permiten visitarme cuando quiera, lo que hace que el horario de visitas habitual sea irrelevante. Hoy es martes, no es día de visitas, y es temprano por la tarde cuando me siento con ella en una de las salas privadas reservadas para abogados y entrevistas con las fuerzas del orden. En estas salas para abogados, las cámaras de vigilancia no nos vigilan. El guardia

está sentado en su escritorio, a quince metros de distancia, en una plataforma y bajando un tramo de escaleras. La intensidad de nuestras miradas nos dice lo que no hemos expresado antes con palabras. Me inclino sobre la mesa cuando ella lo dice.

«Besarse es algo que se hace mejor que se dice», digo mientras me siento de nuevo, aún saboreando el dulce sabor de los labios de Sarah, la húmeda calidez de su lengua.

«Deberías enviarme un formulario de visita para que pueda verte con regularidad. Podría tener un problema estando a solas contigo en una habitación como esta». Ella cierra los ojos mientras se agarra al borde de la mesa.

«Pero es mucho mejor visitarte a solas, en privado».

«Es peligroso para mí, la tentación. Podría meterme en problemas por abusar de mis privilegios. La prisión podría negarme el acceso».

Me levanto y doy dos pasos hacia la puerta para mirar por la estrecha ventana. «Ven aquí. Mira esto. El guardia del escritorio a nuestra derecha no puede acercarse a nosotros sin que lo veamos subir las escaleras, y la única otra entrada es desde el pasillo, lo que requiere abrir una puerta a la izquierda. Estamos solos. No quiero renunciar a esta privacidad».

Sarah se pasa las uñas cuidadas por la falda gris mientras se levanta y se acerca. Le cedo la ventana y me coloco detrás de ella. Ella mira hacia el pasillo, a la derecha, hacia el puesto del guardia, y a la izquierda, hacia la pesada puerta de acero que da al pasillo principal. Yo estoy justo detrás de ella, con ambas manos en sus caderas. Con la cara, le aparto el pelo hacia un lado y le beso el cuello.

«Para», susurra mientras su cuerpo se presiona hacia atrás.

«Mira. Puedes ver al guardia. Dime si se mueve». Sigo besándola, tocándola, sintiéndola, moviéndome con ella. En este momento, ahora mismo, no soy un prisionero. Soy un hombre, de 28 años y viril, a solas con una mujer por primera vez en cinco años. Mi historial carcelario

no importa, mis objetivos no importan y mi libertad no importa. No pienso en su posición profesional. En la pasión de este momento, Sarah tampoco lo hace. Las décadas que debo cumplir me parecen demasiado lejanas. Necesito liberarme, y Sarah es la mujer que me lo permite.

Cuando volvemos a nuestros asientos, el sudor ha pegado mi camisa a mi piel. Sarah está despeinada, pero radiante.

«¡Dios mío! ¿Qué estamos haciendo?», su sonrisa delata una mezcla de nerviosismo y euforia tras el interludio prohibido.

«Nada. No estamos haciendo nada», protesto.

«¿A eso le llamas nada? ¡Podría perder mi licencia!».

«¿Por qué? Para todos los que están aquí, solo somos un abogado y una clienta. No hay nada diferente ahora de cuando entraste aquí, nada diferente de cualquier otra vez que has venido».

«Tu camisa está mojada. ¿Qué vas a decir cuando vuelvas a entrar?».

«Hace calor aquí. Quédate un rato más, se secará».

«¿Qué aspecto tengo? ¿Me lo puedes decir?». Le tiemblan las manos mientras saca un polvera de su bolso. Se mira en el pequeño espejo.

«Estás sexy. No puedo apartar los ojos de ti».

Ella sonríe y se maquilla. «Me vas a meter en problemas».

CAPÍTULO SEIS

Meses 62-84 / 1992-1995

Es Acción de Gracias de 1992, justo antes de mi sexta temporada festiva en prisión. A pesar de la relación prohibida que he mantenido con Sarah durante los últimos seis meses, hoy me dice que necesita seguir adelante con su vida. Ella entiende los riesgos asociados con nuestras citas y ha llegado a la conclusión de que el estrés sería demasiado para soportar durante otros 21 años.

Me he endurecido emocionalmente, ya que ahora estoy familiarizado con el concepto de pérdida. He estado esperando este momento, anticipando su adiós desde nuestro primer beso. Agradecido de que haya durado tanto tiempo, estoy preparado para seguir adelante.

****

«¿Qué pasa? ¿Al final te ha dejado?», pregunta Windward, percibiendo mi desánimo cuando vuelvo a la celda y me tumbo en mi litera sin desvestirme.

«Ya te dije que es mi abogada. Eso es todo».

«Y yo le dije al juez que pensaba que era harina lo que llevaba. ¿Qué tiene eso que ver?».

«¿No puedes callarte?».

«Lo menos que puedes hacer es contarme cómo fue. No tiene sentido seguir negándolo. Ninguna abogada joven y atractiva seguiría visitando a un hombre en la cárcel a menos que pasara algo. Además, huelo su aroma en ti».

«Ella estaba tratando de ayudarme con mi caso. Eso es todo. Basta, déjalo ya».

Tumbado en mi litera, ignorando el irritante interrogatorio de Windward, reconozco en silencio que sabía que Sarah acabaría desapareciendo de mi vida. Era un maravilloso y delicioso respiro en mi mundo exclusivamente masculino, pero ahora se ha ido y el desánimo empieza a instalarse como una densa niebla. Los pensamientos sobre las mujeres, la familia y la vida normal de la que estoy separado se agolpan en mi mente y me oprimen. Tengo que volver a concentrarme, apartar de mi mente los pensamientos sobre Sarah y bloquear toda esperanza de encontrar una mujer que comparta esta carga conmigo. Voy a centrarme en completar cinco años cada vez, solo. Tengo que llegar a 1997.

****

El pueblo ha elegido a William Jefferson Clinton como el 42.º presidente presidente de los Estados Unidos. Seguí de cerca la cobertura política durante todo el año. Julie incluso compró una suscripción al Washington Post para que me mantuviera al tanto de la política. Ahora, en un día soleado de enero de 1993, me siento abrumado por la emoción, con los ojos llenos de lágrimas, mientras veo al juez Rehnquist tomar juramento a nuestro nuevo presidente.

«¿Por qué te importa tanto quién es el presidente si ni siquiera puedes votar?».

En el mundo de mi hermana, el presidente no tiene mucho que ver con la vida cotidiana y ella no entiende por qué soy optimistacon este cambio de Bush a Clinton. Como preso federal, vivo bajo las restricciones de la Oficina de Prisiones, una agencia que necesita una reforma importante. Espero que el presidente Clinton o su fiscal general nombren a un nuevo director para esta agencia. Estoy seguro de que el cambio traerá más empatía, ya que el hermano menor del presidente, Roger, cumplió una condena en una prisión federal por tráfico no violento de cocaína. La reforma y la liberalización de las prisiones podrían llegar bajo el liderazgo de Clinton.

Mientras preparaba un informe de investigación para Hofstra, leí sobre varios sistemas penitenciarios progresistas que el presidente

Clinton podría considerar. En los países escandinavos, los ciudadanos de las comunidades locales participan en paneles diseñados para supervisar y facilitar ajustes positivos para los delincuentes. Los presos se reúnen con «paneles de defensores del pueblo» al comienzo de sus condenas y juntos trabajan para establecer programas individualizados y claramente definidos que los presos pueden seguir para reconciliarse con la sociedad y ganarse su libertad por méritos propios. No existe ningún programa similar en nuestro sistema judicial, aunque con Clinton hay esperanza de cambio. La esperanza ha sido el mantra de Clinton a lo largo de la campaña, y si quiere devolverla a las personas que están en prisión, necesitará un sistema diferente.

En lugar de un sistema que anime a los delincuentes a adoptar los valores sociales, los estudios, combinados con mi experiencia, me convencen de que nuestro sistema tiene una misión radicalmente diferente con resultados radicalmente diferentes. Comenzó a deteriorarse en 1973, después de que Robert Martinson, un criminólogo, publicara «Nothing Works» (Nada funciona). Se trataba de un influyente estudio que sugería que, independientemente de los programas que pusieran en marcha los administradores, las personas encarceladas eran incapaces de reformarse. Luego, el profesor James Q. Wilson, mentor del Dr. DiIulio, publicó su famoso libro Thinking About Crime (Reflexiones sobre el crimen). En ese libro, el profesor Wilson sugería que la sociedad debía limitar las funciones de las prisiones a dos objetivos: aislar y castigar. Me gustaría ver un enfoque diferente y, bajo el liderazgo del presidente Clinton, tengo esperanzas de que se produzcan reformas significativas.

En cualquier caso, estoy solo, sabiendo que debo tener éxito a pesar de las fuerzas externas. Los conceptos de aislamiento, disuasión y castigo no me preocupan. Progreso cada día manteniéndome en forma físicamente y dedicando muchas horas al estudio para obtener mi título de máster. Independientemente de si el presidente Clinton nombra a líderes ilustrados para cambiar el sistema o no, seguiré aprendiendo y creciendo. Ni el sistema de castigo ni nada más me impedirá alcanzar los objetivos que me he fijado.

A pesar de las rígidas políticas basadas en el castigo defendidas por teóricos como Martinson y DiIulio y respaldadas por la BOP, políticas que frustran mi lucha por emerger como un ciudadano capaz y contribuyente, me anima saber que hay líderes que abrazan lo que yo considero un sistema de justicia ilustrado. Algunos provienen de lugares sorprendentes, como la Corte Suprema de los Estados Unidos.

En un discurso de graduación de 1985 titulado «Fábricas con vallas», el ex presidente del Tribunal Supremo Warren Burger pidió a los estudiantes graduados de la Universidad de Pace que reformaran el creciente sistema penitenciario estadounidense. En lugar de perpetuar un sistema que simplemente aísla y castiga, el juez Burger instó a introducir cambios en el sistema que animaran a los presos a trabajar para «ganarse y aprender el camino hacia la libertad».

Aunque han pasado ocho años desde que el juez Burger pronunció su discurso, la Oficina de Prisiones ha hecho poco por implementar su visión. No veo ninguna forma de ganarme la libertad. A través de mi trabajo y mis logros, quiero convertirme en un ejemplo y un catalizador del cambio. Puede que no consiga adelantar mi fecha de liberación, pero contribuiré y llevaré una vida relevante. Demostraré con mi ejemplo que la autodisciplina y la educación pueden llevar a un preso a convertirse en un ciudadano productivo, e instaré a que se lleven a cabo reformas que animen a otros a hacer lo mismo.

****

Me inspira lo que he aprendido de The Future of Imprisonment (El futuro del encarcelamiento), un libro publicado por el Dr. Norval Morris en la década de 1970. El Dr. Morris escribió que las prisiones en una sociedad ilustrada deberían permitir a los presos alcanzar sus máximos niveles de competencia. Sus ideas me parecen muy acertadas, así que le escribo. Pensando que todavía es profesor de Derecho en Harvard, envío mi carta de presentación a Cambridge. Quiero que sepa que su trabajo ha marcado mi vida y le pido que me oriente en el futuro.

Pasan varios meses antes de que reciba su respuesta. Los administradores de Harvard reenviaron mi carta, ya que el Dr. Morris se trasladó para ocupar la cátedra Julius Kreeger de Derecho en la Universidad de Chicago. Respondió amablemente a mi carta y se ofreció a asesorarme en mis estudios en Hofstra y durante el resto de mi mandato. «Puede que en ocasiones te sea de especial ayuda», escribe, «ya que conozco a todos los directores de la Oficina de Prisiones, y los tres últimos son amigos íntimos míos. Cuenta con mi apoyo si encuentras algún obstáculo en tu trayectoria educativa».

El apoyo del Dr. Morris me anima mucho. Contar con académicos tan distinguidos como los profesores McPherson, DiIulio y Morris como mentores significa que tendré la orientación de los mismos profesionales que ofrecen opiniones expertas a los legisladores y a los más altos niveles de la administración penitenciaria. Los profesores estarán interesados en prepararme para mi puesta en libertad; puedo confiar en que me defenderán si necesito ayuda.

A través de nuestras cartas y llamadas telefónicas, el Dr. Morris y yo nos hacemos amigos. Me anima a llamarle Norval y me presenta a otros destacados penólogos estadounidenses. Empiezo a mantener correspondencia con profesores de todo Estados Unidos, entre los que se encuentran académicos como Leo Carroll, Todd Clear, Francis Cullen, Timothy Flanagan, Tara Gray y Marilyn McShane. Todos ellos apoyan mis esfuerzos y me invitan a contribuir a su trabajo. Como preso que estudia las prisiones desde dentro y comparte lo que sabe con el mundo académico, soy evidentemente único. El Dr. George Cole, autor y presidente del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Connecticut, se compromete a apoyarme. Empezamos a entablar una estrecha amistad.

La liberación se va infiltrando poco a poco en mi psique con cada una de estas relaciones. Soy menos susceptible a la desesperanza que impregna las vidas que me rodean. La mujer que amaba me dejó y sigo cumpliendo una condena que se mide en décadas, pero he creado un sentido de significado y siento que estoy progresando, lo cual es la clave para el crecimiento.

****

Bruce y yo hemos completado nuestra colaboración en «Transcending the Wall» (Trascender el muro), sobre la importancia de la educación en la transformación de la vida de los reclusos. Él me concede generosamente el crédito como primer autor, pero es Bruce quien coordina la publicación en la revista académica Journal of Criminal Justice Education, revisada por pares. Como le dije a Bruce durante nuestra visita de verano en 1993, nuestra publicación tiene un propósito pragmático.

«Tengo que empezar a pensar en trasladarme de esta penitenciaría», le digo durante una de nuestras visitas.

«¿Te sientes amenazado?», me pregunta, alerta.

Bruce leyó sobre la violencia en la USP Atlanta en un artículo del New York Times que la citaba como una de las prisiones de alta seguridad más peligrosas del país. Siempre se preocupa por mi seguridad.

«Mi horario me mantiene alejado de los problemas, pero la actividad de las bandas es cada día más intensa. Es violenta, hay derramamiento de sangre cada semana. Creo que es hora de solicitar el traslado».

«¿Y qué te lo impide?».

«Necesito más información. El problema es que, cuando un preso solicita un traslado, no se sabe adónde lo enviará la BOP. Es como jugar a la ruleta. Necesito trasladarme a la prisión más favorable para la educación».

«¿Puede Norval ayudarte?».

«Él puede ayudar, y dijo que lo haría. El problema es que no sé adónde ir. Si solicito un traslado, la Oficina de Prisiones probablemente me enviará más cerca de Seattle, pero estar más cerca de casa no es tan importante como los preparativos que necesito hacer para cuando salga».

«¿Qué tenemos que hacer?». Siempre me encanta el apoyo incondicional de Bruce, y aprecio especialmente que utilice el «tenemos»,lo que significa que siempre está dispuesto a ayudar.

«Necesito encontrar la mejor prisión en cuanto a programas educativos, pero no según lo que digan los miembros del personal. Necesito información privilegiada de presos reales que cumplen condena en las instituciones».

Bruce no entiende por qué la perspectiva de los presos es tan valiosa para mí cuando evito activamente las interacciones cercanas con la población penitenciaria.

Intento explicárselo. «Si alguien preguntara por las oportunidades educativas aquí en la USP Atlanta, el personal le hablaría de los programas básicos. Le dirían que hay profesores, aulas e incluso programas universitarios disponibles. Pero yo soy el único preso de los 2500 que ha obtenido un título aquí, y hay una razón para ello. Es porque, a pesar de lo que dicen los miembros del personal, el ambiente aquí es opresivo y las políticas que se aplican nos desaniman a seguir una educación».

«Sí, pero tú has superado los obstáculos aquí. ¿Qué te hace pensar que no los superarás dondequiera que vayas?».

«La razón por la que progreso aquí es porque cuento con el apoyo de la Sra. Stephens, el Sr. Chandler y algunas otras personas. Me permiten crear un horario que me permite evitar problemas y me da acceso a ordenadores; intervienen cuando las políticas o los miembros del personal intentan bloquearme. Cuando llegue a la próxima prisión, seré un preso más y me enfrentaré a obstáculos como todos los demás, incluidos los miembros del personal de la BOP, que pueden resentirse conmigo por esforzarme por llegar a ser algo más. Ese tipo de miembros del personal levantan barreras insuperables. Los veo todos los días aquí, pero esta penitenciaría se ha vuelto tan familiar para mí como la palma de mi mano y sé cómo moverme por aquí. Necesito detalles y la verdad actualizada de los presos sobre lo que sucede en otras prisiones. Con esa información, puedo decidir dónde solicitar un traslado».

Nuestra conversación se convierte en un plan. Bruce escribe una carta de presentación a Sylvia McCollum, directora de Educación de toda la Oficina de Prisiones. Enumera sus credenciales como profesor jubilado de educación de Chicago y explica que durante los últimos años ha sido mi mentor. Incluye una copia del artículo que hemos escrito juntos y se ofrece a viajar a Washington para reunirse con la Sra. McCollum y discutir las contribuciones que podría hacer a la Oficina de Prisiones como voluntario.

Si le hubiera escrito directamente a Sylvia McCollum, es poco probable que mi carta le hubiera llegado o que hubiera recibido una respuesta. Sin embargo, con Bruce como mi emisario, sabía que tendría más posibilidades de obtener la información que buscaba.

Bruce visitó a la Sra. McCollum en su oficina de Washington D. C., en la sede de la Oficina de Prisiones. Ella acogió con agrado su oferta de asesorar a otros presos e incluso me felicitó a través de Bruce por los progresos que había hecho. Cuando él le dijo que quería ayudar a otros, la Sra. McCollum lo animó. Le dio autorización para visitar cualquier prisión federal que quisiera y dio instrucciones a los responsables de los departamentos de educación para que le facilitaran el acceso organizando reuniones privadas con los presos más activos en los programas educativos.

«Estoy listo para comenzar mi viaje», me dice Bruce por teléfono después de describir su exitosa reunión con la Sra. McCollum. «¿A dónde debo ir?».

****

El trabajo de investigación da sus frutos. Con la ayuda de Bruce y Norval, coordino con éxito mi traslado tras descubrir que la mejor prisión para estudiar es la FCI McKean. Es una noticia maravillosa cuando los guardias me informan de que me van a trasladar fuera de la Penitenciaría Federal y que voy camino de McKean.

«Santos. 16377-004». Respondo al guardia que tramita mi traslado cuando me llama.

Me sacude las muñecas para asegurarse de que las esposas están bien sujetas y luego tira de la cadena que tengo alrededor de la cintura.

«¿Qué tenemos aquí?». El guardia me saca los pantalones de entre la piel y las esposas de acero que me sujetan los tobillos.

«No me dieron calcetines, señor. Las cadenas se me clavaban en las espinillas».

«Tendrás que aguantarte. La seguridad es lo primero». Aprieta las esposas para asegurarse de que no vuelva a sacar los pantalones. Luego me da el visto bueno.

Una vez leí una novela de Wilbur Smith que describía las horribles experiencias de personas que fueron encadenadas después de que los traficantes de esclavos las capturaran. Los esclavos eran obligados a caminar por terrenos accidentados hasta los barcos que los robaban de África. Las descripciones me repugnaron cuando leí la novela y las recuerdo mientras me subo al autobús. Los anillos de acero vuelven a clavarse en mi piel, pero al acortar mis pasos disminuyo el dolor.

Mi estómago se revuelve a pesar de haber ido tres veces al baño. Mi cuerpo no se ha movido más rápido de lo que mis piernas podían llevarlo desde 1988, la última vez que estuve en un vehículo. Ahora, en la primavera de 1994, estoy sentado en un incómodo asiento del autobús de la prisión que está a punto de sacarme de la USP Atlanta. Los gases del motor diésel me dan náuseas y me brotan gotas de sudor en la frente.

Han pasado siete años desde mi detención. Ahora tengo 30 años, soy sin duda un hombre diferente, aunque sigo siendo un preso con un largo y empinado camino por delante hacia una oscuridad aún mayor.

Sonrío mientras me acomodo en el asiento de vinilo negro, recordando cómo organicé este traslado. Con la ayuda de Norval, los obstáculos administrativos para el traslado fueron insignificantes. Bruce visitó cinco prisiones y habló con varios presos en cada una de ellas. Claramente, las noticias sobre la Institución Correccional Federal de Bradford, Pensilvania, conocida como FCI McKean, sugerían que se-

ría mi mejor opción. Los presos de McKean se refieren a ella como «Dream McKean», con un alcaide progresista, Dennis Luther, que apoya sin reservas los programas educativos.

Normalmente, la dirección documentada de residencia tras la puesta en libertad que figuraba en mi expediente habría impedido mi traslado a McKean. La BOP me confinó en la región sudeste debido a mi detención en el sur de Florida, pero mi dirección de puesta en libertad es Seattle.

«Puedo solicitar tu traslado a la FCI McKean», me dijo mi administradora de casos cuando se lo pedí, «pero sé que la Región no lo aprobará. No tienes una dirección de liberación en esa parte del país, y sé que te enviarán a una prisión en el oeste o a otra prisión aquí, en el sureste».

«No me importa estar cerca de casa. Me queda mucho tiempo por cumplir y McKean es el mejor lugar para terminar mi educación». Insistí con la solicitud, sabiendo que ella quería ayudar.

«Mira, te apoyo y voy a presentar tu solicitud para McKean. Solo te estoy diciendo lo que va a pasar. Una vez que envíe el expediente a la oficina regional, ya no estará en mis manos, y nadie en esa oficina sabe nada sobre ti».

Mi administradora de casos, la Sra. Forbes, había asistido a mi graduación en 1992 y me había ayudado a hacer los arreglos necesarios con la oficina de correos para recibir los libros que necesitaba de la biblioteca de Hofstra. Ella apoyaba mis esfuerzos, pero fue honesta al decirme lo que pensaba que sucedería una vez que presentara mi expediente para el traslado. Yo solo existía como un número en el sistema, y entendí que toda la consideración del personal de USP Atlanta terminaría con mi solicitud de traslado.

Después de esa conversación con mi administradora de casos, llamé a Norval y le expliqué las ventajas que ofrecía la FCI McKean, junto con los retos que tendría en la transferencia. Norval dijo que

conocía al director regional y prometió llamarlo en mi nombre. Eso fue hace dos días.

Cuando el motor del autobús comienza a rugir, me siento listo para partir. He vivido seis temporadas festivas entre presos que cumplen múltiples cadenas perpetuas en la penitenciaría. La transición a una prisión de seguridad media significa encontrar menos volatilidad y más optimismo, espero.

Mientras espero a que el autobús arranque, mis pensamientos, curiosamente, se dirigen a mi eventual liberación. Presenté una petición de indulto hace unos seis meses. No era mi intención presentar la petición hasta 1997, cuando habría cumplido mi primera década. Pero después de discutir mi plan con Norval, él me convenció de las ventajas de presentar la petición de inmediato.

«Estos trámites llevan tiempo y trabajo», me explicó Norval, «y la clemencia es extremadamente rara, especialmenteen este clima político. No veo ninguna ventaja en esperar hasta 1997. Has obtenido un título universitario y estás en camino de obtener un segundo. Redacta una petición ahora y envíamela para que la revise. Creo que deberías iniciar el proceso».

Con la carta de apoyo de Norval, envié con orgullo mi petición al abogado de indultos de Estados Unidos en Washington. De eso hace más de seis meses. Cada vez que he preguntado por el progreso, he recibido cartas tipo que dicen que mi petición está siendo revisada. No tengo ni idea de qué pasará, si es que pasa algo. No puedo entender el concepto de pasar 19 años más en prisión. Pero ahora me van a trasladar de una penitenciaría de alta seguridad a una FCI de seguridad media, y estoy emocionado por el cambio de escenario, aunque siga inmerso en una población de más de 1500 delincuentes.

****

Los frenos neumáticos suspiran cuando el autobús se detiene frente al edificio administrativo de la FCI McKean. Mientras miro a través de las vallas metálicas separadas por alambre de púas, recuerdo la prime-

ra vez que vi una prisión de cerca, allá por 1987, cuando la DEA me acompañó a través de las puertas del MCC Miami. McKean tiene ese mismo aire inofensivo de un parque empresarial. Sin los altos muros de hormigón impenetrables y las torres de vigilancia de Atlanta, McKean parece casi acogedor, al menos desde fuera. Supongo que los años me han institucionalizado.

Mientras bajo del autobús cojeando, inhalo el aroma de los árboles de hoja perenne. McKean se encuentra en medio del bosque Allegheny, al noroeste de Pensilvania. No recuerdo la última vez que estuve en un entorno tan natural, a pesar de las vallas dobles coronadas con alambre de púas. El aire fresco de la montaña me hace temblar, pero me empapo de la vista de los árboles, las flores primaverales y las lejanas colinas onduladas mientras avanzo junto con otros 22 presos hacia la zona de tramitación.

Es temprano por la tarde cuando los guardias me sacan una foto, me toman las huellas dactilares y me entregan mi saco de dormir y mi tarjeta de identificación. En lugar de seguir los amplios pasillos de hormigón que atraviesan los cuidados jardines hacia mi unidad de alojamiento, me desvío hacia el departamento de educación para echar un vistazo y presentarme al supervisor de educación. Encuentro la oficina de la Sra. Barto y llamo a la puerta.

«¿Puedo hablar con usted un momento?».

Ella mira mis zapatos de lona azules, mis pantalones caqui con cintura elástica, mi camiseta blanca deslucida con un 2XL escrito con rotulador negro en la parte superior izquierda del pecho y el saco de dormir que llevo bajo el brazo.

«Parece que acaba de llegar».

«Sí, acabo de llegar». Por la descripción que me había dado Bruce, sabía que me esperaba una imagen diferente a la del Sr. Chandler. La Sra. Barto tiene unos 35 años, es delgada, con cabello castaño, dientes blancos y brillantes y ojos azules que destellan. Tiene una sonrisa

acogedora que, estoy seguro, muchos presos confunden con una invitación al coqueteo.

«¿Aún no te has presentado en tu unidad de vivienda?».

«Antes de ir allí, quería presentarme y preguntarle si tendría algún trabajo para mí. Me llamo Michael Santos. Acabo de ser trasladado desde la USP de Atlanta. Quizás recuerde a mi mentor, el Dr. Bruce McPherson, que le visitó a usted y a algunos reclusos aquí hace aproximadamente un mes».

«Ah, eres amigo del Dr. McPherson. Me comentó que ibas a intentar trasladarte aquí. Me sorprende que lo hayas conseguido, y tan rápido».

«Supongo que tuve suerte. Quería hablar con usted sobre un programa educativo en el que participo y espero que me ayude con algunos requisitos especiales».

«Estás en una escuela por correspondencia, ¿verdad?». Ella recuerda que Bruce le habló de mí.

«Estoy a punto de terminar un programa en la Universidad de Hofstra. Para completarlo, necesito hacer algunos trámites aquí para que la biblioteca de Hofstra pueda enviarme los libros que tengo que leer. Además de esos trámites, espero que usted pueda ofrecerme un trabajo que me permita acceder a un procesador de textos».

Gracias a que Bruce allanó el camino antes de mi llegada, la Sra. Barto me brinda todo el apoyo que necesito y no hay retrasos en mi adaptación a McKean. Me asigna la tarea de dar clases particulares a otros presos en sus estudios a su propio ritmo para que aprendan habilidades de procesamiento de textos. Autoriza mi uso de la computadora para la escuela y coordina con la sala de correo para aceptar paquetes de la biblioteca de Hofstra. Gracias a los preparativos previos de Bruce y a mi historial de logros claramente documentado, mi transición a Dream McKean es perfecta.

****

En comparación con la penitenciaría, McKean es un sueño. Aunque unos pocos presos del recinto cumplen condenas de cadena perpetua, la tensión en McKean no es tan omnipresente ni palpable como lo era en la USP Atlanta. El liderazgo profesional e inteligente es la razón detrás de la tranquilidad. El alcaide Dennis Luther no se aferra a la idea simplista de que las prisiones deben existir únicamente para aislar y castigar. En lugar de basarse en políticas que aplastan la esperanza y gestionar mediante la amenaza de castigos adicionales, el alcaide Luther utiliza un sistema muy eficaz de incentivos positivos.

Ya no vivo en un caldero a punto de hervir. Para salir de mi celda en Atlanta tenía que esperar a horas específicas y pasar por ocho controles distintos, detectores de metales y registros solo para llegar a la sala de pesas. Por el contrario, en McKean las puertas no se cierran con llave y nuestra libertad para caminar libremente fomenta una independencia responsable, lo que reduce la tensión en general.

McKean tiene un sistema de economía simbólica en el que los presos pueden ganar puntos de forma individual y colectiva. Canjeamos los puntos por privilegios y recompensas que nos hacen más llevadera la estancia. El sistema progresivo ofrece a la población incentivos para ejercer el autocontrol. Al mantener limpias las habitaciones y las unidades de alojamiento, los presos ganan el privilegio de tener más acceso a la televisión y al teléfono. Los que acumulan suficientes puntos ganan el privilegio de tener un televisor portátil y un reproductor de vídeo en sus habitaciones. Al minimizar las infracciones disciplinarias, los presos pueden participar en picnics familiares, pedir comida y productos a los comercios locales y llevar ropa personal en lugar de la institucional.

Nadie quiere problemas que puedan llevar a la pérdida de privilegios o a confinamientos. El sistema funciona excepcionalmente bien, eliminando problemas como las pandillas y la violencia. La rígida burocracia de Atlanta se opone frontalmente a McKean. Las ideas para mi tesis de máster comienzan a tomar forma a medida que estudio el estilo de gestión de Luther. Con entusiasmo, le escribo una carta ex-

plicándole mis intenciones. No solo me apoya, sino que me invita a su oficina y se pone a mi disposición para una entrevista.

****

«Vengo a ver al alcaide Luther», le explico al guardia que me mira con recelo cuando me presento en la zona de control. El guardia está apostado en una cabina cerrada con llave, una zona prohibida para los presos. Después de hacer una llamada y confirmar que estoy autorizado para visitar al alcaide en su oficina, el guardia, aún receloso, abre la puerta con un timbre y entro.

Altas plantas de interior con pesadas hojas verdes llenan el vestíbulo, similar a un atrio. Levanto la vista y veo varias claraboyas. Peces de colores vivos nadan en un gran acuario junto al mostrador de la recepcionista. Ella me dice que suba las escaleras.

«La oficina del alcaide está a la izquierda».

Cuando entro en la oficina, la secretaria del alcaide me saluda desde su escritorio. «Tome asiento, señor Santos. El alcaide Luther le recibirá en un momento».

Me sonríe y me ofrece una taza de café, como si fuera un colega que visita a un conocido de negocios. Le doy las gracias, pero rechazo el café y cojo una revista de la mesa de madera que hay junto a la silla. La revista especializada está dirigida a la industria penitenciaria y a quienes trabajan en la gestión de prisiones. Al hojear el índice, enseguida veo un artículo que el alcaide Luther ha escrito junto con uno de mis mentores, el profesor John DiIulio.

Suena el teléfono de la mesa de la secretaria y ella me dice que puedo pasar a la oficina del alcaide. Me tiemblan un poco las piernas mientras camino sobre la lujosa alfombra. El alcaide Dennis Luther está sentado en un sillón de cuero de respaldo alto, frente a un escritorio de madera de cerezo. Detrás de él, una gran ventana da al centro del recinto de McKean. En una esquina cuelgan de dos mástiles una bandera estadounidense y otra con el escudo del Departamento de Justicia. Las

estanterías cubren la pared y veo fotografías de él con otros funcionarios de la Oficina de Prisiones, incluida la directora Kathy Hawk.

«TSiéntese». El alcaide Luther me indica un sofá junto a su escritorio. Es el primer sofá en el que me siento desde que comenzó mi condena. «Háble me de su tesis y de cómo puedo ayudarle», me anima.

«Estoy en una etapa en la que tengo que proponer el tema de mi tesis al comité de posgrado. Me gustaría escribir sobre el sistema de incentivos y la economía de fichas que usted ha puesto en marcha aquí. Podría presentar un caso más convincente si pudiera conocer las influencias que han dado forma a su filosofía de gestión».

«De acuerdo. Podemos empezar ahora mismo. ¿Qué preguntas tiene?».

«Vaya. No esperaba empezar hoy, pero ya que se ofrece, me gustaría saber más sobre su relación con el profesor John DiIulio».

Mi pregunta le sorprende y estoy seguro de que se pregunta cómo sé lo del profesor de Princeton. «¿John DiIulio? ¿Por qué me preguntas por él?».

«Bueno, mientras esperaba en la sala de espera, hojeé la revista que había sobre la mesa. No tuve tiempo de leerla, pero vi que usted es coautor de un artículo con el Dr. DiIulio. Durante los últimos años he mantenido una correspondencia con él y he leído todos sus libros. Por lo que he aprendido a través de nuestra correspondencia y de sus libros, Governing Prisons y No Escape, me sorprende que ustedes dos colaboren como colegas».

Él se ríe entre dientes. «La verdad es que John y yo tenemos más cosas en común de lo que usted podría pensar».

****

Después de pasar una hora con el alcaide, regreso a mi habitación y escribo inmediatamente una carta al Dr. DiIulio. Le explico que propongo centrar mi tesis en el estilo de gestión del alcaide Luther,

contrastando su economía simbólica con los objetivos de aislamiento y castigo que promueve el profesor James Q. Wilson, e incluso con el modelo de control estricto que el propio DiIulio ensalza.

El Dr. DiIulio me sorprende con su rápida respuesta a mi carta. Escribe que se alegra de que me haya adaptado tan bien a la FCI McKean y de que haya tenido la oportunidad de aprender de su amigo, el alcaide Luther. «¿Qué tal si organizo una excursión a McKean con una clase de estudiantes de Princeton? De esa manera, podrían visitar la prisión y tal vez pasar un rato escuchando a usted y al alcaide Luther describir sus perspectivas sobre el confinamiento».

Es una oferta increíble para mí, y la acepto con entusiasmo.

****

Un sábado por la mañana, en otoño de 1994, me despierto a las tres en punto cuando un guardia ilumina con su linterna mi celda individual para realizar el recuento del censo. Después de salir de debajo de las mantas y encender la luz, me siento en mi escritorio para leer las notas que he tomado de los libros del Dr. DiIulio.

En unas horas recibiré un honor que sé que tendrá significado para el resto de mi vida. Aunque no es exactamente lo mismo que dar una conferencia en Princeton, estoy deseando hablar con un grupo de estudiantes de la Ivy League, contribuir a su educación y a su comprensión del sistema penitenciario estadounidense. Pocos presos disfrutarán jamás de tal honor y, por un momento, me regodeo en mi buena suerte. Siento que estoy trazando mi propio camino, progresando.

A las nueve en punto me dirijo a la oficina del alcaide Luther, preparado y decidido a causar una buena impresión, al tiempo que ofrezco al Dr. DiIulio y a sus estudiantes una perspectiva diferente sobre la necesidad de una reforma penitenciaria. Los tres, el alcaide Luther, el alcaide adjunto Craig Apker y yo, nos sentamos en una sala de conferencias.

«¿Les apetece un café o un chocolate caliente?», pregunta el alcaide Luther señalando la mesa del bufé.

Me acerco y me sirvo chocolate caliente de un termo. Mientras admiro la variedad de pasteles que hay sobre la mesa de roble, de repente me doy cuenta de que es la primera vez que bebo de una taza de cerámica desde que estoy encarcelado. Estoy acostumbrado al plástico y esta taza pesada me golpea los dientes. Toda la experiencia me hace sonreír.

«¿Ha dormido bien?», me pregunta el alcaide.

Viste de manera informal, con pantalones de pana marrones y un suéter beige sobre una camisa con cuello Oxford abotonado. Tiene un aspecto elegante, lo que supongo que es apropiado para una reunión con los estudiantes universitarios.

«Llevo despierto desde las tres», admito. «Hoy es un día importante para mí y quería repasar las notas que he tomado sobre los libros del Dr. DiIulio».

A través de la ventana de la sala de conferencias, los tres vemos cómo el autobús chárter se detiene frente al edificio de la administración. He visto fotografías del Dr. DiIulio antes y lo reconozco cuando baja del autobús. He leído todo lo que he podido sobre él. Sé que obtuvo su doctorado en Harvard y que fue uno de los profesores más jóvenes de Princeton en obtener la titularidad.

Cuento catorce estudiantes, todos bien vestidos, y contemplo el brillante futuro que les espera. Son futuros líderes que se están formando en una de las mejores universidades del mundo. Algunos pueden ser hijos de legisladores y jueces. Pienso en la influencia que representan y me siento agradecido por el privilegio de poder hablar con ellos mientras llevo puesto el uniforme caqui de un preso.

Tras las presentaciones, nos sentamos en sillas acolchadas alrededor de la pulida mesa de conferencias de madera. Los estudiantes toman notas mientras el alcaide Luther proporciona al grupo detalles sobre la prisión. Se trata de una institución correccional federal de seguridad

media con una población que oscila entre 1400 y 1800 hombres. Describe cómo gobierna la prisión desde la perspectiva de que los presos son enviados a prisión como castigo por sus delitos, rechazando la idea de que tiene el deber de castigarlos aún más creando una atmósfera opresiva.

«¿Cree que otros podrían interpretar que su prisión mima a los reclusos?», pregunta uno de los estudiantes.

«¿Qué opinas, Michael? ¿Te están mimando?». El alcaide Luther desvía la pregunta del estudiante hacia mí y yo respondo con mucho gusto.

«Cumplí los primeros años de mi condena en una prisión de alta seguridad, un entorno que realmente deshumaniza a todo el mundo. Aunque yo fui capaz de crear una rutina y centrarme en formarme, la mayoría de los demás presos abandonaron la esperanza. Esas percepciones y actitudes avivaron su hostilidad. Ese nivel de ira no existe aquí y, desde ese punto de vista, es mejor, al menos para mí.

«Algunas personas pueden creer que este ambiente mima a los presos, pero tiene muchas ventajas que deberían interesar a los contribuyentes. No percibo una fuerte presencia de bandas, no he visto ningún derramamiento de sangre y los presos colaboran para mantener la disponibilidad de los privilegios por los que podemos luchar. Seguimos estando en prisión, seguimos viviendo sin nuestra familia, sin libertad. Cuando estoy tumbado en una litera de acero en una habitación cerrada con llave por la noche, con ganas de volver a ver a mi madre o de abrazar a mis hermanas, o cuando sufro por el distanciamiento que siento de la sociedad, de las mujeres, soy consciente de mi castigo. Llevo más de 2500 días viviendo así. Para mí, no siento que me estén mimando».

«¿Qué tipo de cambios cree que podría hacer el Congreso que redundaran en beneficio de los contribuyentes?», pregunta el Dr. DiIulio al alcaide Luther.

«Un cambio que recomendaría sería cerrar todos los campos de prisioneros de mínima seguridad. Los campos no tienen ninguna utilidad. Las vallas no confinan a los prisioneros del campo, y los hombres no son una amenaza para la sociedad. Los prisioneros del campo deberían cumplir sus sanciones en arresto domiciliario o bajo alguna otra forma de sanción basada en la comunidad que no requiriera que los contribuyentes gastaran más de 10 000 dólares al año para mantener a cada hombre que confinamos en un campo».

«¿Y tú, Michael? ¿Qué tipo de cambios te gustaría que hiciera el Congreso?».

«Bueno, como preso de larga duración, me gustaría que los ciudadanos y los miembros del Congreso se replantearan el concepto de justicia. En lugar de medir la justicia por el número de años que una persona cumple en prisión, me gustaría que se introdujeran cambios que midieran la justicia por los esfuerzos que realiza el delincuente para redimirse de sus delitos y reconciliarse con la sociedad. Las reformas deberían animar a los delincuentes a esforzarse por ganarse la libertad mediante méritos y actos redentores».

«¿Y los delincuentes violentos?», interviene otro estudiante. «¿Deberían los delincuentes que atacan violentamente a la sociedad tener la oportunidad de ganarse la libertad?».

«Creo firmemente en la capacidad de las personas para cambiar y llevar una vida productiva y útil. Una sociedad ilustrada como la nuestra debería permitirque su sistema de justicia penal evolucione. No sé qué mecanismos deberían poner en marcha los ciudadanos o los líderes, ni qué retos debería superar un individuo para ganarse la libertad, pero creo que podemos idear un sistema que sirva mejor a la sociedad que encerrar a un ser humano en una jaula durante décadas. Quizás algunos delincuentes no expresen arrepentimiento, ni se esfuercen por expiar sus culpas, ni hagan lo suficiente para ganarse la libertad. Pero muchos sí lo harán. Y estoy seguro de que un sistema así serviría mejor a los intereses de la sociedad que uno que se limite a aislar y castigar».

****

Las horas que pasamos juntos en la sala de conferencias del alcaide Luther me levantan el ánimo. Cuando salimos, soy el guía turístico, respondiendo a las preguntas de los estudiantes mientras recorremos las unidades de alojamiento, las áreas de recreación y el recinto de la prisión. Después de nuestra visita, regresamos para una segunda conferencia que dura otras pocas horas. Me siento lleno de energía cuando finalmente los acompaño hasta el autobús, y no me importa en absoluto que el guardia de la puerta que da acceso a la prisión me ordene ponerme contra la pared para cachearme. Indiferente al desprecio y al ataque a mi dignidad humana, sonrío al grupo de estudiantes que observan el registro.

«¿Quiénes son?», pregunta el guardia, curioso por saber por qué estoy con el grupo.

«Son estudiantes de Princeton».

Me está registrando minuciosamente, tal vez porque el grupo está mirando. Soy un espectáculo, en exhibición, con las manos del guardia recorriendo mis brazos como si estuviera apretando carne en una tripa de salchicha.

«¿Y por qué vienen a verte? ¿Vas a Princeton?».

«No. Mantengo correspondencia con su profesor, que tiene relación con el alcaide Luther. Los estudiantes vinieron de excursión y me invitaron a participar».

«Qué suerte tienes», dice mientras me deja pasar por la puerta y entrar en el patio de la prisión.

****

Mi encuentro con el Dr. DiIulio y sus alumnos inspira mi tesis. Se convierte en un proyecto que consigue hacerme sentir aún más afortunado, abriéndome nuevas vías que pocos presos condenados a largas penas disfrutan. El alcaide Luther me autoriza a grabar un vídeo para presentarlo en la Conferencia Anual de 1994 de la Sociedad Americana de Criminología y, en mayo de 1995, Hofstra me concede el título

de Máster en Artes. Con esas credenciales y las cartas de recomendación de mi creciente red de apoyo, el Dr. George Cole convence a sus colegas para que me admitan en un programa de la Universidad de Connecticut que me llevará a obtener mi doctorado. Tras ocho años de condena, estoy en camino de convertirme en un académico distinguido. O eso creo.

CAPÍTULO SIETE

Mes 93-95 / 1995

Hofstra me otorga mi título de máster en mayo de 1995 y comienzo a trabajar para obtener un doctorado en la Universidad de Connecticut. Los libros de texto sobre penología podrían curar el insomnio, pero el camino claro hacia un doctorado me motiva, manteniéndome encerrado en mi habitación, excepto por mi ejercicio matutino. A veces pienso en los autores y me pregunto qué les inspiró a estudiar y escribir sobre las prisiones. Sé que, para ellos, una condena larga no fue el motivo. No tengo ni idea de qué impulsa a alguien a construir una carrera en torno a los recintos amurallados de hormigón y acero que ahora albergan a más de dos millones de personas en Estados Unidos.

Me quedan dieciocho años más por cumplir y, a veces, me siento desconectado, como si viviera detrás de una pared de cristal, desde donde puedo ver pero no participar en la sociedad en general. Estoy aislado, aunque mis proyectos dan sentido a mi vida y disipan los sentimientos de soledad o desesperación. Me siento impulsado por mis objetivos cada día, corriendo para terminar un proyecto y poder empezar otro. A pesar del tiempo que me queda por cumplir, sigo sintiendo que no puedo permitirme perder ni un solo segundo.

Cuando me entero de que el alcaide Luther planea jubilarse en junio, me preocupa que su marcha provoque cambios que puedan perturbar mi progreso. Lo busco y le pregunto quién lo sustituirá como alcaide.

«No te preocupes», me asegura el alcaide. «No importa quién venga. Sigue trabajando en tu educación y seguirás viviendo de forma productiva aquí».

Bajo el liderazgo del alcaide Luther, McKean goza de la reputación de tener reclusos relativamente bien comportados. A pesar de las lar-

gas condenas que cumplen muchos de ellos, aprecian los privilegios de la «libertad de movimiento», la ausencia de cierres, la posibilidad de pedir comida de la comunidad y el privilegio de participar en la economía de fichas de Luther. Los hombres que se trasladan desde otras prisiones dejan atrás su tensión, hostilidad y problemas con las bandas. Por toda la institución, cuelga copias de un memorándum enmarcado titulado: Creencias del alcaide Luther sobre el trato a los reclusos. Las 28 creencias comienzan así:

1. Los reclusos son enviados a prisión como castigo y no para ser castigados.

2. Los trabajadores penitenciarios tienen la responsabilidad de garantizar que los reclusos regresen a la comunidad sin más ira u hostilidad que cuando ingresaron.

3. Los reclusos tienen derecho a un entorno seguro y humano mientras están en prisión.

4. Debes creer en la capacidad del ser humano para cambiar su comportamiento.

5. Normalizar el entorno en la medida de lo posible proporcionando programas, comodidades y servicios. La denegación de los mismos debe estar relacionada con el mantenimiento del orden y la seguridad, y no con el castigo.

6. La mayoría de los reclusos responderán favorablemente a un entorno físico limpio y estéticamente agradable y no lo vandalizarán ni destruirán.

La filosofía de Luther, aunque poderosa y positiva, existe en la FCI McKean, pero en ningún otro lugar que yo conozca dentro de la Oficina de Prisiones. No durará más allá de su partida y presiento problemas.

Algunos miembros del personal resienten los privilegios que el alcaide Luther me concede, y puedo entender por qué. Después de todo, me trata con amabilidad y no es raro que me llamen por megafonía

para que me presente en la oficina del alcaide. Apoya abiertamente mi programa académico, autorizándome el acceso gratuito a un laboratorio de informática, permitiéndome utilizar los procesadores de texto para mi programa académico, así como para mantener correspondencia con mi creciente red de apoyo. En una ocasión, me presentó a un grupo de visitantes que estaba guiando por la prisión.

«Este es el recluso Santos. Sabe más sobre prisiones que muchos de mis empleados». Me trata más como a un colega que como a un preso, y algunos miembros del personal lo resienten. No se me escapa la expresión congelada de sus rostros, el lenguaje corporal que implica un claro desacuerdo en ese punto.

Mi perfil en McKean se ha vuelto demasiado alto. Todos los miembros del personal saben que el alcaide Luther apoya y patrocina mi trabajo, y siento que su jubilación me convierte en un blanco. Empiezo a considerar las ventajas de solicitar un traslado a un lugar nuevo, un lugar donde pueda cumplir mi condena de forma anónima. Si pidiera el traslado, estoy seguro de que mi red de apoyo podría ayudarme a conseguirlo. Sin embargo, hacerlo significaría la pérdida inmediata de los privilegios de los que disfruto aquí, así que pospongo la decisión y decido ver qué pasa con el cambio de dirección.

****

A las pocas semanas de la marcha de Luther, llega el alcaide Meko, que acaba con el sistema de economía simbólica de Luther y hace añicos el ambiente de confianza. El nuevo alcaide instaura los controles opresivos característicos de otras prisiones, lo que provoca un rápido aumento de los niveles de ira y hostilidad que no existían bajo el liderazgo de Luther.

El alcaide Meko es todo ley y orden. Si le pusieras unas gafas de sol de espejo, podría posar para un cartel de la patrulla de carreteras. Él y su personal evalúan rápidamente que los presos de la FCI McKean han estado viviendo demasiado bien y están decididos a moderar el ambiente, para ponernos en línea con sus creencias sobre cómo deben vivir los presos. Al eliminar los incentivos a los que los presos se han

acostumbrado, también elimina el sentido de camaradería y tolerancia. El ambiente de McKean cambia rápidamente a uno de descontento, con crecientes tensiones raciales y amenazas, erradicando la esperanza que el alcaide Luther se esforzó tanto en infundir. El nuevo régimen quiere una prisión estándar y acoge con satisfacción la hostilidad que genera su sistema punitivo. Las tensiones se hacen más palpables.

El pasado mes de abril, las autoridades detuvieron a Timothy McVeigh por el atentado con bomba contra eledificio federal Murray en Oklahoma City, en el que murieron 168 personas. Los procedimientos judiciales están en todas las noticias. Muchos presos de la FCI McKean ahora apoyan abiertamente a McVeigh, vitoreando cualquier signo de disturbios civiles, desde grupos milicianos hasta incidentes de rebelión civil. Este ambiente parece propicio para la rebelión.

Es octubre y surge otro fervor. Louis Farrakhan, ministro de la influyente Nación del Islam, ha organizado la Marcha del Millón de Hombres en Washington para protestar contra la injusticia en Estados Unidos. Pide a los hombres negros que se unan y a los legisladores que aporten equidad a un sistema de justicia penal que encarcela de manera desproporcionada a negros e hispanos. La atención de los medios de comunicación aviva la ira de los presos de McKean, y en el recinto se habla constantemente de la necesidad de unirse, de tomar una postura, de hacer algo. Mientras que el alcaide Luther nos habría guiado de forma positiva a través de este deseo colectivo de rebelión, el alcaide Meko aviva el fuego para ver hasta dónde están dispuestos a llegar los presos con su ira. Si Luther hubiera estado al mando, sospecho que habría convocado una reunión en el ayuntamiento, reuniendo a todos los presos para recordarles que él no tenía ningún poder sobre la duración de sus condenas. Probablemente habría transmitido un mensaje como el siguiente:

«Aunque no puedo hacer nada para cambiar la duración de las condenas de ninguno de ustedes, los alcaides marcan la pauta del ambiente en estos lugares. Hago todo lo posible por gestionar una institución eficiente que permita a todos cumplir sus condenas con dignidad. En McKean ofrecemos privilegios e incentivos condicionales a todos los

que actúan de forma responsable, pero cualquier indicio de rebelión dará lugar a cambios que podrían incluir confinamientos, controles estrictos y la pérdida de privilegios que ninguno de nosotros desea. Os animo a que colaboréis y actuéis de forma responsable para que todo siga funcionando bien aquí».

Por otro lado, la administración bajo el liderazgo del alcaide Meko ve una oportunidad en el resentimiento que se está gestando. Un disturbio organizado proporcionaría la cobertura necesaria para desmantelar por completo las políticas progresistas que favorecía el alcaide Luther. Mientras que los presos resienten la nueva administración, la mayoría de los miembros del personal acogen con entusiasmo los cambios que está implementando el régimen de Meko. Es como si estuvieran incitando a los presos a llevar a cabo sus amenazas de rebelión. No tienen que esperar mucho.

Cuando abro la puerta a las 5:20 de la mañana, me cuesta creer que Luther se jubilara hace solo tres meses. En lugar de la calma que reinaba anteriormente en McKean, veo incendios ardiendo ante mí. Los presos están desatados, con gorros de lana cubriéndoles el rostro, rompiendo ventanas, sillas, mesas y escritorios. Los guardias han abandonado sus puestos, dejando todo el edificio sin orden alguno. Cierro la puerta y me retiro a mi habitación, sabiendo que ya he visto más de esta refriega de lo que me gustaría.

Aunque los presos corren desenfrenados por las zonas comunes, las puertas de acero cerradas con llave les impiden salir al recinto. El objetivo de su anarquía es la destrucción, no la fuga. No es solo nuestra unidad de alojamiento la que está sumida en el caos, ya que a través de la estrecha ventana de mi habitación veo llamas naranjas que alcanzan el techo de la unidad contigua, donde arde una mesa de billar.

Como he hecho tantas otras veces, me acuesto en mi litera y me cubro los ojos con la almohada, en un esfuerzo consciente por desconectarme de mi entorno. No oír nada malo, no ver nada malo y no decir nada malo es parte de mi estrategia deliberada para sobrevivir aquí. La violencia y los disturbios forman parte del viaje, y solo tengo que aceptarlo. Sé que pronto nos encerrarán y que habrá una inves-

tigación oficial. Lo mejor que puedo hacer ahora es intentar dormir a pesar de todo este lío.

****

«¡Todos los reclusos! ¡De pie para el recuento!». La orden del guardia, transmitida por megáfono desde la zona común, me despierta a las 10:30 de la mañana.

Han pasado cinco horas desde que vi las llamas fuera de mi puerta y mis ventanas. Ahora veo a una docena de guardias vestidos con camuflaje y cascos con viseras transparentes en posición de alerta. Llevan porras y esposas de plástico para esposar rápidamente, junto con botes de gas lacrimógeno que cuelgan de sus pesados cinturones de cuero. Me preparo para la brigada antidisturbios, al ver que todos están equipados y listos para el combate. Uno lleva una videocámara y graba la destrucción, mientras que otro toma fotos de los escombros con una cámara instantánea.

«¡Repito!», grita de nuevo el guardia. «¡Pónganse de pie para el recuento! Cualquier recluso que se niegue a ponerse de pie estará resistiéndose y mis oficiales responderán en consecuencia. ¡Así que repito de nuevo! ¡Pónganse de pie para el recuento!».

Algunos presos gritan obscenidades desde sus celdas, burlándose de los guardias. Me apoyo contra mi litera y me quedo de pie estoicamente, dejando que todos vean que no tengo nada que ver en esta pelea. Como era de esperar, el equipo antidisturbios responde agresivamente al desafío, irrumpiendo en las habitaciones, inmovilizando a cualquier recluso beligerante, provocador o que se resista con esposas de plástico y llevándolos directamente a los autobuses que los esperan. Esos hombres se han ido, trasladados a penitenciarías a miles de kilómetros de distancia. No es asunto mío, ya que no me siento identificado con los reclusos miopes que han provocado este problema.

He leído y reflexionado sobre la lucha y el sufrimiento de Elie Wiesel, Viktor Frankl y los millones de personas que perecieron a causa del antisemitismo en los campos de Hitler. También he leído mucho

sobre la persecución de los negros y la injusticia en nuestro país. Esas historias me inspiran, ya que al leerlas tengo ejemplos de sobrevivientes increíbles que superaron esas graves violaciones de los derechos humanos. Ahora, mientras estoy encerrado en mi celda, contemplo las estrategias que utilizaré para triunfar sobre las indignidades deshumanizantes que están por venir. Tengo lo que necesito, incluyendo libros, espacio para hacer ejercicio, un plan, una capacidad cada vez mayor para expresarme y una audiencia profesional de mentores que validan mis esfuerzos. Lo lograré. Puede que pierda el acceso a las computadoras y otros privilegios que han facilitado mis estudios, pero lo superaré, confiando en mi reserva de bolígrafos y en la habilidad que he desarrollado para escribir en filas rectas en papel sin líneas.

Estar encerrado en mi celda del tamaño de un armario me impide acceder a la pista o al gimnasio. Así que hago ejercicio solo, ignorando los gritos de otros presos que dan patadas a sus puertas para protestar por el encierro. Corro en el sitio durante horas, levantando las rodillas y luego bajándolas para hacer varios cientos de flexiones. Con una toalla sucia, seco el sudor que me resbala por el cuerpo y se acumula en el suelo. Puede que tenga que esperar unos días para ducharme, pero tengo jabón y un lavabo con agua corriente para asearme. Lavo mi ropa interior y mi camiseta, y las cuelgo para que se sequen en un gancho en la pared. Puedo hacer esto todo el tiempo que sea necesario.

Los guardias traen pan blanco con una rebanada de mortadela en una bolsa marrón dos veces al día. A medida que pasan las semanas, saco fuerzas al saber que prisioneros como Nelson Mandela, Alexander Solzhenitsyn y muchos, muchos otros han soportado cosas mucho peores.

****

Las operaciones «normales» se reanudan en McKean en noviembre de 1995, aunque con más restricciones y controles. Ahora es como cualquier otra prisión, con detectores de metales, puertas cerradas con llave y más confinamiento en las celdas. Cientos de presos fueron trasladados a otras instituciones tras los disturbios, y las investigaciones

continúan. El periódico local cubre los disturbios e informa de que los daños causados a la prisión superan el millón de dólares. Son muchas ventanas rotas y muebles destrozados, aunque sospecho que el alcaide Meko infló esos costes al mantenernos encerrados, lo que generó unas horas extras inmensas para el personal y la instalación de nuevas medidas de seguridad, como cámaras de vigilancia en todo el recinto. Ha conseguido convertir Dream McKean en una pesadilla.

Algunos presos se enfrentan a nuevos cargos penales y otros pasarán años en aislamiento sin acceso a visitas, teléfono u otros privilegios que antes daban por sentados. La pérdida de la televisión, las mesas de billar, el bingo y los vídeos no afecta a mi adaptación a este nuevo régimen. En lugar de chupetes, necesito permiso para recibir libros por correo de la Universidad de Connecticut para mi segundo semestre, ya que el largo confinamiento me ha dado tiempo para terminar mi primer semestresemestre desde mi celda. Estoy ansioso por reanudar mis estudios, pero antes de poder hacerlo, necesito ese permiso para recibir más libros. Solo un subdirector puede concederme ese permiso.

Es el Día de Acción de Gracias cuando veo al subdirector Nuss en el comedor. Luce un mechón de pelo oscuro peinado con gel para ocultar su calvicie incipiente y se mantiene erguido, con las manos entrelazadas a la espalda, sin apenas moverse. Incluso su rostro está congelado, como si una sonrisa pudiera agrietarlo. Las gafas con lentes circulares en una montura de alambre fino, casi invisible, que recuerdan a las que llevaban Teddy y Franklin Roosevelt, completan la imagen austera que proyecta.

Avanzo lentamente por la fila con cientos de otros presos hacia la barra de servicio. Nunca he hablado con Nuss, pero sé que forma parte de la nueva administración de Meko, conocido como el hombre de confianza de Meko. Está a cargo de la seguridad, es el hombre que supervisa el trabajo de los capitanes, tenientes y guardias. Vi su firma en los memorandos que sustituyeron el antiguo sistema de incentivos por amenazas de medidas disciplinarias y castigos.

Necesito hablar con AW Nuss para obtener su aprobación por escrito para recibir mis libros de texto. Desde el otro lado del ruidoso

comedor, trato de evaluar su estado de ánimo, valorando si es un buen momento para acercarme a él.

Llevo 12 minutos avanzando lentamente en la fila con la mirada fija en él, y he observado que nadie se ha atrevido a acercársele. Finalmente, un preso que sostiene una bandeja de plástico marrón con pavo y puré de patatas se aventura a iniciar una conversación. Nuss mira al preso sin cambiar su expresión facial, asiente ligeramente con la cabeza y el preso sigue adelante.

Calculo que pasarán otros 10 minutos antes de que los camareros de la fila carguen mi bandeja. No quiero hablar con Nuss, pero como necesito su autorización para que la universidad me envíe los libros para el próximo trimestre, no tengo otra opción. Es posible que se haya ido para cuando encuentre un sitio donde sentarme, así que decido abandonar mi lugar en la fila que avanza lentamente y acercarme a él.

El preso que estaba detrás de mí en la fila me advierte: «¡Eh! Si te vas, se acabó, tío. No te voy a guardar el sitio».

Me encojo de hombros. «No te he pedido que me guardes el sitio».

«Solo te digo que no te voy a guardar el sitio». La dentadura de oro que lleva en la boca brilla mientras me alejo.

Me abro paso entre la multitud hacia la pared del fondo, donde está Nuss. Sus ojos recorren lentamente la sala, mirando de un lado a otro por encima de las cabezas de más de 500 presos. Desvía la mirada hacia mí cuando se da cuenta de que me acerco.

«Disculpe, señor Nuss. ¿Puedo hablar con usted?».

Su asentimiento es casi imperceptible, pero nuestras miradas se cruzan. Aunque su actitud severa sugiere que considera nuestra relación intrínsecamente conflictiva, sé que me está prestando toda su atención.

«Me llamo Michael Santos».

«Sé quién es usted, señor Santos», dice, interrumpiéndome y sorprendiéndome con su tono brusco.

«Me gustaría hablar con usted sobre mi programa educativo».

Él asiente y yo continúo.

«Estoy matriculado en un programa de doctorado en la Universidad de Connecticut».

«Ahórreme el currículum. ¿Qué tiene en mente?».

«Bueno, he completado mis cursos de este trimestre y me voy a matricular para el próximo semestre. Necesitaré un permiso para recibir nuevos libros de la universidad».

«No va a ser posible». No da más detalles.

«¿Perdón?».

Nuss no ofrece ninguna explicación. Se queda quieto y me mira fijamente a los ojos sin pestañear.

«Necesito los libros para completar mi programa».

«Y yo tengo una prisión que dirigir».

Mi pulso se acelera, ya que siento que está a punto de trastocar mi mundo. No puedo creer que vaya a bloquear mi educación sin siquiera ofrecer una explicación. «¿Sabe, señor, que llevo más de ocho años en prisión y mi expediente disciplinario está tan limpio como el día que ingresé?».

Él permanece totalmente inmóvil, solo mirándome, como si esperara que me humillara. «Así que eres candidato a la santidad. ¿Qué más hay de nuevo?».

«¿Puedo preguntarle por qué no me autoriza a recibir libros?».

«Interfieren con la seguridad de mi institución».

«¿Libros?».

«Así es».

«Pero son textos académicos y vendrán directamente de la biblioteca de una importante universidad».

«¿Cómo voy a saber qué contienen? No dispongo de personal para revisar los libros».

«Sr. Nuss, no se trata de literatura radical. Estoy estudiando teoría, relaciones, orden social y asignación de recursos públicos para prisiones».

«He tomado una decisión, Sr. Santos. Lo ha hecho muy bien como recluso en la FCI McKean. Pero esta es una nueva McKean, una prisión federal, no una universidad».

Al ver que no consigo nada, le doy las gracias por su consideración y me marcho. No hay forma de que pueda disfrutar de la comida de Acción de Gracias. Regreso a la unidad de alojamiento pensando en cómo voy a superar este obstáculo. El doctorado está íntimamente ligado al futuro que estoy tratando de crear y a mi sentido de identidad. No puedo rendirme, ya que me quedan más de 17 años, pero no sé qué haré sin la sublimación que me proporciona el estudio.

Llamo a Bruce para contarle lo que me pasa y él se ofrece a hacer lo que pueda, diciendo que llamará a su contacto en la sede de la BOP, Sylvia McCollum, después del fin de semana festivo. Como administradora de alto nivel en la BOP, tal vez ella tenga una solución. Mi siguiente llamada es a Norval, de la Universidad de Chicago, quien promete intervenir a un nivel superior.

«Tengo una reunión con el Instituto Nacional de Correccionales en diciembre», dice. «Kathy Hawk estará allí y hablaré con ella. Quizás sea el momento de buscarte otra prisión, una que se adapte mejor a tus estudios».

La Dra. Kathy Hawk es la directora de la Oficina de Prisiones. El presidente Bush la nombró y el presidente Clinton la ha mantenido al frente de esta enorme agencia en rápido crecimiento. He leído sobre

ella y sé que tiene un doctorado, ya sea en educación o en psicología. Norval me envió una vez una copia de una carta que ella le escribió refiriéndose a mí, así que sé que conoce mis esfuerzos y que puede ayudar. Con una llamada telefónica podría resolver mis problemas en McKean u ordenar mi traslado a una prisión donde pudiera completar mis estudios.

Con Bruce y Norval dispuestos a presionar en mi nombre, mi tensión se alivia. Un nuevo enfoque me lleva a leer todo lo que encuentro en la biblioteca jurídica sobre posibles prisiones a las que puedo ser trasladado. Sería estupendo que Bruce pudiera hacer otro viaje para recabar información en otras prisiones, pero dudo que tenga tiempo, y, de hecho, yo tampoco. El presidente Clinton aún no se ha pronunciado sobre mi petición de indulto, pero es importante que termine mis estudios de doctorado antes de cumplir los diez años. No puedo permitirme perder un semestre entero por culpa de la resistencia burocrática y los atascos administrativos.

No he pensado mucho en los niveles de seguridad de las prisiones desde mi encarcelamiento inicial. Sin embargo, al leer el manual de custodia y clasificación de la Oficina de Prisiones, me topé con la fórmula que utilizan los administradores de casos para determinarlos. Hay una serie de factores que me convencen de que mi nivel de seguridad debería ser bajo en lugar de medio. Concretamente, no tengo antecedentes de violencia, no había estado encarcelado antes de este caso, no tengo antecedentes de infracciones disciplinarias y me quedan menos de 18 años para cumplir mi condena. Todos estos factores significan que debería estar clasificado como de seguridad baja en lugar de media.

La clasificación de baja seguridad me abriría más opciones, pero para solicitar el traslado a una de esas prisiones tengo que reunirme con mi administrador de casos y verificar mi situación. Si consigo convencerlo de que tengo derecho a una clasificación de baja seguridad, tal vez también pueda convencerlo de que recomiende el traslado.

****

En busca del alcaide adjunto, voy al comedor durante la comida del mediodía y veo a Nuss haciendo cola, con aspecto de la Parca. Sabiendo que él puede influir en mi traslado a una prisión de baja seguridad, me acerco a él.

«He pasado el fin de semana leyendo el manual de custodia y clasificación», le digo. «Según la fórmula que figura en la declaración de política, calculo que debería estar en una prisión de baja seguridad, no de media seguridad. Cuando venga mi gestor de casos, veré qué opina. Si tengo una calificación de baja seguridad, ¿apoyarías mi traslado?».

«¿No tienes 45 años?».

«Sí. Pero he cumplido ocho años sin ningún problema ni infracción disciplinaria».

«Pero liderabas una organización criminal». Su conocimiento de mi caso me hace preguntarme qué tiene en mi contra.

«No tengo antecedentes de violencia ni de armas, y me quedan menos de 18 años para salir», le respondo.

«¿Cuándo es su fecha de liberación?».

«Agosto de 2013».

Levanta la vista y hace el cálculo mental. «Tienes apenas 18 años, tres meses menos».

«Aun así, soy menor de 18 años. Eso me da derecho a ser trasladado a una prisión de baja seguridad. Me gustaría que me trasladaran».

«¿A dónde quieres que te trasladen?».

«A cualquier lugar donde pueda terminar mis estudios. Soy de Seattle, pero no me importa dónde cumpla mi condena. Solo quiero obtener mi título y es posible que tenga menos restricciones si estoy en una prisión de baja seguridad».

«Veamos qué dice tu asistente social».

Un poco más optimista, me acerco a la fila para servirme y veo que hay pizza en el menú. No es más que salsa de tomate y queso fundido sobre una masa parecida al cartón, pero me ha acabado gustando. El camarero deja caer una porción del tamaño de una postal en mi bandeja de plástico. Lleno un vaso de plástico con agua de la barra de bebidas y me abro paso entre la multitud hasta una mesa vacía.

Una teniente con el rostro curtido de un leñador y un trozo de tabaco de mascar que le abulta el labio inferior se dirige hacia donde estoy sentado. Nunca hemos hablado antes. «Cuando termines de comer, ven a verme», me dice con tono severo, escupiendo el jugo del tabaco en un vaso de espuma que sostiene en la mano.

No he dado ni un bocado, pero tengo curiosidad por saber qué quiere de mí y le pregunto qué pasa.

«Hablaré contigo fuera», dice, como si me desafiara.

«Puedo ir ahora mismo».

«Ven conmigo».

Con cierta aprensión por lo que quiere, me levanto y la sigo fuera del comedor, dejando mi bandeja sobre la mesa. No se me ocurre ninguna razón por la que una teniente quiera hablar conmigo. Salimos por la puerta de cristal y ella gira a la izquierda.

«Pon las manos contra la pared», me ordena cuando salgo del comedor.

«¿Qué?».

«Ya me has oído», ordena la teniente. «Pon las manos contra la pared».

No puedo creerlo, pero sé que no tiene sentido resistirse o pedir una explicación. Levanto los brazos y me apoyo contra la pared mientras ella me registra, pasando las manos por mis brazos extendidos, mi torso y mis piernas.

«Pon las manos detrás de la espalda».

Obedezco y ella me pone unas esposas de acero en las muñecas.

«Vamos». Me agarra de la cadena corta que une las esposas para guiarme.

Me quedo en silencio mientras cruzamos el recinto y escucho lo que dice por la radio. «Tengo uno de camino a la SHU».

Llegamos a la puerta de la Unidad de Alojamiento Especial, la cárcel dentro de la prisión, y un guardia abre la cerradura. Ella me acompaña al interior y me entrega a los guardias que están allí. «Encerrad a este. Más tarde enviaré el papeleo».

«¿Por qué está aquí?», pregunta el guardia de la SHU, mirando más allá de mí. Para él, no soy humano.

«Investigación. Órdenes de Nuss».

«Entendido».

Mi mente da vueltas. No se me acusa de una infracción disciplinaria, pero sospecho que este altercado no quedará bien en mi petición de clemencia. Las estrictas normas de la Unidad Especial de Alojamiento me prohibirán el acceso a mis libros, y sé que una investigación puede durar años. En consonancia con la actitud de «no tienes nada que esperar» de la administración, Nuss quiere enterrarme aquí, limitando mi capacidad para comunicarme, estudiar u obtener un doctorado.

Después de registrarme al desnudo, el guardia me entrega un mono naranja con las letras SHU estampadas en la espalda y una cremallera rota en la parte delantera.

«Es demasiado grande», le digo.

«Es todo lo que tenemos. Vamos».

Me pongo el holgado mono naranja y él me vuelve a esposar antes de conducirme a través de las puertas hacia el nivel de segregación. Me desconcierta el agua que veo fluir por debajo de las puertas de las

celdas e inundar el pasillo del nivel. El agua helada cubre rápidamente mis sandalias de plástico institucionales, empapando mis calcetines. Mientras pasamos, los presos dan patadas a sus puertas de acero y golpean con las manos las ventanas de cristal. El ruido es ensordecedor.

Uno grita: «¡Day tiene a Santos!».

«¡Hola, tío! ¿Qué pasa? ¿Qué día te han pillado?», grita un preso con la cara pegada a la ventana recortada.

«¿Qué pasa, tío?», grita otro, golpeando la puerta de acero.

La jerga carcelaria me molesta y, en este momento, detesto todos los aspectos de la vida institucional.

Miro al frente, tratando de ignorar el caos y a los presos que llevan encerrados desde los disturbios, mientras tiemblo de frío por tener los pies mojados al caminar por el piso inundado. Como sé que el guardia no me dará un par de calcetines secos, ni me molesto en pedirlos.

El guardia utiliza su pesado candado metálico para golpear la ventana de la puerta de una celda. «Ponte contra la pared del fondo», le ordena a un preso que está dentro.

«Vamos, jefe, estoy en mi litera». Reconozco la voz de Red que viene del interior de la celda.

«He dicho que te levantes y te acerques a la parte trasera de la celda. Ponte contra la pared». Los guardias toman medidas de seguridad para evitar que un preso de la SHU ataque al preso que llega mientras está indefenso y esposado.

El guardia abre la puerta de la celda y yo paso por encima de las sábanas colocadas para impedir que el agua entre en la celda desde el piso. El guardia me encierra dentro y luego abre una trampilla en el centro de la puerta.

«Acerquese a la puerta para que pueda abrirle las esposas», me dice.

Me agacho y el guardia me sujeta las muñecas con una mano a través de la trampilla de la puerta, mientras con la otra gira la llave. Cierra la trampilla de un golpe y oigo el chapoteo de sus botas en el agua mientras se aleja por el pasillo.

«Hola, amigo, ¿qué tal?», me saluda Red.

Le expreso mi sorpresa al verlo y le pregunto cuánto tiempo lleva encerrado en la SHU.

«Cuatro meses, me quedan dos».

«¿Por qué? Simplemente desapareciste. Nunca supe por qué te sacaron del recinto».

Red estuvo asignado a una celda en mi pasillo, pero una noche vinieron los guardias a buscarlo. Lo sacaron del recinto y no supe nada más de lo que pasó. Como no era asunto mío, no pregunté. He visto miles de caras de presos y he oído casi tantas historias, así que no eché de menos a Red, igual que estoy seguro de que nadie me echa de menos a mí.

«Me pillaron en un trío».

«¿Qué?».

«En un trío».

«¿Qué es eso?».

«Estaba hablando por teléfono con mi mujer y ella me puso en conferencia con otro amigo mío».

«¿Una llamada a tres? ¿Llevas aquí cuatro meses por hacer una llamada a tres?», le pregunto, incrédulo.

«Y me quedan dos meses más. Además, me han quitado el teléfono y las visitas durante un año. Estas sanciones no son ninguna broma».

«¿Has apelado?».

Red se encoge de hombros. «¿Para qué? No va a cambiar nada. Le dije al DHO que tengo una hija pequeña, una familia. Quitarme el teléfono y las visitas solo iba a alejarles de mí».

«¿Qué te respondió?». El oficial de audiencias disciplinarias determina la culpabilidad por infracciones de las normas institucionales e impone sanciones.

«¡Que le den! Dijo que debería haber pensado en mi hija antes de hacer la llamada a tres. ¿Y tú? ¿Por qué te han castigado?».

«Investigación», respondo.

«¿Tú? ¿Por qué te están investigando? ¿Por tener demasiados libros?».

«Algo así. El jueves pasado tuve una conversación con Nuss sobre mi escuela. Hoy volví a hablar con él y aquí estoy».

«Eso es todo lo que hace falta. ¡Maldito nazi!».

Me subo a la litera superior, me quito los calcetines mojados y los cuelgo del borde para que se sequen. Me acuesto. La tabla metálica que me sirve de cama se hunde bajo mi peso, mientras que una luz fluorescente me ciega los ojos y el aire forzado de la rejilla de ventilación me echa el pelo hacia atrás.

«¿Siempre hace tanto frío aquí?».

«Es parte del trabajo, amigo. Intenté bloquear la rejilla metiendo papel en la pantalla, pero el maldito policía me dijo que me dispararía si lo volvía a hacer».

«¿Qué pasa con toda el agua en el piso?», pregunto.

«Los colegas siguen inundándolo, metiendo sábanas en el retrete y tirando de la cadena hasta que el agua inunda la celda y se derrama por el pasillo».

«¿Y para qué?».

«Cabrear a los guardias. Tienen que limpiarlo».

«¿Tienes algo para leer?», le pregunto.

Se mueve en la litera de debajo de la mía y me ofrece tres revistas Maxim que no me interesan.

«¿Algo más?», pregunto.

«Tengo una Biblia».

«Me la quedaré».

****

El resplandor continuo de la luz fluorescente en la habitación sin ventanas me hace perder la noción del tiempo. Red no tiene sellos postales, así que no podré escribir a nadie sobre esta última novedad hasta la semana que viene, cuando me permitan enviar un pedido al economato. Leer el Libro de Job alivia mi ansiedad y me quedo dormido.

«¡Santos!», grita un guardia y da dos patadas a la puerta de acero con su bota, despertándome.

Me incorporo. «¿Qué?».

«¡Levántate!».

Conversamos gritando a través de la puerta de acero cerrada con llave.

«¿Voy a volver al recinto?».

«Prepárate para el traslado. Te vas de aquí».

«¿Qué?». Estoy aturdido por la falta de sueño, pero no puedo creer lo que me está diciendo. «¿Adónde voy?».

«Vístete. Despierta a tu compañero de celda. Dile que se ponga contra la pared para que pueda esposarte».

Lo primero en lo que pienso es en mis responsabilidades académicas. Me pregunto qué pasará con los libros que dejé en mi taquilla antes de ir a comer ayer. La biblioteca de la universidad me hace responsable de esos libros y tengo muchos. A los guardias les molesta empaquetar las pertenencias personales de los presos trasladados a la SHU o fuera del recinto. A menudo «pierden» objetos pesados y sé que es poco probable que vuelva a ver esos libros.

El guardia no me da tiempo a preocuparme por lo que estoy dejando atrás. Golpea la ventana con su llave.

«¡Muévete! ¡Ya! Despierta a tu compañero de celda».

Salto de la litera superior y me pongo los calcetines húmedos, meto los pies en las sandalias de plástico y retrocedo hacia la puerta de acero. Mi compañero de celda, Red, se ha levantado de la cama y ahora está de pie, con la nariz pegada a la pared del fondo y las manos a la espalda. Me pongo en cuclillas y el guardia me coloca las frías esposas metálicas alrededor de las muñecas.

«Cuídate, Red».

«Tranquilo, hermano».

Salgo de la celda con el guardia agarrándome de las esposas. Bajamos por la escalera y me registran, me encadenan y me llevan fuera con otros veinte presos. Nuestra ropa de viaje no es más que pantalones caqui, camisetas y zapatos náuticos de lona azul, a pesar del frío de finales de noviembre. Caminamos con dificultad por la nieve, flanqueados por guardias abrigados con parkas azules de invierno, guantes de cuero negro y gorros de lana.

El guardia que va delante abre la última puerta y yo sigo al grupo hasta el autobús, me siento en un asiento y empiezo a entrar en calor, agradecido por el calor que sale por la rejilla de ventilación que tengo al lado. Aunque fuera está oscuro, miro por la ventana hacia la prisión federal de McKean, sabiendo que es la última vez que veré esta prisión que me ha retenido durante 18 meses.

La carretera de dos carriles serpentea a través de bosques inmaculados cubiertos de nieve, pero mi mente no está en el hermoso paisaje. Me estoy preparando para el peor de los casos, preguntándome por qué Nuss se sintió obligado a trasladarme de esta manera tan apresurada. Parece que le molesta mi educación y que haya obtenido mis títulos mientras estaba en prisión, como si de alguna manera hubiera engañado al sistema. La forma en que hizo que el teniente me encerrara ayer durante el almuerzo fue un mensaje claro de que no quería que presentara el caso para una reclasificación a baja seguridad. Quiere que me vaya, y este traslado intencionadamente abrupto no augura nada bueno para mí.

En la interestatal, veo señales de tráfico con nombres que no reconozco. Pasan rápidamente por mi ventana mientras el autobús avanza. El día está nublado y hace frío, así que me acerco a la rejilla de la calefacción, tratando de relajarme y descansar, engañándome a mí mismo con el mantra de que una prisión es igual que otra y que puedo adaptarme a cualquier lugar.

Después de varias horas, llegamos al Complejo Penitenciario Federal de Allenwood, en Pensilvania, y dejamos a algunos presos en la institución penitenciaria de baja seguridad. Cuando no dicen mi nombre, mi ansiedad aumenta. El autobús sigue su camino, dejando atrás Allenwood y pasando por otras pequeñas ciudades. Los letreros de las tiendas anuncian los negocios del centro de Lewisburg, Pensilvania, una ciudad penitenciaria, y me dan una idea de adónde vamos. El autobús serpentea por la sinuosa carretera que conduce a la USP Lewisburg. Veo torres de vigilancia, vallas coronadas con alambre de púas y el alto muro de piedra que se alza ante mí. Siento que estoy a punto de ser encerrado en otra prisión de alta seguridad.

Aunque conozco a un centenar de presos dentro de los muros de Lewisburg que estuvieron conmigo en Atlanta, no puedo creer que haya vuelto a una prisión de alta seguridad de la USP. Respiro lentamente para prepararme para la tensión que se avecina, sin querer pasar por esto otra vez.

La primera puerta se abre y el autobús entra lentamente, deteniéndose frente a la segunda puerta. Los guardias salen para revisar sus armas de fuego e intercambiar documentos. Luego, la segunda puerta se abre y nuestro conductor nos lleva dentro de los muros de la USP Lewisburg.

Los edificios medievales cuentan con pesados bloques de ladrillo rojo y torres góticas que recuerdan a un monasterio. Pero las rejas de hierro negro en todas las ventanas dejan claro que no se trata de un monasterio. Mientras las ruedas crujen sobre la grava que conduce a la entrada de los presos, me preparo y me tranquilizo, apretando la mandíbula y los puños, bombeando sangre a mis brazos y pecho para mentalizarme para las molestias que se avecinan.

Una vez que el autobús se detiene, el conductor acciona una palanca para abrir la puerta y todos salimos en fila. Fuera hay guardias con uniformes de la BOP empuñando rifles de asalto. Nos ordenan formar una fila junto al autobús. Estoy temblando, tengo frío y estoy irritado mientras los guardias nos cuentan, comparando nuestros rostros con las fotos policiales de sus archivos. Las burlas de los presos que no podemos ver resuenan desde el interior de los edificios.

«¡Ahora estás en Lewisburg!».

«¡Ya es demasiado tarde para asustarse!».

«¡Papá tiene justo lo que necesitas!».

«¡Esta noche serás mía, zorra!».

Los guardias nos hacen avanzar hacia una escalera y bajamos a un sótano que parece más bien una mazmorra. Busco la señal de la Divina Comedia de Dante cuando desciende al infierno: «Abandonad toda esperanza, vosotros los que entráis aquí». La puerta de hierro se abre hacia una sala de espera calurosa y nos apiñamos para quedarnos quietos mientras los guardias nos desencadenan los tobillos y las muñecas.

Me agacho cerca de un radiador para calentarme y miro a mi alrededor. Entré en prisión con unos cuantos granos en la cara y ahora,

ocho años después, ya no soy el más joven de la sala, pero aún no me he acostumbrado a esto. Nunca me acostumbraré.

Todos los hombres de esta sala estaban conmigo en McKean, pero en realidad no conozco a nadie. Observo cómo mueven los labios con charlas nerviosas, pero me retiro a un espacio en mi mente. Está bien. Ya he estado aquí antes. Una penitenciaría es igual que otra. Volveré a encontrar mi camino. Las caras conocidas me dirán lo que necesito saber sobre Lewisburg y lo dominaré.

Un guardia se acerca para entregarnos a cada uno una bolsa marrón con el almuerzo, lo que me saca de mis pensamientos. Rebusco dentro y encuentro pan blanco, queso, mortadela, galletas saladas, una manzana roja y un cartón de leche, todo lo cual devoro.

Los guardias comienzan a llamarnos uno por uno. Estoy listo.

«¿Santos?».

Me levanto, tiro mi bolsa arrugada a la basura de la esquina y me acerco al guardia.

«Número 16377-004», le respondo con mi número de registro.

«Vamos».

Me traslado de una sala a otra sin esposas ni grilletes, y me registran con el corazón latiéndome a mil por hora. Todas las prisiones siguen la misma rutina de tomar huellas dactilares, fotos policiales y registros corporales. En la pared, justo debajo de las fotos del presidente Bill Clinton, la fiscal general Janet Reno y la directora de la Oficina Federal de Prisiones Kathy Hawk, cuelga un sencillo reloj redondo. El apático guardia me ordena que me desnude para poder inspeccionarme en busca de contrabando.

«Manos arriba».

«Abra la boca».

«Pase los dedos por el pelo».

«Déjeme ver sus orejas».

«Levántalas».

«Date la vuelta».

«Déjame ver la planta de tus pies».

«Inclínate».

«Ábrelas».

Sonrío, sabiendo que acabo de mostrar mis nalgas a los retratos de nuestro presidente, nuestro fiscal general y el director de nuestro sistema penitenciario. El guardia me lanza un mono naranja, ropa interior y sandalias de plástico. Me visto y paso a la siguiente estación, donde la enfermera revisa los formularios que le entrego. Finalmente, entro en otra oficina donde el administrador del caso está sentado en un escritorio metálico revisando archivos.

«¿Nombre?». Las gafas de carey se posan en la parte inferior de su nariz y, en lugar de levantar la cabeza para saludarme, sus ojos inyectados en sangre me miran por encima de las gafas.

«Michael Santos», le respondo.

«¿Número?», pregunta.

«16377-004».

«¿Sabe adónde va?».

Asiento con la cabeza y luego hago una petición. «Si es posible, me gustaría ir a la unidad J. Estuve con unos chicos en Atlanta que están asignados a esa unidad y me gustaría volver a verlos».

«¿De qué estás hablando?», pregunta el administrador de casos, levantando finalmente la cabeza.

«La unidad J», respondo. «Me gustaría que me asignaras a la unidad J».

«¿Te refieres a aquí?».

Me encojo de hombros, sin entender su pregunta.

«No te vas a quedar aquí. Te vas a Fairton».

«¿La de seguridad media?», pregunto sobre el nivel de seguridad de la prisión de Fairton.

«Eres de riesgo medio, ¿verdad?».

Sonrío mientras la tensión se desvanece de mi mente y mi cuerpo. Desde que los guardias me sacaron de la celda esta mañana temprano, estaba convencido de que Nuss había manipulado algún papeleo para aumentar mi nivel de seguridad y volver a meterme en una penitenciaría. Con la noticia de que voy camino de otra institución correccional federal, exhalo con alivio, ya que no quería soportar otra zona de combate de la USP.

****

Otros presos me han dicho que el viaje en autobús a la prisión federal de Fairton solo dura unas horas, y estoy decidido a no desperdiciar esta oportunidad de disfrutar del paisaje estadounidense. Aún eufórico por la noticia de mi traslado, no duermo mientras recorremos la autopista de dos carriles, que me parece demasiado estrecha para este autobús. Aparte de unos días en Manhattan, nunca he estado en el noreste. Las señales de tráfico que anuncian el río Delaware, Filadelfia, el puente Ben Franklin y el puente George Washington me recuerdan la historia estadounidense. No se me escapa la ironía del momento. Estoy en la cuna de nuestra nación, cerca de la Campana de la Libertad, los lugares donde los primeros líderes estadounidenses firmaron la Constitución y la Declaración de Independencia, garantizando la libertad para todos, y yo estoy encadenado.

Mi única necesidad esencial en Fairton es el permiso para recibir paquetes de libros de la biblioteca de la universidad. Me gustaría tener acceso a un procesador de textos, pero si el departamento de educación

me lo niega, estoy seguro de que mis profesores aceptarán los trabajos escritos a mano.

Los anuncios de la emisora de radio que escucho a través de los altavoces del autobús me informan de que estamos cerca de una gran área metropolitana. Me gusta la idea de estar en la zona más densamente poblada de nuestro país. Fairton está cerca de Nueva York, Washington, Filadelfia e incluso Boston. Sin duda, a Bruce le resultará más fácil viajar aquí para visitarnos. Quizás el Dr. DiIulio traiga a más estudiantes de Princeton para otra excursión.

Cuando llegamos a la FCI Fairton, veo que, al igual que McKean y Miami, es una instalación moderna, con grupos de edificios de piedra sobre cuidados jardines, todo ello rodeado por altas vallas metálicas y rollos de alambre de púas brillante. De hecho, me alegro de ver esas vallas. Son mucho más acogedoras que los altos y inexpugnables muros de la penitenciaría coronados por torres de vigilancia.

Tras el ritual de tramitación de formularios, toma de huellas dactilares, fotos policiales y registros corporales, llevo mi saco de dormir a la unidad de alojamiento D-derecha. Entre esta población de 1500 personas, me dan la bienvenida algunas caras conocidas de McKean y Atlanta. Me prestan zapatos, sudaderas y artículos de aseo hasta que llegan mis pertenencias desde McKean.

Me asignan una habitación con Henry, un colombiano de mi edad que no habla inglés. Aunque no lo hablo con fluidez, he aprendido suficiente español para expresarme y entiendo sus explicaciones sobre las rutinas en Fairton. Henry me ayuda a conseguir un trabajo como ordenanza de la unidad, y asumo la responsabilidad de limpiar los inodoros de un baño común. Estoy agradecido por un trabajo que me dará tiempo suficiente para estudiar después de hacer los trámites necesarios con el departamento de educación.

Me impresiona la cantidad de libros que hay en la biblioteca de Fairton. Recorro las estanterías y veo miles de libros de bolsillo con títulos de Hemingway, Faulkner, Fitzgerald y otros escritores de la literatura clásica estadounidense, pocos de los cuales he leído. La pesada

carga de trabajo de mis estudios limita mi lectura a la no ficción, principalmente de ciencias sociales. Para completar mi educación, quiero leer a estos autores, pero ahora mismo la lectura por placer no es un lujo que me pueda permitir. El tiempo es un recurso precioso y, a pesar de la duración de mi condena, no tengo suficiente.

Empecé la universidad como una forma de superar el estigma de mi delito. Como no soy un erudito nato, tengo que esforzarme mucho, pero a medida que he avanzado en mi reclusión, he llegado a amar el proceso de aprendizaje. Ahora estoy deseando hacer el análisis crítico y la redacción necesarios para obtener mi doctorado.

A regañadientes, dejo las estanterías de ficción y me presento en la puerta del despacho de la Sra. Howell, supervisora de educación de Fairton. Lleva el pelo negro recogido en un moño severo. Sus gafas cuelgan de una cinta burdeos como si fuera un collar. Está en su escritorio cuando llamo a su puerta abierta. Cuando se lleva las gafas a los ojos y me mira, mi impresión inmediata es que es una mujer que se considera ante todo una funcionaria de prisiones.

«¿Puedo hablar con usted?», le pregunto.

«¿Tiene un pase?», me espeta, confirmando que mi impresión es correcta.

«Sí. Aquí lo tengo». Levanto el papel que me ha dado el oficial de mi unidad y que me autoriza a estar en la biblioteca.

«Déjeme verlo».

Le entrego el pase.

«Este pase se expidió hace veinte minutos. Podría arrestarte por llegar tarde. ¿Por qué no me lo has traído enseguida?».

«Te vi hablando por teléfono. Estaba justo ahí, junto a las estanterías».

«La próxima vez que un oficial te dé un pase para mi biblioteca, te sugiero que me lo firmes a mí o a uno de mis empleados antes de

empezar a mirar. Si te vuelvo a pillar llegando tarde, te encerraré por estar fuera de tu zona».

«Sí, señora. Lo siento, intentaré mejorar». He aprendido que este tipo de respuesta suele apaciguar a los miembros del personal que ansían poder.

«¿Qué es lo que quieres?». La Sra. Howell firma mi pase, completando mi autorización para estar en la biblioteca.

«He estado encarcelado durante mucho tiempo, y continuar con mi educación ha sido esencial para mi adaptación».

«Bien. Tenemos mucho que ofrecer. GED, mecanografía. Tenemos estudios independientes en el ordenador con cursos como Diversión con las matemáticas y Spelling Wiz».

«Estoy matriculado en un programa de estudio independiente en la Universidad de Connecticut. Lo que necesito es autorización para recibir libros de la biblioteca de la universidad».

«No autorizo ningún paquete. Si quieres estudiar en la universidad, ofrecemos cursos de contabilidad y servicios de limpieza a través de una escuela profesional local. Eso es todo lo que ofrecemos. Puedes inscribirte en los programas que ofrecemos aquí».

«Sra. Howell, por favor. Si mira mi expediente, verá que no doy ningún problema. No necesito nada de la institución».

«Dijiste que necesitabas un permiso para recibir paquetes».

«Solo para recibir los libros que me enviaría la universidad».

Ella niega con la cabeza. «No mientras yo esté aquí. Te ofrecemos todos los libros que necesitas. Tenemos cajas llenas de bestsellers».

«He visto los libros, es una biblioteca estupenda. La mejor que he visto. Pero si mira mi expediente, verá que llevo varios años matriculado en estudios a distancia. Ya he obtenido dos títulos y, si me deja

recibir los libros, podré terminar mi programa sin causar ningún problema a usted ni a su personal».

«¿Qué eres? ¿Estúpido? Me estás causando problemas ahora mismo. Te he dicho que no voy a aceptar ningún paquete de una universidad externa. Eso es definitivo. Si no te gusta, presenta una queja contra mí. Esto no es una universidad. Es una prisión, y no lo olvides».

La Sra. Howell vuelve a firmar mi pase de forma perentoria, indicando que nuestra reunión ha terminado. Cuando el guardia que controla el sistema de megafonía anuncia «movimiento», regreso a la unidad de alojamiento, abatido, pero no derrotado. Ella me ha dado un revés, pero no es el primero al que me enfrento y estoy seguro de que puedo sortearla. Cuando me desafió con un «denúnciame», sé que se refería a que presentara una queja a través del procedimiento de recurso administrativo, pero presentar el papeleo solo me hace perder el tiempo. Ella es jefa de departamento y tiene lapara dirigir el departamento de educación como ella quiera. Sé que estudiar por correspondencia ha sido un privilegio que otros administradores me han concedido, no un derecho.

Además, presentar el papeleo me pone en una posición débil. La respuesta predeterminada del personal «penitenciario» es negarse, sabiendo que sus colegas apoyarán su «no» categórico. Cuando trabajaba para la Sra. Stephens, ella me dijo que sus colegas se burlaban de cualquiera que facilitara la vida a los presos, tildándolos de «amantes de los reclusos» o «abrazadores de delincuentes». Denegar las solicitudes de los presos siempre es más fácil y más coherente con la cultura penitenciaria.

En lugar de pasar por el inútil proceso de apelar y obtener una denegación automática, voy al comedor, donde puedo dirigirme directamente al alcaide. De todos modos, él tomará la decisión final. Prefiero arriesgarme a hablar con él cara a cara que intentar justificar mi petición por escrito.

El alcaide Morris no es difícil de localizar. Lleva un traje azul marino, una camisa blanca y una corbata gris, y tiene todo el aspecto del

director general de Fairton, una institución que emplea a más de 300 personas. Cada día, durante el almuerzo, celebra una audiencia en el centro del comedor. Siempre hay tres o cuatro miembros del personal superior a su alrededor. Tiro los restos de mi taco al horno, le entrego la bandeja de plástico al chico encargado del lavavajillas y me acerco para colocarme detrás de dos hombres que esperan para hablar con el alcaide. Llega mi turno.

«Alcaide Morris, me llamo Michael Santos y me gustaría hablar con usted sobre mi programa educativo».

Con su metro ochenta y dos, es más alto que yo.

«De acuerdo», dice mientras mira hacia abajo y asiente con la cabeza, indicándome que puedo continuar. Cuando lo hace, el Sr. Trevor, su asistente ejecutivo, se acerca un poco más para asegurarse de que oye cada palabra.

«Llevo encarcelado desde 1987 y me quedan 17 años más por cumplir. Desde que estoy en prisión, he utilizado programas educativos para prepararme para mi puesta en libertad».

«¿Cuánto tiempo lleva en mi institución?».

«Tres días».

«¿Y ya tienes un problema que requiere mi atención?».

«Es un problema que tu discreción puede solucionar, y espero que me escuches».

«¿De qué se trata?». Frunce el ceño y junta las cejas. Intuyo que ya me ha rechazado de antemano, pero insisto.

«Estoy matriculado en un programa de posgrado en la Universidad de Connecticut».

«No, no lo estás», me interrumpe el Sr. Trevor. No le estaba hablando a él, pero como mano derecha del alcaide, interviene con su autoridad.

«Sí, señor, lo estoy», respondo con firmeza.

«No tenemos relación con esa universidad», dice el Sr. Trevor dirigiéndose al alcaide en lugar de a mí.

«Me matriculé antes de llegar aquí, cuando estaba en la institución anterior, y me gustaría continuar mis estudios mientras estoy aquí».

«¿De dónde vienes?», pregunta el Sr. Trevor, claramente molesto. Sus evidentes esfuerzos por callarme me parecen un intento de impresionar al alcaide, mientras que su tono condescendiente revela su mentalidad sobre los presos.

«Vengo de la prisión federal McKean».

El Sr. Trevor mira al alcaide Morris y sonríe.

«Eso lo explica», dice el alcaide con una sonrisa, devolviéndole la sonrisa a Trevor. «¿Qué es lo que hacían por usted en The Dream McKean que no hacemos aquí?».

«Para completar mis estudios, necesito permiso para recibir libros académicos por correo desde la biblioteca de la universidad».

«¿Por qué no puede utilizar los libros que ponemos a su disposición en nuestra biblioteca?». El doble equipo continúa, con la interferencia del Sr. Trevor.

«Estoy en un programa de posgrado, estudiando para obtener un doctorado. Necesito textos específicos y libros de referencia para completar mis trabajos de fin de curso. Aquí no tenemos ese tipo de libros».

«¿Un doctorado? ¿En qué?», pregunta el Sr. Trevor incrédulo.

«Estoy estudiando el sistema penitenciario estadounidense, señor. El año pasado obtuve mi máster en Hofstra».

«A ver si lo entiendo», interviene el alcaide Morris. «¿Quiere estudiar la prisión, obtener un doctorado, desde dentro de mi institución?». Mira al Sr. Trevor con fingida incredulidad, como si yo le acabara de pedir que me liberara.

«Sí, señor, con su permiso». Miro al alcaide a los ojos.

«¿Vio el letrero cuando el autobús lo trajo aquí? Decía Institución Correccional Fairton, no Universidad Fairton. No vamos a recibir ningún libro de su universidad, y mucho menos libros sobre prisiones».

La discusión ha terminado. Su decisión es definitiva y oigo a los dos reír mientras me alejo, desanimado.

A finales de 1995, me obligo a aceptar la posibilidad de que mi educación formal haya llegado a su fin. Los administradores de dos prisiones diferentes han bloqueado mis estudios. Esta forma de pensar representa la tendencia del futuro, un compromiso con prisiones más duras, aislamiento y castigo. El año pasado, después de que los legisladores decidieran que los presos no debían tener el privilegio de obtener títulos universitarios, el Congreso eliminó las becas Pell para financiar programas de grado para presos. Sé que Bruce y Norval pueden ayudarme a resolver esto, y tengo la esperanza de que logren persuadir a los altos funcionarios de Washington para que intervengan en mi favor, pero el desánimo se está apoderando de mí.

«No va a suceder», me dice Bruce durante una visita sobre una conversación que tuvo con Sylvia McCollum, su contacto en Washington. «Ella confirmó lo que tú me dijiste. Los directores de prisiones tienen discreción en estos asuntos y ella no está en posición de anular tales decisiones».

Norval tampoco pudo ayudar, a pesar de formar parte de la junta del Instituto Nacional de Correccionales junto con la Dra. Kathy Hawk. Como la conoce bien, habló con ella sobre los problemas que tenía, tratando de persuadirla para que autorizara mi traslado a un centro de mínima seguridad. Norval me envió por correo una copia de la nota que le envió la Dra. Hawk en respuesta. Ella escribió que había examinado mi caso personalmente, pero que, dado que me quedan más de 17 años por cumplir, mi traslado a un centro sin seguridad no sería apropiado.

Esta noticia me lleva a aceptar que no voy a obtener un doctorado durante mi encarcelamiento. Los cambios punitivos en el sistema penitenciario sugieren que, si no hubiera obtenido ya mis otros títulos, estos también habrían estado fuera de mi alcance.

El clima político es frío, con Newt Gingrich al frente de la Cámara de Representantes en lo que él denomina «El contrato con América». Además de pedir menos privilegios en la cárcel, también busca sanciones legales más duras. Si las propuestas de Gingrich se convierten en ley, el delito de organización criminal continuada por el que fui condenado justificaría la pena de muerte. Estoy agradecido de que mi proceso judicial concluyera hace mucho tiempo y de que, al menos, haya tenido la escuela para sostenerme hasta ahora.

La educación ha sido mi consuelo, un escape emocionante y desafiante de la monotonía del confinamiento. Tengo que pensar bien este cambio, porque aparte de estudiar y trabajar para obtener el próximo título, no sé cómo distinguirme ni cómo demostrar mi compromiso con la redención.

****

Es Nochebuena de 1995 y, mientras camino por la unidad de viviendas, me giro al oír que mi asistente social me llama.

«He recibido una carta del abogado del indulto», me dice.

«Sí, ¿de qué se trata?», pregunto, preparándome para recibir malas noticias.

«¿Presentaste una petición de clemencia?».

«La presenté hace más de dos años, cuando estaba en Atlanta».

«Pues la han denegado».

«¿Hay alguna razón para ello o algún consejo sobre lo que puedo hacer para mejorar mis posibilidades la próxima vez?».

«No. Me han ordenado comunicarle que su petición ha sido denegada. Eso es todo. Lo siento».

CAPÍTULO OCHO

Meses 103-127 / 1996-1998

Al terminar otra temporada festiva y entrar en enero de 1996, reviso algunas tarjetas de cumpleaños que me envió mi familia. Me cuesta aceptar que voy a cumplir 32 años en prisión, pero ya no me sorprende pasar por estos hitos. Ya no.

Durante años he estado escalando hacia 1997, con la esperanza de que el final de mi primera década significara algo especial para mí. Ahora me estoy acercando a ese hito, pero ya no parece significativo. Un año me parece igual que el siguiente y no preve ningún cambio en esta monotonía.

Confío en objetivos claramente definidos para mantener el rumbo. Al estudiar, escribir y trabajar para obtener credenciales,esperaba definirme como algo más que un prisionero. Creía que el esfuerzo me ayudaría a recuperar mi humanidad de este llamado sistema correccional. Ahora no estoy tan seguro. Es un sistema que golpea fuerte, como una bola de demolición, y deshumanizándome cada día que pasa.

La Oficina de Prisiones apaga mis aspiraciones de obtener un doctorado y y el abogado del perdón ha desestimado las esperanzas de una conmutación de la sentencia. Aceptar que no alcanzaré los objetivos que me fijé para mi primera década me desorienta. Necesito crear una nueva aspiración y redirigir mi atención hacia nuevos objetivos que están en armonía con mi compromiso de restaurar mi dignidad. Con el tiempo, debo demostrar al mundo que soy un hombre, algo más que un preso, pero no sé cómo voy a crear una identidad que me separe de las malas decisiones que tomé cuando tenía veintipocos años.

****

Sin las continuas exigencias de un horario académico, acelero mi rutina diaria de ejercicios, corriendo siete millas cada mañana, y

después de la carrera hago mil abdominales y mil levantamientos de piernas. Por las tardes hago pesas, entrenando para ganar fuerza y tamaño. Aprovecho la biblioteca para leer por placer, aunque solo sea para pasar el tiempo. En la primavera de 1996, siento que mi fuerza física está en su punto álgido, pero mi espíritu se siente vacío. Cuando estudiaba para obtener mis títulos académicos, tenía un vínculo sólido con el mundo real. Al igual que mi correspondencia y mis visitas con mentores, cada trabajo que entregaba me proporcionaba una conexión tangible con el exterior. Ahora, sin objetivos claros, mi sentido de significado o relevancia como hombre se desvanece, desapareciendo como un barco que navega hacia el horizonte. No tengo una mujer a quien amar. Paso los días haciendo ejercicio, comiendo, leyendo y durmiendo, imitando los vagabundeos de otros presos a mi alrededor.

Mi frustración aumenta cuando veo a estudiantes universitarios, legisladores, abogados, jueces y otros ciudadanos recorriendo los terrenos y edificios. La prisión federal de Fairton se encuentra a poca distancia en coche de las principales ciudades. Grupos de turistas de Filadelfia, Baltimore y Wilmington visitan con frecuencia la prisión. Los guardias flanquean a estos grupos turísticos, asegurándose de que los presos no interactúen con los visitantes. Me siento completamente alienado de la sociedad mientras los veo mirando boquiabiertos las vallas que me han retenido durante los últimos 3000 días. Me imagino el discurso inexacto que los guardias recitan a los visitantes:

«Esta es una institución penitenciaria moderna, y nuestros funcionarios penitenciarios, formados profesionalmente, ofrecen numerosas oportunidades a los reclusos para que se preparen para una vida respetuosa con la ley... bla, bla, bla».

Me fijo en las mujeres de los grupos de visitantes y me pregunto cómo sería conocerlas, que ellas me conocieran a mí. Para ellas no soy un hombre, sino un prisionero en una jaula o, peor aún, un recluso, ese término deshumanizador que llevo escuchando desde hace demasiado tiempo. Tengo que salir de aquí.

****

«Hay un error en mi clasificación», le digo a la Sra. Dobson, mi administradora de casos. Estamos solos en su oficina, muy iluminada, y estoy haciendo todo lo posible por ignorar la ligera fragancia floral de su perfume. «Debería estar clasificado como preso de baja seguridad, en lugar de media».

«Veamos qué dice el ordenador. ¿Cuál es tu número?». Es competente y totalmente profesional. Por eso, me pregunto qué le atrae de trabajo en una prisión en lugar de trabajar en una profesión más honorable, como enfermera, profesora, periodista, o cualquier cosa que no sea un funcionario de este miserable sistema.

Le doy mi número de matrícula. Es rápida con el teclado, tecleando mi número con la velocidad y precisión de un contable con un teclado numérico. Cuando aparece la pantalla adecuada, estudia su ordenador.

«Bueno, no tienes antecedentes de violencia ni has estado encarcelado anteriormente, por lo que tus puntos de seguridad son bastante bajos, pero tu condena es demasiado larga. Esto te da una variable de gestión automática que te mantiene como recluso de seguridad media». A pesar de su evaluación de la información en la pantalla, sé que es incorrecta.

«Sabes cuánto tiempo he cumplido ya, ¿verdad?», le pregunto.

«Ha cumplido 104 meses, pero para poder trasladarse a una prisión de baja seguridad, debe estar a menos de 18 años de su fecha de liberación. Lo siento». Es desconcertante escuchar cuánto tiempo me queda por cumplir, pero ella ha calculado mal.

«Me quedan menos de 18 años para salir», aclaro.

«El ordenador indica que le quedan 247 meses por cumplir, que no saldrá en libertad hasta agosto de 2013».

«Vale, estamos en abril de 1996. Si haces los cálculos, me quedan 17 años y cuatro meses para salir. Son solo 208 meses, no 247».

«¿Está seguro?», pregunta la Sra. Dobson mirando la pantalla con curiosidad. Anota el número de meses en un bloc de notas de la BOP,

multiplica y sonríe al confirmar que mis números coinciden con los suyos. A continuación, pulsa algunas teclas más en el teclado. «Oiga, usted es un "low". ¡Enhorabuena!».

Me río.

«Sabes lo que eso significa, ¿verdad?».

«¿Que voy a ir a un centro de baja seguridad?», aventuro.

«Exacto. Tengo que solicitar tu traslado. ¿A dónde te gustaría ir?».

****

Los guardias me dicen que hay un corto trayecto en coche desde Fairton, Nueva Jersey, hasta Fort Dix, Nueva Jersey, y agradezco el suave viaje en la furgoneta blanca mientras nos abrimos paso entre el tráfico de la ciudad. Desde la ventana delantera abierta siento la brisa y huelo las fragantes flores de cerezo en flor. Los niños, con sus coloridas fiambreras y mochilas, deambulan por las aceras, disfrutando de su tiempo libre hasta que suena el timbre del colegio. Oigo bocinas, perros ladrando y me empapo del caleidoscopio de la vida urbana. Algún día Volveré a la ciudad, pero por ahora estoy encadenado y atado a un asiento de banco.. Sin embargo, soy lleno de optimismo de que mi transición a la FCI de baja seguridad en Fort Dix significa nuevas oportunidades así como un respiro desde el inescapable presión, estrés y volatilidad de mayor seguridad.

En cuatro meses cumpliré mi noveno año. He caminado entre charcos de sangre en prisiones de alta y media seguridad. He navegado con cuidado y evitado deliberadamente los problemas que complican la vida de tantos otros jóvenes presos. Aun así, por mucho que anhele una vida en un entorno de baja tensión, ISigo luchando. con el enigma de averiguar qué espera la sociedad de mí. Me pregunto qué más puedo hacer, dadas las restricciones que me impone este sistema.

Los guardias abren las puertas y la furgoneta entra. No me preocupan las vallas ciclónicas, las bobinas de alambre de púas reluciente ni los coches blancos que patrullan lentamente el perímetro. Estoy

dinsensibilizado al Proceso ritual y me encogo de hombros ante los formularios, la toma de huellas dactilares, las fotos policiales, los registros corporales y las entrevistas con el personal. Cojo mi saco de dormir y me dirijo al edificio 5702, en el lado este de la prisión.

A pesar de las vallas que rodean Fort Dix, no parece una prisión. Una de las razones puede ser el carácter más afable de los ppoblación aquí. Ien su lugar de miradas intimidantes y ceños fruncidos Veo sonrisas y gestos de asentimiento. Incluso el trazado es diferente, ya que camino por lo que antes era una carretera asfaltada, y los largos edificios rectangulares de ladrillo a ambos lados tienen ventanas sin rejas lo suficientemente grandes como para que quepa un sofá.

Fort Dix forma parte de una base militar activa. Los aviones militares aterrizan en una pista situada a pocos metros de distancia, y el olor acre del combustible permanece en el aire. Antes de que la Oficina de Prisiones levantara las vallas para cercar el FCI, estos edificios formaban parte de la base y servían como viviendas para los oficiales y cuarteles para los soldados. Actualmente, el personal militar vive justo fuera de las vallas, en edificios del mismo diseño.

Los edificios eran erectificado antes de la Segunda Guerra Mundial y se nota su antigüedad. Al entrar en mi unidad de vivienda, observo que décadas de tránsito han desgastado las baldosas cerámicas de diseño cuadriculado hasta dejar al descubierto el cemento del suelo del pasillo. Sin aire acondicionado, ni siquiera un sistema de ventilación, la humedad convierte la unidad de vivienda en una sauna. El guardia me informa de que me han asignado la habitación 217, en la segunda planta.

Sudo mientras subo las escaleras de hormigón. Cuando abro la puerta de acero del rellano del segundo piso, el pasillo largo y estrecho me recuerda a un edificio de apartamentos de alquiler barato con paredes de bloques de hormigón y madera sin adornos.Hay puertas a cada lado. Me detengo en la habitación 217, llamo dos veces a la puerta por cortesía y luego entro en la habitación con 12 literas.

Un hombre está sentado a una mesa junto a la pared acristalada al fondo de la sala. Está escribiendo, pero levanta la vista cuando cierro la puerta. Probablemente tenga unos 50 años, con rlectura reposaglosing a mitad de la nariz que dan le da el aspecto cerebral de un profesional.

«Soy Michael Santos», me presento. «Me han asignado esta habitación, litera dos, la de arriba».

«Paul Murray», se levanta y se acerca para estrecharme la mano. Aprecio el apretón de manos sincero más que a Choca esos cinco. «Esta es tu litera», me muestra. «Yo estoy justo debajo de ti. Este es tu armario».

La taquilla metálica mide dos metros de alto, un metro de ancho y medio metro de fondo. Abre la puerta doble, revelando a interior espacioso eso es fácilmente cuatro veces más grande como las taquillas IHe usado durante los últimos años. Me sorprende que la cantidad de almacenamiento Lo tomaré.

«No podré recoger mis pertenencias hasta mañana, pero al menos podré guardarlo todo aquí».

«¿Por qué no puedes conseguir tu propiedad?», pregunta.

«Los guardias que me tramitaron dijeron que era demasiado tarde para hacer inventario».

«Tengo algunas cosas que te servirán hasta que recuperes tus pertenencias», me ofrece, y luego abre su casillero para entregarme un par de pantalones deportivos, un tubo de pasta de dientes, un cepillo de dientes y una barra de jabón.

«Gracias. Esto me ayuda. Te lo devolveré cuando vaya de compras».

«No hay problema. ¿De dónde vienes?»

«He estado en la prisión federal de Fairton durante los últimos meses. Antes de eso, estuve en la prisión federal de McKean y, anteriormente, en la prisión federal de Atlanta».

«Ah, así que llevas un tiempo deprimido».

«En agosto cumpliré nueve años».

«¡Nueve años! Dios mío, ¿ya casi sales?».

«Ojalá. Todavía me quedan más de 17».

¿«Mes»?

«No, 17 años más».

«¡Vaya! No creo que haya nadie aquí con tanto tiempo libre. ¿Por qué te han contratado?».

«Vendía cocaína». Siempre me hacen la misma pregunta y siempre matizo mi respuesta. «Sin violencia ni armas. Es mi primera vez en prisión, pero el juez me ha condenado a 45 años».

Paul niega con la cabeza. «Estas condenas por drogas son injustas. Nunca me di cuenta de lo malas que eran hasta que llegué aquí. Las condenas parecen más severas de lo que merecen los delitos. Los asesinos cumplen menos tiempo».

«¿Y tú? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?»

Paul niega con la cabeza. «Me da vergüenza decirlo después de escucharte. Estoy cumpliendo una condena de 18 meses por fraude sanitario. Llevo aquí nueve meses».

¿Eres médico?

«No. Yo era abogado, pero renuncié al colegio de abogados. El delito grave habría provocado mi inhabilitación en algún momento de todos modos».

«Entonces, ¿por qué un abogado cumple condena por fraude sanitario?».

«Es una larga historia. Mi bufete representaba a clínicas médicas y laboratorios de análisis. Unos problemas de facturación me metieron en problemas con la ley y aquí estoy. Yo lo llamo mi año sabático».

****

Me instalo en la comunidad de Fort Dix, agradecido por los bajos niveles de volatilidad. Mi unidad de vivienda es una de las seis que hay en el recinto, cada una con capacidad para 400 hombres. La mayoría de los presos cumplen condenas por delitos relacionados con las drogas, pero muchos otros, como Paul, cumplen condenas cortas.

Las ideas sobre cómo voy a pasar el resto de mi tiempo siguen preocupándome, especialmente cuando los administradores confirman que no permitirán que la biblioteca de la universidad me envíe libros.

«Nuestra política establece que solo se pueden recibir libros de tapa dura de una librería o una editorial, no de bibliotecas». El supervisor de educación no deja margen para circunstancias especiales. «Y no voy a hacer una excepción. Si hago una excepción contigo, tendré que hacerla con todos».

«¿En serio? ¿Cuántos presos hay aquí que sean candidatos a un doctorado?», pregunto.

«Esa no es la cuestión. Nuestras políticas reflejan la necesidad de preservar la seguridad de la institución. Si quería obtener un doctorado, debería haberlo pensado antes de venir a la prisión».

Es lo mismo advertencia He oído repetidamente y no veo mucho sentido en insistir para obtener permiso. A los guardias de la prisión les resulta fácil esconderse tras el mantra miope de la «seguridad de la institución». Frustrado, busco una actividad que me mantenga ocupado, algo que pueda hacer por mi cuenta sin necesidad de pedir permiso a las autoridades.

Mi régimen de ejerciciosn continúa, aunque no es suficiente para aliviar el sensación de desesperanza IEstoy luchando por reprimirHago ejercicio hasta agotarme físicamente, corriendo largas distancias y levantando pesas. En busca de algo más, me uno a un grupo de terapia que patrocina la Dra. Warren, una psicóloga. Ella lo llama el Grupo de

Prisioneros a Largo Plazo y yo acepto asistir a la discusión de dos horas cada miércoles por la tarde.

El arte afrocéntrico decora la oficina de la Dra. Warren. En la pared cuelgan retratos de Malcolm X y Marcus Garvey. Tengo curiosidad por saber si ha encontrado resistencia por parte de sus colegas de la BOP que consideran a estos líderes revolucionarios. Sentarse en el grupo de la Dra. Warren es lo más parecido a sentarme en un aula, y admiro la forma tranquilizadora en que ella... manages el grupo. Aunque quiero imitar su compasión, me cuesta mucho tolerar la autocompasión y la hipocresía que expresan otros miembros del grupo.

En nuestro grupo participan ocho personas y todos nos sentamos. en sillas que forman un óvalo círculo en la oficina alfombrada del Dr. Warren. Aburrido, a veces me distraigo. en mis propios pensamientos, tratando de hacerme una idea de los intereses de la Dra. Warren leyendo los títulos que aparecen en los lomos de los libros que llenan sus estanterías de madera. Veo obras de Toni Morrison, Cornel West, Henry Louis Gates. He seguido acudiendo a las reuniones porque aprendo escuchándola. Aunque permite que los presos participantes se desahoguen, admiro la paciencia sin prejuicios que percibo en sus preguntas. Independientemente de la frecuencia con la que algunos hombres del grupo culpen a otros por sus actos, ella asiente amablemente, mostrando su acuerdo o comprensión.

A pesar de los esfuerzos del Dr. Warren por involucrarnos, no conecto con los demás hombres y no puedo ocultar mi desprecio cuando se quejan. sobre sus circunstancias.

«Solo estoy en la cárcel porque mi mejor amigo me delató», dice Eric.

«¿No tuviste nada que ver con que te pillaran?», le pregunto.

«Él es el que ha sido descubierto. Lo único que tenía que hacer era mantener la boca cerrada y nadie habría...». sabía sobre mí». A Eric no le gusta que le desafíe.

«Pero dijiste que te declaraste culpable», le señalo.

«Solo porque el soplón iba a testificar en mi contra. Estoy cumpliendo una condena de 10 años, aunque la DEA no me pilló con nada».

«¿No estás cumpliendo una condena de 10 años por vender cocaína y por haberte presentado ante el juez y haber admitido tu culpabilidad?».

«Sí, pero si el soplón no hubiera de No dije nada, ni siquiera me habrían acusado. Las leyes de conspiración no son justas, simplemente no son justas».

Con el fin de avanzar en el debate, la Dra. Warren propone un ejercicio creativo. «Antes de que nos reunamos la semana que viene», indica, «quiero que piensen en lo que más valoran en la vida. Me gustaría que cada uno de ustedes viniera preparado para debatir sobre lo que considera su mayor valor. Y recuerden, lo que se diga en el grupo se queda en el grupo».

Sé exactamente qué valores me impulsan, y cuando vuelva para nuestra próxima reunión, espero que la discusión sea aavanzar más allá quejándose de la duración de las penas y los juicios injustos.

«Entonces, ¿por qué no empezamos contigo, Jim?», comienza el Dr. Warren. «¿Has podido identificar tu valor más importante?».

«Sí, lo he hecho», responde Jim.. Se sienta justo a la derecha del Dr. Warren. Tiene 35 años y ha cumplido cuatro años de una condena de nueve, es la segunda vez que está en prisión por distribuir metanfetaminas. Jim se afeita la cabeza, pero tiene una barba roja y larga que siempre se retuerce cuando habla. Estamos en una habitación con iluminación normal, pero él insiste en llevar gafas de sol porque dice que tiene los ojos sensibles. Tiene tatuadas las palabras «amor» y «odio» en los nudillos de las manos derecha e izquierda. «Lo más importante para mí es mi relación con mi Señor y salvador personal, Jesucristo».

«¡Amén!», exclama otro miembro del grupo, expresando su aprobación.

El Dr. Warren asiente con la cabeza, animando a Jim a continuar. «¿Y cómo te ayuda tu relación con Jesús a superar cada día?».

«Bueno, soy muy espiritual», dice Jim mientras se retuerce los bigotes y se recuesta en la silla. «Casi nunca me pierdo los servicios religiosos y todas las noches rezo mis oraciones».

«¿Por qué rezas?», le pregunto.

«Es personal».

«En general, quiero decir», insistiendo aún más.

«¿Quieres compartir con el grupo por qué rezas, Jim?». La Dra. Warren gira la cabeza hacia mí y me lanza una mirada de advertencia. «Todos entenderemos si prefieres mantener tus oraciones en secreto».

«Sobre todo rezo para salir pronto y que mi mujer no venda mi Harley antes de que llegue a casa».

El Dr. Warren asiente con la cabeza.

«Eso es muy espiritual», digo riendo.

«Michael, ¿hay algo que te gustaría compartir?». Está claro que el Dr. Warren no aprueba mi sarcasmo.

«Lo siento, esperaré mi turno».

Jim me mira, pero no dice nada y no puedo leer sus ojos a través de las gafas oscuras.

«Bob, ¿te gustaría compartir tus valores con el grupo?». El Dr. Warren se dirige a otro preso.

«Prefiero pasar». Cruza los brazos y mira fijamente al suelo.

El Dr. Warren asiente con la cabeza. «¿Va todo bien, Bob?».

Bob se encoge de hombros: «Es que no sé qué decir».

«Bueno, si te apetece hablar, nos gustaría escucharte», le dice ella. La sala está en silencio, salvo por el tictac del segundero de un reloj de madera tallado con la forma del continente africano. «Tom, ¿y tú, estás listo?», le anima ella, sonriendo. «¿Quieres ser el siguiente?».

«Lo más importante del mundo para mí es superar este momento. Odio estar encerrado». Tom está cumpliendo su cuarta condena por drogas. Lleva una gorra naranja sobre el pelo grasiento y tres lágrimas caídas tatuadas en la cara.

«¿Has pensado en algo que puedas hacer para pasar el rato más fácilmente?», le pregunta el Dr. Warren, tratando de evaluar lo constructivo que está siendo con su tiempo.

«No hay nada que hacer», dice Tom, abriendo las manos. «He terminado mi GED. No hay clases universitarias. He estado durmiendo mucho, leyendo, viendo la televisión».

«¿Qué te gusta leer?», le pregunta ella.

«Me gusta mirar Maxim, People, revistas de coches, cualquier cosa que me permita saber qué está pasando en el mundo».

«¿Alguna vez lees libros?», pregunta la Dra. Warren, tratando de entablar conversación con él.

«No. Me aburro muy fácilmente». Mira al techo y estira el cuello de lado a lado.

«¿Y no te interesa dar clases particulares a otros o participar en servicios religiosos, como Jim?».

«Lo que más me gusta es dormir. Cuando duermo, es como si ni siquiera estuviera en la cárcel».

«Steve, ¿has pensado en lo que más valoras en la vida?», continúa el Dr. Warren.

«Soy como Jim. Dios es lo más importante para mí. Leo la Biblia, voy a los servicios religiosos. Llevo dos meses en un grupo de estudio

de la Biblia y estoy aprendiendo mucho. Jesús me está ayudando a superar esto». Steve se trenza el pelo y lleva una perilla bien recortada.

Miro al suelo y sacudo la cabeza.

«Creo que es admirable que hayas encontrado la paz, Steve. Todos necesitamos encontrar la fuerza para superar los momentos difíciles, y parece que tú la has encontrado en la religión». La Dra. Warren asiente con la cabeza mientras felicita a Steve.

«Amén», dice Steve.

«Alabado sea Dios», dice Jim retorciéndose el bigote y asintiendo al unísono.

«Bill, ¿y tú? ¿Qué es lo que más valoras?», pregunta la Dra. Warren con una sonrisa, invitando a Bill a compartirlo.

A Bill le han asignado la habitación de enfrente de la mía. Lo veo con frecuencia porque duerme en la litera de arriba de Al, un chico al que a veces doy clases particulares. Bill tiene veintitantos años. Es muy activo en el recinto, siempre está sentado en una mesa de juego, jugando al dominó o organizando apuestas.

«No lo sé. Supongo que valoro a mi esposa y también a Dios».

Me encorvo y me masajeo la frente con una mano.

«¿Por qué odias al Señor?», me desafía Steve mientras inclina la cabeza y frunce el ceño.

«¿Te preocupa algo, Steve?», insiste el Dr. Warren, animando a Steve a expresarse.

«Sí», le invito a abrirse. «Di lo que pienses, di algo, sácanos de esta mierda».

«Solo digo que estamos aquí alabando a Jesús y él está encorvado en su silla», Steve me señala, «como si estuviera aburrido o no quisiera escucharnos».

«Michael, ¿hay algo que quieras decir?», me pregunta el Dr. Warren.

«¿Todo lo que se dice en el grupo se queda en el grupo?», pregunto, aceptando la confrontación.

«Por supuesto. Aquí puedes hablar libremente», confirma el Dr. Warren, mirando a todos los miembros del grupo.

El tiempo que llevo cumpliendo condena ha adormecido mi sentido de la empatía. Cada vez me cuesta más escuchar a los quejicas semana tras semana. Me enderezo en la silla. «De acuerdo. Me molesta que la Dra. Warren nos haya dado a todos la oportunidad de aprender unos de otros. Todos estamos cumpliendo condena, encerrados tras las mismas rejas, pasando por las mismas dificultades. Nos pidió que pensáramos en nuestros valores más importantes, en lo que es más importante en nuestras vidas, pero en lugar de hablar con sinceridad, de decir lo que realmente sentís, estáis hablando de lo que creéis que ella quiere oír. Esto no es una solicitud de libertad condicional. Nadie va a conseguir una reducción de condena por esto. Esperaba que de nuestra reunión de hoy saliera algo más sustancioso. En cambio, es lo mismo de siempre».

«¿Qué te hace pensar que sabes tanto?», pregunta Steve.

«Sé que Dios no es la máxima prioridad en tu vida, eso lo sé muy bien».

«¿Cómo sabes lo que siento?».

«Porque si Dios fuera lo más importante en tu vida, no estarías quejándote aquí cada semana de que no deberías estar en la cárcel, de que todo es culpa de un soplón. Si Dios fuera lo más importante en tu vida, aceptarías que estás exactamente donde Dios quiere que estés. Así es como yo lo veo». Me dirijo a Bill. «Si tu relación con tu esposa fuera lo más importante para ti, ¿de verdad tendrías fotos de revistas porno pegadas por toda tu taquilla? Vamos, chicos. ¿Por qué hacemos esto? ¿A quién intentamos impresionar?».

«Menuda diatriba», dice el Dr. Warren. «Lo que han dicho los demás realmente te ha molestado».

«Ni siquiera ha dicho cuáles son sus valores, pero está tratando de decir que no somos auténticos», comenta Steve dirigiéndose a Eric.

«Mi valor más importante es sencillo. Lo que más valoro es la libertad, y no la tengo. Solo pienso en lo que puedo hacer mientras estoy aquí para asegurarme de que, cuando salga, nunca la vuelva a perder».

«¿Y no crees que queremos salir?», me desafía Steve.

«Si quieres salir, si eso es lo más importante para ti, entonces quiero saber qué estás haciendo para salir y qué estás haciendo para asegurarte de que, una vez que salgas, nunca vuelvas».

«¡Pero no hay nada que podamos hacer! Además, ¿qué estás haciendo tú que sea tan diferente? Dices que nos quejamos, pero tú vienes aquí todas las semanas quejándote de que nadie te deja terminar la escuela. Joder, te quejas igual que todos los demás», dice Steve.

«¿Sabes qué? Tienes razón. Voy a cambiar eso, a partir de ahora, desde este mismo instante. Durante 10 años he intentado labrarme una reputación para que el mundo me viera de forma diferente a los demás presos. Ahora he terminado. De ahora en adelante, haré lo que sea necesario para asegurarme de que, cuando salga de aquí, lo haga como un hombre digno, preparado para valerme por mí mismo. Puede que este sistema me retenga durante 16 años más, pero no voy a dejar que me condene al fracaso y arruine el resto de mi vida. Os sugiero que hagáis lo mismo».

«¿Y qué vas a hacer? ¿Qué cambios vas a introducir?». Jim se recuesta en la silla y se retuerce la barba.

«Me voy a matricular en la facultad de Derecho».

«¡Joder! ¡Estás en la cárcel! No puedes estudiar Derecho desde aquí. Y aunque pudieras, ¿de qué te serviría? Nadie va a contratar a un abogado que ha estado en la cárcel». Steve hace un gesto con la mano, restándole importancia a mi comentario.

«Tiene razón, Michael. ¿Has pensado en cómo tu delito grave podría influir en tu carrera como abogado?», pregunta el Dr. Warren.

«No he dicho que quiera ser abogado. He dicho que me voy a matricular en la facultad de Derecho. En lugar de pensar en lo que no puedo hacer, voy a pensar en lo que sí puedo hacer. Conozco mis puntos fuertes y débiles, y sé que voy a cumplir 16 años más. Puede que no pueda ejercer la abogacía, pero si obtengo el título de Derecho podré ayudar a otros presos que quieran presentar sus propias mociones legales».

«¿Así que quieres ser abogado de prisión?». Jim asiente con la cabeza, sin dejar de retorcerse el bigote.

«No solo un abogado de prisión. Estudiaré y me convertiré en el mejor abogado de prisión del sistema. Es una forma de ser útil aquí dentro».

«Es un buen plan», coincide el Dr. Warren, sonriendo.

****

Mientras planifico mis estudios de Derecho, sigo construyendo una sólida red de apoyo. Para superar la resistencia y los prejuicios que espero encontrar, he elaborado un dossier que denomino mi «portafolio». En él describo mi delito, expreso mi arrepentimiento y expongo las medidas que he tomado durante la última década para expiar mi culpa. El portafolio incluye copias de mis títulos universitarios y cartas de recomendación de distinguidos académicos que me apoyan. Estoy seguro de que una amplia red de apoyo me abrirá más opciones cuando salga en libertad, y envío los portafolios a personas que podrían patrocinar mis esfuerzos.

Mi estrategia es sencilla. Continuaré lo que empecé antes de ser condenado, cuando escribí a Stuart Eskenazi, el periodista que cubrió mi juicio para los lectores del Tacoma News Tribune. En mi carta le expresé mi intención de vivir de forma útil en prisión y redimirme

preparándome para una vida respetuosa con la ley tras mi puesta en libertad.

El nuevo portafolio que estoy creando no solo registra mis logros, sino que también muestra mi progreso hacia los objetivos claramente definidos que me he fijado. En él, pido a los lectores que me consideren como el hombre en el que me estoy convirtiendo, en lugar de aquel que tomó malas decisiones cuando tenía veintipocos años. Siguiendo el ejemplo de las historias empresariales que leo en The Wall Street Journal, complemento el portafolio escribiendo informes trimestrales cada 90 días y los distribuyo a las personas de mi creciente red de apoyo. Mis informes trimestrales describen mis proyectos, la forma en que contribuyen a mis preparativos para la puesta en libertad y mis retos. Son mis herramientas de rendición de cuentas.

Al vivir de forma transparente, invito a las personas a que me hagan responsable, a que me juzguen por lo que hago, no por lo que digo. Cualquier preso puede decir que quiere tener éxito al salir en libertad, pero mi compromiso diario y las acciones que emprendo permiten a los demás evaluar si deben seguir confiando en mí, patrocinándome y apoyándome.

Orgullosos de mi progreso y de la forma en que he respondido a los retos del encarcelamiento, mis padres comparten el portafolio con otras personas. Mi padre le da una copia a su amigo, Norm Zachary, y Norm se la pasa a su hermana, Carol Zachary. Me emociono cuando mi padre me dice por teléfono que Carol quiere ayudar y que debería llamarla. Es una madre casada con dos hijos que vive en Washington D. C., donde su marido, Jon Axelrod, ejerce la abogacía.

«Soy Michael Santos, llamo desde la prisión federal de Fort Dix», me presento. «Mi padre me sugirió que llamara para hablar con la Sra. Zachary».

«¡Oh, Michael! Me alegro mucho de que hayas llamado. Por favor, llámame Carol. Mi marido y yo hemos leído tu portfolio y queremos ayudarte. Quizá no lo recuerdes, pero Norm me llevó a una fiesta en

casa de tus padres cuando eras niño. Hablamos del telescopio Hubble».

«Lo recuerdo. Tenía unos siete u ocho años entonces».

Ella me corrige, recordándome que era mayor cuando nos conocimos, ya era adolescente. Luego dice que le gustaría entablar una amistad y me pide que le envíe los formularios necesarios para visitarme. «Quiero traer a Zach y Tris, mis hijos. Tenemos que hablar sobre lo que podemos hacer para sacarte de allí y, si me lo permites, me gustaría liderar la iniciativa».

Este es precisamente el tipo de apoyo que esperaba encontrar como resultado de la preparación de ese portafolio. Como Ralph Waldo Emerson era conocido por haber observado, los hombres superficiales creen en la suerte, pero los hombres fuertes creen en la causa y el efecto. Desde que Bruce entró en mi vida, he conocido y apreciado el valor de los mentores. Él me guió desde el principio a través de nuestra correspondencia semanal y sus visitas regulares. Gracias a su apoyo, he madurado y ganado confianza, como académico, en disciplina mental, y Estoy bien. preparado para contribuir positivamente a la sociedad. Al tomar medidas deliberadas para ampliar mi red de apoyo, realmente acerté, atrayendo la atención de Carol. Cuando entro en la sala de visitas para reunirme con ella y sus hijos, Zach y Tristan, ellos... saludar yo con un abrazo, como si fuera unYa familia.

Mientras estamos sentados uno frente al otro en las duras sillas de plástico de la luminosa sala de visitas de Fort Dix, me entero de cosas sobre la familia Axelrod. Carol, antigua profesora de inglés, es líder de los Boy Scouts y se interesa activamente por su comunidad. Es voluntaria de la Cruz Roja, profesora sustituta en las escuelas locales y, junto con su marido Jon, está muy involucrada en los deportes y la escuela de sus hijos. Está decidida a educarlos para que sean ciudadanos responsables.

Zach tiene 12 años y me habla de sus equipos de béisbol y hockey. Cuando le pregunto qué quiere ser de mayor, responde sin dudar: «Quiero ser director general de una empresa que cotice en bolsa», y

no dudo ni por un segundo de que lo conseguirá. Su inteligencia me impresiona, sobre todo cuando me pregunta qué pienso hacer con mi vida cuando salga en libertad.

«Ahora mismo estoy pensando en estudiar Derecho», le respondo.

«¿Crees que la gente querrá contratar a un abogado que ha estado en la cárcel?», pregunta Zach. la pregunta con un interés genuino por saber más sobre mí.

«Zachary», le regaña Carol.

«¿Qué pasa, mamá? Solo tengo curiosidad».

«Por supuesto que la gente lo contratará», intenta suavizar su franqueza.

«Es una buena pregunta, Zach». Me impresiona su confianza y franqueza.

«¿Ves, mamá?».

«Pero no voy a la facultad de Derecho para ejercer la abogacía. Estoy convencido de que una mayor formación me abrirá oportunidades profesionales cuando vuelva a casa, y estudiar Derecho me ayudará a superar el tiempo que me quede por cumplir. Dondequiera que cumpla mi condena, los presos necesitarán asistencia jurídica y, si estudio Derecho, estaré en condiciones de ayudarles».

«Tiene sentido», dice Tristan, el hermano menor de Zach, tras considerar mi respuesta.

«Lo que tenemos que hacer es sacarte de aquí», dice Carol, volviendo al tema central. «Jon y yo hemos hablado con algunos conocidos que trabajan para el Departamento de Justicia. No pueden involucrarse debido a las normas sobre conflictos de intereses, pero insistieron en que necesitamos un abogado de primera categoría en Washington para representarte».

«Me encantaría tener un abogado. Pero la verdad es que no tengo recursos económicos».

«Bueno, vamos a conseguir algunos».

«¿Cómo?».

«Has creado una red de apoyo maravillosa. Estoy segura de que las personas que creen en ti te ayudarán».

«Pero no puedo pedirles dinero».

«¿Por qué no? Quieren ayudarte».

«Es que no me parece bien pedir dinero a nadie. Ya he perdido una oportunidad de obtener el indulto y estoy aceptando la posibilidad de que tenga que cumplir toda la condena. Estoy tratando de crear mi red de apoyo para tener gente que me ayude a superar los retos a los que me voy a enfrentar».

«Pero no vamos a dejar que cumplas 16 años más, al menos no sin intentar sacarte de allí. Puede que no quieras pedir ayuda económica a otras personas, pero, si no te opones, yo lo haré en tu nombre».

Estoy sin palabras, reprimiendo emociones que no estoy acostumbrado a sentir. Por supuesto que ansío mi libertad. Tengo 33 años, ahora tengo una buena educación y, después de 10 años dentro, estoy más preparado que nunca para salir. Si pudiera volver a la sociedad ahora, todavía tendría una oportunidad razonable de construir una carrera y formar una familia. La oferta de Carol de abogar por mi libertad me valida, me da una sensación de libertad, de valía, que aprecio y valoro.

****

Carol coordina un equipo para ayudarme. Ella convence a Tony Bisceglie, un reconocido experto en Washington, DC , para que me represente de forma gratuita. Viaja para reunirse con mis mentores, Bruce, Phil McPherson (hermano de Bruce) y George Cole. Con la ayuda de Julie, mis amigos Nick y Nancy Karis, y otros amigos de Seattle y otros lugares, Carol pone en marcha una recaudación de fondos para

crear el Fondo de Defensa Legal de Michael Santos, y recauda miles de dólares para cubrir los gastos legales. El dinero procede de donantes anónimos, personas que ahora tienen un interés personal en mi libertad. No puedoparticipar desde la cárcel y no sé qué éxito tendrán, pero su energía combinada me llena de esperanza.

Tony solicita las transcripciones que documentan mi caso. Después de leerlas, determina que tengo motivos para solicitar una reparación judicial. Tengo sentimientos encontrados sobre el plan de una acción judicial porque quería ganarme mi libertad en lugar de buscarla a través de un tecnicismo legal. Ha pasado más de una década desde que mi condena se hizo definitiva y sabemos que la solicitud de indulto judicial es muy improbable. Además, el juez que presidió mi juicio es conocido por imponer condenas largas y nunca reducirlas. A través de su investigación, Tony descubre que los fiscales de mi caso intentaron llegar a un acuerdo. Si me hubiera declarado culpable en lugar de ir a juicio, los fiscales habrían aceptado que una condena de 20 años era adecuada. Desde Raymond, mi abogado defensor, nunca me habló de la oferta del gobierno, Tony insiste en que, en lugar de solicitar una conmutación de la pena, debo presentar una petición de reparación ante el tribunal.

Para preparar la moción legal, Tony solicita la ayuda y el apoyo de Tom Hillier, el defensor público federal del Distrito Oeste de Washington, para que acepte mi caso. Tom recluta entonces a Jonathan Solovy, un abogado de primer nivel de Seattle que acepta preparar los documentos y defender mi liberación. Coordinar todos estos esfuerzos requiere cientos de horas, y me conmueve que profesionales que nunca me han conocido se entreguen tan generosamente con el único propósito de liberarme.

El equipo legal contrata a investigadores para reunir pruebas que respalden mi petición. Jonathan trabaja diligentemente para persuadir tanto al gobierno como al juez de que reconsideren mi sentencia.

Pero al final, perdemos. El juez Tanner no se conmueve y mantiene la sentencia. Todos los miembros del equipo están preocupados por cómo voy a reaccionar ante la decisión. Curiosamente, estoy en paz,

agradecido por haber recibido el amor y el apoyo de tantos desconocidos que ahora se han convertido en amigos.

****

Bruce me visita a principios de 1998, cuando ya había cumplido más de diez años. Quiere hablar conmigo sobre mis planes de estudiar Derecho. A través de cartas, hemos discutido las posibilidades de aprovechar el resto de mi condena de forma productiva. No está convencido de que estudiar Derecho a distancia sea mi mejor opción.

«Me gustó mucho tu idea de pasar los últimos años de tu condena convirtiéndote en artista, pintor o músico, o incluso estudiando un idioma extranjero. Esas actividades completarían tu educación y tal vez liberarían algo de creatividad en ti», dice Bruce, sentado frente a mí en la sala de visitas.

«Bruce, voy a cumplir 16 años más. Ni siquiera he cumplido la mitad de mi condena. No quiero dedicarme a otro proyecto que los administradores de la prisión puedan quitarme. Aunque he pensado en aprender a pintar o a tocar el piano, si me trasladaran tendría que pasar por toda esta frustración otra vez debido a los trámites burocráticos, y eso solo si pudiera continuar. Algunas prisiones ni siquiera ofrecen programas de música o arte».

Bruce asiente con la cabeza mientras le explico mis razones y luego se recuesta en su silla. «Pero esa es la esencia de una educación liberal. Podrías estudiar pintura y piano aquí, y si te trasladan, podrías estudiar idiomas extranjeros o poesía allí. Cuanto más aprendas, más podrás apreciar cuando vuelvas a casa».

«Lo que me preocupa es volver a casa. ¿A qué me enfrentaré cuando salga de aquí?».

«Tendrás amigos que te ayudarán».

«Sí, pero quiero valerme por mí mismo, no salir débil, con el sombrero en la mano buscando limosnas».

«No te expreses con clichés», le advierte.

«Ya sabes a qué me refiero. Para entonces habré cumplido 26 años y necesito anticipar los obstáculos a los que me enfrentaré. Tendré casi 50 años, pero no tendré ahorros, no tendré una casa, ni siquiera tendré ropa que ponerme. Con mis antecedentes penales, los empleadores se resistirán a contratarme. Si no me preparo para esos obstáculos, me encontraré con una resistencia tremenda. ¿Cómo voy a empezar mi vida?».

Bruce se frota la cabeza. «Sin embargo, la facultad de derecho que estás considerando no es del mismo nivel que las otras facultades. Hofstra y Mercer tienen credenciales impecables. Vayas donde vayas, la gente respetará esos títulos. Si quieres estudiar derecho, creo que deberías esperar hasta estar en casa, donde podrías obtener un título de una facultad acreditada a nivel nacional, no de una facultad a distancia que el colegio de abogados no reconoce. ¿Cuál es el valor real de ese título? Ni siquiera te permitirá presentarte al examen de acceso a la abogacía».

Me inclino hacia delante, tratando ansiosamente de explicar mi decisión. «Eso es lo que no pude dejar tan claro en las cartas que te escribí; tengo que tener cuidado con lo que leen los guardias. No estudio Derecho porque quiera ejercer como abogado. Estudio Derecho porque quiero utilizar lo que aprendo para ayudar a otros presos que quieren litigar sus casos. Mira a tu alrededor. Casi todos los presos de aquí quieren otra oportunidad para volver a los tribunales. Si estudio Derecho, podré ayudarles».

«Pero si no eres abogado, ¿cómo vas a representarlos?».

«No pretendo representarlos. Lo que haré es ayudarles a investigar la ley y redactar los informes. Ellos presentarán sus propios documentos legales, pro se. A veces puedo ayudar a la gente a convencer a los abogados para que acepten sus casos, como Tony y Jonathan aceptaron el mío. Mi formación en la facultad de derecho, junto con mi experiencia, me permitirán ofrecer una asistencia mayor y mejor. Los presos pagarán por mis servicios».

«Eso es lo que me preocupa», dice Bruce, sacudiendo la cabeza. «Has trabajado todo este tiempo para construir un historial como preso modelo, para formarte y mantener un historial disciplinario limpio. Ahora hablas de romper las reglas convirtiéndote en una especie de abogado de la cárcel, exponiéndote a infracciones disciplinarias y posibles problemas con el sistema. No tiene sentido para mí».

«Sí, he trabajado duro para vivir como un preso modelo. ¿Qué he conseguido? En lugar de apoyo, encuentro resistencia. Los administradores me trasladan para frustrar mis esfuerzos y impedir que complete mis estudios. No me interesa ser un preso modelo. Mi interés, mi único interés, es tener éxito cuando salga en libertad. Y creo que la mejor manera de hacerlo es preparándome financieramente».

«¿Y cómo te van a pagar los presos?». Bruce sonríe con sorna ante mi plan. «¿Van a llenar tu taquilla de chocolatinas y refrescos? ¿De qué te servirá eso cuando salgas?».

«No me pagarán directamente. Si alguien me pide ayuda, acordaremos un precio. Luego, él hará que su familia envíe el dinero a mi familia».

«¿Pero eso es legal?».

«Aunque tenemos demasiadas leyes en este país, por lo que yo sé, sigue siendo legal que un ciudadano envíe dinero a otro ciudadano. Mi hermana pagará impuestos por el dinero que reciba y lo guardará para mí hasta que vuelva a casa. Puede que a los administradores de la prisión no les guste, pero no es ilegal que Julie reciba dinero de la familia de otro presoAyudar a otro preso con trámites legales tampoco va en contra de la ley.

«Me parece un poco engañoso, totalmente diferente del enfoque abierto y transparente que has seguido». Bruce sigue siendo escéptico.

«Yo no lo veo así. El plan es totalmente coherente con el enfoque de libro abierto, y tengo la intención de hacerlo abiertamente».

«¿Cómo es eso? Ni siquiera recibirás el pago directamente».

Me encojo de hombros. «Eso es solo porque vivo según las reglas que me imponen. Pero seré sincero sobre lo que hago y, sinceramente, me enorgulleceré de vencer a un sistema que perpetúa el fracaso».

Bruce vuelve a negar con la cabeza. «Puede que estés cumpliendo con la letra de las normas al no recibir dinero directamente, pero no estarás cumpliendo con el espíritu de las normas».

«Las normas de la prisión no me preocupan. Ser un recluso modelo no me va a ayudar cuando salga de aquí. A nadie le va a importar que no haya cometido ninguna infracción disciplinaria. Es posible que la gente ni siquiera vea más allá del hecho de que he cumplido 26 años de prisión. Necesito suficiente dinero en el banco para cubrir todos mis gastos durante mi primer año...».La libertad, independientemente de si recibo un sueldo o no. Tendré que comprar un coche, pagar el alquiler, comprar ropa y pagar todo lo demás que necesite para empezar mi vida. Cumplir con esas responsabilidades tiene mucho más valor para mí que respetar el «espíritu» de las normas de la prisión.

«Realmente lo has pensado bien», Bruce comienza a ceder. «¿Has considerado las posibles consecuencias? ¿Y si te vuelven a trasladar a la zona de alta seguridad?».

«No me importa adónde me envíen. A partir de ahora, mi único objetivo es prepararme para llevar una vida exitosa y útil. Eso no va a suceder por casualidad».

«¿Qué motivó esta nueva resolución? La decisión judicial que le denegó un ¿Liberación anticipada? El apoyo de Bruce hacia mí es evidente en su tono cariñoso y su interés genuino, y agradezco su disposición a escuchar mientras le comparto mis pensamientos.

«Sé que limitas tus lecturas a la literatura clásica, pero fue un libro que leí de Stephen Covey, Los siete hábitos de la gente altamente efectiva. ¿Has oído hablar de él?».

«No», responde Bruce con tristeza, riendo. «Me gusta leer alguna que otra buena novela policíaca, pero no suelo leer mucho del género de autoayuda o inspiración».

«Bueno, a mí me resulta útil y creo que tú podrías identificarte con Covey».

«¿Qué te hace pensar eso?»

«Es un antiguo profesor que impartía clases en la Universidad Brigham Young, y su campo de estudio era el liderazgo. El libro de Covey valida mis decisiones, la forma en que he vivido durante los últimos diez años, y me ha ayudado a establecer la estrategia que seguiré en el futuro».

«¿Cómo es eso?», pregunta Bruce, curioso.

Estoy deseando explicárselo.

«En su estudio sobre el liderazgo, el Dr. Covey descubrió que las personas exitosas comparten siete hábitos en común». Levanto la mano y los enumero con los dedos. «Uno, son proactivos. Dos, comienzan con el fin en mente. Tercero, dan prioridad a lo importante. Cuarto, primero buscan comprender y luego ser comprendidos. Quinto, piensan en términos de ganar-ganar. Sexto, crean sinergias. Y séptimo, trabajan constantemente para perfeccionar su enfoque».

«¿Qué? ¿Me estás diciendo que eso es una revelación para ti? Aún no has respondido a mi pregunta».

«¿Qué pregunta?».

«¿Por qué el cambio en tu estrategia?», pregunta Bruce de nuevo, aclarando.

«Soy pragmático. Sinceramente, es más una evolución que un cambio. He seguido los siete hábitos de liderazgo de Covey desde que estuve en la cárcel del condado, cuando leí sobre Sócrates. Al seguir formándome, estoy tomando medidas proactivas para superar mi adversidad. Al conocer los retos que me esperan cuando salga, estoy empezando con el fin en mente. Al matricularme en la facultad de derecho, estoy dando prioridad a lo más importante. Entiendo mi entorno, mis limitaciones y las formas en que puedo ser más útil. Al perseguir este objetivo, podré generar los recursos necesarios para valerme por

mí mismo cuando salga de prisión. Es una situación en la que todos ganamos. Es una forma de aprovechar mi educación y llevar una vida más significativa aquí dentro».

«¿Ya ha calculado sus tarifas, abogado?», bromea Bruce.

«Lo que el mercado pueda soportar. ¿No es así como se hace en Estados Unidos?», respondo con una sonrisa, totalmente comprometido con la estrategia que impulsa mis planes.

«Hablo en serio. ¿Qué esperas obtener con todo esto?».

«El programa de la facultad de derecho es un estudio independiente que se realiza a tu propio ritmo. Espero terminarlo en 2001. Si cobro 500 dólares por investigar o redactar mociones legales, creo que puedo ganar una media de 1000 dólares al mes durante los 12 años que me quedan por cumplir. Después de impuestos, eso me dejaría cerca de 100 000 dólares en el banco cuando salga de prisión».

Bruce asiente con la cabeza, sonriendo. «Solo tengo una pregunta más. Si el alcaide no te deja recibir libros de la Universidad de Connecticut, ¿qué te hace pensar que te dejará recibir libros de la facultad de derecho de California?».

«Eso es lo bueno de la facultad de derecho. No necesitaré acceder a una biblioteca externa. Todas las prisiones federales tienen su propia biblioteca jurídica. Simplemente compraré los demás libros que necesite. Siempre que la librería envíe los libros directamente, no necesitaré un permiso especial de la prisión».

«¿Entonces ya lo tienes todo listo?».

«Estoy listo».

****

Julie y Tim acuerdan financiar mi matrícula y los gastos de los libros con el compromiso de que se los reembolsaré con mis ingresos. Cuando la sala de correo me entrega los materiales para el primer año de Derecho, la pila de libros de texto me llega hasta la mitad del

muslo. Mientras hojeo miles de páginas con letra pequeña, me invade el optimismo. Estoy progresando, siento una energía renovada y estoy convencido de que estos libros cambiarán mi vida.

Creo un nuevo horario diario, comprometiéndome a levantarme y empezar a estudiar después de que los guardias completen el recuento de las 3:00 a. m., concediéndome tres horas para leer y tomar apuntes antes de hacer ejercicio. Luego puedo estudiar de nuevo desde las 9:00 a. m. hasta las 8:00 p. m. A finales de 1998, habré terminado los cursos de primer año. La estructura que me he impuesto me da la ilusión de que vuelvo a tener el control de mi vida.

Un escandaloso romance entre el presidente Clinton y una joven becaria de la Casa Blanca acapara las noticias, pero yo apenas me doy cuenta. Vuelvo a tener una visión estrecha, dedicando todas mis energías a dominar un nuevo vocabulario, aprender a investigar sobre derecho y escribir largos trabajos.

Después de enviar mi primer lote de tareas, paso al siguiente curso. Es temprano por la mañana, todavía está oscuro fuera y estoy estudiando en la cama. Mi pequeña luz de lectura está sujeta a la silla metálica junto a mi litera e ilumina el grueso libro de texto que tengo apoyado sobre los muslos. Otros once hombres duermen cerca, pero mis tapones para los oídos amortiguan el sonido de sus ronquidos. El trabajo me da energía. En lugar de perder el tiempo, estoy desarrollando habilidades que nunca me podrán quitar.

Más adelante, esa misma semana, cuando abro el sobre que contiene mis primeras tareas calificadas, me siento profundamente decepcionado. Debido a mi experiencia en Hofstra y Mercer, esperaba que estos profesores de Derecho me desafiaran, expusieran las fallas en mi razonamiento y mostraran interés en mi trabajo. Invertí más de 100 horas leyendo y escribiendo casi 50 páginas de razonamientos y argumentos cuidadosamente investigados. A pesar de mis esfuerzos, el profesor solo dibujó un círculo rojo alrededor de la «A» en la esquina superior derecha de la primera página, y esa calificación representaba la extensión de su comentario. Tiro el sobre al fondo de mi casillero con disgusto, dudando de que alguien haya leído lo que escribí.

Ahora entiendo lo que Bruce quería decir cuando dijo que este título en Derecho devaluaría mis otros títulos. La costosa matrícula parece cubrir el gasto de un diploma, no de una educación en Derecho. Pero yo no me matriculé para recibir otro trozo de papel para enmarcar y colgar. Podría haber comprado los libros y estudiado por mi cuenta. Aunque no obtendría un título, adquiriría los mismos conocimientos mediante un estudio completamente independiente. Sin embargo, he pagado la matrícula no reembolsable del primer año, así que sigo adelante.

****

Son las 4:00 a. m. y he encontrado una sala tranquila donde estoy terminando mi último trabajo del trimestre. Mi diccionario jurídico, un libro sobre jurisprudencia y dos textos complementarios están abiertos sobre la mesa. Cuando se abre la puerta detrás de mí, me doy la vuelta, sorprendido de que haya alguien más despierto a estas horas. Es Gary, uno de los 400 presos asignados a mi unidad. Vestido con un chándal gris, zapatillas sin cordones y con una taza de plástico con café humeante en la mano, atraviesa la sala con pasos silenciosos y se detiene frente a mí.

Nunca hemos hablado antes. Aunque reconozco las caras, prefiero permanecer recluido en mi propio espacio, absorto en mis libros y mis estudios. Aprecio la soledad de la madrugada y la intrusión de Gary me molesta.

«He oído que estudias Derecho», dice con un fuerte acento ruso, mirándome desde arriba.

Me recuesto en la silla, cruzo las manos detrás de la cabeza y bostezo mientras me estiro. «Así es», respondo, mirándolo finalmente a los ojos.

«Necesito ayuda con mi caso».

«No puedo ayudarte. Estoy muy ocupado con la universidad. Deberías echar un vistazo a la biblioteca de derecho. Hay unos cuantos chicos que se dedican a temas legales».

Gary rodea la mesa y se coloca a mi lado, sorbiendo su café y mirando mis libros. «Te he observado. Eres muy seria. Estás siempre estudiando. No hablas mucho. ¿Ya casi has terminado?».

«Estoy terminando el primer año. Necesitaré dos años más para completar el programa».

«Lee mi caso», propone Gary, dando otro sorbo a su taza de café. «Quiero tu opinión. Mi abogado me ha enviado cajas con documentos de mi apelación. No lo entiendo. Tú podrías ayudarme».

«No. No puedo. Tengo demasiado que leer».

Gary asiente con la cabeza. «Ayúdame. Te pagaré bien».

Su oferta de pago es un concepto novedoso para mí y le pregunto más. «¿Qué es lo que quieres que lea?».

«He perdido mi apelación. Ahora mis abogados quieren presentar una nueva moción ante el tribunal. ¿Por qué? Quiero saberlo».

«No puedo responder a esa pregunta sin leer todas tus transcripciones, tu apelación e investigar las sentencias del tribunal. Eso llevaría semanas y no puedo permitirme perder ese tiempo de mis estudios».

«No quiero a esos tipos de la biblioteca jurídica. Te quiero a ti. El dinero no es un problema. Dime tu precio».

Vuelvo a estirarme, pensando en una cifra que lo ahuyente o, si la acepta, haga que el esfuerzo merezca la pena. «Dos mil dólares».

«De acuerdo. Deme instrucciones sobre dónde transferir los fondos».

«No hay transferencia. Te daré una dirección. Piénsalo bien, porque lo único que voy a hacer es leerlo todo y luego darte mi opinión. No voy a presentar ninguna moción ni redactar ningún informe. Si

llega el cheque, pasaré por allí, recogeré las cajas y empezaré a leer. Si no, sabré que has cambiado de opinión».

«Dame la dirección».

****

«¿Conoces a alguien de Nueva York?», me pregunta Julie durante nuestra conversación telefónica.

«¿Por qué?».

«Porque he recibido un cheque por correo procedente de una dirección de Nueva York. En una nota dice que es para el caso de Gary. No conocemos a nadie de Nueva York que nos enviaría 2000 dólares. Supongo que debe ser alguien que tú conoces».

Ha pasado una semana desde que Gary me visitó en la sala de silencio. Como esperaba que fuera tan fanfarrón como la mayoría de los demás presos, no le advertí a mi hermana que podría recibir un cheque. La noticia de la llegada del dinero me hace sonreír. Por primera vez desde que estoy en prisión, tengo dinero propio.

«Sí, lo sé, Gary. Siento no habértelo escrito antes. Te enviaré una carta esta semana explicándotelo todo».

«Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer con el cheque?».

«¿Lo necesitas?».

«No lo necesitamos. ¿Quieres que te lo guarde?».

«Si no lo necesitas, quiero que abras una cuenta de corretaje en línea. Que sea una cuenta de margen. La vamos a utilizar para comprar acciones. Quiero empezar a construir una cartera de acciones que pueda crecer durante el resto del tiempo que me queda por cumplir».

«¿Qué debo comprar?».

«Cuando abras la cuenta, compra Yahoo!».

«¿Cuántas acciones?».

«Compra todas las que puedas. Si abres una cuenta de margen, el corredor te permitirá pedir un préstamo contra las acciones para duplicarlas, lo que te permitirá comprar acciones por valor de 3000 dólares. Iremos añadiendo dinero a la cuenta con el tiempo».

«¿Estás segura de lo que haces?». Mi hermana no tiene experiencia en invertir en acciones y le preocupa la exposición.

«Solo tienes que llamar al corredor y abrir la cuenta. Él te confirmará que puedes hacerlo». Sé que Julie me ayudará.

No tengo acceso a ordenadores, pero llevo varios años leyendo sobre Internet en el Wall Street Journal. He visto el fenómeno de empresas como Netscape, America Online y Amazon.com. Estoy seguro de que Internet cambiará el mundo e influirá en la vida de las personas más que el teléfono, la televisión y la radio juntos. Aunque quizá no pueda utilizarlo hasta que sea libre, quiero una cartera de acciones que me permita poseer una parte de las empresas que espero que dominen la web, y tengo la intención de empezar con Yahoo!

****

Entro en la habitación de Gary para invitarlo a dar un paseo. Está sentado en su litera, apoyado contra la pared, leyendo La trilogía de Deptford, del novelista canadiense Robertson Davies. Lee novelas para mejorar su inglés, que ya habla bien. También habla con fluidez español, francés y ruso. He leído todas las páginas de las transcripciones del juicio de Gary, así como todos los documentos adjuntos que me ha dado. Los documentos judiciales tienden a presentar a los acusados bajo una luz poco favorecedora. Los documentos de Gary, por el contrario, revelan la extraordinaria historia de un hombre que se ha hecho a sí mismo.

Después de ganar decenas de millones como empresario minero en Rusia, Gary se trasladó a Estados Unidos, donde comenzó a acumular bloques de inmuebles comerciales. Los cargos penales le llevaron a

juicio y, aunque el jurado condenó a Gary por un delito relacionado con las complejidades de la contabilidad de sus negocios, lo absolvió de varios otros. Ha cumplido dos años desde su condena y se enfrenta a uno más.

«¿Lo has leído todo?».

Salta del estante y se ata los cordones de las zapatillas.

«Lo he leído todo. Pero hablemos fuera».

El verano de 1998 trae mucha humedad a la costa este. IVa en contra de las normas de la prisión quitarnos las camisetas, así que dentro de sSegundos de salir al exterior mtanque La parte superior está húmeda por el sudor y pegajosa. a mi espalda. Los dos llevamos botellas de agua de plástico y gafas de sol. Bajo su gorra blanca de béisbol, Gary parece mucho más joven que 36 años, demasiado joven para haber creado y dirigido todos los negocios que describen los documentos judiciales.

«Mis abogados quieren otros cien mil dólares para presentar la última moción», dice.

«Apuesto a que nunca pensaste que la justicia costaría tanto».

Gary agita la mano. «Estoy cansado de todo esto, con el juicio y la apelación que no terminan nunca. Este lío ya me ha costado más de un millón. Solo quiero que termine».

«Ya has cumplido dos años. Nadie puede quitarte eso».

«Pero he servido cada día pensando que sería el último, que ganaría algo y me liberarían».

«Llega un momento, Gary, en el que es más fácil dejarlo ir, aceptar la sentencia y centrarse en el futuro que puedes controlar, en lugar de aferrarte al pasado que no puedes cambiar».

Le explico a Gary mi interpretación de su caso. El único mecanismo disponible para que él solicite una reparación es una petición de

hábeas corpus. Las estadísticas muestran que los tribunales se niegan a conceder la reparación a través de esas peticiones nueve de cada diez veces, y pasarían al menos nueve meses antes de que se le concediera una audiencia.

«A menos de 12 meses del lanzamiento», explico, «no creo que tenga sentido meterse en esa montaña rusa emocional, por no hablar del coste de otra moción legal».

«No me importa el dinero».

«Sus abogados deben saberlo».

«¿Por qué dices eso?»

«Te representaron durante el juicio y en la apelación. No es como si tuvieran que volver a leer todos los documentos. El precio que piden por preparar la moción parece diez veces más alto de lo que debería ser».

«¿Podría redactar la moción desde aquí?»

«No me gustaría intentarlo».

«¿Por qué no? Prefiero pagarte a ti que a ellos».

Me quedo en silencio, pensando, mientras la grava cruje bajo nuestros pasos. La oferta de Gary no me pasa desapercibida. Sé que tiene la mentalidad desesperada de un prisionero, aferrándose a la esperanza de que algo lo libere y está dispuesto a pagar por esa ilusión.

«Gary, no tienes nada que ganar con presentar esta moción. Estarás fuera para cuando el juez la escuche, e incluso si la escucha, probablemente perderás. Prefiero mostrarte sEstrategias que te ayudarán a sobrellevar los últimos 12 meses que vas a cumplir. Independientemente de lo que pagues, la realidad es que vas a cumplir tu condena. Yo la cumpliré contigo».

Gary se quita la gorra y se rasca la cabeza. Caminamos junto a las gradas, donde varios cientos de presos animan a los equipos que juegan al softball.

«¿Entonces no hay nada que podamos hacer?»

«Yo no diría eso. Con la mentalidad adecuada, podemos idear un plan para que tu último año sea más fácil que los dos primeros. Pasará. Si, por el contrario, sigues esperando a que algo cambie a través de los tribunales, este último año se cernirá sobre tu cabeza como una nube negra, haciéndote sentir miserable».

«No puedo creer que lleves 11 años haciendo esto. ¿Cómo puedes aguantar tanto tiempo sin volverte loco?»

«Tengo un plan deliberado. Todos los días trabajo duro para prepararme». para el tiempo cuando vaya a casa».

«¿Pero 45 años? ¿Cómo te preparas para eso?»

«No cumpliré una condena tan larga. La única forma de que cumpliera una condena tan larga sería si perdiera tiempo por medidas disciplinarias, y aún no he perdido nada. Sé lo que hago. Entiendo perfectamente cómo funcionan las prisiones y cómo evitar problemas. Como siempre estoy trabajando para... El próximo objetivo, el tiempo pasa rápido.

«¿Cuánto tiempo te queda?», pregunta él.

«Se supone que saldré en 2013. Quedan quince años más».

«¡Quince años! Lo dices como si no fuera nada, como si estuvieras pidiendo un vaso de agua. Prefiero ahorcarme».

«No, no lo harías. Encontrarías tu camino. Cualquiera puede cumplir una condena en prisión. El reto es cumplirla de tal manera que salgas más fuerte que cuando empezaste».

«¿Cómo puedes mantenerte fuerte durante 15 años más así?»

«Asumiéndolo. Sé dónde estoy y conozco los problemas que me esperan. Dedico cada día a prepararme para lo que está por venir. Esa estrategia me hace sentir como si fuera el capitán de mi propio barco. Es la razón por la que estoy estudiando Derecho. Para prepararme».

«¿Prepararse para qué? ¿Para ser abogado?»

«Nunca voy a ser abogado. Pero estudiando derecho puedo ser útil aquí dentro. Ganaré dinero ayudando a otros presos que quieran defender sus casos. Tú fuiste la primera persona que me pagó. Cuando salga de aquí, pretendo haber ahorrado suficiente dinero para construir una vida para mí».

«¿Dos mil dólares?», se burla Gary. «Llevas demasiado tiempo aquí, amigo mío. Eso no es suficiente ni para pagar una cena».

«Para ti, tal vez. Recuerda que yo parto de cero y tengo 15 años para hacer crecer el dinero. Tú me diste el capital inicial. Yo pretendo seguir aumentándolo con mi trabajo. Ya se ha triplicado. Cuando salga, tendré suficiente para comprar algo más que la cena. Podré empezar mi vida».

«¿Qué quieres decir con que se ha triplicado?».

«Lo utilicé para comprar acciones».

«¿En el mercado de valores?».

«Así es».

«¿Cómo lo haces desde aquí?».

Mientras rodeamos el campo de fútbol, te lo explico. «Hablé con el jefe de seguridad de la prisión, el capitán, y me confirmó que estaba en mi derecho de aconsejar a mi hermana sobre la compra de acciones. Con los 2000 dólares que me diste y otros 1000 dólares que pidió prestados a la agencia de valores, Julie compró 50 acciones de Yahoo! a 60 dólares cada una. Luego, las acciones se dividieron dos por uno, lo que nos dio 100 acciones. Esas acciones ahora cotizan a 70 dólares, lo que le da a nuestra cartera un valor de 7000 dólares. Con los 1000

dólares que debemos en deuda de margen, la cuenta ahora tiene 6000 dólares en capital. Eso es el triple de los 2000 dólares que me pagaste».

«He estado involucrado en todo tipo de negocios, pero nunca he entendido el mercado de valores. Si hubieras tenido 2 millones de dólares y hubieras hecho la misma compra, ¿me estás diciendo que ahora tendrías 6 millones?». El comercio apalancado intriga a Gary.

Me río. «En teoría, sí. Pero si tuviera dos millones de dólares, no habría hecho la misma compra».

«¿Por qué no?».

«Como has dicho, 2000 dólares no es mucho dinero. Mi cuñado me sugirió que lo guardara en un certificado de depósito. Habría sido más seguro, pero yo estaba dispuesto a asumir más riesgos. La empresa en la que compré acciones es nueva y la mayoría de los inversores dicen que está sobrevalorada porque Internet es todo bombo y platillo. Por otro lado, si Internet crece, esta empresa crecerá con ella, lo que provocará una subida del precio de las acciones. Podría arriesgarme con 2000 dólares, pero si tuviera 2 millones, elegiría inversiones más seguras».

«Eres demasiado joven para hacer inversiones seguras. Ese es el problema de este país. Demasiada gente tiene miedo al riesgo. Recuerda una lección de alguien que sabe: los tímidos nunca hacen fortuna».

«No pretendo hacer una fortuna. Solo quiero tener suficiente dinero en el banco para no estar desesperado por un sueldo inmediato cuando salga».

«Entonces redacta mi moción. Te pagaré cien mil dólares si consigues sacarme de la cárcel».

«No puedo salir de la cárcel, y redactar una moción tampoco te va a sacar a ti, lamento decirlo. En lugar de pensar en salir, ¿por qué no pensamos en qué puedes hacer mientras estás aquí para pasar el tiempo más fácilmente?».

Gary niega con la cabeza. «No puedo cumplir 12 meses más».

«Sí que puedes», me río. «Yo cumpliré la condena contigo y, cuando salgas, yo estaré un año más cerca de casa».

«¿Qué tal si me enseñas sobre el mercado de valores?».

«Puedo decirte qué leer y cómo aprendí a lo largo de los años, pero no tengo tiempo para enseñarte».

«Te propongo un trato. Te enviaré los cien mil dólares que iba a gastar en esta moción. No me deberás nada. Solo muéstrame lo que vas a comprar, cuánto y explícame por qué. La única condición es que no juegues sobre seguro. Quiero que asumas el mismo riesgo que asumiste con los 2000 dólares. Intenta triplicar el dinero que te envío, conviértelo en 300 000 dólares. Si perdemos, perdemos. Si ganamos, repartimos las ganancias».

«¿Y los impuestos?»

«Tú pagas los impuestos. Nos repartiremos los beneficios después de pagar los impuestos».

«Gary, he leído cuánto ganas. Para ti, 100 000 dólares son calderilla, pero para mí, en la etapa de mi vida en la que me encuentro, eso podría ser todo el dinero del mundo. No podría especular con él de la misma manera que especularía con 2000 dólares. Para convertir los 2000 dólares en 6000, tuve que pedir un préstamo contra el valor neto utilizando el margen. El apalancamiento que utilicé es lo que hizo que la inversión se triplicara».

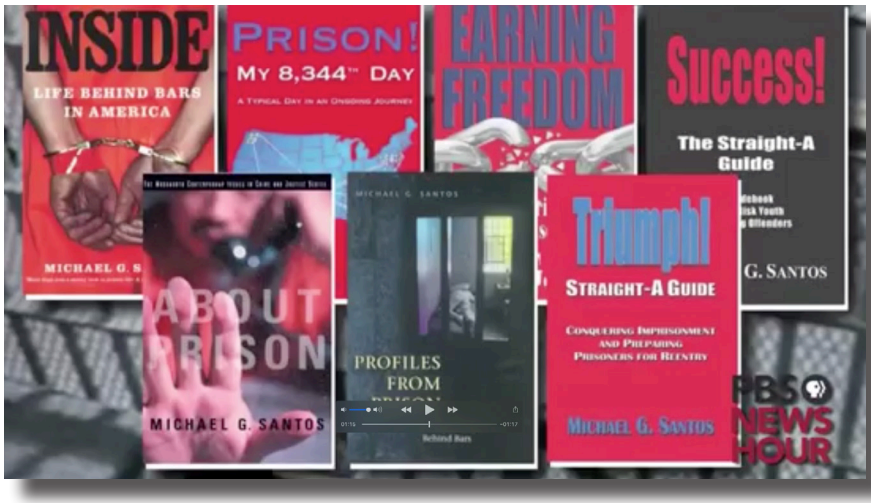
«Entonces, utiliza el apalancamiento».

«Podría hacerlo, pero si el mercado cambia de tendencia, y podría hacerlo, tendría que vender las acciones en un mercado bajista para obtener efectivo, o usted tendría que aportar más dinero para la llamada de margen con el fin de mantener la posición».

«Demasiados detalles. Creo en las personas, y tú eres mi hombre. Apuesto por ti para que juegues con inteligencia por los dos. ¿Sí? Él asiente con la cabeza. «Sé agresivo. Si lo pierdes todo, no te preocupes. No me deberás ni un centavo y te enviaré 50 000 dólares más para que

puedas empezar tu vida. ¿Qué te parece?». Le tiende la mano. «¿Trato hecho?».

«De acuerdo». Nos damos la mano.


INSIDE
LIFE BEHIND BARS IN AMERICA
MICHAEL G. S
PRISON!
My 8,344th Day
A Typical Day in an Ongoing Journey
EARNING FREEDOM
Success!
The Straight-A Guide
G. Santos
ABOUT PRISON
MICHAEL G. SANTOS
MICHAEL G. SANTOS
PROFILES FROM
Behind Bars
Triumph!
Straight-A Guide
Conquering Imprisonment and Preparing Prisoners for Reentry
Michael G. Santos
PBS NEWS HOUR

CAPÍTULO NUEVE:

Mes 127-180 / 1998=2002

El verano de 1998 me lleva a cumplir 11año año consecutivo de encarcelamiento, y estoy llegando a la conclusión de que no es tan malo. Hseres humanos puede adaptarse a cualquiera medio ambientePor muy loco que pueda parecer, ahora estoy acostumbrado al encarcelamiento. Se ha convertido en la única vida que conozco, y conozco muy bien Fort Dix, la prisión de baja seguridad donde estoy cumpliendo esta parte de mi condena.

Fort Dix es una gran prisión, con tres recintos separados. Alrededor de 2400 presos comparten espacio conmigo dentro de esta instalación de baja seguridad, y hay otra instalación adyacente del mismo tamaño al otro lado de estas vallas. Varios cientos de hombres cumplen sus condenas en una instalación de mínima seguridad fuera del perímetro vallado. Mis estudios y preparaciones para el futuro kGuarda mi pensamientos centrado oA donde voy, no a donde estoy..

La facultad de derecho fue un paso importante hacia mi búsqueda de la estabilidad financiera, ya que la población de los presos de este recinto podría haberme proporcionado suficientes oportunidades de negocio para alcanzar mi objetivo de ganar 10 000 dólares al año como abogado de prisiones. Pero la oferta de Gary de financiar inversiones en bolsa me tienta. Con su oferta de proporcionar capital, se me abren posibilidades de alcanzar la independencia financiera mucho antes. El mercado de valores es un motor que impulsa el crecimiento económico en Estados Unidos y, con lo que Gary describe como «calderilla», puedo aprovechar una oportunidad que me cambiará la vida.. No voy a dejarlo pasar.

Otra ventaja de centrar mi atención en el mercado de valores es que puede ayudar a desviar la atención no deseada que he recibido. comenzado Recibido del teniente Nesbitt. I creo que sabía de Nesbitt varios años hace, cuando era un teniente en Fairton, antes de que lo

trasladaran a Fort Dix. Lo habría evitado. entonces en Fairton and Lo evito. ahora en Fort Dix.

Se rumorea que Nesbitt cultiva soplones que le mantienen al tanto de lo que ocurre en los bajos fondos de la prisión. Al parecer, alguien le ha dado mi número, porque siento la intensa mirada de sus fríos ojos azules mientras camino hacia el comedor con mi bandeja verde de plástico. Como de costumbre, está de pie en medio del ruidoso dcomedor con ambas manos agarradas al mango de su larga linterna negra, que coloca sobre su entrepierna. Su cuerpo con forma de barril está metido en su arrugado uniforme de la Oficina de Prisiones y está alerta, girando la cabeza de un lado a otro, escaneando cada rostro de la multitud hasta que encuentra lo que busca. Nunca hemos hablado ni hemos tenido ninguna interacción, pero Nesbitt me recuerda a un matón del patio del colegio, y hoy va a por mí. Fingo indiferencia.ence al pasar, pero mis esfuerzos por evitarlo fracasan.

«¡Santos!». Mueve la cabeza para indicarme que me acerque.

Me acerco a él y me quedo de pie, desconfiando de lo que quiere.

«¿Cómo va el negocio de la abogacía?», pregunta con una sonrisa burlona mientras comienza su interrogatorio.

«¿Qué quieres decir?»

Me mira fijamente a los ojos. «Sabe perfectamente a qué me refiero, abogado».

«He terminado el primer año de la facultad de Derecho, si es eso lo que quiere decir».

Nesbitt aprieta con más fuerza la linterna con ambas manos.

«Entienda una cosa, recluso. Esta es mi institución. ¿Lo entiende?».

Asiento con la cabeza.

«Sé todo lo que pasa aquí y sé lo que estás tramando. Estás dirigiendo una clínica jurídica y voy a pillarte. Cuando lo haga, te denunciaré y te enviaré de vuelta a una institución de mayor seguridad». Una fría sonrisa tensa sus labios mientras hÉl espera a que yo rebajarse.

Me río porque es un hombrecillo redondo y gracioso. «Teniente Nesbitt, con todo respeto», le digo, «llevo 11 años en prisión y me quedan 15 más. Duermo en la litera de arriba en una habitación para 12 personas. No estoy haciendo nada que no esté dentro de mis derechos. Pero sepa esto: estoy a más de 3000 kilómetros de Seattle, y dondequiera que me envíe, estaré más cerca de casa. Así que, si puede organizar un traslado», digo encogiéndome de hombros con indiferencia, «hágame el favor. Una mayor seguridad no significa nada para mí. Puedo estudiar Derecho en cualquier lugar».

«Cuidado con dónde pisas».

«¿Ya está? ¿Puedo irme?»

¡Quítate de mi vista!

Si hubiera sido otro momento, sospecho que habría utilizado su linterna para golpearme. Pero me alejo de él sin incidentes, dejo mi bandeja en el lavadero y regreso a mi celda. Entré en esta fase de mi viaje sabiendo que una cuasi-carrera como abogado de prisión podría atraer la atención del personal, aunque me sorprende que Nesbitt me haya acosado hoy. Aparte de leer el caso de Gary, no he hecho nada más. dcualquiera trabajo legal.Salguien aviso a Nesbitt, y yoEstoy wMe pregunto si Gary le ha contado a alguien que me pagó por leer sus documentos legales.. Como era de esperar, encuentro him sentado solo jugando al ajedrez en solitario en una mesa de picnic bajo un arce. Cientos de prisioneros se agrupan en otras mesas sobre el suelo seco, prickly hierba.

«He oído que ese juego es más difícil cuando juegas contra otra persona», le digo.

Él me mira.

«¿Tocas?», pregunta con indiferencia.

«Puedo jugar a un nivel intermedio», le respondo.

«¿Según qué criterios?»

Me río. «No es la Federación Internacional de Ajedrez».

«Siéntate». Él invites a mí join él, señalando con un gesto hacia el asiento vacío.

«Hace tiempo que no juego», digo, haciendo la aclaración que podría necesitar más adelante, como Gario Coloca las piezas en el tablero. Él jugará con las piezas blancas y yo con las negras.

«No te preocupes», dice con su acento ruso. «Para que sea justo, te daré mi reina y otra pieza».

«Vamos. No puedes darme la pieza más poderosa del tablero. No soy tan malo».

«Mi reina y cualquier otra pieza que elijas», insiste, esperando mi elección. «No soy... cómo se dice, un jugador intermedio».

«De acuerdo, me quedaré con el castillo».

Me entrega las dos piezas. «No es un "castillo"», me corrige. «En ajedrez, a esa pieza la llamamos torre». Gary avanza el peón del rey y comienza nuestra partida.

Enfrento su peón para luchar por el centro del tablero.

«Has perdido dos piezas importantes. Para ganar, solo tengo que obligarte a hacer intercambios», digo, revelando mi estrategia.

Gary asiente con la cabeza. «Bien. Lo has descubierto todo muy pronto». Saca su caballo, sin preocuparse especialmente por mi plan de juego.

«Nesbitt me detuvo cuando salía del comedor esta mañana», le digo mientras muevo un peón.

«¿Ah, sí? ¿Qué dijo ese patlético ¿Qué excusa puede tener un ser humano? Gary saca su alfil.

Estoy mirando fijamente el tablero de ajedrez, deliberando sobre los posibles movimientos. «Me preguntó por mi negocio legal». Muevo otro peón.

Gary avanza su otro caballero, al ataque. «¿Te está molestando?».

«No me molesta», me muevo lentamente, tratando de averiguar cuál es la mejor manera de intercambiar una pieza. «Está buscando algo. ¿Le has contado a alguien lo de los 2000 dólares que le enviaste a mi hermana?».

Vuelve a avanzar un caballo. «¿A quién se lo voy a contar, a las estrellas del rap?». Él jerks su cabeza apabellón Los hombres cantan y bailan al ritmo de la música urbana a nuestra derecha. «¿Quizás la mafia?», pregunta señalando al grupo de hombres que fuman puros alrededor de la pista de petanca a nuestra izquierda, lanzando bolas rojas y verdes.

Las piezas de Gary invaden mi territorio, pero mejoro mi posición sacando un caballo. «Supongo que el servicio de correo le habrá avisado de todos los libros jurídicos que he recibido».

«Jaque», Gary captura un peón con su caballo y me obliga a mover mi rey. «¿Llamaste a tu hermana?».

Ahora estoy a la defensiva, moviendo al rey fuera de su posición. «No», le respondo.

«Jaque», dice, inmovilizando a mi rey con su segundo caballo. «Llámala. Mi socio envió un cheque bancario por valor de 50 000 dólares. Ya debería haberlo recibido. La segunda mitad llegará desde Hong Kong el mes que viene. Cuando mi socio lo reciba, también lo enviará».

Muevo mi rey, tratando de evitar que me hagan jaque mate, pero estoy distraído por la revelación de que Gary es real. Pronto tendré el

dinero para comprar más acciones de Yahoo!, el motor de búsqueda líder en Internet.

«Más vale que elijas mejor las acciones que juegas al ajedrez. Jaque mate», declara.

Nuestra partida termina tras 16 jugadas, tiempo insuficiente para que yo capture más que las dos piezas que él ha perdido. Me reta a una segunda partida, esta vez manteniendo todas sus piezas en el tablero al comienzo de la partida, pero poniéndose en desventaja al insistir en que la única posibilidad que tiene de ganar es hacerme jaque mate en una casilla específica con una pieza específica que él identifica antes de comenzar. Cuando le digo «imposible», se encoge de hombros y se dispone a demostrarme que estoy equivocado. Resulta que era gran maestro de ajedrez a los 16 años.

****

Cuando llamo a mi hermana, Julie me dice que ha recibido el primer pago de 50 000 dólares. Aunque no me pertenece, ese dinero reafirma mi autoestima. Gary, un hombre que ganó decenas de millones juzgando el carácter y la competencia de los demás, me entregó 50 000 dólares y me prometió más. Es una muestra de confianza, más tangible que cualquier otra que haya recibido jamás. No se me escapa que he cultivado esta confianza mientras vivía entre los muros de una prisión.

«¡Compra 300 acciones de America Online y 400 de Yahoo!».

Julie calcula el coste total de la compra. «Pero eso son más de 80 000 dólares», dice alarmada.

«Por eso abriste una cuenta de margen», le recuerdo. «Estás pidiendo prestados 30 000 dólares contra el capital. Va a aumentar de valor y, cuando lo haga, pedirás prestado contra él para comprar más acciones. Seguiremos comprando hasta que la cuenta crezca a 1000 acciones de AOL y 1000 acciones de Yahoo!».

«¿Cómo sabes que las acciones van a subir? ¿Y si, por el contrario, bajan de valor? ¿Qué pasará entonces?».

«Solo haz la orden. Yo me preocuparé de eso. Te llamaré cada mañana antes de que abra el mercado y te aconsejaré qué hacer».

Julie promete hacer los pedidos diarios de existencias por mí, Luego le pregunta sobre la facultad de derecho y si debería enviar el pago de la matrícula para el segundo año.

«He terminado la carrera de Derecho», le digo. «No voy a dejar pasar esta oportunidad. Pídeme suscripciones a Investor's Business Daily, Forbes y Fortune. Voy a aprender todo lo que pueda sobre el juego del dinero».

Mi rutina cambia. En lugar de estudiar procedimientos legales y contratos, ahora soy tan fiel a la CNBC como cualquier fanático de Wall Street. El teletipo transmite noticias que me aceleran el pulso. Cuando los guardias terminan el recuento matutino a las 5:00, salgo de mi habitación, bajo las escaleras y soy el primero en llegar a la sala de televisión para ver a Joe Kernan, David Faber, Tom Costello, Mark Haines y los demás presentadores mientras informan sobre las noticias económicas de la mañana. Tengo una calculadora y la consulto repetidamente mientras observo y anoto en mi diario los indicadores del mercado, los futuros y los patrones de negociación en Londres, Fráncfort, París, Tokio y Hong Kong.

****

Son las 4:30 a. m. del 18 de agosto de 1998 y no he dormido nada. Me duele el cuello por la tensión que me oprime los hombros mientras camino de un lado a otro de mi habitación, esperando a que los guardias terminen el recuento.He estado en mi litera escuchando las transmisiones de radio de Bloomberg con mis auriculares Sony. Las noticias informan que Rusia está devaluando su moneda, lo que está devastando los mercados financieros de todo el mundo. Mi cuenta va a perder decenas de miles de dólares en capital cuando suene la campana de apertura en Wall Street a las 9:30, y sé que vendrá una llamada de

margen. Con mi deuda pendiente, tendré que conseguir más dinero o vender en baja, lo que me supondrá enormes pérdidas.

Ahora estoy en una habitación para dos personas y mi compañero de habitación, Toro, un dominicano al que apenas conozco, duerme profundamente. Ronca y lleva un gorro para taparse los ojos de la luz de la mañana. Me gustaría poder relajarme tan fácilmente, pero tengo mucho dinero en juego y estoy ansioso por ver el teletipo de la CNBC, aunque sé que veré flechas rojas apuntando hacia abajo en todo el tablero.

Por fin, se aclara el recuento y corro a la sala de televisión. Cuando enciendo las noticias, veo exactamente lo que esperaba. El mercado se prepara para la peor caída de la historia. Los precios de AOL y Yahoo! suben como cohetes con las buenas noticias, pero estoy seguro de que hoy caerán como ladrillos. Gary no suele despertarse hasta las 9:00 y, cuando lo haga, tendré que darle la noticia. Según mis cálculos, la caída del valor de las acciones que preveo me obligará a depositar 10 000 dólares para reducir mi deuda de 30 000 a 20 000 dólares. Empezamos la aventura de las acciones de Internet hace menos de un mes. Obviamente, no preveía que un acontecimiento como la devaluación de la moneda rusa causara tal desastre.

Gary entra en la sala de televisión con su taza de café blanca con publicidad «Nescafé» en letras rojas y en negrita en la parte delantera. Estoy sentado a la mesa frente al televisor con la mirada fija en el teletipo que se desplaza por la parte inferior de la pantalla.

"W¿Por qué esa cara tan triste? ¿Ha muerto alguien?», bromea.

«Todavía no. Pero cuando abra el mercado, nos van a dar una paliza».

Da un sorbo a su taza, mira el monitor y asiente con la cabeza. «¿Qué ha pasado?».

«El Gobierno ruso realizó anoche un cambio en la valoración de su moneda, lo que provocó pánico financiero a nivel mundial. Iba a despertarte, pero sabía que bajarías antes de que abriera el mercado».

«Nunca me despiertes por problemas de dinero».

«Tenemos problemas. Si no deposito 10 000 dólares esta mañana, voy a tener que vender a precios mucho más bajos de lo que pagué por comprarlos».

Gary da otro sorbo. «¿Ha cambiado tu opinión sobre las empresas o el negocio?».

«Yahoo! y AOL siguen siendo las empresas de Internet más fuertes. Eso no ha cambiado, pero el mercado sí. Hasta que se recupere, la cuenta no puede soportar tanta deuda».

«¿Y qué problema hay? Llama a tu hermana y pídele el número de ruta de su banco. Le pediré a un amigo que le transfiera 10 000 dólares antes de comer».

«¿Así de sencillo?».

Gary se ríe. «Una llamada telefónica. Eso es todo lo que hace falta. Vamos, vamos al gimnasio».

«Hoy no. Tengo que estar pendiente del mercado».

Él se encoge de hombros. «No te dejes llevar por la euforia. Consígueme ese número de ruta y yo me encargaré de todo».

****

El depósito de Gary resuelve mi primer problema del día, pero en cuestión de horas surge una crisis de otro tipo. Estoy mirando fijamente el teletipo, viendo cómo el Dow cae más de 500 puntos, preocupado por que la venta masiva se acelere a medida que avanza la jornada bursátil. Estoy pegado al televisor cuando Al, otro preso, me entrega un mensaje que me saca de mi ensimismamiento.

«Llevan toda la mañana llamándote a I+D».

Al principio creo que está bromeando, pero no somos amigos íntimos, así que dudo que me haga una broma pesada. No entiendo por

qué el departamento de Recepción y Despacho me estaría llamando. Miro las flechas rojas en la televisión por última vez antes de salir de la sala de televisión.

Afuera, el cálido tTemperatura calienta mi piel mientras recorro los 400 metros que separan el complejo del departamento de I+D. Humos desde el adyacente militar La base contamina el aire, y yo me tapo los oídos para bloquear el ruido de los motores chirriantes. como los aviones y aviones de carga gigantes repetidamente aterrizar y tomar apagado. El mercado me preocupa, pero también estoy institucionalizado, acostumbrado a mi rutina fija, y wreflexionando por qué alguien de I+D querría hablar conmigo. Me preocupa el inesperado citación.

Llamo a la puerta de acero y espero al guardia.

«¿Cómo te llamas y cuál es tu número?»

Le entrego al guardia mi tarjeta de identificación roja.

«¿Dónde te has metido? Llevo dos horas llamándote por el buscapersonas». El guardia me mira con el ceño fruncido.

«No escuché ninguna de las páginas. Estaba viendo la televisión».

«Enróllalo», me ordena el guardia, pasándome tres grandes bolsas de lona y devolviéndome mi tarjeta de identificación con un chasquido.

«¿Recogerte?» Atrapo la tarjeta de identificación en el aire. «¿Qué quieres decir con "recogerte"? ¿Adónde voy?».

«No puedo decírtelo. Coge tus cosas. Tengo que sacarte de aquí ahora mismo».

«Necesito saber qué está pasando. No se supone que deba irme. Hay un error», respondo, con el pulso acelerado por la adrenalina que recorre mi cuerpo with esta noticia.

«No hay error. O haces las maletas y las traes aquí, o haré que el agente te saque a la fuerza. Necesito todas tus pertenencias aquí antes de la 1:00 de esta tarde. De cualquier manera, te vas».

"IEstoy ¿Te vas hoy?

«Trae tus cosas aquí antes de la 1:00», me ordena, cerrándome la puerta en las narices sin responder.

Con poco tiempo para recabar información, vuelvo rápidamente a mi unidad de vivienda y voy de un miembro del personal a otro, tratando de averiguar qué está pasando. No encuentro a nadie que tenga información. o quién se preocupa lo suficiente como para responder a mis preguntas. Por fin., Localizo al Sr. Boatwright, un gestor de casos que en alguna ocasión me habló sobre el mercado. Le cuento mi problema y me invita a pasar a su oficina.

«Dame tu número».

Le oigo teclear la información en su teclado mientras mira fijamente la pantalla. Mi corazón se acelera y mis piernas tiemblan de ansiedad, lo que me impide permanecer quieto.

«Estás de camino a Miami».

«¿Miami? Eso no tiene sentido. La única prisión en Miami es de seguridad media. ¿Alguien ha aumentado mi nivel de seguridad?».

«No es la FCI», dijo el Sr. Bavenawright aRespuestas, todavía mirando su pantalla. «Vas a ir al centro de detención».

«¿Qué? Hay un error. Llevo más de 11 años aquí. ¿Por qué iba a ir a un centro de detención?». Los centros de detención acogen a presos que se enfrentan a cargos penales sin resolver, pero ese tipo de problemas ya los he dejado atrás.

«Veamos qué puedo encontrar». Oigo cómo vuelve a teclear y veo que está leyendo información. Levanta la vista. «Vas a ir a una prisión estatal. El centro de detención es solo una parada».

Siento un vuelco en el estómago. «¿Quién puede arreglar este lío? Es un error. No tengo antecedentes penales en el estado de Florida».

«Aquí nadie puede solucionar esto. La orden de traslado vino de Washington».

Me tranquilizo con esta noticia. «De acuerdo. Gracias por comprobarlo. Tengo que usar el teléfono».

Salgo para llamar a mi hermana y explicarle todo lo que he averiguado. Ya es mediodía y, como el guardia de I+D solo me ha dado una hora para recoger todas mis pertenencias, le pido a Julie que llame a todos los que forman parte de mi red de apoyo. Este inexplicable traslado a una prisión estatal amenaza con trastornar mi vida y quiero la ayuda de cualquiera que pueda arreglar este lío. Conozco muy bien el sistema penitenciario federal, Lo sé tan bien como conozco mi propio rostro en el espejo. Las reglas, la gente, lo absurdo de todo ello ya no me perturban en absoluto. Pero si me trasladan a una prisión estatal en Florida, tendré que empezar de cero, enfrentándome a «pruebas» ridículas y a los retos de presos que no conozco y que no me conocen a mí. No tengo ninguna duda de que puedo dominar cualquier prisión, pero detesto la idea de alterar mi rrutina en Fort Dix.

Cuando cuelgo el teléfono con Julie, veo a Gary esperándome fuera de la cabina telefónica.

«Te han estado llamando toda la mañana para que vayas a I+D. ¿Te has enterado?».

«Lo he oído. Tengo malas noticias. Me van a trasladar a una prisión estatal en Florida».

«¿Florida? ¿Por qué?».

«Nadie me lo dice. Mi hermana está ahora mismo al teléfono, intentando ponerse en contacto con mis amigos to reunir apoyo para arreglar este desastre». Esto no deseado Las noticias me hacen sentir como si me acabaran de diagnosticar un terminal ienfermedadCami-

namos hacia mi habitación y Gary me ayuda a empacar mis sudaderas, zapatillas, artículos de aseo y libros.

«¿Qué quieres que haga con las acciones? ¿Las vendo?», pregunto mientras tiro y ato los cordones de mis tres bolsas de viaje llenas; todo lo que poseo cabe dentro de ellas. ellos.

«¿Por qué?»

«Si estoy en Florida, no podré hablar contigo».

«Eso no cambia nada. No te preocupes por hablar conmigo. Cuando tengas oportunidad, escríbeme y dime qué acciones has comprado o vendido. A finales de año enviaré el resto del dinero a tu hermana. La transferencia no cambia nada entre nosotros».

Echaré de menos a Gary. Al despedirnos, me doy cuenta una vez más de que soy un peón en este juego. No sé dónde estaré mañana porque es otra persona la que mueve las piezas que controlan las circunstancias externas de mi vida. Lo único que puedo hacer es reaccionar..

Es temprano en la mañana del miércoles, mi último día en Fort Dix. Respiro profundamente mientras estoy acostado en mi cama, escuchando el zumbido del generador fuera de mi ventana, el ligero ronquido de Toro...ing, y los ocasionales pasos de otros presos que van al baño al final del pasillo. Sé que solo me quedan unos minutos de paz antes de que llegue el guardia.

Echaré de menos mi habitación doble en Fort Dix. Son las mejores condiciones de vida que he tenido desde que estoy en prisión. Llegué aquí en abril de 1996 y tuve que esperar 28 meses para tener la antigüedad suficiente antes de poder pasar de una habitación para 12 personas a una «vivienda preferente». Echaré de menos el colchón doble estándar sobre somier, echaré de menos las dos ventanas correderas sin rejas y echaré de menos poder mirar la luna. Ahora brilla a través de ellas, iluminando las paredes blancas y desnudas de bloques de hormigón de la habitación.

Sobre todo, echaré de menos la madera sin ventanas. entrada puerta with su pomo amarillo que gira. La puerta no es diferente de las que se encuentran en una típica home, pero es fundamentalmente diferente de las puertas de acero de resistencia industrial que se utilizan en la mayoría de las prisiones. Una vez que salga de aquí, no podré cerrar la puerta para separarme del caos de la prisión y escapar a la intimidad de mi habitación, o al menos a la ilusión de intimidad.

Oigo el tintineo de unas llaves y el ruido de unas botas pesadas sobre el suelo de baldosas fuera de mi habitación y sé que ha llegado el momento. He intentado disfrutar de la soledad de esta última noche, pero mi corazón late con fuerza, ya que sé que pronto estaré... encadenado de nuevo.

«Santos», grita el guardia mientras abre la puerta, ajeno a la alteración que este traslado va a suponer en mi vida. «Preséntese en I+D».

Soy el único prisionero que camina por el recinto. Veo estrellas en el cielo despejado y la luna ilumina las hojas susurrantes de los arces. El frío mañana wind Me da escalofríos. Temblando, echo un último vistazo a los edificios de ladrillo rojo y llamo a la puerta de acero de I+D, preparándome para las indignidades de otro traslado BOP.

El guardia me encierra en una celda con otros presos que reconozco. Me estiro, me siento en el suelo de cemento y apoyo la espalda contra la pared. A través de la puerta veo puede oír cadenas golpeando contra el suelo de hormigón, señalización que mi inesperado transferencia es inminente. Los guardias están desenredando. y preparando el requisito metal pesado grilletes ellos seguro arounmi cintura, muñecas y tobillos. Odio esto.

WEstamos Nos procesaron y nos subieron al autobús, con destino a la base aérea Stewart. Miro a través de las barras de las ventanas tintadas. at el Gente conduciendo sus coches a solo unos metros de distancia: familias, empresarios y parejas.

Estiro el cuello para mirar a una mujer sentada en el asiento del copiloto de un deportivo blanco. Está acariciando la nuca de un hom-

bre. Él tiene más o menos mi edad, probablemente sea su marido, y lleva una camisa blanca impecable y una corbata azul claro. Esta visión fugaz del mundo exterior me hace sentir profundamente alienado.. IHace tanto tiempo que no siento el contacto de una mujer y lo echo de menos. Observando tLa pareja Un simple gesto de afecto me hace sacudir la cabeza y retirarme a mi asiento. Cierro los ojos, pero no puedo bloquear la imagen de la mano de esa mujer.

Durante horas, el autobús recorre la interestatal antes de entrar en la base militar. Se detiene en la pista y los guardias nos pasan bolsas con la comida mientras esperamos a que aterrice el avión del alguacil. Con las muñecas esposadas a la cadena que rodea mi cintura, es todo un reto liberar el queso sándwich de la bolsa de plástico transparente. Solo es wblanco pan y queso. El el pan es húmedo y esponjoso en mi boca–soso, pero fácil de tragar. Me inclino para comerme todo el sándwich, pero como estoy dlectura El mareo que seguro que vendrá, dejo las galletas y el zumo en la bolsa.

El avión blanco sin distintivos aterriza y los guardias, armados con rifles de asalto, se posicionan a su alrededor. Hombres y mujeres encadenados bajan del avión y los guardias les ordenan formar filas para registrarlos. He visto esto. pprevisible una y otra vez, and Nunca deja de repugnarme. Prefiero las rutinas de la cárcel a los rituales deshumanizantes del tránsito. Cuando llega mi turno, subo las escaleras hasta el interior del avión, me dejo caer en mi asiento, me abrocho el cinturón y cierro los ojos. No quiero hablar.

Cuando el avión aterriza en Oklahoma City, salimos directamente a la terminal reservada para la FTC., o Centro Federal de Tránsito. Es un nuevo «destino de retención» para los presos que son trasladados a prisiones fuera del estado. Este FTC es un modelo de eficiencia, ya que procesa a los presos como FedEx maneja los paquetes. Después de cuatro horas en celdas de detención abarrotadas con cientos de presos, llego a mi unidad de alojamiento justo a tiempo para que me ordenen entrar en mi celda para el cierre nocturno. No podré llamar a mi hermana para saber si ha logrado algún avance en su intento de resolver este fiasco., y la desconexión me deprime.

Llega mi compañero de celda y le pregunto su nombre después de que el guardia nos encierre.

«Soy Paul», dice, estrechándome la mano. Percibo que es joven y está asustado, y el encuentro me transporta momentáneamente a 1987, cuando comenzó mi propia condena.

«Soy Michael. ¿A dónde vas?».

«A Yazoo, Mississippi». Coloca su saco de dormir en la litera superior.

«¿Has estado en algún otro sitio?», le pregunto, tratando de aliviar su evidente ansiedad.

«Estuve en el centro de detención de Houston y me condenaron hace dos semanas».

«¿Cuánto tiempo te han condenado?».

«Diez años».

«No te preocupes. Pasará más rápido de lo que crees». Sé por lo que está pasando.

«¿Cuánto tiempo llevas aquí?».

«Once años. Tenía más o menos tu edad cuando empecé. ¿Cuántos años tienes?».

«Veinticinco».

Ato mis sábanas alrededor de la esterilla de vinilo de la litera inferior y le describo a Paul lo que puede esperar. Aunque nunca he estado en Yazoo, sé que es una prisión de baja seguridad y que los presos se comportarán de forma similar a los hombres con los que estuve en Fort Dix. Paul hace preguntas durante horas. Al hablar con él sobre los pasos que puede dar para mejorar su vida, alivio mis propias tensiones.

Los guardias abren las puertas de las celdas mucho antes del amanecer y se me encoge el corazón cuando llaman a Paul en lugar de a

mí. Deseando continuar con el traslado y establecer una rutina, me envuelvo en la manta de lana verde y me la pongo sobre la cabeza como protección contra el aire forzado disparada por la ventilación del techo mi cabeza. I dormir a ratos, aceptando eso. esto es gva a ser otro mmiserable día de esperaEl sonido de las ruedas del carrito del desayuno rodando.ing por el suelo de hormigón sSeñales yo que es hora de levantarse. Gguardias traverse el largo pasillos de celdas, introduciendo llaves en cerraduras que hacen un ruido fuerte al girar. as el cerrojo pesados are liberados. El ruido pronto llena la unidad cuando los presos salen de sus celdas, buscando caras conocidas. Comienzan conversaciones improvisadas sobre adónde van los presos, de dónde vienen, conocidos comunes y lo que está pasando en las prisiones de todo el país.

Supongo que 200. onosotros comparten la cápsula triangular de dos niveles. Mientras espero en la fila para recoger mi bandeja de desayuno, echo un vistazo a la habitación, buscando rostros conocidos, o cualquiera que pudiera haber conocido anteriormente. TSu FTC alberga a presos de todos los niveles de seguridadAlgunos cumplen múltiples cadenas perpetuas por delitos de asesinato, otros cumplen condenas de solo unos meses por delitos de fraude postal. Reconozco los tatuajes de varias bandas carcelarias que rivalizan entre sí. Aunque la mayoría de los presos en tránsito quieren llegar a su próxima parada sin problemas, estoy muy alerta ante la tensión que puede estallar en violencia inesperada.

En el carrito de comida, un ordenanza me pasa una bandeja de plástico verde con maíz flakes y dos cartones de leche. Me acerco a una mesa con cuatro sillas giratorias de plástico y me siento. Otro preso se sienta frente a mí. Lleva el pelo negro largo y se lo ata en varios puntos de la espalda, formando una coleta apretada.

«¿A dónde vas?», le pregunto mientras remuevo mis cereales.

«Miami».

«¿En serio? Yo... También. Voy al centro de detención». Levanta la vista y me fijo en una cicatriz torcida debajo de su ojo derecho.

«¿Vas a ir a una prisión estatal?», pregunta él.

«Eso es lo que me han dicho. ¿Y tú?».

Él asiente con la cabeza, confirmando que ha recibido la misma información.

«¿De dónde vienes?», le pregunto.

«De Petersburg, Virginia».

«¿Del nivel medio o del bajo?», quiero saber su nivel de seguridad.

«Yo estaba en el bajo».

«Yo estaba en el bajo en Fort Dix. Me llamo Michael».

«Ty». Nos damos la mano.

«¿Qué has oído sobre este traslado?».

«No he oído nada, salvo que la orden de traslado vino de Washington. Otro tipo que iba sentado a mi lado en el avión dijo que iba al mismo programa. Su gestor de casos le dijo que los federales estaban trasladando a algunos presos estatales al sistema federal e intercambiando presos federales con el sistema estatal de Florida».

«¿De dónde venía?».

«De Big Springs».

«Esa es una prisión de baja seguridad», digo.

«¿Eres de Florida?».

«De Miami», asiente con la cabeza.

«¿Y tú?».

«Vivía allí cuando me arrestaron, pero soy de Seattle».

«Probablemente te detuvieron porque el ordenador cree que eres de Florida».

«Quizás sea eso. Supongo que lo averiguaremos cuando lleguemos allí».

Cuando los teléfonos vuelven a estar disponibles, llamo a Julie para ponerla al día sobre dónde estoy y lo que he aprendido de Ty. Ella ya ha hablado con Carol Zachary y Bruce McPherson, y elTodos ustedes trabajando con los teléfonos para revertir la transferencia. Bruce habló con Sylvia McCollum en la sede de la BOP. A través de discretas indagaciones, Sylvia se enteró de que los administradores me asignaron como parte de un prisionero programa de intercambio con el estado de Florida porque mi número de registro me identificaba como residente de Florida. Me tranquiliza saber que mMis amigos y familia están utilizando su influencia para demostrar que, aunque fui arrestado en Florida, no soy residente de ese estado.

****

El avión aterriza en la pista de aterrizaje de los alguaciles, junto al Aeropuerto Internacional de Miami. Al salir del avión con el chirrido de los motores a reacción en los oídos, la humedad de Miami me golpea como un horno. Por un momento, miro a mi alrededor para admirar los parterres de flores tropicales y las palmeras que tanto he echado de menos.

Dos autobuses, tres furgonetas blancas y cuatro coches nos esperan. Estoy cansado de ver guardias con rifles de asalto, pero forman parte del paisaje cada vez que se transporta a un preso. Después de inspeccionar mis cadenas, registrarme e identificarme, los guardias de la BOP me dirigen a un autobús. Mientras avanzamos, reconozco las conocidas señales de tráfico de Flagler, Biscayne Boulevard, la I-95 y la autopista Palmetto.

El autobús se acerca a un edificio alto en un distrito del centro que no reconozco. Nos detenemos en una entrada mientras se abre una puerta de acero corrugado. El autobús pasa, baja por una rampa y se detiene en el oscuro sótano del Centro Federal de Detención de Miami.

Después de completar los formularios necesarios, las huellas dactilares, las fotos policiales, los registros corporales, las entrevistas y horas de espera en jaulas de detención, llevo mi saco de dormir para unirme a otros nueve hombres y subir en ascensor a la undécima planta. Salimos a un vestíbulo y el guardia abre una puerta de acero que da paso a una unidad de alojamiento de dos niveles muy iluminada. Veo a Ty esperando junto al puesto del guardia. El ruido ensordecedor, las barandillas tubulares de acero, las mesas fijas y los taburetes me recuerdan a la primera unidad de alojamiento en la que estuve tras mi detención.

Veo una cara familiar entre la multitud, aunque no recuerdo su nombre ni dónde lo vi por última vez. Él me reconoce y se acerca.

«Oye, ¿no estabas en Atlanta en su día?». Es de mi estatura, pero pesa 45 kilos más que yo.

«Así es. Estuve en el bloque B. Michael Santos», le tiendo la mano.

«Ace, tío». Choca los puños conmigo y me da un abrazo, aunque no recuerdo haber hablado con él antes. «¿Qué haces aquí, tío? ¿Te han caído nuevos cargos?».

«Estoy en tránsito, de camino a una prisión estatal».

«¿Una prisión estatal? ¿Qué pasa con eso?», me mira con recelo.

«No lo sé. Me han sacado de aquí. Hay otros que también se trasladan conmigo. Ninguno sabemos adónde vamos ni por qué».

«¿Ninguno de vosotros tiene cargos estatales?».

Niego con la cabeza. «Todos llevamos aquí un tiempo. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?».

El centro de detención alberga a personas que se enfrentan a nuevos cargos penales y a presos en tránsito. No es un lugar donde los presos suelen cumplir sus condenas.

«Un nuevo caso, tío», se encoge de hombros. «Salí en el 93. Llevo cinco años en la calle antes de que me pillaran por este nuevo delito».

«¿A qué te enfrentas ahora?».

«Es todo lo que ella escribió, amigo. De por vida. Voy a volver a Atlanta. ¿Me entiendes?».

«Lo siento».

«No hay nada DawgYa sabes cómo lo hacemos.

Niego con la cabeza, sin saber qué decir. «Voy a ponerme en esta fila para ver si consigo un móvil. Hablaremos más cuando me haya instalado».

Lo has entendido. Dawg. Oye, tengo todo lo que necesitas. Esta es mi casa. Se golpea el pecho.

«Gracias, Ace».

«No pasa nada». Extiende el puño, volvemos a chocar los nudillos y me alejo preguntándome cuándo dejaré atrás esta locura.

En la garita me pongo en la fila detrás de Ty, con la esperanza de que el guardia nos asigne la misma celda.

«No tengo ninguna celda libre», dice el guardia. Me envía al segundo piso. Doy un golpecito de cortesía a la puerta de la celda antes de abrirla. Un hombre vestido con un mono naranja idéntico al mío está tumbado en la litera inferior leyendo un número de Maxim.

«¿Qué tal? ¿Eres nuevo?», pregunta, apoyándose en su codo derecho.

Asiento con la cabeza. «Soy Michael Santos», digo mientras coloco mi saco de dormir en la litera superior. «De paso», añado.

«¿A dónde?»

Le cuento mi historia. Luego él me cuenta la suya. Se llama Rico y está deliberando. sobre si aceptar la oferta del gobierno de 10 años. Mientras hablamos, le aconsejo que acepte. tla oferta, sin necesidad de saber nada más que está acusado de un delito relacionado con drogas.

«Pero tengo una niña pequeña. No creo que pueda aguantar diez años».

«Nadie lo sabe cuando empieza. Si no aceptas este acuerdo, lo más probable es que cumplas una condena mucho más larga y en prisiones más duras. Con 10 años, solo cumplirás unos ocho, y podrías conseguir una reducción de un año si te sometes al programa de tratamiento de drogas.

«No creo que pueda hacerlo».

****

Es 11 de septiembre de 1998. Llevo una semana en Miami y, como mi consejero aún no me ha dado un código PIN, no he podido usar el teléfono. El personal no me da ninguna información sobre mi traslado y no sé si Bruce y Carol han avanzado en sus gestiones para sacarme de aquí. Ty y yo nos hemos resignado a la probabilidad de que ambos acabemos en una prisión estatal, sabiendo que nos iremos cuando los funcionarios del Departamento Correccional de Florida arrive para recogernos. Hacemos ejercicio juntos, flexiones, sentadillas profundas y abdominales.

Después de nuestro entrenamiento matutino, echo un vistazo a la pantalla de televisión del dormitorio y me horrorizo al ver al presidente Clinton y su maquinaria mediática. Ha organizado un desayuno de oración retransmitido por televisión a nivel nacional, en el que se han reunido Jesse Jackson, Billy Graham y otros clérigos distinguidos. Rezan por el perdón de la indiscreción de Clinton con Monica Lewinsky.

No se me escapa la ironía. El presidente Clinton escandalizó al país. Mintió una y otra vez al pueblo estadounidense y al Congreso al afirmar que «no había mantenido relaciones sexuales con esa mujer».

Cualquier otra persona cumpliría una pena de prisión por decir tales mentiras al Congreso. Aunque yo era joven y sin estudios, mi propia condena se prolongó dos años porque mentí durante el juicio. Eso me enfurece. yo, porque el presidente debería celebrarse a un nivel más alto. Después de todo, el presidente Clinton es licenciado por la Facultad de Derecho de Yale, becario Rhodes y ex fiscal general. Sin embargo, se le perdona su ofensa con solo decir que lo siente.

He estado trabajando para expiar mis culpas durante 11 años, no con discursos televisados, sino con acciones tangibles. Me enfurece ver la desigualdad mientras estoy sentado con un mono naranja., sabiendo que mis actos de expiación no significan nada mientras el presidente pueda exonerarse a sí mismo con una simple reunión de oración.

«¡Santos!», grita el guardia hacia el módulo mientras sale de su puesto, interrumpiendo mi monólogo mental. «¡Levántate!».

«¿Y Moreno?», pregunta Ty.

«He dicho Santos».

«¿Me puede decir adónde voy?». Me siento mareado, me tiemblan las piernas. «FTD».

Reconozco esas iniciales como la designación de la BOP para Fort Dix. Mi rostro se ilumina inmediatamente con una sonrisa.

«¿Fort Dix?», pregunto para confirmar.

«Aquí solo pone FTD. Haz las maletas».mierda.

«¿Cómo lo has conseguido?». Ty me mira con decepción en los ojos.

«No lo sé. Mi familia debe de haber hablado con la persona adecuada», digo con cautela, consciente de repente del impacto que esta

noticia tiene en Ty. Solo nos conocemos desde hace unos días, pero gracias al ejercicio, las partidas de ajedrez y las charlas, hemos creado un vínculo y esperábamos seguir adelante como un equipo. Ahora lo estoy abandonando. Aunque la noticia me alegra, no quiero agravar su pérdida regodeándome por haberme librado de una visita a una prisión estatal de Florida.

****

Mi red de apoyo realmente me ayudó mucho, y me emociono cuando gLos guardias me encierran en una jaula de detención en la planta principal del FDC Miami. to Procesadme. Soy agradecido, optimista, y ansioso por comenzar el viaje de regreso a Ford Dix. Mi ánimo está decaído., sin embargo, cuando yo aviso una mujer sentada sola en otra celda de detención justo enfrente de mí. Ella es llorando. Me acerco al frente de mi jaula, envuelvo mis dedos alrededor de los barrotes, y ella me miraLos guardias que patrullan el pasillo nos prohíben hablar, así que nos comunicamos con la mirada. En sus ojos veo tanta tristeza que me duele. Ella... inclina la cabeza mientras abre Sus manos en un gesto de impotencia, como diciendo «Yo también quiero hablar contigo, pero no podemos». Su sonrisa es modesta, pero veo un hoyuelo en su mejilla. Tiene el pelo largo y castaño, e incluso con el mono verde y demasiado grande puedo ver su esbelta figura. Sus ojos son azules, o quizá verdes. No importa. Nunca nos conoceremos. Espero que encuentre la fuerza para soportar la soledad. Aparto la mirada cuando los guardias se acercan para encadenarla.

Mi regreso a Fort Dix me lleva a 30 días desvío a través de USP Atlanta. Me sorprende. sentir cierta nostalgia por mi Primera visión de los altos muros. Mientras estoy encerrado en una unidad de retención, veo a varios miembros del personal que conocía. Uno de ellos envía un mensaje a Lynn Stephens, mi antigua supervisora en el trabajo. Después de recibir noticias de su colega de que estoy en la unidad de espera, Lynn se acerca a verme. Han pasado más de cuatro años desde mi salida de la USP Atlanta y verla es casi como una reunión. Ella hanuncio tan esencial role en mi temprana adaptación, permitiéndome estudiar en la oficina que compartíamos, proporcionándome un refu-

gio de el La locura penitenciaria que destruye las vidas de tantos jóvenes presos. Ellaapenas envejecido pero me dice que se jubilará dentro de unos años y me pone al día sobre su familia mientras me pregunta por la mía. Como me conocía en mis veinte años, ningenuo a la vida en prisión, Lynn se sorprende de que ahora tenga casi 35 años y me sienta cómodo en mi entorno. Nuestra uinesperado La reunión me ayuda a medir cuánto he madurado desde que comencé mi mandato.

I hablar con los presos que conocí cuando cumplí mi condena en Atlanta, pero después de un mes, me alegro de dejar atrás la penitenciaría. Irónicamente, Fort Dix fanguilas Como en casa, y estoy deseando volver.

Después de varias horas, nuestro avión aterriza brevemente en Manchester, New Hampshire, para un intercambio de prisioneros. Desde mi asiento junto a la ventanilla, contemplo una densa vegetación de árboles cuyas hojas se mecen con el viento y parecen cambiar de color ante mis ojos. Es un espectacular espectáculo natural de naranjas, amarillos, rojos y verdes, y me doy cuenta de que durante los dos meses que he estado encerrado en las prisiones de Oklahoma, Miami y Atlanta, el verano ha dado paso al otoño. El avión despega de nuevo y, unas horas más tarde, el jueves 15 de octubre de 1998, me procesan. en y readmitido iDentro la comunidad cerrada de FCI Fort Dix.

Mi amiga Carol Zachary es la responsable de mi regreso. Se reunió con un alto cargo en Washington., y esa reunión dio lugar a la revocación de mi orden de transferencia, de inmediato impidiendo mi traslado a una prisión estatal de Florida.

Vuelvo al recinto de Fort Dix y mi amigo Gary me recibe con una bolsa de malla blanca llena de artículos del economato.

«Bienvenida», dice riendo mientras me abraza.

«No puedo expresar lo bien que me siento por haber vuelto».

«¿Has oído las noticias?», pregunta Gary.

«¿Qué noticias hay?».

Gary sonríe, sabiendo que me interesan las noticias financieras. «La Reserva Federal ha bajado los tipos de interés y el mercado está que arde. Espero que no hayas vendido».

«¿Vender? ¿Bromeas? Soy comprador, no vendedor».

«Los precios de Yahoo! y AOL casi han vuelto a los niveles que tenían antes de que te fueras».

«No me digas que ahora también te has enganchado a la bolsa».

Gary se ríe y me dice que necesitaba algo para pasar el rato.

****

A medida que nos acercamos al cambio de siglo, se extiende el temor en la comunidad empresarial de que muchos de los programas informáticos del mundo dejen de funcionar. Cada día, los expertos de la CNBC dDiscutir el próximo problema del «efecto 2000», exagerar la calamidad que vendría befall el mundo si los ordenadores se estropean. Como especulador del mercado, presto atención a estas historias.

Para aliviar las preocupaciones sobre cómo reaccionarán los mercados a medianoche del último día de 1999, los bancos centrales de todo el mundo toman medidas y bajan los tipos de interés de referencia en otoño de 1998. Su objetivo es proporcionar más liquidez a las empresas y evitar así el pánico. Una consecuencia de su estrategia es la especulación desenfrenada, y yo soy uno de los participantes eufóricos.

Sigo la evolución del crédito fácil y el dinero caliente suscribiéndome a una docena de publicaciones financieras y estudiándolas a diario. Me fascina el sector tecnológico, ya que considero que las empresas con una estrategia eficaz en Internet son las que tienen más potencial alcista. Consciente del riesgo, concentro todas mis inversiones en acciones especulativas de Internet. Ese enfoque ha resultado ser un acierto, y yo... rnivel en viendo cómo aumenta mi patrimonio, a veces en decenas de miles cada día. Aprovecho ese patrimonio utilizándolo

como garantía para apalancar mis participaciones. Tengo el 100 % de mis participaciones en acciones de Internet, y by utilizando margen Tengo doble exposición a las fluctuaciones del mercado.

«Sabes, realmente creo que es hora de que diversifiques», me aconseja Jon, otro preso. «Esta burbuja del mercado no puede durar para siempre. Quizás deberías vender ahora e invertir tu dinero en renta fija».

«No puedo vender. Todas mis ganancias han sido a corto plazo. Necesito mantener mis posiciones durante al menos un año, de lo contrario tendré que pagar demasiados impuestos».

Jon niega con la cabeza. «Todos los hombres sabios diversifican».

Soy reacio a vender ninguna participación por dos razones. Por un lado, no quiero que Julie tenga que pagar impuestos sobre las ganancias de capital a corto plazo y, por otro, estoy convencido de que la euforia del mercado durará más de un año. Cada noche, después del cierre del mercado, hago un gráfico con la evolución del día, leo las noticias del sector y luego salgo a contarle a Gary cómo nos ha ido.

«¿Qué tal ha ido hoy el casino?»

«Compré Cisco, Real Networks y At Home Communications».

Además de ser un gran maestro de ajedrez, Gary tiene un enorme talento musical. Nos sentamos bajo un arce a principios de marzo de 1999, abrigados con nuestras chaquetas verdes y gorros de lana naranjas. Se nota que la primavera está al caer, pero aún hace frío. Gary toca la guitarra acústica y practica mientras hablamos. De niño, tocaba en bodas y fiestas en Rusia. Pongo a prueba su talento pidiéndole que toque música de China, España, Japón, Italia o Grecia, y en un instante sus canciones me transportan a esos países.

«Entonces, ¿qué hay ahora en la cuenta?»

«Tenemos acciones por valor de 600 000 dólares y hemos sacado 300 000 dólares en préstamos con margen. El capital es de 300 000 dólares».

«Eres un ganador», dice, mientras rasguea su guitarra.

El valor de las acciones de Internet se dispara durante la primavera, y sigo utilizando el margen para aprovechar una posición más grande con todas mis participaciones. El 12 de abril de 1999, cuando suena la campana de cierre en Wall Street, las 4000 acciones de AOL, las 2000 accionesde At Home y otras acciones de gran rendimiento tienen un valor que supera los 2 millones de dólares. Con 1 millón de dólares en préstamos de margen, el capital de la cuenta supera el millón de dólares. Estoy tentado de decirle a Julie que venda, pero si lo hago, las ganancias de capital a corto plazo incurrirán en una obligación fiscal de casi 400 000 dólares. Hace un año no tenía dinero para la comisaría, pero ahora es la codicia, más que una posición basada en principios, lo que me impide sentirme satisfecho con lo que tengo. Estoy decidido a aguantar hasta que mi patrimonio alcance los 1,6 millones de dólares. Eso generará un millón de dólares después de impuestos, y si vendo a ese nivel, podré ingresar ese dinero en el banco. Mi objetivo es alcanzar un saldo en efectivo de dos comas. Hasta que lo consiga, estoy decidido a seguir arriesgándome.

El valor de mi cuenta no cambia mi estatus en la prisión, por supuesto. Sigo presentándome para los recuentos censales y desnudándome para los registros cada vez que un guardia me lo ordena. Me quedan 14 años más de condena, pero ahora el tiempo es solo algo que tolero. No necesito libros de la escuela ni de la biblioteca, ya que vivo vicariamente a través del mercado, un fenómeno que la BOP es incapaz de detener.

****

Dos días brutales en el mercado bursátil en abril me hicieron perder más de 400 000 dólares del capital de mi cuenta, lo que me llevó a cambiar de estrategia. En lugar de aguantar, tomo la decisión y llamo a mi hermana para darle instrucciones para vender. Esa medida elimina mi deuda de margen, me permite devolver el dinero que Gary me adelantó, me proporciona los recursos para pagar al IRS y me deja con un saldo en efectivo de seis cifras. Es mucho menor que el valor máxi-

mo, pero mucho mayor que cuando empecé mi carrera como operador bursátil.

«Recuerda una cosa», me dice Gary, tratando de animarme mientras paseamos por el jardín en uno de sus últimos días antes de que las autoridades lo deporten a Rusia. «El dinero no hace al hombre; el hombre hace al dinero».

«Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en lo que podríamos haber tenido si hubiera vendido antes».

«¿Qué más da? Empezaste queriendo terminar la carrera de Derecho, trabajar durante 15 años para ganar unos míseros cien mil dólares. Ahora tienes eso en el banco y no has tenido que lidiar con ninguno de estos idiotas. Nadie más aquí ha ganado lo que tú».

Me aconseja que me olvide del mercado y que aproveche el resto de mi tiempo en prisión para hacer otra cosa con mi vida, asegurándome que tengo que prepararme para las infinitas oportunidades que me esperarán cuando salga.

****

Al entrar en el nuevo siglo, sé que necesito algo nuevo en lo que ocupar mi tiempo, algún proyecto en el que pueda trabajar de forma independiente, sin interferencias del sistema penitenciario. En agosto cumpliré mi decimotercer año, lo que significa que estoy a mitad de camino, con solo trece años más hasta mi liberación. Debo encontrar la manera de que sean productivos.

Carol Zachary y Jon Axelrod traen a Zachary y Tristan de visita para el Día de Acción de Gracias y nos sentamos, uno al lado del otro, en la luminosa y abarrotada sala de visitas de Fort Dix. Carol me pregunta si me gustaría renovar mi petición de indulto.

«No me veo capaz de pasar por todo eso otra vez», le digo. «Es una montaña rusa emocional demasiado grande. Necesito estabilidad, algo por lo que pueda luchar. En lugar de esperar a que otra persona tome

una decisión que determinará mi futuro, necesito encontrar algo que me permita trazar mi propio camino».

«¿Has hablado con Tony? ¿Qué opina él?», me pregunta refiriéndose a Tony Bisceglie, el destacado abogado al que ella convenció para que encabezara los esfuerzos legales para liberarme en 1997.

«Tony es sincero. Dice que mis posibilidades de que el presidente conmute mi sentencia son menos de una entre un millón. Además, ya no soy indigente. Si siguiera adelante con la petición, los honorarios de Tony serían de 50 000 dólares como mínimo. No estoy dispuesto a desprenderme de los recursos necesarios para pagar esos honorarios».

«Michael, tienes que hacerlo», me insta Carol.

«¿No crees que podrías ganar ese dinero de nuevo una vez que te liberen?», pregunta Zach, que ahora está en segundo año de secundaria. Es un estudiante atleta que espera estudiar negocios y economía.

Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. «La cuestión es que he vivido entre rejas y vallas durante toda mi vida adulta». Aunque siento su amor y preocupación por mí, quiero que comprendan por qué percibo mi situación de forma diferente a otras personas que no han vivido ien confinamiento«Cuando las personas salen de prisión, les cuesta mucho encontrar empleo y las presiones económicas les impiden empezar de nuevo. Lo veo cada semana, cuando los presos regresan tras fracasar en la sociedad. Si pensara que tenemos más posibilidades de obtener una conmutación, la aceptaría. Pero cuando uno de los mejores abogados de Washington me explica las probabilidades, tengo que sopesar los costes. La verdad es que me da más miedo volver a casa sin un centavo, a una vorágine de incertidumbre financiera, que cumplir otros 13 años de condena».

Carol cruza los brazos sobre el pecho y asiente con la cabeza con simpatía. Jon observa en silencio y luego dice:«Tendrás opciones cuando vuelvas a casa, Michael. La gente te quiere y estará ahí para ayudarte».

Niego con la cabeza. «Necesito conseguir más apoyo. Si pudiera convencer a mil personas para que respaldaran mi petición, me sentiría más seguro para seguir adelante con ella».

«Qué pena que no puedas usar Internet», afirma Tristan. Está en octavo curso y aspira a ser músico. Tenemos una partida de ajedrez en curso que jugamos enviándonos nuestros respectivos se mueve a través del correo. «Podrías encontrar fácilmente 1000 seguidores en Internet».

«Tengo algunos amigos del colegio que son bastante buenos con Internet», sugiere Zach. «Quizás yo podría ayudar».

«Me gustaría invertir mi tiempo y mi dinero en una idea como esa. ¿Por qué no montamos un negocio en Internet? Yo escribiré y teclearé el contenido, y vosotros os encargaréis de coordinar su publicación en línea», sugiero.

Jon mira a Carol. «Podríamos comprar un escáner para convertir las páginas mecanografiadas en archivos digitales. Podría ser un buen proyecto para que los chicos adquieran experiencia empresarial».

«Yo podría ser el director general», dice Zach entusiasmado.

«¿Y qué pasa con el hockey y el béisbol? No puedes descuidar los estudios», le advierte Carol, que se toma con más cautela la magnitud de este posible negocio.

«Mamá, puedo hacerlo», afirma Zach.

«El negocio podría obtener ingresos cobrando una tarifa a los presos por publicar su información, dándoles una plataforma para conseguir apoyo», digo.

«Y una vez que consigamos suficiente tráfico, podríamos cobrar por el espacio publicitario», Zach está al borde de su asiento, ya varios capítulos por delante en un plan de negocio.

«Espera un momento», interrumpe Carol.k, levantando las manos en señal de «tiempo muerto» y hablando como la voz de la razón.

«Estamos hablando de un proyecto para generar apoyo para Michael, para sacarlo de aquí. No nos distraigamos con cuánto dinero podemos ganar».

«Me vendría muy bien un proyecto como este, uno que me distrajera de aquí. Podría trabajar en él todos los días. Si consigo apoyo, entonces podremos explorar las posibilidades de indulto».

Carol asiente con la cabeza. «De acuerdo, trato hecho. Necesitamos mil personas. Entonces seguiremos adelante con una nueva petición de clemencia».

****

«He estado siguiendo tus escritos en Internet», me dice mi amigo George durante nuestra visita. «Son muy buenos».

El Dr. George Cole es el autor de American Corrections, el principal libro de texto utilizado en las universidades para enseñar a los estudiantes sobre el sistema penitenciario estadounidense. Ha sido mi mentor durante casi una década y fue quien impulsó mi admisión en el programa de doctorado de la Universidad de Connecticut. «¿Por qué no escribes un libro sobre tu experiencia en la cárcel? Se lo presentaré a mis editores como un texto complementario para vender junto con mi libro de texto».

Es la propuesta más emocionante que he recibido desde que empecé en el mercado de valores y le pido a George que me aconseje sobre cómo puedo empezar.

Me dice que escriba una propuesta para que la evalúe la editorial Wadsworth-Thompson. La sugerencia ppresenta yo con un nuevo oportunidad de pasar página, ¡Inspirándome con el confianza para iniciar el siguiente capítulo de mi vida. Con mis responsabilidades de escribir para el proyecto de Internet que coordina Zach y las horas que invierto en redactar la propuesta del nuevo libro, el esquema y los capítulos de muestra, tengo nuevas razones para wakNos levantamos antes del amanecer y trabajamos 12 horas al día.

A diferencia de estudiar para obtener títulos avanzados, escribir no me obliga a pedir permiso a administradores de mente estrecha. Esta actividad es como un respiro, que me libera de pasar tiempo con reclusos que se quejan de la injusticia de las condenas de 12 meses de prisión. Además, no me obliga a leer una docena de publicaciones financieras, reduce mi adicción al ticker de la CNBC y me ofrece un nuevo reto: aprender a expresarme con mayor fluidez.

Para escribir, solo necesito un bolígrafo, hojas de papel en blanco y un diccionario. Aun así, sé dónde estoy y solicito una aclaración por escrito al departamento jurídico de la BOP sobre las normas que rigen a los presos que escriben para publicar. Esa consulta me lleva a recibir la confirmación de un abogado de la BOP, quien me dice que, siempre y cuando no incite a otros ni reciba compensación alguna por mis escritos, estoy en mi derecho de continuar.

Trabajar para escribir con fines de publicación se convierte en un objetivo que puedo perseguir con entusiasmo, y acepto con gusto el reto de convencer a los editores para que trabajen conmigo. Para tener éxito, debo esforzarme por convertirme en un mejor escritor y, al hacerlo, trascenderé los límites de la prisión, conectaré con lectores de todas partes y obtendré apoyo. Voy a la biblioteca en busca de más información.

«¿Tienes algún libro en las estanterías sobre el negocio editorial?». Espero que el bibliotecario pueda orientarme en la dirección correcta.

«Todo lo que tenemos es una edición antigua de The Writer's Market».

«La aceptaré», respondo.

El libro de referencia muestra las difíciles probabilidades a las que se enfrentan los escritores noveles. Menos de uno de cada mil autores firma contratos de publicación. Los que tienen éxito suelen trabajar duro durante años, escribiendo muchos manuscritos antes de ver uno de sus libros impreso. Percibo una ventaja gracias a las relaciones con

mentores que he cultivado a lo largo de los años y porque escribo sobre un tema único.

Después de escribir mi propuesta para About Prison, George me aconseja que se la envíe a Sabra Horne, editora senior de adquisiciones de Wadsworth-Thompson. Ella responde con un contrato editorial y yo escribo el manuscrito que describe mi primera década como preso. La editorial académica presentará el libro como un texto complementario para profesores universitarios que imparten cursos de justicia penal.

Con ese proyecto a mis espaldas, le escribo a la Dra. Marilyn McShane, otra mentora que, además de enseñar justicia penal y escribir libros, es editora sénior de Greenwood-Praeger Publishing. Ella se ofrece a publicar Profiles From Prison, mi segundo libro, que describe los antecedentes, los patrones de adaptación y las expectativas futuras de 20 presos.

Las miles de horas que dedico a escribir, mecanografiar y editar los manuscritos me dan la sensación de que estoy haciendo algo más que simplemente cumplir mi condena. Es como si estuviera contribuyendo a la sociedad, viviendo una vida con sentido y relevancia. Si los lectores encuentran valor en los libros una vez publicados, tal vez más personas vean la necesidad de pensar de forma más inteligente, en lugar de más dura, sobre el disfuncional sistema penitenciario estadounidense.

A medida que se acercan los últimos meses de la presidencia de Clinton, me siento tranquilo con mi decisión de centrarme en la escritura. Los proyectos de libros, junto con las contribuciones semanales que hago para el sitio web, ofrecen a los lectores la perspectiva de un preso sobre el encarcelamiento, y el trabajo me conecta de una manera que me hace sentir casi completo. Llevo una vida útil y me siento legitimado como ciudadano. Después de más de 13 años, ya no siento el «castigo». Escribir contrarresta el «aislamiento» y neutraliza los objetivos declarados del encarcelamiento.

****

Estoy solo en la sala de visitas en mi trabajo, puliendo el suelo de baldosas y pensando en lo que escribiré al día siguiente, cuando mi amigo Tom entra y me da una palmada en el hombro.

Suelto la palanca que acciona la máquina. «Hola, amigo, no te he oído entrar».

Tom niega con la cabeza. «¿Has oído las noticias?».

«¿Qué noticias?».

«Clinton ha conmutado las penas de unas 20 personas, dos de Fort Dix».

«¿A quién ha liberado?».

«No importa. Lo siento, amigo. Deberías haber sido tú».

Tomé la decisión de no solicitar el indulto, así que lo aceptaré y seguiré adelante, aunque me decepcione aceptar la realidad de que he perdido una oportunidad genuina de recuperar la libertad.

Tony tenía un plan claro para conseguir mi conmutación. Tenía la intención de utilizar el respaldo de mi red de mentores y simpatizantes para convencer a mis antiguos fiscales y al juez de que me había ganado la libertad. Si conseguía ese apoyo, iba a presionar a sus contactos en Washington para que llevaran mi petición a la atención de la Casa Blanca. Teniendo en cuenta que el presidente ha concedido el indulto a tantas personas, creo que la estrategia de Tony podría haber tenido éxito. Podría haber quedado en libertad. Trece años de prisión me han institucionalizado, cegándome ante la posibilidad de la libertad. Con la controvertida elección de George W. Bush, he perdido mi oportunidad.

****

En lfebrero de 2002, IEstoy standeng hombro con hombro con doscientos presos en la sala de televisión, escuchando mientras el guardia grita los nombres para repartir el correo. Mi mentor, Bruce, y sigo intercambiando cartas semanalmente. Mientras trabajo para mejorar

mi oficio, él es mi primer lector, uno de los muchos que me retan a «mostrar en lugar de contar» a través de mi escritura. Es una lección que me cuesta aprender.

«¡Santos!», grita el guardia llamándome por mi nombre.

«Aquí atrás, junto al microondas», grito por encima del ruido de la multitud. Estoy esperando un sobre que supongo que contendrá los comentarios de Bruce sobre uno de mis borradores.

El guardia sigue gritando nombres, pero yo lo ignoro y observo cómo el sobre se abre paso hacia mí, pasando de mano en mano. El sobre parece demasiado pequeño para contener mi manuscrito, y cuando lo recojo del preso que está delante de mí, miro la dirección del remitente. Está escrita con una elegante caligrafía femenina, aunque su nombre no es uno que yo reconozca.

Abro el sobre mientras sigo de pie entre los demás presos y saco una postal artística. En ella aparece una litografía de Henri Lautrec que me encanta. Bruce se esfuerza por llenar mi vida de arte y artistas, y sonrío, sabiendo que estaría orgulloso de mi nueva conciencia cultural. Cuando abro el card, Tengo curiosidad por saber quién lo escribió. I see que tEl remitente es Carole Goodwin, una antigua compañera mía del instituto Shorecrest High School, promoción de 1982.

Carole y yo crecimos en Lake Forest Park, Washington, y fuimos juntos al colegio desde quinto curso. Pasábamos los veranos en el mismo club de playa del lago Washington. Carole y yo no éramos íntimos, pero recuerdo claramente haber caminado con ella, cogidos de la mano, y haberla besado una vez durante la celebración tras nuestra graduación del instituto.

Diez años antes, durante mi condena, mantuve correspondencia con Susan, la hermana menor de Carole. Por Susan supe que Carole se había casado con alguien después del instituto y que ella tenía dos hijos, Michael y Nichole. Pero mi correspondencia con Susan terminó hace muchos años y no supe nada más sobre las hermanas Goodwin. IMe sorprende. recibir esta carta de Carole.

Me sorprende aún más lo que leí en la tarjeta y en ella Carta adjunta. Me está regañando, diciéndome que conoce a personas que se convirtieron en adictas a las drogas y que, como madre de dos hijos, aborrece las drogas, y que le parece horrible que yo haya vendido cocaína.

Volví a leer la carta de Carole. Al parecer, mientras coordinaba nuestra reunión de antiguos alumnos del instituto tras veinte años, recibió un correo electrónico no solicitado de un remitente anónimo que le preguntaba si la reunión era para la misma promoción que la mía. Cuando Carole le pidió más información al remitente, este se limitó a escribir que había encontrado mi página web y que sentía curiosidad. Carole buscó mi página en Internet. Al leer sobre mi delito y mi condena, decidió enviarme sus impresiones.

«Oye, Marcello», le digo, dando un codazo a un amigo que estaba a mi lado mientras leía la tarjeta y la carta de Carole. «Echa un vistazo a esta carta y dime qué te parece».

Le paso la carta a Marcello.

«Parece enfadada», afirma con tono seco, entregando...No vuelvas.

«Eso es lo que pensaba». Vuelvo a meter la carta de Carole en el sobre junto con la tarjeta. «No lo entiendo. Si fuera alguien que no conozco, tal vez un fanático de la ley y el orden, o un guardia de prisiones, lo entendería. Pero se trata de una mujer con la que crecí. La besé en el instituto». Me encojo de hombros. «Llevo más de quince años en prisión. ¿Por qué crees que me escribe ahora para regañarme, después de tanto tiempo?».

«Probablemente sea republicana».

«Quizás», respondo con una sonrisa, «pero le voy a responder. Estoy segura de que puedo hacerle cambiar de opinión».

CAPÍTULO DIEZ

Mes 180-190 / 2002-2003

La primera vez que veo Bob Está seleccionando cuidadosamente los ingredientes de la barra de ensaladas. Maneja con destreza las pinzas de acero inoxidable y va apilando en su bandeja de plástico los tomates más frescos, los rábanos, la lechuga iceberg picada y las hojas de espinaca. No se da cuenta de la creciente fila de hombres enfadados que esperan su turno ni de los otros 500 presos que se encuentran en el ruidoso comedor.

Bob Mide más de metro ochenta, tiene ojos azules como el hielo y una abundante melena rubia que peina con esmero. Sé que es nuevo en Fort Dix y sospecho que ronda los cincuenta y tantos años. Es delgado y de aspecto pulcro. Mientras lo observo desde una mesa cercana, no puedo evitar preguntarme qué hace aquí. He leído sobre profesionales y empresarios que han infringido la ley, pero esos delincuentes no suelen cumplir condena con nosotros dentro de dobles vallas rodeadas de alambre de púas. Bob parece el tipo de hombre que envía a la gente a la cárcel, no alguien que cumple condena en la cárcel.

Otros ejecutivos se le acercan, sonrientes, ofreciéndole ayuda para que se adapte. BobSin embargo, permanece callado y solo responde con breves gestos de asentimiento. Cuando aprieta la mandíbula, proyecta rebeldía en lugar del miedo que suelo ver en los recién llegados.

Unos días Han pasado desde que lo vi en el comedor, y lo vuelvo a ver mientras estoy corriendo por la pista. Está sentado en las traviesas del ferrocarril que sirven de escalones y separan la cancha de la pista, comiendo una manzana verde y observando a Ironhead, un preso más típico, que lanza canastas solo en la cancha de asfalto dentro de la pista.

Ironhead es un tipo que parece haber pasado toda su vida en la cárcel. Su cabeza rapada brilla por el sudor y se distingue por su boca

llena de dientes con fundas de oro. Es alto y musculoso. Sobre sus omóplatos tiene un tatuaje con letras mayúsculas en negrita que dicen «destructor». En el estómago es otro que rcabezas «matón de por vida».

Estoy acostumbrado a ver a Ironhead lanzar canastas mientras corro. No tenemos mucho en común y nunca hablamos. Él hace ejercicio solo y yo hago ejercicio solo. Hoy Bob Se sienta entre nuestros entrenamientos, comiendo su manzana y observando.

Mientras corro, me sumerjo en pensamientos sobre mis proyectos de escritura y sobre la relación que Carole y yo estamos construyendo a través de nuestras cartas. Hoy, mientras mis pasos crujen sobre la pista de grava, me concentro en Bob, preguntándose si cometerá el error de interrumpir el entrenamiento de Ironhead.

«Metirías más tiros si te colocaras bien antes de lanzar». Bob instruye.

Ironhead lo ignora, vuelve a disparar y falla.

«¿Entiendes lo que quiero decir? Estás perdiendo el equilibrio».

Ironhead agarra el rebote. Luego presiona su puño izquierdo contra su cadera y, con la mano derecha, palmea el balón de baloncesto mientras se dirige a... Bob.

«A-yo Caramba«¿A quién le estás hablando?», gruñe Ironhead, acercándose con aire desafiante. Bob.

Bob Da el último mordisco a su manzana y luego deja el corazón en el escalón, poniéndose de pie para recibir a Ironhead.

«Te mostraré lo que quiero decir». Bob dice con una combinación de inocencia y autoridad de entrenador que realmente desarma al improbable alumno. Luego abre las manos, haciendo un gesto para que Ironhead le pase el balón. Ironhead frunce el ceño, bota el balón dos veces y luego lo lanza hacia Bob. Dribla hasta la parte superior de la zona, se planta y encesta, y luego procede a entrenar a Ironhead en

técnicas de tiro. Antes de terminar mi carrera, me sorprende ver que los dos están juntos en la cancha jugando uno contra uno.

Más tarde, por la tarde, veo Bob Sentado solo en una mesa de picnic bajo uno de los arces. Está escribiendo una carta en un bloc de notas amarillo, con unas gafas de lectura con montura dorada colocadas sobre la nariz. Me acerco y le interrumpo.

«¿Me das un minuto?»

Levanta la vista y me evalúa rápidamente, como si fuera un empleador deliberando si soy digno de una entrevista. Luego responde con un «Estaré contigo en un minuto» medio desdeñoso. Termina de escribir su párrafo y me deja esperando.

«Ahora», dice dejando el bolígrafo sobre la mesa, «¿en qué puedo ayudarle?».

«Me llamo Michael Santos», digo, presentándome. «Soy un preso condenado a una larga pena y aspirante a escritor. Acabo de terminar un manuscrito en el que describo algunas de mis experiencias y que estoy a punto de enviar a mi editor. Si tiene tiempo para leerlo, le agradecería cualquier consejo que pudiera darme sobre cómo mejorar mi manuscrito».

Bob Se quita las gafas y se frota los ojos. «¿Por qué?». preguntar ¿Yo?

«Supongo que eres nuevo en la cárcel y eres lo más parecido que voy a encontrar aquí al grupo demográfico al que intento llegar».

«¿Qué es eso, viejos blancos?»

«No, personas con estudios universitarios que no tienen experiencia con el confinamiento».

«Déjame verlo».

Le paso el sobre que contiene mi manuscrito. Saca el documento y echa un vistazo a las 400 páginas.

«¿Lo has escrito tú aquí?».

«Mi novia lo ha escrito por mí».

«Ha hecho un buen trabajo». Lo vuelve a meter en el sobre. «Ahora mismo estoy muy ocupado, pero si me lo dejas, lo leeré en los próximos días».

«Me parece bien. No tengo prisa. ¿Cómo te llamas?».

«Me llamo Bob Brennan—dice, como si yo debiera reconocer el nombre, y me tiende la mano.

******

En las próximas semanas Bob y yo entablamos amistad. Caminamos juntos por la pista y escucho su historia. FPor su comportamiento, supuse correctamente que él eraun hombre acostumbrado a mover los hilos en los niveles más altos de los negocios estadounidenses. Bobeses el fundador y director ejecutivo de numerosas empresas, tanto públicas como privadas. DuranteDurante muchos años fue portavoz de su empresa en anuncios de anuncios televisivos nacionales que invitaban a los inversores a crecer con él en First Jersey Securities, su empresa más conocida. Bob era propietario de aviones privados, helicópteros y casas palaciegas y caballos de carreras de pura sangre. A lo largo de su vidadistinguida distinguida carrera, ganó cientos de millones y cultivó amistades con personas distinguidas como el presidente Ronald Reagan, el presidente George H. W. Bush y el presidente George W. Bush. Un jurado condenó Bob por un delito que él described a mí como «mentir en un formulario del gobierno." Ncómo está cumpliendo una condena que amenaza con confinarlo durante una década.

Nos sentamos en un banco de acero bajo un cerezo en esta tarde de finales de verano de 2002. Cientos de presos caminan por el amplio sendero que rodea el recinto. Bob sabe todo sobre mi historia porque leyó el manuscrito que preparé. Escucho su historia con una sensación de pérdida por lo que me ha costado mi encarcelamiento cuando describe su carrera, sus experiencias en la creación de puestos de trabajo

para decenas de miles de personas bien remuneradas que sus empresas empleaban.

«Sabes lo que es un demócrata, ¿verdad?», le provoqué Bob.

«¿Qué es eso?».

«Es un republicano que ha sido arrestado». Bob Se ríe, pero su sonrisa se desvanece al observar el complejo de Fort Dix. «Este no es el lugar para pasar la vida».

«Estoy acostumbrado», respondo.

«Es una pena», dice con aire entendido.

«¿Qué es lo que más echas de menos de todo lo que has perdido?», le pregunto. Bob es un hombre que ha perdido mucho.

Bob mira al cielo, pensativo. «Mi Gulfstream...». jet y la libertad de volar lejos».

«¿Eso es lo que más echas de menos?». No puedo creer lo que me dice.

«No hay nada como poder volar a donde quieras, cuando quieras». Afirma su respuesta con un gesto de asentimiento.

«Supongo que viajar ya no es una aspiración con la que pueda identificarme».

«¿Cómo va tu romance con Carole? ¿Has recibido hoy una carta suya?». Bob pregunta, cambiando deliberadamente de tema.

«Sí, nos escribimos todos los días, aunque puede que no le guste lo que le he respondido hoy».

«¿Qué es eso?»

«No es nada grave, pero algo que escribió me molestó y se lo hice saber».

«¿Qué te molestó?»

«Ella escribió sobre billete de loterías."

¿Y?

«Vamos, a ¿Un billete de lotería? No me gusta nada. Cuando pienso en la gente que compra billetes de lotería, Pienso en un estado mental de pobreza, de personas que no se esfuerzan lo suficiente para lograr sus objetivos por sí mismas. En cambio, están esperando a que algo les suceda».

«Tienes que relajarte, Michael. No todo el mundo es como tú».

¿Compras billetes de lotería?

Bob No dignifica la pregunta con una respuesta. «No se trata de lo que yo hago. Me refiero a comprender a otras personas. A la gente le gusta soñar. Las Vegas se basa en ese concepto».

«Quiero que tenga estabilidad e independencia en su vida, para que no tenga que preocuparse por si los cheques de la pensión alimenticia llegan a tiempo o por cualquier otra cosa».

«Déjala en paz. ¿Por qué intentas controlar su vida?»

«No estoy tratando de controlar nada».

«Y una mierda. Cuando juzgas a alguien por comprar un billete de lotería, estás intentando controlarlo».

«Nos estamos acercando cada vez más y quiero que ella sepa lo que pienso».

«No has estado con una mujer en 15 años, y ni siquiera has visto a Carole desde el instituto. ¿Cómo vas a construir una relación desde aquí, cuando ella vive en la costa oeste y tú estás encerrado en una prisión de Jersey?».

«Las circunstancias pueden no ser ideales, te lo concedo. Pero la distancia entre nosotros no significa que no podamos enamorarnos y construir una vida juntos».

Bob Ríe. «¿Amor? ¿Una vida juntos? ¡Escúchate a ti mismo! Llevas encerrado desde 1987. Ella es una madre divorciada con dos hijos. Los dos estáis desesperados. Si sigues engañando a esta mujer, lo único que conseguirás es que las vidas de ambos sean miserables».

«No la estoy engañando, ni estoy desesperado. Ella tampoco. Somos dos personas de treinta y tantos años que se están enamorando. No somos adolescentes».

«Michael, eres un tipo inteligente. Piensa en lo que estás haciendo. Te quedan once años más de prisión. Cuando salgas, te encontrarás con un mundo que no has visto en veintiséis años. No sabes nada sobre las mujeres, sobre el amor, sobre lo que significa construir una vida con otra persona».

«Tienes razón en una cosa, BobLlevo mucho tiempo haciendo esto. Pero te equivocas cuando dices que no sé nada sobre el amor. Vivir en prisión ha sido como observar la Tierra desde otro planeta. Mi separación de la sociedad me ha dado la oportunidad de observar y aprender de las vidas de los demás. He leído que el 50 % de los matrimonios terminan en divorcio. Has sido un hombre rico desde los treinta y pocos años, pero dos de tus matrimonios terminaron en divorcio y ahora estás rompiendo una relación. Puede que esté separado del resto del mundo, pero he estudiado a las personas desde una perspectiva diferente y he aprendido de ellas».

«¿Ah, sí? ¿Y qué has aprendido?», se burla él.

«Una cosa es segura: para crear un amor duradero, tendré que apreciar a Carole más de lo que apreciaría un jet».

Bob Gruñe. «Nunca has tenido un Gulfstream».

****

Mientras otros presos cuentan los días que faltan para su liberación, yo cuento los días que faltan para mi primera visita con Carole. Es la tarde del 16 de octubre de 2002. Estoy tumbado en mi litera con una pequeña linterna de pilas leyendo las largas cartas de Carole.

Tengo mis favoritas, las que devoro una y otra vez. Llevamos ocho meses escribiéndonos a diario y, cuando me despierte mañana, comenzaremos cinco gloriosos días de visitas juntos. Voy a abrazarla y besarla todo el tiempo que los guardias me lo permitan. Miro fijamente su fotografía y me quedo dormida, con la luz del libro aún encendida.

Cuando me despierto, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Es un buen día. Las visitas no empiezan hasta la 1:00, así que tengo tiempo para hacer la cama, lavarme la cara, cepillarme los dientes y luego sentarme en mi escritorio a escribirle una carta de amor. Quiero que sepa lo agradecido que estoy de que haya volado desde Oregón para cogerme de la mano bajo las duras luces de la sala de visitas de una prisión de Nueva Jersey.

Guardo el papel y los libros de mi escritorio en mi taquilla. Sentado en mi colchón, me ato los cordones de las zapatillas, me levanto, aliso las arrugas de la cama y miro a mi alrededor para asegurarme de que todo está en su sitio, por si los guardias entran para hacer una inspección sorpresa de la celda. No puedo dejar nada a la vista sin arriesgarme a perder mi habitación para dos personas; una inspección fallida me devolvería a una habitación para doce personas. Con una última mirada para asegurarme de que dejo la habitación en perfectas condiciones, cierro la puerta y salgo a hacer ejercicio temprano.

Corro ocho millas, observando cómo el viento agita las hojas de los arces en oleadas. Caen sobre la hierba en diferentes tonos de amarillo y naranja. Estos mismos árboles estaban en plena floración primaveral cuando Carole comenzó a escribir mi manuscrito, About Prison. En junio estaba escribiendo mi segundo manuscrito, Profiles From Prison, y comenzó nuestro romance. Al final del verano nos prometimos amor eterno. Pero hasta hoy todo ha sido correspondencia y llamadas telefónicas.

Miro mi reloj y supongo que su avión ya habrá aterrizado. Ha alquilado un coche y está a solo unas horas de la cruda realidad de mi mundo. Verá las vallas con alambre de púas, los puestos de control con guardias armados y uniformados. Me pregunto cómo reaccionará ante los detectores de metales, la condena burocrática, las numerosas nor-

mas y los formularios que deben rellenar los visitantes de las prisiones federales.

Después de correr, hago flexiones. Cuando termino Bob sale a dar su paseo. «¡Así que hoy es tu día!». Sonríe animado, feliz por mí.

«Llegará a la una». Me levanto y me sacudo el polvo de las manos.

«¿Te quedarás hasta que termine la visita?».

«Ese es el plan».

«De acuerdo, entonces. Te esperaré cuando salgas. Daremos unas vueltas y me contarás cómo ha ido todo».

«Nos vemos entonces», prometo.

Vuelvo a mi celda, me ducho, me afeito con una cuchilla nueva de doble hoja y me pongo ropa limpia. Pancho, mi amigo del pasillo, me ha planchado los pantalones y me ha lustrado los zapatos a cambio de tres latas de atún. La ropa cuelga de la pared. Como aún quedan unas horas para la visita, cojo A Long Walk to Freedom, la biografía que describe su miserable e injusta período de varias décadas en una prisión africana.

Pongo el libro sobre mi pecho y dejo dejé que mi mente divagara. El amor de Carole me ha dado esperanza para una vida que la mayoría de los hombres dan por sentada. Cuando es casi la una, me levanto para cambiarme.

Mi corazón late más rápido cuando oigo que llaman mi nombre, y cruzo el recinto, paso por las puertas y me dirijo a la sala de visitas. El guardia tarda mucho en abrir la puerta después de que pulso el botón, lo que me frustra porque pierdo minutos que podría compartir con Carole.

Después de meses de espera, por fin está aquí, al otro lado de esta pared. Han pasado 28 años desde que jugué por primera vez al kick-ball con ella en quinto curso y 20 años desde que nos graduamos en el instituto.

El guardia abre la puerta. «¿Nombre y número?».

«Santos, 16377-004», respondo, entregándole mi tarjeta de identificación roja.

«Te llamamos hace 15 minutos. ¿Dónde has estado?».

«Aquí mismo. Pulsé el botón», respondo, reprimiendo mi impaciencia e irritación.

«Vamos. Ya sabe cómo va esto».

Entro en la sala y me desnudo para que el guardia me registre. «¿Conoce las normas sobre el contacto físico?».

«Conozco las normas».

«Un beso al entrar y otro al salir».

«¿Puedo cogerle la mano?».

Él asiente con la cabeza. «Pero no te pongas demasiado juguetón. No quiero enviar a nadie a la unidad de seguridad especial hoy».

«Por supuesto que no».

Los guardias no se dan cuenta de cómo su insensibilidad deshumaniza a los presos.

«¿Qué has dicho?». Me desafía con su mirada.

«No importa». Ni siquiera un guardia de prisiones puede frenar mi entusiasmo hoy.

«¿Puedo entrar ya?».

«Que tengas una buena visita». Su expresión inexpresiva y su tono aún más inexpresivo contradicen sus buenos deseos. La expectación por una cita a ciegas con una mujer a la que ya amo hace que la adrenalina corra por mis venas mientras abro la puerta y entro. Recorro con la mirada los rostros y veo a Carole, lejos, sentada bajo una ventana protegida con una malla de hierro negro. Nuestras miradas se

cruzan y ella se levanta, sonriendo radiante. Manteniendo su mirada, zigzagueo por un laberinto de sillas de plástico granate, acordándome justo a tiempo de dejar mi tarjeta de identificación al guardia que maneja el sistema de vigilancia por ordenador.

Carole está preciosa con vaqueros vaqueros , tacones negrosy un jersey de punto beige. Su larga melena rubia le cae por debajo de los hombros. Segundos después está en mis brazos, dando la bienvenida a mi abrazo. yo no puedo creer que la estoy la estoy abrazando.

«Déjame mirarte», la respiro.

Ella sonríe, y en sus brillantes ojos color avellana veo el amor que siente por mí.

«Solo podemos besarnos una vez, los guardias están mirando», le susurro, queriendo recordar este momento con su cuerpo pegado al mío.

Inclino la cabeza hacia la derecha y me inclino para encontrar sus labios mientras ella se inclina hacia mí. Con mis manos en su espalda, siento el calor de su piel a través de la ropa. Su corazón late rápido y acojo su lengua, la sensación desconocida de sus pechos presionados contra mi pecho y el arco femenino de sus caderas delgadas. Despierta al hombre que hay en mí, como si estuviera sintiendo a una mujer por primera vez. No me importan los otros 50 visitantes que hay en la sala y la beso todo lo que puedo, aunque soy consciente de la presencia de los guardias, sabiendo que me humillarán gritando mi nombre y advirtiéndome si no la suelto.

«Sentémonos», le digo.

«Abrázame un segundo más». Ella apoya su mejilla contra la mía. «Te quiero».

Estoy tan agradecido de que ella esté en mi vida y le aseguro mi amor. Nos sentamos uno al lado del otro, cogidos de la mano, entrelazando nuestros dedos, y la miro a los ojos. Después de tantos años viviendo en prisión, me siento increíblemente afortunado de tenerla

conmigo. Cuando ella desvía la mirada y baja la vista, le levanto la barbilla con el dedo índice. «Quiero mirarte a la cara».

«¿Por qué?», pregunta nerviosa, con la mejilla temblando.

«Porque eres hermosa y necesito memorizar cada curva de tu rostro. ¿Por qué estás tan nerviosa?».

«No puedo evitarlo», admite, apretándome las manos. «Estoy simplemente feliz de estar aquí».

«¿No te molestaron las vallas y el alambre de púas?». Sé lo inquietantes que pueden parecen al principio.

«Lo único que me molesta es no poder llevarte a casa conmigo. Si este es tu lugar, este es el mío», promete, y veo la sinceridad en sus ojos.

«Quiero besarte otra vez», le digo. Las preocupaciones de que la realidad de la prisión pudiera abrumarla comienzan a disiparse tras la afirmación de Carole.

«Pues bésame», dice suavemente, sonriendo.

«No podemos. Los guardias que están sentados en la plataforma nos me una infracción disciplinaria si te vuelvo a besar».

«No nos están mirando».

«Sí, lo hacen. Esas burbujas negras en el techo son cámaras, y los guardias tienen varios monitores en su escritorio. Se sientan allí con un joystick, moviendo las cámaras por la sala. Si me pillan besándote otra vez, darán por terminada nuestra visita».

Carole mira a su alrededor, asimilando la severidad de la sala. Un guardia con el uniforme estándar de la BOP camina por los pasillos, con la mirada recorriendo la sala. «No lo entiendo», dice ella. «¿Por qué les importaría que me besaras?».

«Esos manuscritos que has estado escribiendo para mí no son ficción. En la cárcel la prioridad es la seguridad, y consideran que los

besos son una amenaza para la seguridad . Esto es mi vida durante 11 años más».

«No cumplirás 11 años más».

«Sí que lo haré, cariño». Le aparto un mechón de pelo de la cara. «Ya he cumplido 15 y cumpliré 11 más».

«Entonces les serviré con usted».

«No sabes lo que estás diciendo».

"Sí que sé lo que digo. Mi amor por ti es el amor de una mujer, Michael, no el enamoramiento de una niña.. Cumpliré esta condena contigo, cueste lo que cueste».

«Veamos cómo te sientes el lunes, después de nuestra última visita».

«No será nuestra última visita. Volveré». En esas primeras horas juntos, le cuento a Carole cómo paso cada día, describiéndole cuándo me levanto, cómo hago ejercicio y dónde me ducho. Con usando mi dedo como puntero sobre su rodilla, dibujo un diagrama, mostrándole la distribución de mi habitación, dónde guardo mis pertenencias, incluso a qué distancia del baño comunitario me encuentro. Le hablo de mis amigos, Bob y Geoff. Respondo a sus preguntas sobre cómo pienso ganarme la vida después de mi liberación, explicándole que escribiré sobre mi experiencia en prisión, asesoraré a personas que se enfrentan a retos con el sistema de justicia penal y hablaré sobre cómo otros pueden emplear estrategias eficaces para superar los retos a los que se enfrentan.

Carole no me quita los ojos de encima mientras hablo y escucha atentamente, haciendo preguntas perspicaces, como si el sistema penitenciario me causará algún problema cuando los libros que he escrito salgan al mercado.

Le explico las razones por las que no preveo ningún problema disciplinario como consecuencia de escribir libros mientras cumplo el resto de mi condena. «Una política dice que no puedo dirigir un negocio,

así que no lo hago. Otra política establece que la BOP anima a los presos a escribir manuscritos y les autoriza a enviarlos por correo sin interferencia del personal. Una vez que envío mis manuscritos, ya no son míos. Asigno los derechos de autor a Julie, o a mi madre».

«¿Pero tu nombre aparece en el libro?».

«Soy el autor, pero no recibo ningún dinero por mi trabajo».

«Sin embargo, tu familia está recibiendo el dinero y lo está guardando para cuando salgas. ¿No es eso un problema?».

«Aunque otros puedan recibir pagos por derechos de autor, yo diría que, como no tengo derecho al dinero, estoy dentro de las normas. Al fin y al cabo, si mi madre o mi hermana deciden quedarse con los pagos que reciben, no tendría motivos para cuestionárselo. Ellas pagan impuestos por ello, no yo. Pero incluso si la prisión me acusara de una infracción disciplinaria, no me importaría. Es mi responsabilidad prepararme para el futuro y estoy orgulloso de mi trabajo. Estoy decidido a salir de aquí estable e independiente».

«Quiero ayudarte».

«Ya me estás ayudando. Sin ti, no habría podido convertir mis manuscritos a archivos digitales. Me ayudas inspirándome a trabajar más duro. Desde que comenzó mi condena, me he estado preparando para ti. Te traje a mi vida con mi voluntad».

«No. Quiero decir que quiero ayudarte más. Quiero mi vida contigo. Quiero crecer contigo. Quiero sacarte de aquí». Me aprieta la mano para enfatizar su promesa.

«Cariño, no perdamos el tiempo con cosas que están fuera de nuestro control, como mi liberación anticipada. Centrémonos en cómo podemos prepararnos mejor para los retos a los que nos enfrentaremos cuando salga».

«Entonces quiero ayudarte con eso. ¿Qué podemos hacer juntos?».

******

Cinco días extraordinarios con Carole nos llevaron a hacer planes preliminares para el resto de nuestras vidas. Nos comprometemos a construir nuestra relación, creciendo juntos a través de los loss queestoy seguro de que vendrán porque de mi encarcelamiento. Carole quiere casarse conmigo ahora, pero le explico las razones por las que debería entender mejor el control que el sistema penitenciario ejerce sobre mi vida antes de precipitarse al matrimonio. Aunque quiero casarme con ella, creo que es necesario que se prepare para los implacables controles del sistema penitenciario y la tensión que esto supone para las familias. Su amor me reconforta, me inspira y me da un sentido de pertenencia. Tanto si nos casamos ahora como si no, ya no estoy solo. Miro fijamente las paredes, tratando de pensar en formas de poder mantenerla. Aspiro a vivir como un compañero digno para ella mientras cumplo el resto de mi condena.

Carole regresa a Oregón, dejándome con un dolor en el corazón. Quiero abrazarla y besarla. Oufísico La separación me deja desolado. y anhelo. Escribirle cada día no es suficiente, pero las palabras en una página son todo lo que tengo mientras ella no está.

A pesar de que yo quiera con ella, me preocupan mucho las finanzas y mi capacidad para mantenerla. Aunque todavía tengo acciones que podría liquidar para obtener dinero en efectivo, He estado contando con ese capital para ayudarme a empezar mi vida cuando salga de prisión.

La amo, pero no me hago ilusiones sobre los retos a los que me enfrentaré con otra década de prisión por delante. Carole no tiene los recursos para mudarse a Nueva Jersey, y no sé cómo los conseguiré desde dentro de estos límites. Al igual que yo, tiene 38 años y está divorciada, pero no estaríamos solos. Tiene dos hijos: Michael, de 13 años, y Nichole, de 11. Aunque Michael vive con su padre, trasladar a Carole a Nueva Jersey significaría llevar también a Nichole. No sé cómo podría asumir esta responsabilidad..

Me recuesto en la silla, me paso los dedos por el pelo y pienso en ella mientras miro las fotos que tenemos juntos en la sala de visitas. Aunque estoy seguro de que puedo afrontar los retos de cumplir otra

década en prisión, dvoto electrónico mi vida a Carole significa Voy a complicar las cosas. resto de mi viaje–aunque sea en formas magníficas. Cuando me liberen Los dos tendremos 49 años., pero Quiero empezar mi vida con ella ahora mismo.. Tengo que averiguar cómo generar esuficiente recursos para apoyarla.

La única forma que conozco de ganar dinero es escribiendo, así que invito a Carole a unirse a mí para poner en marcha una iniciativa con el fin de uso el conocimiento que tengo gadquirido en prisión. Ella acepta con entusiasmo y pregunta cómo lo haremos. Le explico que puede starta una editorial; lo hará producir y distribuir libros Yo escribo que describen el sistema de justicia penal desde la perspectiva de un hombre que lo está viviendo. Con nuestros esfuerzos, esperamos generar unos ingresos sostenibles que nos permitan mantenerla a ella y a Nichole, al tiempo que ofrecemos orientación a las personas que lo necesitan.

******

Después de que dos guardias abren mi puerta para el recuento del censo de las 3:00 a. m. y pasan, echo hacia atrás las mantas y get Salgo de la cama. Es hora de ponerse a trabajar. Emmanuel, mi compañero de habitación, sigue durmiendo profundamente, así que me mantengo en silencio. He hecho agujeros en pelotas de tenis y las he deslizado... tdobladillo en las patas de mi silla plegable de metal para que no haga ruido cuando me siento en el escritorio. Llevo puesto un chándal y calcetines., con solo mis dos luces de lectura iluminando la página mientras trabajo en silencio en la oscuridad.

Desde que comenzó esto publicación proyecto, mi objetivo ha sido escribir 15 páginas de contenido cada día. Es un trabajo que requiere una estrategia disciplinada. Yo mail las páginas que le escribo a Carole cada noche. Al recibir las páginas escritas a mano, Carole las mecanografía y me las devuelve. a doble espacio, listo para editar. Nosotros... re un equipo de campo a través, socios en el esfuerzo por recaudar fondos para ella. mudarnos a Nueva Jersey. Al ritmo que vamos, vamos

adelantados.. El manuscrito debería estar terminado en el plazo de un mes.

Esta noche, mientras utilizo un bolígrafo azul para editar las páginas que Carole me ha devuelto, mi amigo Geoff yace sespinal sobre el suelo de mi habitación. Geoff es un cardiólogo urbano. sservir una condena de 36 meses por el delito de tratar a personas pobres en su clínica y facturar a Medicaid por medicamentos y pruebas de laboratorio. que no eranNo cubierto. Durante 30 años ha sido propietario de su clínica médica en el Upper East Side y del edificio donde se encuentra. Nos hemos hecho buenos amigos. Geoffde de unos 65 años, pero su diario disciplina over dieta y ejercicio habilitarlo para mantener un alto nivel de forma física. De hecho, el ejercicio físico es una prioridad para Geoff, y como disfruto de su compañía, le ofrezco mi piso para que lo utilice. Cada noche dedica una hora a trabajar los músculos abdominales, con una combinación de elevaciones y extensiones de piernas que realiza de forma metódica y sin esfuerzo. Normalmente, lee al mismo tiempo su querido New York Times o literatura clásica, devorando libros de Tolstói, Hugo y Joyce. Pero esta noche Geoff está molesto y quiere hablar. Dejo mi bolígrafo para escucharle.

Mientras está tumbado boca arriba, mantiene las piernas estiradas a quince centímetros del suelo y me cuenta los problemas económicos que tiene su clínica. Antes de entregarse para cumplir su condena en Fort Dix, Geoff le dio a su gerente, Ted, la autoridad para dirigir su clínica. Debido a la mala gestión de Ted, o posiblemente a un fraude, Geoff me cuenta que está perdiendo 20 000 dólares al mes.

«¿Por qué no cierras la clínica?», le sugiero.

«No puedo simplemente cerrarla. Tengo contratados a otros tres cardiólogos, un internista y varias enfermeras. La clínica atiende a más de 50 pacientes al día», explica mientras levanta las piernas más alto, a un palmo del suelo, y las mantiene firmes.

«Entonces, ¿por qué no vender la consulta a los médicos? Ya has trabajado lo suficiente. Podrías alquilarles el local y dejarles a ellos los

quebraderos de cabeza. Para cuando termines esta frase, ya tendrás casi 70 años. Podrías jubilarte».

«He pensado en vender. El problema es que no tengo forma de comunicarme desde aquí. Estoy totalmente desinformado mientras cumplo esta condena. Lo único que recibo son mensajes de que Ted necesita más dinero para pagar las nóminas».

«¿La clínica estaba perdiendo dinero cuando usted llegó?».

«No. En lugar de costarme dinero, debería estar ganando entre 20 000 y 30 000 al mes. Ted está haciendo mal la facturación, o algo así».

«¿Sabes lo que necesitas?» Tengo una idea.

«¿Qué es eso?»

«Un informante de la oficina, alguien que pueda contarte lo que está pasando».

«Tienes toda la razón».

«¿Por qué no contratas a Carole?»

«¿Quién, tu Carole?»

«Podría trabajar en tu oficina, luego venir a visitarnos aquí y contarte lo que está pasando».

«¿Es abogada?».

«No, ¿por qué?».

«Bueno, me vendría bien un abogado para resolver el lío de la facturación». Levanta las piernas más alto, a 45 centímetros del suelo. «Además, ¿cómo vendría a visitarnos a los dos si no es abogada?».

«Ella puede visitarme a mí y tú puedes traer a otra persona para que te visite. Nos sentaremos uno al lado del otro en la sala de visitas y ella te contará lo que ve que está pasando en tu oficina. Al menos así lo sabrías».

«¿Crees que estaría dispuesta a venir a Nueva York?».

«Puedo preguntárselo».

«¿Cuánto querría ganar?».

«Tendría que ganar lo suficiente para vivir».

«Vivir en el Upper East Side de Nueva York no es lo mismo que vivir en Oregón».

«¿Cuánto cuesta alquilar un apartamento cerca de tu oficina?».

«Demasiado. Pero tengo un apartamento vacío en la ciudad y un coche que ella puede conducir. Puede usar el apartamento y el coche, y yo le pagaré 2000 dólares al mes. ¿Te parece justo?».

«La llamaré y le preguntaré».

Mientras Geoff sigue haciendo elevaciones de piernas en el suelo, salgo corriendo de mi habitación para asegurarme un lugar en la fila para usar el teléfono. Cuando ella responde, la pregunta sale de mi boca antes de que pueda preguntarle cómo le ha ido el día.

«¿Te mudarías a Nueva York si te consiguiera un apartamento, un coche y un trabajo por el que te pagarían 2000 dólares al mes?».

No lo duda y dice que sí. «¿Qué tipo de trabajo?».

«¿Recuerdas que te hablé de mi amigo que es médico?».

«Sí».

«Necesita a alguien para la oficina, alguien que se encargue de todo y le informe».

«Puedo hacerlo. ¿Con qué frecuencia podríamos vernos?».

«Todas las semanas. Solo estamos a una hora de distancia. ¿Cuándo podrías venir?».

«Estoy listo para irme en cuanto haya una vacante».

«¿Y Nichole?».

«Ella vendrá conmigo».

******

La desesperación de Geoff por resolver su crisis en la oficina precipita su decisión de contratar a Carole en el acto. Necesita información. Las personas en las que confía le están robando y gestionando mal un negocio que él ha tardado toda una vida en construir. Como preso, no tiene acceso a la información que necesita sobre las actividades diarias de su clínica. El sistema penitenciario limita a cada preso a 300 minutos de uso del teléfono al mes, lo que no es suficiente para un hombre como Geoff, que tiene intereses comerciales. En un esfuerzo por controlar la situación, paga los gastos de Carole para que se traslade a Nueva York.

Hacemos los preparativos rápidamente, ya que Geoff quiere que Carole empiece de inmediato. Yo coordino el acuerdo para Carole, pero le encargo la difícil tarea de coordinar la complicada mudanza a través del país por su cuenta.

No tengo ninguna responsabilidad fuera de los límites de la prisión y tengo suficiente dinero en el banco para cubrir mis gastos iniciales cuando salga en libertad. Después de 15 años, he superado los retos que mira otros presos en fracaso. Sin embargo, al trasladar a Carole a Nueva York, IEstoy Asumiendo conscientemente la responsabilidad por ella y Nichole, su hija de 11 años.. Mi credibilidad con mi familia y mis mentores, que creen en mi criterio. estará en juego, y tal vez también la estabilidad que tanto me ha costado crear.. Aun así, estoy seguro de que juntos lo conseguiremos.

«Cariño», le advierto por teléfono, «tú...». debería prepárate fo la respuesta de otras personas a our planesLa gente va a pensar que estás loco.

"Ya lo hacen, pero no me importa lo que los demás piensen o digan de mí. Te quiero, Michael. No me voy a quedar en Oregón mientras el

hombre al que amo está en Nueva Jersey. Necesito estar cerca para que podamos vernos tan a menudo como lo permitan las normas.

«Cariño, necesito estar segura de que entiendes perfectamente mi situación. Te quiero y estoy...Soy el hombre más afortunado del mundo por tener tu amor. Pero me quedan once años más de servicio y no tengo ninguna certeza sobre mis ingresos. No puedo hacer más que conseguir este trabajo con Geoff. Tienes que make Haz este movimiento por tu cuenta, sin mi ayuda.

«¿Quieres que vaya?»

"Sí, mmás que nada. BuEstoy acostumbrado a la vida en prisión. Me preocupa si podrás soportarlo. ¿Estás seguro de que lo has pensado bien? ta través de qué 11 años más de la prisión ¿Qué significa?"«Si te condenaran a cadena perpetua, yo seguiría eligiéndote. Eres el único hombre con el que quiero compartir mi vida». Su firme y inquebrantable dedicación me convence de que juntos podemos triunfar.

«¿Y tu familia, tus padres?»

«Te elijo a ti, Michael. Haré lo que sea necesario para que esta relación funcione. IEstoy totalmente de acuerdo.."

Nuestras conversaciones y cartas profundizan mi compromiso. Quiero darle todo lo que tengo y compartir todo lo que soy y todo lo que llegaré a ser. Carole ccerteza y el resplandor me calientan como la luz del sol, sacando a relucir mi humanidad. Abrazó la alegría. y sensación de satisfacción que vienens por amarla.

Mis amigos y familiares se preocupan porque piensan que estoy cegado por el amor, que he perdido el enfoque y que me estoy preparando para un fracaso.

«¿Y cuándo volverás a casa, Michael?», insiste mi hermana Julie, preocupada porque creo que no lo he pensado bien. «¿Cómo puedes estar seguro de que es la mujer con la que quieres pasar el resto de tu vida?».

«Porque la amo».

«Pero, ¿cómo vas a cuidar de ella?».

«Crearemos nuestra vida juntos. Yo puedo ayudarla, igual que ella me está ayudando a mí».

«¿Y tu futuro? ¿Vas a vender el resto de tu cartera de acciones? ¿Has pensado en lo que significará volver a casa sin un centavo? Tim y yo queremos ayudarte, pero no podemos mantener a otra familia».

«No voy a vender las acciones. Carole tiene un trabajo esperándola en Nueva York y yo estoy escribiendo un nuevo libro para que ella lo venda. Confías en mí, ¿verdad?».

«Por supuesto».

«Julie, no voy a meterme en esto a ciegas. Carole makes todo en mi vida es mejor y quiero construir mi vida a su alrededor. Con ella no soy un prisionero, soy un hombre, y juntos podemos hacer que esto funcione».

«Eres un hombre, pero sigues siendo un prisionero. No le hagas daño, Michael. Ella no sabe nada de lo que se está metiendo».

«Nunca le haré daño».

Mis mentores más cercanos, Bruce McPherson y Carol Zachary, también expresan su preocupación por este cambio que estoy introduciendo en mi vida, y también en la de Carole y Nichole. Lo entiendo. El entorno pernicioso y tóxico de la prisión destroza a las familias y pisotea las relaciones hasta reducirlos a polvo. Pero sé que podemos lograrlo. Estoy decidido a hacer lo que sea necesario, sin importar las adversidades que se nos presenten. Quiero su amor y estoy dispuesto a soportar cualquier dificultad que ello conlleve. Espero que Carole también pueda hacerlo.

******

Esas dificultades comienzan a manifestarse a finales de diciembre, una semana antes de la llegada prevista de Carole. Geoff viene a mi habitación para compartir una noticia inesperada.

«Me van a trasladar», me dice.

«¿Qué? ¿A dónde?».

«Me envían al programa de drogas del lado oeste».

Geoff seguirá estando en Fort Dix, pero su traslado al otro complejo cortará por completo nuestra capacidad de comunicarnos.

«Carole ya ha enviado sus cosas con la empresa de mudanzas. No puedo revertir su traslado».

«Lo sé, y sigo queriendo que trabaje en la oficina».

«Pero no podremos visitarnos juntos».

«¿No puede ¿Me visitas allí?

Me encojo de hombros, sin saber qué permitirán los guardias. «Puedes intentar incluirla en tu lista de visitas, pero es posible que no la dejen entrar».

«Entonces puede escribir. Mira, esto es un desastre y no hay nada que podamos hacer al respecto. Tengo que salir de aquí en una hora. Cuando llegue, haz que vaya a la oficina. Ted le dará las llaves del apartamento y del coche. Ya resolveremos los detalles una vez que se haya instalado».

Cuando llamo a Carole para contarle lo del traslado de Geoff, ella no lo duda. «Lo haremos funcionar. Seguiré fponerlo al tanto ¿Qué es? acontecimiento en hes oficina, y me ocuparé de todo lo que necesite».

Admiro su optimismo, su compromiso y su valentía. Mi determinación es igual a la suya. Pero la suya está cargada con un alto grado de riesgoHablamos sobre la logística de su mudanza y sobre cómo coordinar la entrega de sus pertenencias al apartamento vacío de Geoff. Estas tareas cotidianas me dan energía.. FPor primera vez formo parte de una familia y disfruto de la sensación de pertenencia. Ahorramos dos minutos de mi asignación mensual de llamadas telefónicas, ya que quiero llamarla después de que aterrice su vuelo. Tenemos previsto vi-

sitarnos la mañana después de Año Nuevo de 2003, cuando conoceré a Nichole por primera vez.

******

Son más de las seis de la tarde del día de Nochevieja y estoy en mi escritorio, intentando calmar mis nervios escribiendo. He gastado los dos últimos minutos de teléfono de mi asignación de diciembre después de que aterrizara el avión de Carole y no recibiré mi próxima asignación de tiempo de teléfono o visitas hasta mañana, cuando comience el nuevo mes. Las restricciones penitenciarias impiden todo contacto con Carole, que me deja cCompletamente en la oscuridad sobre su mudanza. Yo me mantengo firme., nerviosamente caminar de un lado a otro. My viejo amigo Windward cme viene a la mente–solía Me vuelve loco con sus idas y venidas. Eso fue hace más de una década., en USP Atlanta.

Tsu ansiedad es nuevo para mí. I No puedo ayudarla con esto a campo traviesa transición a una nueva ciudad. Al menos Mañana tendré nuevos minutos en el teléfono. WPodremos hablar., pero nosotros todavía No podré visitarte hasta dentro de dos días. Las prisiones no son lugares aptos para las familias.

Mientras trabajaba en silencio worries, escucho una página inesperada.

«Michael Santos. Preséntese en la sala de visitas».

IEs mi nombre Me llaman por megafonía, pero como ya he agotado mis privilegios de visita para este mes, me siento confundido mientras camino hacia la sala de visitas.

Veo al guardia en la puerta de la sala de visitas y le pido que me confirme que me ha llamado.

«Has oído tu nombre, ¿verdad?».

«Sí».

«Bueno, ¿no has estado aquí el tiempo suficiente como para saber lo que eso significa? ¡Desnúdate!».

Me quito la ropa para el ritual de registro. El guardia me autoriza a entrar en la sala de visitas y veo que está llena. Camino entre la multitud hasta la plataforma del guardia y, mientras le entrego mi documento de identidad, veo a Carole. Lleva un abrigo azul de lana que le llega hasta los pies y una bufanda de cachemira rosa pálido alrededor del cuello. Está obviamente angustiada. Cuando me acerco a ella, se dirige rápidamente hacia mí y me abraza, llorando. Esconde la cara en mi cuello y yo la abrazo.

«Cariño, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?». Me abraza con más fuerza.

«¿Qué pasa? Háblame», le repito con urgencia, en voz baja. Le pongo las manos en las mejillas y le levanto la cabeza para besarle las lágrimas. «¿Qué te pasa?».

Ella solloza, pero entre sollozos la oigo decir: «Sin coche, sin apartamento, sin trabajo». Sigue llorando y la abrazo con fuerza.

«Cuéntame qué ha pasado». Quiero ayudarla y, de repente, siento el peso que supone aceptar esta responsabilidad del amor.

Respira hondo para estabilizar su voz antes de hablar. «Es Ted, el gerente comercial de Geoff. Dice que él controla la práctica de Geoff». He se niega a darme acceso a la oficina, y él es negándose a darme las llaves del apartamento y del coche que se supone que debo usar. Estoy aquí con Nichole, todas mis pertenencias están en un camión de mudanzas de camino aquí, y no sé qué hacer».

Respiro profundamente, necesito tranquilizarla antes de hacerle preguntas. La acerco a mí, le rodeo los hombros con el brazo y caminamos hacia un par de plástico morado Sillas en la parte trasera de la sala de visitas. Nos sentamos y nos cogemos de la mano. Es el único consuelo que puedo ofrecerle bajo la atenta mirada de las cámaras y los guardias. Ella suspira, exhalando con un largo suspiro mientras apoya la cabeza en mi hombro, y siento cómo se relaja contra mí.

«No te preocupes, cariño, yo te cuidaré». Le beso las mejillas, arriesgándome a que, en una sala tan llena de gente, los guardias no se den cuenta. «Tengo suficiente dinero para ayudarte a instalarte».

«Dijiste que nunca venderías las acciones», dice ella, levantando la cabeza de mi hombro para mirarme.

«Sé lo que dije, pero tú eres más importante para mí que cualquier acción. Por supuesto que las venderé. Te quiero, Carole. Haré cualquier cosa por ti». Su cabeza vuelve a recostarse sobre mi hombro y saboreo la sensación de su pesoreposando sobre mí.

«Te lo devolveré», promete.

Me río ante su promesa y luego le pregunto dónde se aloja. «¿Has conseguido una habitación de hotel en Nueva York?».

«Nos fuimos de Nueva York cuando Ted se negó a darme las llaves del apartamento. Todavía tengo mi coche de alquiler, así que conduje hasta aquí y nos registré en un hotel que está más cerca. Nichole está allí ahora. Está viendo una película hasta que yo vuelva».

Me tranquiliza que Carole haya venido a Nueva Jersey. Aquí es mucho más barato y wTendremos que tener cuidado con nuestro dinero.. Acaricio sus manos y aprecio lo suaves y femeninas que se sienten dentro de las mías.

«¿Quieres quedarte en Nueva Jersey o prefieres volver a Oregón?»

«Me quedaré contigo». Su voz, que hacía un momento temblaba, de repente se vuelve firme.

«De acuerdo, cariño. Eso es lo que yo también quiero. Haremos un plan y juntos... make Funciona. Te quiero.

«Te quiero mucho». Me besa con ternura.

«Cariño, no podemos besarnos más», le advierto, consciente de la presencia de los guardias. «Cuéntame cómo has entrado aquí. No tenía ninguna visita». ppuntos se fue por un mes.

«Lo sé. He estado llamando aquí todo el día y le he dicho al jefe de tu unidad que era una emergencia, pero no me dejaba hablar contigo. Decidí venir en coche e intentar convencerlos. Menos mal que el agente Cruz estaba de servicio. Debió de creerme cuando le dije que tenía que verte. Cambió algo en el ordenador y aquí estoy. Creo que le preocupaba que fuera a romper a llorar delante de él».

«¿Ves? Te dije que Dios me había estado protegiendo durante este viaje. Ahora te está protegiendo a ti. Y aunque muchas personas que trabajan para el sistema penitenciario complican las cosas, algunas son amables».

«Sí, fue muy amable. Le estoy muy agradecida, porque realmente necesitaba verle, y quiero volver mañana también».

«Mañana es Año Nuevo, cariño. Las visitas durante las fiestas nos cuestan el doble de mi asignación mensual. Esperemos hasta pasado mañana para visitarlo. Las normas me limitan a un máximo de 30 horas en la sala de visitas al mes y no podemos desperdiciarlas». Va a recibir un curso intensivo sobre las complicaciones de mi encarcelamiento.

«¡Michael, necesito verte! Tenemos que hacer un plan».

«Está bien», cedo. «Puedes venir durante una hora, pero nos costará dos horas de mi asignación mensual de 30». puntos."

«Traeré a Nichole».

******

Hace frío. Mi chaqueta verde y mi gorro de punto naranja no son suficientes para evitar que tiemble cuando salgo de la sala de visitas. Quizás tiemblo más por la preocupación que por las gélidas temperaturas de diciembre. Puedo soportar el frío, pero mientras cruzo la ncamino sin nombre que conduce a mi vivienda, me doy cuenta por primera vez en 38 años de que la economía local es relevante para mi vida.

Como tEl presidente intenta empujarnos a una segunda guerra en Irak, los periódicos han estado informando sobre las altas tasas de desempleo. Esto no me preocupaba hasta hace una hora. Pero he traído a Carole. haquí, a miles de kilómetros de distancia de sus amigos y familiares, por una promesa. La promesa fracasó. Ahora dos vidas dependen de mi capacidad para proporcionarle estabilidad, y de repente los 11 años de prisión que me esperan me parecen más pesados..«Oye, he oído que te han llamado para que vayas a visitarlos». Bob Me alcanza, su tono revela curiosidad. «Creía que habías dicho que no te quedaban puntos».

«Sí. Carole se las ingenió para entrar».

«Vaya, estoy impresionado. Sería más fácil convencerlos con palabras. Debe de haberlos cautivado, pero eso es como cautivar a una serpiente de cascabel. ¿Cómo va su mudanza?».

«Todo se ha descarrilado. El gerente comercial de Geoff se niega a darle a Carole el trabajo, el apartamento o el coche. Ella está desamparada y todas sus cosas están embaladas en un camión de mudanzas que se supone que llegará a Nueva York la semana que viene».

«Vaya». Damos unos pasos con solo el sonido de la grava crujiendo y el viento aullando entre nosotros. «¿Cómo puedo ayudarte?».

«Yo me encargaré de eso. Mi hermana está en Hawái de vacaciones, pero cuando vuelva, le pediré que venda suficientes acciones para enviarle a Carole el dinero que necesita para liquidar la deuda».

«Podría conseguirle unos cuantos miles para que le ayuden a salir del paso, si eso le sirve de ayuda».

«Gracias. Te agradezco la oferta, pero yo la metí en este lío. Yo la sacaré».

«Bueno, avísame si necesitas algo». Bob es un buen amigo, dispuesto a prestarme dinero a pesar de que ambos estamos en prisión. Le agradezco el gesto.

Entro en la unidad de alojamiento y busco a Richard, un joven delincuente al que entrevisté recientemente para un artículo que escribí. Mientras hablo con él, recuerdo que Richard me contó que su esposa vivía a solo unos kilómetros de la prisión. Ella tenía dificultades económicas, como muchas familias de presos, debido al encarcelamiento de su marido. Él está sentado en las escaleras, encorvado, con los codos apoyados en las rodillas.

«¿Qué te preocupa?», le pregunto.

Me mira y se quita las gafas, frotándose los ojos. «Las vacaciones. Echo de menos a mi mujer y a mi hijo».

«Eso es lo que vine a preguntarte. ¿Crees que tu esposa querría un compañero de piso?».

«¿Qué quieres decir?»

«Estoy en un aprieto. Mi prometida y su hija acaban de mudarse aquí desde Oregón. Pensaban que tenían un apartamento, pero los planes no salieron bien. Necesito ayudarla a encontrar un nuevo lugar y pensé en ti. A tu esposa probablemente le vendría bien el dinero, y podrían apoyarse mutuamente».

Se vuelve a poner las gafas. «Eso podría ser de gran ayuda. ¿Qué edad tiene la hija de su prometida?».

«Once».

«Ahora estoy haciendo cola para usar el teléfono. Pasaré por tu habitación después de hablar con mi esposa».

******

Cuando entro en la sala de visitas la mañana de Año Nuevo, la gran sala parece vacía. Aprecio el relativo silencio. Aparte del zumbido de la máquina expendedora, no hay nada más que nos distraiga. Carole y su hija están sentadas una al lado de la otra en las sillas de plástico granates.

Carole está preciosa con su abrigo de lana gruesa, y su largo cabello rubio contrasta maravillosamente con el azul marino. Se levanta para saludarme cuando me acerco a ella.

Nichole está sentada tranquilamente, sin mostrar la angustia que veo en su madre. A sus 11 años, se parece a Carole, pero con el pelo oscuro rizado en ondas naturales alrededor de su cara en forma de corazón. Unas ligeras pecas salpican el puente de su nariz. Her Unos ojos azul avellana me miran directamente a los míos mientras me arrodillo frente a su silla y la saludo. «Tú debes de ser Nichole. Yo soy Michael, y estoy muy contento de conocerte».

«Hola, Michael. Este lugar es enorme».

«Sí, y tenemos suerte de que aún no esté lleno de gente», digo con una sonrisa.

«Nichole, cariño», dice Carole. «Solo vamos a estar aquí una hora. ¿Por qué no te compras un chocolate caliente en la máquina expendedora y luego vas a ver qué hay en la zona infantil? Yo tengo que...». Habla con Michael.

«Pero yo también quiero hablar con él».

«Volveremos a visitarla dentro de un par de días», le digo. «Y si quieres, puedes sentarte con tu madre y conmigo todo el tiempo. ¿Te parece bien?».

Nichole asiente con la cabeza. Carole le da varias monedas de veinticinco centavos del monedero de plástico transparente que lleva para comprar comida en la máquina expendedora. Mientras Nichole se dirige hacia la zona infantil, bebiendo chocolate caliente, yo le cojo las manos a Carole y se las aprieto para tranquilizarla. «¿Has dormido bien?».

Respira profunda y lentamente, exhala y luego dice que ha dormido bien.

«Cariño, debería estar consolándote, pero no tenemos mucho tiempo. Como es festivo, cada hora que pasamos aquí hoy nos cuesta el

doble de nuestra asignación mensual de 30 horas. Tenemos que actuar rápido y necesitamos un plan, ¿de acuerdo?».

«Si se nos acaba el tiempo, creo que la oficina de Cruz me dejará entrar».

«Carole», le advierto, «esto...». is prisión. Puede que te dejara entrar anoche porque estaba solo y le diste pena. No podemos vivir al límite así. Tenemos que planificar nuestras visitas. El sistema lo controla todo y tenemos que salir adelante a pesar de ello».

«¿Qué quieres que haga?», pregunta ella, con los ojos llenos de lágrimas.

«Anoche dijiste que querías quedarte aquí. ¿Estás seguro?»

«Estoy completamente seguro».

«Bien, porque quiero que te quedes conmigo. Cada decisión que tomemos debe ser coherente con nuestro objetivo de proporcionarte estabilidad, y no va a ser fácil. Pero tenemos que comprometernos al 100 % para que funcione, por muy dolorosas que sean las decisiones».

«Ya tengo el periódico y estoy buscando apartamentos».

«Cariño, piénsalo bien. No conoces esta zona, ni las escuelas, ni el barrio, ni dónde vas a trabajar. ¿Cuánto crees que te costará alquilar un apartamento?».

«Supongo que unos 1000 dólares al mes, más o menos», responde ella.

«Para mudarte, necesitarás el primer mes, el último y una fianza. Luego necesitarás dinero para los servicios públicos y las necesidades básicas. Vas a gastar un mínimo de 5000 dólares para instalarte. No me parece un buen plan, sobre todo porque no sabes dónde vas a trabajar ni cuánto vas a ganar. Necesitamos estabilidad».

«¿Qué crees que debería hacer?».

«¿Recuerdas la historia que escribí sobre Richard, un chico que llegó aquí hace unos meses? Tú la escribiste a máquina para mí y la publicaste en la web».

Carole hace una pausa, tratando de recordar. «Vagamente. Me has enviado tantas historias...».

—La esposa de Richard vive a unos kilómetros de aquí, en Mount Holly. Tiene un niño pequeño y una casa de cuatro dormitorios. Anoche le pregunté a Richard si su esposa te alquilaría un par de habitaciones. Podrías mudarte hoy mismo y las dos podrían apoyarse mutuamente. Nichole tendría otra niña con quien jugar y tú podrías tomarte un respiro y orientarte.

«Michael, no puedo mudarme con un desconocido». Carole no ve el mérito de mi sugerencia.

«Carole, esto no va a ser fácil. Te voy a enviar 10 000 dólares. Ese dinero tiene que cubrir todos tus gastos hasta que empieces a ganar un sueldo. Necesitas instalarte. Necesitas un coche. Nichole tiene que volver al colegio la semana que viene. Esta señora puede ayudarte».

«Pero no la conozco, Michael. Me estás pidiendo que viva con una desconocida. No me preocupa mi situación, cariño. Tengo que pensar en el bienestar de Nichole».

La rodeo con el brazo y la atraigo hacia mí. «¿Confías en mí?».

«Por supuesto que confío en ti».

«¿Y quieres construir tu vida conmigo, envejecer conmigo?».

«Sí».

«Entonces tienes que colaborar conmigo. Puedo guiarnos a través de esta crisis, pero ambos tenemos que entender que las decisiones que tomemos hoy, a partir de este momento, determinarán dónde estaremos mañana». Extiendo el brazo y abro la mano. «¿Ves eso?».

«¿Ver qué?».

«Mis dedos. Cada uno de ellos representa un año. Son cinco años. ¿Podrás pasar cinco años conmigo?».

«Voy a aguantar para siempre contigo».

«De acuerdo. Entonces centrémonos en cinco años. En cinco años, tu vida será totalmente diferente a lo que es ahora si trabajamos juntos. Serás estable, con tu propio dinero en el banco, dinero que tú has ganado. No tendremos éxito por casualidad. Tenemos que tomar decisiones difíciles ahora, comprometernos y volver a comprometernos al 100 % con cada decisión, con el objetivo de alcanzar esa meta de cinco años. Cuando lleguemos a los cinco, trabajaremos para alcanzar los siguientes cinco. Para entonces, yo estaré casi listo para salir. Y tú serás independiente. ¿Es eso lo que quieres?».

«Sí».

«Entonces tienes que tomar decisiones difíciles ahora. Gracias a Dios tenemos este dinero de mi cuenta de acciones. Pero no podemos malgastarlo con malas decisiones. Tenemos que centrarnos en estabilizarte lo antes posible. Si conoces a la esposa de Richard con ese objetivo en mente, entendiendo que ella es la respuesta a nuestras plegarias para que estemos juntos, entonces verás el traslado como un paso que nos acerca a nuestro objetivo de cinco años».

«¿Y si no nos llevamos bien?»

«Eso depende de ti y de cómo te comportes con ella. Ella te necesita y tú la necesitas a ella. Puedes hacer que funcione».

******

Carole se instala con su nueva compañera de piso, Catherine, e inscribe a Nichole en sescuela. Es principios de la primavera de 2003 y el mercado laboral está fatal. Gracias a su ingenio, Carole descubre que puede ganar dinero ofreciendo servicios notariales al sector hipotecario. Consigue las credenciales necesarias y se convierte en autónoma, ganando lo suficiente para mantenerse a ella y a Nichole.

Camino por la carretera que discurre dentro de las vallas de Fort Dix, admirando los cálidos rayos de sol que atraviesan la malla metálica y el alambre de púas, reflejándose en el metal brillante. Las fragantes flores de cerezo y los parterres en flor llenan el aire con el aroma de la primavera. Me siento llena de gratitud por las bendiciones que tengo en mi vida. A través de la valla, veo cómo el Toyota Corolla color canela de Carole se detiene en el aparcamiento de visitantes.

Ella no puede verme, ya que solo soy un prisionero más entre los miles que visten uniformes caqui dentro del recinto. La observo caminar con paso rápido, con su falda y chaqueta rojas, los tacones resonando en el asfalto, el pelo ondeando detrás de ella, apresurándose para pasar por los controles y venir a visitarme. Ella cree que me está sorprendiendo, pero lo único que me sorprende es su notable constancia y devoción por acompañarme durante este tiempo. Carole quiere que nos casemos, pero yo la rechazo. El matrimonio es fácil para mí, le digo. Yo soy un preso y ella es una mujer hermosa. Le estoy dando todo lo que soy tal y como soy, y me comprometo libremente con ella, pero no hay prisa. Quiero que comprenda todas las complicaciones de la prisión antes de casarnos.

«Te observé mientras aparcabas, mientras cruzabas corriendo el aparcamiento. No me sorprendiste», le digo después de nuestro beso.

«Conduje rápido para llegar a tiempo y poder disfrutar de las dos últimas horas de visita».

«Siempre te estoy esperando».

La sala de visitas se ha convertido en nuestra sala de estar. A veces caminamos entre las filas y pasillos de sillas, tomados de la mano, charlando con otras familias de presos. Ella me compra la cena en las máquinas expendedoras. Siempre es la misma opción de menú: pizza congelada, burritos o hamburguesas que ella calienta en el microondas.

«Me gusta prepararte la comida», dice, y me observa mientras como.

«Así será cuando seamos viejos y vivamos juntos en una residencia de ancianos», bromeo. «Estaremos rodeados de caras conocidas, extraños a los que reconocemos, pero tendremos nuestra propia vida. Tú podrás empujar mi silla de ruedas».

«Dondequiera que estés, ahí es donde quiero estar», me limpia la boca con una servilleta. «¿Por qué comes tan rápido?».

«Me he acostumbrado con los años. Los guardias nos sacan corriendo del comedor. Tendrás que enseñarme modales cuando me liberen».

«Ni siquiera saboreas la comida. Solo la engulles». Ella inclina la cabeza con asombro. «¿Y cómo puedes comer tanto?».

«Créeme, lo saboreo. Además, así es como compruebo si realmente me quieres. Si eres capaz de soportar verme comer, sé que te quedarás conmigo».

«Me quedaré contigo», dice ella, y luego añade: «¡pero más te vale quedarte conmigo en la mesa hasta que termine de cenar!».

Caminamos por la habitación y nos detenemos junto al televisor mientras el presidente Bush se agarra al atril para dirigirse a la nación.

«No soporto todo este debate sobre la invasión de Irak. ¿Para qué?», digo, sacudiendo la cabeza con disgusto ante la imagen de Bush con su habitual traje azul, los brazos abiertos y sus gestos ridículos. «¿Cuántos soldados tendrán que perder la vida por sus ambiciones?».

«Ojalá te dejara salir», dice Carole apretándome la mano.

«Olvídate de que eso suceda bajo su mandato».

******

Cuando regreso a la unidad de alojamiento después de nuestra visita, veo a decenas de presos reunidos frente al tablón de anuncios. Están maldiciendo y quejándose.

«¿Qué pasa?», pregunto.

«El maldito alcaide», dice un preso. «Más mierda, jodiendo a mi gente. No voy a poder ver a las madres de mis hijos».

Me abro paso entre la multitud para leer el memorándum. En él se cita el elevado nivel de amenaza para la seguridad nacional y la inminente guerra en Irak como motivo de la nueva norma del alcaide que limita las visitas a los familiares directos. Eso significa que, hasta nuevo aviso, solo autorizará las visitas de padres, hijos, hermanos y esposas. Se me encoge el corazón.

Carole solo lleva tres meses viviendo en Nueva Jersey, pero nuestras vidas ahora están unidas. Ella supervisa el desarrollo de mi nueva página web, MichaelSantos.net, y Ayudándome a establecer mi «marca». Ella es el enlace entre mis editores y yo, y tiene toda la responsabilidad de la editorial que creó para comercializar y distribuir los libros que escribo.

Hemos comenzado nuestra vida como familia, planificando y preparándonos para mi puesta en libertad en 2013. A pesar de que Carole se ha mudado al otro lado del país para vivir a solo unos minutos de distancia, esta nueva norma no nos permitirá vernos. La llamo para contarle lo nuevo.

«Bueno, ¿Van a aumentar la asignación de minutos telefónicos para que al menos podamos ¿Hablamos más?

«Seguiremos teniendo que conformarnos con 300 minutos de teléfono al mes».

«¿Cómo pueden decir que promueven los lazos comunitarios si establecen normas tan duras para las familias?».

«Cariño, esta es mi vida. Es lo que te he estado diciendo. Pueden hacer lo que quieran y por cualquier motivo. Yo no tengo ningún control».

«Entonces tenemos que casarnos, Michael. No podemos esperar. Somos una familia».

«Cariño, no deberíamos casarnos solo por visitar. El matrimonio es para toda la vida, y tienes que estar completamente segura de que podrás soportar el resto de mi condena».

«Sé exactamente lo que estoy haciendo. Lo que sea que el sistema te haga, a mí me hace lo mismo»., también. Estamos juntos en esto».

Carole es una mujer increíble y me siento muy agradecida. to tener su amor.

******

Inicio los trámites necesarios para casarme. Mi gestor, el Sr. Lawson, está sentado detrás de su desordenado escritorio metálico cuando le entrego la solicitud oficial.

«¿Qué es esto, una solicitud de matrimonio?».

«Así es. Me voy a casar».

«Pensaba que eras más inteligente que eso. Después de todos estos años, ¿no has aprendido nada? La cárcel es un lugar para divorciarse, no para casarse». Se ríe.

«Cuando empiece a buscar consejos sobre cómo construir la felicidad entre los guardias de la prisión, te buscaré», respondo. Hay demasiado rencor en mi réplica.

El Sr. Lawson deja los formularios sobre su escritorio y me mira con severidad. «Soy un administrador de casos. Aquí no hay guardias de prisión. Son "oficiales correccionales". Que quede claro».

El Sr. Lawson revisa el formulario. «Tendré que consultarlo con el equipo de la unidad y luego enviarlo al alcaide. Te lo haré saber. Ahora lárgate de aquí».

«No es una cuestión discrecional», le digo. «El Tribunal Supremo dice que tengo el derecho constitucional a casarme. No puede bloquear la solicitud».

«Chico, no me vengas con leyes. Estamos en guerra. La seguridad de la institución. Revisaremos tu solicitud y, como te he dicho, te daré una respuesta. ¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema con eso?».

Mientras me preparo para una lucha burocrática para obtener el permiso para casarnos, le insisto a Carole que aproveche este tiempo en el que no podemos visitarnos para inscribirse en un curso de bienes raíces. La esposa de otro preso es agente inmobiliaria en Prudential. Se ha ofrecido a contratar a Carole como agente y enseñarle el oficio.

En lugar de una lucha burocrática, una reorganización del personal da lugar a un nuevo administrador de casos que es mucho más amable y a un nuevo director de unidad, el Sr. Jones, que se ha trasladado recientemente a Fort Dix desde USP Leavenworth. El Sr. Jones, o TJ, como he oído que lo llaman cordialmente los miembros del personal, tiene unos 30 años, es negro, viste bien y tiene la complexión de un jugador de fútbol americano de la NFL. Es respetuoso y totalmente profesional. Cuando le hablo de mi solicitud de matrimonio, me felicita y me asegura que impulsará la aprobación a tiempo para que la boda se celebre en junio.

******

Me despierto temprano el día de mi boda, el 24 de junio de 2003, con una sonrisa. Celebraré este día con Carole durante el resto de mi vida. Salgo a correr, sintiendo la humedad del verano de la costa este, pero la brisa que genero al correr refresca mi piel. He pagado un alto precio con esta condena de prisión, renunciando a la mayor parte de mi vida como consecuencia, pero ahora tengo a Carole. Aunque las normas de la prisión exigen dos testigos en nuestra boda, Nichole no puede participar porque aún es menor de 18 años. Me hubiera gustado que Julie viniera, pero acaba de dar a luz a su segunda hija, Sophia. Mi padre está en una residencia para enfermos de Alzheimer, incapaz incluso de hablar conmigo por teléfono, y mucho menos de viajar. Pero me alegro de que tanto mi madre como mi hermana menor, Christina, vengan desde Miami para la ceremonia. Mi madre llama a Carole mi «ángel» y la descripción le va como anillo al dedo.

Solo tendremos dos horas en la sala de visitas, pero es un lugar adecuado para la ceremonia porque es donde pasamos todo nuestro tiempo juntos. Llevaré un anillo de boda cuando salga. Julie nos envió las alianzas de plata a juego como regalo de boda. Los anillos simbolizarán nuestro compromiso y, una vez que Carole me lo ponga en el dedo, tengo la intención de llevarlo siempre.Lo haremos haz que esto funcione.

Termino de correr ocho millas y reduzco mi ritmo a un paseo cuando veo Bob. Le tiende la mano. «Enhorabuena, amigo. Me alegro de haberte conocido y os deseo a ti y a Carole felicidad, buena salud y prosperidad. Vas a ser un marido excelente para ella».

«Gracias, BobTu amistad significa mucho para mí, y agradezco tus buenos deseos. Lamento que no puedas estar presente en la ceremonia.

«Haremos una fiesta cuando salgas, cuando los dos estemos en casa».

«Estoy deseando que llegue».

¿Están aquí tu madre y tu hermana?

«Espero que sí. Se supone que ahora están con Carole. Será mejor que me vaya a duchar».

«Buena suerte y que Dios te bendiga».

Con mis pantalones caqui perfectamente planchados y mis zapatos negros de cuero lustrados, tengo el aspecto más elegante que puede tener un preso cuando le presento mi tarjeta de identificación al teniente Marks.

«Esto tiene que ser lo más estúpido que has hecho nunca», dice el teniente con sarcasmo, sacudiendo la cabeza. «Deberías tatuarte la palabra "tonto" en la frente». Señala su cabeza y luego sorbe ruidosamente el café de su vaso de espuma.

Me esfuerzo por contener mi sarcasmo. Nada le gustaría más que desabrochar uno de los compartimentos de su pesado cinturón de cue-

ro negro, sacar unas esposas metálicas relucientes y ponérmelas en las muñecas, arruinando así este día tan especial para Carole y para mí.

«Si vas a seguir adelante con esto, vamos. Tengo una prisión que dirigir». Me lleva a la sala de visitas, sin un registro corporal previo. Otros cuatro presos nos acompañan, ya que ellos también se casarán hoy. No los conozco. Estoy demasiado consumido por la emoción que me recorre para preocuparme por nadie más.

Me siento en una silla y espero a Carole. Cuando se abre la puerta, me levanto y sonrío mientras esta hermosa mujer camina hacia mí. Ha pasado más de un año desde que mi madre o Christina me visitaron y les agradezco que hayan hecho este viaje especial para asistir a mi boda, pero no puedo apartar los ojos de Carole. Su traje color crema realza su esbelta figura y me gusta la elegancia con la que camina. Abre los brazos y nos abrazamos, compartiendo un beso mientras mi madre y mi hermana nos observan.

«Gracias por venir, mamá», le digo mientras me giro para abrazarla. Siempre se emociona cuando me ve, y esta mañana no es diferente. My el encarcelamiento ha Ha sido increíble.y difícil para mmi mamá.

«Estoy muy feliz de que tengas una novia tan hermosa, muy feliz por ambos».

A continuación abrazo a mi hermana. Christina es cuatro años más joven que yo, menuda y guapa, con una larga melena castaña y un rostro radiante que se resiste al paso del tiempo. Lleva casada quince años y es madre de dos niñas, Isabella y Camilla, pero aún no puede comprar una botella de vino sin mostrar su documento de identidad.

«Tienes que ser el hombre más afortunado del mundo, convencer a esta hermosa mujer de que se case contigo aquí», dice mi hermana, sonriendo.

¡Tienes toda la razón!" Abrazo a Carole y le doy un beso en la mejilla.

«Cariño, ¿has hablado con...?» Bob—pregunta Carole.

«Lo vi esta mañana. Me envió sus mejores deseos, ¿por qué?».

«¿Te contó lo que hizo?»

«No, ¿qué?»

«Anoche envió un mensajero personal a mi casa para entregarme una tarjeta de boda, y dentro había dos cheques bancarios, cada uno por valor de cinco mil dólares».

«¡Vaya! Qué amigo tan considerado y generoso».

«¿Puedes creerlo? Pensaba que él no quería que te casaras».

«Eso fue antes de que supiera lo extraordinaria que eras».

«Anoche le envié una carta de agradecimiento. Por favor, dígale que le estoy muy agradecido. ¿Qué debo hacer con el dinero?».

«Guárdalo en el banco», le digo.

«Vaya, al menos podrían haber decorado un poco este lugar para la boda», comenta Christina. Mira a su alrededor, al ambiente estéril de la sala de visitas, mientras todos nos sentamos, uno al lado del otro, en una sola fila de sillas de plástico colocadas en líneas rectas por toda la sala. El suelo pulido brilla. Seis máquinas expendedoras zumban bajo las brillantes luces fluorescentes.

«Es una pena que no hayan podido celebrar la boda al aire libre», dice mi madre. «Es un día de verano tan bonito, perfecto para una boda en el jardín».

«Estamos muy contentos de que por fin haya llegado el día», dice Carole.

«Me casaré contigo de nuevo cuando vuelva a casa», le prometo a Carole mientras la miro a los ojos.sus ojos.

«Cariño, ese debe de ser el hombre que nos va a casar», Carole señala a un hombre mayor vestido con una túnica negra que entra con el Sr. Jones, el director de mi unidad. El hombre de pelo blanco lleva

un maletín de cuero negro y estrecha la mano de los dos guardias que nos supervisan desde la plataforma.

«¿Es un capellán?», pregunta mi madre.

«Creo que es juez de paz», respondo.

«No», me corrige Carole. «Es el teniente de alcalde de New Hanover Township. Ahí es donde envié el cheque para nuestra licencia de matrimonio».

El teniente de alcalde se acerca para presentarse, nos entrega unos documentos para que los firmemos y le explica a Carole cómo obtener una copia oficial de nuestro certificado de matrimonio. Somos la primera pareja en casarse. Se coloca delante de nosotros y comienza la ceremonia. Mamá y Christina nos flanquean, sonrientes. Sostengo la mano de Carole y sonrío mientras escucho al vicealcalde recitar los votos matrimoniales, preguntándonos por turno si nos aceptamos, en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte nos separe. Carole llena mi corazón con su «Sí, quiero», y yo digo lo mismo. Estamos casados. Por fin puedo besar a mi novia, la encantadora Carole Santos.

«No puedo creer que no os dejen estar a solas», dice Christina. «Es muy cruel».

«La luna de miel tendrá que esperar», digo.

«Tenemos el resto de nuestras vidas para nuestra luna de miel», responde Carole, besándome en la mejilla.

Mi madre y mi hermana se sientan con nosotros un rato y luego se marchan amablemente para dejarnos a Carole y a mí la última hora juntos. No estamos solos. Otras cuatro parejas que también se casan hoy se sientan con sus familias en las sillas que nos rodean, esperando su turno.

«Me has honrado hoy, Carole, haciéndome tan feliz como es posible».

«Te quiero, Michael».

«Algún día te compraré una casa», le prometo.

«Algún día te construiré un hogar», añade ella. «Mientras tanto, nuestro hogar será dondequiera que estemos. Estamos juntos en esto».

«Esto es para siempre», digo mientras giro mi alianza de plata.

«No hay ningún lugar en el que prefiera estar que contigo».

El teniente Marks pone fin a nuestro tiempo juntos. La Sra. Davis, una joven atractiva que parece fuera de lugar con el uniforme de guardia de prisiones, sonríe mientras acompaña a Carole y a las otras novias fuera. El Sr. Rodríguez, un guardia que luce un tatuaje de la bandera estadounidense en el antebrazo, registra al desnudo a los cinco novios, uno al lado del otro. Los demás presos y yo nos vestimos y regresamos al recinto, cada uno con un nuevo anillo de boda en el dedo.

******

El 9 de agosto de 2003, el juez Anthony Kennedy, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, pronuncia un extraordinario discurso inaugural en la convención anual de la Asociación Americana de Abogados en San Francisco. Carole me envía una copia del texto y destaca las partes a las que quiere que preste especial atención. No puedo creer lo que el juez dice a los abogados del país. El juez Kennedy pide una reforma penitenciaria, afirmando que Estados Unidos encarcela a demasiadas personas, que los presos estadounidenses suelen cumplir condenas draconianas y que una nación que confía en sus leyes no debe temer la compasión y la misericordia.

«Michael», insiste Carole durante nuestra visita nocturna, «¿no crees que al menos deberías volver a solicitar el indulto, sobre todo después de lo que dijo el juez Kennedy en su discurso?».

«Cariño, no nos lo podemos permitir. No voy a gastar nuestro dinero en un abogado cuando las probabilidades están tan en nuestra contra. El presidente Bush no va a conmutar mi sentencia».

«Pero has hecho mucho. Ningún otro preso ha obtenido títulos universitarios, ha cumplido 16 años de condena y ha publicado libros que se utilizan en universidades de todo el país. No tienes antecedentes de violencia y ahora estás casado. Apuesto a que si el presidente te conociera, te conmutaría la pena».

«Ese es el problema, no sabe quién soy. Y a menos que tenga un equipo legal de primera que me represente, nunca sabrá quién soy. Esa es una de las razones por las que estamos creando la página web. Necesitamos atraer a abogados que quieran representarme porque me he ganado la libertad, porque creen en mí. Ahora mismo no tenemos dinero para contratar abogados».

«Pero al menos podrías presentar una petición de clemencia por tu cuenta. No necesitamos abogados para rellenar la petición y enviarla. Al menos así tendríamos una oportunidad».

«De acuerdo», concedo. «Imprime una petición en blanco y envíamela por correo. La rellenaré y recopilaremos algunas cartas de apoyo nuevas para presentarla. Pero no te hagas ilusiones. Tenemos que seguir preparándonos para 2013. Eso significa que yo tengo que escribir y tú tienes que ganar dinero y ahorrar».

«Yo estoy haciendo mi parte».

«Sí, claro», le aprieto la mano. «Eres maravillosa».

******

Es lunes, 17 de noviembre de 2003. Carole y yo llevamos casados casi cinco meses cuando ella viene a compartir su buena noticia. Cuando me acerco a ella, está de pie, con una sonrisa radiante. La luminosa sala está llena de otros visitantes, tan ruidosos como un auditorio lleno.

«He aprobado el examen de agente inmobiliario».

«¡Enhorabuena!». La abrazo, la acerco a mí y la beso. «Te dije que todo tu esfuerzo valdría la pena. ¿Cómo te has enterado?».

«He llamado a la junta inmobiliaria esta mañana. He sacado un 97 en el examen».

«Cariño, tienes motivos para estar orgullosa de ti misma».

Ella sonríe. «Estoy muy feliz, cariño, porque lo hice por ti».

Cuando cientos de personas abarrotan la sala de visitas, como hoy, algunas parejas consiguen robarse unos besos extra durante la visita. Yo solo besé a Carole cuando comenzó nuestra visita, tal y como permiten las normas. Por eso me sobresalto cuando el guardia grita mi nombre.

«¡Santos!», grita. Su grito silencia inmediatamente toda la sala.

Me señalo el pecho con el dedo, asegurándome de que me está gritando a mí.

«Acérquese al mostrador», ordena.

«Pero no has hecho nada», protesta Carole mientras me levanto y le suelto las manos.

«Déjame ver qué quiere».

Camino entre las columnas y filas de visitantes para acercarme a la plataforma del guardia.

«El teniente quiere verte», me dice.

«¿No puede esperar hasta que termine mi visita?».

«Ahora mismo. El agente Ruiz le acompañará por la parte de atrás». No miro atrás a Carole, sino que sigo al oficial Ruiz hasta el vestuario. Mi corazón comienza a latir más rápido, ya que nunca he sabido que nada bueno salga de una charla con un teniente.

«¿Dónde está el teniente?», pregunto, mirando alrededor de la sala vacía.

«No está aquí», responde el oficial Ruiz. «Quiere verte en su despacho».

«¿Para qué? ¿De qué se trata?».

«No lo sé», admite el oficial Ruiz. «Nos llamó y nos dijo que lo acompañáramos».

«¿Y mi visita?».

«Ha cancelado su visita. Ponga las manos detrás de la espalda. Tengo que esposarle».

CAPÍTULO ONCE

Mes 190-209 / 2003-2005

El agente Ruiz sujeta las esposas que me inmovilizan las muñecas a la espalda mientras cruzamos el césped. Es un novato de unos veinte años, delgado, y lleva un uniforme que le queda dos tallas grande.

La oficina del teniente en Fort Dix es un edificio de una sola planta, construido en ladrillo rojo, a solo 20 metros de la sala de visitas. Ruiz abre la pesada puerta de acero y me conduce por el estrecho pasillo. Pasamos por delante de una oficina abierta a la izquierda y veo al teniente Nesbitt. Es la encarnación de la crueldad de la BOP, con sus ojos azules descoloridos y su nariz torcida, embriagado por el poder.

«Teniente, traigo al recluso Santos», dice el oficial Ruiz con voz cortés, aunque le tiembla al anunciar nuestra llegada.

«Iré a verlo cuando esté listo», oigo decir al teniente desde la oficina. «Que se ponga de cara a la pared».

«Sí, señor».

Ruiz me deja con los dedos de los pies tocando la pared. Mientras cierro los ojos y apoyo la frente contra el frío hormigón, me preocupo por Carole, que está en la sala de visitas, sabiendo que debe de estar desesperada. El tintineo de las llaves que cuelgan de los pesados cinturones de cuero negro de los guardias que cruzan el pasillo a pocos metros de distancia me pone de los nervios. Para los guardias, un hombre atado y de cara a la pared durante horas no es diferente del extintor rojo que hay a mi lado; están acostumbrados a los objetos inanimados. Esperaba no volver a llevar nunca más esposas y cadenas, pero con casi diez años por delante, eso no es realista. Me pregunto si estoy aquí por los libros que escribí.

«Traigan al recluso Santos», grita finalmente el teniente.

Siento un tirón cuando la mano del guardia agarra la cadena de mis esposas para alejarme de la pared. Como si fuera un animal de cuatro patas con correa, me lleva por el pasillo hasta la oficina del teniente, donde Nesbitt está recostado en su silla giratoria detrás de un escritorio de madera abarrotado.

«Bueno, abogado. Parece que nos volvemos a encontrar». Sus ojos me taladran. «Dígame qué está pasando en mi institución».

Le devuelvo la mirada, con el rostro abierto, y me encojo de hombros. «No tengo nada que decirle, pero me gustaría saber por qué estoy aquí y por qué ha terminado mi visita».

Él frunce el ceño. «Como quieras», dice alejando su silla de mí. «Enciérrenlo».

El guardia me da la vuelta y me lleva por la puerta principal, cruzando un patio, hasta el aparcamiento fuera de las puertas de la prisión, donde abre la puerta corredera de una furgoneta blanca. Entro y me siento en el asiento de vinilo negro, presionando las rodillas contra la malla de acero que separa al conductor de los pasajeros. Conduce por el aparcamiento y baja por la carretera hasta la entrada de Fort Dix West, el recinto adyacente. Me dirijo a la Unidad de Alojamiento Especial (SHU), «el agujero».

El subdirector Nuss, en McKean, fue el último burócrata mezquino que ordenó que me encerraran en la SHU, pero solo fue por una noche y por motivos administrativos, cuando me trasladaron hace siete años. No sé qué me ha puesto en el punto de mira del teniente Nesbitt, y los guardias que me procesan se niegan a darme ninguna información mientras me registran al desnudo y me encierran en una celda individual. Empiezo a dar vueltas, sin encontrar ninguna razón que justifique este cambio.

No tengo contrabando en mi celda y no tengo ni un solo enemigo. Me pregunto por qué Nesbitt se molesta en fastidiarme, aunque sé que es como preguntarse por qué ataca una serpiente de cascabel. Es su naturaleza. Aun así, no tengo ni idea de por qué estoy aquí.

Mi preocupación por Carole aumenta, ya que me pregunto cómo estará llevando esta interrupción. Los guardias me llevaron ante sus ojos y sé que está asustada por mí. Estar casada con un preso significa no dar nunca por sentado el mañana. Espero que ya haya llamado a Julie y Carol Zachary. Ellas la ayudarán a superar esto.

La luz de mi celda está siempre encendida. Me tumbo boca abajo, cruzando los brazos para usarlos como almohada bajo mi cabeza sobre la colchoneta de vinilo gris. Intento dormir, pero una ansiedad perversa me impide relajarme. Varias horas después de medianoche, renuncio a dormir y empiezo a hacer ejercicio, haciendo flexiones en el suelo de hormigón. Cuando mi cuerpo se calienta, me quito el mono naranja y sigo en calzoncillos.

En algún momento después del amanecer, la trampilla cuadrada de la puerta de mi celda se abre y un celador desliza el desayuno en una bandeja de plástico marrón. Es un bol de cereales calientes poco apetecibles y una manzana roja. Pulso el botón del fregadero de aluminio y enjuago la manzana con el agua fría que sale del grifo, luego muerdo la crujiente piel roja de la fruta. Está fresca y la saboreo mientras el dulce jugo inunda mi boca. Me como toda la manzana hasta el corazón y desearía tener otra, pero esto es todo lo que hay hasta la hora de comer.

Cuando el guardia vuelve a recoger la bandeja, mira a través de la ventana cuadrada de la celda y me ve en calzoncillos haciendo flexiones en el suelo.

«¿Qué haces en el agujero?», me pregunta el oficial Flores. Lo conozco de cuando trabajaba en las viviendas de Fort Dix. Es un hombre afable de unos 40 años, con unos amables ojos marrones y compasivos.

«Nadie me ha dicho nada». Me acerco para hablar a través de la rendija de la puerta, secándome las gotas de sudor que me resbalan por la frente.

El oficial Flores se señala las orejas y niega con la cabeza, luego se acerca a la puerta. «Habla por el marco de la puerta. No te oigo», me dice.

«He dicho que nadie me ha dicho nada. El teniente Nesbitt interrumpió mi visita ayer y me encerró aquí».

«Después de recoger las bandejas del desayuno, veré qué puedo averiguar. No te han puesto la vacuna, ¿verdad?».

Me encojo de hombros. «No lo sé. Nadie me ha dado ningún documento».

El agente Flores asiente con la cabeza y vuelve a aparecer en el marco de la puerta. «Ya no se nos permite leer su sitio web».

«¿Por qué no?».

«No lo sé», responde. «Solía leerlo todos los días en el trabajo, pero ahora el servidor de la BOP lo bloquea».

«¿Cree que es por eso por lo que estoy aquí?».

«Déjeme comprobarlo. Ahora vuelvo. ¿Necesita algo?».

«Gracias. Me vendría bien un lápiz y papel, y una Biblia, si tiene». Vuelvo a hacer flexiones, agradecido por la amabilidad del oficial Flores. Si me dice qué está pasando, pensaré cómo responder.

Hago dos series más de flexiones antes de oír al oficial Flores golpear con los nudillos la ventana de la puerta de mi celda. Me levanto y me acerco. «Estás en la lista de traslados. Tengo que sacarte de aquí».

«¿Qué? ¿Trasladado? ¿A dónde voy?».

«No tengo acceso a esa información. Tengo órdenes de sacarte de aquí».

«¿Cuándo?».

«Ahora mismo. Recoge tus cosas».

Niego con la cabeza, molesto porque las complicaciones de mi vida volverán a perturbar la vida de Carole y Nichole. Desanimado, tiro de las sábanas y mantas de la colchoneta y las enrollo en una bola. Luego me pongo el mono naranja y me apoyo contra la puerta. El oficial Flo-

res abre la trampilla y yo paso las manos por la ranura. Oigo el clic metálico cuando me esposa las muñecas, con suavidad, dejando espacio para que puedan girar. Agradezco este pequeño gesto de amabilidad. Con ambas manos agarro el montón de ropa de cama mientras él abre la cerradura y abre la puerta de acero.

«¿No sabías nada del traslado?», me pregunta.

Me encojo de hombros y niego con la cabeza. «Me casé en junio. Mi mujer acaba de instalarse en esta comunidad. Este traslado la devastará».

Salgo de la celda y camino con él hasta el escritorio, donde me entrega a un guardia corpulento que no reconozco. Delante de ambos oficiales, me cambio de ropa, sustituyendo mi mono naranja por unos pantalones caqui de viaje. Asiento con la cabeza al oficial Flores mientras su colega me conduce por un laberinto de pasillos hasta otra celda de detención, donde me encierran con 17 ruidosos presos. Todos estamos «encadenados», a la espera de ser trasladados a otra prisión.

El sonido de las cadenas de la cintura, los grilletes y las esposas al caer sobre el suelo de hormigón me da náuseas. Lo he oído tantas veces a lo largo de los años y nunca me acostumbro.

Mi estado de ánimo se vuelve sombrío y triste. Me he adaptado al horario institucionalizado de Fort Dix gracias a la escritura, el ejercicio y mis amistades. Me casé con Carole aquí y, desde el pasado mes de enero, he pasado 30 horas al mes sosteniendo sus suaves manos en la sala de visitas. Sin esos consuelos, me siento contra la pared y me pregunto qué me deparará la siguiente fase de este viaje.

Un guardia abre la puerta y me llama primero, trayéndome la prueba irrefutable de que voy a empezar de nuevo, en otra prisión.

«Así que tú eres el que causa todos los problemas aquí». Nunca había visto a este guardia en mi vida, aunque parece una copia de todos los demás. No sé por qué me habla, pero intento ignorar su inquietante comentario, mirando al frente, ignorando las náuseas en mi

estómago mientras tira de mis grilletes para asegurarse de que estoy completamente inmovilizado.

«¿No tienes nada que decir?». Es mucho más alto que yo y mucho más corpulento. Su tamaño, junto con su tez oscura y su barba de tres días, le dan un aspecto amenazador. Me gustaría que cerrara la boca y pasara a menospreciar al siguiente prisionero, pero en lugar de eso, escupe un chorro de jugo de tabaco marrón en su vaso de espuma blanco y me mira con ira.

Cuando todos los presos están encadenados y asegurados, los guardias nos llevan fuera en fila. El sol está saliendo, pero es una fría mañana de noviembre y, sin chaqueta, tiemblo en la fila, esperando a que el guardia con los expedientes diga mi nombre.

«¡Santos!». Doy un paso adelante cuando me llama. Recito mi número de registro y me someto a otro tirón de mis grilletes mientras los guardias hacen su última comprobación. Las grilletes son pesadas. Solo hay unos pocos eslabones entre mis tobillos, así que tengo que subir con cuidado las escaleras del autobús. Me dejo caer en un asiento vacío y echo un último vistazo a Fort Dix a través de la malla metálica.

Se me encoge el pecho y me invade la tristeza. No ha pasado ni un día y ya echo de menos a Carole.

Al cruzar un puente hacia Filadelfia, siento un vuelco en el estómago al ver el juzgado federal. Meme aterroriza al contemplar la posibilidad de volver a los tribunales, preguntándome si alguna entidad desconocida me está tendiendo una trampa. He estado en prisión demasiado tiempo como para tener nada que ver con los tribunales, y me invade la ansiedad de que algún guardia pueda estar incriminándome con nuevos cargos penales, con el fin de desacreditar lo que escribo sobre las prisiones.

El autobús se estaciona en un garaje debajo del tribunal, y oigo que hay un centro de detención federal encima del tribunal. Sigo a la comitiva hasta una nueva celda de detención y, después de que los guardias me quitan las cadenas, me siento en el suelo. El cemento me

hace daño en el trasero, así que me siento sobre mis manos y apoyo la espalda contra la pared.

Un guardia lanza bolsas marrones con la comida a través de los barrotes. Cojo la mía y miro dentro. La incertidumbre sobre lo que está pasando me quita el apetito, pero como no sé cuándo vendrá la próxima comida, saco el sándwich y le quito el envoltorio de plástico transparente. Saboreo la comida, todavía con hambre después de tragar el último bocado.

Los presos son llamados uno tras otro, hasta que solo quedamos otro hombre y yo esperando. La cena es una repetición del almuerzo, y el pan blanco rancio sabe aún mejor la segunda vez. Me pregunto cuánto tiempo más tendré que esperar, y cuando me quedo solo en la celda, empiezo a dar vueltas.

«Santos», me llama una guardia obesa mientras abre la puerta. Me lleva por un pasillo luminoso y me dirige a una oficina. Un hombre de pelo rubio, de unos cincuenta y cinco años, me saluda con una sonrisa desde su silla giratoria detrás del escritorio. No consigo ubicarlo, pero me resulta familiar y sé que debe de haber trabajado en alguna prisión en la que yo haya estado recluido anteriormente.

«Vi "Santos" en el expediente y me preguntaba si eras tú», me dice mientras gira en su silla. «¿Cómo has estado?».

La etiqueta negra con su nombre, prendida sobre el bolsillo de su camisa, dice «Carter». Lo recuerdo como un guardia de McKean.

«Bien, hasta ayer», respondo.

«¿Nadie te ha dicho nada de este traslado?».

«No sabía nada cuando el teniente me encerró en el calabozo, y sigo sin saberlo», repito por enésima vez. Me duele la cabeza.

«Veamos adónde vas. Dame tu número».

Recito mi número de registro y escucho cómo lo teclea en su ordenador, mirando fijamente la pantalla.

«Vas a ir a FLF SCP», lee la abreviatura. «Es un campamento».

«¿Qué? ¿Está seguro?». Mi ansiedad se convierte en euforia y exhalo con alivio, sonriendo. «¿Voy a un campamento?».

«Sí, en Florence, Colorado. Me sorprende que nadie te lo haya dicho. Es una buena noticia, ¿no?».

«¿Me está tomando el pelo? Es tan bueno que no me lo puedo creer. He estado muy nervioso durante las últimas 24 horas. Es una noticia increíble. Estoy deseando contárselo a mi mujer, seguro que está muy preocupada».

«El transporte aéreo suele salir los lunes, así que te quedarás aquí el resto de la semana y el fin de semana», me dice. «Pero pronto volarás hacia el oeste».

****

Es domingo por la mañana y estoy haciendo ejercicio en la unidad de alojamiento del Centro de Detención de Filadelfia cuando un guardia se me acerca. «¿Eres Santos?».

«Sí».

«Ven conmigo».

Lo sigo mientras entra en la sala de guardias, donde se sienta en la silla detrás del escritorio metálico.

«Cierra la puerta», me dice, y cuando lo hago, el ruido de la unidad de alojamiento se silencia. «¿Estás casado?». Me mira con dureza y me juzga.

«Sí».

«¿Cómo se llama tu esposa?».

«Carole Santos».

Se rasca la barbilla y me mira fijamente. «¿Qué hace ella en mi institución?».

«¿De qué estás hablando?».

«Hay una mujer fuera que dice ser su esposa e intenta convencerme para que la deje entrar».

Me encojo de hombros. «¿Y cuál es el problema?».

«¿Cuál es el problema? No llevas aquí el tiempo suficiente como para tener una lista de visitas aprobada».

«Llevo aquí seis días. Le di el nombre de mi esposa al consejero la noche que ingresé».

«No se autorizan visitas en las instalaciones hasta que el personal las apruebe. No va a entrar».

«Entonces no la dejes entrar», me encojo de hombros, «pero asume las consecuencias que ello acarreará».

«¿Qué consecuencias?», pregunta.

«Con el debido respeto, usted no está en posición de negarle la entrada. La política de la BOP permite las visitas de familiares directos. Ella estaba en mi lista de visitas en Fort Dix y, a menos que quiera responder a una queja administrativa sobre por qué está ignorando la política de la BOP, le sugiero que me deje hablar con la persona encargada de tomar la decisión».

«¿Qué eres, un abogado, alguien importante o algo así?».

«Llevo en prisión desde 1987, y si lees mi expediente verás que conozco bien este sistema. No soy nuevo en esto».

«Sal fuera», le ordena. «Veremos lo listo que eres cuando llegue el teniente».

A través de la ventana de la oficina, lo veo coger el auricular del teléfono, pulsar tres botones y mantener una breve conversación antes

de colgar. Escribe en un bloc, sale de la oficina y cierra la puerta con llave.

«¿Tienes tu identificación?», pregunta, con tono molesto.

«Sí».

«Vamos», dice secamente.

Me lleva desde la unidad de vivienda hasta el vestíbulo y luego al ascensor.

«Pásate al fondo y ponte de cara a la pared», me indica, pulsando el botón de la planta baja.

A medida que el ascensor comienza a bajar, mi corazón late más rápido. Estoy ansioso por volver a abrazar a mi esposa, ansioso por compartir la noticia de que me trasladan al campamento.

Después de someterme a un rápido cacheo en la sala de espera, vuelvo a ponerme mi mono verde y salgo apresuradamente por la puerta hacia la sala de visitas. Las familias se sientan unas frente a otras y hablan en voz baja. Se parece a cualquier otra sala de visitas, pero es mucho más tranquila que la de Fort Dix.

El guardia del mostrador me recita las normas. Le entrego mi tarjeta de identificación y busco a Carole con la mirada. La veo de pie, con su largo abrigo azul marino de lana, sonriendo y esperándome.

«Te he echado mucho de menos». Se acerca para abrazarme. Su beso me rejuvenece, como una fruta jugosa después de correr 16 kilómetros en un día soleado.

«Solo tenemos una hora para la visita porque hay una cola de gente alrededor de la manzana y todos están esperando para entrar. Tienes que sentarte frente a mí. No podemos cogernos de la mano y tienes que levantar la mano para pedir permiso para ir al baño». Carole recita las normas mientras nos sentamos una frente a la otra.

«¡Vaya!». Me impresiona su dominio de la situación. «De acuerdo, cariño. Aprovechemos al máximo el tiempo que tenemos». Me río, feliz de verla y aliviada de que suene fuerte y segura. «¿Cómo sabías que tenías que venir aquí y cómo conseguiste que te dejaran entrar?».

«Te he estado siguiendo en la página web de la BOP. Cuando supe que estabas en Filadelfia, empecé a llamar y descubrí que tu unidad de alojamiento permite visitas los domingos. Traje la declaración de política y una copia notarial de nuestro certificado de matrimonio junto con mi identificación. Al principio, el guardia no me iba a dejar entrar, pero le mostré la declaración de política y pedí ver al oficial al mando. Verificó mi fecha de nacimiento y luego me dejó entrar».

«Eres increíble. ¿Me querrás tanto cuando termine mi condena?».

«Para siempre».

«Me alegro de oírlo. Pensaba que quizá solo querías ser una esposa de preso».

«Ja, ja», sonríe ella.

«¿Recibiste mi carta en la que te explicaba todo lo que pasó?».

«Ya lo sabía. ¿Qué crees que he estado haciendo desde que desapareciste de nuestra visita?».

«Cuéntame todo», le digo.

«Me volví loca de preocupación cuando no regresaste. Y entonces el oficial Ruiz me dijo que tenía que irme, que nuestra visita había terminado. Conduje hasta casa y empecé a llamar a la prisión inmediatamente, dejando mensajes a todos los que se me ocurrían. Tu antiguo jefe de unidad, el Sr. Jones, finalmente me llamó a la mañana siguiente y me dijo que había solicitado tu traslado a un campamento. Al instante me sentí aliviada y emocionada al mismo tiempo. ¡Nos mudamos a Colorado!».

«Tranquila, cariño», le advierto. «Acabas de aprobar el examen para vender inmuebles aquí. ¿No crees que deberías obtener tu licencia y vender algunas casas para reponer nuestros ahorros?».

«Cariño, no me voy a quedar en Nueva Jersey si tú te vas a vivir a Colorado».

«Pensémoslo bien, cariño. Te quiero y, por supuesto, quiero que estés conmigo. Pero déjame llegar allí y ver cómo están las cosas. No debemos tomar decisiones precipitadas, eso es todo lo que digo».

«Ya lo he comprobado. Sé exactamente dónde vas a ir.vas a ir. Los apartamentos cuestan más o menos lo mismo allí que aquí».

«¿Y qué hay del trabajo? Has invertido mucho tiempo y dinero en conseguir tu licencia inmobiliaria en Nueva Jersey. ¿No crees que al menos deberías intentar ganar algo de dinero antes de asumir el coste de otra mudanza al otro lado del país?».

«Oye, siempre dijimos que nuestro matrimonio sería lo primero. Necesito estar donde tú estás, y tenemos que visitarnos siempre que podamos. Eso es lo que nos prometimos el uno al otro».

«Está bien, está bien», accedo. Me complace su devoción, pero me preocupan nuestras finanzas. «Lo discutiremos más cuando esté allí. Pero investiga un poco más y averigua qué puedes aprender sobre el mercado laboral local. Ya se nos ocurrirá algo».

****

De camino a Colorado, mi avión aterriza en el Centro Federal de Tránsito de Oklahoma. Han pasado cinco años desde la última vez que estuve aquí, pero el proceso me resulta familiar. Incluso reconozco las caras de algunos miembros del personal, como la del guardia nativo americano con una larga coleta trenzada.

Nuestra procesión de prisioneros marcha en fila india a través de un eficiente sistema de tramitación. Nos subimos a cajas de leche en grupos de siete. Los guardias se sientan detrás de nosotros y nos quitan

los grilletes de las piernas, mientras otra fila de guardias se coloca delante de nosotros y nos quita las esposas, tirando de la cadena metálica que rodea nuestra cintura para liberar nuestros cuerpos. Los guardias hablan entre ellos, ignorando el ruido del metal al desbloquear y dejar caer nuestras cadenas en cajas. Cuando me quitan las mías, noto que tengo las manos sucias de grasa metálica de las cadenas que he agarrado durante las últimas 12 horas.

Con la noticia de adónde voy, no me importan las molestias. Me dirijo al campamento y, para un preso condenado a una pena larga, eso es como ir a Disneylandia. Los reclusos de las prisiones de alta seguridad hablan tanto de ir a prisiones de baja seguridad como de salir en libertad. Según hemos oído, el traslado a un campamento es lo más fácil que le puede pasar a un preso. Sigo sin estar convencido de que la BOP no haya cometido algún error, pero como el error me favorece, no me importa.

Haciendo un rápido recuento, calculo que 200 presos volaron a Oklahoma conmigo. Mientras estamos sentados en celdas contiguas, ignoro el alboroto y miro a mi alrededor. Estoy rodeado de asesinos convictos, violadores, líderes de bandas, soldados de la mafia y pederastas. Muchos cumplen cadena perpetua, pero con más de 16 años dentro y casi 10 por delante, mis credenciales en la sociedad de los delincuentes equivalen a un título de Stanford o Harvard en el mundo real. No quiero hablar con nadie. No quiero saber qué pasa en otras prisiones, ni las rivalidades entre grupos de presos, ni la legislación pendiente en el Congreso para reformar las reducciones de pena por buen comportamiento, ni la restauración de la libertad condicional. Quiero superar esta última etapa, dejar atrás de una vez por todas a la población carcelaria intolerante y llena de odio, y terminar la última década de mi condena entre delincuentes de cuello blanco en un centro de mínima seguridad.

«¿Nombre y número?», me pregunta un rostro amable con uniforme de guardia de prisiones mientras le entrego la pila de formularios que he rellenado. Tiene el pelo rojo, pecas y patillas al estilo Elvis.

«Michael Santos. Número 16377-004».

«Veamos. Santos», mira su lista. «Vas al campo de Florence. ¿Crees que podrás soportarlo?».

Él sonríe y yo asiento con la cabeza. Mis nervios se calman al oír una segunda fuente confirmar mi destino.

Me uno a otros seis presos y cojo el saco de dormir y la bolsa de comida que me lanza el guardia después de llamar mi nombre. Seguimos a otro guardia a través de unas puertas de acero, subimos a un ascensor y llegamos a la planta de nuestra unidad de alojamiento. Escucho al guardia recitar las normas antes de darnos los números de celda que nos han asignado.

«El cierre es a las nueve, así que es demasiado tarde para que os duchéis o uséis el teléfono. Cada celda tiene un botón de pánico. No lo pulséis salvo en caso de emergencia real; de lo contrario, recibiréis una inyección. Escuchad vuestro nombre y número de celda. Quedaos junto a la puerta. Daré una vuelta por el piso para dejaros entrar. ¿Alguna pregunta?».

Llevo mi saco de dormir al familiar recinto triangular de dos pisos, subo la escalera de hormigón y acero y camino hacia la celda 624. Me duelen los pies con los zapatos náuticos de lona azul marino.

Rezo en silencio para que Dios me acompañe y me ayude a superar esta última transición antes de llegar al campamento. Cuando llego a la puerta de la celda que me han asignado, miro por la estrecha ventana y maldigo entre dientes. El preso que hay dentro parece tan grande como un Sasquatch. No puedo verle la cara, pero está sentado en el escritorio en calzoncillos y sin camisa. Tiene una espalda enorme y unos brazos cubiertos de tatuajes tribales tan grandes como mis muslos. Está escribiendo, agarrando el lápiz como si fuera una lanza con su puño cerrado. Su abundante cabello es una maraña negra y rebelde. Rezo con renovada fervor para que Dios me ayude a superar esto.

El guardia viene a abrir la puerta y quiero protestar diciendo que voy a acampar, que debería alojarme con algún evasor de impuestos

amistoso. En cambio, me quedo callado. Me han condenado a 45 años y se espera que maneje este tipo de situaciones.

Una vez que el guardia me encierra en la celda, me golpea el rancio olor corporal, pero lo ignoro. Mi nuevo compañero de celda se da la vuelta, revelando un rostro inexpresivo procedente de las islas. Lo saludo mientras extiendo las finas sábanas sobre la colchoneta superior y ato las esquinas con nudos debajo de la colchoneta para mantener las sábanas en su sitio.

«¿A dónde vas?», rompe el silencio el hombre gigante.

«A Florencia», respondo, omitiendo deliberadamente la parte del campo. «Llevo 16 años aquí, por fin voy a salir al oeste», añado, sin que me lo haya preguntado, para que sepa que no soy nuevo en la cárcel.

«¿De dónde vienes?».

«He estado por todas partes. Pasé unos siete años en la prisión federal de Atlanta. Estuve en McKean, Fairton, y ahora vengo de Fort Dix».

Se da la vuelta y me mira con una amplia sonrisa en el rostro. «¡Tío, te conozco! Eres Michael Santos».

Se levanta para darme la mano y, con su entusiasmo, casi me disloca el brazo. «Yo voy a Fort Dix. Antes de entregarme, visitaba tu página web todos los días, hermano, y leía todos tus artículos sobre la cárcel».

Exhalo y me relajo de inmediato. Este hombre es un amigo, no alguien a quien deba temer. Es de Tonga y cumple una condena de cinco años por infringir las leyes de inmigración. Me estiro en la litera superior y respondo a sus preguntas sobre la vida en Fort Dix.

****

Cuando los guardias comienzan a abrir las cerraduras a las 6:00, salto de la litera. Tonga, mi compañero de celda, todavía está durmiendo. Es tan alto que sus tobillos y pies sobresalen del borde de la litera.

Le doy un golpecito en el hombro para despertarlo y le digo que tenemos que bajar a buscar las bandejas del desayuno. Gruñe, y su aliento agrio casi me derriba.

Me como mis copos de avena y luego voy a los teléfonos. Cuando se conecta la llamada con Carole, la oigo llorar mientras acepta los cargos.

«¿Qué pasa, cariño?».

«Tengo una noticia terrible».

«¿Qué pasa, qué ocurre?».

«Me ha llamado Carolyn. Bruce ha tenido un infarto anoche. Ha muerto, Michael».

Estoy de pie frente a un banco de teléfonos, rodeado de presos, y me lleva un segundo asimilar la noticia. Bruce ha formado parte de mi vida desde los primeros días de mi condena, cuando empecé mis estudios universitarios dentro de los muros de la penitenciaría de Atlanta. Me visitaba al menos tres veces al año, independientemente de dónde estuviera recluido, y hablábamos por teléfono con regularidad, al menos una vez a la semana durante muchos años. No puedo creer que se haya ido, que nunca volveré a verlo. Pero más que su muerte, me sorprende que la noticia haya afectado tanto a Carole.

«Cariño, ¿por qué estás tan emocionada? Apenas lo conocías».

«Estoy triste porque tú lo querías y él significaba mucho para ti».

«Sí, era un gran amigo para mí, pero estaré bien. Es más importante que me mantenga fuerte. Eso es lo que él hubiera querido. En lugar de estar triste por su fallecimiento, celebraré su vida y todo lo que hizo para mejorar el mundo. Por favor, llama a Carolyn de mi parte. Dile cuánto lo siento y que le escribiré hoy».

«Eso es algo que me pidió por teléfono. Quería saber si podrías enviarle un recuerdo antes del funeral».

«Lo escribiré hoy y se lo leeré por teléfono la próxima vez que llame. Ahora no llores más. Bruce diría «sigue adelante», y en su honor, eso es lo que vamos a hacer».

Mientras regreso a mi celda, me doy cuenta de que ha estado conmigo durante 14 años, tratándome como si fuera parte de su familia, esforzándose por educarme y guiarme. Me defendió cuando fue necesario y allanó el camino siempre que pudo. Con su muerte, he perdido a mi primer mentor, mi amigo más querido. Haré todo lo posible por expresar mi agradecimiento hacia él en un elogio fúnebre.

Bruce es la segunda persona cercana que fallece desde mi encarcelamiento. Mi abuelo, Pat, que primero me abandonó, perdonó mi comportamiento y habló conmigo por teléfono antes de su muerte en 1999. Mi padre está recluido en una residencia para enfermos de Alzheimer. No lo he visto desde 1995, hace más de ocho años, y no creo que me recuerde. No puede viajar, ni siquiera hablar conmigo por teléfono. Las personas que amo están envejeciendo y pueden morir antes de que yo salga de prisión. Esta realidad empieza a calar en mi interior, causándome un nuevo dolor.

****

Aterrizamos en Colorado. Mientras bajo cojeando las escaleras desde la panza del avión, con los grilletes clavándose en mis tobillos, me sorprende el clima. Son las siete de la mañana del 4 de diciembre de 2003 y oigo al piloto decir que la temperatura es de 40 grados. Solo llevo una camiseta, pantalones caqui y zapatos náuticos de lona azul marino sin calcetines, pero no tengo frío. El aire seco está en calma y el sol bajo brilla a través de un cielo azul sin nubes.

Cuatro autobuses plateados de la prisión esperan en la pista. Cuento doce guardias vigilantes con chaquetas cortavientos azul marino, gafas de sol de espejo y rifles de asalto. El guardia que espera al pie de las escaleras lleva orejeras de plástico en la cabeza para bloquear el ruido de los motores a reacción. Me grita mi nombre y mi número, luego comprueba su bloc de notas y me indica que me ponga en la fila junto al último autobús.

Mientras estoy en la fila, con las muñecas esposadas a la cadena que rodea mi cintura, estudio los rostros de los demás presos que bajan las escaleras. Veo a Renegade, un preso que paseaba conmigo por el patio de la prisión USP de Atlanta. Es calvo, tiene una larga perilla y noto que se ha hecho unos tatuajes nuevos en el cuello y la cara. El guardia le indica que se dirija al autobús de delante. Me pregunto adónde irá.

Después de que todos los prisioneros restantes vuelven a subir al avión, los guardias cuentan a los que estamos en fila junto a los autobuses que se dirigen a Florence. Al parecer, estamos todos, ya que los guardias comienzan a ordenarnos que subamos a bordo. Una vez que estamos todos dentro, la caravana de autobuses comienza a rodar por la carretera hacia el Complejo Correccional Federal de Florence.

Al llegar al carril de giro a la izquierda de la autopista 33, los autobuses pasan rápidamente por la caseta del guardia para subir la sinuosa y ondulada colina que conduce al complejo formado por cuatro prisiones separadas. Cuando nuestro autobús gira a la derecha por el largo camino de entrada de la prisión de seguridad media FCI, los demás autobuses continúan por la carretera hacia las prisiones de mayor seguridad, entre las que se encuentran una prisión de alta seguridad USP y la unidad ADX de la prisión federal, también conocida como Supermax, una jaula para seres humanos. A la izquierda, cerca de la autopista y sin valla, veo lo que debe de ser el campamento. Hombres con uniformes verdes se mezclan en el centro del recinto.

Nuestro autobús se detiene bajo un toldo y las puertas dobles se abren con un chirrido. El guardia principal se encuentra al frente del autobús con una pila de archivos amarillos en las manos. Es un hombre corpulento con un trozo de tabaco de mascar que le hace abultar el labio inferior. Escupe jugo de tabaco marrón en una botella de Coca-Cola de plástico transparente con precisión rítmica. Cuando le oigo gritar «¡Santos!», me acerco para que pueda comparar mi rostro con la foto policial que tiene en el expediente. Escupe en su botella y luego me pide que recite mi número de registro seguido de mi fecha de nacimiento.

Con su asentimiento, tengo permiso para pasar. Cuando bajo del autobús, sigo a los demás presos y avanzamos con dificultad entre filas de guardias armados con uniformes de la BOP. Continuamos hacia el vestíbulo de la FCI. Nuestras cadenas arrastran por el pasillo de mármol marrón haciendo un ruido chirriante que perturba el silencio, similar al de una catedral.

Salimos al exterior, cruzamos una pasarela de hormigón que atraviesa grava de color rojo anaranjado rastrillada en filas ordenadas. Otro guardia nos recibe y abre la puerta de acero que da acceso a la zona de recepción y salida. Antes de desbloquear nuestras cadenas y grilletes, un guardia pide silencio.

«Escuchen su nombre. Si lo oyen, pasen al frente de la fila», grita el guardia.

«Roberts».

«Thomas».

«Williams».

«Y Santos».

Me uno a los demás en la parte delantera.

«Muy bien», grita el guardia. «El resto, entrad en los tanques de retención para que mis oficiales puedan desbloquear vuestras cadenas. Quiero que vosotros cuatro me sigáis».

Entramos arrastrando los pies en una celda más pequeña y deduzco que debe de estar separando a los que hemos sido asignados al campo.

«¿Eres el mismo Santos que escribe sobre prisiones en Internet?», me pregunta Williams.

«Así es». Nunca he visto Internet, pero las preguntas sobre mi trabajo me animan. «¿Te ha resultado útil la información?».

«¡Más que útil! Estaba muy preocupado por venir a la cárcel. Mi abogado no sabía nada sobre cómo iba a ser. Cuando encontré tu sitio

web y leí todo lo que has hecho en la cárcel, me sentí más esperanzado. Mi esposa también».

«¿Cómo escribes para Internet desde la cárcel? ¿Tendremos acceso a ordenadores?», pregunta Roberts.

«Los presos no pueden acceder a Internet ni utilizar ningún tipo de tecnología. Escribo a mano y luego envío mi trabajo por correo a casa. Mi esposa lo escribe a máquina y lo publica en el sitio web que ella gestiona para mí», le explico.

«Tu esposa debe de ser alguien especial, por haber permanecido a tu lado todos estos años», dice Thomas. «Yo solo tengo 18 meses y mi esposa ya ha solicitado el divorcio».

«La cárcel es mucho más dura para la familia que para nosotros», les digo a los hombres. «Nosotros podemos encontrar actividades con las que ocupar nuestro tiempo, incluso trabajar para alcanzar objetivos que mejoren nuestras vidas. Nuestras familias tienen que lidiar con problemas económicos, la soledad y la vergüenza de nuestro encarcelamiento».

Mientras esperamos, aprendemos un poco más unos de otros. Thad Roberts me interesa. Tiene veintitantos años y está cumpliendo una condena de nueve años por robar rocas lunares. Su cabello castaño ondulado enmarca una expresión de constante curiosidad en su rostro. Las raíces del delito comenzaron con su empleo como becario de la NASA. En un gesto romántico, le prometió a su novia que le daría la luna, y no estaba hablando en sentido figurado. El empleo de Thad le dio acceso a las rocas lunares que trajeron los astronautas, y violó las leyes federales al llevarse algunas. Aunque cumplió su promesa de darle la luna a su novia, se expuso a las autoridades federales cuando intentó sacar provecho vendiendo las rocas lunares en eBay.

Los guardias nos traen los formularios de admisión. Nos sacan fotos y nos toman las huellas dactilares. Respondemos a las preguntas de la enfermera, el psicólogo y el administrador del caso. Sigo esperando

que pase algo, que alguien diga que ha habido un error, que me diga que no reúno los requisitos para ingresar en el campamento.

Un guardia abre la puerta y entrega tarjetas de identificación rojas a Roberts, Williams y Thomas.

«Santos», dice mirando en mi dirección.

«¿Sí?

«Ven conmigo». Esta podría ser la sorpresa.

Lo sigo por un pasillo hasta un mostrador donde hay un hombre alto con traje azul oscuro y corbata azul claro junto a una mujer bien vestida, con el pelo negro y gafas. Ella sostiene un expediente con mi foto en la portada.

«¿Cuánto tiempo va a cumplir?», me pregunta.

«45 años».

«¿Y vas al campamento?», interrumpe el guardia uniformado mientras el hombre trajeado observa.

«Soy un preso condenado por la antigua ley», explico. «Con mi sentencia, gano más tiempo de buena conducta que los presos condenados por la nueva ley. Solo cumplo 26 años en total, y ya he cumplido más de 16. Me quedan menos de 10 años para salir en libertad y no tengo ningún problema disciplinario ni antecedentes de violencia».

La mujer mira al hombre del traje, le entrega mi expediente y él lo hojea.

«No vas a fugarte si te meto en el campamento, ¿verdad?», pregunta el hombre del traje.

«No, señor». Él asiente con la cabeza y se encoge de hombros. «Todo está en orden».

El guardia me da mi tarjeta de identificación roja y me dice que espere. Llama a los otros tres prisioneros del campamento y luego nos saca del edificio y nos indica que cojamos un saco de dormir.

No puedo creer que esto esté pasando realmente. Sin cadenas ni ataduras de ningún tipo, atravieso el vestíbulo y abro las puertas de cristal. Por primera vez desde 1987, ni muros ni alambradas me confinan. Veo la autopista a mi izquierda. El guardia señala el campo, al otro lado de la carretera de la FCC, a unos 800 metros de distancia, y nos dice que caminemos hacia allí. Me invade la aprensión de que alguien me llame para que vuelva, pero sigo caminando, sin mirar atrás.

****

El campamento alberga a 500 presos, ninguno con antecedentes documentados de violencia y todos con fechas de liberación dentro de los próximos 10 años. Me asignan a un ala de la unidad de alojamiento con otros 31 hombres y dormimos en cubículos para dos personas.

«¿Acabas de llegar?», le pregunto a un hombre de aspecto pulcro que está a mi lado, cerca de la lavandería de la unidad.

«¿Cómo lo sabes?», responde.

Le señalo los pies. «Las zapatillas de lona azules son el calzado estándar para todos los nuevos presos. Podrás comprarte unas zapatillas de tenis o unas botas decentes en cuanto el personal active tu cuenta de la tienda».

Él asiente con la cabeza. «Soy Eric. Llegué hace dos días».

«Michael. Llegué esta mañana».

Eric es un empresario de Vail que cumple una condena de cinco meses por un delito fiscal.

«Algunos de los chicos van a estar aquí durante años». Me río y nos hacemos amigos.

El consejero Butler nos asigna a Eric y a mí trabajar en la lavandería de la Supermax. Nos levantamos temprano para subir a un autobús que nos lleva por la colina, pasando por las murallas que rodean el complejo USP, hasta la puerta trasera de la Supermax. Cuento ocho torres donde los guardias montan guardia con ametralladoras. Es una estructura de hormigón, parcialmente subterránea, donde los presos viven en aislamiento casi total.

Como uno de los cinco presos asignados a la lavandería, trabajo en la máquina de coser, remendando la ropa de los presos de la Supermax, entre los que se encuentran Unabomber, el hombre que intentó volar el World Trade Center a principios de la década de 1990, y Terry Nichols, cómplice de Timothy McVeigh en el atentado de Oklahoma City. En la lista también veo nombres de miembros de bandas que conocí en la USP de Atlanta. Me pregunto si Renegade, el preso que vi bajar del avión cuando llegué a Colorado, está aquí.

****

Carole y Nichole se mudan de Nueva Jersey a Colorado a mediados de enero. Llegan a Florence para nuestra primera visita familiar el viernes 23 de enero de 2004.

Carole y Nichole se han mudado tres veces en los últimos 18 meses, lo que demuestra su compromiso con el cuidado de nuestro matrimonio. Está decidida a vivir cerca de la prisión en la que estoy recluido y, con ese principio en mente, estamos contemplando una nueva carrera para ella, algo que le permita ganar un salario digno independientemente del lugar al que me envíen los administradores de la prisión.

«He estado buscando diferentes opciones», me dice. «La única carrera que he encontrado en la que puedo trabajar en cualquier lugar y ganar un sueldo decente es la enfermería. Tendría que volver a la escuela a tiempo completo, cursar todas las asignaturas previas de matemáticas, ciencias e inglés, y luego estudiar dos años en la escuela de enfermería. Pero con la licencia de enfermería, siempre podría encontrar trabajo, independientemente de dónde te trasladaran».

«Hagámoslo. Utilizaremos nuestros ahorros y los ingresos de mis escritos para que puedas estudiar enfermería. Y yo escribiré otro libro para generar más recursos. Utilizaremos todo el dinero que entre en nuestra casa para mantenerte».

Nichole tiene 12 años y está terminando sexto curso, pero la incluimos en las decisiones que tomamos. Es nuestra forma de educarla desde las salas de visitas de la prisión.

«Cuéntame cómo es tu nueva escuela», le pregunto.

«Es como Nueva Jersey. He hecho algunos amigos y todos están emocionados por empezar la secundaria el año que viene».

«Cuando estábamos en la secundaria, tu madre y yo ya nos conocíamos».

«Eso es muy raro», dice Nichole.

«Quizás vayas al colegio con tu futuro marido», bromea Carole.

«Ni hablar».

«Nunca se sabe», sonríe Carole.

«Sigue así, Nichole. Tu madre y yo estamos orgullosos de ti. Si estudias mucho en el colegio, estarás preparada para las muchas oportunidades que se te presentarán cuando seas mayor».

****

Es la primavera de 2004, y aunque estamos a 1500 metros de altitud, ya ha dejado de nevar. Las Montañas Rocosas están justo al otro lado de la ventana, tan cerca que parece que pudiera tocarlas con la mano. Desde esta celda de Florence tengo unas vistas maravillosas.

Carole estudia a tiempo completo en el Pueblo Community College y su horario me ayuda a marcar el paso de las semanas. Nos visitamos tres horas todos los viernes por la tarde, seis horas los sábados, domingos y festivos federales. Cuanto más tiempo paso en compañía

de Carole, con mis dedos entrelazados con los suyos, más siento que formo parte de algo más que de la población reclusa.

Mientras estamos sentados uno al lado del otro en las sillas de plástico burdeos de la sala de visitas de Florence, ella me dice que tenemos que conseguir más apoyo para mi petición de indulto. Ha pasado casi un año y no hemos sabido nada.

Le aprieto la mano. «Ya te lo dije, el presidente Bush no va a conmutar mi sentencia. No desviemos nuestra atención de lo que realmente importa. Lo estamos haciendo bien y necesitamos tiempo para prepararnos para mi liberación. Tú concéntrate en terminar química y biología, y yo me encargaré de conseguir un contrato editorial».

«Es una pena que Bruce no esté vivo. Él podría ayudar».

«Tenemos que hacerlo por nuestra cuenta. Tú obtén tu título y yo encontraré un agente literario que represente mi trabajo. Parece que vamos a tener que aguantar cuatro años más de Bush. Pero si consigo un contrato para publicar un libro, tal vez obtengamos el apoyo suficiente para tener una oportunidad razonable de obtener el indulto después de que él se vaya. Y para entonces tú serás enfermera».

«Primero tengo que aprobar álgebra. Estos problemas de palabras ya eran difíciles cuando estaba en el instituto, pero ahora que tengo 40 son brutales».

«Eres más inteligente que yo, y sé que puedes hacerlo». Saco el libro de álgebra que ha traído consigo. «Vamos a resolver algunos problemas juntos».

****

Aparte de trabajar en la lavandería de Supermax, hacer ejercicio y visitar a Carole, dedico toda mi energía a escribir una propuesta de libro y tres capítulos de muestra para un nuevo manuscrito. Lo voy a titular Inside: Life Behind Bars in America (Dentro: la vida tras las rejas en Estados Unidos). Es mi primer intento de llegar a un público general, de no ficción, e invierto más de tres meses con un bolígrafo

Bic y un diccionario para elaborar la propuesta del libro. Carole mecanografía el documento y envía copias a 90 agentes literarios que he seleccionado de una lista comentada publicada en Writers Market. Tengo la esperanza de que se interesen por mi trabajo.

Nuestro esfuerzo por encontrar un agente literario me convierte en un éxito en la entrega de correo. El guardia ha estado llamando mi nombre una y otra vez, entregándome nada menos que 73 rechazos de agentes literarios que han declinado representarme. Pero también he recibido cartas de cuatro agentes que expresan su interés. Ahora tengo en mis manos una de James Schiavone, un agente de Florida que tiene un doctorado en educación.

Los educadores me guiaron durante mis primeros 17 años de reclusión y fueron un modelo a seguir para mí. Admiro su dedicación a mejorar la sociedad a través de la enseñanza y los respeto por la energía que invierten en ayudar a otros a alcanzar su potencial.

Respondo a la carta del Dr. Schiavone y le comunico que me encantaría tener la oportunidad de trabajar con él. Esa respuesta da lugar a más correspondencia. Modifico mi propuesta según sus sugerencias y firmo un contrato por el que autorizo a la agencia literaria Schiavone a presentar mi manuscrito a las principales editoriales. Me emociona tener un contrato válido con un agente literario que Carole y yo hemos encontrado gracias a nuestro propio trabajo.

Sin embargo, el personal ejecutivo de Florence Camp no comparte mi euforia. Esto queda claro cuando el administrador del campamento, el Sr. Jiménez, me llama a su oficina para reprenderme. Mi jefa de unidad, la Sra. Otero, también está presente. Anticipándome al motivo de la reunión, llevo conmigo copias de About Prison, Profiles From Prison y un archivo con cartas que he recibido de numerosos profesores que utilizan mis escritos como recurso para enseñar a los estudiantes universitarios en sus cursos de justicia penal y correccionales.

El Sr. Jiménez es un hombre confy ambicioso, claramente destinado a ocupar cargos más altos en el creciente sistema de la Oficina de Prisiones. Como administrador del campamento, es como un mini al-

caide, y todos los miembros del personal le responden. Como directora de unidad del campamento, la Sra. Otero es su subordinada directa. Me recuerda a un bulldog en miniatura, dura y malvada.

El Sr. Jiménez me autoriza a entrar. Está sentado en una silla de respaldo alto detrás de su gran escritorio de roble. La Sra. Otero está de pie frente al escritorio del Sr. Jiménez, mirándome con ira como si fuera un niño problemático al que está denunciando al director, con las manos entrelazadas a la espalda. Su traje oscuro de poliéster no consigue ocultar los michelines que intenta camuflar.

«Siéntese, señor Santos», dice el señor Jiménez señalando el sofá de vinilo verde que hay junto a su escritorio.

«Le voy a poner en vigilancia postal», dice mientras me siento.

«¿Qué significa eso?», pregunto.

«Significa que el teniente de los Servicios Especiales de Investigación revisará toda la correspondencia dirigida a usted. A partir de ahora, los SIS tendrán que aprobar todo el correo antes de que se le entregue».

«¿Por qué?», pregunto.

«Por la seguridad de la institución», responde la Sra. Otero.

«¿Cuánto tiempo retendrá mi correo?».

«Intentaremos que sea un tiempo razonable», dice el Sr. Jiménez. «Dependiendo del volumen de correo que reciba, puede esperarlo en dos o tres semanas, suponiendo que el SIS lo apruebe».

«¿Qué he hecho para merecer esta sanción?».

«No se le está sancionando», me corrige. «Tengo la responsabilidad de preservar la seguridad de la institución, y esta es una medida de precaución que estoy tomando».

«¿Una medida de precaución contra qué? No estoy amenazando la seguridad. Mi historial está limpio y soy un libro abierto. Lo único que intento es prepararme para reintegrarme con éxito en la sociedad».

«Aún te quedan nueve años por cumplir, y no nos importa nada tu vida después de la liberación», sisea la Sra. Otero. «Lo único que nos importa es la seguridad de la institución. No nos gusta que los presos escriban libros y se quejen del sistema».

«¿Ha visto los libros que escribo? No me quejo de nada».

«No necesito ver tus libros», dice ella. «No quiero que ningún recluso bajo mi supervisión escriba sobre el funcionamiento de la prisión. Es una amenaza para la seguridad».

Me desconcierta su hostilidad y me dirijo al Sr. Jiménez. Intuyo que se siente incómodo con sus invectivas moralistas.

«¿Puedo enseñarle mis libros?».

Él extiende la mano y yo le entrego los libros y el archivo de cartas.

«Escribo sobre la importancia de aceptar la responsabilidad, sobre prepararse para la reinserción. Mis libros no amenazan la seguridad. Ofrecen sugerencias para mejorar y reducir las tasas de reincidencia. Universidades de todo el país los utilizan como recursos didácticos. Estoy orgulloso de mi trabajo y me gustaría contar con su apoyo».

El Sr. Jiménez hojea las páginas.

La Sra. Otero observa el intercambio y, intuyendo que el Sr. Jiménez podría reconsiderar su decisión, me desafía verbalmente de nuevo. «¿Por qué estás aquí? ¿No eres traficante de drogas?».

«Tomé la mala decisión de vender cocaína cuando tenía veintipocos años. Ahora tengo cuarenta y espero que me juzguen por el historial que he construido durante los últimos diecisiete años, en lugar de por el delito que me llevó aquí».

«Apuesto a que sí. Estás cumpliendo una condena de 45 años, ¿verdad? ¿Por qué no cumples tu condena como todos los demás? Escribe tus libros cuando salgas», gruñe.

Soy inmune a sus ataques verbales, ya que sé que lo hace por el bien de Jiménez.

«¿Como todos los demás? Señora Otero, el 70 % de las personas que salen de prisión vuelven a ella. Cumplir mi condena como todos los demás solo me llevaría al fracaso después de 26 años. Estoy decidido a no permitir que eso suceda. ¿Por qué se opone a mí? Aquí hay miembros de bandas que prosperan gracias al delito, ¿y usted quiere gastar su energía en bloquearme? ¿Por qué?».

«La cuestión es, Sr. Santos, que tenemos una institución que dirigir», explica el Sr. Jiménez, devolviéndome mis libros. «¿Cómo cree que reaccionarían los contribuyentes si se enteraran de que permitimos a los reclusos escribir libros?».

«La política de la BOP anima expresamente a los reclusos a escribir manuscritos y dice que no necesitamos la autorización del personal».

«No dice que se puedan publicar», espeta la Sra. Otero, sin estar dispuesta a ceder.

«Yo no los publico, lo hace otra persona. Yo regalo los manuscritos. ¿No preferirían que los presos utilizaran su tiempo de forma productiva en actividades que les ayuden a superar el estigma del encarcelamiento? ¿No es eso mejor que perder el tiempo viendo la televisión y jugando a juegos de mesa?».

«Ya se lo he dicho. No nos importa lo que les pase a los reclusos cuando salgan. Aquí dirigimos una prisión», espeta enfadada.

El Sr. Jiménez niega con la cabeza. «Hemos tomado una decisión, Sr. Santos. A partir de hoy, usted estará bajo vigilancia postal. Puede apelar la decisión, pero he consultado con el alcaide y él está de acuerdo en que la seguridad de la institución es lo primero».

Salgo de su oficina con la sensación de que el Sr. Jiménez me respeta, tal vez incluso admira lo que he hecho. Pero es un burócrata de carrera que representa un sistema cuyas políticas tienen la consecuencia involuntaria de perpetuar el fracaso; la dirección de la prisión rechaza las prácticas laborales innovadoras y el «pensamiento creativo». Es mucho más fácil aislar y castigar.

No le debo lealtad alguna al Sr. Jiménez, a la Sra. Otero ni al sistema penitenciario. Al escribir sobre las prisiones desde dentro, espero influir en el apoyo a las reformas de nuestro costoso sistema penitenciario, que perpetúa tantos fracasos. Siento el deber de escribir sobre las instituciones más defectuosas de Estados Unidos, especialmente sobre un sistema penitenciario federal oculto a la vista del público y que cada año malgasta miles de millones de dólares de los contribuyentes.

****

Desde la ventana de mi cubículo, veo el Saturn azul de dos puertas de Carole esperando en una fila de vehículos al lado de la carretera. Cada día me da más razones para apreciar las bendiciones de mi vida. Con su amor, me siento afortunado, lo suficientemente fuerte como para superar cualquier cosa que me depare este sistema penitenciario. Cuando el guardia de la puerta principal levanta la barrera para que los coches entren en la FCC para las visitas, salgo de mi cubículo y camino hacia la sala de visitas.

Cuando el oficial Zimmer me llama, entro en la sala para que me registren. Es amable con Carole y conmigo, y le permite a Carole traer sus libros de texto para que yo pueda ayudarla a estudiar. Estaba emocionada cuando hablé con ella por teléfono antes, y estoy ansioso por escuchar sus noticias.

Cuando entro en la sala de visitas, ella se pone de pie, sonriendo, con los brazos abiertos esperando mi abrazo. Ella cumple esta condena conmigo. Para nosotros, estas pocas horas juntos son nuestras citas.

«¿Qué ha pasado? ¿Has sacado un sobresaliente en el examen de química?», le pregunto.

Ella me sonríe. «Estoy muy orgullosa de ti», dice.

«Dime por qué».

«Jim ha llamado. Te ha conseguido un contrato para publicar tu libro».

«¿Con quién?», pregunto.

«St. Martin's Press. Nos van a dar un anticipo. Tendrás distribución en todo el mundo».

La noticia me emociona. Solo han pasado un par de semanas desde que firmé el acuerdo con Jim Schiavone y en su carta me pedía paciencia. Aunque mis mentores, George Cole y Marilyn McShane, me ayudaron a colocar mis dos primeros libros en editoriales académicas, soy un autor novato para las editoriales convencionales. Pensaba que mi encarcelamiento sería un verdadero obstáculo, pero Jim es un agente profesional muy competente. Su representación me dio credibilidad ante la gran editorial neoyorquina y, una vez más, un educador cambia mi vida. Me enorgullece que los bolígrafos y el papel que compro en la tienda de la prisión contribuyan al bienestar de Carole y Nichole. Esta prueba tangible de que otros me ven como algo más que un preso me da una sensación de validación.

«¿Tengo que hablar con alguien, con Jim o con alguien de St. Martin's?».

«Todos entienden tu situación. Puedes enviarlo todo a través de mí, como siempre. Lo escribiré y enviaré el manuscrito por correo electrónico. La única pregunta es sobre las ediciones. ¿Cómo vas a cumplir con los plazos si el personal sigue reteniendo tu correo?».

«Enviemos las páginas del manuscrito a Rick», sugiero, refiriéndome a mi compañero de celda. «Nadie revisa su correo».

«No puedo hacerlo. Probablemente tengan alguna norma sobre escribir a otro recluso».

«Cariño, eres libre. Puedes enviar correo a quien quieras. No podemos dejar que estas mentes estrechas de la prisión nos impidan alcanzar el éxito».

«Ni hablar», Carole está en contramant. «No voy a hacer nada que pueda crear un problema con nuestras visitas. Le enviaré las páginas del manuscrito que escriba a Jennifer. Ella se las puede enviar a su marido y, cuando él las reciba, te las puede dar».

«Cumpliré con el plazo».

«Nadie tiene ninguna duda al respecto», me asegura Carole.

****

La norma de la BOP que limita a los presos a 300 minutos de teléfono al mes dificulta los lazos familiares. Con una media de menos de 10 minutos diarios de acceso al teléfono, no puedo permitirme hablar con nadie más que con Carole. Pero hoy es 11 de junio de 2004, el 37.ºth . No he hablado con mi hermana menor desde que voló a Nueva Jersey el año pasado para asistir a mi boda con Carole, así que marco su número en Miami para darle una sorpresa.

«Feliz cumpleaños», le digo cuando contesta.

«Hola, gracias», responde Christina en voz baja, con tristeza. Luego, silencio.

«¿Qué pasa? No pareces estar celebrando nada», insisto en obtener una respuesta.

«¿No has hablado con Carole?».

«Todavía está en la escuela. La veré esta noche cuando vayamos a visitarla, ¿por qué?».

«Papá ha fallecido hoy, Michael».

Sabía que la salud de mi padre había ido empeorando durante la última década. Su enfermedad le impidió viajar para visitarme después

de que dejara la USP de Atlanta. La noticia de Christina, aunque no era inesperada, me duele. Los retos de este largo viaje por la prisión siguen llegando, pero los he afrontado repetidamente a lo largo de los años y acepto con estoicismo la noticia del fallecimiento de mi padre. Exhalo y animo a mi hermana a ser fuerte.

«¿Puedes venir al funeral?», me pregunta, con voz distante.

«No». Soy un preso y conozco mis limitaciones.

«Podemos posponer el servicio unos días si necesitas tiempo para la solicitud», me suplica.

«Christina, ni siquiera me dejan usar más el teléfono. No me van a dejar viajar a Seattle para un funeral.

Tú y Julie organizad el servicio sin mí. Rezaré aquí y escribiré un elogio fúnebre».

Ahora han fallecido los tres hombres más cercanos a mí. Rezo por mi abuelo, Bruce y mi padre. Mi encarcelamiento se prolonga demasiado como para que hayan podido darme la bienvenida a casa. Al no permitirme presentar mis últimos respetos y mostrar mi gratitud, espero en silencio que la muerte de mi padre sea la última pérdida familiar que sufra como prisionero.

****

Carole y yo esperamos con ilusión la celebración de nuestro segundo aniversario de boda en junio de 2005. Al igual que hicimos el día de nuestra boda y en nuestro primer aniversario, disfrutaremos de una cena romántica, con los aperitivos que nos ofrezcan las cuatro máquinas expendedoras. Ambos nos sentimos bien por estar adelantados al calendario que nos habíamos fijado. Carole está completando los últimos requisitos previos antes de comenzar su licenciatura en enfermería en la Universidad Estatal de Colorado, y Ben Sevier, mi editor en St. Martin's Press, ha aceptado mi manuscrito de Inside: Life Behind Bars in America.

Después del recuento de las 5:00 a. m. del miércoles 1 de junio de 2005, sello el sobre que contiene el prólogo de Inside y lo llevo al buzón de salida. Excepto por la edición final, he terminado con ese proyecto y espero con ansias su publicación. Es hora de comenzar algo nuevo.

Vuelvo a mi cubículo y me siento en la pequeña superficie metálica montada contra la pared de hormigón verde. La mesa y el taburete «escritorio» todo en uno son lo suficientemente grandes como para colocar mi papel y mi diccionario, pero nada más. Coloco una toalla doblada sobre el borde para evitar que se me clave en el antebrazo mientras escribo a mano. El duro taburete metálico montado en un brazo oscilante debajo del escritorio está justo al lado de la ventana a mi derecha, que enmarca la vista de un millón de dólares del Pico Pike y las Montañas Rocosas. Después de 18 meses, nos hemos establecido, Carole y Nichole en la ciudad y yo en Florence Camp.

Después de dos horas escribiendo, oigo la página. «¡Santos! Preséntese en la Burbuja».

La Burbuja está en la entrada del campamento, donde se reúnen los guardias. Empiezo a caminar con aprensión, porque sé que nada bueno puede salir de esta convocatoria.

Cuando llego a la Burbuja, veo al teniente del SIS que está a cargo de la seguridad de la FCC. Está tomando café con los otros guardias en la sala acristalada y me recuerda a alguien que aspira a una carrera como agente del FBI. El mismo teniente me interrogó hace unas semanas después de que un periodista escribiera un artículo sobre la ADX y citara mi trabajo como fuente. Cuando le dije al teniente que no había tenido ningún contacto con los medios de comunicación, mi respuesta pareció poner fin a su investigación. Ahora no estoy tan seguro, ya que rara vez se molesta en venir al campamento. Le muestro mi tarjeta de identificación roja al guardia de la ventana.

«Siéntese ahí», me ordena, señalando al otro lado del pasillo, hacia la sala de visitas. «Alguien vendrá a verle». El guardia se queda con mi

tarjeta de identificación y el agente del SIS, que está detrás de él, me mira fijamente mientras bebe su café.

Me siento solo en la sala de visitas y miro a mi alrededor. Carole y yo pasamos todo nuestro tiempo juntos aquí, pero mi intuición me dice que el cambio está a punto de acabar con el horario de visitas que tanto valoramos y apreciamos. Mi corazón late más rápido cuando entra un guardia que no reconozco y confirma mis sospechas.

«¿Eres Santos?».

«Sí».

«Póngase las esposas».

CAPÍTULO DOCE

Meses 209-231 / 2005-2007

El guardia de servicio me lanza una mirada desagradable, de arriba abajo, antes de soltar su pregunta cuando entramos en el pasillo cerrado dentro de la Unidad de Alojamiento Especial. Como no me conoce, supongo que su evidente desprecio se extiende a todos los presos.

«¿Qué hace aquí este cabrón?».

Me quedo en silencio, con las manos aún esposadas a la espalda.

«Uno para la SHU. Órdenes del capitán». El guardia que lo transporta me quita las esposas y se aleja.

«¡Desnúdate!», ordena el guardia de la SHU.

Me desabrocho y me quito la camisa verde, luego me quito la camiseta por la cabeza y la tiro al suelo. El guardia se queda cerca, demasiado cerca, mirándome fijamente mientras me quito las zapatillas, los pantalones, la ropa interior y los calcetines.

«Quítate todo».

Me quedo delante de él, desnudo, y me desabrocho la correa de goma de mi reloj Timex, dejando caer el reloj en su mano extendida.

«Dame el anillo».

«No tengo por qué darte mi anillo».

«¿Qué ha dicho, recluso?». Da un paso hacia mí y su aliento me roza la cara.

Levanto mi mano izquierda. «Es una alianza de plata, sin piedras. La política de la BOP dice que puedo llevarla puesta en todo momento».

El guardia se quita las gafas, las cierra y las guarda en el bolsillo de su camisa. Se acerca más a mí. «¿Me estás diciendo cómo dirigir mi institución, cabrón?».

«No me estoy resistiendo. Llame al teniente. Él conoce la política».

«Aquí mando yo». El guardia aprieta los puños, dispuesto a pelear. «O te quitas el anillo o te lo quitaré yo. No va a entrar en mi unidad».

Desnudo, no estoy en posición de defender mis derechos. Este guardia ansía una confrontación violenta y, si llega a eso, yo pierdo. Con el tiempo que llevo cumpliendo condena, estoy condicionado a aceptar que los guardias repitan constantemente su mantra sobre preservar la seguridad de la institución mientras violan tanto los derechos humanos como los derechos civiles. A pesar de la promesa que le hice a Carole de no quitármelo nunca, deslizo la banda de mi dedo y se la entrego al guardia. Da un paso atrás, se vuelve a poner las gafas y continúa con el registro.

El guardia me entrega un mono verde y un saco de dormir. Caminamos por el bloque de celdas. Cuando abre la puerta metálica, veo a tres presos dentro. Rollo, un preso joven, está en la litera de arriba. Hace varios meses causó un revuelo en el campamento cuando decidió que ya había tenido suficiente confinamiento y se marchó. Pueblo está en la litera de abajo, encerrado en la SHU desde hace dos meses por pelearse. Jerome está sentado en el suelo de la SHU porque el guardia del servicio de comidas lo pilló pasando dos veces por la fila del comedor el día de las hamburguesas. Dejo caer mi saco de dormir en el suelo para usarlo como colchón y me recuesto contra la pared, doblando las rodillas para apoyar los pies contra el inodoro de acero.

«¿Por qué te han pillado?», pregunta Rollo desde su litera.

«Por malversación. Dicen que transferí un millón de dólares de la cuenta bancaria de la prisión a la cuenta de mi esposa».

«¡No puede ser! ¿En serio?». Rollo me creería si le dijera que me encerraron en la SHU por no ponerme la servilleta en el regazo. Es totalmente crédulo.

«No sé por qué estoy aquí. Simplemente me encerraron», admito encogiéndome de hombros.

«Ay, Rollo, eres tan estúpido que te crees cualquier cosa». Pueblo le da un golpe con la almohada desde la litera de abajo.

«¡Podría pasar!», se defiende Rollo. «¿Nunca has visto Cadena perpetua, tío?».

«Esa mierda era una película cojonuda», dice Jerome.

«Rollo», le pregunto. «¿Por qué te fuiste del campamento?».

«Echaba de menos a mi mujer».

«Cuando se presentó en su puerta, la zorra llamó al FBI para denunciar a ese estúpido», dice Jerome, completando la explicación de Rollo.

«¿Eso es lo que pasó?», le pregunto a Rollo.

Él asiente con la cabeza y se ríe. «Me esperan cinco años más por fugarme».

«¿Qué condena cumplías antes?», le pregunto.

«Veintidós meses por fraude con tarjetas de crédito».

«Probablemente te darán otro año. Puedes aprovechar ese tiempo para estudiar», le digo.

«Ese tonto no va a estudiar nada», dice Pueblo. «Ni siquiera sabe jugar a las cartas».

Me paso todo el día en el suelo de la abarrotada celda, que no permite a Pueblo ni a Rollo bajarse de sus literas. Cuando alguien tiene que usar el inodoro o el lavabo, me quedo en un rincón. Aquí no hay posibilidad de hacer ejercicio, y con el ir y venir de las conversaciones, la lectura o la escritura tendrán que esperar.

Por la noche, un guardia abre la puerta y me lanza una esterilla para dormir. La deslizo debajo de la litera de acero, luego me arrastro

con cuidado debajo de la cama, con la cabeza por delante, y me quedo quieto. La litera de acero de Pueblo está a solo unos centímetros por encima de mí, demasiado cerca para poder girarme de lado. Duermo boca abajo, usando mis brazos cruzados como almohada.

«¡Santos! ¡Levántate!». No llevo mucho tiempo dormido cuando oigo al guardia dar una patada a la puerta metálica. Abre la puerta con la llave.

Salgo gateando de debajo de la cama, con cuidado de no pisar a Jerome. El guardia me esposa las manos a la espalda y me saca fuera. No hago preguntas y él no da explicaciones. Me desnudo, tiro mi mono a un cubo de basura y me quedo de pie para que me registren, ansioso por salir.

«¿Qué talla?», pregunta el guardia.

«Dos-X», respondo.

Me lanza un rollo de pantalones caqui de viaje. Después de esposarme y encadenarme, me uno a un grupo de otros presos y subimos a un autobús en marcha. El cielo aún está oscuro. Atravesamos las puertas y nos unimos a un convoy de otros tres autobuses, dos con presos de la penitenciaría de Florence y uno de la ADX.

Cuando los autobuses giran a la derecha, dejando atrás el Complejo Penitenciario de Florence, miro a través de las ventanas tintadas y me pregunto dónde vive Carole. La casa que alquila está a solo dos millas de la prisión, me dijo, pero no sé dónde. El autobús pasa por las oscuras calles transversales demasiado rápido para que pueda ver su coche aparcado en la entrada. No importa. Es antes del amanecer y ella está dormida, ajena a un nuevo desarraigo de nuestras vidas.

****

Tengo un asiento junto a la ventanilla mientras el avión despega. Espero volver a dormir esta noche en el Centro de Tránsito de Oklahoma y me pregunto si volveré a ver al guardia nativo americano. Cuento cuántas veces he viajado en aviones de transporte penitenciario y llego

a la cifra de 12, lo que explica por qué algunos de los marshals estadounidenses me resultan familiares. Noto canas y nuevas arrugas en sus rostros curtidos; durante los últimos 18 años he volado con ellos a lo largo de sus carreras.

Llevamos unas horas en el aire cuando me pitan los oídos y se me revuelve el estómago. Mientras descendemos, miro por la pequeña ventanilla. A medida que nuestro avión se acerca a la pista de aterrizaje, veo árboles de hoja perenne que rodean un lago que reconozco. Nos acercamos a Seattle, la ciudad donde Carole y yo crecimos, donde Julie y su familia aún viven. Carole y yo puede que hayamos crecido aquí, pero ya no es nuestro hogar. Somos nómadas, una familia de presos.

El avión aterriza en Boeing Field, justo al lado de la Interestatal 5. Miro hacia fuera y veo a los guardias y alguaciles que rodean el avión para el intercambio de prisioneros. Ojalá me llamaran, porque me gustaría volver a pisar suelo de Seattle. Puede que esté encadenado, pero respiro el mismo aire que mi hermana, aunque ella no sabe que estoy aquí. Ni siquiera mi mujer sabe dónde estoy.

Después de una hora, volvemos a despegar y echo un último vistazo por la ventana. Es 2005, probablemente pasarán ocho años más antes de que vuelva a ver el horizonte de Seattle. La Ciudad Esmeralda se desvanece a medida que el avión gira y asciende. No sé dónde viviremos Carole y yo dentro de ocho años. Quizá queramos empezar de cero en una nueva ciudad, o incluso en un nuevo país.

Vuelvo a ver Oklahoma City mientras el avión rueda por la pista. Es mi quinta vez aquí y conozco la rutina. Cojeando con mis cadenas, estoy ansioso por rellenar los formularios y entregarlos. Cuanto antes comience el trámite, antes sabré adónde voy.

«¿Sabe adónde va?», me pregunta la mujer uniformada.

Niego con la cabeza y le paso mis formularios de admisión.

«Santos, Michael», dice, y mueve el dedo índice por la lista de nombres que aparece en la copia impresa de su ordenador. «Big Spring,

Texas», dice, y se me encoge el corazón. «No, espere, le han reasignado. Va a ir al campo de Lompoc».

****

Entre los presos, el campo de Lompoc, situado en la costa central de California, tiene fama de ser la joya de la corona del sistema penitenciario federal. Durante años he oído decir que los administradores reservaban el campo de Lompoc para los políticos que habían infringido la ley y para los poderosos delincuentes de cuello blanco.

Viajar en autobús por la autopista de la costa del Pacífico, con el olor salado del océano llenando mis pulmones, me evoca agradables recuerdos de mi infancia, cuando visitaba a mis abuelos en Los Ángeles durante las vacaciones de verano. Recuerdo nadar con mis hermanas en diferentes playas de California, saltando entre las olas que rompían sin cesar en la orilla. Mientras miro el océano, trato de recordar la sensación de flotar en el agua. Contemplo cómo se sentiría sumergir mi cuerpo. Durante 18 años, el único agua que he sentido ha sido la que sale de un grifo. No puedo recordar la sensación de flotabilidad. En ocho años, Carole y yo nos bañaremos juntos y nadaremos en ese océano.

Klein Boulevard, la larga vía que conduce al Complejo Penitenciario Federal de Lompoc, es una carretera de asfalto en mal estado y llena de baches. A mi derecha está el límite vallado de la prisión de seguridad media y a mi izquierda está la prisión de baja seguridad. Mientras el autobús avanza a trompicones por la carretera en mal estado hacia el campamento, los presos, vestidos con uniformes verdes, caminan libremente por senderos pintorescos que serpentean entre altos eucaliptos que perfuman el aire. Aprecio la belleza natural.

Después de seis horas de trámites, los guardias nos entregan nuestras tarjetas de identificación y sacos de dormir. Me uno a otros cuatro presos que salen por las puertas del edificio de recepción y alta de la prisión de alta seguridad. Caminando delante del grupo, paso por el campo donde un grupo de presos juega al fútbol. Más adelante, varios

hombres hacen pesas en el gimnasio del campamento. Las piñas que caen de los árboles cubren el camino por el que voy.

La unidad de alojamiento se asemeja a un almacén prefabricado de acero, y el guardia que hay dentro, de aspecto relajado, parece más bien un miembro de ZZ Top, con su larga barba, sus gafas de sol negras y sus pesados anillos de plata con diseños góticos. Tatuajes de rayos dobles, llamas, calaveras y huesos cruzados cubren sus antebrazos. Está en una oficina desordenada, sosteniendo una revista Maxim con una joven en bragas chupando un pirulí en la portada. Está recostado en su silla, con las piernas cruzadas y unas pesadas botas de cuero negro apoyadas casualmente sobre un escritorio de metal gris.

Me pongo delante de él con mi saco de dormir y los demás presos nuevos empiezan a agolparse en la oficina, formando una fila detrás de mí. El guardia nos ignora mientras pasa las páginas de su revista. Hay bolsas de lona verdes esparcidas por el suelo de baldosas, rayado y sucio. Un ventilador de mesa sopla y una radio emite música rap hardcore de Tupac.

«¿Qué pasa?», pregunta el guardia, bajando por fin la revista.

Le entrego mi tarjeta de identificación y los demás prisioneros siguen mi ejemplo.

«¿Sois vosotros los nuevos?», pregunta, bajando el volumen de la radio.

Nos quedamos quietos, esperando a que el guardia revise las fichas. Luego retira los pies del escritorio y se pone de pie.

«Seguidme», dice.

Lo seguimos fuera de la oficina y por el estrecho pasillo a la derecha. Este desemboca en un espacio abierto tan grande como un hangar de aviones privado. Para ser la joya de la corona de la BOP,está muy deteriorada. Seis columnas de literas metálicas grises, con 30 filas de profundidad, llenan la inmensa sala. El ruidoso y abarrotado alojamiento desprende un hedor pútrido. Sigo al guardia mientras nos

conduce por el pasillo central y señala la cuarta cama de la columna cuatro.

«Santos. Esta es la tuya».

Él sigue caminando con los demás. Dejo mis pertenencias y me preparo para instalarme.

****

«¡Santos!», oigo por el altavoz. «Recluso Michael Santos. Número 16377-004. Preséntese en el edificio de administración. ¡Inmediatamente!».

«Otra vez no», me quejo para mis adentros. Solo llevo un día en el campo de Lompoc y ya me están llamando. Recorro la corta distancia que me separa de otra confrontación con los administradores de la BOP. Al pasar junto a un sedán Dodge Intrepid blanco reluciente con cristales tintados y tres pequeñas antenas que sobresalen de la parte trasera del coche, supongo que pertenece a la flota de la fuerza de seguridad del Complejo Penitenciario Federal. Una mirada más cercana al elaborado sistema de comunicación del interior del coche confirma mis sospechas. Alguien ha venido a interrogarme.

A través del cristal ahumado de la puerta principal del edificio se ve a una recepcionista. Llamo a la puerta y espero a que me responda antes de abrirla. He oído a otros presos referirse a ella como «la mujer dragón», así que no abro la puerta hasta que ella me indica que puedo hacerlo. Es un enfrentamiento, pero estoy dispuesto a esperar todo el día. Prefiero esperar a que me regañen y me intimiden.

Después de varios minutos, ella se da cuenta de que no voy a abrir la puerta y que no voy a volver a llamar. Levanta la vista, molesta, y me hace señas para que entre.

«Soy Michael Santos». Le muestro mi tarjeta de identificación. «He oído una llamada al edificio de la administración».

Antes de que ella pueda responder, un hombre fornido, de rostro anguloso y corte de pelo militar, entra en la puerta de la sala de conferencias. Lleva un uniforme de la Oficina Federal de Prisiones muy almidonado.

«Le he llamado, pase». Me indica que me siente en una silla al lado de la mesa.

«Siéntese. ¿Sabe quién soy?».

«No». Niego con la cabeza.

«Soy el teniente Merkle. Servicios de Investigación Especial». Abre un maletín de cuero burdeos que hay sobre la mesa. «Por lo general, no es buena señal que llame a un recluso para una reunión».

«Conozco bien la función del SIS». Estos guardias no pueden intimidarme.

«Estoy seguro de que sí».

La sala permanece en silencio mientras él hojea sus papeles.

«Así que tú eres el escritor. ¿Sabes por qué estás aquí?».

«Sí, lo sé». Asiento con la cabeza.

«¿Y cuál es su interpretación?».

«Cuando tenía veintipocos años, vendía cocaína. Desde entonces soy un preso y, como tal, soy susceptible de recibir este tipo de citaciones».

El teniente me mira. «¿Así que eres un listillo?».

«En absoluto. Por eso estoy aquí. Si no hubiera vendido cocaína, ahora no estaríamos hablando».

Me mira fijamente. «Pero vendiste cocaína. Ahora eres un recluso en mi institución».

Saca una página de su carpeta. «He recibido una carta del teniente Knowles, del SIS de Florence».

«De acuerdo».

«Te trasladaron aquí por motivos administrativos porque tus escritos representaban una amenaza para la seguridad de esa institución».

«¿Cómo es eso?».

«No importa. La cuestión es que ahora estás en mi institución y estoy aquí para avisarte. Si escribes algo que amenace la seguridad de mi institución, no te trasladaré. En cambio, te enterraré tan profundamente en la SHU que nadie te encontrará jamás. ¿Lo entiendes?».

«¿Qué considera usted una amenaza para la seguridad de la institución?».

«Eres un tipo listo, averígualo tú mismo. Pero si te encierro para investigarte, no tendrás acceso al teléfono, al correo ni a las visitas. ¿Lo entiendes?».

«¿Pero por qué?», digo con las manos abiertas. «Nunca he escrito una frase que amenazara la seguridad. Todo mi trabajo anima a la gente a actuar de forma responsable y a llevar una vida respetuosa con la ley. Yo vivo según esa norma. ¿Por qué considera que mis escritos son una amenaza?».

«Yo hago las preguntas. No las respondo», espeta el teniente, cerrando su expediente.

«¿Puedo preguntarle si me va a someter a vigilancia postal?».

«Recluso Santos, aquí empieza de cero, sin vigilancia del correo, sin restricciones. No amenace la seguridad de mi institución y no tendrá ningún problema. Si vuelve a verme, no le irá bien».

—Una cosa más, teniente. Mientras estuve en Florence, escribí un libro sobre lo que observé en la prisión. St. Martin's Press tiene el

manuscrito y tiene la intención de publicarlo en 2006. ¿Ese libro va a ser un problema?

Se frota la barbilla. «Hablaremos de eso cuando salga el libro».

****

La entrevista del SIS me alerta sobre mi estatus de alto perfil en Lompoc y salgo de la reunión esperando resistencia por parte del personal. Puedo lidiar con eso. Inside está en proceso de publicación y St. Martin's Press está lanzando una edición internacional que pondrá mi trabajo ante decenas de miles de personas. Estoy dispuesto a pagar cualquier precio que el sistema exija, siempre y cuando salga de prisión con más habilidades y recursos que contribuyan a la estabilidad de mi familia.

Pero también necesito relajarme un tiempo, reducir mi visibilidad y consolidar mis logros para prepararme para mi próximo proyecto, sea cual sea.

Mientras tanto, presto atención a dos factores que influyen en la paz en la prisión: la asignación de literas y la asignación de trabajos. En el estilo de vida de almacén de Lompoc, estamos hacinados. Cuando me siento en mi litera superior, todo lo que veo es una rejilla de literas metálicas, con más de 160 presos apiñados en la habitación. Si estiro las manos, toco la cabeza de otro hombre. Si me pongo de pie en los dos pies de espacio que hay entre mi litera y la taquilla metálica, no puedo abrir los brazos sin invadir el espacio de otro preso.

Mi unidad de alojamiento, una de las dos que hay en el campo de Lompoc, es tan pequeña que su única función es proporcionar un lugar para que los presos duerman, sin ofrecer espacio adicional para escritorios, televisores o juegos de mesa. Nuestro inadecuado baño comunitario tiene tres urinarios, cinco inodoros en cabinas tan pequeñas que mis rodillas tocan la puerta cuando me siento, siete lavabos y cuatro duchas utilizables para 160 hombres. Los presos limpian sus cuencos de plástico para la comida en los mismos lavabos donde se cepillan los dientes. La avena o la cena de la noche anterior siempre obstruyen el

desagüe. A pesar del trabajo de los celadores, los baños permanecen en diversos grados de suciedad.

Las condiciones de vida en el campamento de Lompoc, la «joya de la corona» del sistema penitenciario federal, son las peores que he experimentado. No importa dónde duerma, ya que todas las literas son iguales. Aun así, a pesar de las pésimas condiciones de alojamiento, Lompoc tiene ventajas que justifican su buena reputación. El entorno pintoresco, los niveles marginales de supervisión del personal y el alto nivel de libertad personal se combinan para compensar el hacinamiento.

Como no puedo encontrar privacidad donde duermo, intento conseguir un trabajo que me dé algo de espacio. Quiero un trabajo ordenado en la unidad de alojamiento, limpiando suelos, baños o pasillos. Ese trabajo requiere dos horas de trabajo como máximo al día, lo que me dejaría tiempo suficiente para escribir. El Sr. Castro es el consejero de Lompoc que asigna los trabajos a los presos y espero en la cola para verlo con la esperanza de influir en su decisión.

La oficina del Sr. Castro está en la parte delantera del dormitorio, justo al otro lado del estrecho pasillo de la oficina del oficial de la unidad, donde vi al guardia de ZZ Top. Antes de acercarme a él, le pregunto a Rick, un preso que lleva siete años aquí, cómo responde Castro a las solicitudes de trabajo de los reclusos.

«Llévele dulces», sugiere Rick.

«¿Qué quieres decir?»

«Al chico le gustan los dulces. En serio. Llévale una tableta de Hershey's y quizá tengas alguna oportunidad».

«Eso podría funcionar con otra persona. Si yo lo hiciera, me acusaría de intento de soborno».

«Dile que has encontrado dos barritas de Hershey encima de tu taquilla», aconseja Rick. «Como no son tuyas y no sabes de quién son, dile que vas a entregarlas. Luego pídele el trabajo que quieres».

Me río y le doy las gracias a Rick por el consejo. Pero llamo a la puerta de Castro con las manos vacías.

«Adelante», le oigo decir, y abro la puerta. Está sentado detrás de su escritorio, con aspecto de pelota de playa, redondo y bajito.

«Sr. Castro, soy Michael Santos y acabo de llegar aquí. Me gustaría hablar con usted sobre mi asignación de trabajo».

El consejero cruza sus manos regordetas sobre su corpulento vientre y sonríe. «Sé quién es usted, señor Santos. ¿Dónde quiere trabajar?».

«Llevo mucho tiempo aquí. Espero conseguir un trabajo que me dé tiempo para escribir. Me gustaría trabajar como celador».

«Esté atento a las convocatorias. Tengo un trabajo en mente para usted y no es como celador». Sigue sonriendo, pero no da ninguna pista.

La «lista de llamadas» es el documento que el personal imprime a diario para organizar los horarios de los reclusos. En él se enumeran las citas con el personal médico, las asignaciones de programas, las reuniones del equipo de la unidad, los cambios de cama y los trabajos de los reclusos. Cuando veo mi nombre asignado a la granja, entiendo la sonrisa de Trent. Prefiere que palee estiércol de vaca a que maneje un bolígrafo.

El campamento de Lompoc gestiona una granja en funcionamiento, de varios miles de acres, con rebaños de ganado vacuno, caballos y vacas lecheras. La lechería requiere una gran cuadrilla de presos para ordeñar y cuidar a más de 300 vacas al día. Los «vaqueros» de la prisión realizan todas las tareas del rancho relacionadas con la cría de ganado para carne; otro equipo de la prisión se encarga de mantener las hectáreas de maíz y soja que se cultivan para alimentar al ganado. Un pequeño equipo de presos conduce camiones de 18 ruedas entre Lompoc y Arizona para entregar la leche producida en el campamento. Esos presos duermen en moteles y comen en restaurantes cuatro días a la semana sin la supervisión del personal.

Además de las tareas ganaderas, los 350 presos del campamento proporcionan mano de obra para mantener las prisiones adyacentes de baja y media seguridad. Los presos ocupan puestos de electricistas, fontaneros, pintores, carpinteros, jardineros, mecánicos, operarios de tratamiento de aguas residuales y empleados administrativos para una comunidad de 5000 reclusos y personal.

Algunos reclusos del campamento disfrutan de un grado de libertad inusualmente alto en sus trabajos, llegando incluso a disponer de vehículos del gobierno. Mientras trabajan en la granja o fuera del campamento, esos reclusos pueden disponer de su tiempo libremente. Por ello, Lompoc es un paraíso para todo tipo de contrabando y citas no autorizadas con esposas y novias.

Ni el trabajo ni la libertad adicional me sirven para mis propósitos. A diferencia de los políticos y profesionales de cuello blanco recientemente condenados que cumplen condenas cortas en el campo de Lompoc, mi condena bajo la antigua ley tiene una ventaja que hace que tomarme libertades con las normas sea peligroso. Bajo la antigua ley, gano más tiempo de buena conducta. Una infracción disciplinaria puede reducir los 19 años de crédito por buena conducta que gano contra mi condena de 45 años. Para ganar libertad, me centro exclusivamente en los preparativos que contribuirán a mi éxito tras la liberación, evitando al mismo tiempo comportamientos e interacciones que podrían prolongar mi encarcelamiento.

****

Carole termina sus cursos de verano en Colorado y ella y Nichole venden la mayor parte de sus pertenencias en un mercadillo. No he visto a mi esposa desde hace 73 días, desde que me encerraron en la unidad de seguridad especial (SHU) de Florence. Mil millas nos separaban en nuestro segundo aniversario de boda, el 24 de junio de 2005, mientras yo estaba en tránsito hacia Lompoc. Agotamos nuestra asignación mensual de 300 minutos de teléfono con palabras cariñosas. No es suficiente. Mi madre, mi abuela, Julie y Christina hacen el largo viaje a Lompoc mientras yo espero a Carole. Los guardias me devolvieron

mi anillo de boda cuando me ingresaron, pero sigue sin ser suficiente. Echo de menos a mi esposa, la suavidad de sus besos.

Me quedo fuera, detrás del dormitorio, bajo una hilera de eucaliptos que bordean la carretera, y veo cómo Carole sigue a otros siete coches que circulan lentamente sorteando los baches para entrar en la FCC. Mi corazón late por ella. Cuando veo acercarse su Saturn turquesa, sonrío. Ha atravesado Colorado, Nuevo México, Arizona y California para reunirse conmigo, y me siento el hombre más afortunado del mundo, a pesar de que estoy empezando mi 19.º año en prisión.

La veo girar hacia el campamento. Nos saludamos con la mano mientras conduce a pocos metros de mí. Mientras aparca y hace cola para el trámite, yo voy hacia la parte de atrás, me siento en un banco bajo un pino y espero a que el guardia de la sala de visitas me llame.

«¡Santos! ¡Visita!». Oigo la llamada por los altavoces que retumban por todo el campamento.

Ansioso por verla, tocarla, abrazarla de nuevo, le entrego mi tarjeta de identificación al guardia que está en el mostrador. Luego busco a mi esposa en la abarrotada sala de visitas. Está junto a las máquinas expendedoras esperando para comprar una taza de café, vestida con vaqueros azules planchados, una blusa blanca de algodón y tacones negros que hacen que su cabeza quede a la altura de mis ojos. Nos abrazamos con fuerza y nos besamos.

«Te he echado de menos, cariño», me susurra al oído.

«Estás preciosa, más guapa que nunca. Me alegro mucho de que estés aquí», le digo.

«Nunca volveremos a estar separados tanto tiempo».

«Te he echado mucho de menos. Vamos, sentémonos fuera». Aunque las condiciones de vida en el campamento de Lompoc me decepcionan, la zona de visitas del campamento supera a cualquier otra que hayamos visto. El patio delantero tiene veinte mesas de picnic de madera, algunas con dos asientos y otras con cuatro. Están colocadas so-

bre un césped verde y frondoso, aún húmedo por el rocío de esta mañana de agosto. Una valla de madera tosca con dos travesaños delimita el perímetro de la zona de visitas. Hacia el final del jardín hay un banco de hormigón junto a una talla de madera de un simpático oso negro de California. Llevo a Carole al banco, donde podemos sentarnos a la sombra de un alto eucalipto. A través del escaso bosque de pinos que hay fuera de la zona de visitas, vemos a los presos que están dentro de las puertas de la prisión de baja seguridad adyacente jugando al tenis y al fútbol.

«¡Vaya! Qué bonito es este lugar. No parece una prisión», reflexiona Carole. «¿Quién cuida tan bien las rosas?».

«Lo conocerás más tarde. Lo llamamos Dave, el hombre de las flores. Es uno de los chicos que he conocido».

«¿Por qué está aquí?».

«Es un promotor inmobiliario de la zona de Tahoe, cumpliendo una condena de un año por un negocio que salió mal».

Le cuento a Carole sobre el campamento, sobre cómo se diferencia de todos los demás en los que he estado y que me gustaría quedarme aquí hasta que vuelva a casa. Pero a Carole no le gusta mucho la idea. Me sugiere que solicite un traslado.

«¿Por qué?», le pregunto.

«Cariño, vivir aquí me va a costar el doble que en Florencia. Llevo toda la semana buscando. Todo es más caro, incluido el alquiler, la gasolina y la comida. Me preocupa no poder permitírmelo».

«¿Y qué hay de la escuela? ¿Puedes empezar en septiembre?».

Carole me habla de la lista de espera. En Colorado, tenía previsto empezar la escuela de enfermería en septiembre y graduarse en 2008 con una licenciatura en enfermería.

«Lo más pronto que podré entrar en un programa de enfermería aquí es en enero de 2007. No obtendré mi título de enfermería voca-

cional hasta mayo de 2008, y el de enfermera titulada, un año después. No creo que tengamos suficiente dinero para vivir aquí. Creo que deberías intentar trasladarte a Oregón o a algún lugar menos caro».

«Cariño, no es tan fácil. Solo llevo aquí dos meses. Nadie me hará caso si pido el traslado, no hasta que haya estado aquí al menos 18 meses».

«¿Por qué no? Ni siquiera el SIS te quiere aquí. ¿Qué pasará si me instalo aquí y te vuelven a trasladar?».

Aprieto las manos de Carole para tranquilizarla. «Entonces tendremos que lidiar con eso. Puedo pedir el traslado en la primavera de 2007, pero para entonces tú estarás en el programa de enfermería. Intentemos que esto funcione aquí».

«Tú mismo has dicho que no puedes controlar lo que te van a hacer, y el SIS ya te ha advertido. Pueden llevarte en mitad de la noche, como hicieron en Fort Dix y en Florence». La voz de Carole revela su preocupación.

«Te prometo que no haré nada que cause problemas», le digo, rodeándola con el brazo.

«Pero tú nunca causas problemas».

«Quiero decir que no escribiré nada sobre la prisión. No haré nada que puedan considerar una amenaza para la seguridad de su preciada institución. Trabajaré en la lechería y viviré como un preso hasta que termines la escuela de enfermería. St. Martin's Press publicará Inside el año que viene y recibirás más dinero cuando lo haga. Podemos generar más ingresos a través de nuestra página web para ayudar. Eso, junto con otros cheques de derechos de autor, te ayudará a terminar la escuela de enfermería. Tenemos que hacer que nuestras vidas funcionen aquí. Necesitaremos esa seguridad para cuando vuelva a casa».

****

Al Sr. Griggs, el director de la unidad del Campamento Lompoc, le encanta fumar. Mientras está de pie debajo del toldo a rayas azules y blancas fuera del edificio de administración, admira los anillos de nubes de nicotina que cuelgan sobre su cabeza. Hoy me ve cruzar el aparcamiento hacia él.

«¿Puedo hablar con usted?». Me detengo fuera de la línea amarilla bajo el toldo para no invadir su espacio.

«La jornada de puertas abiertas es a las tres». Me rechaza.

«Tendré que estar trabajando a esa hora. Solo es una pregunta», insisto.

El Sr. Griggs exhala una nube de humo por encima de su cabeza y levanta la vista para admirar su obra. «¿Qué pasa?».

«Me gustaría que me autorizara un cambio de trabajo».

«¿Por qué?».

«Llevo seis meses trabajando en la lechería. Necesito dedicar más tiempo a prepararme para la carrera que quiero desarrollar cuando salga».

«¿Salir? ¿No te quedan como cinco años más?».

«Saldré en 2013, dentro de siete años».

«Es demasiado pronto para que pienses en la puesta en libertad. Las necesidades de la institución son lo primero. Puedes quedarte en la lechería».

«El empleado de la central eléctrica se va. He estado esperando para cambiar a ese trabajo». Exhaló otra nube de humo y la observó mientras se elevaba.

«Déjame pensarlo».

****

En la primavera de 2006, finalmente convencí al Sr. Griggs para que autorizara mi cambio de trabajo de la lechería a la central eléctrica. La central eléctrica opera tres enormes calderas que generan vapor para calentar la penitenciaría de seguridad media adyacente. Requiere personal las 24 horas del día. Como empleado de la central eléctrica, me hice amigo del Sr. Brown, el gerente, y de sus muchos subordinados que se turnan como capataces. Tengo una oficina con un gran escritorio, un aparador y estanterías, una máquina de escribir eléctrica con memoria, archivadores y una silla de oficina acolchada. Cuando cierro la puerta, estoy solo.

Mi trabajo requiere algunas tareas. Llevo un registro de todos los gastos energéticos del Complejo Penitenciario Federal; relleno formularios reglamentarios de «seguridad»; y contabilizo las hojas de asistencia de los 100 presos asignados como trabajadores. Es un trabajo administrativo tedioso, pero he desarrollado un sistema que me permite estar al día con mis responsabilidades y reservar unas horas al día para mi correspondencia y mis proyectos de escritura independientes.

He hecho un nuevo amigo y mentor, el Dr. Sam Torres. Tras jubilarse como agente superior de libertad condicional de los Estados Unidos, se convirtió en profesor de Justicia Penal en la Universidad Estatal de California en Long Beach. Utiliza mi primer libro, About Prison, como lectura obligatoria para los cursos que imparte en prisiones, y eso nos ha llevado a mantener correspondencia. El Dr. Torres intentó visitarme cuando estaba en Florence y volvió a intentarlo cuando me trasladaron a Lompoc. El Sr. Griggs y los altos cargos de la Oficina Federal de Prisiones le denegaron el permiso alegando motivos de seguridad en la institución.

Citan la política que prohíbe a los presos recibir visitas de personas que no conocían antes de su encarcelamiento. Irónicamente, a medida que escribir me pone en contacto con más gente, los administradores de la BOP se vuelven más vigilantes en sus esfuerzos por aislarme de la sociedad. El Dr. Torres me concede el privilegio de interactuar con su clase, y yo respondo a las preguntas escritas de los futuros agentes de libertad condicional y administradores de prisiones a los que él enseña.

Mi trabajo en la central eléctrica se vuelve mucho más fácil cuando el Sr. Brown, uno de los capataces del taller, me da un elegante ordenador Dell nuevo con una rápida impresora láser. Está equipado con software para procesamiento de textos y hojas de cálculo que mejoran la precisión de mi trabajo. Gracias al ordenador, puedo completar en una hora lo que antes me llevaba cinco. Es una herramienta maravillosa. Aprecio el tiempo que me ahorra, así como la oportunidad de aprender nuevas tecnologías.

Como empleado de la central eléctrica, trabajo para todos los capataces y para el Sr. Johnson, el jefe del departamento de gestión, pero el Sr. Brown es el capataz que me contrató. Es mi supervisor principal y me cuida. Tiene más de 40 años, es un hombre de familia que se enorgullece cuando me habla de sus hijos. Su esposa vive cerca y a veces le lleva comida a la central eléctrica que él comparte. El Sr. Brown me trata como a un hombre, como a un empleado, en lugar de como a un preso. Cuando él o cualquier otro miembro del personal me pide ayuda con algún escrito personal, no lo dudo.

«Sr. Brown, ¿le parece bien si utilizo el ordenador para trabajar en algunos de mis proyectos de escritura?».

«¿Qué estás escribiendo? ¿Otro libro?».

«Quizás. No lo sé, lo estoy pensando. Estoy aquí todo el día y, cuando termino mi trabajo, me gustaría escribir, siempre que usted esté de acuerdo».

«Por lo que a mí respecta, el ordenador no es diferente de una máquina de escribir». Se encoge de hombros. «No está conectado a Internet. No veo por qué alguien podría tener algún problema con que escribas en él».

****

en prisión

Estoy a punto de completar mi 19. en prisión y solo me quedan siete años más por delante. Carole vive a pocos kilómetros de distancia, lo suficientemente cerca como para visitarla todos los sábados,

domingos y festivos federales. Nichole es una estudiante brillante. Se graduará en el instituto en junio de 2008, un año antes de lo previsto. Mi trabajo en la central eléctrica es muy fácil, lo que me deja con una única preocupación: las finanzas. Soy responsable de proporcionar el dinero para cubrir los gastos de manutención de Carole y no quiero que tenga ninguna preocupación económica mientras estudia en la escuela de enfermería.

«Cariño, creo que debería intentar escribir otro libro», le sugiero al comienzo de nuestra visita.

Ella niega con la cabeza. «Por favor, no más problemas. Ya tenemos suficientes preocupaciones con la publicación de Inside en agosto. No sabemos qué va a hacer el SIS contigo una vez que la BOP lo lea, pero al menos lo escribiste antes de trasladarte aquí. Él ya te advirtió lo que pasaría si escribías un nuevo libro, y yo tengo previsto empezar el programa de enfermería en enero. Por favor, te lo ruego, no hagas nada que pueda volver a trastornar nuestras vidas».

Le cojo la mano. «Estoy pensando en tus estudios. Tengo que asegurarme de que tengas suficiente dinero. ¿De qué sirve empezar la universidad si no tienes suficiente dinero para terminarla?».

«¿De qué sirve empezar la escuela si el SIS te encarcela y te traslada al otro lado del país? ¿Y si nos quitan las visitas?».

«Puedo escribir desde la SHU, puedo hacer ejercicio en la celda. Y si nos quitan las visitas, lo afrontaremos. Lo importante es que seas enfermera cuando vuelva a casa, porque por mucho que me prepare, puede que me enfrente a verdaderos retos para ganar un sueldo después de 26 años en prisión. Necesitaremos la estabilidad de tus ingresos».

«¿Qué quieres escribir?», pregunta Carole.

«He conocido a muchos empresarios aquí. Podría empezar a entrevistar a tipos que cumplen condena por fraude, delitos bursátiles o problemas fiscales. Estoy pensando en escribir sus historias en un libro que podríamos llamar White Collar. En lugar de escribir sobre la cárcel, escribiría para describir cómo personas cultas toman decisiones sin

saberlo que las llevan a la cárcel. Creo que hay un mercado para ello y no veo cómo alguien podría acusarme de amenazar la seguridad. Pero te prometí que no haría nada que pudiera traer problemas a menos que tú estuvieras de acuerdo. ¿Qué opinas?».

«Me da miedo que te lleven».

«¿Confías en mí?».

«Por supuesto».

«¿Seguirías queriéndome y seguirías casada conmigo si me llevaran y no pudiéramos vernos?».

«Siempre te amaré y siempre seguiré casada contigo, pero por favor, no hables de que me lleven».

«Los dos sabemos que eso podría ocurrir en cualquier momento. Tenemos que basar nuestras decisiones en nuestro futuro, no en nuestras visitas. Escribir es la única forma que tengo de ganar dinero para nosotros, pero quiero tu consentimiento, necesito que aceptes este plan».

Carole niega con la cabeza, pero accede. «Lo que tú creas mejor».

****

El Sr. Smith es el guardia del campamento en el turno de noche. Le gustan los libros sobre la guerra, especialmente los que tratan sobre la Segunda Guerra Mundial y el Tercer Reich. Por lo general, evito a los guardias, ya que mi instinto me dice que buscan ganarse puntos con sus superiores redactando informes sobre infracciones disciplinarias. Pero alguien le dijo al Sr. Smith que soy escritor. Le gusta hablar conmigo sobre mi trabajo y su carrera, especialmente sobre su época como soldado en Irak. Smith me dijo una vez que le gusta la violencia y que «se le da bien». También le decepciona que una reprimenda por usar fuerza excesiva contra un recluso empañe suhistorial laboral; ese historial, junto con las bajas puntuaciones en las pruebas de aptitud, dificulta sus posibilidades de conseguir un trabajo en la Patrulla de

Carreteras. Viste acorde con su papel, llegando al campamento cada tarde en su Harley, con una chaqueta bomber negra con tachuelas cromadas, un casco blanco que recuerda al de un soldado prusiano y gafas de sol de espejo con montura metálica fina.

Veo al Sr. Smith cuando regreso al campamento después de terminar mi turno de noche en la central eléctrica. Cuando le pido mi correo, me lo entrega y entabla conversación.

«He leído tu libro», dice asintiendo con la cabeza y echando tabaco en su vaso desechable. «Está muy bien. La única objeción que tengo es que escribes "guardia de prisiones" en lugar de "funcionario de prisiones"».

«Estoy describiendo la prisión desde la perspectiva de un preso», le explico. «Es lo que veo. ¿Por qué te molesta eso?».

«Porque no somos solo guardias de prisión. Tenemos formación, políticas que seguimos para mantener el orden».

«No escribo "guardia" para menospreciar a nadie, sino para mostrar al lector con precisión cómo es la prisión. En 19 años, nunca he sentido que el sistema intentara corregirme a mí ni a nadie más. Aunque se llama "correccional" y supuestamente el sistema cuenta con "funcionarios de prisiones", el énfasis principal está en proteger la seguridad de la institución. Eso es vigilar la prisión, no corregir».

«La cuestión es que no hay mucho que podamos hacer para "corregir" a la mitad de los idiotas que tenemos por aquí. Lo único que entienden es una buena patada en el culo».

«Ahí es donde discrepamos», le respondo. «El uso de la fuerza en lugar de incentivos es la principal razón por la que el sistema penitenciario tiene una tasa de fracaso tan alta, desperdiciando miles de millones de dólares de los contribuyentes».

«¿Cómo es que no funciona?», sonríe el Sr. Smith. «Nadie se escapa».

«Eso es porque estás vigilando la prisión, pero no estás corrigiendo a nadie. Los incentivos que incluirían mecanismos para que los presos trabajaran para ganarse la libertad cambiarían eso. Motivarían a más gente a crecer y prepararse para el éxito».

«Suena a un montón de tonterías liberales». Escupe en su taza.

«¿Te crees un conservador, verdad?».

«Por supuesto». Da la vuelta al escritorio y se deja caer en su silla.

«¿Gobierno pequeño y todo eso?».

«Exacto, hermano. Estrellas y rayas hasta el final».

«Entonces, ¿cómo explicas tu sueldo del gobierno y tu pensión garantizada? Tienes qué, un título de secundaria, pero ganas lo suficiente para comprarte una Harley, un barco, una autocaravana y tienes más vacaciones que nadie en el sector privado. ¿Por qué?».

«Mantener el orden. Eso es lo que hay».

«Supongo que esa es tu opinión. Desde mi punto de vista, las prisiones causan más daño que bien. Escribo lo que veo».

«Tú y yo no somos tan diferentes. Nos imagino fuera, llevando a las chicas a comer algo mientras nos tomamos unas cervezas y discutimos sobre cómo debería funcionar el mundo».

«Eso tendrá que esperar. Me quedan siete años más para reformarme».

****

Lee Nobmann se entrega al campamento de Lompoc a principios de julio de 2006. Tiene poco más de 50 años, es de aspecto pulcro, con cabello blanco como la nieve, ojos azules claros y complexión robusta. Está solo, sentado en una mesa de picnic con vistas a un frondoso valle en su primer día. Yo estoy en la mesa de al lado y me fijo en él porque es una cara nueva, más parecida a la de un hombre de negocios que a la

de un preso. Siempre estoy buscando presos de los que pueda aprender, especialmente hombres de negocios cuyas historias pueda escribir en White Collar.

Mientras echo un vistazo al título del libro que lee, tratando de recabar pistas sobre sus intereses, nuestras miradas se cruzan. «¿Es usted fan de John Grisham?», le pregunto.

«¿Quién es ese?», sonríe.

«John Grisham, el autor de su libro. ¿Ha leído muchas de sus otras obras?». Me acerco a su mesa.

Él le da la vuelta al libro para mirar la portada. «Lo cogí de la estantería de la biblioteca. Buscaba algo para matar el tiempo».

Le tiendo la mano. «Soy Michael Santos. Bienvenido».

«Lee Nobmann», nos damos la mano.

«¿Te has adaptado bien?», le pregunto.

«Me estoy acostumbrando», asiente con la cabeza. «Es un poco lento».

«Créeme, se vuelve más fácil. ¿Cuánto tiempo vas a estar con nosotros?».

«Un año más o menos. ¿Y tú?».

«A mí me quedan siete más, pero sé que pasan rápido».

«Ay. Me duele oírte decir eso».

Sonrío. «No es tan malo. Llevo aquí mucho tiempo».

«¿En serio? ¿Cuánto tiempo? He conocido a algunos chicos que llevan varios años aquí».

«Llevo aquí desde 1987. Estoy terminando mi decimonovena año año».

«¡Dios mío! ¿Y te quedan siete más? Eso es toda una vida. ¿Cuántos años tienes?», pregunta.

«Tengo 42».

«¿A qué te dedicabas? Si no te importa que te lo pregunte».

«No, no me importa. No pagué mis impuestos».

«Estás bromeando».

«Bueno, también vendí cocaína, pero eso no viene al caso».

Él se ríe. «¿En serio? ¿Has estado en prisión durante 19 años? ¿Cómo es que pareces tan normal? Pensaba que acababas de llegar».

Asiento con la cabeza. «¿Qué puedo decir? Me he ganado una medalla de oro por cumplir mi condena».

«Es la frase más loca que he oído nunca. Lo siento».

«He sido bendecido en muchos sentidos. Tengo una esposa maravillosa y, a través de la escritura, he encontrado una forma de conectar con el mundo».

«¿Sobre qué escribes?».

«Sobre la cárcel», respondo riendo. «Es el único mundo que conozco. Intento ofrecer a los lectores una visión desde dentro».

«¿Qué escribes? ¿Artículos o algo así?».

«Escribo libros».

«No me digas. ¿Puedes hacerlo desde aquí?».

«Sí».

«¿Alguna de ellas se ha publicado?».

«Algunos. Ahora estoy escribiendo uno nuevo para delincuentes de cuello blanco, un libro que puede ayudar a los empresarios y otros profesionales a comprender mejor el sistema».

«Me habría venido bien algo así. No tenía ni idea de en qué me estaba metiendo».

«¿A qué te dedicas?»

«Trabajo en el sector minorista».

«¿Qué vendes?».

«Madera».

«¿Eso es ilegal?»

Él se ríe. «Tengo un problema con los impuestos».

«¿Te importa hablar de ello? Me gusta aprender de gente como tú».

«No, no me importa. Aunque no es tan interesante. Me deduje algunos gastos empresariales que no debía».

«Puede que a ti no te resulte interesante, pero estoy seguro de que a los empresarios de todo el país les gustaría saber cómo el hecho de aplicar deducciones puede llevar a una pena de prisión».

«Ahora que lo dices, supongo que tienes razón», reconoce Lee.

«¿Sigues en el negocio?».

«Sí, claro».

«¿Es una empresa grande?».

«Es aceptable», asiente con la cabeza.

«¿Cuántos empleados?». Busco alguna señal que me indique con quién estoy hablando.

«Tenemos cerca de 500».

«Quinientos empleados», me río. «¿Y a eso le llamas una empresa de tamaño aceptable?».

Él sonríe, con los ojos brillantes, mientras agita la mano en el aire. «No digas eso. No debería haberlo dicho».

«¿Por qué no?».

«Probablemente no sea bueno que se sepa en un lugar como este».

«¿Qué tipo de ingresos obtiene una empresa como esa?».

«Este año deberíamos alcanzar los 450 millones».

«¿Cuatrocientos cincuenta millones de dólares? Es una empresa gigantesca. ¿Es cotizada en bolsa?».

«No», responde él negando con la cabeza. «Es una empresa familiar».

Lee y yo hablamos en la mesa de picnic hasta que tenemos que entrar para el censo de las 10:00 p. m. Una vez finalizado el recuento, volvemos a la mesa de picnic y hablamos hasta medianoche, disfrutando del calor del verano y de la compañía del otro. Es una persona sencilla, muy tranquila. Le hago preguntas sobre cómo construyó su negocio y yo respondo a sus preguntas sobre cómo ha sido vivir como preso. Me alegro de tener un nuevo amigo, alguien a quien admirar y de quien aprender. Para alguien que está en prisión, un amigo es lo mejor del mundo.

****

Es lunes, 6 de agosto de 2006, el día en que Inside: Life Behind Bars in America llega a las librerías de todo Estados Unidos. Escribí la propuesta y el capítulo de muestra hace más de dos años, y desde entonces he trabajado en el proyecto de una forma u otra todos los días. Mientras camino desde mi litera por el pasillo central de la unidad de alojamiento hasta el baño, miro mi reloj. Son solo las seis en California, pero las nueve en la costa este, y las librerías ya han abierto en Nueva York, Washington, Boston y otras grandes ciudades. Me pongo a la cola para usar el lavabo y me pregunto si alguien estará leyendo mi libro. En solo siete años más, entraré en una librería o biblioteca y

veré libros en una estantería con mi nombre en el lomo. Pero ahora, tengo que quitar el arroz, las judías y el pelo que alguien ha dejado en el filtro del desagüe del lavabo para poder lavarme los dientes antes de ir al trabajo.

Mi trabajo en la central eléctrica me permite escapar de la sensación de agobio de la vivienda. Me gusta pasar tiempo en lo que he llegado a llamar «mi oficina». Es pequeña, solo hay espacio para una persona, y la he personalizado. Una foto de Carole y yo descansa sobre un archivador de metal negro en un marco que le compré a un tipo que dedica horas a proyectos de artesanía; él mismo tejió el marco con bolsas de papas fritas desechadas, con el lado brillante hacia afuera. En la estantería que hay encima de mi escritorio tengo diccionarios, libros de referencia, libros de citas y un almanaque. Cuando cierro la puerta, estoy solo y soy productivo. Los guardias de servicio me dejan trabajar, excepto cuando necesitan ayuda con sus propios proyectos.

«¿Has visto esto?», me pregunta el Sr. Lime. Trabaja en la oficina contigua a la mía como supervisor de la tienda y me entrega una copia impresa de Internet de la reseña literaria dominical de Los Angeles Times. Ed Humes, autor ganador del premio Pulitzer, ha escrito sobre mi libro, Inside, y la reseña a toda página incluye mi fotografía.

«Gracias», le digo. Me siento validado, porque, aunque soy un preso condenado a cadena perpetua, mi obra se publica ahora en una sociedad abierta y esta reseña reforzará para siempre mi currículum. Me esfuerzo por demostrar que soy digno del amor de Carole y del apoyo que recibo de tanta gente. Me emociona tener una reseña que da a conocer mi obra a millones de personas.

«¿Tienes una copia del libro?», pregunta el Sr. Lime.

«Tendré algunos esta semana, suponiendo que la oficina de correos los deje pasar».

«Déjame echarle un vistazo».

«Por supuesto, jefe».

Pasan dos horas y estoy usando una cuchara de plástico para sacar atún de su envase cuando el Sr. Johnson abre la puerta detrás de mí. Dejo el envase sobre el aparador y giro mi silla para mirarlo. Su voz ronca de fumador, que sale por el lado izquierdo de su boca, ya que su cigarrillo está en el lado derecho, se suma a su acento sureño de Texas. Me cae bien.

«He leído lo que han escrito sobre ti en el periódico», dice.

«Gracias», respondo.

Se queda en el umbral de la puerta, con los papeles en la mano y el cigarrillo apagado colgando de los labios. Lleva la corbata aflojada y el botón superior de la camisa azul desabrochado. A través de sus gafas de lectura marrones, estudia los papeles que sostiene.

«¿Puedo ayudarle en algo?», le pregunto, deduciendo que quiere algo.

«Si no le importa, me gustaría que echara un vistazo a unos papeles».

«Lo que sea, por supuesto».

«Me han ofrecido un trabajo como director de proyectos para la ciudad de Santa María. He rellenado el currículum, la carta de presentación y todo lo demás. Como eres escritor, ¿crees que podrías echarle un vistazo?».

«Por supuesto».

El Sr. Johnson me pasa sus documentos y se queda mirando mientras los leo. Llevo seis meses trabajando como empleado administrativo y tenemos una relación distendida. Utiliza palabrotas cuando me cuenta historias sobre sus fines de semana. Dice que ve a un cómico llamado Larry the Cable Guy. A pesar de la familiaridad, me siento incómodo evaluando su pésima redacción y no sé qué decir.

«¿Le parece bien si le hago algunas sugerencias?».

«Claro que sí. Esperaba que lo corrigieras».

«Probablemente sería más fácil si lo volviera a escribir».

«Arregla lo que sea necesario. Sé que tengo algunas debilidades, ya que no terminé la universidad y me piden un título universitario, pero me jubilaré con 30 años en el FBI, dirigiendo instalaciones de todos los tamaños. Eso debería contar para algo. Arreglalo lo mejor que puedas».

«Voy a necesitar unas horas».

«Tómese todo el tiempo que necesite. Lo recogeré mañana». Sale, dejándome solo.

****

Jeff, recién llegado a Lompoc desde Seattle, está cumpliendo los primeros meses de una condena de 10 años por vender cocaína. Estoy de pie en el estrecho espacio entre mi litera y mi taquilla cuando me da una palmada en el hombro.

«¿Has visto este artículo?». Jeff me pasa la sección de revistas del Seattle Times del domingo 24 de septiembre de 2006. Mi foto aparece en la portada, junto a un artículo de Stewart Eskenazi, el mismo periodista que cubrió mi juicio para el periódico. Mi carta de 1988 le llevó a hacerme una entrevista y a publicar un artículo en primera plana en el que expresaba mi arrepentimiento por vender cocaína y me comprometía a aprovechar mi estancia en prisión para reformarme y contribuir a la sociedad. El artículo de seguimiento del periodista, dos décadas después, describe mi progreso. Sus padres le habían enviado la revista para animarle al comenzar a cumplir su condena.

Abro la revista y hojeo las páginas. «He leído el texto del artículo. Pero es la primera vez que veo la revista. Mi hermana me envió una copia, pero aún no la he recibido».

«Tío, no puedo creer que hayas hecho todo eso desde la cárcel». Jeff asiente con admiración.

«Ha pasado mucho tiempo. ¿Puedo quedarme con la revista? Quiero enseñársela a un amigo».

«Claro. Mi madre me ha pedido tu libro».

«Genial, gracias por el apoyo. Te devolveré la revista cuando reciba la mía».

«Quédatela», dice él.

«Gracias, te lo agradezco».

«No hay problema».

Atravieso el estrecho pasillo entre las literas y doblo por el concurrido pasillo hacia la litera de Lee. Está sentado en la silla metálica frente a su taquilla abierta, vestido con un chándal gris y gafas de lectura negras. Está colocando su ropa, cuidadosamente doblada, en los estantes de la taquilla.

«¿No puedes pagar a alguien para que lo haga por ti? Los directores generales no hacen el trabajo pesado».

Lee se ríe y se lleva el dedo a los labios. «Hay cosas que uno tiene que hacer por sí mismo. ¿Qué tal?».

«Mira esto». Le entrego la revista. «¡Vaya! Portada», sonríe. «Qué guay».

«Te la dejo aquí. Quedamos en las mesas de picnic después del recuento».

«Por supuesto. Gracias».

Los guardias no tardan mucho en contar a los 340 presos del campo de Lompoc y, a las 4:20, Lee y yo caminamos con la multitud hombro con hombro por el estrecho pasillo del dormitorio, como si fuéramos parte de un rebaño de ganado. Algunos presos incluso mugean. Una vez que pasamos por la puerta y estamos a salvo, me dice lo impresionado que le ha dejado el artículo. El sol aún calienta mientras entramos en el veranillo de San Martín de California.

«¿Por qué no hay más gente haciendo lo que tú has hecho?», pregunta Lee. «Parece que lo único que quiere hacer todo el mundo por aquí es jugar a las cartas y perder el tiempo».

«En realidad, no es culpa suya. La prisión tiene una estructura rígida y no ofrece ninguna esperanza a estos chicos. Un preso puede hacer muchas cosas que le traerán más problemas, pero no hay ningún mecanismo que le anime a mejorar su vida o acortar su condena. Intentar formarse es casi imposible con toda la resistencia del personal. No puede esforzarse por mejorar, y como el sistema solo le ve por el delito que le ha llevado allí, la respuesta por defecto es rendirse y aceptar que la cárcel es para cumplir condena».

«Tú no lo hiciste».

«Para mí fue diferente. Tenía tanto tiempo que cumplir que sabía que la cárcel iba a consumir una gran parte de mi vida. No quería que eso me definiera. Sabía que no quería convertirme en un preso y sabía que, si no me educaba, nunca sería capaz de funcionar fuera».

«Este sistema es un desastre. Tenemos que hacer algo para cambiarlo».

«De eso se trata mi trabajo. Una ventaja de haber cumplido tanto tiempo es que tengo credibilidad ante los demás presos. Espero demostrarles con el ejemplo que, con disciplina, pueden desarrollar habilidades que los prepararán para reinsertarse en la sociedad y tener una vida significativa. Pocos quieren vivir como delincuentes, pero cuando no creen en sí mismos, se rinden. Ese patrón de fracaso comienza cuando son jóvenes. Sin comprender las consecuencias, los niños abandonan la escuela, se unen a pandillas, venden drogas y, cuando llegan a la cárcel, caen aún más en el fracaso. A través del ejemplo, espero mostrarles cómo pueden salir de ahí».

«Pero, ¿cómo? Las personas que más necesitan el mensaje no compran libros. Muchos ni siquiera leen».

Solo leen lo que les interesa y, tienes razón, no compran libros. Pero si escribo sobre personas con las que se identifican, experiencias y

estilos de vida con los que se identifican, puedo ayudar. Lo que necesito es patrocinio. Necesito encontrar empresas y organizaciones con conciencia social que compren y distribuyan los libros a quienes los necesitan.. Cuando salga, encontraré esos patrocinadores. Espero que me ayudes».

«¿Por qué esperar hasta que salgas?», pregunta Lee. «Te patrocinaré ahora mismo. ¿Qué te gustaría hacer?».

Mientras estamos sentados en la mesa de picnic, Lee escucha mientras le expongo dos ideas para libros. Propongo entrevistar a presos que hablen de sus antecedentes penales. En concreto, quiero escribir sobre personas que abandonaron la escuela, se unieron a bandas y se involucraron en el mundo de las drogas o el crimen. Sugiero un libro que describa a los presos y que vaya seguido de una serie de preguntas de debate abiertas para que los lectores reflexionen. Con el patrocinio de Lee, podría producir y distribuir los libros de forma gratuita a escuelas con grandes grupos de niños en situación de riesgo. Los profesores y orientadores podrían utilizar los libros para mostrar historias reales de las consecuencias que acarrean las decisiones delictivas.

El segundo libro estaría dirigido a adultos que están comenzando a cumplir sus condenas en prisión. Ese libro también contaría historias de presos, pero las historias destacarían los pasos que dieron para cambiar sus vidas y vivir de forma responsable. Este libro mostraría cómo cualquiera puede utilizar la disciplina y los recursos disponibles en la prisión para prepararse para una vida exitosa tras su puesta en libertad.

«¿Cómo lo llamarías?», pregunta Lee.

«Aún no lo he pensado detenidamente, pero me basaría en lo que he aprendido».

«Voy a patrocinar esos proyectos ahora mismo. Cuenta con 75 000 dólares. Eso debería bastarte para escribir e imprimir ambos libros, distribuirlos sin coste alguno y aliviar la presión sobre Carole mientras termina sus estudios».

«¿Hablas en serio?».

«Créeme, mi familia ha sido bendecida de muchas maneras», dice. «Lo digo completamente en serio. Una lección que he aprendido es que apoyar proyectos que valen la pena para la sociedad se retribuye con creces. Además, después de todo el trabajo que has hecho aquí, te lo mereces».

CAPÍTULO TRECE

Mes 232-233 / 2007

Es miércoles, 18 de abril de 2007, y nuestra familia está progresando muy bien. Mientras Carole estudia para los exámenes finales con los que completará su primer semestre en la escuela de enfermería, yo estoy terminando los proyectos de escritura que empecé con el patrocinio de Lee Nobmann. A pesar de los seis años de prisión que me esperan, estoy progresando, llevando una vida productiva, y eso lo cambia todo.

El Sr. Dorkin, un guardia que equipara alegremente el acoso a los hombres en los campamentos de mínima seguridad con la protección de la patria, abre la puerta de la oficina a las dos de la tarde mientras estoy escribiendo. Dorkin es un guardia al que evito. Está constantemente molestando a los presos y su repentina aparición en mi oficina me alarma.

«¿Sí?», digo mientras levanto la vista y veo al Sr. Brown, mi supervisor, de pie detrás de él.

Dorkin sonríe. «Santos», ordena. «Levántate, quita las manos del teclado y ponlas detrás de la cabeza».

No soy ajeno a estas órdenes, así que obedezco. Dorkin pone sus grandes manos sobre mí. Me da palmadas en el pecho, en la cintura y luego pasa los dedos por el interior de mi cinturón. Me da palmadas en cada pierna, deslizando sus dos manos por cada pierna hasta mis zapatillas, y luego introduce el dedo entre mi zapato y el tobillo.

«¿Prefiere que me quite los zapatos?», pregunto.

«Habrá tiempo de sobra para eso. Sigue mirando al frente», ordena el Sr. Dorkin. «Bien, baja las manos. Ponlas detrás de la espalda».

Desabrocha una de las bolsas de cuero de su cinturón negro y saca las esposas. El familiar sonido de los dientes metálicos haciendo clic sigue al frío acero que se cierra alrededor de mis muñecas. Me pregunto cuándo terminarán estas intrusiones en mi vida, si es que alguna vez lo hacen.

«¿Qué tipo de contrabando voy a encontrar aquí?», pregunta.

«No tengo ningún contrabando», afirmo rotundamente, preguntándome qué quiere este idiota de mí.

«Vaya. Nunca había oído eso antes», dice con sarcasmo. Luego me gira hacia la puerta, agarrándome por la cadena de las esposas para empujarme hacia ella. «Vamos. Muévete».

Dorkin me lleva por el pasillo y sale a la luz del sol, donde veo un Dodge Intrepid blanco esperando. Abre la puerta trasera del coche y, con la palma de la mano en mi cabeza, me empuja al asiento trasero. Me abrocha el cinturón de seguridad y luego cierra la puerta de un golpe. Miro a través de la ventana tintada al Sr. Brown, relativamente seguro de que esta será la última vez que lo vea.

A través de la malla metálica negra que separa su asiento del mío, Dorkin se burla de mí. «¿Tienes algo que decir, Santos?».

Sigo mirando por la ventana, inmune a sus provocaciones. «Llévame adonde tengas que llevarme y haz lo que tengas que hacer».

«¿Así es como quieres jugar?». Dorkin utiliza su autoridad como un arma y está acostumbrado a influir en los prisioneros. Cuando no respondo, frunce el ceño porque le he estropeado el juego.

En silencio, observo cómo pasamos entre eucaliptos y pinos. Aunque no sé por qué me acosan esta vez, estoy bastante seguro de que no volveré a ver el campamento de Lompoc. En las puertas dobles que conducen a la Unidad de Alojamiento Especial, Dorkin saca la radio de su cinturón, se la lleva a la boca y dice: «Tengo uno para la SHU».

Las puertas se abren y él entra, aparca delante de una segunda puerta y apaga el coche. Otro guardia se acerca al coche y abre la puerta trasera.

«¿Qué tenemos aquí?», pregunta el nuevo guardia. «¿Otro genio del campamento?».

«Diez-cuatro», dice Dorkin. «Enciérralo. Órdenes del capitán».

El guardia me ordena salir del coche, sujetándome las esposas a la espalda mientras me deslizo por el asiento trasero y salgo del vehículo. Me conduce a través de las puertas y dentro del edificio, y luego más adentro, al laberinto de hormigón sin ventanas. Hay cámaras de vigilancia instaladas en cada esquina. Siempre hay alguien vigilando, mientras guardias en la sombra se sientan en un lejano centro de control. Supervisan nuestros movimientos y controlan pesados cerrojos con cerraduras electrónicas. Oigo el clic y las puertas se abren automáticamente. Pasamos y las puertas se cierran detrás de nosotros. Esta austera zona de la prisión huele a cárcel, como una caverna de las fuerzas del orden que resulta muy, muy siniestra.

La celda de detención no es más grande que un armario para escobas y, una vez que me han encerrado dentro, me acerco a los barrotes. El guardia introduce su llave para abrirme las esposas. Abro los brazos para estirarme y es tan estrecho que puedo presionar contra las paredes de hormigón opuestas al mismo tiempo. Otro guardia lleva una cesta de la ropa sucia hasta la puerta.

«¿Qué talla?», me pregunta.

«Dos X».

Me desnudo, sin esperar la orden del guardia, que regresa con unos calzoncillos descoloridos, unos calcetines blancos con el elástico gastado, el mono naranja obligatorio con botones cromados, una toalla y un saco de dormir. Me registra y, después de mirarme el recto, apruebo la inspección.

«Vístete», me dice.

En menos de un minuto estoy vestido con el uniforme naranja brillante de la SHU y zapatos náuticos de lona azul. Mil presos han llevado esta misma ropa antes que yo y mil más la llevarán después de que yo me haya ido. Muevo los hombros en un intento de liberarme del estrés creciente, luego me pongo en cuclillas en el suelo y me abrazo las rodillas contra el pecho mientras descanso la espalda contra la pared de hormigón, esperando.

Solo puedo ver las paredes de hormigón gris de mi celda, los barrotes, el estrecho pasillo y la pared de hormigón fuera de la celda. No tengo sentido del tiempo, pero, a lo lejos, oigo el crepitar de una radio y el clic electrónico de los cerrojos que bloquean o desbloquean las puertas de acero. Muevo la cabeza de un lado a otro, tratando de disipar o aliviar la tensión.

Se acercan unos pasos a mi celda y aparece un guardia. Es Vélez, un guardia del campo.

«¿Qué haces aquí?», se detiene frente a la puerta.

«No lo sé», respondo, levantando la vista del suelo.

«¿Te han puesto la vacuna?».

«Si me la han puesto, no lo sé».

«Déjame ver qué puedo averiguar».

Vélez se aleja y yo me masajeo la frente. Carole lo va a pasar mal. Ayer celebró su 42 cumpleaños y ahora va a tener que enfrentarse a este nuevo drama en nuestra vida. No sé cuándo podré llamarla. Espero que mi amigo Lee se haya enterado de mi desgracia y que le transmita pronto el mensaje a Carole. Ella necesita saber que un guardia me ha llevado, aunque se preocupe. Esta perturbación puede ser mucho más dura para ella que para mí. Tiene los exámenes finales del semestre en mayo y no necesita este estrés.

Los pasosacompañadas por el sonido de unas llaves anuncian el regreso de Vélez.

«Estás aquí bajo investigación», afirma, completamente desprovisto de emoción.

«¿Por qué?».

«Órdenes del capitán. Levántese. Tengo que esposarle. Le llevaré a su celda».

Me apoyo contra los barrotes y siento cómo las esposas metálicas se cierran alrededor de mis muñecas. Él abre las puertas y me lleva por el pasillo, pasando por el centro de control elevado. Dentro del centro, veo luces parpadeantes y el movimiento de dos guardias a través del cristal tintado. Vélez espera a que uno de ellos abra la cerradura electrónica de la primera puerta. Atravesamos la puerta y esta se cierra detrás de nosotros. Con su gran llave, abre la segunda puerta y la cierra tras nosotros. Estamos en un túnel, con puertas de celdas a cada lado. No reconozco a ninguno de los presos que miran a través de las ventanas de sus puertas. Estos hombres probablemente provienen de las prisiones adyacentes de baja o media seguridad de Lompoc.

Nos detenemos frente a una celda y Vélez golpea con su llave la pequeña ventana de la puerta.

«Pásate al fondo de la celda», le ordena mientras el preso que está dentro comienza a moverse. «Mira hacia la pared. No te des la vuelta».

Vélez abre la puerta de acero y me empuja hacia dentro. La puerta se cierra detrás de mí y oigo cómo se bloquea el cerrojo. Retrocedo y empujo con las manos hacia la trampilla abierta. Él abre y me quita las esposas, y luego cierra la trampilla de un golpe. El sonido de sus pasos y el tintineo de las llaves se desvanecen mientras camina por el pasillo hacia las puertas.

«¿Qué tal, amigo?», le digo al hombre corpulento que sigue de espaldas a la pared del fondo de la celda. Es alto y tiene el pelo castaño rebelde.

«Hola», me saluda mientras se da la vuelta.

Le tiendo la mano. «Me llamo Michael Santos».

«Yo soy Marty Frankl». Nos damos la mano.

«¿De dónde vienes?».

«Estaba en Terminal Island», dice, refiriéndose a una prisión de baja seguridad en Los Ángeles. «Voy de camino al campamento. Un error burocrático me ha dejado atrapado aquí».

«Esas cosas pasan. ¿Cuánto tiempo llevas en la SHU?

«Desde el lunes».

«Probablemente lo habrán solucionado para el viernes. Te gustará el campamento cuando llegues allí».

«¿Eres del campamento?», pregunta mientras se sienta en la litera inferior.

Tiro mi saco de dormir en la litera superior y empiezo a atar las sábanas alrededor del colchón. «Llevo allí dos años. Ha sido el tiempo más fácil que he pasado en prisión».

«¿Eres tú el escritor?».

«Soy yo».

«Mi novia me ha estado enviando impresiones de su sitio web desde que me acusaron. Parte de la razón por la que me declaré culpable fue por lo que usted escribió».

«¿De qué tipo de caso se trata?».

«Blanqueo de capitales. Me han condenado a ocho años».

«Se pasa más rápido de lo que crees. Te gustará más el campamento que Terminal Island».

«¿Vas a volver?».

«Ni siquiera sé por qué me han encerrado, pero no es buena señal. Nunca he cumplido condena en la SHU por una inyección, solo por traslado a otra prisión».

«Qué mal. Sé que llevas mucho tiempo aquí. ¿Cuántos años te quedan?».

«Seis, quizá un poco más. Mi liberación está prevista para agosto de 2013».

Le describo el campamento a Marty y respondo a sus muchas preguntas. Me da papel, un sobre y sellos. Doblo el extremo de la colchoneta de mi litera para apoyar el pecho y utilizo la litera de acero como superficie para escribirle una larga carta a Carole, explicándole lo que sé. Es el comienzo de un diario que ella publicará en mi sitio web, MichaelSantos.net, describiendo mi experiencia.

Por la noche, un guardia desliza un formulario bajo la puerta de la celda en el que se me informa oficialmente de que estoy siendo investigado por dirigir un negocio.

****

A la mañana siguiente, se resuelven los trámites de Marty y lo trasladan al campamento. Agradezco la celda individual y me desnudo hasta quedarme en calzoncillos para comenzar mi rutina de ejercicios en solitario: flexiones, sentadillas profundas, correr sin moverme del sitio. Hago ejercicio hasta que el sudor forma charcos debajo de mí. Luego lavo mis calzoncillos en el lavabo y los cuelgo a secar en la rejilla superior, ignorando al personal y a los administradores que pasan periódicamente y miran a través de la ventana de mi puerta.

El sábado por la mañana, un guardia que no reconozco me sobresalta al golpear con su llave en la pequeña ventana, con el ceño fruncido.

«¡Santos! ¿Por qué estás aquí?». Me acerco al marco de la puerta y le hablo a través de la rendija. «Investigación por dirigir un negocio».

Él niega con la cabeza. «Ponte las esposas. Tienes una visita».

Sabiendo que Carole está aquí, tolero las deshumanizantes esposas y el cacheo al salir de la celda. Pasaría por cualquier cosa para ver a

mi esposa. Después de que el guardia de la sala de visitas me quite las esposas, me registre de nuevo y me informe de las normas, entro en la zona de visitas, estrictamente controlada, con cámaras de vigilancia en el techo y guardias uniformados patrullando los pasillos. Los presos deben sentarse en mesas frente a sus visitantes, sin tocarse ni cogerse de la mano. Camino hacia Carole. Su sonrisa me reconforta, pero sus ojos brillan con lágrimas. Nos abrazamos brevemente, sin decir nada.

«Será mejor que nos sentemos, cariño. No sé cuánto tiempo tenemos», le digo.

Carole observa mi mono naranja y mis zapatillas de lona azules, mi cara sin afeitar, sabiendo lo que eso significa.

«No llores, cariño. No pasa nada. No pasa nada. Estoy bien».

Ella se seca los ojos. «Odio verte así. ¿Nos van a trasladar otra vez?».

«No lo sé, pero estoy bien. Vamos. No llores. Me vas a entristecer».

«¿Qué quieres que haga?», pregunta ella.

«Pase lo que pase conmigo, tienes que seguir en la escuela y terminar el programa de enfermería. Solo te quedan dos semestres más y no podemos dejar que mis problemas interfieran».

«¿Por qué te hacen esto?».

«Lo único que sé es que me están investigando por dirigir un negocio. No sé si es por Inside, nuestra página web o los libros que patrocinó Lee».

«Melodee me dijo que Lee se enteró de que los guardias se llevaron el ordenador de tu oficina».

Me alegra saber que Lee le contó a su esposa lo que sabe y que Melodee llamó a Carole. «Dijo que nos ayudarían con lo que necesitáramos, incluso contratarle un abogado».

Le digo a Carole que no necesitamos un abogado y que debería llamar la atención sobre mi situación llamando a algunas de las personas influyentes de nuestra red. No puedo usar el teléfono mientras estoy en la SHU y los guardias controlan todo lo que escribo. Así que le sugiero que pida a nuestros amigos que escriban cartas de referencia al alcaide de Lompoc y que pida a los profesores que utilizan mis libros que escriban cartas describiendo las contribuciones que mi trabajo hace a sus alumnos. Debería ponerse en contacto con periodistas y otros representantes de los medios de comunicación que me han entrevistado o han mostrado interés en mi trabajo, y preguntarles si estarían dispuestos a hacer consultas oficiales. Además, debería pedirle a Jon Axelrod, nuestro amigo abogado en Washington D.C., que escriba una carta formal protestando por mi segregación y exigiendo una explicación. Contamos con nuestra red de apoyo y le pido a Carole que la movilice, incluyendo llamadas a los administradores de la Oficina Regional Occidental de la BOP para presentar una queja.

«Alguien está tratando de enterrarme en el sistema, y desde aquí, lo único que puedo hacer es escribir sobre lo que está pasando», le digo. «La BOP opera a puerta cerrada y encubre sus acciones con el pretexto de la «seguridad de la institución». Para obligarlos a poner fin a la investigación, tenemos que sacar a la luz sus esfuerzos por incriminarme. Utilicemos todos nuestros recursos para poner de relieve lo que está pasando».

«¿Qué hay de los fondos de patrocinio que dio Lee? ¿Puedes meterte en problemas por eso?».

«No recibí ningún fondo. Una fundación privada envió cheques a la editorial que tú posees, no a mí. Tú pagaste los impuestos sobre el dinero. Yo escribí los manuscritos, pero no recibí ninguna compensación. Estoy completamente dentro de la ley. Y si quieren castigarme por lo que hice, no me importa. Estoy orgulloso de nuestro trabajo y no tengo nada que ocultar».

****

El confinamiento en la SHU, «el agujero», está pensado como un castigo adicional al encarcelamiento. Es una privación constante, sin llamadas telefónicas, sin comisaría ni acceso a patios de recreo. La segregación forzada puede durar días, semanas, meses o años. A veces hace que los hombres se vuelvan locos, den patadas a las puertas, golpeen con los puños o la cabeza contra las paredes o sufran delirios. Pero yo estaré bien, independientemente de lo que haga este sistema.

Aunque nunca me han encerrado en la SHU por una infracción disciplinaria, he estado allí lo suficiente durante los traslados y las retenciones como para que el espacio reducido no me moleste. Bloqueo el ruido de las otras celdas. Carole me envía suscripciones a cuatro revistas de noticias. También me envía tres libros a la semana. Termino de leer dos extensas biografías de Ron Chernow, una sobre J. D. Rockefeller y otra sobre J. P. Morgan. Leo la Biblia y hago ejercicio a diario en mi pequeño trozo de suelo de cemento. No esperaba el cambio brusco, pero no me paraliza. La soledad me da tiempo para mirar las paredes de hormigón y pensar. Solo las burlas de burócratas mezquinos como Erwin Meinberg perturban mi serenidad.

El Sr. Meinberg es el administrador del campo de Lompoc, esencialmente el director general del campo. Lo conocí durante mi primera semana aquí, en julio de 2005. Tras mi apresurado traslado desde el campo de Florence, necesitaba alguna garantía de que mis escritos publicados no causarían problemas. Si Carole iba a asumir el gasto de mudarse a California, teníamos que estar razonablemente seguros de que el personal no me volvería a trasladar. Después de que su guardiana, la mujer dragón, me dejara entrar, Meinberg accedió a hablar conmigo en su sala de conferencias.

Meinberg tiene una presencia imponente. Mide 1,95 m, lleva botas de vaquero, tiene una complexión poderosa, una cabeza redonda de alabastro, mejillas carnosas y ojos azules que permanecen entrecerrados cada vez que se dirige a un preso. Cuando me planté delante de su escritorio la primera vez que nos vimos, se recostó en su silla para aplaudirme, con una esquina de la boca levantada en una mueca sarcástica.

«Bueno, señor Santos, debe de estar muy orgulloso de sí mismo». Pronunció mi apellido con desdén, con su afectado acento sureño.

«¿Por qué lo dice?». No me sorprendió que supiera mi nombre.

«Eres la primera persona que conozco que aparece en primer lugar cuando busco su nombre en Google».

«No sabría decirlo. Nunca he usado Internet».

«No nos engañemos, señor Santos. Usted sabe perfectamente lo que está haciendo».

«¿Tiene algún problema con mis escritos? Eso es lo que quería hablar con usted. Mi mujer tiene pensado mudarse aquí y, antes de que lo haga, quiero asegurarme de que no me van a trasladar».

Él se encogió de hombros. «Eso depende totalmente de usted».

«No hago nada que infrinja las normas. Pero voy a publicar un nuevo libro», le dije. «¿Me causará algún problema aquí?».

Él negó con la cabeza. «Tendremos que esperar y ver qué pasa. No tengo una bola de cristal, no puedo garantizar nada».

Cuando fui a ver al Sr. Meinberg para tener esa conversación cara a cara hace dos años, dejé claro cuál era mi trabajo. Después de esa reunión, lo evité a propósito. Ahora que estoy encerrado en la SHU, aparece en mi celda, se apoya en el marco de la puerta y mira a través de la ventana que hay en ella. Lo ignoro, aunque su gran cabeza bien afeitada llena la ventana y puedo sentir su desprecio.

Da unos golpecitos en la ventana con su anillo y yo miro hacia allí. «¿Tiene alguna pregunta para mí, Sr. Santos?».

Niego con la cabeza.

Él mueve la cabeza bruscamente, indicándome que me acerque a la puerta. «Su esposa está causando todo tipo de alboroto aquí fuera, lo que me supone trabajo extra».

«Yo también tengo mis propios problemas», digo mirando el marco de la puerta.

Él asiente con la cabeza, con evidente irritación en su expresión de labios apretados.

«Necesito que firme estos documentos». Desliza un expediente con papeles por debajo de la puerta junto con un bolígrafo.

«¿Para qué son?», pregunto.

«Me autorizan a comunicar información a las personas que me molestan con tu caso».

«Soy un libro abierto. No tengo nada que ocultar. Puedes comunicarte con cualquiera que pregunte por mí».

«Firma los formularios», me indica con el dedo índice. Después de firmar, le devuelvo el expediente por debajo de la puerta.

«Necesito que me devuelva el bolígrafo, señor Santos». Le paso el bolígrafo.

«Sabes que nunca volverás a un campo, ¿verdad?», sonríe, con aire muy satisfecho.

«¿Esos 20 años que ya he cumplido siguen contando?». Mi pregunta disminuye parte del placer que le produce burlarse de los presos.

«¿Qué es eso?», pregunta.

«Los últimos 20 años que he cumplido, ¿no cuentan todavía?».

Meinberg no responde, pero asiente con su gran cabeza brillante y se aleja por el pasillo con su carpeta llena de formularios firmados.

****

Pasa una semana y finalmente llega un guardia, ordenándome que me ponga las esposas. Cojo un sobre que contiene una declaración que escribí para detallar mi versión de los hechos. Luego retrocedo

hacia la trampa para que me esposen. El guardia agarra la cadena y me lleva desde mi celda por el pasillo, a través de las puertas, pasando por la burbuja de control, hasta una oficina con paredes cubiertas de un revestimiento acústico oscuro para aislar el sonido. Detrás de un escritorio, un teniente está sentado de espaldas a mí mientras escribe. Tiene la cabeza pálida y calva, y tres pliegues de grasa le cuelgan en la base de su grueso cuello.

«Tengo al recluso Santos», anuncia el guardia.

«Eso es todo, agente», dice el teniente. El guardia me suelta las esposas y sale, dejándome de pie frente al escritorio con las manos esposadas a la espalda.

Cuando termina de escribir, el teniente gira su silla acolchada para mirarme.

«¿Sabe quién soy?».

«Sé que es teniente».

Él asiente con la cabeza. «Así es. Soy el teniente Tremble y tengo entendido que usted es una especie de celebridad por aquí».

«Soy un preso condenado a cadena perpetua. Eso es todo».

«Bien, me alegro de que nos entendamos, porque por mucha gente que llame a esta prisión o por muchas cartas que escriban, no te voy a tratar de forma diferente a como trato a los demás».

Firme pero justo. Ese es el lema de la BOP. Pero sé que si no fuera por el éxito de mi esposa al movilizar a mis amigos y a mi red de apoyo, este teniente me habría tenido un mes «bajo investigación» antes de llamarme.

«Estoy investigando las dos infracciones disciplinarias de las que se le acusa», dice el teniente Tremble.

«¿Cuáles son los cargos?».

«Dirigir un negocio y uso no autorizado de equipos del Gobierno. Concretamente, utilizó un ordenador. ¿Qué tiene que decirme al respecto?».

«No dirijo ningún negocio y tenía autorización del personal para trabajar con el ordenador. He preparado una declaración por escrito que quiero que se incluya en el expediente».

«Entrégueme la declaración».

Le doy la espalda y él me quita el sobre de las manos esposadas. «Todo está ahí», le digo, volviéndome hacia él.

El teniente abre el sobre y saca las tres páginas amarillas. «¿Quiere que incluya todo esto?».

«Quiero un informe escrito completo. No es la primera vez que tengo problemas con la BOP y he aprendido que documentarlo todo me beneficia».

El teniente niega con la cabeza. «¿Te das cuenta de que tengo que escribir todo esto?».

«Me tomo muy en serio las sanciones disciplinarias y pretendo demostrar que no hice nada que pudiera considerarse contrario a las normas».

«Bien. Leeré su declaración más tarde. Ahora deme la versión resumida».

Me encojo de hombros. «No dirijo un negocio. Escribo y mecanografío manuscritos para libros. Los libros describen la prisión y animan a los lectores a llevar una vida responsable. La política de la BOP me permite hacerlo sin el permiso del personal y mi expediente central incluye una carta de un abogado de la BOP que autoriza específicamente mi trabajo. Envío los manuscritos a casa. Mi esposa los convierte en libros. Cedo los derechos de autor, por lo que no tengo ningún interés financiero ni comercial en el trabajo. No tengo nada que ocultar».

«¿Y qué hay del ordenador?», pregunta el teniente Tremble.

«El Sr. Brown me autorizó a utilizarlo después de cumplir con mis obligaciones. Nadie en la central eléctrica se va a quejar de mi trabajo».

«Bueno, ¿por qué cree que nadie de la central eléctrica va a dar un paso al frente para sacarle de apuros?».

«No sé qué están haciendo ni por qué».

«El Sr. Brown no tiene autoridad para concederte permiso para utilizar el ordenador para asuntos personales. Los miembros del personal ni siquiera tienen permiso para utilizar los ordenadores para asuntos personales. Estos ordenadores son solo para trabajo gubernamental. Además, ya he hablado con el Sr. Brown. Dice que nunca te dio permiso para utilizar el ordenador para nada que no fuera trabajo gubernamental».

Niego con la cabeza, sin sorprenderme al saber que mi supervisor ha optado por la cobarde vía de la autoprotección, negando la verdad.

«¿Sabes lo que eso significa?», pregunta el teniente con una sonrisa burlona.

«No. ¿Qué significa?».

«Voy a tener que modificar el informe disciplinario. Añadiré un tercer cargo por mentir a un miembro del personal. Mintió cuando me dijo que tenía permiso para usar el ordenador para asuntos personales».

«¿Se le ha ocurrido alguna vez que el personal podría estar mintiendo?».

«Ten cuidado, recluso Santos. No querrás complicarte más las cosas, ¿verdad?».

«Compruebe los archivos del ordenador. Verá que he escrito muchos documentos para miembros del personal».

«¿Qué tipo de documentos?». El teniente se mueve, intuyendo que hay algo más.

«Documentos que no tienen nada que ver con el trabajo del gobierno».

«¿Me estás diciendo que los miembros del personal de la BOP tenían a un recluso escribiendo su información personal? No me lo creo».

«Compruébelo. Cuando el personal me pidió ayuda, accedí. Esos archivos informáticos demostrarán que escribí cartas relacionadas con sus propiedades inmobiliarias personales, currículos y solicitudes de empleo en otras agencias».

Él se muestra incrédulo. «¿Me estás diciendo que los miembros de mi personal te pidieron que escribieras sus currículums? ¿Te dieron información personal?».

«Bueno, no sé si ellos se consideran miembros de su personal, pero lo cierto es que yo escribí sus documentos personales a petición suya».

«Entonces parece que tengo que investigar más».

«Entonces será mejor que se ponga a investigar. No debería ser difícil. Los archivos están todos en el ordenador».

****

Llevo un mes encerrado en el agujero y mantengo informados a mi familia y amigos de mi situación escribiendo un diario en el que describo la rutina que he creado. Carole publica los artículos en Michael-Santos.net, conectándome con el mundo aunque esté encerrado en una caja. Cuando el guardia me acompaña a visitar a Carole el sábado por la mañana, ella me da una noticia maravillosa.

«He estado hablando con un contacto de alto nivel en la oficina regional», dice Carole con los ojos brillantes. «Ni siquiera quiero decir su nombre aquí».

«Vale, lo entiendo. ¿Qué pasa?».

«Le he enviado todos tus libros. Ha revisado todo tu expediente y está totalmente impresionada con tu historial. Ha visto todos los esfuerzos que hiciste para que el personal conociera tus escritos y ha revisado los documentos que escribiste para tus supervisores en la central eléctrica».

«¿Y? Sigo estando acusado de dirigir un negocio, usar el ordenador y mentir al personal».

«Ya no. Te han absuelto totalmente de esos cargos y te van a trasladar a otro campo. Cariño, este lío por fin ha terminado».

Esa noticia de Carole me anima mucho. Espero que cualquier día los guardias me saquen para trasladarme. En cambio, el martes 22 de mayo por la tarde', el teniente Marx golpea con su llave de acero contra mi ventana, sonriendo y asintiendo con la cabeza para que me acerque al marco de la puerta.

«Tengo una nueva infracción disciplinaria para ti», sonríe maliciosamente, «serie cien».

«¿De qué estás hablando?». Se me revuelve el estómago. Una infracción disciplinaria de la serie 100 se caracteriza por ser una de las más graves, lo que expone al preso a un posible nuevo proceso penal.

«Encontramos tu arma», dice con aire triunfante.

«¿Arma? Llevo 31 días encerrado en la SHU. ¿Me estás diciendo que hoy has encontrado un arma? Eso es ridículo», grito al marco de la puerta.

Desliza el informe disciplinario por debajo de la puerta. «Demuéstralo». Se encoge de hombros, sonríe y desaparece de mi vista al final del pasillo.

Cuando Dorkin me encerró en aislamiento en abril, me privó del acceso a mis pertenencias personales. Él y el Sr. Smith metieron todas mis pertenencias en bolsas de lona verdes. Rellenaron formularios de propiedad en los que detallaban cada uno de los artículos que metían en las bolsas, hasta el número de bolígrafos Bic. Tengo copias de esos

formularios de propiedad y en ellos no se menciona que yo tenga nada que pueda interpretarse como un arma. Sin embargo, esta nueva infracción disciplinaria que acaba de dictar el teniente Marx me acusa de poseer un «arma metálica afilada».

He estado encerrado en penitenciarías de alta seguridad y he sobrevivido sin problemas a 20 años de prisión. ¿Ahora tengo que defenderme de una acusación de haber metido un arma en una magdalena del campamento? Me están tendiendo una trampa. Independientemente de la motivación de los guardias, una infracción disciplinaria de la serie 100 me expone a la posibilidad de cargos penales. Paso la noche escribiendo una larga protesta en mi bloc de notas amarillo.

El sábado por la mañana, Carole viene a visitarme y le cuento este último contratiempo.

«Están tomando represalias contra ti porque el director regional ha eliminado los otros cargos», Carole comprende la gravedad de este nuevo problema cuando le cuento lo de la acusación por posesión de armas. Le preocupa que esto no vaya a terminar nunca.

«Haremos lo que sea necesario para luchar contra esto. Si había un arma en mi propiedad, fue uno de esos guardias corruptos quien la colocó allí. No he tenido acceso a mis pertenencias durante más de un mes».

«Michael, odio este lugar y todo lo relacionado con él. Llamaré a mi contacto en la región tan pronto como salga de aquí. Hasta un idiota puede ver que te están tendiendo una trampa. Te sacaremos de esto».

A pesar de la confianza de Carole, me siento como si estuviera en un nido de víboras.

****

Estoy en el baño cuando oigo golpecitos en la ventana. Ni siquiera tengo que levantar la vista para saber que Meinberg ha vuelto. Me hace señas con su cabeza rapada para que me acerque al marco de la

puerta. Mientras termino de usar el baño, su gran cabeza permanece en la ventana. Me tomo mi tiempo para lavarme las manos y luego me acerco mientras me seco las manos con la toalla raída.

«He recibido llamadas de National Geographic Television y BBC Radio solicitando entrevistas contigo. Parece que tu mujer ha estado muy ocupada».

«¿Es eso lo que has venido a decirme?», le pregunto a través del marco.

«¿Quieres participar en las entrevistas?».

«Sí».

«Firma estos formularios de autorización».

Desliza la carpeta por debajo de la puerta con un bolígrafo. Firmo ambos y se los devuelvo.

Meinberg recoge la carpeta y la abre para asegurarse de que he firmado en el lugar correcto.

«Las solicitudes han sido denegadas», afirma con una sonrisa burlona y se marcha.

****

El jueves viene un guardia a buscarme. Me esposa y me saca de mi celda, me lleva por el túnel y atraviesa las puertas hasta la oficina insonorizada del teniente.

«Eso es todo, agente». Es Merkle, el SIS. Sale de detrás de su escritorio y me quita las esposas.

«¿Te acuerdas de mí?», pregunta.

«Sí», respondo, aunque han pasado dos años desde la última vez que vi al teniente del SIS.

«Siéntate». Hay una pila de papeles ordenadamente colocada sobre su escritorio. «He preparado una declaración jurada. Me gustaría que la leyeras. Si es correcta, me gustaría que la firmaras. Si hay algún dato incorrecto, me gustaría que me lo dijeras para poder corregirlo. ¿De acuerdo?».

«De acuerdo. Dame la declaración jurada».

El documento describe mi uso del ordenador en la central eléctrica, haciendo hincapié en los currículos, las solicitudes de empleo y los contratos de alquiler que escribí para los miembros del personal siguiendo sus instrucciones.

«La declaración jurada no menciona nada sobre el arma que colocaron en mi propiedad después de que me exoneraran de los cargos de mentir al personal, dirigir un negocio y utilizar el ordenador para asuntos personales», señalo.

«Esa es una investigación aparte», dice él.

«¿Puedo usar su bolígrafo?».

Saca un bolígrafo dorado del bolsillo interior de su chaqueta y me lo pasa. Cuando firmo, aprecio la suave precisión de la punta de roller.

«¿Por qué estás aquí?», me pregunta.

«Cuando tenía veintipocos años, vendía cocaína. Fue una mala decisión». Le devuelvo el bolígrafo. «Bonito bolígrafo».

«¿No vendía cocaína el hermano del presidente?». Guarda el bolígrafo en el bolsillo interior.

«Ese era Roger Clinton. El presidente lo indultó antes de dejar el cargo».

«Y "justicia" para todos», dice el agente del SIS con una sonrisa burlona.

****

Llevo 60 días encerrada en la unidad de seguridad especial (SHU) cuando, el sábado por la mañana, entro en la sala de visitas y veo la radiante sonrisa de Carole. «Parece que tienes buenas noticias», le pregunto después de besarnos y sentarnos una frente a la otra.

«¿No puedo simplemente estar feliz de ver a mi marido?».

«Ah, ¿así que te gusta verme con mi mono naranja y sin afeitar?».

«Ayer hablé con mi contacto en la región. El director regional sabe que no tenías ningún arma. Todos los cargos contra ti ya han sido eliminados y tu expediente vuelve a estar totalmente limpio. Te van a trasladara otro campo».

«¿A qué campo?».

«Lo sabré el lunes. No importa. Quiero que salgas de Lompoc».

Al regresar a mi celda después de nuestra visita, me invade una sensación de alivio y doy gracias a Dios por las muchas bendiciones que tengo en mi vida. Algunos pueden considerar el Campamento Lompoc como la «joya de la corona» del sistema de la Oficina Federal de Prisiones, pero está mancillado y es tóxico, de arriba abajo. Quizás algo más grande salga de mi ingreso en la SHU por cargos falsos. Quizás esta joya de la corona reciba una limpieza muy necesaria.

Oigo la voz de Meinberg. Está hablando con un preso en una celda más abajo. Hoy no asoma su gran cabeza redonda por mi ventana para observarme. Mientras camina de vuelta hacia las puertas, le llamo para que se acerque.

«¿Qué pasa, Sr. Santos?». Se asoma por la puerta desde el pasillo.

«¿Ha oído que sus superiores de la región me han exonerado completamente de todos esos cargos?».

Me mira con su característico gesto de desprecio. «He oído algo al respecto».

«Supongo que al final iré a otro campo», sonrío.

Después de más de dos meses en SHU, no puedo contener la burla en mi tono.

«Así parece», responde con estudiada neutralidad.

«Voy a solicitar un traslado temporal».

Con un traslado por permiso, Carole podría transportarme al nuevo campo donde me entregaría, ahorrándome la indignidad de las cadenas y los guardias.

Él niega con la cabeza. «No cuente con ello, señor Santos. Viajará encadenado».

CAPÍTULO CATORCE

Meses 233-266 / 2007-2009

A primera hora de la mañana del 21 de junio, me entero de que ya no estoy destinado a la FCC Lompoc. Llegan dos guardias de la Institución Correccional de Taft. Nos encadenan a seis de nosotros y luego nos suben a una furgoneta blanca. Nos dirigimos al Valle Central de California, dejando atrás Lompoc para siempre.

El campamento de Lompoc ya era solo un recuerdo tras 65 días encerrado en la SHU, pero me entristece un poco cuando la furgoneta sale por la puerta principal y gira a la izquierda hacia la autopista. Echaré de menos correr largas distancias a la sombra de los majestuosos eucaliptos de Lompoc, disfrutando de las fragancias de los pinos mezcladas con la brisa del cercano océano Pacífico. Echaré de menos a mi amigo Lee y el espacio casi privado del que disfrutaba en la oficina de la central eléctrica.

La carretera de dos carriles sube hacia el este a través de montañas bajas, desciende hacia el valle de San Joaquín y finalmente atraviesa el alto desierto. Es un paisaje de polvo, artemisa y antiestéticas bombas de acero que extraen petróleo del árido suelo. Me inclino involuntariamente cuando la furgoneta gira a la derecha por la larga carretera de entrada que conduce a la prisión, saltando sobre los badenes amarillos.

En el aparcamiento de la prisión de baja seguridad, rodeada de una doble valla, nos reciben cuidados jardines y palmeras. Los jardines en flor crean la ilusión de un exuberante oasis en este desierto.

Tras los trámites de admisión necesarios, tres de nosotros, asignados a la seguridad mínima, cogemos nuestros sacos de dormir y subimos a la furgoneta blanca, sin restricciones, para un breve trayecto hasta el bajo y gris edificio administrativo de hormigón de Taft Camp. Situado detrás de la prisión de baja seguridad, el moderno diseño de una sola planta cuenta con ventanas tintadas y pilares redondos que

sostienen un techo extendido que da sombra a las amplias pasarelas. El edificio se parece más a la sede de una empresa de ingeniería de software que a una prisión. Taft Camp parece estar bien mantenido.

En el edificio administrativo, el reloj redondo de la escuela, situado en la cabina acristalada del guardia, marca poco más de las cinco. Cruzo el suelo de baldosas y empujo la puerta de cristal que da acceso al recinto del campamento. Después de más de dos meses en la SHU de Lompoc, disfruto de este entorno menos estresante.

Amplias y limpias pasarelas de hormigón atraviesan los impecables jardines del centro del recinto del campamento. Postes decorativos de luz, a la altura de las rodillas, iluminan los caminos que conducen al comedor acristalado y, a través del césped, a la unidad de viviendas de dos pisos con sus filas horizontales de ventanas altas, sin rejas y anchas, de cristal tintado. A lo lejos, una pista ovalada rodea los campos de sóftbol y fútbol. Hombres vestidos con pantalones caqui, camisetas blancas y zapatillas deportivas visitan el exterior de las unidades de vivienda. Parecen amigables, sonríen y saludan con la cabeza mientras subo las escaleras hacia A4D, mi unidad de vivienda asignada.

El aire acondicionado se siente bien, refrescándome al entrar en el dormitorio de techo alto, una de las cuatro unidades de vivienda idénticas. Seis teléfonos cuelgan uno frente al otro en las dos paredes inmediatamente dentro del vestíbulo, y no veo ningún guardia.

A diferencia de los dormitorios abiertos de Lompoc, dos y tres cubículos dividen la unidad de vivienda, creando una cuadrícula que proporciona una apariencia de privacidad a los 140 hombres de mi unidad. Los baños son mucho más grandes que los de Lompoc. Incluyen 16 duchas con puertas y muchos retretes, urinarios y lavabos. La unidad reserva una sala para cuatro microondas y una máquina de hielo, salas con seis televisores y mesas de juego, y una pequeña sala de estudio con vistas al césped.

En el cubículo 36, una habitación para tres personas, conozco a mis dos compañeros de habitación. «Soy Rick», dice uno de ellos, tendiéndome la mano. Dan, un hombre delgado y rubio de unos 50 años,

también se presenta. Coloco mi saco de dormir en la litera superior. «Déjame enseñarte cómo hacer la cama», me ofrece Dan. «Puede resultar un poco complicado mantener las sábanas en su sitio. Lo que tienes que hacer es...».

«Gracias por el consejo», digo levantando la mano para detener sus instrucciones. «Me gustaría decir que soy nuevo, pero llevo ya un tiempo en esto».

«Oh, pensé que acababas de salir de la calle. ¿Has venido de la cárcel del condado?».

Me río mientras ato las esquinas de las sábanas alrededor del colchón. «No, de la cárcel no. Estuve en el campo de Lompoc».

«¿En serio? ¡El campo de Lompoc! He oído que es el mejor lugar del sistema». Dan se vuelve hacia Rick. «Mi abogado intentó que me enviaran a Lompoc, pero el idiota me envió a este basurero lleno de traficantes de drogas y delincuentes».

«Sí», coincide Rick. «He oído hablar de Lompoc. Forbes publica cada año un artículo en el que clasifica las mejores prisiones para delincuentes de cuello blanco y el campamento de Lompoc siempre sale en primer lugar. ¿Es cierto que tienen un campo de golf?». Rick simula un swing de golf.

«Yo no vi ningún campo de golf», me río. «Pero Lompoc tiene sus aspectos positivos».

«No te va a gustar el cambio», advierte Dan. «Este lugar es una auténtica prisión».

«¿En serio? ¿Qué es lo que no te gusta?», pregunto.

Rick y Dan intercambian una mirada cómplice. «Pronto lo descubrirás», dice Dan.

«La comida es horrible, el personal es incompetente y el 95 % de los hombres que hay aquí son unos zoquetes, casi imbéciles», me cuenta Rick.

«Bueno, supongo que he tenido suerte al ser asignado a este cubículo. ¿A qué se dedican ustedes?».

«Soy contable», dice Rick.

«¿Y qué te trae al campamento Taft?», pregunto mientras meto la almohada en la funda.

«Fiscales demasiado celosos», responde. «Me condenaron a tres años por asesorar a clientes sobre cuentas en el extranjero. Fue totalmente legal. Ni siquiera debería estar aquí».

«¿Llevaste el caso a juicio?»

«Oh, no. Si hubiera perdido en el juicio, me habría enfrentado a diez años. Era mejor declararme culpable, cumplir los tres años y seguir adelante con mi vida».

«¿Y tú?», le pregunto a Dan.

«Me dedico a las inversiones».

«¿Ah, sí? ¿De qué tipo?».

«De todo tipo», responde. «Mi empresa compra inmuebles, instrumentos financieros, negocios. Capital privado».

«¿Y cuánto tiempo vas a estar con nosotros?», le pregunto.

«Cumpliré 46 meses», dice Dan. «No tiene ningún sentido. Hay traficantes de drogas y otros delincuentes de verdad que están aquí cumpliendo la mitad de la condena que yo».

«¿De qué te acusaron?», le pregunto.

«No te lo vas a creer», dice.

«Pruébal», le digo sonriendo.

«Fraude. Dijeron que dirigía una estafa piramidal. Ofrecía a los inversores un rendimiento anual legítimo del 10 % sobre su dinero.

Me vi un poco en apuros cuando los mercados empezaron a irme mal y, antes de darme cuenta, ¡bum!, tenía al FBI pisándome los talones».

«¿A cuánto ascendieron las pérdidas?».

«Unos cuatro millones. Si los inversores hubieran tenido paciencia, los negocios habrían salido bien. Era totalmente legítimo. Ahora lo he perdido todo». Hace un gesto con la mano, como restándole importancia.

«¿Qué eres, abogado?», pregunta Rick mientras se sienta en la litera inferior.

«No. Estoy cumpliendo una condena de 45 años por vender cocaína».

Silencio. Don y Rick se miran. Entonces Rick estalla en carcajadas.

«¡No puede ser! No estarías estarías en un campamento con una condena así».

«Lo digo totalmente en serio. Por supuesto, llevo aquí mucho tiempo».

«Pero dijiste que venías del campo de Lompoc. Ese es un lugar para delincuentes de cuello blanco».

«No solo delincuentes de cuello blanco, y yo venía del campo de Lompoc. Pero antes de Lompoc estuve en varias prisiones».

«¿Como cuáles?», pregunta Rick, todavía escéptico, incapaz de ocultar su curiosidad e incredulidad.

«Empecé en la USP de Atlanta», digo, divirtiéndome con mis nuevos compañeros de celda.

Rick se desliza hasta el borde de su litera y se inclina hacia mí. «No puede ser. ¿Estuviste en una penitenciaría?».

«Pasé seis Navidades entre esas paredes. Luego me trasladaron a McKean, en Pensilvania. De allí me trasladaron a Fairton, en Nue-

va Jersey. Pasé casi ocho años en Fort Dix. Luego estuve en Florence Camp, Lompoc Camp, y ahora estoy aquí».

Me miran en silencio durante un momento.

«¿Cuánto tiempo llevas en prisión?», pregunta Rick finalmente.

«Veinte años».

«¿Veinte años?», silba Don. «Nunca he conocido a nadie que haya estado más de cinco. Escucha, espero no haberte ofendido con nada de lo que he dicho. No lo sabía».

«Después de veinte años en prisión, ¿de verdad crees que me podría ofender algo que digas?».

«¿Entonces no hay resentimientos?», pregunta Dan, tendiéndome la mano.

«No te preocupes». Nos damos la mano de nuevo.

****

Me reúno con mi consejera y mi administradora de casos. Ambas mujeres me hablan amablemente, sorprendidas de que haya estado en prisión durante tanto tiempo.

«¿Dónde están todos tus tatuajes?», bromea mi consejera. Acepta mi solicitud de llamar por teléfono a Carole y aprueba inmediatamente una lista de visitas que autoriza a Carole a visitarme durante el fin de semana.

«Podrías ponerte otra ropa y yo no sabría que has estado en prisión», dice mi administradora de casos.

«¿Te sorprende?», le pregunto con una sonrisa.

«Totalmente. Yo era una niña cuando entraste en prisión. Esperaba que estuvieras enfadada y amargada. Pero eres toda sonrisas, normal, como si nunca hubieras cumplido condena en prisión».

«¿No es irónico?», le pregunto.

«¿Qué es eso?».

«Que después de 20 años de prisión estoy ileso, con todos mis dientes y sin tatuajes, y sin embargo te preguntas qué salió mal. Esperas que dos décadas en prisión me hayan vuelto colérico y resentido. Cuando ves que no es así, te preguntas por qué».

«¡Oh! No había pensado en eso».

****

Cuando Carole y yo estábamos en Fort Dix, podíamos visitarla cinco días a la semana. Esas visitas tan largas nos permitieron profundizar nuestra relación y me permitieron desempeñar un papel influyente en la vida de Nichole. En Florence Camp, las normas nos permitían visitarla todos los viernes, sábados, domingos y festivos federales. En Lompoc, las restricciones eran más estrictas. Las visitas autorizadas solo eran los sábados, domingos y festivos. Aun así, apreciábamos el tiempo que pasábamos juntos.

En Taft Camp, según he sabido, existe un sistema de puntos que penaliza a las familias que visitan los fines de semana o los días festivos. Como Carole va al colegio los viernes, solo podremos visitarla los fines de semana, lo que nos limita a un máximo de dos o tres visitas al mes, dependiendo de si la visitamos los sábados o los domingos. Las restricciones de visita complicarán nuestra vida, pero lo superaremos. Carole llega temprano el domingo para nuestra primera visita en Taft.

«Cuéntame todo. ¿Qué te parece este lugar?». Carole sonríe, ansiosa por saber cómo ha sido esta nueva transición.

«Sin duda, esta es la prisión más fácil del mundo».

«¿Cómo es la gente?».

«¿Te refieres a los otros presos o al personal?».

«Ambos».

«Los presos son iguales que en cualquier otro centro, pero los guardias son diferentes. Solo han pasado unos días, pero el personal con el que he hablado parece mucho más amable que el típico de la BOP».

«¿A qué te refieres?».

«En lugar de la BOP, este lugar lo gestiona una empresa privada. No sé por qué, pero es diferente a otras prisiones. Los guardias no dan la impresión de querer acosarme, y los miembros del equipo de la unidad, es decir, los consejeros y los gestores de casos, me tratan como a una persona, no como a un preso».

«Mi contacto en la Oficina Regional me dijo que Taft era el mejor lugar para ti. Por eso quiero que me prometas algo».

«¿Cuál?», pregunto con cautela. «¿Qué tipo de promesa quieres que te haga?».

«Solo escucha. Gracias a Lee, tenemos suficiente dinero en el banco para pagar todo lo que necesitamos hasta que termine la escuela de enfermería. Nichole se graduará el próximo junio y para entonces yo tendré mi licencia de enfermería. No quiero que hagas nada que pueda enviarte al agujero o hacer que te trasladen. No escribas nada sobre la prisión y no me digas que haga operaciones bursátiles. Nada. No quiero ningún problema que pueda despertar a la bestia».

«Yo tampoco quiero problemas», le digo, queriendo tranquilizarla.

«Ya sabes a qué me refiero. No me escribas más hasta que me gradúe. Después, podré conseguir trabajo en cualquier sitio si deciden trasladarte por publicar o por alguna otra razón ridícula».

«Tengo que prepararme para mi liberación y la única forma que conozco de hacerlo es escribiendo. No podemos permitir que el sistema me impida trabajar».

«El sistema no te está impidiendo trabajar», dice Carole. «Te lo pido yo. Solo es por un año, hasta que me gradúe».

«¿Quieres que renuncie a un año de trabajo?».

«Por favor, Michael. No escribas sobre la cárcel ni sobre los presos».

Niego con la cabeza. «¿Nada?».

«Nada». Hago una pausa. Escribir me permite traspasar las fronteras y conectar con la sociedad a la que ansío pertenecer. Al escribir sobre lo que he aprendido de otros, observado y experimentado, doy pasos significativos para reformar este sistema, mostrando a los contribuyentes lo que los que forman parte del complejo industrial penitenciario no quieren que los ciudadanos vean. Como escritor, soy relevante, más que un preso, parte de algo más grande que yo. Pero no voy a negarme a Carole, así que acepto suspender mi trabajo hasta que se gradúe. No quiero dar a los administradores de la prisión motivos para volver a trastocar nuestras vidas.

«De acuerdo. Lo prometo».

****

Puede que Tavo no tenga mucha educación, pero se las arregla muy bien en el campo de Taft, ganándose la vida con pequeños trabajos aquí y allá. Mide 1,68 metros y no pesa más de 59 kilos. Lleva el pelo liso y negro con raya en medio y peinado hacia atrás. Sus ojos son de un verde sorprendente y, a pesar de sus 40 años, no tiene ni un solo pelo en la cara. Tavo tiene un ligero acento, aunque nació y se crió en Los Ángeles. Se mantiene al tanto de quiénes salen del campamento y negocia el precio de las zapatillas, sudaderas, radios y otras pertenencias de cada preso que se va. Añade un margen de beneficio y vende los artículos a los recién llegados, incluso ofreciendo un plan de pago cuando es necesario. Tiene un pequeño negocio en el que cobra una tarifa por proporcionar dulces, refrescos, patatas fritas u otros artículos los días en que los presos no tienen permiso para comprar. Su negocio más lucrativo es el servicio de doblar colchones.

Los somieres del campo de Taft consisten en placas de metal soldadas a cuatro postes metálicos. Las estrechas placas tienen unos rebordes que se elevan unos centímetros alrededor de los bordes para

mantener las colchonetas en su sitio. Tavo entiende que algunos presos del campo son sensibles a la dureza de la vida institucional. Cobra 40 dólares por cortar la costura, meter una segunda colchoneta en la funda y coserla, convirtiendo así la colchoneta en un colchón.

«Tienes que conocer a Tavo», me dice Rick, mi compañero de celda. «Por 40 dólares te arregla el colchón de tal manera que dormir se vuelve casi soportable».

«Gracias por el consejo. No hace falta», respondo.

«No hay precio que pague una buena noche de sueño», secunda Dan la sugerencia. «Siéntate en el mío».

«Seguro que es cómodo», respondo encogiéndome de hombros. «Pero he conocido a cientos de Tavos. El colchón doble es estupendo hasta que los guardias vienen a hacer una redada y te multan por destrucción de propiedad del Estado. No necesito ese dolor de cabeza».

«No pueden hacer eso», dice Rick. «Yo diría que el colchón me lo dieron así. Compruébalo. Ni siquiera se nota».

«Estaré bien. Gracias».

Rick y Dan cumplen su condena como un equipo. Comen juntos, caminan juntos por la pista y juegan juntos a las cartas. Pero por la tarde, cuando las normas nos obligan a todos a permanecer de pie en el cubículo para el recuento diario, a veces hablamos de nuestras vidas y pensamientos. Me preguntan por otras prisiones y cómo ha sido cumplir tantos años de condena.

«Te diré una cosa. Cumplir condena en otras prisiones me ha ayudado a apreciar Taft».

«Verás, eso no es normal», me dice Dan. «Llevas demasiado tiempo aquí, tanto que la prisión ya no te molesta. La verdad es que esto es inhumano. La duración de las condenas no tiene ningún sentido».

«Lo que él quiere decir», interviene Rick, «es que algunas personas quizá deban estar en prisión. Pero tipos como nosotros no deberíamos estar aquí».

«¿Qué quieres decir con "como nosotros"? Yo estoy aquí por vender cocaína. El primer día que llegué al cubículo, decías que los que vendían drogas eran los verdaderos delincuentes que debían estar en la cárcel».

«No por veinte años», matiza Dan. «Además, ahora eres diferente. Te has formado y tienes cosas que hacer en el mundo. La cárcel debería ser para los delincuentes, los que siguen vendiendo drogas o cometiendo delitos».

«¿Te refieres a tipos como Tavo?», pregunto.

Rick se mueve incómodo. «Bueno, Tavo es un tipo bastante agradable, pero ¿qué va a hacer en el mundo? Nadie lo va a contratar. No está haciendo nada para cambiar su forma de ser. Lo más probable es que se vaya de aquí y vuelva a traficar con drogas».

«Lo más probable», digo, «es que venga de una familia pobre, haya dejado la escuela antes de los 10 , no sabe leer bien y tuvo que dedicarse al tráfico para sobrevivir. ¿Y tú? ¿A qué colegio fuiste?».

«A Cal State Northridge», dice Rick.

«Tú fuiste a la USC, ¿verdad?». Asiento con la cabeza a Dan.

«¡Vamos, Trojans!», dice Dan levantando dos dedos en el aire.

«¿Debería la sociedad aplicar los mismos criterios a las personas que provienen de la pobreza que a las que provienen de entornos privilegiados?».

«Si infringes la ley, infringes la ley», explica Dan con aire de suficiencia.

«Todos tomamos nuestras decisiones».

«Pero vosotros os quejáis aquí todos los días de vuestra incomodidad y de las condiciones de vida. Tipos como Tavo se las arreglan como pueden. Puede que esto sea lo mejor que le ha pasado nunca», argumento.

«Es un delincuente. Vendía drogas», replica Dan.

«No sé lo que hizo Tavo, pero probablemente vendió drogas a adultos que dieron su consentimiento y probablemente cumpla al menos el doble de tiempo que tú. ¿Quiénes, de entre los inversores de tu estafa, pensarían que es el peor delincuente, Tavo o tú?», pregunto.

«No sabes nada de mi caso», sisea Dan. «No me propuse hacer perder dinero a nadie. Los mercados se volvieron en mi contra. No pude controlarlo. No es culpa mía».

«Puede ser», respondo encogiéndome de hombros. «Pero te declaraste culpable. Eso significa que tuviste que presentarte ante el tribunal y, bajo juramento, admitir que cometiste fraude».

«Solo me declaré culpable porque habría recibido una sentencia más larga si hubiera ido a juicio».

«De cualquier manera, no estás en posición de juzgar a nadie más aquí».

Ese argumento me viene muy bien, ya que ni Rick ni Dan me vuelven a hablar. Nos cruzamos en silencio durante tres meses antes de que un miembro del personal acceda a mi solicitud de trasladarme a una celda doble más al fondo de la unidad de alojamiento con David Muniz, un padre casado con dos hijos. Como estoy cumpliendo mi promesa a Carole de no escribir, dedico mi tiempo a hacer ejercicio y a pasar varias horas a la semana dando clases particulares y asesorando a David sobre los pasos que puede dar para prepararse para su puesta en libertad.

Un día nos reímos cuando los guardias pasan con un carrito por la unidad y confiscan todos los colchones dobles. Cuando uno de los

guardias amenaza a Dan con una inyección, Dan no duda en delatar a Tavo.

Rick, sin embargo, discute con el guardia: «¡No puede quitarme el colchón! Tengo problemas de espalda».

«Este colchón no es estándar, ha sido modificado. Es contrabando». Al guardia no le preocupa en absoluto el estado de la espalda de Rick.

«Si no me proporcionan un colchón doble, mi abogado presentará una demanda contra esta prisión tan rápido que al alcaide le dará vueltas la cabeza».

«Claro», dice el guardia con voz sarcástica. «A ver cómo presentas esa demanda desde la unidad de seguridad especial».

****

Carole y yo celebramos el día de Navidad sentados uno al lado del otro en la sala de visitas. Coronas, luces parpadeantes, un árbol de Navidad y un trineo de madera rojo de tamaño real decoran la sala. Un preso vestido de Papá Noel recorre la abarrotada sala repartiendo bastones de caramelo, pero mi regalo está sentado a mi lado.

«Esta es tu vigésimo primera Navidad en prisión», dice Carole. «La sexta que pasamos juntos desde que nos casamos».

«Solo nos quedan seis más».

«Cinco», me corrige.

«No, 2013».

«Pero estarás en casa en agosto. Pasaremos la Navidad juntos ese año».

Ahora los años se me mezclan, pero Carole me ayuda a visualizar nuestra vida futura. No es fácil imaginarme libre. Es extraño. «El tiempo pasará mucho más rápido a partir de 2008», digo.

«¿Cómo es eso?».

«Tenemos todos estos acontecimientos que marcarán el paso del tiempo. Llegarán como hitos, pasarán rápidamente y nos darán puntos de referencia reales hacia los que mirar».

«¿Como cuáles?».

«¿Cómo que "como qué"?». Levanto los dedos para contar. «En enero comienza la temporada política con las primarias. Seguiremos todas las campañas, empezando por Iowa. Después de las primarias, tendremos una idea más clara de quién va a ser nuestro próximo presidente».

Carole me aprieta la mano. «Estoy harta de la política. Da igual quién gane, nada cambia».

«En marzo expira la multa de 500 000 dólares que me impuso el juez. Podremos abrir una cuenta bancaria conjunta como marido y mujer. En mayo te gradúas en la escuela de enfermería. En junio, Nichole se gradúa en el instituto. En algún momento del verano, las convenciones políticas nombrarán a los candidatos. El otoño hará que la política sea realmente emocionante. Y luego volverá a ser Navidad».

«Los años pasan mucho más lentamente de lo que tú dices», dice Carole.

«¿Recuerdas lo que hacíamos hace cinco años?», le pregunto.

«Acababa de mudarme a Fort Dix».

«¿Recuerdas lo que te dije el día de Año Nuevo, cuando tú y Nichole vinisteis a visitarme?».

«Repítemelo».

«Levanté la mano y abrí los cinco dedos así», repito el gesto. «Te dije que, si te quedabas conmigo, en cinco años tu vida sería completamente diferente. Y mírate ahora, cinco años después».

Ella sonríe y roza su mejilla contra la mía. «¿Crees que soy tan diferente?».

«Eres una esposa magnífica. Pase lo que pase en mi vida, nada me hará más feliz que mi matrimonio contigo».

****

El 11 de junio de 2008, me encuentro frente a 30 presos que están sentados bajo una luz tenue en sillas acolchadas en una esquina de un almacén industrial, uno de los pocos edificios del campo Taft que no tiene aire acondicionado. El calor del verano, junto con los enjambres de moscas, nos hace tirar de nuestras camisetas y dar manotazos al aire, pero es la única sala disponible lo suficientemente grande como para que yo pueda impartir una serie de clases de autoayuda que me gusta dirigir.

El almacén tiene techos altos con tuberías y cables a la vista, y paredes metálicas sostenidas por gruesas vigas de acero. Si tuviera suelo de césped, el espacio sería suficiente para jugar al fútbol sala. Pero el suelo es de hormigón y, salvo el hueco reservado para nuestra clase, hay sillas de ruedas en distintas fases de reparación apiladas en filas de tres metros de altura desde la parte delantera hasta la trasera del almacén. Mi compañero de habitación, David, dirige un equipo de presos de Taft que se pasan el día restaurando sillas de ruedas para donarlas a Wheels of the World, un programa patrocinado por la prisión que proporciona sillas de ruedas reconstruidas a comunidades necesitadas.

Los presos, incluso los que están en el campamento, luchan contra su separación de la sociedad. Motivar a hombres que se preocupan por los retos que les esperan, que se preguntan a diario por sus esposas, por sus hijos, por cómo encontrarán empleo al salir en libertad o por cómo reunir las fuerzas para superar años de encarcelamiento, requiere preparación. En el verano de 2008, llevaba 21 años preparándome. Me encanta enseñar conceptos que sé que funcionan, como las estrategias probadas para planes de vida basados en valores y orientados a objetivos que me ayudaron a mí.

«Definan para mí qué es un preso exitoso», le pregunto a la clase. «¿Cuál es el mejor resultado posible para un hombre que cumple una condena en prisión?». Las manos se levantan y llamo a Sam. «Es alguien que no recibe ningún informe disciplinario».

«De acuerdo», escribo su respuesta en la pizarra con un rotulador azul. «¿Y tú, Jim? ¿Cómo definirías a un preso exitoso?».

«Alguien que puede mantener a su familia mientras está en prisión». Escribo la respuesta de Jim en la pizarra y luego le pido a Pablo que responda.

«Una persona que se educa a sí misma».

«Bob, ¿y tú?», le pregunto mientras escribo la respuesta de Pablo. «¿Qué es para ti un preso exitoso?».

«Un preso exitoso es alguien que consigue conservar al menos algunos recursos en el mundo para que, cuando salga, tenga la oportunidad de empezar de nuevo», dice Bob.

Después de escribir la respuesta de Bob en la pizarra, me acerco al centro del grupo y me coloco frente a la pizarra. «Este es el tipo de respuestas que les encanta oír a los administradores de prisiones. ¿No es así, Sr. Moreland?». El miembro del personal se sienta al fondo de la clase y observa.

«A mí me parecen buenas respuestas», reconoce.

«Buenas respuestas, dice el Sr. Moreland», repito en voz alta para que todos me oigan. «Pero yo le daría a cada respuesta un aprobado raspado, como mucho, y estoy siendo generoso», añado.

Los hombres se mueven en silencio en sus sillas y el miembro del personal supervisor deja su barra de chocolate. Tengo su atención.

«Esas respuestas reflejan la respuesta común de todos los presos del país. Pero no son suficientes. Para ser un preso exitoso hay que hacer más».

Me acerco a la pizarra y voy marcando las respuestas de la clase a medida que las voy revisando.

—En lugar de centrarse en evitar infracciones disciplinarias, selecciona actividades positivas que contribuirán a su éxito tras su puesta en libertad.

—«No solo se aferra a su familia, sino que trabaja a diario para fortalecer los lazos familiares y contribuir de manera significativa a su familia.

—«No solo se educa a sí mismo, sino que utiliza lo que aprende para enriquecerse a sí mismo y a la sociedad.

—«No solo se aferra a los recursos, sino que crea nuevos recursos que le garantizarán salir de prisión fuerte, con la certeza absoluta de que tendrá éxito tras su puesta en libertad.

«La clave para una experiencia carcelaria exitosa es visualizar claramente cómo quieres salir. No te limites a lo mínimo, sino visualiza el mejor resultado posible y utiliza esa visión como un faro para asegurarte de que cada paso te acerque al resultado que elijas».

«Pero la prisión nos impide hacer cosas así», objeta Tim. «¿Cómo se supone que vamos a contribuir a nuestras familias si no se nos permite obtener ingresos?».

Durante las siguientes diez semanas, me dedico a la clase, basándome en mis experiencias para inspirarlos a crear sus propios planes de vida exitosos.

«El éxito no se materializa por accidente», enfatizo, «sino a través de acciones deliberadas».

En cada sesión, reto a los hombres a que acepten toda la responsabilidad de sus vidas y se centren en lo que pueden lograr, en lugar de en los obstáculos que los limitan.

Justin Paperny, un delincuente de cuello blanco que ingresó en Taft Camp a finales de la primavera de 2008, se convierte en el parti-

cipante más entusiasta de mi clase. Justin se graduó en la Universidad del Sur de California y luego pasó a ganar un sueldo de seis cifras como joven corredor de bolsa. Una imprudencia en la supervisión de un fondo de cobertura le llevó a una condena de 18 meses por violar la ley de valores.

«La cuestión es», comenta Justin desde su asiento en el centro de la clase, «que algunos de nosotros tendremos que empezar de cero cuando salgamos de aquí. Nuestras condenas implican que no podemos volver a ejercer las mismas profesiones. Con esta economía tan deprimida, es difícil mantener la motivación cuando sabemos lo que nos espera fuera».

«Es un buen comienzo», respondo. «Demuestra que entiendes lo que te espera. Ya que has pensado en esos temas, ¿puedo hacerte algunas preguntas?».

Se encoge de hombros. «Adelante».

«Llevas aquí un mes», observo. «Por favor, cuenta a la clase en qué se diferencia tu vida actual de la que tenías el día que te entregaste».

«¿A qué te refieres?».

«¿En qué ha cambiado tu vida?», insisto. «No es una pregunta tan difícil».

Él se ríe. «Bueno, es obvio. Soy un prisionero».

«Bueno, todos estamos en prisión. Pero, ¿qué has estado haciendo con tu tiempo desde que te rendiste hace un mes?».

«Ah, ya te entiendo», dice. «Sobre todo he estado haciendo ejercicio. He perdido 4,5 kilos y me estoy fortaleciendo con las dominadas. Mientras esté aquí, tengo la intención de hacer ejercicio con regularidad para recuperar mi buena forma física».

«¿Quién de aquí hace ejercicio?», pregunto a la clase. La mayoría levanta la mano. «Excelente. Yo hago ejercicio todos los días. Sin embargo, el ejercicio es solo una pequeña parte de mi día. Es solo una

parte, como lavarme los dientes. Hago ejercicio para mantener un alto nivel de forma física, pero una cosa es segura: nadie me va a pagar por cuántas flexiones puedo hacer o cuántos kilómetros puedo correr cuando salga de aquí. A menos que estéis pensando en dedicaros a ser modelos de fitness o entrenadores personales, os sugiero que dediquéis más tiempo a prepararos para superar los obstáculos que sabéis que os esperan».

«Pero, ¿qué más puedo hacer?», pregunta Justin.

«Esa es la pregunta que cada uno de nosotros debe responderse cada día, y la respuesta no será la misma para todos. Si tienes perspectivas de empleo, si las relaciones familiares son importantes o si necesitas una educación, entonces debes preguntarte: "¿qué más puedo hacer para prepararme?". Cuando vives así, nunca te tambaleas cuando alguien te pregunta: "¿En qué ha cambiado tu vida?". No te tambaleas porque estás en el camino que has trazado para alcanzar el éxito tal y como tú lo defines».

«¿Y si no sabemos lo que queremos hacer?», pregunta Charles. Es un abogado de mediana edad de Newport Beach que ha sido inhabilitado y cumple una condena de dos años por malversación de fondos de la cuenta fiduciaria de su cliente.

«¿Alguno de ustedes conoce a Viktor Frankl?», pregunto a la clase. Nadie levanta la mano.

«Viktor Frankl era un médico alemán», explico a la clase. «Los nazis lo enviaron a él y a su familia a campos de concentración. Asesinaron a su familia, pero él sobrevivió. El Dr. Frankl escribió más tarde que, mientras el hombre pudiera encontrarle sentido a la vida, podría superar cualquier cosa. Pasó tres años como prisionero nazi, sin saber nunca si al día siguiente seguiría con vida. Sin embargo, descubrió que ayudando a los demás encontraba fuerzas. Si alguno de vosotros no sabe lo que quiere hacer, os sugiero que empecéis por ayudar a los demás. Al hacerlo, estad abiertos a reconocer lo que aporta sentido, felicidad, retos positivos y estímulo a vuestra vida. Al ayudar a los demás, abrís posibilidades para encontrar vuestro camino particular».

Pongo ejemplos que describen cómo otros presos que he conocido utilizaron su tiempo en prisión para lanzar con éxito nuevas carreras profesionales. Hablo de un preso que estudió ciencias durante su condena y, al salir de prisión, creó una empresa que convierte el aceite de cocina usado en combustible para maquinaria pesada. Hablo de otro preso que consiguió varias ofertas de empleo simplemente escribiendo cartas espontáneas a posibles empleadores de su comunidad, describiendo su ética de trabajo y pidiendo una oportunidad. Lo que intento transmitir, y el ejemplo que intento dar, es que no podemos esperar hasta la puesta en libertad. Tenemos la responsabilidad de anticipar los problemas a los que nos enfrentaremos después de la cárcel y debemos prepararnos cada día para superarlos.

****

«¿Por qué escribes tanto?», me pregunta Justin mientras se sienta frente a mí en la mesa redonda donde trabajo.

«Porque no sé vender acciones», le respondo.

Él se ríe. «Lo digo en serio».

«Yo también. Escribo todos los días porque quiero convertirme en un mejor comunicador. Planeo construir una carrera en torno a las experiencias que he tenido en prisión. Las estrategias que me ayudaron a salir adelante se pueden aplicar a cualquier tipo de adversidad. Dado que mis antecedentes penales me dificultarán mantenerme de otra manera, y dado que necesito mantener a mi familia, invierto entre 10 y 12 horas todos los días escribiendo, leyendo o preparando presentaciones».

«Ojalá tuviera esa claridad sobre mi futuro».

«¿Cuándo sales?», le pregunto a Justin.

«Terminaré de cumplir mi condena en agosto de 2009».

«¿Por qué no haces lo mismo?», le pregunto.

«¿A qué te refieres? ¿Escribir? ¿Hablar?».

«Claro. ¿Por qué no? Tienes un título de la USC. Eras un asesor de inversiones registrado que se vio envuelto en un escándalo ético. ¿No crees que otros han tomado las mismas malas decisiones?».

«Probablemente».

«Por supuesto que sí. Si ves las noticias o observas nuestro sistema penitenciario, verás que millones de personas pierden el rumbo. Averiguacómo puedes ayudarlos y tendrás una nueva carrera. Puedes pasar tu tiempo en Taft como yo, preparándote para una carrera cuando salgas».

Justin entrelaza los dedos detrás de la cabeza y se recuesta. Se detiene a pensar mientras yo escribo. «¿Crees que hay mercado para eso?», pregunta.

«Solo si te preparas. Tienes que crear el mercado, y si eso es lo que quieres perseguir, tienes que trabajar tantas horas como yo».

****

Mi horario no me permite entablar amistades. Además, busco la intimidad siempre que puedo, alimentando mi necesidad de consuelo escribiendo, leyendo y haciendo ejercicio. Cuando paso tiempo con otras personas, suele ser por motivos relacionados con mi trabajo. Hago entrevistas para un artículo que quiero escribir o practico mis habilidades comunicativas impartiendo clases. A veces trabajo individualmente con otro preso, como David, ayudándole a prepararse para el examen de GED. «Escribe frases cortas utilizando palabras que estés seguro de poder escribir correctamente» es el consejo que le repito durante nuestras clases. Aprueba la parte de redacción del examen y sigue estudiando como estudiante universitario.

Justin, sin embargo, no está estudiando para el GED. Tiene un título de una gran universidad y un historial de ganancias importantes. Como profesional de inversiones de una de las casas de bolsa más prestigiosas de Wall Street, Justin obtuvo ingresos significativos por su criterio financiero, su habilidad para evaluar oportunidades y su ges-

tión del dinero de los inversores. Es de hombres como Justin de quienes aprendo y avanzo. Cuando otros me confunden con un hombre que se ha rendido recientemente, o cuando se quedan boquiabiertos al saber que he sido preso desde 1987, sin saberlo me hacen el mayor cumplido. Quiero que los demás me vean como un ciudadano con algo que aportar. Esa validación llega cuando hombres como Justin buscan mi consejo.

Justin sigue mi consejo y comienza a trabajar estrechamente conmigo. Deja la televisión y los juegos de mesa y se dedica de lleno al ejercicio y a prepararse para la vida después de la cárcel. Nos hacemos buenos amigos. Le sugiero los pasos que puede dar para posicionarse para una nueva carrera como conferenciante y consultor tras su liberación.

Le muestro cómo traspaso los límites de la prisión para conectar con el mundo escribiendo para MichaelSantos.com, y él lanza su propia página web, JustinPaperny.com. Le animo a escribir un manuscrito, así que esboza los capítulos de su libro, *Lecciones desde la cárcel*. Nuestra amistad crece cuando nos presenta a Carole y a mí a su familia y amigos, que nos visitan cada semana.

«Le he hablado a Brad de tu ética de trabajo, de todo lo que has hecho aquí y de tus planes para cuando salgas», me dijo después de que Carole y yo conociéramos a algunos de sus amigos en la sala de visitas. Su amigo, Brad Fullmer, tuvo una carrera estelar en el béisbol profesional. Brad rechazó una beca completa para jugar al béisbol en Stanford cuando los Montreal Expos lo seleccionaron en la primera ronda después de que Brad se graduara en Montclair Prep. Brad es uno de los pocos jugadores que ha bateado un jonrón en su primer turno al bate en las Grandes Ligas, y coronó su larga carrera en el béisbol profesional robando el home durante la Serie Mundial con los California Angels. «¿Qué te parece si Brad y yo invertimos en tu carrera?», pregunta Justin.

«¿Le has dicho que tengo que cumplir cinco años más?».

«Él lo sabe», me dice Justin, «y yo también. Algunas inversiones tardan años en dar sus frutos. Creemos que eres un ganador y nos gustaría participar».

«Déjame pensarlo».

Mientras sopeso la posibilidad de vender una parte de mis futuros ingresos, me siento solo en mi cubículo. Estoy en una silla de plástico, recostado contra una pared de hormigón, con los pies apoyados en el poste de acero que sostiene la estantería que llamo mi cama. Mi taquilla de acero tiene dos estantes a la izquierda donde guardo mis sudaderas grises dobladas y mi ropa interior; encima del estante guardo mi diccionario, mis papeles y mis zapatillas de correr llenas de polvo.

Durante los últimos 21 años he tenido que guardar mis pertenencias en este tipo de taquillas. Pero a partir de estas taquillas con solo bolígrafos, disciplina y trabajo, me he creado una vida. Miro las fotos de Carole que he pegado en el interior de las puertas de mi taquilla. Para mí, es la mujer más hermosa del mundo, no solo por sus ojos brillantes y su sonrisa, sino por la forma en que ha creído en mí, entregándose por completo a mí, fortaleciéndome de una manera que nadie más podría, mientras cumplía esta condena conmigo. Espero poder mejorar su vida, al igual que ella ha mejorado la mía.

Despego la foto de Carole y la sostengo en mis manos. La imagen es un pobre sustituto de abrazar a mi esposa, pero en los días en que no hay visitas, a veces necesito esta sensación tangible de ella en mis manos.

Durante los cinco años que llevamos casados, mis escritos han generado más de 200 000 dólares en ingresos después de impuestos para Carole. No es mucho según los estándares de la sociedad, pero estoy inmensamente orgulloso de haberlo ganado desde la cárcel, solo con bolígrafos, papel y perseverancia. Esos fondos la mantuvieron a ella y a Nichole, permitiéndoles mudarse de un estado a otro siguiendo mi «ruta carcelaria». Le permitieron a Carole volver a la universidad. A pesar de las enormes dificultades y obstáculos, se graduó primera de su clase de enfermería y ahora gana su propio sueldo. No necesito vender

nada de lo que he trabajado tan duro para crear, pero quiero darle a mi esposa la seguridad que pueden proporcionar los ahorros en el banco.

Miro fijamente las paredes de hormigón y bloqueo el zumbido de la luz fluorescente para calcular el valor actual justo de unos ingresos que no comenzarán a fluir hasta mi salida de prisión, dentro de cinco años. Qué concepto tan ridículo. Soy un preso y, después de más de un cuarto de siglo dentro, el sentido común cuestionaría si podría ganar el salario mínimo, si es que pudiera encontrar un empleo. Sean cuales sean los ingresos, tendré que generarlos yo mismo. ¿Y quién puede juzgar el mercado o anticipar los ingresos de un hombre al que le quedan cinco años de condena?

Mi experiencia como especulador en el mercado de valores me convenció de que una inversión solo vale lo que el próximo inversor esté dispuesto a pagar por ella. Me halaga que Brad y Justin quieran invertir en mi potencial, pero también soy consciente de que no tengo una fila de inversores esperando para entregarme un cheque por el derecho a un porcentaje de mis ganancias futuras, si es que alguna vez tengo ganancias.

Negocio una cifra. Es suficiente para garantizar que pueda vivir un año completo tras mi liberación sin ganar un solo centavo, suficiente para proporcionar seguridad a Carole mientras termino de cumplir mi condena. A cambio del dinero que hoy tengo en el banco, vendo el derecho a diez centavos de cada dólar que ganará la marca Michael Santos. El tiempo dirá si vendí demasiado barato, pero el acuerdo me parece justo hoy. Cuando le cuento a mi esposa sobre el cheque que Brad le entregará en el estacionamiento de la prisión después de que concluya nuestra visita, su sonrisa hace que el trato valga la pena. Estoy aliviando la vida de Carole durante la peor recesión económica de nuestra vida, y estoy coordinando el trato desde la prisión. Eso no tiene precio.

****

Mi consejera tiene más de 150 presos a su cargo. Entre sus responsabilidades está la aprobación de las listas de visitas. Aunque los

administradores de Florence Camp y Lompoc Camp han denegado mi solicitud de visitar al Dr. Sam Torres, estoy dispuesto a volver a intentarlo aquí en Taft. Llamo a la puerta de la oficina de mi consejera.

«Siéntese», me invita cuando le pido un momento de su tiempo.

«¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué cambié y me esforcé tanto por reformarme durante mi encarcelamiento?».

Ella retira las manos del teclado y gira su silla para mirarme directamente. «Sí».

«Una de las razones principales era que quería demostrar que era digno de la confianza que mis mentores habían depositado en mí al dedicarme tanto tiempo».

Ella asiente con la cabeza mientras me mira.

«La mayoría de mis mentores provienen de universidades. Uno de ellos se retiró de las fuerzas del orden antes de convertirse en profesor. Se llama Dr. Sam Torres y, como se retiró de su anterior carrera como agente de libertad condicional federal, considero un verdadero honor que se haya tomado el tiempo de entablar una amistad conmigo.Nos hemos escrito durante años. Utiliza dos de mis textos en las clases que imparte en la universidad. Al hablar con él, puedo aprender más sobre lo que me espera mientras estoy en libertad supervisada. Él puede ayudarme a prepararme, pero las normas no le permiten visitarme. Le pido que haga una excepción y lo incluya en mi lista de visitas».

«¿No lo conocías antes de ir a la cárcel?».

«Por supuesto que no», respondo. «Lo conocí a través de mi trabajo durante mi reclusión. Pero es el tipo de mentor que necesito para comprender mejor los obstáculos que me esperan».

La consejera vuelve a su ordenador y asiente con la cabeza. «Voy a confiar en usted», dice. «Pídale que me envíe un formulario de visita y le autorizaré a visitarme».

Pequeñas victorias como esta son lo mejor que se puede conseguir en un sistema diseñado para extinguir la esperanza.

****

Me siento junto a Justin, viendo cómo los resultados electorales proclaman a Barack Obama como el 44º presidente de Estados Unidos. Comencé mi mandato bajo el mandato de Ronald Reagan. Cuando el primer George Bush habló de un Estados Unidos más amable y gentil, pensé que podría producirse un cambio. Bill Clinton me animó a tener esperanza. Con George W. Bush, negué con la cabeza y acepté que su llamamiento a dar segundas oportunidades y mostrar compasión nunca se extendería a los presos. El presidente electo Obama aboga por un gobierno de abajo arriba que valore a todos los ciudadanos estadounidenses. Estoy lleno de esperanza porque parece que Estados Unidos ha elegido a un líder compasivo que entiende las necesidades de nuestra sociedad, de toda nuestra sociedad, quizá incluso de los presos.

****

Carole y yo disfrutamos de una maravillosa visita el viernes 27 de marzo de 2009. La llamo a última hora de la tarde para asegurarme de que ha llegado bien a casa y, cuando me contesta, me entero de que Joan Petersilia, una distinguida profesora de la facultad de derecho de Stanford, ha enviado un mensaje a través de nuestra página web. Al principio de mi mandato, empecé a enviar cartas no solicitadas a académicos a los que admiraba, y recuerdo haberle escrito a Joan en dos ocasiones distintas. Me siento como un pescador en el mar, lanzando el anzuelo con la esperanza de establecer una conexión, pero sabiendo que a veces esas conexiones tardan años en materializarse. A veces la gente responde, otras veces no. Por cada 100 cartas que envío, espero recibir una sola respuesta. Considero que esa proporción es un gran éxito, incluso cuando la respuesta tarda años en llegar, como ha sido el caso de este mensaje de Joan.

La Dra. Petersilia escribió que lleva años utilizando mi trabajo como recurso para impartir sus clases, lo cual es una noticia maravillosa. Me sorprende con una invitación para contribuir con un capítulo para The Oxford Handbook on Sentencing and Corrections, un nuevo libro que está coescribiendo con Kevin Reitz, profesor de Derecho de la Universidad de Minnesota. La profesora Petersilia es una de las penólogas más distinguidas del país y ejerce como asesora del gobernador en asuntos relacionados con el sistema penitenciario del estado de California. Legisladores y otros líderes gubernamentales de todo el país solicitan su asesoramiento. Como uno de los 2,3 millones de presos que hay en Estados Unidos, me siento honrado de que ella sepa quién soy. Su invitación a publicar junto a ella me deja asombrado y profundamente honrado. Me puse a trabajar de inmediato, ansioso por terminar el capítulo mucho antes de la fecha límite.

Considero que este tipo de proyectos de escritura son oportunidades enormes. Durante décadas he trabajado duro para obtener credenciales y desarrollar habilidades que me permitieran hacer contribuciones significativas a la sociedad, pero ahora me encuentro en una fase diferente del viaje. Cada día me resulta más evidente que debo cambiar de estrategia. Ahora me encuentro en los últimos meses de mi encarcelamiento y tengo que pensar en medidas deliberadas que pueda tomar para facilitar mi transición a la sociedad tras mi liberación. Se acerca el momento.

Escribir para la profesora Petersilia es una oportunidad maravillosa, ya que dará a conocer mi trabajo a miles de académicos interesados en mejorar el sistema penitenciario de nuestro país. Cuando salga de prisión, tendré que ganarme la vida, y para ello tendré que superar algunos obstáculos enormes. Dado que pretendo desarrollar una carrera profesional basada en todo lo que he aprendido como preso de larga duración, necesitaré el tipo de relaciones profesionales que pueden facilitarme académicos distinguidos como Joan Petersilia. Ella es el tipo de modelo a seguir que necesito y, como he hecho con todos mis mentores, pretendo demostrar que soy digno de su apoyo.

Sin embargo, además de establecer contactos, también tengo que centrarme en los pasos que puedo dar para crear una fuente de ingresos. Me va a costar una enorme cantidad de recursos económicos integrarme en la sociedad. No sé dónde viviremos Carole y yo, pero vaya donde vaya, necesitaré tener una cuenta de ahorros considerable para cubrir los gastos de mi reinserción. Durante mis primeros meses de libertad, tendré que comprar artículos que la mayoría de la gente acumula a lo largo de décadas. Con el coste de la ropa, los ordenadores y la vivienda, esos gastos probablemente me supondrán al menos 40 000 dólares, y es dinero que pretendo tener en una cuenta de ahorros separada de la cuenta que he estado creando para financiar mi primer año de libertad. Estoy decidido a tener éxito y no permitiré que influencias externas, como los retos económicos, me lo impidan. Debo salir de la prisión preparado, con los valores, las habilidades y los recursos necesarios para lograrlo.

CAPÍTULO 15

Mes 260-300 / 2009-2012

Es 20 de mayo de 2009 y mi amigo Justin Paperny sale hoy de prisión. Trabajamos bien juntos y echaré de menos su compañía. Durante los últimos meses, Justin me ha acompañado en la tranquila habitación donde escribo cada mañana. Una de esas sesiones matutinas comenzó con la idea de crear una organización sin ánimo de lucro. Emprender una tarea así nos ayudaría a recaudar recursos financieros con los que podríamos crear productos destinados a reducir la reincidencia.

Nuestro razonamiento es sencillo, solo una evaluación de los hechos. Las altas tasas de reincidencia suponen un reto para nuestra sociedad en muchos sentidos, ya que influyen en la vida de los ciudadanos que no comprenden cómo el compromiso de Estados Unidos con el encarcelamiento masivo afecta a su vida cotidiana. Mientras que los contribuyentes quieren comunidades más seguras, mejores escuelas y una mejor atención sanitaria, los que representan al sistema penitenciario quieren presupuestos más elevados. Esa mentalidad de encerrar a las personas y tirar la llave conduce a más horas extras, más puestos de trabajo para los guardias de prisiones y más gastos en vallas de alambre de púas, pero no conduce a comunidades más seguras. Más bien, desvía recursos que la sociedad podría utilizar para construir mejores escuelas, mejores hospitales y ofrecer más servicios sociales.

Las personas que cumplen condenas luchan por salir con los valores, las habilidades y los recursos que se traducen en éxito tras su puesta en libertad. Las estadísticas ilustran el problema. Más de una de cada dos personas que cumplen condenas se enfrentan a continuos retos del sistema de justicia penal tras su puesta en libertad. Esa tasa de fracaso conlleva enormes costes para los contribuyentes, agotando los recursos públicos que se podrían destinar a la educación, la asistencia sanitaria u otros servicios sociales. Estoy convencido de que,

trabajando juntos, Justin y yo podemos ayudar a reducir los costes de la reincidencia y contribuir a que las comunidades sean más seguras. Para ello será necesario trabajar en equipo en el ámbito financiero y disponer de dinero por razones obvias: ni Justin ni yo podemos trabajar gratis. Tenemos que ganarnos la vida, y la organización sin ánimo de lucro podría recaudar fondos con el fin de pagarnos por los servicios que podemos ofrecer.

Mientras Justin cumplía condena conmigo aquí en Taft, no fue posible avanzar en la idea de crear una organización sin ánimo de lucro. Al fin y al cabo, formar una organización sin ánimo de lucro no es fácil, especialmente cuando los responsables están encarcelados.

Una lección que he aprendido a lo largo de las décadas es que todos los objetivos que merecen la pena comienzan con una visión, pero alcanzarlos requiere persistencia y compromiso. Con la puesta en libertad de Justin, podemos trabajar juntos para impulsar esta idea de crear una organización sin ánimo de lucro. Él hará su parte desde fuera de las rejas y yo haré la mía desde aquí dentro. Aunque entiendo que podemos enfrentarnos a muchos retos en el camino, estoy seguro de que tenemos una visión unificada con respecto a lo que estamos tratando de crear, y ambos seguiremos adelante con perseverancia y compromiso.Este trabajo me acercará a mi objetivo de vivir una vida relevante mientras cumplo lo que espero que sean mis últimos tres años.

Las investigaciones que hemos realizado para averiguar qué se necesita para crear una organización sin ánimo de lucro nos han permitido comprender cómo proceder. En primer lugar, debemos convencer al Servicio de Impuestos Internos de que podemos aportar un beneficio a la sociedad. Si lo conseguimos, el IRS autorizará a la organización a recaudar fondos de organizaciones filantrópicas, empresas y particulares que apoyan las donaciones benéficas. Recaudar recursos financieros en este sombrío clima económico resultará difícil, especialmente cuando las personas que se esfuerzan por recaudar el dinero tienen condenas por delitos graves. Pero sin las credenciales válidas del IRS, es posible que no podamos recaudar fondos en absoluto.

Entiendo que algunos puedan cuestionar por qué necesitamos recaudar recursos financieros. Necesitamos dinero porque estamos trabajando para crear una operación sostenible, una que pueda ayudar a transformar vidas problemáticas. Nuestro mercado objetivo incluirá a jóvenes en riesgo y personas encarceladas, personas que no pueden pagar los productos que crearemos y distribuiremos. Asumiré la responsabilidad de mostrar a los contribuyentes las razones por las que les conviene apoyar nuestra causa.

Si recibimos la autorización del IRS, trabajaremos juntos para transformar vidas en riesgo, empoderándolas para que vivan como ciudadanos contribuyentes. Me alegro de que Justin se haya unido a mí en la formulación de este plan de acción. Ahora debemos ejecutar el plan.

****

El otoño de 2009 transcurre sin problemas para mí aquí, en el campo penitenciario federal de Taft. Ya he cumplido más de 22 años de mi condena. Aunque no sé exactamente cuándo saldré, me siento fuerte y espero que la liberación llegue en los próximos tres años. Realmente estoy en la recta final y soy plenamente consciente de mi responsabilidad de tener un plan para mi regreso a la sociedad.

Carole trabaja como enfermera vocacional titulada en Los Ángeles y estudia microbiología para reanudar sus estudios de enfermería en enero. Nichole, su hija, está comenzando sus estudios en la Universidad Estatal de Washington, en camino de iniciar también una carrera en enfermería. En lo que a mí respecta, nuestra familia ha triunfado sobre la prisión. Si bien el diseño de este sistema parece estar estructurado de manera única para llevar a las personas y las familias a ciclos perpetuos de fracaso, el plan estratégico y disciplinado por el que hemos vivido nos ha traído muchas bendiciones y nos ha fortalecido. El progreso continuo mantiene mi espíritu fuerte.

El abogado de Justin le ha asegurado que la documentación de la organización sin ánimo de lucro está en regla, y esperamos recibir la autorización del IRS para poner en marcha la Fundación Michael G.

Santos a finales de este año. Tres personas han aceptado la invitación de Justin para formar parte de la junta directiva de la organización sin ánimo de lucro y, aunque no conozco a esos miembros de la junta, su supervisión me proporciona un trabajo real: redactar propuestas en busca de financiación.

Aunque Justin ha identificado muchas organizaciones filantrópicas potenciales y yo estoy redactando solicitudes de subvención para cada una de ellas, la Fundación California Wellness me parece la más prometedora. Cuenta con una dotación de miles de millones de dólares reservada para programas que mejoran la seguridad pública.

Julio Marcial es el contacto de Justin en The California Wellness Foundation. Hemos descubierto que Julio siente una verdadera pasión por ayudar a los jóvenes en situación de riesgo. Sabe que muchos de ellos crecen sin recursos ni sistemas de apoyo, y pocos comprenden qué pasos deben dar para dejar atrás las pandillas y las influencias negativas.

Como director ejecutivo de la Fundación Michael G. Santos, Justin le contó a Julio mi trayectoria. Defendió con firmeza que podríamos crear un programa para mostrar a otros cómo adoptar el mismo tipo de caminos estratégicos y deliberados que me permitieron desconectar del ruido de las influencias externas y prepararme para el éxito. Julio quiere ver más.

A pesar de lo audaz de la solicitud, estoy redactando una propuesta que explica por qué la California Wellness Foundation debería financiar a la Michael G. Santos Foundation con una subvención de 150 000 dólares. En el contexto económico actual, los recursos son escasos y nos enfrentamos a un gran reto, ya que muchas organizaciones sin ánimo de lucro consolidadas competirán por los mismos fondos limitados. Aun así, a pesar de mi encarcelamiento y de su reciente salida de prisión, estoy seguro de que podemos elaborar un plan ganador.

Como persona que ha pasado más de la mitad de su vida en prisión, tengo opiniones muy firmes sobre por qué a tanta gente le cuesta adaptarse tras su puesta en libertad. Desde mi punto de vista, aunque

el sistema es muy bueno para almacenar seres humanos, falla a la hora de preparar a los delincuentes para que lleven una vida respetuosa con la ley y contribuyan a la sociedad. En lugar de animar a los delincuentes a trabajar para desarrollar valores, habilidades y recursos que les ayuden tras su puesta en libertad, apaga la esperanza y se esfuerza por reprimir el espíritu humano. Solicito a la California Wellness Foundation que proporcione fondos para que la fundación de Justin pueda elaborar un programa autodirigido que muestre a otros cómo transformar sus vidas independientemente de las influencias externas o del ruido del encarcelamiento. Podemos marcar la diferencia, pero para ello tendremos que enfrentarnos a los obstáculos de un sistema con un fuerte interés propio en perpetuar el fracaso.

****

Paso la Navidad de 2009, mi 23.rd fiesta en prisión, y entro en enero de 2010, otro año nuevo. Sigo contando, sin saber muy bien cuántos días de prisión me quedan por delante, pero sé que tengo 8180 días de encarcelamiento a mis espaldas. En este momento, la prisión no me molesta en absoluto. Me siento centrado y motivado, ansioso por aprovechar todas las oportunidades que se me presenten.

Carole ha comenzado unos estudios que durarán todo el año y concluirán con su certificación como enfermera titulada. Es un gran paso para nuestra familia, pero uno que proporcionará a Carole una carrera más satisfactoria, que le reportará más respeto por parte de sus compañeros, colegas y comunidad. Estoy muy feliz por ella, muy orgulloso de ella y muy agradecido de haber tenido oportunidades de ingresos para apoyarla en este viaje. Ella es mi centro y espero poder animarla a lo largo de este año.

No es fácil vivir como la esposa de un preso. Para Carole, el reto fue especialmente difícil porque entró en mi vida cuando yo ya llevaba más de 15 años en prisión y me quedaba más de una década por delante. A pesar de que otros siempre cuestionaban su criterio, durante los últimos siete años hemos trabajado juntos, enfrentándonos a repetidos traslados e interferencias de los administradores de la prisión

para construir una vida propia. Ahora las cosas están mucho mejor y prometen mejorar a medida que avanzamos en el año 2010.

Julio Marcial le ha dicho a Justin que tiene la intención de recomendar una subvención de 150 000 dólares para la Fundación Michael G. Santos. La premisa es muy sencilla. En la propuesta que redacté, argumentamos que el sistema no invierte recursos en preparar a las personas para el éxito tras su puesta en libertad. Su objetivo declarado es preservar la seguridad de la institución, y no ofrece programas de reinserción hasta que es demasiado tarde, a menudo solo unas semanas o meses antes de la fecha prevista para la puesta en libertad. Para entonces, el preso está perdido, sin recursos ni una red de apoyo que le ayude en su reinserción.

Con financiación, sugerí que podría escribir un programa que animara a los presos y a los jóvenes en situación de riesgo a seguir un camino autodirigido. Lo haría escribiendo una serie de libros y cuadernos de ejercicios que mostrarían los pasos precisos que seguí para formarme, contribuir a la sociedad y crear una red de apoyo que me ayudara en mi transición tras la puesta en libertad. Era lo que dije que haría al principio de mi condena, durante esa incómoda transición entre mi condena y la sentencia, durante ese tiempo en el que caí bajo la tutela de Sócrates.

Los destinatarios de la literatura y los cursos que pretendo escribir verán que tienen el poder dentro de sí mismos para cambiar sus vidas. Mi trabajo es inspirar esperanza y, junto con el trabajo de Justin, hemos convencido a Julio para que recomiende que The CAlifornia Wellness Foundation financie el proyecto. Esa financiación proporciona recursos para pagar mi trabajo, suficientes para garantizar que mi transición tras mi puesta en libertad sea más fácil. Si todo va bien, tendré 40 000 dólares en ahorros para cubrir todos los gastos financieros relacionados con mi reinserción, y otros 40 000 dólares en ahorros a los que podré recurrir para superar mi primer año de libertad. A través de mi trabajo, mostraré a otros presos cómo empoderarse de la misma manera cuantificable.

****

Es sábado por la mañana, 11 de septiembre de 2010, y mientras regreso de correr temprano por la mañana, me acerco a una cara nueva al volver a la unidad de viviendas desde la pista. Más de 500 personas cumplen condena dentro de estos límites y, aunque no me comunico ni interactúo con muchos de ellos a nivel personal, reconozco a los hombres que me rodean. Este chico nuevo y yo no intercambiamos palabras, pero la forma en que me saluda con la cabeza lo dice todo. Ese simple gesto es suficiente para hacerme saber que él es un líder, que es capaz de hacer cualquier cosa que se proponga y que es alguien de quien puedo aprender.

Nos han asignado la misma unidad de alojamiento. Estoy deseando presentarme y aprovecho la oportunidad unas horas más tarde, cuando lo veo fuera, en la pista. Es más alto que yo, con el pelo plateado y la piel morena. Supongo que tenemos más o menos la misma edad, pero sospecho que hemos tenido experiencias muy diferentes. Conozco este mundo y puedo ayudarle a comprenderlo, pero intuyo que él proviene de un mundo diferente del que me gustaría aprender más.

«Buenos días», le digo mientras me acerco a él. «¿Te apetece dar unas vueltas a la pista conmigo?».

Él acepta y comenzamos a dar vueltas por la pista ovalada de tierra que rodea los campos de béisbol y las pistas de tenis.

«Créeme», le digo, «se vuelve más fácil de lo que parece ahora».

Me mira, como si intentara averiguar qué pretendo.

«Me llamo Michael Santos. Llevo aquí un tiempo y puedo ayudarte a entender a qué te enfrentas si te interesa que te sirva de guía».

«Gracias», dice. «Sé un poco sobre ti porque mi familia ha estado leyendo tu sitio web».

«Me alegro de oírlo. Llevo más de una década escribiendo para la web, pero nunca he visto una página web real. Estoy deseando usar Internet por primera vez, pero tendré que esperar al menos un par de años más».

«¿Cómo publicas tus cosas en línea desde aquí?».

«Escribo todo a mano y se lo envío a mi esposa. Ella se encarga de coordinarlo todo por mí, lo escribe a máquina y luego publica el contenido en mi sitio web. El trabajo me ayuda a pasar el tiempo y a crear conciencia sobre este sistema tan miserable en el que vivimos. ¿Cuánto tiempo vas a estar con nosotros?».

«Me quedan 18 meses».

«Bueno, respira hondo. No cumplirás toda la condena. Recibirás algunos créditos por buena conducta que reducirán la pena en unos tres meses, lo que la reducirá a unos 15 meses. Dependiendo de tus circunstancias personales, es posible que cumplas los últimos meses de tu condena en un centro de reinserción social o bajo arresto domiciliario».

«¿Cómo lo consigo?».

«Tendrás que pasar por algunos trámites administrativos durante las próximas dos semanas. No presiones a esta gente, me refiero al personal. Deja que las cosas sigan su curso. No hay mucho que puedas hacer para influir en lo que ocurre aquí. Pero si dejas que las cosas sigan su curso y no molestas al personal con demasiadas peticiones, probablemente dentro de un año estarás viviendo en un centro de reinserción social. El secreto para cumplir esa condena es progresar cada día que estés aquí, trabajar para conseguir algo que mejore tu vida».

Él gruñe. «¿Como qué? ¿Qué puede hacer un tipo desde dentro de este infierno?».

Me río. «No es tan malo. ¿De dónde eres?».

«De Silicon Valley».

«¿Qué eres, banquero o corredor de bolsa?». Por su dicción y sus gestos, sé que está aquí por un delito de cuello blanco, pero no sé a qué se dedicaba. No me parece que sea ingeniero.

«Era director ejecutivo de una empresa tecnológica».

«¿Cuál?».

«Brocade Communications».

Me detengo en la pista y lo miro. «Eres Greg Reyes».

Él me devuelve la mirada y veo cómo frunce el ceño, en una mezcla de curiosidad y ferocidad, cauteloso, como si no supiera qué pensar de mis intenciones.

«No quiero ser entrometido, amigo», le digo, «pero admiro tu valentía y tu fuerza desde hace muchos años. Leí la cobertura que hizo el Wall Street Journal de tu caso. Cuando informó de tu condena, le hablé a mi esposa de ti y le dije que esperaba conocerte, para aprender de ti. De hecho, de alguna manera retorcida, siento como si te hubiera traído aquí. Como pasaron los años y no apareciste, supuse que debías haber ganado la apelación».

Greg se relaja con mi explicación de por qué conozco su historia. No solo leí el perfil que Forbes hizo de él como uno de los multimillonarios más jóvenes de Estados Unidos, sino que también vi cómo dirigió Brocade, la sacó a bolsa y la llevó a una valoración de mercado máxima que en su momento superó los 20 000 millones de dólares.

«Sí, gané la apelación», me dice. «El tribunal de apelación revocó mi condena porque la fiscalía mintió repetidamente durante mi primer juicio. Pero el Gobierno me juzgó por segunda vez. Los fiscales dijeron nuevas mentiras que dieron lugar a una segunda condena. También he apelado ese caso. En lugar de esperar, me entregué porque no quería vivir con el horror de esta condena de prisión sobre mi cabeza».

Los medios de comunicación nacionales especializados en economía informan con frecuencia sobre el caso de Greg. Aunque más de 200 directores ejecutivos de Silicon Valley autorizaron la práctica de antedatar opciones sobre acciones para los empleados de base, nadie autorizó esas prácticas con intención delictiva o con el objetivo de enriquecerse. No hay ningún otro director ejecutivo en Estados Unidos que esté cumpliendo condena por este delito, y Greg expresa una con-

siderable ira por haber visto su nombre arrastrado por el barro a causa de estas acusaciones.

«¿Por qué no aprovechas este tiempo para escribir tu historia?», le sugiero. «Aclara las cosas y explica con tus propias palabras lo que ocurrió exactamente. Si no lo haces, lo único que quedará constancia será la acusación del Gobierno».

«Escribir no es mi fuerte».

«Te ayudaré», le animo. «Es un proyecto importante. Tienes que contar tu historia. Si puedes hablar de ello, te ayudaré a escribirlo con tus propias palabras. Sería un gran proyecto que nos mantendría ocupados a los dos durante todo el año que viene».

Veo que le da vueltas a la idea. «¿Cómo te imaginas que se desarrollaría el proyecto?».

«Es sencillo. Te haré preguntas. Algunas pueden parecer tontas e irrelevantes, pero te las haré porque quiero entender todo lo que quieras compartir. Hablaremos cada día durante varias horas. Cada mañana temprano, escribiré notas sobre lo que haya aprendido. Cuando me lo hayas contado todo, esbozaré la historia e intentaré darle estructura. Si puedo contártela, avanzaremos con una entrevista más formal, capítulo por capítulo. Escribiré un capítulo y te lo leeré. Si lo apruebas, pasaremos al siguiente y repetiremos la secuencia hasta que hayamos contado toda la historia».

Se acerca y me da la mano. «Hagámoslo».

****

Es Navidad, 2010, mi 24.th mañana de Navidad como preso federal. Ya he cumplido ocho mil quinientos treinta y nueve días, pero hoy es un día muy especial y estoy emocionado por llamar a mi esposa. Por primera vez que yo recuerde, le daré una magnífica sorpresa.

Llevo despierto desde las 2:17, escribiéndole una carta mientras espero a que se enciendan los teléfonos. Ahora son casi las seis y espero

oír pronto el tono de llamada. Ella recibió el sobre que le envié, pero acordamos que no lo abriría hasta que la llamara esta mañana. Mientras esperaba a que se activaran los teléfonos, le he estado escribiendo una carta en la que le describo la alegría que siento al entrar en 2011. Empezaremos a hacer los planes definitivos para mi salida de prisión, mi regreso a la sociedad, y estoy listo.

«Feliz Navidad, cariño», responde a mi llamada exactamente a las 6:01 de la mañana.

«Feliz Navidad. ¿Estás lista para salir?». Carole va a conducir hasta Taft para visitarme esta mañana y quiero asegurarme de que sale a tiempo para que llegue tan pronto como abra la sala de visitas a las 8:00 a. m.

«Estoy lista. ¿Puedo abrir el sobre ahora?».

«¿Me prometes que aún no lo has abierto, cariño?».

«Te dije que no lo haría».

«De acuerdo, cariño. Feliz Navidad. Ya puedes abrirlo». Espero, escuchando cómo abre el sobre. «Ten cuidado, amor mío, no querrás cortar lo que hay dentro».

«¿Qué es?», la oigo reír. «¡Dios mío! Es un cheque por 45 000 dólares».

«Es para nosotros, cariño, para ayudarnos a empezar nuestra vida cuando vuelva a casa contigo. Quiero que lo guardes para que no tengamos ningún problema económico cuando salga de aquí y vaya a verte».

«Pero ya hemos ahorrado suficiente dinero. ¿Cómo lo has hecho?».

«Trabajo duro por ti, mi amor. Eres mi inspiración y nada me llena más que pensar que te estoy manteniendo, que estoy mejorando tu vida. Es la única forma en que puedo sentirme un hombre en lugar de un preso».

Cada vez que obtengo recursos económicos desde la cárcel, ya sea a través de honorarios por escribir o por el comercio de acciones, obtengo una enorme sensación de satisfacción. Este entorno está diseñado para aplastar el espíritu humano. Se supone que los presos deben volver a casa destrozados, sin recursos económicos, sin una red de apoyo, indigentes. Sin embargo, a pesar del cuarto de siglo que estoy cumpliendo, voy a salir de aquí fuerte y estable. Mi esposa ha obtenido su título de enfermera titulada. Ha conseguido un trabajo en el Cottage Hospital de Santa Bárbara y espera ganar 80 000 dólares al año. Además de esos ingresos, los hombres que conocen el valor del trabajo me han pagado bien, lo suficiente para haber mantenido a mi esposa durante lo que otros considerarían una lucha incomprensible. Después de todos esos gastos, hemos conseguido crear una cuenta de ahorros después de impuestos que ahora supera los 100 000 dólares. Haber logrado estos objetivos desde dentro de los límites de la prisión magnifica la alegría que siento.

****

Es 12 de abril de 2011 y tengo que tomar una decisión. Mi fecha de liberación está prevista para el 12 de agosto de 2013. Tengo 284 meses a mis espaldas y un máximo de solo 28 meses más de prisión por delante.

Pero sé que no cumpliré los 28 meses completos. Hay algunas complicaciones en torno a mi fecha de liberación porque tengo esa pequeña posibilidad de obtener la libertad condicional. Es extraño. Mi caso es tan antiguo que soy uno de los pocos presos que quedan en el sistema federal que reúne los requisitos para una audiencia inicial de libertad condicional. Según mis cálculos, los miembros de la Comisión de Libertad Condicional de los Estados Unidos tienen la facultad discrecional de ponerme en libertad en febrero de 2013, dentro de solo 22 meses.

Pero eso no es todo. Además de la fecha de libertad condicional, tengo derecho a pasar hasta 12 meses en un centro de reinserción social. Si me concedieran la libertad condicional en febrero de 2013, po-

dría trasladarme a un centro de reinserción social en febrero de 2012, dentro de solo 10 meses. Pero incluso en el improbable caso de que la Comisión de Libertad Condicional de los Estados Unidos se negara a concederme la libertad condicional, tengo derecho a trasladarme a un centro de reinserción social 12 meses antes de mi fecha de liberación prevista, que sería en agosto de 2012. Eso significa que mi liberación debería producirse en algún momento entre 10 y 16 meses a partir de hoy.

Tengo que decidir dónde vamos a vivir Carole y yo. No tenemos raíces en ningún sitio. Es como si fuéramos a nacer en la sociedad. Los hijos de Carole, Michael y Nichole, ya son mayores y están construyendo sus propias vidas en el estado de Washington. Ella ha accedido a dejarme elegir dónde empezar nuestra vida juntos. Estoy pensando en qué ciudad sería la mejor.

Mi hermana Julie vive en Seattle, y esa es una posibilidad obvia. Tanto Carole como yo crecimos en Seattle, pero después de 25 años, no tenemos un hogar en ningún sitio. Mi hermana menor, Christina, vive en Miami, que es otra posibilidad que hemos barajado como posible punto de partida. Mi madre vive en Los Ángeles con mi abuela y, a la luz de la fundación que creó mi amigo Justin, también estamos pensando en Los Ángeles.

«La realidad, cariño», le digo a mi esposa durante una visita, «es que ambos tendremos 48 años cuando salga de aquí en los próximos 10 a 16 meses. Solo nos quedarán 12 años antes de cumplir 60. Al igual que las decisiones que tomé al principio de mi condena tuvieron un papel fundamental e influyente en mi trayectoria, las decisiones que tome de ahora en adelante tendrán una enorme influencia en dónde estaremos cuando tengamos 60 años».

«Por eso quiero que tú elijas adónde vamos». Carole me coge de la mano durante nuestra visita. Es el único contacto físico que hemos tenido en todo nuestro matrimonio, pero esa vida de celibato está llegando a su fin. «Mientras esté contigo, no me importa adónde vayamos».

«Lo más importante para mí es ir a la ciudad donde tenga más oportunidades de ganar dinero y aportar estabilidad a nuestra vida».

«Como enfermera titulada, puedo conseguir trabajo en cualquier sitio. Y tenemos suficientes ahorros para darte esa estabilidad. Deberías organizar tu traslado a donde quieras ir. ¿Qué tal Santa Bárbara?».

«El mercado es demasiado pequeño, cariño. Tal y como yo lo veo, tenemos tres opciones. Podemos elegir Los Ángeles, podemos elegir San Francisco o podemos elegir Nueva York. Necesito estar en una gran ciudad».

«Pero, ¿cómo vas a empezar en Nueva York o San Francisco? No conocemos a nadie allí».

«Geoff está en Nueva York y Lee está en San Francisco. Ambos nos ayudarían si se lo pidiera». Le recuerdo a mi amigo Geoff Richstone, el cardiólogo de Nueva York, y a mi amigo Lee Nobmann, el magnate maderero del norte de California.

«Tú eliges, cariño. Dondequiera que quieras ir, yo te acompaño».

****

Estoy esperando en la pista del campamento Taft la mañana del viernes 22 de abril de 2011. Mi amigo Lee Nobmann viene hoy de visita y su piloto aterrizará el jet privado, un Cessna Citation, en el aeropuerto de Taft. Veo la luz cegadora de los focos a medida que se acerca y luego oigo el rugido de los motores. Es un avión magnífico, un símbolo del éxito empresarial de Lee y de la próspera empresa que ha creado, Golden State Lumber. Carole va a recogerlo al aeropuerto.

«Me alegro de verte», le digo cuando entro en la sala de visitas. Es un gran hombre y un gran amigo.

Le cuento a Lee el dilema al que me enfrento con respecto a qué ciudad elegir para comenzar mi nueva vida. Mientras comemos hamburguesas de la máquina expendedora, él escucha las diferentes opciones que le presento y los planes que tengo para desarrollar una carrera

profesional basándome en todo lo que he aprendido como preso federal.

«¿De verdad quieres hablar de tus experiencias en la prisión federal durante el resto de tu vida? Tengo que decirte», me dice, «que a nadie en el mundo real le va a importar nada la prisión. ¿Por qué no vienes a trabajar conmigo? Siempre me vendría bien alguien con tu intensidad y tengo el puesto perfecto para ti en una empresa de promoción inmobiliaria que dirigen mis hijos».

Siento un enorme respeto por Lee. No solo es un empresario de extraordinario éxito, que da trabajo a varios cientos de personas, sino que también es genuinamente feliz, con un matrimonio amoroso que dura ya cuatro décadas y una excelente relación con sus hijos. Cuando me ofrece trabajar con él, es una oferta que tengo que considerar.

«Si crees que es lo mejor para mí», le digo, «entonces es lo que voy a hacer. Pero me apasiona la idea que tengo de crear un negocio en torno a todo lo que he aprendido. No hay mucha gente que haya mantenido un alto nivel de disciplina y concentración durante un cuarto de siglo de adversidades. Estoy seguro de que puedo encontrar un mercado para los productos y servicios que pretendo crear en torno a ese viaje».

Lee se recuesta y me mira. Tiene unos ojos azules penetrantes, el pelo blanco y el aspecto de un hombre que se ha hecho a sí mismo, como es el caso. Lo admiro enormemente y aspiro a ganarme su respeto. Es como si siempre estuviera haciendo una audición para él, tratando de demostrar que soy digno de la confianza que deposita en mí con su amistad.

«Esto es lo que vamos a hacer», decide. «Dile a tu asistente social que te vas a mudar a la zona de la bahía. Tengo una casa de invitados completamente amueblada en mi propiedad. No necesitarás nada más. Lo tiene todo, incluyendo toallas, cubiertos e incluso una cafetera. Úsala como tu dirección de liberación. Tú y Carole pueden quedarse allí durante un año sin ningún costo. Una de mis empresas te contratará

durante un año para que puedas obtener ingresos mientras construyes tu negocio. Si no funciona, entonces vienes a trabajar conmigo».

Con la generosidad de Lee, mi decisión se vuelve fácil. Como él diría, es una obviedad. Nuestra casa estará en la ciudad junto a la bahía, una ciudad que nunca he visitado antes.

****

Es miércoles, 27 de abril[de] 2011 y estoy sentado en un banco con mi amigo Greg Reyes. Estamos revisando las correcciones que he hecho al manuscrito que describe su vida y él se vuelve hacia mí con una pregunta peculiar. «¿Crees que podrías correr una maratón?».

He corrido todos los días sin un solo día de descanso desde el sábado 13 de diciembre de 2008. Durante los 866 días que han pasado desde entonces, he corrido 7795 millas. Los estrictos registros de responsabilidad que mantengo me dan una indicación clara de dónde estoy. He corrido una media de más de nueve millas al día, pero nunca me he sentido inclinado a correr una maratón de 26,2 millas. La distancia más larga que he corrido ha sido de 20 millas, y lo he hecho unas seis veces. No soy un atleta nato, pero correr es un ejercicio de voluntad, y estos 8661 días de encarcelamiento me han dado una gran determinación.

«Cualquiera puede correr una maratón, le digo a Greg. Pero, ¿qué sentido tiene?».

«Me gustaría correr uno antes de salir».

Al igual que mi amigo Lee, Greg es el tipo de hombre que define claramente sus objetivos y luego establece un plan de acción deliberado para alcanzarlos. Al igual que con Lee, siento que siempre estoy tratando de ganarme el respeto de Greg. Dado que la prisión consumió más de mi vida que la que viví fuera, necesito estas pruebas para sentir que puedo valerme por mí mismo entre personas que realmente han tenido éxito.

«Entonces corramos uno este fin de semana», le digo.

Greg se ríe. «Eres demasiado. Tenemos que entrenar para correr una maratón. Todos los libros que he leído hablan de un régimen de entrenamiento estricto, aumentando las distancias de forma gradual».

Greg entró en prisión pesando 114 kilos. Además de trabajar juntos en la redacción de la historia de su vida, establecimos un régimen de ejercicio disciplinado. Antes no era corredor, pero ha corrido conmigo en varias ocasiones y ha perdido más de 27 kilos durante los ocho meses que ha cumplido. Ahora tiene un físico esculpido.

«Eso es ridículo, Greg. Podemos hacerlo. Esos libros no son para gente como tú. Correr es una cuestión mental. Vamos a hacerlo».

«Estás loco», se ríe. «Me quedan cuatro meses de servicio. Establezcamos un plan de entrenamiento y corramos una maratón antes de que me vaya».

«Mira, podemos hacerlo», le digo. «Pero empecemos corriendo 20 millas el sábado».

«Nunca he corrido más de 10 millas en mi vida», dice. «No voy a correr 20 millas el sábado».

«Puede que no hayas corrido más de 10 millas», le digo. «Pero ahora puedes correr esa distancia habitualmente y corres mucho más rápido que yo. Sin duda, puedes correr 15 millas. Concentrémonos en eso. Ya verás. No es gran cosa. Luego correremos 20 millas el próximo sábado».

Él está de acuerdo y el sábado 30 de abril corremos 15 millas como si nada. El sábado 7 de mayo, nos reunimos en la pista con el compromiso conjunto de correr 20 millas.

Puede que Greg no hubiera corrido antes de entregarse para cumplir su condena, pero se ha convertido en un corredor fuerte. Corremos por una pista de tierra polvorienta y, como él va a un ritmo más rápido, me adelanta varias veces. Se pone a mi lado en la marca de las 18 millas y me pregunta cómo me siento.

«Me siento muy bien. ¿Y tú?».

«Estoy bien».

«Ya sabes», le recuerdo, «estamos en mayo. Cada día que pase hará más calor aquí en Taft. Si te sientes con ganas, creo que deberíamos correr hoy la distancia completa de la maratón y quitárnoslo de encima. ¿Qué te parece?».

«Corramos los 20 y veamos cómo nos sentimos».

A los 32 km, él sigue adelantándome. Termina su primer maratón en cuatro horas y 14 minutos; yo tardo 15 minutos más en completar los 42 km.

Lo celebramos con una buena comida que nos prepara mi compañero de piso. Está eufórico por el logro, como es lógico.

«Tengo que decirte que lo que has hecho hoy es realmente impresionante», le digo.

«Lo hemos hecho los dos», responde.

«Bueno, no es exactamente lo mismo», respondo.

«¿Qué quieres decir? Hemos corrido la misma distancia».

«Es cierto, pero tú solo llevas unos meses corriendo y has completado una maratón. Yo llevo más de 20 años corriendo. Ni siquiera me siento cansado».

«Entonces corre otra».

«Eso es lo que estaba pensando», le respondo. «Lo haré».

«¿Estás loco? Solo bromeaba», me dice. «Tienes que dejar que tu cuerpo se recupere».

Me encogí de hombros. «No, no lo creo. Ni siquiera siento que haya hecho nada. La próxima vez voy a correr una doble maratón».

«Estás loco».

«En serio, puedo hacerlo. Podría hacerlo sin problema».

«¿Cuándo?».

«Estaba pensando en correrla el miércoles».

«¿El miércoles de esta semana? Eso es ridículo».

«¿Quieres correrlo conmigo?», le pregunto.

«No, no quiero. No voy a correr 52 millas. ¿No crees que es un poco excesivo?».

«Puedo hacerlo».

«Pues adelante».

El miércoles 11 de mayoth, me levanto temprano y estoy ansioso por salir a correr. Tengo un plan. Empezaré a las 6:00, cuando abra la pista, y correré durante cuatro horas. A las 10:00 habré completado los primeros 38 km. Luego volveré a la unidad de vivienda para el recuento del censo. Una vez hecho esto, volveré a la pista y correré otras 16 millas, lo que me llevará a las 40 millas. Al ritmo lento al que pretendo correr, espero que ese tramo me lleve unas tres horas. Luego volveré a la unidad de viviendas para el recuento de la tarde y una ducha. Volveré a la pista después del recuento y completaré las últimas 12,4 millas.

«Eres un maníaco». Greg me encuentra en la pista cuando estoy en el tramo final. La temperatura sigue rondando los 32 °C y me pasa una botella de Gatorade.

«Lo tengo», le digo. «Solo me queda una milla más».

Me lleva nueve horas y 40 minutos, pero termino y alcanzo mi objetivo.

«¿Qué vas a hacer ahora?», me pregunta Greg.

«Lo he pensado mientras corría», le respondo. «Ya he corrido tres maratones. A finales de este año, habré corrido 50 maratones».

Él se ríe. «Te pasa algo», me dice. «Estás loco».

«Voy a hacerlo».

****

Es 31 de diciembre[de diciembre]de diciembre de 2011 y ahora estoy en el campo de prisioneros federal de Atwater, con 8909 días de prisión a mis espaldas. En lo que respecta a mis objetivos de ejercicio, ha sido un año extraordinario. Mi diario de entrenamiento muestra que han pasado 1114 días desde que me tomé un día libre de correr. Durante ese tiempo, he registrado 10 773 millas. A lo largo de 2011, el registro muestra que corrí 4073 millas, incluyendo 55 maratones, 98 500 flexiones y un total de 857,3 horas de ejercicio. Mi intención es esforzarme aún más en 2012.

Carole y yo nos trasladamos a Atwater el 3 de octubre, sabiendo que sería nuestra última ciudad penitenciaria mientras me preparaba para mi puesta en libertad en la zona de la bahía de San Francisco. Como centro privado, el campamento de Taft no podía gestionar las complicadas cuestiones de la libertad condicional y las posibilidades de prolongar la estancia en un centro de reinserción social. Cuando las autoridades determinaron que un centro de la Oficina de Prisiones debía supervisar mi reincorporación a la sociedad, pedí ir a Atwater. Carole se instaló a pocos kilómetros, en Merced, y tiene un trabajo como enfermera titulada en el Mercy Medical Center, su segundo empleo en un hospital importante. Estamos contando los días, esperando que mi asistente social me dé pronto alguna orientación sobre mi fecha de puesta en libertad.

Espero que este sistema me libere antes de Halloween, pero para evitar que mi mente se obsesione con lo que está fuera de mi control, trabajo para alcanzar algunos objetivos claramente definidos. El primero es ayudar a mi amigo Andris Pukke (pronunciado «On-dris Puck-y»). Al igual que Lee y Greg, Andris creó un negocio increíble. Fundó una empresa de asesoramiento crediticio y consolidación de deudas desde el salón de su casa mientras cursaba su último año en la Universidad de Maryland. Bajo el liderazgo de Andris, esa empresa, conocida como Ameridebt, creció hasta alcanzar más de 250 000

clientes. Llegó a ser tan rentable que Bear Sterns ofreció comprarla por más de 100 000 000 $ antes de que Andris celebrara su 35.cumpleaños. . Paso varias horas al día con Andris, haciéndole preguntas que me ayudan a escribir su biografía.

La historia de Andris refuerza mi determinación de escribir sobre las lecciones que he aprendido de empresarios excepcionales. Muchos líderes empresariales cumplieron condena junto a mí a pesar de que nunca tuvieron la menor idea de que las decisiones que tomaban podían exponerlos a problemas con la ley. Hablar y escribir sobre lo que he aprendido podría crear más conciencia sobre los peligros de hacer negocios en los Estados Unidos hoy en día. De hecho, las personas que he conocido en prisión me convencen de que las decisiones empresariales pueden llevar a la cárcel, incluso cuando no hay intención delictiva ni esfuerzos por enriquecerse a costa de otros. El enjuiciamiento de los delitos de cuello blanco es la nueva frontera del sistema de justicia penal estadounidense, y yo tengo una visión única que puede ayudar a otros a comprender el tema.

Andris es el cuarto hombre que he conocido en prisión que ha creado un negocio de gran éxito. Al trabajar con él para escribir su historia, puedo apartar de mi mente los pensamientos sobre mi inminente liberación. Ahora, durante estos últimos meses, es importante centrarse en el trabajo. De lo contrario, la combinación de emoción y expectación podría descarrilarme. Como siempre, el trabajo y la concentración en los objetivos me ayudan a seguir adelante.

Andris sale en libertad el 30 de marzo de 2012. Eso es todo. Es el último amigo que espero hacer en la cárcel. Cumpliré el resto de mi condena solo, con la esperanza de salir de aquí antes de octubre.

****

Es miércoles, 18 de abril de 2012, y he recibido un libro increíble en el correo. Es impresionante, The Oxford Handbook of Sentencing and Corrections, editado por la profesora Joan Petersilia, catedrática de Derecho Adelbert H. Sweet en la Facultad de Derecho de Stanford, y Kevin R. Reitz, catedrático James Annenberg La Vea de

Procedimiento Penal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Minnesota. El libro, de 764 páginas, incluye contribuciones de muchos autores que han escrito capítulos individuales sobre diversos temas relacionados con las sentencias y las correcciones en el enorme sistema penitenciario estadounidense. Mi rostro se ilumina de orgullo cuando paso a la página 25 y veo las palabras que escribí hace más de tres años, en las que describo la vida que he vivido desde 1987.

No sé cómo describir el honor que siento por haber sido invitado por el profesor Petersilia a escribir sobre mis experiencias. Al fin y al cabo, soy un preso, y sin embargo, al incluir mi trabajo, me encuentro en compañía de algunos de los académicos más destacados del mundo, que ocupan puestos distinguidos en algunas de las universidades más importantes del mundo. Para mostrar mi agradecimiento, leeré cada capítulo y publicaré una reseña para describir lo que he aprendido de quienes han contribuido.

Aquí no hay nadie con quien pueda compartir mi alegría, pero en mi interior siento una gratificación liberadora, que me da la sensación de que este largo viaje ha tenido algún sentido. Es un viaje que está llegando a su fin, ya que me han comunicado que el 13 de agosto de 2012 pasaré del campo de prisioneros federal de Atwater al centro de reinserción social de San Francisco.

****

Es 1 de julio de 2012, el último mes completo que voy a cumplir en una prisión federal. Tengo 9091 días de prisión a mis espaldas y solo 44 días por delante. Desde el principio he estado haciendo mucho ejercicio, pero llevo décadas esperando este mes, siempre con la intención de hacer más ejercicio que nunca durante mi último mes. Después de todo, es el último mes completo de mi vida en el que tendré que centrarme exclusivamente en el ejercicio. Estoy decidido a correr 500 millas durante el mes. Además, haré 10 000 flexiones y 4000 fondos. El intenso entrenamiento calmará esta constante oleada de expectación que se ha ido acumulando durante meses.

Carole ya se ha mudado a la casa de huéspedes de Lee y ha conseguido un trabajo en un hospital del área de la bahía. Por muy loco que pueda parecer, sé que mi vida está llena de bendiciones, pero, por encima de todo, valoro la relación que he construido con mi esposa. Ambos estamos indescriptiblemente emocionados por la perspectiva de construir nuestra vida juntos. Sin embargo, a pesar del amor, el entusiasmo y la expectación que siento, también tengo cierta ansiedad.

Durante 25 años he sido un prisionero, viviendo entre hombres, entre extraños. La privacidad no ha formado parte de mi vida. No sé comer con cubiertos de metal ni en platos de cerámica. No he bebido de un vaso desde 1987, ni me he duchado sin llevar chanclas. Estamos en nuestro décimo[año] de matrimonio, pero mi esposa y yo solo nos hemos conocido bajo las brillantes luces de las salas de visitas de la prisión, siempre bajo la atenta mirada de los vigilantes guardias de la prisión.

No tengo ni idea de la magnitud del cambio que se avecina, pero sé que va a llegar. Correr estas largas distancias me ayuda a disipar la ansiedad, pero no puedo evitar pensar en cómo voy a reaccionar ante los cambios que se avecinan. No me preocupan los medios de vida ni las cuestiones económicas, ya que me he preparado bien para esos retos.

Mis ansiedades son de naturaleza más primitiva. Por ejemplo, paso horas pensando en cómo voy a reunir el valor para hacer mis necesidades delante de mi mujer. ¿Me echará de la cama si me oye tirarme un pedo? No tengo ni idea de cómo voy a manejar estas complejidades de la vida doméstica, pero sé que puedo contar con Carole para que me ayude. Ella aún no sabe las preocupaciones que tengo.

Me pregunto qué estará pasando por su mente. Durante años ha vivido como la esposa de un preso, con las salas de visitas como nuestra sala de estar, dormitorio y cocina. Ha sido muy protectora con el tiempo que pasa conmigo, y sin embargo ha sido solo un tiempo reducido. Ahora, en cuestión de días, todo eso cambiará.

Carole ha empezado a hacer compras para facilitar mi transición inicial. Nos ha comprado iPhones a juego, ropa y artículos de higiene que voy a necesitar. Estamos coordinando eventos con la familia, ya que mis hermanas, mi madre y mi abuela quieren visitarme. Llevan 25 años esperando para darme la bienvenida a casa, pero mi puesta en libertad se complica por tres factores:

Me liberan en San Francisco y mi familia vive en otras ciudades;

en realidad no voy a casa, sino a un centro de reinserción social; y

No sé qué restricciones me impondrá el centro de reinserción social.

Con todas estas complicaciones, les pido a mi madre y a mis hermanas que me dejen pasar las primeras semanas con Carole. Antes de recibir visitas, necesito instalarme con ella y comprender mejor esta transición a la sociedad y lo que realmente significa vivir como marido. Quiero obtener mi licencia de conducir, empezar a presentarme en el trabajo y cumplir con todas las exigencias que el centro de reinserción social imponga a los residentes como condición para aumentar sus libertades. Espero que necesite 90 días para adaptarme.

****

Son las 2:00 a. m. del lunes 13 de agosto de 2012. Hoy es el día, el 9135.[día] día que me despierto en una cama de prisión. También es el último. Me levanto y me pongo mi ropa de ejercicio. Cojo mi taza de café instantáneo y camino hacia el centro de la unidad de alojamiento, donde me siento solo en la oscuridad. Han pasado 25 años y dos días desde mi detención, y en unas pocas horas estoy previsto salir de estas rejas. Me pregunto: ¿por qué la sociedad equipara este periodo de tiempo concreto con el concepto de justicia? ¿De qué manera ha contribuido a la seguridad de la comunidad el cuarto de siglo que he cumplido?

Mientras miro a mi alrededor y veo a todos los demás presos durmiendo, la única respuesta que se me ocurre es que la sociedad quería

castigarme por las leyes que infringí cuando tenía poco más de veinte años. Ahora tengo 48 años y ni siquiera recuerdo mucho de esos delitos, ya que el tiempo que pasé en prisión ha borrado gradualmente esos detalles de mi memoria y mi conciencia. El castigo me pareció severo con mi detención, juicio y sentencia. Pero a medida que las semanas se convertían en meses, y los meses en años, centré toda mi atención en los tres pasos fundamentales que me guiarían a lo largo de mimi viaje:

Me comprometí a formarme;

Me comprometí a contribuir a la sociedad de manera cuantificable; y

me comprometí a construir una sólida red de apoyo.

Esperaba que esa estrategia me ayudara a redimir las malas decisiones de mi imprudente juventud y a reconciliarme con la sociedad. Sin embargo, con el paso de los años, perdí de vista el hecho de que la sociedad me estaba castigando. La prisión se convirtió en la única vida que conocía. ¿Sigue siendo castigado un hombre si ni siquiera lo sabe?

Cuando obtuve mi título de máster en 1995, me sentí más preparado que nunca para vivir como un miembro activo de la sociedad. Eso fue hace 17 años, pero nuestro sistema judicial no contaba con un mecanismo para animar a las personas a esforzarse por recuperar su libertad. Como sugería Shakespeare en su obra El mercader de Venecia, el sistema quería su libra de carne. Independientemente de los esfuerzos que hiciera una persona para expiar sus culpas, en nuestro sistema judicial lo único que importaba era que pasaran suficientes días.

A día de hoy, han pasado 300 páginas del calendario desde mi detención inicial. Y en unas horas más, saldré por estas puertas, donde veré a Carole esperándome.

Son las 4:00 de la madrugada y comienzo mi ejercicio, primero con entrenamiento de fuerza, haciendo 50 series de flexiones. Luego comienzo a correr. En julio me fijé el objetivo de correr 500 millas. Con

concentración y perseverancia, superé ese objetivo, alcanzando las 700 millas, que incluyeron ocho maratones consecutivos durante el mes.

Llevo 1340 días haciendo ejercicio sin un solo día de descanso, pero ¿qué nuevas rutinas comenzarán mañana? Hace muchos años leí What Got You Here Won't Get You There, un libro de Marshall Goldsmith, estratega empresarial. El libro me impresionó entonces y ahora me parece especialmente relevante, ya que voy a terminar mi 12.ª última milla y última milla alrededor de la pista de la prisión. Estoy abriendo mi mente a la realidad de que voy a tener que cambiar las tácticas rígidas y precisas que me han llevado a través de la prisión. Pero nunca renunciaré a mi compromiso de vivir una vida basada en principios, deliberada y estratégica. No sé cómo voy a tener que cambiar, pero estoy abierto a los cambios que vendrán cuando salga por las puertas de esta prisión.

****

Son las 7:00 a. m. y camino solo, ordenando mis pensamientos. Intenté usar el teléfono, pero mi cuenta ha sido desactivada, lo que confirma que mi estancia en prisión está llegando a su fin. Veo una larga fila de hombres esperando para entrar en el comedor para desayunar y siento muchas miradas fijas en mí; siento su energía, sus buenos deseos, pero necesito este tiempo a solas. Entro en la capilla en busca de soledad y rezo con gratitud, dando gracias a Dios por protegerme durante el viaje y pidiendo orientación para dar los siguientes pasos hacia casa.

«Michael Santos», oigo el anuncio. «Número 16377-004. Preséntese con todas sus pertenencias en la puerta trasera».

Llevo conmigo mi ejemplar de The Oxford Handbook of Sentencing and Corrections, pero he regalado todo lo demás. Salgo del campamento y camino hacia la puerta trasera de la penitenciaría. Un guardia se acerca a mí desde el interior de la puerta y la atraviesa. Me llama para que me acerque y me hace algunas preguntas para confirmar mi identidad, y así de sencillo.

Caminamos por una zona de procesamiento y veo que son las 8:48, que casualmente es el mismo número que el código penal del delito que cometí. Otro guardia me toma las huellas dactilares y me fotografía. Otros dos guardias me hacen más preguntas para confirmar mi identidad. Y eso es todo. Caminamos por los pasillos de la penitenciaría y cruzamos una zona que me lleva a un vestíbulo.

Giro a la derecha en una esquina, donde me encuentro con otros guardias. Me entregan los fondos de mi cuenta de la comisaría y me autorizan a cruzar al otro lado. Carole, mi encantadora esposa, espera con los codos pegados al cuerpo y lágrimas corriendo por sus mejillas. Tiene las manos juntas, como en oración, cerca de la boca. Me mira con incredulidad mientras salgo de la penitenciaría y me lanzo a sus brazos.

Por fin, por fin.

EPÍLOGO

2012-2024

Cuando salimos, Carole me entrega un iPhone. Nunca había visto un teléfono inteligente antes. Cuando me acerqué el dispositivo al oído, no escuché el tono de llamada.

«No funciona», le dije.

Carole se rió.

El mundo había cambiado durante los 9135 días que había estado prisionero. Aunque había leído sobre tecnología, nunca había enviado un correo electrónico. Aunque tenía un sitio web desde los albores de Internet, nunca había accedido a la red. Nunca había hecho un vídeo para YouTube ni había utilizado ninguna de las tecnologías que el mundo daba por sentadas.

Tenía la intención de aprender.

Me senté en el asiento del copiloto mientras Carole me llevaba desde la prisión de Atwater a un centro de reinserción social en San Francisco. Tuvimos más privacidad en ese viaje que en los primeros diez años de nuestro matrimonio. Era la primera vez que nos sentábamos juntos sin la presencia de un guardia. Sin embargo, las normas limitaban nuestro tiempo juntos. Si no llegaba al centro de reinserción social en el plazo de tres horas que me habían dado, empezaría mi estancia allí con mal pie.

Carole conducía con firmeza mientras yo me deleitaba con una pizza que me había traído.

Cuando salimos del Valle Central y cruzamos el puente de la bahía, vi el horizonte de San Francisco.

«En cinco años», le dije a Carole, «habré acumulado mi primer millón de dólares en activos».

Carole negó con la cabeza. Para entonces, ella ya entendía mi ambición, mi búsqueda por superar obstáculos. «Necesitas relajarte, respirar. Conocer el mundo».

«Es el momento», le dije. «Durante 25 años me han reprimido. Estoy listo. Estamos listos. Trabajaré más duro aquí que nunca. Lo resolveremos juntos. Estoy deseando que la vida siga su curso. Tenemos que hacer que nuestra vida suceda».

Me instalé en el centro de reinserción social y empecé a trabajar inmediatamente. Como había aprendido en la cárcel, necesitaría una estrategia deliberada y disciplinada para crecer.

Paso 1: Definir el éxito

Paso 2: Crear un plan

Paso 3: Establecer prioridades

Paso 4: Ejecutar el plan

Al igual que en la cárcel, me adherí al mismo principio de avanzar hacia mi objetivo con un compromiso del 100 %. El primer paso sería obtener el permiso de conducir. Necesitaba movilidad. Luego, tuve que considerar mis fortalezas y debilidades.

En cuanto a mis fortalezas, tenía una mentalidad positiva. Comprendía que había enfrentado el desafío de pasar un cuarto de siglo en prisión. Sin embargo, tal como lo había planeado, regresé fuerte, con mi dignidad intacta. Podía aprovechar esa fortaleza para crear nuevas oportunidades.

Pero también era consciente de mis debilidades. Como resultado de mi prolongado encarcelamiento, nunca había tenido un trabajo, nunca había creado una plantilla ni gestionado empleados. Mi fortaleza residía en una sólida ética de trabajo, en ser autónomo y en perseguir mis objetivos sin descanso. Tenía que aprovechar esas fortalezas y convertirlas en activos que se revalorizarían con el tiempo. Aproveché al máximo el centro de reinserción social, invirtiendo horas en aprender tecnología y comprender Internet.

La economía seguía débil en agosto de 2012. Nuestro país llevaba varios años sumido en una profunda recesión. Con mi libertad, todo parecía ir bien. Un optimismo desenfrenado me cegó ante los riesgos. Creía que la economía mejoraría y quería participar. En mi mente, la mejor manera de participar sería adquirir activos que se revalorizaran.

Durante esos primeros días en el centro de reinserción social, comencé a diseñar un plan para realizar mi primera adquisición inmobiliaria. A pesar de tener una puntuación crediticia de cero, convencí a un exitoso promotor inmobiliario para que me financiara el 100 % de la compra de una nueva casa en la zona de la bahía de San Francisco. No había pasado ni un mes en el centro de reinserción social cuando cerré el trato. Ese acuerdo sería el comienzo de muchas otras transacciones inmobiliarias.

Los preparativos que hice desde la cárcel dieron como resultado la apertura de numerosas oportunidades. Cuando terminé mi estancia en el centro de reinserción social y en la Oficina de Prisiones, después de 9500 días, la Universidad Estatal de San Francisco me ofreció un puesto como profesor adjunto. Con el permiso de mi agente de libertad condicional, viajé por todo Estados Unidos para dar conferencias en universidades.

El patrocinio de la California Wellness Fome permitió desarrollar un plan de estudios para enseñar las estrategias basadas en valores y orientadas a objetivos que aprendí de otros líderes. Junto con mi socio, Justin Paperny, difundimos esos conceptos en cárceles, prisiones y escuelas de todo Estados Unidos.

Esas lecciones me prepararon para el éxito a través de la lucha. En la medida en que otros se adherían a esos mismos principios, yo estaba seguro de que ellos también prosperarían. Durante siglos, los líderes habían vivido de acuerdo con planes autodirigidos:

1. Defina el éxito.
2. Establece objetivos claros
3. Avanza con un compromiso total con el éxito

4. Visualiza el resultado
5. Da pasos incrementales
6. Cree métricas de responsabilidad
7. Estar atento a las oportunidades
8. Vive de forma auténtica y honesta
9. Celebra los logros incrementales
10. Muestra agradecimiento por las bendiciones de la vida

Al documentar las estrategias que aprendí de los líderes, se abrieron nuevas oportunidades. Como resultado directo de las semillas que sembré durante mi encarcelamiento, pude convencer a otras personas para que creyeran en mí. Desafié a los líderes empresariales a que utilizaran su criterio e invirtieran conmigo.

Podían consultar el historial que había construido. Al mantenerme centrado y disciplinado mientras crecía durante un cuarto de siglo en prisión, argumenté que estaba bien preparado para prosperar en la sociedad.

En lugar de juzgarme como un hombre sin crédito o sin carrera en una empresa, los invité a apoyar los esfuerzos que haría para construir, crecer y contribuir a la creación de una sociedad mejor. Esa estrategia dio sus frutos. A los cinco años de haber cumplido mi condena, en agosto de 2018, controlaba más de 5 millones de dólares en activos y había acumulado un patrimonio de más de 3 millones de dólares.

Entonces, una demanda de una agencia del gobierno federal me hizo perder todos esos activos.

Para conocer esa historia, cómo litigé a lo largo del proceso y cómo trabajé para recuperar y acumular millones más, tendrás que leer el próximo libro.

La respuesta breve es que, siguiendo los mismos principios basados en valores y orientados a objetivos que expongo en todos nuestros

libros y cursos, he recalibrado, reconstruido y superado esas cifras anteriores, tanto en activos como en patrimonio.

Como ya no necesitaba obtener ingresos, en 2024 me comprometí aún más con nuestra organización sin ánimo de lucro. En lugar de intentar ganar más dinero, ahora centro mi carrera en mejorar los resultados de las personas que están en prisión. Teniendo en cuenta el impacto, hago tres promesas a nuestra comunidad:

1. Siempre seré sincero.
2. Nunca le pediré a nadie que haga algo que yo no haya hecho.
3. Nadie tendrá que pagarme ni un centavo, ya que estoy 100 % comprometido con el avance de nuestra organización sin fines de lucro.

Para obtener más información, visite www.PrisonProfessors.org.

Independientemente de los negocios o las oportunidades que cree, tengo la intención de seguir creando recursos para enseñar e inspirar a las personas que se encuentran en cárceles y prisiones. Todos debemos vivir en el mundo tal y como es. Eso significa que debemos aceptar que surgirán problemas como consecuencia de nuestros antecedentes penales. Debemos tener éxito de todos modos.

Al vivir según la estrategia basada en valores y orientada a objetivos que aprendí de los líderes, estoy devolviendo lo que recibí, tratando de demostrar que soy digno de la orientación y la inspiración que obtuve de Sócrates. Su sabiduría me inspiró mientras aún estaba encerrado en la cárcel del condado de Pierce, antes de que un juez me condenara a 45 años. Desde entonces, me he esforzado por «ser el cambio que quiero ver en el mundo», tal y como Gandhi nos aconsejó a todos que viviéramos.

Mantén la concentración, mantén la determinación.

¡Gánate la libertad!

1 de noviembre de 2024

GALERÍA DE FOTOS



SALIR DE PRISIÓN PARA IR A UN CENTRO DE REINSERCIÓN SOCIAL



CENTRO DE REINSERCIÓN SOCIAL DE SAN FRANCISCO



CAROLE ENSEÑÁNDOME



PRIMERA EXPERIENCIA DE COMPRA



DELEITÁNDOSE CON COMIDA AUTÉNTICA



PRIMERA COMPUTADORA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CON MI LIBRO



TECNOLOGÍA DEL APRENDIZAJE



APRENDER SOBRE LAS REDES SOCIALES



CREACIÓN DE ACTIVOS



PASTA SIN LÍMITES



CADETES INSPIRADORES



DOCENCIA EN STANFORD



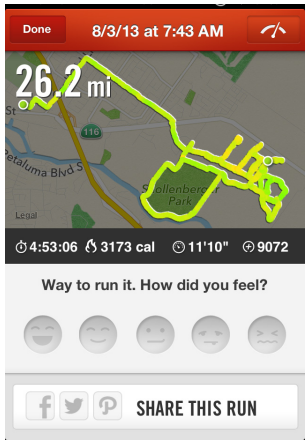
ENSEÑANZA EN BERKELEY



HABLANDO EN TEDX



PROGRAMAS PARA RECLUSOS



MARATONES EN EL PARQUE



CUMPLEAÑOS CON MI MAMÁ



MI MAMÁ Y MI ABUELA



JULIE, CHRISTINA Y LA ABUELA



VISITAS A PRISIONES



NUEVO TESLA MODEL S



CON MAMÁ Y LA ABUELA



CELEBRANDO LA LIBERTAD



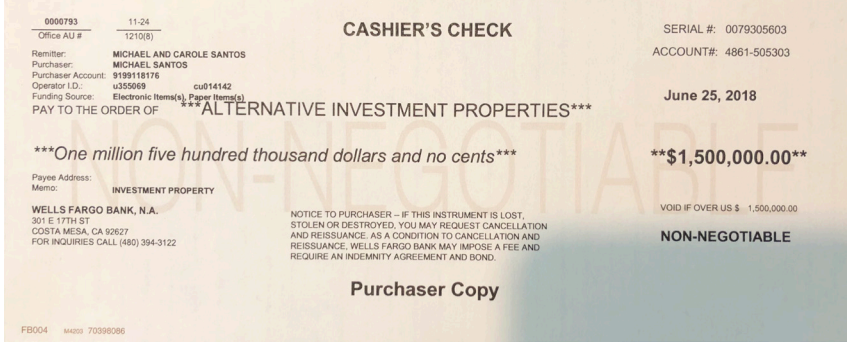
CON LA FAMILIA Y LOS AMIGOS ÍNTIMOS



PROPIEDADES DE INVERSIÓN



CON CAROLE MIENTRAS ENSEÑA



INVERSIÓN QUE DIO LUGAR A UNA DEMANDA DEL GOBIERNO

EPÍLOGO: 18 DE AGOSTO DE 2025

¡Saludos!

En nombre de todos los miembros de Prison Professors Charitable Corporation, les doy mi más cordial bienvenida. Nuestra organización sin ánimo de lucro existe para apoyar a las personas afectadas por la justicia, proporcionándoles las herramientas y el ánimo necesarios para transformar sus vidas durante el encarcelamiento y más allá.

Si es la primera vez que nos conoce, espero que encuentre inspiración y orientación práctica en las páginas de este libro. Si ha leído una versión anterior de este epílogo, gracias por mantenerse en contacto y crecer con nuestra comunidad.

Nuestra misión

Prison Professors se dedica a empoderar a las personas encarceladas para que construyan caminos hacia el éxito. A través de la educación, la autorreflexión y la preparación deliberada, nuestro objetivo es ayudar a las personas a crear oportunidades, recuperar su dignidad y reintegrarse en la sociedad como ciudadanos productivos.

Sabemos por experiencia que la preparación durante el encarcelamiento abre puertas más adelante. Cuando documentas tu trayectoria, no solo generas credibilidad, sino que también te posicionas para aprovechar las oportunidades tras tu puesta en libertad.

¿Por qué conmemorar tu viaje?

Mi nombre es Michael Santos, fundador de Prison Professors. En 1987, cuando tenía 23 años, fui arrestado y posteriormente condenado a 45 años de prisión federal por tráfico de cocaína. Cumplí 26 años.

Durante ese tiempo, me comprometí a cambiar. Obtuve títulos académicos, escribí libros y entablé relaciones con mentores que me enseñaron a prepararme para el éxito. Al mostrar mi trabajo y crear un historial de crecimiento, salí de prisión con oportunidades para vivir una vida significativa.

Las estrategias que me funcionaron a mí pueden funcionar para ti. Por eso hemos creado un sistema para que puedas conmemorar tu progreso y compartirlo con otros.

Perfiles en PrisonProfessors.org

Le invitamos a crear un perfil a través de nuestro sitio web: PrisonProfessors.org.

Así es como funciona:

1. Pídele a un familiar o amigo que visite el sitio web.
    - ◊ Ve a PrisonProfessors.org.
    - ◊ Haga clic en «Perfiles».
    - ◊ Siga las instrucciones para recibir un nombre de usuario y una contraseña.
2. Un miembro de tu familia puede actualizar tu perfil en tu nombre.
    - ◊ Pueden introducir su biografía, diarios, reseñas de libros y plan de liberación.

◊ También recibirán actualizaciones de nuestra organización sin ánimo de lucro sobre las iniciativas de defensa y las oportunidades que estamos trabajando para ampliar.

Si no tiene ningún familiar que pueda ayudarle, puede enviar un correo electrónico de Corrlinks a Interns@PrisonProfessors.org. Nuestro equipo le ayudará a configurar y actualizar su perfil.

Qué incluir en tu perfil

Le animamos a que utilice su perfil para documentar su viaje. Los siguientes elementos son los más importantes:

» **Biografía:** Describe quién eres y cómo te estás preparando para alcanzar el éxito.

» **Diario: Anota** los pasos diarios que estás dando para crecer.

» **Informes de libros:** Cada vez que leas un libro, escribe un breve informe explicando lo que has aprendido y cómo te ayudará después de tu puesta en libertad.

» **Plan de puesta en libertad:** Muestra la estrategia intencional que estás desarrollando para tu reinserción.

Piensa en tu perfil como tu currículum para el éxito, la prueba de que te estás preparando deliberadamente para la libertad.

Puntos, tablas de clasificación y promoción

Para fomentar la coherencia, hemos creado un sistema de puntos:

- Cada vez que tú o tu familia actualizáis vuestro perfil, ganáis puntos.
- Escribir diarios, reseñas de libros o actualizar su plan de liberación le permite ganar puntos adicionales.
- Cuantos más puntos ganes, más subirás en la clasificación.

¿Por qué es importante esto? Porque cuando abogamos por reformas, como ampliar el trabajo fuera de la prisión, el arresto domiciliario y los créditos por buena conducta, mostramos a las partes interesadas quiénes son los que más se esfuerzan. Los perfiles y las tablas de clasificación destacan a las personas que más progresan.

Esta visibilidad refuerza nuestro esfuerzo colectivo por abrir más oportunidades a las personas que se preparan.

Recursos para ayudarte a empezar

En la medida en que dispongamos de recursos, nuestra organización sin ánimo de lucro le enviará libros para ayudarle a empezar a crear su perfil. Entre ellos se incluyen:

- ***Ganarse la libertad:*** Superando una condena de 45 años de prisión
- ***Plan de liberación:*** Un cuaderno de ejercicios para el éxito

Cada vez que te enviamos un libro, esperamos que cumplas con tu parte y actualices tu perfil escribiendo una reseña del libro. Entonces te enviaremos el siguiente libro de la serie. Estos recursos demuestran

que nunca le pido a nadie que haga lo que yo no hice durante mis 26 años en prisión, ni lo que sigo sin hacer hoy en día.

Reflexiones finales

Tu pasado no define tu futuro. Al mostrar tu trabajo, puedes crear oportunidades que te lleven al éxito. Nuestra organización sin ánimo de lucro existe para apoyarte y animarte, pero la responsabilidad de transformarte recae en ti.

- Crea tu perfil.
- Gana puntos.
- Asciende en la clasificación.
- Inspira a otros con tu ejemplo y anima a tus familiares y amigos a seguirnos en las redes sociales.

Juntos, podemos cambiar la narrativa y demostrar a los responsables políticos, los empleadores y los líderes comunitarios que las personas que están en prisión son capaces de crecer, alcanzar la excelencia y ejercer el liderazgo.

Estamos agradecidos de recorrer este camino con ustedes y esperamos celebrar sus progresos.

Con esperanza y respeto,

Michael Santos

Fundador, Corporación Benéfica Profesores de Prisión

GUÍA DE INICIO RÁPIDO: PERFILES DE PROFESORES DE PRISIONES

Paso 1: Un miembro de la familia configura tu perfil.

» Ir a **PrisonProfessors.org**

» Haga clic en **Perfiles**

» Siga las instrucciones para recibir un **nombre de usuario y contraseña**

Paso 2: Crea tu perfil

Tu familiar (o nuestro equipo, si nos envías un correo electrónico) puede subir:

» **Biografía** – Quién eres y cómo te estás preparando

» **Diario** – Notas diarias o semanales sobre tu progreso

» **Reseñas de libros** – Lo que has aprendido de los libros que has leído

» **Plan de liberación** – Cómo piensas tener éxito tras tu puesta en libertad

Paso 3: Gana puntos y sube en la clasificación

» Cada actualización = puntos

» Más puntos = mejor clasificación

» La tabla de clasificación muestra quién está trabajando más duro

» Los perfiles nos ayudan a promover más oportunidades para **ganarse la libertad**

Paso 4: Manténgase conectado

» Los familiares reciben información actualizada sobre nuestra labor de defensa

» Los perfiles destacan los avances ante las partes interesadas, los empleadores y los simpatizantes

Si no tienes ningún familiar que te ayude:

» Envía un correo electrónico de Corrlinks a: **Interns@PrisonProfessors.org**

» Nuestro equipo te ayudará a actualizar tu perfil.

El 11 de agosto de 1987, agentes de la DEA arrestaron a Michael G. Santos y lo acusaron de dirigir una organización criminal continuada. A sus 23 años, se enfrentaba a una posible pena de cadena perpetua. Michael pasó por un largo juicio penal en un tribunal federal. El jurado dictó un veredicto de culpabilidad por todos los cargos. El juez le impuso una pena de 45 años de prisión.

Michael comenzó a cumplir su condena en una prisión federal de alta seguridad. Después de ocho años, fue trasladado a una institución correccional federal de seguridad media. Más tarde, fue trasladado a una institución correccional federal de baja seguridad. Cumplió su última década en cuatro campos penitenciarios federales de mínima seguridad diferentes. Cumplió su último año en un centro de reinserción social y en arresto domiciliario.

Con un total de 9500 días cumplidos como preso federal número 16377-004, Michael Santos ayuda a los lectores a comprender cómo ganarse la libertad. Los lectores aprenden cómo utilizó su tiempo en prisión para desarrollar una mentalidad positiva, adhiriéndose a una estrategia sencilla: 1) Definir el éxito, 2) Crear un plan, 3) Establecer prioridades y 4) Ejecutar el plan, día a día.

Como resultado de su estrategia disciplinada y deliberada, Michael construyó un exitoso camino a través de la prisión. Después de obtener una licenciatura y una maestría, comenzó a construir una serie de proyectos generadores de ingresos. Se casó con su esposa dentro de la sala de visitas de una prisión federal y construyó una extensa red de apoyo, todo ello mientras cumplía condena en prisión.

La trayectoria de Michael demuestra que, independientemente de las malas decisiones del pasado, en cualquier momento podemos recalibrar y empezar a trabajar para la reconciliación y la reconstrucción. Para obtener más información sobre cómo crecer y prosperar a través de la lucha, visite nuestros sitios web.

PRISON PROFESSORS
www.PrisonProfessors.org
1205 BMC Drive Suite #706
Cedar Park, TX 78613
IRS 501(c)(3) EIN: 85-2603315
Email: Michael@PrisonProfessors.org